

GRUÑIDOS IMPERIALES

El imperialismo norteamericano sobre el terreno



Por el autor de *Fantasmas balcánicos*

ROBERT D.
KAPLAN

Lectulandia

En este libro esencial, Robert D. Kaplan, beneficiario de un acceso sin precedentes, muestra cómo se aplica el imperialismo estadounidense y la guerra global contra el terrorismo sobre el terreno, misión a misión, en los paisajes más exóticos de todo el mundo: de las junglas del sur de Filipinas a los páramos gélidos de Mongolia, desde los fuertes de Afganistán hasta las selvas de Sudamérica, para mostrarnos a las Fuerzas Especiales del Ejército de Tierra, los Marines y cuerpos militares estadounidenses que ejecutan muchas facetas de la política exterior norteamericana, como negociar con las facciones tribales, asaltar reductos terroristas, realizar misiones humanitarias y adiestrar soldados extranjeros.

Nunca antes se había analizado con tanta precisión e inspiración la dominante estrategia militar estadounidense. Kaplan nos habla de solitarios soldados americanos cuya presencia en países ignotos es en gran medida desconocida, y concluye con un arrebatador retrato de los marines en la primera batalla de Faluya.

Extraordinario por su alcance y maravilloso por su prosa, este libro combina el periodismo de trincheras con la sensibilidad y agudeza de un aclamado escritor versado en historia, literatura y filosofía, para ofrecer una magistral descripción del papel global de Estados Unidos en el siglo XXI.

Robert D. Kaplan

Gruñidos imperiales

El imperialismo norteamericano sobre el terreno

ePub r1.0

Titivillus 21.09.2022

Título original: *Imperial Grunts*
Robert D. Kaplan, 2005
Traducción: Gabriel Dols Gallardo

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

Índice de contenido

[Cubierta](#)

[Gruñidos imperiales](#)

[Dedicatoria](#)

[Citas](#)

[Mapas](#)

[Gruñidos imperiales](#)

[Prólogo](#)

[TERRITORIO INDIO](#)

[Yemen](#)

[1 CENTCOM](#)

[YEMEN, INVIERNO DE 2002 Con notas sobre Colombia](#)

[Colombia](#)

[2 SOUTHCOM](#)

[COLOMBIA, INVIERNO DE 2003 Con notas sobre El Salvador](#)

[Mongolia](#)

[3 PACOM](#)

[MONGOLIA, PRIMAVERA DE 2003 Con notas sobre
Macedonia, Bosnia y Tayikistán](#)

[Filipinas](#)

[4 PACOM](#)

[FILIPINAS, VERANO DE 2003 Con notas sobre Filipinas, 1898-
1913](#)

[Afganistán y Pakistán](#)

[5 CENTCOM Y SOCOM](#)

[AFGANISTÁN, OTOÑO DE 2003 Con notas sobre la frontera
noroccidental de Pakistán](#)

[Carolina del Norte](#)

[6 DEL EJÉRCITO DE TIERRA A LOS MARINES](#)

[Fort Bragg y Camp Lejeune, Carolina del Norte Invierno 2003-
2004](#)

[El Cuerno de África](#)

[7 CENTCOM](#)

[CUERNO DE ÁFRICA, INVIERNO DE 2004 Con notas sobre
África Oriental](#)

[Irak](#)

[8 CENTCOM](#)

[IRAK, PRIMAVERA DE 2004 Con notas sobre Nicaragua y
Vietnam](#)

[Epílogo](#)

[EL CONTINENTE INTERIOR](#)

[Nota del autor y agradecimientos](#)

[Glosario](#)

[Sobre el autor](#)

[Notas](#)

En recuerdo del teniente primero de Marines Joshua Palmer, de Banning, California, nacido el 8 de noviembre de 1978, muerto en acto de servicio el 8 de abril de 2004.

Y para todos los demás marines estadounidenses muertos o heridos durante los combates de Faluya, Irak, en abril de 2004.

El comandante Victor Joppolo, de Estados Unidos, era un buen hombre [...]. Lo necesitamos. Él es nuestro futuro en el mundo. Ni la elocuencia de Churchill ni la humanidad de Roosevelt, ni constituciones, ni las cuatro libertades o los catorce puntos, ni ningún esquema soñador simétrico e impecable sobre el papel, ningún plan, ninguna esperanza, ningún tratado; nada de eso puede garantizar nada. Sólo los hombres garantizan, sólo el comportamiento de los hombres bajo presión, sólo nuestros Joppolos.

JOHN HERSEY, *A Bell for Adano*, 1944

El imperialismo avanzó, no como resultado de la presión comercial o política de Londres, París, Berlín, San Petersburgo o ni siquiera Washington, sino gracias ante todo a los hombres de la periferia, muchos de los cuales eran soldados, decididos a ampliar los confines del imperio, a menudo sin órdenes, a menudo en contra de las órdenes.

DOUGLAS PORCH, profesor del Colegio Naval de Guerra,
Newport, Rhode Island, 1996

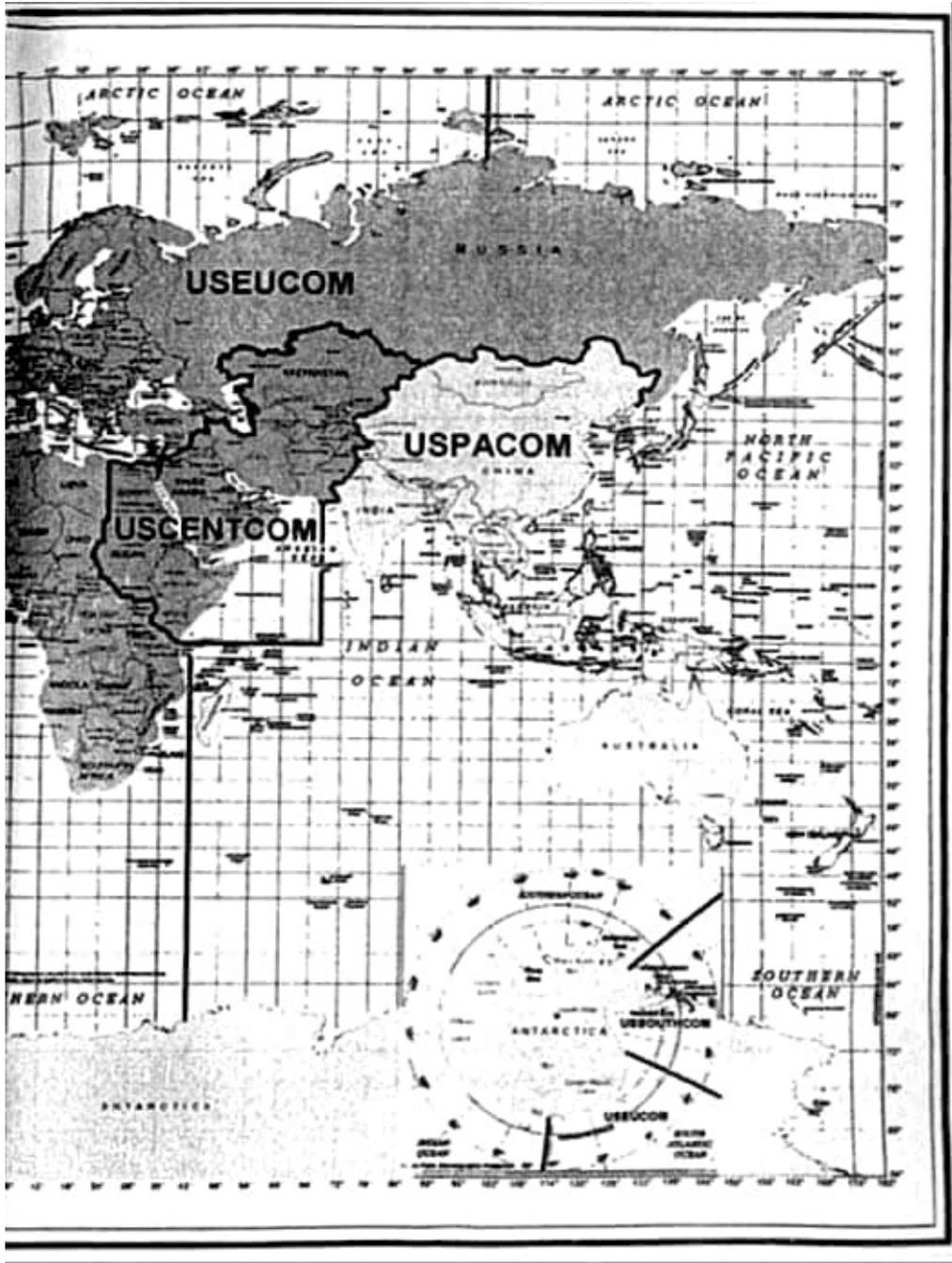
En una campaña contra los indios, el frente está en todas partes y la retaguardia en ninguna.

ERASMUS D. KEYES, *Fifty Years' Observation of Men and Events*, 1884

El mundo con los diferentes mandos de zona



El estado de Alaska está asignado a la zona de responsabilidad del NORTHCOM. Las fuerzas con base en Alaska permanecen asignadas a PACOM.



Prólogo

TERRITORIO INDIO

Era un teniente coronel de la Primera Fuerza Expedicionaria de Marines (I MEF, abreviado) con base en Camp Pendleton, California. Lo conocí antes de que partiera hacia el golfo Pérsico en otoño de 2002. Acababan de inyectarle la vacuna contra el ántrax, y llevaba muchos meses de su vida tomando píldoras para la malaria, durante misiones a África para adiestrar a ejércitos locales. Me contó que en los mercados de Brazzaville, Congo, se empleaban los preservativos como bolsas para «lápices, fruta, todo menos aquello para lo que se supone que sirven»; que el patrocinio tribal, y no los méritos, a menudo decidían las promociones en el Ejército keniano; que los diplomáticos norcoreanos en África recibían poco apoyo económico de su Gobierno y para ser autosuficientes mercadeaban con drogas y prostitución. Tenía la piel del color de la arcilla bajo su corte de pelo reglamentario, rapado y un poco más largo arriba, con los pómulos marcados y expresión de saber lo que quería: una escultura antigua en camuflaje digital, salvo por el punto de luz de los ojos. Los romanos, mediante sus ritos de purificación, aceptaban y justificaban el mundo tal y como era, con toda su crueldad. Los estadounidenses, herederos de la tradición cristiana, buscan lo que todavía no se ha hecho manifiesto: el ideal superior. En consecuencia, carecía de cinismo. Más bien, su sinceridad hacía imposible el autoengaño.

«El siglo sólo tiene dos años —me dijo—, y mire lo que ha pasado. Ese incidente de Al Qaeda del 11 de Septiembre fue algo significativo. Sin embargo, es posible que padezcamos ataques nucleares y brotes de enfermedades que se cobrarán muchas más vidas, y que nos llevarán a una implicación profunda sobre el terreno en países que todavía nos son desconocidos, tal y como el 11 de Septiembre nos implicó en Afganistán y Pakistán. Son esas implicaciones venideras las que configurarán el curso del nuevo siglo.»

En verdad, en los albores del siglo XXI, las Fuerzas Armadas estadounidenses ya se habían apropiado del planeta entero, y estaban preparadas para inundar de soldados sus zonas más ignotas sin apenas antelación.

El Pentágono dividía el mundo en cinco sectores de mando, de modo similar a como el Ejército de Estados Unidos había dividido el Territorio Indio del oeste americano a mediados del siglo XIX. En lugar de los departamentos militares de Texas, Nuevo México, Utah, California, Oregón y el Oeste, en la actualidad existían el mando norte o NORTHCOM, el mando sur o SOUTHCOM, el mando europeo o EUCOM, el mando central o CENTCOM y el mando del Pacífico o PACOM.^[a1] [1] Por ejemplo, en la esquina de los 5 grados de latitud con los 68 de longitud, en pleno océano Índico, el CENTCOM daba paso al PACOM, al igual que el EUCOM lindaba con el CENTCOM en la frontera turco-iraní.

Este mapa presentaba un parecido asombroso con el que dibujó para el Ejército alemán el profesor Karl Haushofer, uno de los principales padres de la *Geopolitik*. Estados Unidos, tras derrotar el incipiente imperio mundial de Alemania en la Segunda Guerra Mundial, poseía en ese momento los requisitos operacionales para mantener uno propio.

Sin embargo, de acuerdo con los soldados y marines que conocí sobre el terreno en los confines más remotos de la Tierra, la comparación con el siglo XIX era más pertinente. «Bienvenido al Territorio Indio», era el estribillo que oí de boca de las tropas desde Colombia a Filipinas, pasando por Afganistán e Irak. Sin duda, para las Fuerzas Armadas estadounidenses el problema radicaba más en el fundamentalismo que en la anarquía. La guerra al terrorismo consistía a fin de cuentas en domesticar la frontera. Sin embargo, la fascinación con el Territorio Indio nunca quiso ser un desprecio a los nativos norteamericanos. Más bien al contrario. El hecho de que las contraseñas de radio a menudo emplearan nombres indios no era sino una muestra de la reverencia que sentían por ellos los soldados.

Ese mapa no dejaba ningún punto de la superficie terrestre sin cubrir. De haberme encontrado en el Polo Norte, allá donde se encuentran todas las líneas de longitud, podría haber tenido un pie en el NORTHCOM y el otro en el PACOM; o en el EUCOM si desplazaba una pierna. Después de ver ese mapa en el Pentágono, me quedé mirándolo días y días, fascinado. ¿Cómo podía Estados Unidos no constituir un imperio militar global?, pensé.

La única manera de explorar un mapa como ése —conocerlo íntimamente— era a pie, o en un todoterreno Humvee, con los soldados

mismos, pues mientras las elites de Nueva York y Washington debatían sobre el imperialismo en términos grandilocuentes e históricos, los marines, soldados, aviadores y marineros individuales —todos los depositarios culturales de la experiencia única de Estados Unidos con la libertad— interpretaban la política por su cuenta, sobre el terreno, en docenas y docenas de países, todas las semanas, ajenos a aquellas remotas discusiones.

Eso era cierto tanto para los oficiales como para los reclutas, porque mientras los generales se enfrascaban como nunca en el nivel táctico, las acciones de los cabos y soldados rasos de menor rango podían ejercer un gran impacto estratégico bajo los focos de los medios globales.^[2] Eran sus historias las que quería contar: desde abajo, en el punto de contacto.

Es cierto que la naturaleza cada vez más descentralizada del mando —necesaria en un mundo complejo donde, por ejemplo, cada región de Afganistán exigía un trato distinto con la milicia local— estaba concediendo a los reclutas unos poderes de toma de decisiones sin precedentes. Semejante responsabilidad requería un sistema de creencias morales firme, del que el patriotismo laico sólo podía formar una parte. Así pues, me interesé por la religión, y cuando estaba en una base asistía a todos los oficios religiosos posibles.

Me interesaba menos la guerra y la conquista que el mantenimiento imperial sobre el terreno y la búsqueda de un manual para su aplicación. El proyecto me llevaría años. Tenía el mundo entero por recorrer. No podía ser el cometido de un libro, sino de varios.

Aquí está el primero.

Sin embargo, antes de relatar mi odisea por los barracones y las avanzadas del Imperio estadounidense, debo abordar el tema del imperialismo en sí, una palabra que incomoda a la mayoría y sobre la que ha existido un intenso debate en tiempos recientes.

El imperialismo no es más que una variedad de aislacionismo, en la que la exigencia de una seguridad absoluta e inmaculada en la patria conduce a la conquista del mundo, proceso durante el cual el país se somete a todas las ansiedades del mundo.^[3] Por eso los imperios surgen en los márgenes de la conciencia, en parcial estado de negación. Para cuando una realidad imperial se hace manifiesta sin discusión, es señal de que se acerca el punto culminante del imperio, antesala más probable de un retroceso gradual que de nuevas conquistas.

Es el hecho revelado del imperio en sí lo que espolea a quienes están fuera de él a aunar esfuerzos en la oposición. Roma nunca pensó de manera consciente que estuviera construyendo un imperio hasta que tuvo uno, y ya había alcanzado los límites de su expansión en Oriente Próximo, bajo Trajano, a principios del siglo II.^[4] El imperialismo británico en la India alcanzó su mayor nivel de autoconciencia en el cambio de siglo, en el preciso instante en que el Imperio británico se estaba volviendo inviable.^[5]

Los imperios son obras en curso, para las que la necesidad, más que el ansia de gloria, actúa de instigadora de cada onda expansiva. La conquista veneciana de Dalmacia en el año 1000 empezó como una expedición contra los piratas, del mismo modo en que su posterior conquista de Morea, las Cícladas y el Dodecaneso en Grecia fue una medida defensiva contra un avance turco desde el oeste. Los ingleses adquirieron las Bermudas en 1684 para proteger un tramo del Atlántico. En 1795 tomaron Trincomalee, en Ceilán, con miras a custodiar la India, y el puerto yemení de Adén en 1839 para disponer de un amarradero donde repostar carbón para sus barcos en ruta a la India a través del canal de Suez.

El Imperio estadounidense avanzó de modo parecido. «Tanto en su condición de sueño como de hecho, el Imperio estadounidense nació antes que Estados Unidos», escribe Bernard de Voto, el lírico historiador de la expansión hacia el Oeste.^[6] Tras su colonización inicial, y antes de su incorporación como estados de la Unión, los territorios occidentales no eran ni más ni menos que las posesiones imperiales de Washington, D.C.

La nación embrionaria instalada en la costa Este de Norteamérica había considerado intolerable que los cañones de las potencias europeas se encontraran a sus espaldas: los franceses en el valle del Misisipí, los españoles en el sudoeste y los británicos en Canadá y el noroeste. Sin embargo, no era inevitable que Estados Unidos formara un imperio en el sector occidental del continente. Ese destino lo forjaron pequeños grupos de hombres de la frontera, separados entre ellos por grandes distancias, que entablaron alianzas con algunas tribus indias y compraron la neutralidad de otras. Fueron ellos quienes «proporcionaron el peso suficiente para invertir el equilibrio y mantenerlo estadounidense», escribe De Voto. El resultado, prosigue, fue un drama imperialista de «delicados contrapesos, en perpetua oscilación».^[7] Podría haber estado describiendo los despliegues militares estadounidenses de principios del siglo XXI tal y como yo los viví, pues si bien el planeta entero era un campo de batalla para las Fuerzas Armadas de Estados Unidos, descubrí que cuantas menos tropas lo supervisaran, mejor.

Pequeñas unidades ligeras y letales de soldados y marines, expertas en guerra de guerrillas y adaptadas al entorno local al estilo de los apaches del siglo XIX, podían conseguir más que las elefantiásicas divisiones de infantería de la era industrial.^[8]

A pesar de la construcción del canal de Panamá —una de las extrañas hazañas de construcción consciente de un imperio, obra del presidente Theodore Roosevelt— tampoco era inevitable que Estados Unidos se convirtiera en una potencia global dominante. ¿Qué habría sido de Estados Unidos sin Adolf Hitler e Hideki Tojo? Fueron esos dictadores, y los hombres que los rodeaban, quienes obligaron al país a salir de su aislamiento autoimpuesto para afrontar la amenaza a la seguridad que suponían el nazismo y el militarismo japonés. Entre las consecuencias imprevistas de la satisfactoria respuesta a esos desafíos se incluye que el Ejército Rojo soviético plantara sus reales en el corazón de Europa y una guerra civil en China que llevó un régimen comunista al poder: nuevas amenazas que condujeron a una adicional expansión imperial estadounidense.

Cuatro décadas después, la victoria sobre el comunismo, al igual que los triunfos contra los nazis y los japoneses, produjo más consecuencias imprevistas. Quebrantar la voluntad de la Unión Soviética en Afganistán en la década de 1980 supuso armar a guerrillas islámicas radicales, que a continuación se volvieron contra la gran potencia que había contribuido a sostenerlas: Estados Unidos. En lo sucesivo, el terrorismo islámico se convirtió en la afilada punta de una anarquía subrepticia que siguió al derrumbe del Imperio soviético en Eurasia y a la descomposición de los estados creados por los imperios europeos en otros continentes.

Desde la Antigüedad, la caída de los imperios ha sido un asunto peliagudo, y el antídoto más benigno contra el caos desencadenado ha sido el nacimiento de nuevos dominios imperiales. En consecuencia, el paso al siglo XXI vio a Estados Unidos con bases y derechos de base en cincuenta y nueve países y territorios de ultramar, con tropas desplegadas desde Groenlandia a Nigeria y desde Noruega a Singapur, todo ello mientras las partidas de Defensa ascendían a apenas el 3,3 por ciento del producto interior bruto, a diferencia del 9,4 por ciento de los tiempos de la guerra de Vietnam o el 14,1 por ciento durante la de Corea.^[9]

Aun antes de los atentados terroristas contra el World Trade Center y el Pentágono del 11 de septiembre de 2001, el Mando de Operaciones Especiales del Ejército de Estados Unidos llevaba a cabo operaciones en 170 países al año, con una media de nueve «profesionales discretos» en cada

misión.^[a2] El brazo estadounidense era largo; su actividad en los estados más ignotos, proteica. Más que el ejército masivo de reclutas que combatió en la Segunda Guerra Mundial, existía en ese momento un colectivo militar profesional que, fiel al resto de las fuerzas imperiales de toda la historia, disfrutaba de la vida castrense por sí misma.^[10]

Porque muchos de los soldados profesionales del siglo XXI presentaban un asombroso parecido con los de mediados y finales del XIX, cuando los voluntarios de la caballería y los dragones derrotaron a un abanico de fuerzas móviles guerrilleras, compuestas por diversas tribus indias norteamericanas que actuaban de una punta a otra del nuevo Imperio estadounidense al oeste del río Misisipí.^[a3] Si bien el estadounidense medio del albor del nuevo milenio hallaba inspiración patriótica en los legados de la guerra civil y la Segunda Guerra Mundial, cuando se hizo frente y se derrotó a los males de la esclavitud y el fascismo, para muchos oficiales y suboficiales el momento definitorio de las Fuerzas Armadas de Estados Unidos fue el combate contra los indios.

El legado de las guerras indias era palpable en las numerosas bases militares diseminadas por todo el Sur, el Medio Oeste y, en especial, las Grandes Llanuras: ese vasto desierto y estepa que comprende la «patria» histórica del Ejército, salpicado por avanzadas con tanta historia como los fuertes Hays, Kearney, Leavenworth, Riley y Sill.^[11] Leavenworth, donde se separaban las rutas de Oregón y Santa Fe, era en ese momento sede del Colegio del Mando y el Estado Mayor del Ejército; Riley, que fuera base del 7.º de Caballería de George Armstrong Custer, era en ese momento la de la 1.ª División de Infantería; y Sill, donde Jerónimo transcurrió los últimos años de su vida, era la sede de la Artillería de Estados Unidos.^[12]

El abanico de grupos indios, que se contaban por centenares, que la caballería y los dragones tuvieron que combatir no era menos variopinto que el de las milicias étnicas y religiosas en guerra diseminadas por toda Eurasia, África y Sudamérica a principios del siglo XXI. Comprendía a los pawnis en Nebraska, los arapahoes en Colorado oriental, los cheyenes y aricaras en Dakota del Sur, los crows, los pies negros, los cabezas planas, los serpientes y los cayus en el noroeste, los utes en Colorado y Utah, los comanches, hopis y navajos en el sudoeste y los shoshones y payutes en todas partes, desde el sur de California a Oregón, Idaho y Wyoming. La propia palabra «tribu» resultaba simplista: los tetón dakota, o sioux, como se los conocía, que

vagaban desde el río Minnesota hasta los montes Bighorn, no eran en absoluto una tribu sino una nación formada por siete grupos diferenciados, como los hunkpapas y los oglalas.

Los indios norteamericanos recordaban a los pueblos nómadas de la estepa euroasiática —escitas, turcos y mongoles— que a lomos de sus caballos atravesaron las defensas de Roma, Bizancio y la China de los Han. [13] También invitaban a la comparación con otra némesis imperial: los pastunes y afridis del siglo XIX en la frontera noroccidental de la India británica, que se subdividían en diversos *jels* y sobre los que un joven Winston Churchill, a la sazón oficial de baja graduación y corresponsal de un periódico, escribió: «Las tribus guerrean entre ellas. El pueblo de un valle lucha contra el de al lado. A las peleas de las comunidades se suman los combates entre individuos [...]. Los hombres se alzan el uno contra el otro, y todos contra el extranjero.»[14]

Los pawnis luchaban contra los sioux y los cheyenes. Los crows combatían a los pies negros. Los arapahoes estaban enfrentados a los shoshones y los utes. Los cheyenes y arapahoes peleaban contra los comanches y los apaches. Los navajos mantenían un constante conflicto con los hopis. Los sioux, en su caminata hacia el oeste, sojuzgaron a una serie de indios rivales. Aun así, al igual que los pastunes y afridis, los pueblos nativos de Norteamérica también eran capaces de unirse contra el extranjero. Para muestra, la coalición de sioux, cheyenes y arapahoes que derrotó al 7.º de Caballería de Custer el 25 de junio de 1876 en el río Little Bighorn de Montana y agudó la celebración del centenario del nacimiento de Estados Unidos la semana siguiente.

Más allá de los ríos Misisipí y Misuri, el Ejército estadounidense se encontró un mundo hobbesiano en el que la guerra étnica intestina, fruto de la competencia por territorios y recursos, era el hecho primario de la vida. «La guerra es el aliento que respiran —observó Francis Parkman, el historiador del siglo XIX, que escribió sobre los sioux como testigo de primera mano—. Contra la mayoría de las tribus vecinas albergan un odio rencoroso que se transmite de padres a hijos y se inflama por una cadena constante de agresiones y represalias.»[15]

Del mismo modo en que la poesía y las novelas de Rudyard Kipling eran un canto al imperialismo británico que sojuzgó a los pastunes y afridis en la frontera noroccidental de la India, un contemporáneo de Kipling, el artista estadounidense Frederic Remington, haría lo mismo con sus esculturas de bronce y sus cuadros en honor de la conquista del Salvaje Oeste.

Remington, más que Francis Parkman, fue el Kipling del primer imperialismo estadounidense, que convirtió de hecho en mito heroico. Aunque menos conocido que su equivalente británico, Remington era una figura de perdurable importancia cultural para los oficiales del Ejército que conocí a lo largo de mis viajes. Como en el caso de Kipling, a Remington lo descontextualizarían de su época, lo juzgarían de manera despiadada según los cánones modernos y lo declararían culpable de racismo y patriotería.^[16] Y eso no dejaría de ser una ironía, puesto que para ambos «la carga del hombre blanco» significaba tan sólo la recta responsabilidad de extender las fronteras de la sociedad libre y el buen gobierno en unas zonas de puro caos, una misión que no difería de la de los intervencionistas humanitarios posteriores a la guerra fría.^[a4]

Remington cabalgó con las tropas en incursiones de exploración. Sus «instantáneas al óleo» idealizan a los hombres solitarios, la esencia de la audacia y la entereza, captados en la llanura desnuda. Unos oficiales de caballería de rostro adusto hacen frente a indios retratados con cálidos tonos de rojo y amarillo, con los caballos a galope tendido. Es un mundo de exploradores mestizos vestidos de pieles, de montañeros y pioneros cuyo «espíritu de aventura [...] es el constructor de las comunidades», por citar al gran admirador de Remington, Theodore Roosevelt.^[17] En el universo mítico de Remington, esos primeros imperialistas, los oficiales de caballería y exploradores, hacían propio el ideal guerrero de su enemigo indio, que se distinguía por su valor y tenacidad.^[a5]

Por bien que microscópicas en cuanto a tamaño, fueron las rápidas e irregulares acciones militares contra los indios, eternizadas en bronce y óleo por Remington, las que conformaron la naturaleza del nacionalismo estadounidense.^[18] El tan cacareado «ecumenismo optimista», base de los movimientos en pro de la paz y el desarme, «se limitaba en gran medida al nordeste de Estados Unidos», escribe el historiador bélico británico sir Michael Howard.^[19] «Más al oeste y al sur», prosigue Howard en un pasaje poderosamente perspicaz, empezaba a predominar un espíritu muy distinto:

La experiencia de la colonización, la defensa de la frontera y la expansión territorial estaba generando una cultura de guerra [...]. No asumía ningún progreso hacia una sociedad global pacífica, sino una lucha continuada en la que el uso de la violencia estaba justificado por la conciencia individual y la necesidad bruta [...]. Un siglo o así más tarde, cuando la organización global empezó a parecer posible o necesaria, la

imagen que acudió a la imaginación de muchos estadounidenses no fue la de equilibrar el poder entre los estados, sino la de proteger la ley y el orden contra quienes los vulneraban [...] mediante un *sheriff* con su *posse comitatus*. Si la corrupción o la ineficacia humanas lo hacían imposible, debían garantizarlo los esfuerzos de un puñado de hombres buenos que siguieran los dictados de una ley moral interior.^[20]

Un puñado de hombres buenos: un cliché, y aun así un hecho revelador a lo largo de toda la historia de la expansión estadounidense. Mientras viajaba de continente en continente con las Fuerzas Armadas de Estados Unidos en los primeros años del siglo XXI, la imagen que más me asaltaba era una que el propio Remington podría haber plasmado sobre un lienzo: individuos singulares frente a paisajes peligrosos y sobrecogedores.

Sucedió también que, a medida que el espíritu pionero de Estados Unidos lo impulsaba a surcar océanos y continentes, en el transcurso del siglo XX y a principios del siguiente, el poderío estadounidense se volvía más difícil de ejercer.

A pesar de su potencia militar, el Imperio estadounidense se asentó al final como algo más implícito que explícito, similar a la Persia aqueménida cercana a las postrimerías del siglo V a. C., cuando la victoria de una Esparta debilitada sobre Atenas en la guerra del Peloponeso proporcionó a los persas el control nominal del archipiélago griego en el oeste, a pesar de que las fronteras orientales de Persia eran inseguras, estallaron luchas partisanas y fueron necesarias alianzas locales de conveniencia para las operaciones militares.

En verdad, el Imperio de Estados Unidos carecía de colonias, en consonancia con una era de reactores e información en la que los movimientos masivos de personas y capital diluían el significado de la soberanía. Los estadounidenses no se asentaron de manera permanente sobre el terreno en muchos enclaves, como habían hecho los británicos, pero la dependencia de su equipo militar y el adiestramiento y mantenimiento que lo acompañaba (que el mercado de armas internacional a menudo no podía reemplazar) sí que ayudó a atar regímenes a ellos de otro modo.^[a6] De acuerdo con un historiador, los imperios pueden ser procesos ambiguos en lugar de estructuras formales, en las que la oposición misma a la influencia imperial constituye una prueba de su existencia.^[21]

Ser estadounidense en la primera década del siglo XXI era estar presente en un momento grandioso y fugaz, un momento que aun si durase varias décadas más no constituiría sino un breve instante entre la larga marcha de hegemones que han colmado amplias franjas del globo. Los imperios persas de los aqueménidas y los sasánidas duraron cada uno varios centenares de años, al igual que las cinco dinastías chinas conquistadoras, por no hablar de Roma. Bizancio duró un milenio, como Venecia. Las dominancias portuguesa, habsbúrguica, otomana y británica deben medirse por siglos, y no décadas. Incluso el Imperio vándalo de Genserico dominó el núcleo mediterráneo del mundo occidental durante la práctica totalidad de un siglo mientras Roma se venía abajo. Al ser un fomentador del cambio dinámico, un imperio liberal como Estados Unidos tenía todos los números para generar las condiciones de su propia caída, y por tanto ser de una duración especialmente corta.

Había quienes negaban la existencia misma del Imperio estadounidense, amparándose en la contradicción entre una estrategia imperial y los valores democráticos de Estados Unidos. Se olvidaban de que Roma, Venecia y Gran Bretaña fueron los estados más moralmente iluminados de su época. Venecia se caracterizaba por la separación entre Iglesia y Estado. Poseía una constitución funcional que limitaba con severidad la autoridad de sus dogos, que eran incapaces de actuar sin la aprobación de sus consejeros. Su actitud humanista hizo de Venecia el único estado de la Europa católica que jamás quemó un hereje.^[22] El liberalismo en casa y una política pragmática, en ocasiones despiadada, en el exterior no han sido infrecuentes en la historia de algunos imperios.

En la práctica, los inicios del siglo XXI vieron a Estados Unidos en la Segunda Edad Expedicionaria por lo concerniente a su postura global de emplazamiento de bases militares.^[23] En la Primera Edad Expedicionaria, desde la escalada de la guerra de Cuba hasta el final de la Segunda Guerra Mundial, Estados Unidos había establecido bases en el Caribe, el Pacífico y el Atlántico Norte, con el fin de ampliar su perímetro de defensa continental y proteger los nuevos intereses económicos. Los años de la guerra fría fueron los de la Edad de la Guarnición, en la que se construyeron grandes guarniciones fronterizas permanentes en torno a la Unión Soviética, en lugares como Alemania Occidental, Turquía y la península de Corea. La Segunda Edad Expedicionaria se caracterizó por el énfasis en una rápida movilidad a escala mundial para afrontar las intervenciones de mantenimiento de paz, los golpes antiterroristas y la contención de Irán e Irak. La huella

global del 11 de Septiembre iba a hacer un hincapié adicional en la movilidad y la dispersión de las fuerzas, para hacer frente a las amenazas gemelas del islam radical y el poder creciente de China.

Todas esas estrategias eran legado de Roma, que siempre solicitaba territorio en suelo extranjero para construir bases. Roma fundó bases aguerridas en zonas ingobernables con fines de disuasión, supervisión y reconocimiento. Su superioridad en la red de carreteras y el dominio de los mares permitía la rápida reubicación de sus fuerzas en grandes concentraciones en momentos de crisis. Roma, al igual que Gran Bretaña, siguió una doctrina de «reversibilidad inevitable».^[24] Sabedora de que no podía ser fuerte en todas partes, que habría lugares en los que quizá tuviera que retirarse ignominiosamente y otros en los que no sería prudente intervenir, se volcó en la reacción estratégica rápida de sus fuerzas en lugar de en su continua presencia en demasiadas zonas.

Al igual que los imperios se expanden por casualidad, impulsados hacia delante por una sucesión de amenazas a su seguridad, reales o imaginarias, mis viajes tampoco siguieron un patrón discernible. La amistad con capitanes y comandantes me ayudó a llegar a las ubicaciones más remotas tanto como la relación con coroneles y generales. Las Fuerzas Armadas estadounidenses son una fraternidad a escala mundial. Así, personas de una parte del globo me condujeron a la otra punta por medio de las más estrafalarias coincidencias. Un oficial de la Guardia Costera que conocí en Yemen avivaría mi interés por Colombia. Un oficial del Ejército de Tierra que conocí en Mongolia me informaría sobre Bosnia. Un soldado raso en Filipinas me describiría al detalle el Ejército de Singapur. Las historias en sí eran prueba de la existencia de unas fuerzas armadas globales.

A lo largo del proceso no me comporté como un verdadero corresponsal de guerra. Me concentré más en la historia y el entorno locales, porque el dramatismo de los nuevos y exóticos paisajes siempre ha sido capital para la experiencia imperial. Una serie de libros sobre el imperio —al menos hasta cierto punto— tenía que halar de viajes.

El número de países que tenía planeado visitar, si bien considerable, sería menos importante que la cantidad de tiempo que pasara en los barracones con la tropa y el grado en el que pudieran aceptarme. Quería ver el mundo y sus despliegues desde su perspectiva, y no juzgarlos de acuerdo con la mía. Quería consagrar todo mi tiempo profesional a ese empeño, durante al menos

media década. Quería aislarme de los civiles todo lo que me fuera posible. Lo que buscaba era la profundidad y calidad de una experiencia, sobre todo con los machacas.

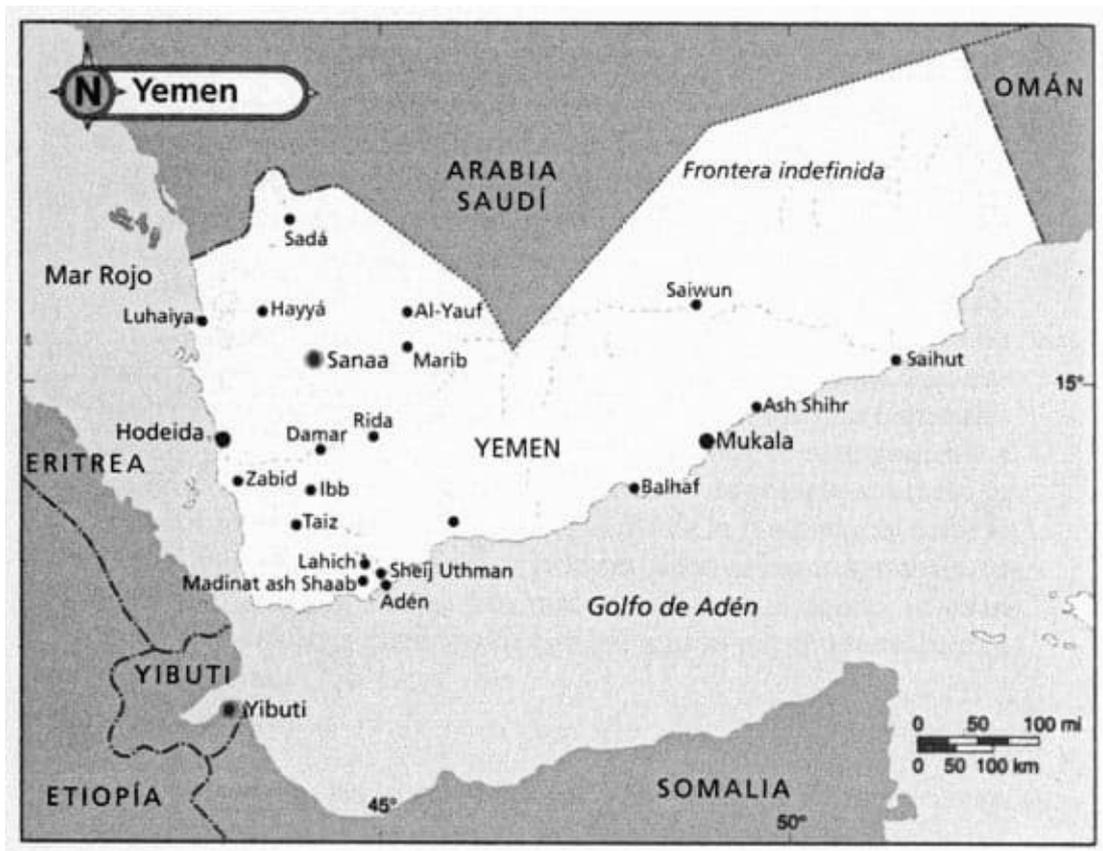
Machacas: carne de cañón. La aplicación más rigurosa del término hacía referencia a la infantería de combate de los Marines. Sin embargo, en cierto sentido, hasta los sargentos de las Fuerzas Especiales del Ejército de Tierra pertenecían a esa categoría, por su disposición a sublimar su identidad dentro de la unidad. No les preocupaba tanto su propia supervivencia como la salvaguarda de la función que realizaban. Si el hombre que estaba a tu lado era capaz de hacer tu trabajo, tu muerte importaría menos. Los machacas a los que conocí se veían como nacionalistas estadounidenses, aunque el papel que realizaran fuera imperial.

La amenaza a la seguridad que había provocado la última y, tal vez, final expansión del Imperio estadounidense resultaba especialmente esquivada. Más que falanges de infantería, existían en ese momento células guerrilleras clandestinas de jóvenes hombres y en ocasiones mujeres que trabajaban para sembrar una destrucción mayor que la ocasionada por la mayoría de los ejércitos de la historia. Así, empecé por Yemen, al que a la sazón se atribuía la mayor presencia de Al Qaeda en cualquier lugar que no fuera la frontera afgano-paquistaní. Sí, Yemen era relativamente poco conocido. De eso se trataba. Un imperio mundial significaba muchos lugares diferentes.

Sin embargo, antes de acoplarme al Ejército, quería explorar la última versión estadounidense del Territorio Indio por mi cuenta: constatar sobre el terreno con qué se las veía exactamente Estados Unidos. Yemen constituiría apenas el largo introito de mi experiencia con los soldados, no la experiencia en sí.

Incluso en Yemen, no obstante, conocería a un oficial estadounidense o dos: a veces retirados, a veces al servicio de un organismo internacional, quienes, fieles a la naturaleza implícita del imperialismo estadounidense, como los montañeros y pioneros de antaño, estaban despejando nuevas sendas de expansión e influencia, a su propia manera indirecta e inconsciente.

Yemen



1

CENTCOM

YEMEN, INVIERNO DE 2002 *Con notas sobre Colombia*

Yemen era enorme. Y sólo se trataba de un país pequeño [...]. ¿Cómo manejar un imperio como ése?

En noviembre de 1934, cuando la viajera y arabista británica Freya Stark arribó a Yemen para explorar el ancho oasis del *wadi* Hadramaut, la persona que más la ayudó de todas las que se encontró fue el esteta y magnate francés Antonin Besse, cuyo imperio comercial con sede en Adén se extendía desde Abisinia al este asiático. Besse, vestido con chaqueta de esmoquin blanca y pantalones cortos arrugados del mismo color, servía un vino excelente en las cenas y era descrito como «un mercader al estilo de las Mil y una noches o el Renacimiento».^[1] En diciembre de 2002, cuando fui a Yemen, quien más me ayudó de todas las personas que conocí fue Bob Adolph, un teniente coronel retirado de las Fuerzas Especiales del Ejército de Estados Unidos, que era el oficial de seguridad de las Naciones Unidas para Yemen.

Adolph, cuya carrera militar lo había llevado de una parte a otra del mundo, tenía pecho de culturista y un rostro campechano con algo de bulldog bajo las gafas de montura metálica y la gorra de béisbol arrugada. Lo distinguí al otro lado del control de pasaportes del aeropuerto, esperando en el oscuro almacén con luz de neón que hacía las veces de aeropuerto de Sanaa.

A causa de su propio problema con Al Qaeda, los yemeníes sospechaban de cualquiera con un visado paquistaní en el pasaporte. Un hombre con un cigarrillo en la boca que llevaba un jersey raído y zapatillas me llevó a un lado. Adolph, al ver que no me aclaraba, se acercó tranquilamente al agente y le habló en un árabe malo pero aceptable, apretando los dientes cuando quería

hacer énfasis en algo. No era el único que regateaba con los agentes de aduanas y pasaportes. Se trataba de una típica escena tercermundista: la confusión y cacofonía de la negociación en lugar de unas normas establecidas.

Después de que Adolph insistiera un poco más, recuperé mi pasaporte. Nos dirigimos al aparcamiento. Eran las dos de la madrugada. Dos niños mendigos agarraron mis maletas y las cargaron en el Land Cruiser. Adolph les entregó medio dólar en riales. Me sentía relajado. El mundo árabe, si bien pasto de la violencia política, tenía poca o ninguna delincuencia común. En ese sentido, el islam había estado a la altura del desafío de la urbanización y la vida moderna, y era un éxito sin paliativos.

«Éste es el Estado más democrático de Arabia. Por ese mismo motivo, es el más peligroso e inestable», dijo Adolph, y me explicó que cuando la democracia a la occidental sustituía a la dictadura absoluta en lugares con altos índices de paro e instituciones débiles y corruptas, el resultado solía ser un vacío del que podían aprovecharse grupos como Al Qaeda. «He trazado numerosos planes de evacuación para el personal de la ONU en el país, para tener al día las listas de llamadas que deben realizarse —prosiguió—. Si el país se viene abajo durante la noche, puedo tener a toda nuestra gente en Asmara al día siguiente a tiempo para merendar en el Intercontinental. El truco consiste en no dejar de hacer favores a personas del Ejército, la policía y las tribus, y nunca cobrarlos, hasta que los necesites para sacar a tu gente.»

Dio un viraje para evitar otro choque frontal. «Fíjate en cómo conducen por aquí: hay chavales de diez años con listines de teléfono en el asiento para conducir antiguallas. Olvídate de las normas y los carnés. Guarda todo el dinero en diferentes bolsillos. A pesar de todas las armas, el dinero contante y sonante siempre te dará más poder en Yemen que una pistola. Todos los habitantes de este país son hombres de negocios, y buenos.» Su tono era autoritario, didáctico.

Era la última noche del Ramadán. Aunque faltaban unas horas para el amanecer, las calles estaban llenas de gente bulliciosa y alegres guirnaldas de luces. Sanaa parecía una visión de Arabia de cuento de hadas, con edificios de basalto y adobe adornados con cristales de colores tallados y frisos de yeso. Recordé mi primera visita a Yemen en 1986.

En aquel entonces, los diplomáticos y demás especialistas en la zona me habían garantizado que, con el descubrimiento de petróleo en cantidades significativas, el Gobierno yemení pronto dispondría de los medios económicos para extender su poder al campo y acabar con el caos feudal.

Había sucedido lo contrario. Para aplacar a los jeques, el Gobierno los sobornó con la flamante riqueza, de modo que los beneficios del petróleo reforzaron la periferia medieval en lugar de la capital modernizadora. A mediados de los años 90 se produjo un estallido de secuestros de turistas, cuando los jeques se volvieron codiciosos y pretendieron chantajear por medios adicionales al Gobierno. Los dirigentes también tenían que competir con los acaudalados extremistas wahabíes de Arabia Saudí y con Al Qaeda, que en ocasiones tenían más dinero con el que influir en los cabecillas tribales yemeníes. Desde que Al Qaeda tomara como objetivo los petroleros que zarpaban de la costa yemení, el precio de los seguros navales había subido, con lo que se había reducido el tráfico marítimo y en consecuencia el monto de los ingresos de las exportaciones de petróleo, de modo que el régimen disponía de menos caudal para sobornos. La comunidad extranjera temía el advenimiento de una nueva oleada de secuestros.

Para Al Qaeda, Yemen era un país propicio por el caos imperante y las simpatías culturales, situado en el corazón de Arabia y por tanto mucho más deseable que el Afganistán remoto y no árabe. Quizá bastara con ir socavando el régimen.

En el centro de Sanaa, me fijé en que la gente no llevaba los baratos jerséis de poliéster occidentalizados que denotan la descomposición de las identidades tribales bajo la olla a presión de la urbanización. Todavía se vestían con los tobos blancos y keffiyehs a cuadros o chalets de cachemira; los hombres, además, lucían *yambias* (puñales curvos ornamentales) en el centro de sus cinturones.

«Todo es tribal —me explicaría otra fuente del Ejército estadounidense—. Los ministerios son feudos de las diversas tribus. Es un mundo de burocracias inconexas. Toda la información circula hasta arriba del todo sin que por el camino se comparta nada, de modo que sólo [el presidente Alí Abdúlá] Saleh sabe lo que pasa. Por lo tocante a las furiosas exigencias de los estadounidenses para que combata a Bin Laden, nosotros no somos más que otra tribu loca de las que Saleh se guarda en la chistera para esgrimirla contra las demás. Lo mismo con Al Qaeda. Saleh tiene que aplacar y hacer favores a todo el mundo para mantenerse en el poder.» Ya, pensé; da de comer al perro que esté más próximo a morderle.

Adolph me contó que el Gobierno yemení controlaba tan sólo un 50 por ciento del país, más o menos. Un diplomático occidental de alto rango en Yemen rebatiría con vehemencia la afirmación y me explicaría que Saleh controlaba «todas las principales carreteras, pozos petrolíferos y oleoductos»,

lo cual, repliqué, suponía menos del 50 por ciento del país. «Bueno —bufó el diplomático—, controla lo que tiene que controlar.» Si ése era el caso, pensé, ¿por qué existía un problema tan grande con Al Qaeda en el momento de mi visita? La diferencia entre Adolph y el diplomático no radicaba en los hechos que manejaban o ni siquiera en sus percepciones, como se demostraría. La cuestión era que, como el teniente coronel con el que había hablado fugazmente en Camp Pendieron, Adolph no sabía ser sutil o disimular. Era brutal y refrescantemente brusco. Tratar con él ahorrraba tiempo.

Dentro del Land Cruiser disparado, Adolph despachó los más recientes «incidentes» de seguridad del país. Su edificio de apartamentos había sido escenario de un tiroteo entre el hijo de un jeque muy bien situado y fuerzas gubernamentales, con cuatro personas muertas. Varias más habían fallecido durante otro tiroteo entre las tribus Al Haima y Bani Mattar a las afueras de Sanaa. Dos bombas habían explotado cerca de las residencias de funcionarios del Gobierno en la capital. En la cercana Marib se había producido un intento de asesinar al gobernador regional, Abdulá Alí al Nassi, protagonizado por miembros de una tribu que habían bloqueado la carretera y abierto fuego sobre su vehículo. Los motivos de toda aquella violencia seguían siendo turbios. En cuando a Al Yauf y otras zonas de la frontera saudí, se habían producido tantos atentados y tiroteos que Adolph no se había molestado en investigarlos o llevar la cuenta. Todo aquello fue el prelude del asesinato de un destacado político yemení y tres misionarios estadounidenses.

Adolph, adiestrado como negociador en situaciones de rehenes por la Nueva Scotland Yard de Gran Bretaña, me explicó qué hacer en caso de que me secuestraran: «No protestes. Sé sumiso. Enséñales fotos de tu familia para entablar una relación. Al cabo de las primeras horas, pide permiso para ver al jeque. Si te llevan a verlo, no pasa nada. Se trata de un secuestro autorizado, con miras a convencer a las autoridades de que concedan a la tribu una nueva carretera o pozo de agua. Te dirán que las negociaciones deberían estar listas en cuestión de días; échale dos meses. Se sabe de extranjeros que han ganado peso mientras los mantenían cautivos como rehenes en Yemen. Cada familia de la aldea te cobijará durante una temporada, para compartir el coste de tu manutención. Sin embargo, si no te llevan a ver al jeque el primer día, empieza a preocuparte. Es posible que se trate de un secuestro no autorizado, y es razonable pensar en modos de escapar.»

Frenó el vehículo a medida que nos acercábamos a su piso, ubicado en una zona rica de Sanaa donde vivían muchos expatriados. Muros altos, guardias armados y concertina por todas partes: la parafernalia de la paranoia.

Me dirigía a Territorio Indio, me dijo Adolph. Se refería a los páramos desérticos del Yemen septentrional que colindan con la frontera saudí, una frontera que el Gobierno yemení estaba intentando demarcar al mismo ritmo al que los miembros de las tribus locales volaban los nuevos indicadores fronterizos. Al día siguiente tenía una cita con un jeque que podía proporcionarme escoltas y un guía, un jeque que le debía algún favor a Adolph.

El jeque Abdulkarim bin Alí Murshed, de cuarenta años, parecía más mayor de lo que era: algo nada infrecuente en un país donde la extrema pobreza y una elevada tasa de natalidad aceleraban literalmente el tiempo. Una mitad larga de la población de Yemen no había nacido cuando visité el país por primera vez, dieciséis años antes. De su padre, el jeque Murshed había heredado el control de cien mil miembros de la tribu Yaulan que vivían al este de Sanaa. Formaban parte de la confederación tribal Bakil, la más grande de Yemen. Los bakils eran menos poderosos que la más cohesionada confederación Hashid del presidente Alí Abdulá Saleh, que residía a lo largo de la dorsal septentrional de las montañas del Alto Yemen. El rival político del presidente Sadeh, Abdulá al Ahmer, dirigente del partido de la Islá Islámica (Congregación para la Reforma), era otro Hashid, de la rama de Al Ahmer. En consecuencia, el presidente necesitaba aliados de los bakils para contrarrestar a parte de su propia tribu, y el jeque Murshed tenía tanto ambición como ganas suficientes para conseguir poder.

Con las bendiciones tanto de Saleh como de varios *jauayas* (extranjeros blancos acaudalados), entre ellos los estadounidenses, el jeque Murshed había fundado una organización no gubernamental (ONG) llamada Solidaridad Humana. Tenía tarjetas de presentación y una oficina medio vacía en la que no parecía suceder nada. Al igual que el sistema de partidos políticos de Yemen, la oficina era ante todo una fachada occidentalizada, tras la que se ocultaba un efervescente medio tradicional de poder: la tribu.

Adolph me presentó al jeque Murshed menos de veinticuatro horas después de mi llegada a Yemen. Fue al principio de la fiesta de tres días del Eid al Fitr, que concluía el Ramadán, un momento en el que un encuentro como ése debería haber sido imposible de organizar. Sin embargo, Adolph tenía un regalo de fiestas para el jeque: «una *yambia* estadounidense», como dijo con una sonrisa de oreja a oreja, mirando al jeque desde toda su altura. Se trataba de un auténtico cuchillo de cazador de Texas de treinta centímetros en un hermoso estuche rojo.

Adolph me enseñó una pila de cuchillos de cazador como ése en estuches rojos que había comprado a 80 dólares por ejemplar. «Tendría que habérmelos deducido de los impuestos como gasto empresarial legítimo —me dijo—, pero claro, no puedo. Le he regalado uno al jefe de la policía y tengo otro para el hermanastro del presidente. En sociedades dominadas por los varones como la yemení, la virilidad te lleva muy lejos. Así se consigue que la gente haga cosas por ti.» El piso de Adolph estaba lleno de cuchillos y espadas, de África occidental, el Cuerno y Yemen.

El jeque Murshed me dijo que, como amigo de Adolph, sería su invitado en las zonas tribales. En consecuencia, no tendría que pagar nada por el vehículo, la escolta y los guías que me prestarían para el viaje. Si quería demostrar mi agradecimiento, sin embargo, por medio de una donación a su ONG, eso dependía de mí. En otras palabras, la negociación había empezado. El primer grupo de guardias con los que me puso en contacto quería 350 dólares al día. Acabé pagando 100 al día, más una donación a la ONG del jeque.

Poco después de nuestro primer encuentro, el jeque me invitó a comer *gat* en la torre medieval que tenía por residencia, encaramada a la cumbre de una colina a las afueras de Sanaa. La *mafraj* del jeque, su habitación en el piso de arriba, la llenaban unos veinte miembros de la tribu reclinados en cojines sobre el suelo. El sol del atardecer atravesaba los frisos de estuco y las ventanas de cristales coloreados. El jeque estaba sentado con su pistola Makarov, su rifle de asalto Kalashnikov y su cuaderno, y utilizaba una escupidera para librar su boca del exceso de hojas de *gat* y mucosidad mientras escuchaba las súplicas. El *gat* se guardaba en bolsas de plástico de supermercado junto a la pila de rifles de asalto, sobre las alfombras cosidas a máquina. Sobre una mesita de madera descascarillada había un antiguo teléfono. No sonó en ningún momento, pero el jeque hablaba sin cesar por su nuevo móvil. Colgado de la pared junto a amarilleadas fotografías familiares había un televisor sintonizado en Al Yazira, el canal de 24 horas de noticias en lengua árabe que emitía desde Qatar y que a los yemeníes les parecía escandalosamente occidentalizado, aunque los estadounidenses lo consideraran hostil a Occidente.

La velada estuvo dominada por discusiones sobre el mejor modo de mejorar la seguridad y las condiciones de vida de las problemáticas regiones desérticas de Al Yauf y Marib. El jeque escuchaba sin interrumpir, pero siempre pronunciaba la última palabra. Oyó numerosas súplicas, entre ellas la petición de que ayudara a un hombre a cuyo hermano habían arrestado por

supuesto desfalco en el Banco Central. No se tuvo en especial consideración la idea de que un buen abogado y un juez independiente administraran justicia; sólo el jeque, al parecer, podía garantizar una resolución justa para el asunto. «En Yemen, el sistema *kabili* [tribal] es más fuerte que el Gobierno, más fuerte incluso que el islam», me explicó uno de los suplicantes. Ésa era la esencia del subdesarrollo, una situación en la que la burocracia gubernamental funciona sobre la base de los lazos familiares y las redes de conocidos, en lugar de en arreglo a leyes y principios impersonales.

El *gat* fomentaba la conversación. Si se masca como se debe —los tallos blandos y las hojas apretujados en una esquina posterior de la boca, apoyados en las muelas inferiores hasta que se forma un moco verdoso— la planta posee un efecto exquisitamente sutil, vigorizante a la par que relajador, como tomarse cinco tazas de café solo sin sentirse acelerado. El efecto del *gat* era subrepticio. Incitaba sexualmente. Era habitual que los hombres, después del mascado de la tarde, hicieran la siesta con sus esposas. Cultivo de regadío intensivo, el *gat* era un motivo de primera importancia para la desertización del país. Se esperaba que las reservas de agua subterránea de Yemen no duraran más de una generación o dos, mientras que la tasa del 2,8 por ciento de crecimiento de la población se encontraba entre las más altas de Oriente Próximo.^[a1] El *gat*, que carecía de potencial de exportación, se plantaba cada vez más, a expensas de cultivos rentables como el café, con lo que se exponía más si cabe la economía local a la catástrofe, a la vez que disminuían las reservas petrolíferas.

La siguiente persona que conocí nada más llegar a Yemen, cortesía una vez más de Adolph, fue el general de brigada Alí Muhsen Saleh al Ahmer. El general Alí Muhsen, hermanastro del presidente Saleh (tenían en común la madre), era según decían el segundo hombre más poderoso de Yemen, después del propio Saleh. Alí Muhsen controlaba una división armada que protegía la capital. Tenía reputación de organizador estricto y capaz, cercano al movimiento fundamentalista Islá, así como a los jeques traficantes de armas y quizá también a algunos miembros de Al Qaeda. Fue Alí Muhsen quien ayudó a Saleh a granjearse el apoyo de los «afgano-árabes» radicales (veteranos yemeníes de la guerra de Afganistán contra los soviéticos) cuando la guerra civil amenazó a su régimen a mediados de los años 90. Sin embargo, la presión estadounidense a resultas del 11 de Septiembre de 2001 había sido tan severa que tanto Alí Muhsen como Saleh consideraron que no tenían más

remedio que satisfacer al presidente George W. Bush. Los estadounidenses hicieron un trato con ese antiguo miembro de «los malos»: concederle al regimiento de Alí Muhsen un pedazo del paquete de ayuda militar norteamericana era el único modo en que Washington podía hacer negocios en Yemen.

Alí Muhsen me recordó a un cabecilla tribal que un joven Winston Churchill describe en su primer libro, *The Story of the Malakand Field Force* «Era un gran hombre, lo cual en la frontera quiere decir que era un gran asesino Un hombre fuerte que ha deducido que la empuñadura» de un poder imperial «es la mejor herramienta con la que trabajar».^[2] Fueron los vínculos de Alí Muhsen con los radicales los que proporcionaron a su hermanastro, el presidente, la protección política que necesitaba para acercarse a los estadounidenses; temporalmente, se entiende. Y también para distanciarse de los estadounidenses con rapidez y credibilidad si eso, también, se hacía necesario.

Bien entrada la noche del Eid al Fitr, Alí Muhsen nos recibió a Adolph y a mí en su complejo fuertemente fortificado de Sanaa. La vistosa *yambia* que lucía sobre sus vestiduras tribales daba fe del valor de su linaje; lo más probable es que se hubiera transmitido de generación en generación. Sirvieron té dulzón, nueces y pasas. Adolph le regaló un cuchillo de cazador, «un presente de un soldado a otro». Alí Muhsen sonrió mientras posaba su mano con agradecimiento sobre la de Adolph. En aquella situación, para Adolph era más importante ser ex oficial del Ejército de Estados Unidos que funcionario de seguridad de la ONU. Sin embargo, las dos funciones eran en realidad inseparables. En los destinos sensibles por motivos de seguridad como Yemen, donde los expatriados se exponían a un auténtico riesgo, no era infrecuente que la ONU enviara a estadounidenses, o al menos otros anglosajones, en cargos de autoridad. Si bien a escala mundial Estados Unidos y la ONU a menudo parecían enfrentados, sobre el terreno de Yemen la distancia entre ellos se antojaba menos relevante.

«Tengo ganas de asar vivo a vuestro ministro de Comunicaciones —se quejó Adolph—. Necesito montar una red de llamadas de radio para mi personal en caso de emergencia y él no quiere recibirme.» Alí Muhsen sugirió que arreglaría el problema. Adolph no lo creyó y siguió protestando un rato. Alí Muhsen parecía respetarlo por eso.

Adolph me presentó con términos elogiosos y charlé de nada en particular con el general. Formular una pregunta directa —considerar eso una entrevista— hubiera sido un abuso de la hospitalidad. En un lugar como

Yemen la verdad sale a la luz por accidente, cuando se habla de otras cosas. El hecho de que el general me hubiera recibido serviría como la mejor variedad de protección si tuviera la mala suerte de que me secuestraran. El exceso de guardias armados con pinta de nerviosos en el salón y el patio cercano daban fe tanto de la autoridad real de Alí Muhsen como de la anarquía que campaba a sus anchas alrededor de ella.

Menos de setenta y dos horas después de haber llegado a Yemen, durante la festividad más importante del año musulmán, cuando las oficinas del Gobierno estaban cerradas, Adolph, con su árabe pasable, me había organizado un viaje a través de una zona por la que se había negado el derecho de paso a los occidentales y me había conseguido una breve audiencia con el personaje más enigmático del país. Adolph se me antojó pulcro, ordenado, incluso un poco retentivo anal, a la vez que modesto.

Robert B. Adolph Jr. nació en Chelsea, Massachusetts, en 1952, uno de los nueve hijos de una humilde familia católica. Empezó a trabajar con once años. Lo expulsaron del instituto cinco veces y terminó 313.º en una clase de 330. Se enroló en las Fuerzas Armadas de Estados Unidos después del instituto y lo enviaron a Alemania, donde se convirtió en sargento de segunda clase y más tarde en miembro de las Fuerzas Especiales. «En el Ejército, por primera vez en mi vida, la gente me decía que no era estúpido.» Con esos ánimos, Adolph consiguió un título superior por medio de un curso por correspondencia, algo de lo que todavía se sentía profundamente orgulloso. Más adelante obtendría incluso un máster en relaciones internacionales por la Universidad Americana de Washington, D.C. Su educación militar en el proceso de convertirse en oficial de las Fuerzas Especiales incluyó una escuela de comandos de Bélgica, una escuela de ruso, un curso de natación de combate impartido por el Ejército danés y escuelas superiores de rangers y salto con paracaídas. En Alemania comandaba dos compañías de información militar. Mientras servía en Egipto aprendió a recelar de la mayoría de los libros de texto sobre el mundo árabe. «Los libros que leí nunca mencionaron que para mejorar una sociedad hay que dar el dinero a las mujeres, nunca a los hombres. En la Ciudad de los Muertos de El Cairo —prosiguió—, adopté a una familia pobre: el padre quería un televisor, la madre una máquina de coser para arrancar un pequeño negocio.»

En 1992 lo enviaron a Camboya como observador militar estadounidense de la misión de paz de la ONU. «Fue la primera vez que me encontraba en un

lugar sin Gobierno. Los Jemeres Rojos vendían gemas y madera por cuatro duros al Ejército tailandés. Aprendí que si alguien te encañona con un AK-47, retrocedes poco a poco, te doblas por la cintura en ademán de súplica, con las palmas juntas como si estuvieras a punto de rezar. Si hacías eso por lo general bajaban el arma. Estar seis meses en Camboya era como que te violaran. Nada de lo que me habían dado a leer en el transcurso de mi adiestramiento me preparó para lo que me encontré.

»No me volvió cínico. Sólo me ayudó a conseguir que se hicieran cosas sobre el terreno. Montó un programa antimalaria en el norte de Camboya tras conseguir que una tripulación francesa le llevara mosquiteras en aviones C-130 (el francés de Adolph, descubrí, era como su árabe) y una empresa de camiones canadiense las distribuyera. «Lo más difícil, con todo, fue convencer a los camboyanos rurales de que la malaria provenía de los mosquitos, y no de los espíritus malignos.»

Al retirarse del Ejército estadounidense en 1997, Adolph se convirtió en asesor contratado por el Departamento de Estado del Ministerio de Defensa bosnio. Al año siguiente trabajó de jefe de seguridad de la misión de paz de la ONU en Sierra Leona, donde tuvo que evacuar a varios centenares de funcionarios amenazados por los sádicos del Frente Revolucionario Unido (FRU). «Sea el FRU, Al Qaeda o los chetniks serbios, un factor unificador es que ninguno de todos ellos sabe tener una relación normal con una mujer, y eso se encuentra en la raíz de su crueldad —me dijo mientras nos tomábamos unas cervecitas una noche en su apartamento—. Los comandantes del FRU obligaban a los niños soldado a violar a ancianas de su propio pueblo a punta de pistola, para que los chavales no pudieran volver nunca a casa. Es el tipo de disciplina que entienden los adolescentes asociales.»

Sierra Leona había sido para Adolph un destino frustrante. En las Fuerzas Especiales había aprendido que «la misión lo era todo»; en la ONU tenía que trabajar en un entorno en el que, como sabía por mi propia experiencia periodística, la misión era secundaria respecto de la necesidad diplomática.

Por ejemplo, los garantes de paz nigerianos no estaban en Sierra Leona para mantener la paz, sino en algunos casos para robar diamantes aluviales. El FRU controlaba los campos de diamantes. Los nigerianos hacían tratos con el FRU. Utilizaban sus propias tropas de paz como mulas para pasar los diamantes a Lagos. El Gobierno nigeriano obtenía dinero de la comunidad internacional por cada soldado de paz que mandaba a Sierra Leona, pero los soldados nigerianos no siempre recibían pago de su Gobierno. Tampoco obtenían paga los soldados de paz guineanos y zambianos, aunque sus

gobiernos recibieran dinero de la ONU por cada hombre despachado a Sierra Leona. El resultado era que se rendían sin combatir a agrupaciones de cazadores-guerreros vestidos con pelucas y gorros de ducha.^[3] ^[a2] Si Estados Unidos pretendía subcontratar su carga imperial a la ONU, las Naciones Unidas tendrían que ser capaces de combatir sobre el terreno tan bien como hablaban delante de las cámaras de televisión.

Dos semanas después de abandonar Sierra Leona, la ONU mandó a Adolph a Yemen. Allí la misión lo era todo, a juzgar por la franqueza con la que había hablado al general Alí Mushen sobre el ministro de Comunicaciones.

«Familia, aldea, tribu, armas; ése es el “a, b, c” de Yemen», empezó el coronel del Ejército de Tierra de Estados Unidos enviado a Sanaa desde el CENTCOM de Tampa, Florida. El terrorismo es una actividad empresarial dominada por empresarios con iniciativa. Y como me explicó el coronel en la cola para la comida en el piso de Adolph, «en Yemen viven casi veinte millones de personas agresivas, bien armadas y con mentalidad comercial, todas extremadamente trabajadoras en comparación con los vecinos saudíes. Es el futuro. Y al Gobierno de Riad lo aterroriza cosa mala.»

Había una docena de invitados al bufé. Aparte de mí, un funcionario de la ONU, el agregado de Defensa francés y dos diplomáticos de la Embajada estadounidense, el resto eran oficiales militares de Estados Unidos a cargo de un programa u otro en Yemen; adiestramiento de comandos yemeníes, retirada de minas, etc. Era una pandilla de tipos de clase obrera. Hubo muchos comentarios sobre lo «tontos» que eran todos, sobre todo por parte del agregado de Defensa estadounidense, el coronel del Ejército Gralyn Harris, ex practicante de lucha libre de la Universidad de Connecticut que por casualidades de la vida hablaba un árabe fluido. Yo también había estudiado allí, le dije. Le comenté que era el primer compañero de universidad que me encontraba en más de dos décadas de corresponsal en el extranjero. «¿Qué cojones me dices?», se rió.

La conversación derivó hacia algunos empleos, al dejar el servicio, por los que se cobraba hasta 70 000 dólares al año. Cundieron las comparaciones claras, agramaticales y sin pelos en la lengua entre un país y su cultura con otro, observaciones que eran relevantes aunque quizá resultarían difíciles de publicar. Era un mundo donde se juzgaba menos a la gente por sus ideas que por su capacidad para llevarlas a la práctica; allí la virtud residía en los

resultados. Si existía algo semejante al Imperio estadounidense, estaba allí, en esa fiesta.

Bob Innes, alto, pelirrojo y agradable en extremo, era hijo de un bombero, nacido en 1950 y criado en un vecindario ítalo-irlandés de la avenida Flatbush de Brooklyn, cerca de Ebbets Field. «Nunca superé que los Dodgers dejaran tirado a Brooklyn y se fueran a Los Ángeles —me contó—. Los tres mayores villanos del siglo XX fueron Hitler, Stalin y Walter O'Malley», el propietario de los Dodgers. En ese momento Innes estaba construyendo de la nada una guardia costera yemení.

«Fui fruto de un matrimonio mixto —comenzó con campechana naturalidad—. Mi madre era de Brooklyn, mi padre del Bronx. A finales de los 50 mi padre se jubiló al paraíso de los bomberos, Arizona: el auténtico y mítico oeste de los Apaches, antes de que se volviera residencial y pijo, se entiende», aclaró con tono despectivo. En las calles de Phoenix, Innes aprendió español de sus amigos mexicanos. Con sus buenas notas lo aceptaron en Stanford, que sus padres no podían permitirse. Sin beca de Stanford, acudió a la Academia de la Guardia Costera de Estados Unidos en New London, Connecticut.

Aunque vivimos en la era del reactor, el 70 por ciento de todos los cargamentos intercontinentales viajan por vía marítima, por lo que los mares eran más estratégicos que nunca. La mayoría de los países que afirmaban poseer armadas, en realidad tenían guardias costeras. Aunque la Guardia Costera de Estados Unidos consta tan sólo de treinta y ocho mil marineros y cinco mil civiles, es el cuerpo de su especie más grande del mundo, así como la séptima flota del planeta por tamaño. Al principio Innes sirvió frente a las costas de Groenlandia, Canadá, la isla de Wake y Vietnam del Sur. «Vi salir el último avión estadounidense de Tan Son Nut, donde se decidió qué familiares se embarcaban y cuáles no.

»¿Qué aprendí de mi experiencia en Vietnam? —se pregunta en voz alta, y permite que el silencio formule su siguiente frase—. Aprendí que el honor y la integridad son cualidades personales, no institucionales, no algo que debamos esperar que el Estado posea siempre. Si no te gusta una política, mala suerte. En el mundo ocurren cosas malas. Uno hace lo mejor que puede su trabajo y deja que los lloricas escriban los libros.»

En los años 80, Innes administró varios programas de adiestramiento de guardia costera en el oeste de África y en todas partes de Latinoamérica salvo Bolivia y Paraguay, que no tienen costa. Su español se había vuelto fluido. Leía a Cervantes en su texto original de principios del siglo XVII. Llegó a

Monrovia, Liberia, en abril de 1980, en el preciso instante en que el sargento maestre Samuel K. Doe lanzaba un golpe de Estado contra el presidente William Tolbert y se exhibían cuerpos despedazados por las calles. «África occidental era Haití a escala pancontinental. Los problemas de Sudamérica ni siquiera se acercaban. La alta cultura que en Sudamérica es un bienpreciado ya no existe en el oeste de África. Aunque también estaba Colombia [...]»

Innes estuvo en Colombia de 1987 a 1990 como agregado estadounidense naval, policial y de la Guardia Costera. También trabajó para la Administración Antidrogas. «Yemen puede ser una pesadilla, pero es el paraíso en comparación con la Colombia de aquella época.»

Manuel Noriega sostenía las riendas del poder en Panamá y proporcionaba un santuario para insurgentes y narcotraficantes a lo largo de la frontera panameño-colombiana. El escándalo Irán-Contra todavía coleaba, lo cual entorpecía a Washington en sus esfuerzos por ofrecer al Ejército colombiano el apoyo que necesitaba para combatir a las guerrillas y los señores de la droga. Ese periodo presenció también un último acto del drama mortífero entre el capo de la cocaína, Pablo Escobar, y el Gobierno colombiano.

Innes me habló de un incidente que tuvo lugar en la región amazónica del sudeste colombiano a finales de los 80. En un pueblo, él y los soldados colombianos que lo acompañaban se encontraron a todos los adultos llorando porque habían secuestrado a sus hijos. A diferencia de secuestros anteriores, nadie había pedido rescate. Innes y un contingente de soldados locales tomaron un bote río arriba. En un claro descubrieron una docena de cuerpos de niños con varios órganos vitales arrancados de manera poco delicada. El jefe de la policía local y otros creían que la carnicería la habían perpetrado contrabandistas y traficantes del lucrativo comercio clandestino de órganos corporales para trasplantes. Un rico extranjero de otro continente que no estaba al tanto de aquello —Innes nunca descubrió de quién se trataba— tenía un hijo que necesitaba desesperadamente un trasplante de hígado. Ese extranjero estaría dispuesto a pagar cualquier cosa por encontrar un hígado que fuera compatible con su hijo, y no preguntaría necesariamente de dónde había salido.

«En Colombia —prosiguió Innes—, no existe distinción entre la conquista militar, la esclavitud de los indios, los secuestros, el narcotráfico o el mercado negro de órganos, siempre y cuando sean rentables. Las drogas son el señuelo que promete romper el ciclo de pobreza. Según los estándares locales, los

cárteles no eran inhumanos. Para muchos, las drogas representaban un medio de escapar de la miseria más absoluta.»

El narcotráfico era, entre otras cosas, un arma económica de las pujantes clases media y media-alta contra el Gobierno, las familias tradicionales y los oligarcas que controlaban la coca, el carbón de alta calidad y las esmeraldas: la auténtica riqueza del país.

«La muerte violenta y prematura —prosiguió— era algo normal para los jóvenes de muchas partes de Colombia. Se trata de un hecho de la vida muy habitual, lo que la mayoría de ellos espera. Como saben que van a morir jóvenes y de manera dolorosa, quieren cumplir con su familia, romper el ciclo de pobreza. Los narcotraficantes lo saben. En Colombia, jamás se juzgaría y sentenciaría a un menor como a un adulto, con independencia del delito, de modo que las organizaciones criminales mandaban a niños a cometer actos espantosos por ellas. Los narcotraficantes mantenían las promesas hechas a esos chavales y recompensaban con dinero a sus familias si los atrapaban o mataban. Montan todo un espectáculo cuando trasladan a los padres de los crios a una casita nueva y envían a sus hermanos a colegios privados. Es más de lo que el Estado podrá hacer jamás por ellos. En Colombia, cualquier adolescente podría ser tu asesino. En Yemen, el crimen opera dentro de unos límites. La ley islámica proporciona una firme brújula moral.»

Debía ir a Colombia, pensé.

Innes se retiró de la Guardia Costera a finales de los años 90 y fue llamado de nuevo al servicio activo tras el 11 de Septiembre de 2001.

«Estaba segando mi césped en Luisiana cuando atacaron las Torres Gemelas. Ahora tengo a cuarenta tíos a mi mando, sólo cuarenta, pero son un principio. Esos chavales —me explicó, acalorándose— fueron expulsados de otros cuerpos armados yemeníes porque eran demasiado listos, hablaban inglés, hacían demasiadas preguntas y por eso nadie confiaba en ellos. Los desmoralizaron. “No —les digo yo—. ¡Es que no lo entendéis! Antes de que [Robert] Clive consolidara la India para los británicos en el siglo XVIII, Yemen, a lo largo de toda la Edad Media, era el refugio de los camaradas de Simbad el Marino. Adén se ha contado entre los puertos más grandes del mundo durante mil años. Esta costa posee una geografía de increíble valor estratégico. Visto el desierto en expansión, el entorno marítimo es el único futuro no aciago que tiene este país.”

»Cuando Al Qaeda atentó contra el [petrolero francés] *Limburg* —continúa Innes—, las primas de seguros para los barcos que entraban en aguas yemeníes subieron un 254 por ciento durante una temporada. Yemen

necesita una guardia costera del siglo XXI, como Jordania y los EAU [Emiratos Árabes Unidos]. Y esta gente está dispuesta a aprender; no son como los demás de la región, que sólo quieren contratar mercenarios.»

Innes contaba con 8 de los 22 millones de dólares en ayuda militar que Estados Unidos había concedido a Yemen cuando el presidente Saleh y su hermanastro suscribieron la guerra contra el terrorismo. La ambición de Innes para la Guardia Costera yemení era contagiosa. Me contó que en un plazo «de cinco a siete años», sus 40 chavales crecerían hasta 2500. Patrullarían las costas desde Arabia Saudí a Omán, del mar Rojo a través del estrecho de Bab el Mandeb hasta el golfo de Adén. «Su mera existencia hará bajar los precios de los seguros navales. Tengo lanchas de salvamento a motor de dieciséis metros para ellos, una embarcación heroica de verdad, comprensiva. Las barcas francesas de Yibuti son una porquería.»

Se dio la casualidad de que dos semanas después me encontré en Adén, visitando el muelle Príncipe de Gales, un edificio gris y sombrío, con algo de iglesia, que los británicos construyeron en 1919, al principio de su última etapa de Alto Imperio. Allí, en el corazón de «la punta de los vapores», desde la que se había extendido el dominio británico sobre Adén y sus alrededores, había una zona en obras de acceso prohibido, el enclave que Bob Innes había elegido como cuartel general de su nueva Guardia Costera yemení.

El mes anterior a mi llegada a Yemen, el 3 de noviembre de 2002, un misil disparado por una aeronave no tripulada Predator de la CIA había incinerado un vehículo en el que un supuesto cabecilla de Al Qaeda, Abu Alí al Harithi, viajaba junto con otras cinco personas por la región de Marib, al este de Sanaa. Desde entonces, a los extranjeros —sobre todo estadounidenses— sus embajadas les habían denegado el permiso para entrar en la zona, por su propia seguridad. Mi plan era atravesar los páramos septentrionales y sembrados de miembros de Al Qaeda de Al Yauf y Marib en ruta hacia el *wadi* Hadramaut, 650 kilómetros al este, para luego dirigirme al sur hacia el mar Árábigo, donde Al Qaeda también presentaba actividad. Quería disponer de una sensación visual del caldo de cultivo socioeconómico en el que florecía Al Qaeda.

Al salir de Sanaa junto con Abdulá, el conductor que me había encontrado el jeque Murshed, me adentré en un espantoso laberinto de escarpaduras, promontorios y mesetas de arenisca y lava negra que formaban cañones abruptos cincelados por el viento. Las cañadas desembocaron al cabo de poco

en un páramo ceniciento moteado de ruinas que se identificaban con el reino bíblico de Saba. Una hora después de salir de Sanaa, paramos frente a un mercado de carretera y compramos *gat* para mascararlo por la tarde.

Me encontré de inmediato entre mugrientos escaparates de hormigón ligero, atestados como el centro de una ciudad de jóvenes con tobos blancas sucias, viejas kefias y *blazers*, y armados con *yambias*, bandoleras y rifles de asalto Kalashnikov. Era como un *western* de John Wayne, con la salvedad de que los hombres llevaban falda. Un joven desenvainó su *yambia* y la apuntó hacia mi cara mientras se reía como un poseso. Romas y difíciles de desenfundar, las *yambias* resultan más bien inoperantes como arma de primera necesidad, y las más de las veces representan la influencia estabilizadora de la costumbre tribal: el pegamento social yemení que contenía el índice de criminalidad aleatoria. Los AK-47 eran otra historia. «Una vez que se tiene rifle, para qué molestarse en aprender a leer y escribir», me espetó el soldado yemení que Abdulá había escogido cuando le pregunté a un corro especialmente hostil de jóvenes si asistían a la escuela. La respuesta fue que no.

Las estimaciones del número de armas de fuego existentes en Yemen ascendían hasta los ochenta millones, cuatro por cada yemení. Los servicios de información estadounidenses calculaban que en ese momento los yemeníes poseían más rifles de asalto y granadas per cápita que cualquier otra nación del mundo. Las pistolas amenazaban con elevar la ancestral tradición yemení de las pintorescas guerras tribales a un nivel debilitador de anarquía.

Entre Sanaa y Marib, una distancia de 200 kilómetros, conté once controles militares señalizados por bidones de petróleo llenos de arena y cemento. La presencia del Gobierno en aquel desierto era mayor que nunca, que no es decir poco. Los soldados de esos controles no estaban borrachos ni eran sanguinarios como los que me había encontrado en Sierra Leona o los mafiosos con ojos de lagarto que había visto en la Georgia ex soviética. Yemen no era un Estado fracasado. Sólo era un Estado algo débil, como tantos otros en todo el mundo. Eso era lo que hacía tan desalentador el lienzo que se iba desplegando ante mis ojos.

La Guerra Global al Terrorismo —o GWOT, como la llamaban en el Ejército de Estados Unidos— representaba tan sólo la fase correspondiente a ese momento del imperialismo estadounidense. Sin embargo, el terrorismo era tanto causa como síntoma de la debilidad política de estados como Yemen. De modo que, en cierto sentido, Estados Unidos luchaba contra el inflexible proceso mismo de la modernización.

Los controles militares eran empresas por cuenta propia, donde los mal pagados soldados cobraban unos miles de riales (20 dólares) por subirse al coche con un extranjero y protegerlo hasta el próximo control o el siguiente. Oficialmente, la carretera principal entre Sanaa y Marib estaba en manos del Gobierno. Sin embargo, entre un control y otro —en verdad, a doscientos metros de cualquier control— podía ocurrir cualquier cosa. Unos muros de adobe visibles desde la carretera ocultaban los campamentos de jeques tribales rebeldes, algunos con sus propias piezas de artillería.

Los abarrotados mercados que vendían armas y *gat* se multiplicaron a medida que bordeábamos la región de Al Yauf («La Depresión»), y, sobre todo, la región sin ley plagada por un sinfín de detonaciones misteriosas y tiroteos tribales.

Nos metimos en un bar de carretera: un puñado de mesas y sillas rotas dispuestas sobre una tarima de madera corroída. Llegaron atronando dos todoterrenos Toyota, llenos de bulliciosos jóvenes quinceañeros, la mayoría con la dentadura irregular, la cara picada de viruelas y las uñas rotas. Todos y cada uno de ellos llevaban un AK-47, a menudo con el seguro quitado. Conducían otros hombres, más mayores. El único soldado que nos acompañaba sorbía su té con aire taciturno, como si intentara esconderse. El hecho de que Yemen poseyera una de las rentas per cápita más bajas y las tasas de natalidad más altas del mundo ya no era para mí una abstracción estadística.^[4]

Los jeques que controlaban a esos jóvenes con frecuencia eran ricos: gracias a los atracos de carretera, la venta de armas y demás contrabando transfronterizo y los sobornos que les ofrecían tanto el Gobierno yemení como los wahabíes saudíes. Con ese dinero los jeques compraban ovejas y camellos, y más armas y municiones; no construían escuelas ni clínicas para mujeres. Se trataba de una decisión consciente, no una cuestión de pobreza. Me traían a la mente a unos guerreros recién salidos de la *Ilíada*, armados con teléfonos móviles y demás parafernalia de la edad de la información.

Para contrarrestar esa tendencia, la Embajada estadounidense en Sanaa supervisaba un programa de ayuda extranjera en la región de Marib que incluía la construcción de escuelas y un hospital. Sin embargo, la inestabilidad general a tan poca distancia de la capital, sumada a la escalada de tensión posterior al ataque del Predator de la CIA, dificultaba la decisión de exponer a los trabajadores del programa a secuestros o algo peor (por ejemplo, la Embajada estadounidense era una fortaleza hermética, con múltiples puertas, espejos falsos y dientes de hierro que surgían del suelo para

bloquear vehículos. La mayor parte del personal diplomático la formaban varones sin familiares dependientes).

A la vista de todo eso, se dejó en manos del equipo de asistencia militar del CENTCOM proporcionar la alternativa humanista liberal. El dinero para asistencia militar que no iba a parar a la Guardia Costera de Bob Innes o a los sobornos para que Alí Muhsen apoyara la nueva alianza de su hermanastro con los estadounidenses, se invertía en el adiestramiento de unidades yemeníes de elite. Nadie esperaba que el presidente Saleh se hiciera con el control de esas rutas desérticas al este y norte de la capital. Con todo, Estados Unidos sí esperaba que unos comandos yemeníes mejor entrenados a la larga fueran capaces de proyectar su poder a discreción, para facilitar la introducción de trabajadores de ayuda civiles.

Se trataba de un estado de cosas hobbesiano. Thomas Hobbes, el filósofo inglés, fue para los estándares del siglo XVII un modernizador, porque creía que la desintegración del orden medieval, por medio del establecimiento de una autoridad gubernativa central, era necesario para el progreso liberal. En Yemen, el soldado tenía preferencia sobre el trabajador de ayuda humanitaria porque sólo el soldado podía proporcionar la elemental seguridad, sin la cual no habría autoridad central de partida.

Al salir de Al Yauf con destino a Marib, contábamos ya con dos guardias armados en nuestro vehículo, además de una escolta de soldados en un camión aparte que habíamos recogido en el último control de carretera.

Marib, descrito por Plinio *el Viejo* en su *Historia Natural* como una ciudad de diez kilómetros de circunferencia, había sido capital de la Saba bíblica. En ese momento era una cuadrícula de calles polvorientas sembradas de envoltorios de papel y botellas vacías. Las destartaladas fachadas se erguían sobre altos bloques de hormigón, y olían a aceite y gasolina mezclados con polvo gris asfixiante. Salvo por una bandada de mujeres vestidas de negro de la cabeza a los pies, el lugar entero presentaba el ambiente de un dormitorio masculino. Dado el reciente ataque del Predator, me aconsejaron que dijera a la gente que «era australiano».

¿Quién de ellos era de Al Qaeda?, me pregunté, mientras me lamía los dedos tras devorar un pollo grasiento en la terraza de un restaurante lleno de chavales armados. A lo mejor ninguno. No importaba. La cuestión era que aquellos campamentos inmundos y abarrotados del desierto septentrional de Yemen, contiguos a los sectores más inestables de Arabia Saudí, constituían un caldo de cultivo fértil dentro del cual grupos radicales como Al Qaeda y sus vástagos podían reproducirse. Allí residía el campo de batalla

demográfico y cultural que la cúpula de seguridad estadounidense tendría que penetrar. Había campos de batalla parecidos en todo el mundo.

El hecho de que Marib era un oasis quedó de manifiesto sólo cuando lo observé desde lejos y a cierta altura: desde un montículo arqueológico calcinado por el sol y cubierto de polvo lunar que contenía los desmoronados restos de la Antigüedad, con torres de ladrillos de barro del siglo XIX que se inclinaban peligrosamente en todas las direcciones. El estrado para turistas se había venido abajo hacía tiempo. Un puñado de soldados me seguía a pie de cerca. Desde la cima del montículo distinguí una estrecha franja de vegetación apagada.

Durante un millar de años, desde el siglo VIII a. C., la gran presa de Marib, cuyos muros ciclópeos y surcados de pasadizos todavía eran visibles, permitió un elaborado sistema de irrigación en bancales que hizo que parte de aquel desierto fuera realmente verde. La Saba bíblica (el reino sabeo) había formado parte de un antiguo núcleo de civilización sin nada que envidiar por lo fabuloso al valle del Nilo de Egipto o los alrededores de Cartago en Túnez. Los egipcios de los faraones llamaban a ese rincón de Arabia la Tierra de Punt; para los hebreos era Ofir. Como explicaré, la confusión interna de Yemen era una consecuencia natural de esta historia, que a su vez era el resultado de la geografía.

Yemen, o *Yaman*, es una palabra de antiguas connotaciones. En árabe significa literalmente «mano derecha», la parte de Arabia al sur del golfo de Áqaba que, desde el punto de vista de los geógrafos greco-egipcios como Ptolomeo, quedaba a la «derecha» de Alejandría. Yemen, con un cuarto de la superficie de Arabia Saudí, pero con una población casi igual, ha sido desde la edad clásica el núcleo demográfico de la península Arábiga. Allí, en el rincón sudoccidental de la península, los amplios altiplanos de basalto se elevaban en pitones volcánicos y formaciones como castillos de arena, que enmarcaban una red de oasis que desde la Antigüedad habían mantenido a grandes poblaciones urbanas.

Separados entre ellos por murallas montañosas y enriquecidos por la producción de especies funerarias en las laderas de los riscos, del 800 a. C. al 500 d. C. media docena de reinos tribales de esa parte de Arabia (sabeos, hadramautíes, himiaritas) libraron guerras intestinas, mientras sus mercaderes cultivaban contactos con África y el sur de Asia. De la India llegaban diamantes y zafiros, lapislázuli y pimienta; de África, marfil y plumas de avestruz. Los mercaderes sabeos y sus rivales exportaban incienso y mirra en una época en la que tales especies aromatizaban todos los altares funerarios

del mundo conocido. Los reinos yemeníes se enriquecieron gracias a sus tramos individuales de la gran ruta del incienso. Freya Stark escribe que «se volvieron imperiales y aristocráticos, constructores de altas ciudades; colonizaron Somalilandia y Etiopía».^[5] Aun así, como se mantenían a raya entre ellos, a pesar de sus aires imperiales ninguno de los reinos evolucionó hasta formar un imperio capaz de dominar la totalidad del actual Yemen.

Esos reinos antiguos fueron seguidos por una no menos desconcertante colección de dinastías árabes medievales —ziyadíes, zaidíes, rasúlidas, etc.— tanto chiíes como suníes, mientras cada valle y oasis poseía soberanía propia. En verdad, el periodo rasúlida de 1229 a 1454 destaca como el único ejemplo de gobierno efectivo sobre la mayor parte de Yemen hasta la era moderna.^[6]

Los turcos otomanos conquistaron Yemen de manera oficial en 1517. Sin embargo, sus cuatrocientos años de dominio sobre el interior no fueron sino una sucesión de sangrientos fracasos, bajo el acoso de los zaidíes chiíes que se retiraban a sus escondrijos montañosos del norte de Yemen después de cada victoria. Al sur, los oficiales británicos a cargo del protectorado de Adén se mantenían ocupados preservando treguas pasajeras entre los quaiti, los kaziri y otras tribus del Hadramaut y los *wadis* adyacentes. El historiador Jan Morris menciona que «la última expresión auténtica del Alto Imperio» de los británicos fue el sistema de endebles tratados entre los caudillos hadramautíes negociados por Harold Ingrams del Colonial Office y su aventurera esposa, Doreen, que llegó a conocerse como el *Sul Ingrams* (La Paz de Ingrams).^[7]

Sin embargo, la violencia intestina nunca cesó del todo. Una guerra civil de 1962 a 1968 en Yemen del Norte, entre las fuerzas de un imán conservador y oficiales revolucionarios apoyados por el Egipto de Gamal Abdel Nasser —una guerra que poco a poco se desintegró en las consabidas rencillas tribales— se cobró doscientas mil vidas antes de que surgiera una república de corte militar. Entretanto, en Yemen del Sur, el protectorado británico de Adén daba paso a un Estado marxista, donde, en 1986, el intento de Moscú de cambiar la cúpula del Partido Comunista yemení provocó una guerra intertribal que duró un mes y en la que murieron diez mil personas. Como en Afganistán, los soviéticos descubrieron que los gobiernos yemeníes eran fáciles de cambiar, pero una vez instalados se veían socavados por las desavenencias de clan.

El Yemen del Norte y el del Sur se unificaron de manera oficial en 1990, cuando el Estado suryemení se derrumbó en el transcurso de la disolución a escala mundial del Imperio soviético. Sin embargo, a diferencia de la Europa del Este, allí el experimento con la democracia fracasó. En verdad, condujo a

otra guerra civil en 1994, en esa ocasión entre Norte y Sur, en la que los septentrionales salieron victoriosos; siete mil personas murieron en los combates.

Alí Abdulá Saleh, ex teniente coronel del Ejército, tomó el poder en Yemen del Norte en 1978. Aunque no podía controlar la totalidad de su país «afganistanizado», con todo se le daba mejor que a sus predecesores turcos o británicos.

La trinidad anacrónica de familia, aldea y tribu que ha dividido Yemen desde la Antigüedad tenía un elemento positivo, pese a todo: impedía el tipo de tiranía embrutecedora y exageradamente centralista que existía en lugares como Irak y Siria. Y sin peligro de que Saleh se convirtiera en un tirano de ese estilo, el concepto del CENTCOM de adiestrar a unidades de elite yemeníes para proyectar el poder a los cenicientos páramos enarbolaba la única esperanza de liberalización, por medio de la expansión de la autoridad central. Sin embargo, para tener éxito, habría que superar los tres milenios de legado de reinos yemeníes separados.

Proseguimos rumbo al este, atravesando los confines del Rincón Vacío, el desierto absoluto que, si bien asociado con Arabia Saudí, penetraba subrepticamente en Yemen. Era tarde para cuando entramos en el *wadi* Hadramaut y paramos para tomar *salta*, un guiso picante con judías y lentejas. Reclinado en una estera en la oscuridad alumbrada por lámparas de gas, reparé en que el pan que me habían servido era parecido al *nan* indio, y en que los hombres tenían rasgos más oscuros y orientales que en Sanaa y Marib. En lugar de tobos llevaban taparrabos a cuadros, como algunos hombres que había visto en la India, Burma e Indonesia. Daba fe de los abundantes lazos familiares y comerciales con el sur y el sudeste asiático que los mercaderes hadramautíes llevaban siglos manteniendo; los nizam de Hyderabad, en la India meridional central, reclutaban a sus guardaespaldas en exclusiva de entre las tribus del Hadramaut.^[8]

A pesar de una historia de rencillas tribales insulares, este oasis de 160 kilómetros de longitud, habitado desde 1000 a. C., formaba parte de un rico mundo cosmopolita desconocido para Occidente. El auge del islam radical en Indonesia en nuestros tiempos tiene sus raíces en los centros de aprendizaje islámicos fundados a principios del siglo XVIII por comerciantes hadramautíes, cuyas redes comerciales del siglo XXI derivan de las que iniciaron los mercaderes de especies sabeos e himiaritas de la Antigüedad.^[9]

Tales redes ofrecían prácticas sendas para que un grupo como Al Qaeda condujera sus operaciones financieras, en especial si se tiene en cuenta que la familia de Osama bin Laden procedía del cercano *wadi* Doan. Las rutas de las caravanas, revividas por la organización de Bin Laden, proporcionaron al Hadramaut vínculos directos con La Meca y otros lugares de Arabia Saudí.

Me despertó a la mañana siguiente el jaleo de los pájaros entre las rosas adelfas, los vistosos campos de alfalfa y palmeras al pie de los altísimos y quebradizos cañones. En poblaciones calificadas de «mini-manhattans», por los edificios de seis y siete pisos de ladrillos de barro apilados uno junto a otro, hordas de niños llenaban los estrechos callejones. Habían cerrado las joyerías y las habían sustituido por ferreterías y tiendas de motos tras el derrumbe del incipiente auge del turismo de principios de los 90. Fue cuando aumentaron los secuestros y el Hadramaut cobró fama de escondrijo de Al Qaeda. En la carcasa de un hotel dilapidado, propiedad en un tiempo de una familia de comerciantes hadramautíes de Singapur, me tomé una Pepsi con un joven devoto que me contó que «la gente de aquí tiene opiniones diferentes sobre Osama que ustedes los estadounidenses, de modo que me parece mejor que no hablemos del tema».

Desde el *wadi* Hadramaut se tardaba cinco horas en llegar a Mukala, en el mar Árábigo, donde Al Qaeda había atentado contra el petrolero francés *Limburg* en 2002. Mukala era un hervidero de refugiados somalíes, golfillos callejeros etíopes y yemeníes islamizados recién regresados de Arabia Saudí. El intento wahabí de radicalizar a los yemeníes estaba cosechando más éxitos en el sur ex marxista, donde el fundamentalismo fue la reacción natural frente al comunismo y su asalto a la religión.

Al anochecer di un paseo por la playa de Mukala. Rocas rojas volcánicas junto al agua humeante del mar con edificios blancos descascarillados de fondo. La playa se dividía en dos partes: una para los hombres y adolescentes, otra para las mujeres y sus hijos pequeños. Las mujeres llevaban velo y la mayoría de los hombres tenía barba. Había basura por todo. Aun así, se trataba de un espacio comunal pacífico, con muchedumbres de fieles proletarios que disfrutaban de las primeras brisas de la noche. Mukala ofrecía la contrapartida urbana fundamentalista al salvaje tribalismo del desierto septentrional y el exótico guiso cultural del *wadi* Hadramaut. A juzgar por los recientes tiroteos, las células de Al Qaeda en Mukala habían evitado su captura por parte de los comandos yemeníes. Ante mí tenía otro campo de

batalla más que esperaba la exitosa penetración de las agencias de información de Estados Unidos.

Yemen era inmenso. Y no se trataba más que de un pequeño país. Contemplé la multitud de personas de clase obrera que me rodeaba, tan puros y devotos, cada mujer joven con varios hijos. A juzgar por los raídos jerséis occidentales de los hombres, los usos de la tribu se estaban perdiendo a un ritmo más rápido en Mukala que en Sanaa, por lo que la religión del lugar era menos tradicional e inevitablemente más austera y política.

¿Cómo iba a hacer frente Estados Unidos a esa muchedumbre y tantas otras como ésta, desde Marruecos a Indonesia? «Roma ya no se limita a Roma: en adelante debe identificarse con la mitad del orbe, o debe perecer», escribe la novelista e historiadora francesa Marguerite Yourcenar, apropiándose de la voz del emperador Adriano.^[10]

¿Cómo manejar un imperio así? Era hora de descubrirlo.

Colombia



SOUTHCOM

COLOMBIA, INVIERNO DE 2003
Con notas sobre El Salvador

El futuro del conflicto militar se calibraba mejor en Colombia que en Irak [...]. Fue en Colombia donde tuve mi primer contacto con las tácticas que emplearía Estados Unidos para manejar un mundo en pie de guerra.

«¿Cómo infiltrarse en el mundo y supervisarlos, si es que eso es posible siquiera?», pregunté.

«Se fabrica un producto y se deja suelto», me contestó el general de división en la reserva Sidney Shachnow.

Regresado de Yemen, había llegado a un rancho de caballos de Southern Pines, Carolina del Norte, un paisaje cuidado de colinas apacibles, jardines rasurados, estacadas blancas recién pintadas y caminos privados mantenidos con esmero a menos de una hora del desparrame urbano destartado que dominaba Fort Bragg, sede del Mando de Operaciones Especiales del Ejército de Estados Unidos. El general Shachnow criaba caballos. Aun así, con sus gustos espartanos y su voz cascada y gutural —con un acento que era una mezcla de la Europa del Este más ignota y la clase obrera de Boston— no parecía encajar en aquel paisaje de fantasía. El general Shachnow se había pasado la vida encajando en sitios donde no debería. Sid Shachnow, judío superviviente del Holocausto, era un veterano con dos periodos de servicio en Vietnam. Tras cuarenta años de servicio militar activo, era uno de los decanos de la red de veteranos de las Fuerzas Especiales del Ejército.

Nacido en 1933 en Lituania, Shachnow pasó tres años de su infancia en un campo de concentración nazi, y después apoyó a su familia en la Alemania ocupada por los aliados mediante el contrabando en el mercado negro. Había visto violar a su madre a un partisano lituano borracho, algo que salió a la luz durante una de nuestras conversaciones, cuando también me habló de su intento de recuperar los terrenos de su familia al volver a Lituania.^[1] «El número de judíos en Vietnam y en el mundo de las Fuerzas Especiales en el que he pasado mi vida, en fin, cabrían en un coche pequeño», me dijo, y se encogió de hombros.

No hablamos más del tema. Ser judío no era algo que luciera como una medalla. Se había casado con una católica, y su familia judía lo había prácticamente desheredado; el matrimonio, todavía saludable, estaba por cumplir el medio siglo. Además, el mundo de los judíos liberales no era uno que lo hiciera sentirse siempre cómodo. «Las imágenes de los últimos helicópteros que salieron de Vietnam todavía me dan náuseas —dijo—. Recuerdo que recibí entradas para Broadway estando de permiso, con una nota escrita sobre ellas que ponía: “No lleve el uniforme al teatro.”»

Las capas de la personalidad de Shachnow eran como corazas blindadas. Cada aspecto de su cara arrugada y su cuerpo bajo y fibroso parecía duro y cincelado. Premios, menciones y condecoraciones empapelaban las paredes de su casa y los cuartos de invitados. Me vino a la cabeza Ligustino, el centurión romano que había servido en España, Macedonia y Grecia. Ligustino había pasado casi media vida en el Ejército y lo habían condecorado por su valor en treinta y cuatro ocasiones.^[2]

Shachnow se había enrolado en las Fuerzas Armadas al salir del instituto, y llegó a sargento de primera clase antes de apuntarse a la Escuela de Aspirantes a Oficial de Fort Benning, Georgia. Había sobrevivido a los guardias del campo de concentración, se había casado sin dinero con una chica de otro credo, había criado una familia de cuatro hijas, había pasado de soldado raso a general de dos estrellas y vivía en una espléndida casa, todo gracias a las decisiones que había tomado siguiendo el instinto y sus impulsos. Me dio a entender que si Estados Unidos pretendía supervisar y regular el mundo con un número mínimo de tropas y sin guerras a gran escala, necesitaría la capacidad de replicar personalidades castrenses como la suya.

«Un tío de las Fuerzas Especiales tiene que ser un asesino letal en un momento dado y un trabajador humanitario al siguiente. Tiene que saber cómo conseguir que unos desconocidos que hablan en otro idioma hagan cosas para él. Tiene que pasar de saber el ruso suficiente a saber el bastante

georgiano y árabe en un par de semanas, en función de dónde lo destinen. Necesitamos personas que sean alumnos aventajados en cultura.»

Shachnow no se refería al conocimiento de la zona; para eso hacían falta muchos años y, en cualquier caso, no siempre era práctico para las Fuerzas de Operaciones Especiales (SOF), una categoría burocrática que comprendía a las Fuerzas Especiales (los llamados boinas verdes), los rangers y *psy-ops* (operaciones psicológicas) del Ejército de Tierra, las Unidades de Embarcaciones Especiales y los SEAL (equipos de comando de Tierra, Mar y Aire) de la Marina, las unidades paracaidistas de rescate de las Fuerzas Aéreas, etc. Fuerzas de Operaciones Especiales no disponía del lujo de saber en qué parte del mundo tendría que intervenir. Shachnow se refería más bien a una maña, a un cierto talento para tratar con la gente, a implantar carisma, o poco menos. Los hombres adecuados descubrirían cosas y actuarían de acuerdo con la información que recopilasen, por el sencillo expediente de saber cómo comportarse en una situación dada.^[a1]

«Los miembros de las Fuerzas Especiales que fueron a ayudar a [el señor de la guerra Abdul Rashid] Dostum, los tíos que se dejaron barba, montaron a caballo y se vistieron como afganos, no recibieron órdenes de hacerlo del general Tommy Franks. Fue una decisión que tomaron sobre el terreno.

»Por eso me alisté en las Fuerzas Especiales —prosiguió Shachnow—. En Vietnam, cuando tuve al mando mi propio batallón de infantería, tenía a alguien que me clavaba la tienda, me hinchaba la cámara de aire, me hacía café y conducía mi *jeep*. Si eres del tipo flipado, eso te gusta. En las Fuerzas Especiales clavas tu propia tienda e hinchas tu propio colchón. Me enrolé en las Fuerzas Especiales porque me obligaba a pensar; evitaba que me aburriera.»

Shachnow me introdujo en el mundo de las Fuerzas Especiales, donde empezaría mi odisea con el Ejército estadounidense. Más adelante exploraría otras ramas de las Fuerzas Armadas, sin ningún orden concreto, con frecuentes idas y venidas. La comparación es el alma de cualquier estudio serio, y, por tanto, mis percepciones más agudas sobre las SF (Fuerzas Especiales) llegarían sólo después de muchos viajes con unidades distintas.

Las Fuerzas Especiales del Ejército de Tierra de Estados Unidos remontaban sus orígenes a la Oficina de Servicios Estratégicos (OSS) de los tiempos de la Segunda Guerra Mundial, en concreto a los equipos Jedburgh

que se lanzaron tras las líneas enemigas en la Francia ocupada por los nazis y el Destacamento 101, que operó en Birmania.^[3]

Jedburgh es una región de Escocia cuyos habitantes habían librado una guerra de guerrillas contra invasores británicos en el siglo XII. El concepto de Jedburgh se refería a la ubicación de pequeños equipos en territorio hostil, para adiestrar en tácticas de guerra no convencional y organizar a grupos mucho más nutridos de guerrilleros, de tal modo que los equipos se convirtieran en multiplicadores de fuerzas.^[4]

De la OSS, disuelta al final de la Segunda Guerra Mundial, nacieron la Agencia Central de Inteligencia (CIA) en 1947 y el 10.º Grupo de las Fuerzas Especiales en 1952, con sede en Fort Bragg, cuya responsabilidad era operar tras las líneas enemigas en Europa en caso de una guerra con las naciones del Pacto de Varsovia. El presidente John F. Kennedy, cuyo respeto por la guerra no convencional databa de sus experiencias como responsable de una torpedera en el Pacífico durante la Segunda Guerra Mundial, amplió el papel de las Fuerzas Especiales del Ejército, en particular en el sudeste asiático, y les concedió una prenda distintiva, la boina verde.^[5] Sin embargo, los soldados de las Fuerzas Especiales rara vez utilizan el término «boinas verdes». Prefieren el sencillo «SF» de *Special Forces*.

La verdadera seña distintiva de las SF no radicaba en su ropa, sino en su organización: su preferencia por los equipos de doce hombres.

En lugares como Yemen, los hombres adecuados, hombres como Shachnow, eran los más indicados para encontrar la bisagra adecuada: el frágil eje sobre el que era posible orientar los acontecimientos políticos de un país dado. Los espartanos cambiaron el signo de la batalla en Sicilia al mandar tan sólo una pequeña misión encabezada por Gilipo. Su llegada en el 414 a. C. evitó que los aliados de Esparta, los siracusanos, se rindieran a los atenienses. Rompió el bloqueo terrestre de Atenas, animó al resto de ciudades-estado sicilianas a seguir el ejemplo de sus aliados y fue crucial para la derrota de la flota ateniense al año siguiente.

La noción de que los individuos adecuados podían inclinar unas fuerzas históricas gigantescas ejerciendo presión en el punto adecuado siempre ha ofrecido un atractivo antídoto para el fatalismo. Como tal la retomó el presidente Kennedy que, en la segunda década de la guerra fría, creyó que unas operaciones encubiertas no convencionales y de escala relativamente pequeña podían suponer una alternativa a la represalia nuclear masiva. Kennedy también creía que la naturaleza de la guerra en sí estaba cambiando. Como le dijo al curso graduado en 1962 en West Point: «Éste es un tipo

distinto de guerra, nuevo por su intensidad, antiguo por sus orígenes: la guerra de guerrilleros, subversivos, insurgentes y asesinos, la guerra por emboscadas en lugar de combates [convencionales] [...]. Exige [...] todo un nuevo tipo de estrategia, todo un nuevo tipo de fuerza, y en consecuencia todo un nuevo tipo de adiestramiento militar.»^[6]

Kennedy podría haber estado describiendo el mundo de principios del siglo XXI. Aunque su visión de la guerra no convencional iba a cosechar frutos irregulares en Vietnam, su análisis general se demostraría clarividente. [a2]

Las Fuerzas Especiales estaban especialmente activas en Colombia, el país que el capitán de la Guardia Costera, Bob Innes, me había descrito en Yemen con truculento detalle. Por tanto, Colombia era adonde yo quería ir. Se trataba del tercer mayor receptor de ayuda extranjera de Estados Unidos después de Israel y Egipto. Era difícil exagerar los intereses estadounidenses en el país.

Colombia es el tercer país más poblado de Latinoamérica después de Brasil y México, y está dos veces más cerca de Estados Unidos que Europa. Posee inmensas reservas petrolíferas sin explotar; Estados Unidos ya recibía más petróleo de esa región de Sudamérica que del mundo árabe. Los narcoterroristas colombianos habían estrechado lazos estratégicos con los islamistas radicales: prueba de que, si antes la frontera del Territorio Indio empezaba doce kilómetros al oeste de Fort Leavenworth —donde se separaban las vías de Santa Fe y Oregón—, en ese momento abarcaba todo el planeta, y no estaba confinado a Oriente Próximo.

Mientras que los últimos regímenes totalitarios de la guerra fría de Irak y Corea del Norte se apoderaban ese invierno de los titulares, el futuro del conflicto militar se dirimía mejor en Colombia, que presentaba una variedad más grave de descomposición social que Yemen o casi cualquier otro lugar de Oriente Próximo. El empeño en Irak, con su movilización de tropas a gran escala y su inmensa concentración de riesgos, no podía ser indicativo de cómo actuaría Estados Unidos en el futuro. Fue en Colombia donde tuve mi primer contacto con las tácticas que emplearía Estados Unidos para manejar un mundo en pie de guerra.

Los grupos guerrilleros colombianos se habían desentendido de las ideologías controladoras del siglo XXI en favor de unas baronías y franquicias descentralizadas, construidas sobre el terrorismo, el narcotráfico, los secuestros, la falsificación y la extorsión de los ingresos de los oleoductos

a los gobiernos locales. Con centenares de millones de dólares al año en beneficios relacionados con la coca, y con vínculos documentados con el IRA y la ETA —que los asesoraban en lo relativo a tácticas de secuestro y coches bomba—, las guerrillas colombianas suponían una variante exótica de Al Qaeda, en el sentido de que no les interesaba ningún orden mundial legítimo.

Si bien Yemen tenía a gala el mayor número de pistolas per cápita del planeta, Colombia era la campeona mundial de secuestros: tres mil sólo en 2002. El país producía el 80 por ciento de la cocaína del mundo. Más aún que Yemen, Colombia tenía menos de país que de conglomerado de ciudades-Estado fortificadas, encaramadas a dos mil quinientos metros de altura en la cordillera andina y rodeadas de tierras «calientes» ingobernables y tropicales donde primaba la ganancia rápida. En aquellas tórridas porciones de selva, la lealtad al Gobierno electo de Bogotá ocupaba, como me dijo una vez un oficial del Ejército en Fort Bragg, «más o menos el vigésimo puesto en la lista de prioridades de los habitantes».

Aunque los dirigentes estadounidenses negaran que su país tuviera intenciones imperiales, Colombia —tan alejada de la conciencia pública y a la vez receptora de tanta ayuda norteamericana— ilustraba la realidad imperial de la situación global de Estados Unidos. En Colombia, los ejércitos de la cocaína habían constituido una insurgencia intratable mucho antes que Al Qaeda. Para entender mejor la llamada Guerra al Terrorismo, valía la pena empezar por la llamada Guerra a las Drogas.

Así pues, volé a Miami, cuartel general del Mando Sur de Estados Unidos.

El SOUTHCOM remontaba sus orígenes a 1903, cuando los primeros marines estadounidenses llegaron a Panamá para proteger una vía férrea que conectaba los océanos Pacífico y Atlántico. Tenía a su cargo Centroamérica y Sudamérica, además del Caribe.^[a3] Sólo en 1997 el SOUTHCOM trasladó su cuartel general de las afueras de la ciudad de Panamá a Miami. Las muchas décadas en el país centroamericano, la abundancia de latinos en el Ejército estadounidense y el hecho de que tantos soldados no hispanoamericanos del SOUTHCOM hablaran español lo convertían en el más insular, chapado a la antigua y colonial de todos los mandos de zona.

Las banderas que ondeaban en el cuartel general de Miami traían a la mente la guerra de Cuba de 1898 y otras incursiones de menor importancia al sur de la frontera. Los soldados de etnia cubana, portorriqueña, dominicana y mexicana de las filas del SOUTHCOM eran el equivalente estadounidense a

los angloindios del Hindustán conocedores del pastún, que tanto conocían el terreno y tan buen servicio habían prestado al Ejército indio de Gran Bretaña. Oficiales y reclutas pasaban carreras enteras en el SOUTHCOM, hasta un grado infrecuente en otros teatros de operaciones, saltando de El Salvador a Honduras, luego a Panamá, Perú, Ecuador, Colombia y demás: «el circuito de “La cucaracha”», como lo calificaban con afecto. Las monedas de batallón del 7.º Grupo de las Fuerzas Especiales del Ejército, el asignado a Latinoamérica, llevaban la inscripción en español en lugar de inglés: «Fuerzas Especiales», y no «Special Forces». El 7.º Grupo era el único de las SF que se aproximaba a los estándares del original 10.º Grupo en cuanto a dominio lingüístico y de la zona.^[7]

Reforzaba aún más la identidad del SOUTHCOM cierta sensación de inferioridad. Con Europa como principal campo de batalla de la guerra fría, y Asia como frente secundario por la amenaza que suponían la China y Corea del Norte «rojas», los militares estadounidenses en Latinoamérica llevaban décadas dejados de lado, aunque tuvieran una zona inmensa que defender. La respuesta a ese problema fueron unas operaciones de inteligencia agresivas y el adiestramiento de ejércitos locales por parte de las Fuerzas Especiales, en combinación con una diplomacia coercitiva.

Los resultados no siempre fueron bonitos: para muestra el asesinato de millares de civiles inocentes a resultas del golpe de 1973 contra Salvador Allende en Chile. Aun así, a cambio de una inversión de dinero y efectivos relativamente pequeña, Estados Unidos neutralizó una agresiva campaña soviética y cubana en su puerta de atrás y contribuyó a allanarle el camino a las transiciones democráticas y las liberalizaciones de mercado de los años 80 y 90. En 1967 en Bolivia, las Fuerzas Especiales ayudaron a cazar y liquidar al agitador hemisférico Ernesto *Che* Guevara.^[a4] En la década de 1980, en El Salvador, puede sostenerse que 55 instructores de las Fuerzas Especiales consiguieron más que 550 000 soldados en Vietnam: enseñaron al Ejército salvadoreño a frenar una insurgencia comunista, al mismo tiempo en que se transformaba un cuerpo policial de 12 000 hombres en unas Fuerzas Armadas más profesionales de 60 000 soldados.^[a5] El Salvador era la prueba de que no hacía falta mucha gente para combatir esas guerras pequeñas, pero sí que aquella que se desplegara fuera la mejor.^[8]

«Economía de Fuerza» era como llamaban a la estrategia de las décadas de la guerra fría el general de división Geoffrey C. Lambert, de Fort Bragg, y los veteranos del SOUTHCOM, en Miami; su manera de hablar de la bisagra adecuada. En realidad, la Economía de Fuerza era una estrategia practicada

por todos los grandes imperios de la Antigüedad, que poseían una cantidad dominante pero no ilimitada de poder militar, de tal modo que la necesidad les exigía ser ligeros a la par que letales, lo que llevaba a confiar en cuerpos de choque móviles y estados clientes, algo particularmente cierto en el caso de Roma.^[9]

En Latinoamérica, una estrategia de Economía de Fuerza había producido regímenes amigos que en casi todos los casos eran mejores de lo que los cubanos y los rusos tenían en mente. Incluso en Chile, a pesar de las violaciones de los derechos humanos del dictador Augusto Pinochet después del derrocamiento de Allende, el régimen militar que instauró en los años siguientes redujo la mortalidad infantil de 79 a 11 por cada mil nacimientos, y el índice de pobreza del 30 al 11 por ciento de la población.^[10] Semejante manejo de la realidad política al sur de la frontera no corría el riesgo de degenerar en un atolladero, porque a lo largo de toda la guerra fría hubo relativamente pocos oficiales estadounidenses en el terreno en cualquier país latinoamericano.

El concepto de la Economía de Fuerza del SOUTHCOM ofrecía en ese momento una hermosa lógica para el en apariencia intratable mundo de la transición al siglo XXI, en el que todos (incluidos los intervencionistas humanitarios) reconocían que la construcción de naciones, fuera en Bosnia, Afganistán, Irak o Colombia, estaba erizada de peligros, dificultades, incertidumbres y grandes gastos.

«No intentes arreglar la sociedad entera. Identifica más bien un puñado de elementos clave de ella y trata de arreglarlos.» Por ejemplo, como un Ejército nacional es en esencia irreformable sin un cambio social y cultural sistemático, trabaja para mejorar tan sólo sus unidades de elite utilizando hombres de la propia elite militar estadounidense como instructores. Ése ha sido el motor del cambio en El Salvador, donde se redujo la violencia política de 610 asesinatos al mes en 1980 a 23 en 1987.^[11] También fue ésa la estrategia en Colombia.

El exterior de la Embajada estadounidense en Bogotá, Colombia, era una réplica del que había visto en Sanaa, Yemen. Los dos eran «edificios Inman», una referencia al almirante Bobby Ray Inman, que en 1985 presidió una comisión asesora que estableció normas de seguridad más rigurosas para las embajadas estadounidenses. Estaba la flota de coches blindados cuyos conductores siempre variaban de ruta, las paredes a prueba de explosiones, los

treinta metros de seguridad, verjas correderas electrónicas y limitadores activos de vehículos (AVR), también conocidos como barreras Delta, que se erizaban desde debajo del suelo.

El complejo de la embajada en Bogotá era un mundo de acrónimos, un rasgo particular de la comunidad nacional de seguridad estadounidense al completo en los albores del siglo XXI. Los acrónimos conformaban el idioma privado que sólo los iniciados comprendían, como el latín y el griego que en un tiempo hablaban las capas más altas del Imperio británico. Dentro de la embajada estaba la ÑAS (sección de asuntos de narcóticos), que dirigía el programa CD (antidroga). Pegado al edificio principal, en una unidad prefabricada de una altura, hecha con dos láminas de aluminio separadas por espuma, estaba el TOC, o centro de operaciones tácticas, del 3.^{er} Batallón del 7.^o Grupo de las Fuerzas Especiales. El TOC también era conocido como la FOB, la base de operaciones avanzadas del 3.^{er} Batallón.^[a6]

El 3.^{er} Batallón, como todos los de las Fuerzas Especiales, se dividía en tres compañías que a su vez se subdividían en seis destacamentos de doce hombres, muchos de los cuales estaban desperdigados de una punta a otra de Colombia. La dotación de la FOB la formaba uno de esos destacamentos, el ODA-773: Destacamento Operacional Alfa-773. La Alfa significaba que se trataba de un equipo de SF de la línea del frente, aunque en ese momento desempeñara tareas de apoyo.

En un despacho de una esquina de la FOB estaba el oficial al mando del 3.^{er} Batallón, el teniente coronel Kevin A. *Duke* Christie, jefe efectivo de todos los boinas verdes de Colombia. Al igual que el capitán de la Guardia Costera Innes en Yemen, era hijo de un bombero de Nueva York, aunque de Queens en vez de Brooklyn. Duke Christie se había enrolado en el Centro de Preparación de Oficiales de la Reserva del Ejército en la Universidad Estatal de Florida. La primera vez que le dispararon fueron las guerrillas urbanas de Lima, Perú, en la década de 1980. Después sirvió en Bosnia y Pakistán y adiestró a paracaidistas en Kenia; hablaba francés y alemán y estaba olvidando el ruso, a la vez que su español empezaba a asentarse. Desgarbado y musculoso, con facciones afiladas y el pelo corto del color del trigo peinado hacia arriba al estilo de los años 50, Duke Christie era uno de esos tipos agradables con los que se podía entablar la primera conversación a mitad de frase, aunque cuando lo conocí en el cuartel general del SOUTHCOM en Miami me pareció algo desabrido. Una mina Claymore acababa de matar a uno de los mejores oficiales de su mando, el capitán Adam Kocheran, en un ejercicio de instrucción en Puerto Rico.

El parte de batalla del viernes, 7 de febrero de 2003, redactado por Duke y su personal, empezaba a las 8 de la mañana en la FOB de Bogotá. Alrededor de una disposición triangular de mesas de fórmica bajo el runrún de los ventiladores se situaron el comandante Albert Quiros, los capitanes Bill Pittman y Luciano Gonzales, el oficial técnico jefe III Pat Gleason y otros oficiales. Todos llevaban su uniforme de combate (BDU en sus siglas estadounidenses, uniformes verdes de camuflaje para las tropas estacionadas en los trópicos, tostados para las de Oriente Próximo). El primer tema fue una «hipótesis Nairobi», en referencia a los atentados de Al Qaeda en 1998 contra las embajadas estadounidenses en Nairobi, Kenia, y Dar as Salam, Tanzania.

«El nivel de amenaza narcoterrorista en la embajada ha aumentado de manera significativa», observó el comandante Quiros con tono adusto. «¿Dónde?», pregunto Duke. «En esta embajada, y en su hotel», respondió el comandante Quiros, y me miró con aire a la vez jovial y amenazador. Había un plano del terreno de la embajada pegado con cinta adhesiva a un poncho de camuflaje estirado que hacía las veces de tabique. El comandante Quiros perfiló qué «campos de tiro» controlaría cada oficial en caso de que atacaran la embajada, quién mantendría las «comms» (comunicaciones) en marcha y quién se quedaría allí atrás en la «caja de queso» para volar las cajas fuertes que contenían pilas de documentos clasificados.

El informe continuó. Iba a llegar una delegación del Congreso. Junto con los congresistas y su personal, viajarían unos cuantos marines de escolta, lo que significaba que habría que retirar de Colombia de manera temporal algunas tropas estadounidenses para respetar el «tope de fuerzas». El tope de fuerzas era el límite impuesto por el Congreso al número de soldados estadounidenses uniformados que podían encontrarse dentro del país en un momento dado para evitar la escalada de la misión. En El Salvador, con una población de cinco millones en los años 80, había consistido en cincuenta y cinco instructores de las Fuerzas Especiales. En Colombia, cuya población se acercaba a los cuarenta millones, era de cuatrocientos soldados, entre ellos unos setenta instructores de las Fuerzas Especiales. Los topes de fuerzas eran arbitrarios, más basados en equilibrios políticos de Washington que en cualquier análisis fundamentado de lo que hacía falta para cumplir el trabajo. Eran un mero reflejo del miedo a otro Vietnam, aunque la diferencia entre tener unos pocos centenares de soldados de elite en un país o centenares de

miles de reclutas fuera inmensa. Pese a todo, en un mundo imperfecto, los topes eran los garantes definitivos de una estrategia de Economía de Fuerza.

Se debatió sobre el problema de la munición. El imperialismo tenía menos que ver con la conquista que con el adiestramiento de ejércitos locales. La confianza en las técnicas y sistemas armamentísticos estadounidenses y las relaciones entabladas entre oficiales de Estados Unidos y sus protegidos del Tercer Mundo ayudaban a conceder al país el acceso que necesitaba en todo el planeta. Además, cuando las Fuerzas Especiales accedían a adiestrar un ejército tercermundista, también suministraban la munición y el equipo utilizados en la instrucción.

Organizar el transporte de la «munición paletizada» de Fort Bragg en aviones C-130 y C-27 se estaba demostrando una lata (los militares lo facturaban todo en palés de aluminio). «La cosa está negra en cuanto a la disponibilidad de aeronaves», informó el oficial técnico jefe, Gleason, con categórico acento de Nebraska.

Pat Gleason, como muchos suboficiales y oficiales técnicos que conocería en el transcurso de mis viajes, era discretamente asombroso. Desde su ordenador portátil dirigía el equivalente a una pequeña agencia de viajes y compañía de mudanzas, con la que trasladaba tropas y equipo entre el este de Estados Unidos, Puerto Rico y Colombia. Su especialidad de boina verde era el HALO (gran altitud, apertura baja). Podía saltar de un avión por la noche a 7500 metros y abrir el paracaídas a los 1000. Con apenas un año en la Universidad Campbell de Buies Creek, Carolina del Norte, poseía un conocimiento de Sudamérica (de los usos del Ejército chileno, las actitudes políticas de la Bolivia rural, etc.) que era pese a todo enciclopédico. Duke lo llamaba «la memoria histórica y colectiva» del equipo.

Estaba, también, la cuestión del nuevo material de comunicaciones. El capitán de transmisiones Bill Pittman, graduado por West Point de Georgia, dijo que era hora de «dar la alarma de gilipollez» al plan de sustituir el viejo sistema de comunicaciones PSE-5 Delta por un paquete tribanda peso mosca que agrupaba comunicaciones de voz, datos, secretas y no secretas. El primer sistema exigía una red de aparatosas antenas exteriores. El segundo lo controlaba todo, desde teléfonos seguros a presentaciones no clasificadas en PowerPoint, desde una única parabólica de dos metros y medio. Sin embargo, era complicado de manejar y reparar. A Pittman le preocupaba que los instaladores-instructores no se quedaran lo bastante en Bogotá para transmitir sus conocimientos y el nuevo sistema terminara como un juguete roto que todo el mundo se queda mirando sin saber cómo utilizarlo correctamente.

En una palabra, fue una típica sesión informativa matutina, como las que el Ejército estadounidense mantenía a millares de una punta a otra del mundo todos los días.

Cené con el capitán Pittman la noche siguiente en la glamurosa Zona Rosa de Bogotá, a unas manzanas de mi hotel. Fue una noche que no olvidaré. Mientras admiraba las calles limpias, los carriles de bicicleta y las rampas para discapacitados desde la ventana del restaurante y me refrescaba el paladar con un sorbete entre plato y plato, podría haberme encontrado en cualquier barrio de clase alta de Estados Unidos. Comparada con Caracas, Venezuela, donde había estado hacía unos años, Bogotá era discreta e informal. Los ricos vivían en pisos en vez de villas. Todo parecía estadounidense de la cabeza a los pies. Entonces vi que a Pittman le preocupaba algo.

«¿Qué ha sido eso?», le preguntó al camarero al reparar en que la ventana temblaba. El hombre se encogió de hombros, sin respuesta.

Retomamos nuestra conversación. Pittman me comentó que Colombia le recordaba un poco al teatro de operaciones del Pacífico en la Segunda Guerra Mundial: selvática, plagada de enfermedades y escalofriantemente violenta en su interior, pero aun así relegada de algún modo por los mandamases estadounidenses por culpa de acontecimientos más importantes en alguna otra parte. Le dije que Bogotá me recordaba a Santa Mónica y Tel Aviv. Cinco minutos después de que Pittman reparara en que la ventana temblaba, sonó su teléfono móvil. Era la FOB, para informarle de que cinco minutos atrás había estallado un gran coche bomba a unas manzanas de nuestro restaurante y mi hotel.

La onda expansiva en el interior del exclusivo club El Nogal, frecuentado por la elite de Bogotá —conseguida con 200 kilos de explosivo fabricado a partir de fertilizante— mató a 32 personas e hirió a otras 260. Los habitantes del lugar lo compararon con el atentado de la ciudad de Oklahoma de 1995. Era obra de las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia, o FARC. No había estadounidenses entre las víctimas, pero el coche bomba y un atentado de menor importancia al día siguiente se produjeron cerca de la Embajada de Estados Unidos y hoteles frecuentados por estadounidenses.

Los orígenes de las FARC se remontaban a la agitación comunista de los años 20 en la Colombia rural, que llegó con el impulso de la Revolución Rusa, aunque en Colombia siempre había existido más bandidaje que filosofía

marxista, de modo que la caída del Muro de Berlín se dejó notar poco en el país. En verdad, ya se hacía difícil saber de qué iba la guerra.

Tentados por los miles de millones en beneficios anuales derivados de la cocaína, aquellos guerrilleros izquierdistas, así como los paramilitares de derechas formados por los terratenientes locales en respuesta a las atrocidades de la guerrilla, derivaron con facilidad de una ideología unificadora a la anarquía localizada, marcada por el surgimiento de franquicias basadas en el asesinato y la extorsión. Sin embargo, en la década de 1990, los índices de homicidios de Colombia se habían triplicado respecto de unos niveles de partida ya altos, lo que hacía del país un lugar más peligroso que Brasil, México, Nicaragua y Panamá.^[12] La tradición de un cristianismo amoral de tintes paganos, sumado a la lucha por los ingresos de la droga, alimentaba la espantosa violencia. Colombia demostraba que el derecho humano más básico no es la libertad de expresión, sino la seguridad personal.^[13]

Las FARC, con sus diecisiete mil combatientes aproximados, ya no representaban a los idealistas universitarios melencólicos de los tiempos de la guerra fría, sino a un ejército criminal construido sobre el reclutamiento forzoso de chicos y chicas adolescentes, que en caso de desertión se exponían a la liquidación de su familia. Es posible que el cabecilla de las FARC, Manuel Marulanda, quizás el guerrillero viviente más viejo del mundo, todavía albergara ideales, pero con unos ingresos que según los distintos cálculos se estimaban en 500 millones de dólares anuales en pago por protección del negocio de la cocaína, las FARC eran Karl Marx en la cúpula y Adam Smith de allí para abajo.

Por ejemplo, las FARC establecían frecuentes bloqueos en las carreteras que duraban días, en los que contrastaban los nombres de conductores y pasajeros con una base de datos informática para ver si sus cuentas bancarias los hacían merecedores de secuestro. En Colombia, la ideología estaba muerta, al igual que los agravios históricos. El conflicto étnico nunca había sido un problema. Era todo cuestión de dinero.

Como la sociedad colombiana estaba enferma, también lo estaban sus Fuerzas Armadas. Si bien las Fuerzas Especiales de Estados Unidos eran incapaces de reformar el Ejército colombiano entero, podían mejorar algunas de las unidades de elite de su país anfitrión, que entonces podrían proyectar poder hacia las regiones salvajes controladas por las FARC. El adiestramiento de ejércitos extranjeros constituía la función básica de los boinas verdes.^[a7] Y

no se limitaban a formar a los comandos de esos ejércitos; instruían a los propios instructores, los tenientes y sargentos extranjeros que, a su vez, transmitirían las técnicas de las Fuerzas Especiales a sus subordinados.

Para ver el adiestramiento de cerca, tenía que viajar por el país a diferentes bases. En consecuencia, una tarde salí de Bogotá con el teniente coronel Duke Christie en una furgoneta blindada. Duke llevaba su rifle de asalto M-4 y la pistola Beretta de 9 mm. Las precauciones se antojaban absurdas. La travesía de Bogotá a Tolemaida, en el sudoeste, sólo requería dos horas por una ruta transitada que en general estaba a salvo de bloqueos y secuestros (pocas vías más del país podían jactarse de esa distinción). Se trataba, en parte, de una cuestión de «protección de fuerza». Que secuestraran a un periodista o saliera malparado de cualquier otro modo mientras estaba bajo la protección de las Fuerzas Especiales habría supuesto un bochorno público. Sin embargo, como iría descubriendo a lo largo de mis viajes, la protección de fuerza era una obsesión debilitadora para el Ejército de Estados Unidos.

Bogotá, a 2600 metros de altitud, es uno de los puntos más frescos de Colombia. Aun así, no pasó mucho tiempo antes de que nuestro coche avanzara a toda velocidad por un mar picado de pendientes irregulares verde azulado, ahogadas por enredaderas y cubiertas de cedros, tamarindos y plátanos, en las que los árboles de hoja perenne daban paso poco a poco a palmeras y buganvillas. El reino boscoso traía a la mente las forestas costeras de Portugal, otra falla climática, con la salvedad de que aquel paisaje era más salvaje y caótico. Tras la refrescante claridad de las mayores altitudes, el aire de abajo tenía la cualidad sombría y agobiante de un acuario.

Cuando oscurecía, entramos en el Centro Nacional de Entrenamiento de Colombia, en Tolemaida. Para los militares colombianos, Tolemaida combinaba las funciones de Fort Bragg, con sus Fuerzas Especiales del Ejército de Tierra, Fort Rucker, Alabama, con sus unidades de aviación y Fort Benning, Georgia, con su Escuela de Aspirantes a Oficial, su escuela de suboficiales, su escuela de infantería mecanizada y su escuela para rangers del Ejército (que en Colombia se llamaban lanceros). Pese a las décadas de democracia, el Ejército seguía siendo la institución más respetada de Colombia, más aún que la Iglesia católica, según las encuestas. Tolemaida era una manifestación de ese hecho. El nivel de mantenimiento era alto: céspedes cuidados, aceras encaladas, badenes, supermercados bonitos y parques para los hijos de familias militares colombianas.

Al igual que los ejércitos indio y paquistaní copiaban la vestimenta y amaneramientos de los británicos, los uniformes militares colombianos estaban cortados por el patrón de los estadounidenses, y las Fuerzas especiales de Colombia llevaban las mismas boinas verdes y distintivos rojos que las unidades de elite norteamericanas. El único toque original eran los pañuelos negros que los soldados colombianos llevaban al cuello al estilo de los vaqueros sudamericanos.

Los rifles de asalto —compañero inseparable de los ejércitos de finales del siglo XX— también eran diferentes. En vez de los M-16 estadounidenses o sus variaciones (como el M-4 de Duke Christie), los colombianos iban armados con Galils de fabricación israelí. El Galil estaba diseñado a imagen y semejanza del Kalashnikov soviético, pero era compatible con la bala estadounidense de 5,56 mm, en lugar de los 7,62 mm rusos. Los israelíes habían desarrollado el Galil para aprovechar la fiabilidad y práctico diseño con la culata plegable del rifle soviético sin dejar de confiar en la munición estadounidense.

Tras conducir a toda velocidad durante otro cuarto de hora a través de la extensa base de Tolemaida, frenamos ante un barracón aislado, el hogar temporal del ODA-781, un equipo A de las Fuerzas Especiales del Ejército de Estados Unidos.

Al abrir la puerta de acero de la furgoneta blindada con aire acondicionado, me hizo boquear el calor húmedo y asfixiante de las tierras bajas ecuatorianas de Colombia. El capitán Chris Murray, oficial al mando del ODA-781, estaba allí para recibirnos. El capitán Murray tenía la voz aterciopelada y esa sonrisa de la que se enamoran las madres de todo el mundo, aunque su uniforme ocultara una masa muscular recién salida de una revista de culturismo. Chris Murray, de treinta y cinco años, era un afroamericano que se había enrolado en el Ejército después de graduarse en el instituto en Rockaway Beach, una zona de clase obrera de Queens donde yo también había crecido. Murray era oficial gracias a su asistencia a la Escuela de Aspirantes a Oficial de Fort Benning.

Murray me condujo a mi alojamiento, un camastro esquinado al final de un largo cobertizo de hierro corrugado donde unos ruidosos ventiladores aliviaban aquí y allá el calor. Duke sonrió, más contento de lo que lo había visto nunca: «¡El barracón —exclamó—, el último entorno absoluta e impenitentemente masculino que queda en el mundo occidental!»

Los militares son el reflejo definitivo de los logros culturales de una nación, o la ausencia de ellos. Allí estaba el músculo, el saber hacer

organizativo y el progreso tecnológico de Estados Unidos, condensados como si fuera una vitrina de museo en suelo extranjero. Sobre literas y cajas, en largas mesas plegables y estantes de metal bajo luces de neón, vi montones de botas negras, Listerine, espuma de afeitar y fotos de seres queridos al costado de cartuchos de munición, bandoleras, cargadores rápidos para munición encasquillada y cargadores para balas de 9 mm y 5,56 mm. Había guantes de boxeo, una composición trapezoidal de mosquiteras, linternas, manuales y ordenadores portátiles. Se veían CD y disquetes al lado de detonadores, equipo de comunicación, prismáticos de visión nocturna, bengalas, máscaras con filtros químicos y biológicos, botiquines M-3, chalecos antibalas, machetes, lanzagranadas M-203, morteros de 60 y 80 mm y bípodes para armas pesadas. Había dos maletas negras, cada una de las cuales contenía un sistema de purificación de agua. Había todo tipo de prendas de uniforme, MRE (raciones preparadas de comida) y Peltors (auriculares que amortiguaban el sonido de los disparos pero no las voces en el campo de prácticas de tiro).

Había pilas de pistolas Beretta, que el Ejército usó por primera vez durante la invasión de Granada en 1983, cuando el modelo sustituyó al Colt 45, que llevaba en servicio desde la expedición a México contra Pancho Villa del general John *Black Jack* Pershing en 1916. La Beretta utiliza una bala más pequeña que el Colt, pero tiene menos retroceso y capacidad para más disparos, y como arma de último recurso resulta más manejable. También estaban los nuevos cascos con sistema modular integrado de comunicaciones, más cómodos y ligeros que los anteriores modelos y a la vez dotados de una trama más densa de Kevlar que ofrecía mayor protección contra las balas. Lo que es más importante, estaban las armas automáticas del pelotón, que en el caso de las Fuerzas Especiales del Ejército eran M-249 «Minimis», por el diseño belga, y M-4 de culata plegable y cañón más corto para el combate urbano.

Lo que convertía el M-4 en una mejora respecto del resto de los rifles de asalto era su sistema modular de raíles, por el que uno podía añadir diversos accesorios —lanzagranadas, cañón de escopeta, mira óptica y asa— y que lo convertía en un arma diseñada verdaderamente a medida. A diferencia del resto del Ejército, las Fuerzas Especiales renegaban de la uniformidad. Entre todos los rifles y uniformes existían leves diferencias. Uno se equipaba con lo que le funcionaba sobre el terreno, no lo que exigía el reglamento. Unos años atrás, alguien se había dado cuenta de que los israelíes fabricaban una ingeniosa camilla plegable para transportar a los heridos. Los oficiales de las

Fuerzas Especiales empezaron a pedir las por Internet; nadie esperó a que el Ejército completara el proceso de adquisición. A las camillas se las conocía ya simplemente como «israelíes».

Colgando del techo en el centro del barracón, entre las dos hileras largas de literas, había una gran bandera estadounidense. En los altavoces atronaban canciones de salsa mientras todos se quitaban el uniforme y se dirigían a las duchas. Descubrí que yo sería el único sin al menos un tatuaje en el cuerpo.

Los miembros de aquel equipo A procedían de Georgia, Carolina del Sur, Arizona, Nueva Jersey, República Dominicana y Puerto Rico, con varios de Ohio. Todos hablaban español. El sargento de primera clase Iván Castro, mientras se ponía unos pantalones cortos, me contó la historia de su vida sin que tuviera que preguntarle. «Sí, mi familia es de Puerto Rico. Yo nací en Hoboken, Nueva Jersey, St. Mary's Hospital. Mi mujer es patóloga del habla. Cuando vuelvo a Puerto Rico para visitar a mis parientes me gusta durante un día más o menos, luego lo odio. No veo la hora de irme. Tanta suciedad y delincuencia», dijo, y bajó la vista con aire introspectivo hacia sus tatuajes.

El sargento Castro era un «bravo», es decir, un especialista en armas. Los equipos A solían estar al mando de un capitán, mientras que los demás miembros del destacamento eran todos suboficiales, ya fueran sargentos u oficiales técnicos, cada uno con una especialidad. «Charlie» se refería al ingeniero, «delta» al médico, «eco» al experto en comunicaciones y «foxtrot» al oficial de información. Entre el capitán al mando y los suboficiales había un «zulú 18», el sargento de operaciones o de equipo, que tenía el grado de sargento maestro. Él era el alma del destacamento.

El zulú 18 del capitán Murray era el sargento maestro Mike Fields de Akron, Ohio. Fields, un chico fornido de altura media cuyo pelo corto y pelirrojo presentaba vetas canosas prematuras, era lacónico y reservado. Se antojaba difícil de llegar a conocer, y lo era. En cuanto estuvieron todos duchados y cambiados, dio una charla sobre «eliminar el conflicto del tema del campo de tiro». Repasó un recuento detallado de dieciocho mil proyectiles además de los detonadores. Después esbozó el problema: el equipo necesitaba tres campos de tiro con rifle para la instrucción de tropas colombianas del día siguiente, pero sólo había uno disponible, de modo que había decidido que el entrenamiento de comunicaciones, que no precisaba campo de tiro, tuviera lugar junto con el de tiro con rifle. «Así —explicó Fields—, no habrá gente perdiendo el tiempo, pululando por ahí.» El capitán Murray sonrió a lo largo de toda la exposición. El hecho de que su sargento de equipo pareciera el

auténtico jefe de su equipo A era una verdad evidente que para Murray, lejos de resultar incómoda, suponía un orgullo.

Murray, el ambicioso afroamericano de clase obrera de Queens, era un oficial, una suerte de aristócrata, encargado de las relaciones bilaterales con sus homólogos colombianos de la base de Tolemaida. Cada miembro del ODA-781 adiestraba a los colombianos en su especialidad ocupacional: armas, información, demolición, etc. Todos respondían ante Fields. Fue en Colombia donde empecé a comprender que el genio del Ejército estadounidense era menos tecnológico que social, reflejo de una sociedad cuyo rasgo más característico era la relativa ausencia de envidia de clase. Chris Murray no se sentía del todo satisfecho como suboficial, de modo que optó por la Escuela de Aspirantes a Oficial. Mike Fields, en cambio, parecía nacido para trabajar de suboficial. A medida que evaluaba otros equipos A de Colombia, vi una y otra vez a sargentos maestros con afecto hacia sus capitanes y a capitanes que idolatraban auténticamente a sus sargentos de equipo. La democracia estadounidense engendraba ricos y pobres, pero la base de su revolucionario dinamismo era el «gran estrato medio». El Ejército de Estados Unidos era el ejemplo más claro. Como constataría en mis viajes, pocas fuerzas armadas de la historia habían producido unos mandos intermedios tan impresionantes.

En vez de cenar de MRE en el barracón, una pandilla nos subimos al coche blindado del capitán Murray y salimos de la base para ir al pueblo cercano de Tolemaida. En una desastrada terraza sobre la acera me tomé uno de los mejores filetes de mi vida. La música de salsa atronaba a unos pasos de nosotros. Aquello era un simulacro de placer tras una jornada de doce horas de instrucción. Bajo un cobertizo de uralita alumbrado por fluorescentes, con un calor y una humedad bochornosos, unas chicas colombianas sudorosas con los hombros y la barriga al aire se pasaban entre las mesas y las sillas haciendo contorsiones para servirnos los filetes con patatas. Unas luces de discoteca bailaban en el interior de un local cercano. Pasó una escandalosa motocicleta con los cuatro miembros de una familia encima. Una niña pequeña con trenzas jugaba con una muñeca a un metro escaso de mí, separada por una verja de hierro al pie de un tramo de escaleras.

«Vámonos —dijo el teniente coronel Christie con calma—. Es la HCBV (Hora de Cama de los Boinas Verdes).» No pasaban de las 9 de la noche cuando pagamos la cuenta; yo era el único que había pedido cerveza. De vuelta en el barracón, al ser «Lunes de Mefloquina», todos se tomaron su pastilla semanal contra la malaria antes de irse a dormir.

El día empezó a las 5:45 de la mañana con una carrera de ocho kilómetros seguida de levantamiento de pesas. Para las 9 el calor y la humedad eran insoportables. Duke y yo pasamos gran parte del día en una serie de campos de prácticas de tiro —sin más sombra que la de un puñado de espinos y anacardos— con el sargento maestre Mike Fields y el sargento Iván Castro, cada uno de los cuales tenía un destacamento de soldados colombianos con el que trabajar.

Los comandos contraguerrilleros colombianos sometidos a instrucción eran curtidos voluntarios; hubiera sido una pérdida de tiempo y recursos que los boinas verdes entrenaran a reclutas. Aquellos colombianos eran bajos, musculosos en extremo, de piel muy oscura y rasgos planos. Algunos eran negros. Llevaban sangre de esclavos y de indios, a diferencia de los altos habitantes de piel clara de la elegante Zona Rosa de Bogotá. Los ricos de Colombia podían salvarse del servicio militar con dinero, y en cualquier caso no consideraban el Ejército una vía de medro social. Las Fuerzas Armadas estadounidenses, formadas en exclusiva por voluntarios, parecían más típicas de la sociedad que en teoría defendían, aunque en realidad no lo fueran. Dejemos al margen las excepciones: en verdad, el SOUTHCOM tenía pocos judíos, y los únicos soldados del nordeste eran afroamericanos de clase obrera, puertorriqueños o dominicanos de origen.^[a8]

A pesar del calor, los sargentos Fields y Castro llevaban el uniforme completo, cargado de armas, cargadores, bengalas, varitas luminosas, estuches de mapas y demás equipo de supervivencia, como si estuvieran de misión. Estaban impresionantes, dignos de una película, y ésa era la idea. Puesto que el Ejército en el nivel del terreno es un mundo de práctica y técnica, no de teoría, las técnicas de los instructores sólo serían aceptadas si su imagen, actitud y rendimiento eran perfectos.

Partir en dos la diana a 100 metros de distancia con un M-4 para demostrar las ventajas de ajustar el alcance o cambiar de manera repetida de cargador en menos de tres segundos puede antojarse fanfarronería, pero si no eras capaz de demostrar tu pericia con un rifle de asalto, nadie confiaría en tus consejos sobre armamento. El mundo militar no es como el de las ciencias sociales, en el que se puede ser superestrella académica sin tener un solo día de experiencia dentro del crisol del Gobierno, con sus aleccionadoras crisis. En el mundo alto en testosterona del Ejército, enseñar exige demostrar a diario que se es el mejor. Quizá sea adolescente, pero al menos es sincero.

Iván Castro había sido instructor de reclutas, y se notaba. Paseaba de un lado a otro con su uniforme completo bajo el sol pulverizador, irguiéndose por encima de sus protegidos colombianos, que estaban de rodillas junto a montículos creados por hormigas cortahojas. La lección de Castro era cómo sentarse en una «formación en puro de 360 grados» cuando se estaba de reconocimiento, para descansar sobre el terreno sin que el enemigo te sorprendiera. «¿Cómo hay que sentarse y descansar cuando se está de reconocimiento? —preguntó en tono didáctico con su irregular español puertorriqueño—. Os quitáis el sombrero para escuchar. No habláis con el compañero de al lado. Si habláis con alguien, es con Dios. Os recostáis contra la mochila, pero no os dormís. Cada uno de vosotros tiene un campo de tiro que cubre 360. Practicad vuestros SOP [procedimientos operativos normales], sobre todo los signos con las manos. Y recordad el MOOM [Mirar, Oler, Oír, Mudos].»

A lo largo de la interminable y calurosa tarde, hasta el anochecer, les enseñó la técnica australiana de la retirada progresiva sin conceder interrupciones en el fuego, después de entablar contacto con el enemigo. Era más difícil de lo que parecía: mantener el fuego, después mantener el fuego incluso a oscuras, después a oscuras entre espesos matorrales, después a oscuras entre espesos matorrales con bombas de humo explotando por todas partes. «Los veis. Os ven. Los matáis. Retrocedéis.» Como la situación real provocaría mucho miedo y confusión, la única esperanza era la ardua repetición hasta convertirlo en instinto. Castro trabajó doce calurosas horas ese día, hablando con un tono constante y formativo, trabajando de manera individual con cada soldado hasta que la unidad ejecutara la maniobra a la perfección.

«Todo lo que puedo dar es el 110 por ciento; no hay nada en la vida mejor que lo que he hecho hoy», me gritó Castro, con el oído entorpecido por los tapones. Los soldados hablaban con tópicos. Es la emoción y la expresión de sus caras —sudorosas y encostradas de polvo— lo que importa más que las palabras. Al fin y al cabo, un tópico es algo que sólo la elite reconoce como tal.

Ya riendo, Castro me soltó otro acrónimo: «Planificación, buen Reconocimiento, Control, Temple, Prudencia: LOS PUERTORRIQUEÑOS TRAGAN POLLAS.»

Pasé otra parte del día con el sargento de equipo, Mike Fields. Además de ser el director ejecutivo en la práctica del OD A-781, impartía varias clases. Por la mañana dirigió una maniobra con cinta en español para simular una AMOUT (operación militar avanzada en terreno urbano). Puesto que el campo de tiro carecía de edificios con los que practicar, Fields utilizó cinta tendida sobre el suelo para simular las diversas estructuras en las que se infiltraría el equipo contraguerrillero colombiano. Expuso los rudimentos extraídos del *Manual del ranger* del Ejército de Estados Unidos: aislar un edificio y cubrir todos sus lados antes de entrar; entrar en el edificio desde el punto más alto; asegurar un edificio antes de pasar al siguiente; enfocar con una linterna a la cara del enemigo para aturdirlo por un momento y que fuera más fácil de matar.^[14]

Aprendí que un francotirador bueno de verdad utilizará balas de la misma caja, porque el grano de pólvora no siempre se mide de la misma manera; que la bala de punta verde de 5,56 mm que utilizaron los estadounidenses en Somalia y Afganistán, si bien atravesaba el Kevlar, causaba menos daños en el interior del cuerpo, de modo que hacían falta dos o tres disparos para «abatir a uno de los malos».

Fields estaba cargado de saber técnico compactado. Nunca malgastaba una palabra o movimiento corporal, pero no andaba falto de agallas. El año anterior se había caído de un helicóptero y había rebotado desde un edificio de tres pisos. Se rompió un hueso pélvico, lo tuvieron en cama durante cuarenta y cinco días y después pasó otros noventa con muletas. Cuando le pregunté por ello pareció aburrido, pero se animó cuando le pedí que me explicara cómo había trasteado con una mira de M-16 para encajarla en un Galil. La agenda de Fields estaba tan apretada que el único momento en que conseguí pillarlo a solas para hablar fue al coincidir con él en el desayuno a las 6 de la mañana, en la cantina del Ejército colombiano.

Cuando nos encontramos para desayunar, Fields parecía nervioso por hablar conmigo. Me contó que una vez su nombre había salido mencionado en una revista y, si bien escribieron bien de él, fue algo que no le complació en especial. Parecía absolutamente desprovisto de ego, con toda su energía psíquica canalizada en la tarea técnica que lo ocupara. No debería esperarse que los soldados fueran interesantes, pensé. La guerra es un trabajo, y como todo trabajo está pensado para las mentalidades literales. Fields era el extremo opuesto de los corresponsales extranjeros, que adoran contar anécdotas de barra. Es probable que sus historias fueran mucho mejores, pero a él le aburrían. Lo único que le interesaba era la siguiente tarea.

Fields también hablaba mediante tópicos que no reconocía como tales. Como muchos miembros de su equipo A, rondaba los treinta y cinco y estaba casado; su familia lo esperaba en Fort Bragg. Había cursado los primeros años de carrera en Texas y luego había pasado un año en la Universidad de Akron, en su localidad natal, antes de dejarlo. «Las clases no estaban hechas para mí. Necesitaba dirección. Me alisté en el Ejército.» Los siguientes dieciséis años los pasó en el Sinaí, Corea del Sur y luego Honduras, Guatemala, «El Sal» y otros puntos del «circuito de La cucaracha».

«Me imagino que una jornada de doce horas es corta —dijo con tono resignado—. Paso lejos de mi familia seis meses al año. Soy responsable de todos los soldados. Escribo las calificaciones de todos los chicos salvo el oficial técnico jefe y el capitán. Redacto los horarios de instrucción, controlo el presupuesto. Me aseguro de que haya camiones, logística y campos de tiro. Respondo de todo lo que pasa o deja de pasar. Sin embargo, mi cometido principal es adiestrar al COLAR [el Ejército colombiano]. En última instancia, lo único que importa es llevar a un puñado de sus unidades especiales al punto en el que sean capaces de eliminar a la cúpula de las FARC. Soy un instructor.»

«¿Qué tal es el Ejército colombiano?», le pregunté.

Me miró fijamente y luego bajó la vista a sus huevos y plátanos. El colombiano era el único ejército latinoamericano que había combatido junto a Estados Unidos en la guerra de Corea, y eso a Fields y su equipo les inspiraba un profundo respeto. «Pero su clase de suboficiales es floja —explicó—. Sus cabos y sargentos no toman la iniciativa cuando sus oficiales andan cerca.» La sociedad colombiana poseía una rígida jerarquía social y el Ejército se resentía de eso. Sin suboficiales fuertes, era difícil organizar unidades pequeñas que funcionaran bien. Y sin eso, era difícil cazar narcoterroristas.

Dejé a Fields en el momento en que se incorporaba a una discusión sobre el tendido de un cable para una antena Barrer-Williams. Formaba parte del proceso de reubicación del equipo de comunicaciones. Me explicaré:

La noche previa, después del largo día en el campo de tiro con Fields y Castro, el equipo se había enterado de que, sin previo aviso, debía mudarse de barracón de inmediato: el equipo, todo. Debían instalarse en un puñado de «cajas de galletas» que ofrecían mucho menos espacio que los anteriores. No era modo de tratar a los estadounidenses. La decisión la había tomado un coronel colombiano cuya unidad no recibía adiestramiento del ODA-781. En

un momento como ése la moral no podía ser buena. Aun así, no hubo quejas, como tampoco la más mínima demostración de irritación, mientras todos volvían del campo de tiro y emprendían de manera metódica el proceso de traslado. Mientras descargaban el equipo de comunicaciones de un camión, alguien comentó que esperaba que no sustituyeran el World Trade Center por «cualquier monumento llorón. Que construyan algo más grande todavía, más alto; eso es Estados Unidos». Para medianoche los baños estaban limpios, las armas, el material de oficina y el resto del equipo estaba ordenado en su nuevo sitio y ya habían reinstalado los ventiladores para mitigar un poco del calor ecuatorial.

Todos esos muchachos, la mayoría de los cuales tenía hijos y era del mismo calibre que Mike Fields, no se llevaban a casa más de 4000 dólares al mes, después de los impuestos. A diferencia de la vida civil, los salarios dependían por completo del rango, de modo que todo el mundo sabía lo que ganaban todos los demás y no era de mala educación preguntar. No era infrecuente que los suboficiales recibieran cupones de comida.^[a9] Si un miembro del ODA-781 moría en combate o en un accidente de instrucción, su familia recibía 200 000 dólares del seguro de vida de la mutua de los soldados. Eso era todo. «Gobernado por la necesidad, el ejército mejor disciplinado es tan bueno que no requiere recompensas ni castigos», escribe el historiador militar israelí Martin van Creveld, citando la antigua filosofía china. El ejército mejor disciplinado se comporta «como si fuera una sola personalidad».^[15] Así era el ODA-781, tal cual. Al cabo de unas horas se levantarían todos para correr ocho kilómetros, después de lo cual me encontraría con Fields para desayunar.

Espinal, a media hora en coche de Tolemaida, es una retícula de chabolas de hierro corrugado y viviendas modulares que parecen contenedores de mercancías. Es la sede de los carabineros, las unidades de policía del Ministerio de Defensa de Colombia, y de sus combatientes antidroga en la selva, conocidos como «junglas». En muchos países en vías de desarrollo, la policía está pertrechada hasta los dientes para la guerra. Suena siniestro, al evocar la imagen misma del Estado policial sudamericano, pero en la década de 1990 hubo momentos en los que la policía de Colombia poseía reputación de ser más liberal que su Gobierno civil, enturbiado como estaba por las contribuciones de campaña financiadas por la droga.

En cualquier caso, las unidades camaleónicas que combinaran funciones militares y policiales eran la oleada del futuro en un mundo de conflicto no convencional de baja intensidad. Los «junglas» —equivalente policial de los lanceros— tenían una reputación especialmente buena. Poseían mejores suboficiales que el Ejército colombiano, y eran capaces de ejecutar ciertos tipos de asaltos mejor que los militares, como descender en rappel desde helicópteros. Sobre el papel, los «junglas» no eran más que un cuerpo antidroga. Sin embargo, como en ese momento Estados Unidos luchaba contra el terrorismo con el dinero de la guerra contra las drogas, se había convertido en la misión de otro equipo A de las Fuerzas Especiales, el ODA-784, adiestrar a los «junglas».

El ODA-784 estaba al mando del capitán Jim O'Brien, de Portland, Maine. Jim O'Brien, graduado en West Point cuando se acercaba a la treintena, era ancho de pecho, con una mata de pelo rojo y una sonrisa de oreja a oreja. Era un auténtico desparrame de entusiasmo. Parecía el chaval cien por cien estadounidense de un cartón de leche. «Llevo esperando mandar un equipo de las SF desde los ocho años —me contó—. Era todo lo que quería hacer. Aun así, debo reconocer que pensé que había alcanzado la cúspide de mi ambición cuando me convertí en explorador jefe de un pelotón de reconocimiento en Alemania.»

La experiencia formativa de O'Brien había transcurrido en la antigua Yugoslavia. A los veintitantos años, era el auténtico alcalde de una pequeña localidad de Kosovo, y arbitraba las disputas sobre tierras y otros asuntos. Yugoslavia preparó bien a O'Brien para Colombia. Los dos eran lugares donde política y delincuencia resultaban inextricables, donde las metas ideológicas proporcionaban una coartada para el asesinato y el crimen organizado, donde uno o dos hombres podían sembrar el miedo en una población entera y donde los paisajes eran de una belleza sobrecogedora.

El capitán O'Brien me enseñó el barracón del ODA-784. Otro equipo A del salsero 7.º Grupo, con música latina atronando en los altavoces entre armas, ordenadores portátiles, equipo de comunicaciones y mapas topográficos. También estaban los tatuajes: dragones chinos, nombres de esposas y motivos en alambre de espino. En Lima, Perú, el equipo entero había estrechado lazos tatuándose en el mismo local. El sargento de equipo, Timothy Norris, de Longview, Texas, que había acompañado a George Bush, padre, cuando éste saltó en paracaídas con motivo de su septuagésimo quinto cumpleaños, me contó que lo primero que hacen los médicos de los equipos A

al llegar a un nuevo destino es inspeccionar los locales de tatuajes, para asegurarse de que el material esté esterilizado.

El ODA-784 adiestraba a los «junglas» en una finca cercana. Se trataba de un inmenso anfiteatro de campos ondulados seccionados por bosquecillos, con una gloriosa monotonía de picos montañosos serrados y colinas de papel de lija como telón de fondo. Cualquiera diría que aquello era Grecia o Turquía. Sin embargo, entre los patéticos muros maltratados por las inclemencias de una iglesia abandonada había abejas africanas, boas constrictor y caimanes. Vi a un grupo de un centenar aproximado de junglas sentados en un campo tomando apuntes, recibiendo una lección sobre derechos humanos de uno de sus oficiales. Los miembros del equipo A de O'Brien lo observaban. Habían adiestrado ellos a ese oficial en concreto sobre la materia.

En la comunidad de las Fuerzas Especiales, los derechos humanos se consideraban un aspecto de las operaciones psicológicas. En los años 80, en El Salvador, el coronel J. S. Roach, miembro del equipo de planificación operacional del Ejército de Estados Unidos, a base de machacarlo había dejado claro que vulnerar los derechos humanos nunca tiene sentido desde una «perspectiva pragmática», porque provoca que se pierda apoyo civil, sin el cual no se puede erradicar a los insurgentes. «Los derechos humanos no eran un bloque separado de una hora al principio de la jornada. Había que incorporarlos a la instrucción de manera que no se limitaran a un enfoque moralista.»^[16] Las violaciones de los derechos humanos no tuvieron un punto final en El Salvador. Aun así, los militares del Tercer Mundo tenían más posibilidades de hacer caso a unos oficiales estadounidenses que los instruían sobre los derechos humanos como instrumento de contrainsurgencia que a unos civiles que hablaban en términos abstractos sobre principios universales de justicia.

«Puede que esta escena le parezca ejemplar, pero no se engañe —me advirtió un boina verde—. Estos soldados saben que las FARC y otros grupos violarán a sus hermanas, torturarán a sus padres y la comunidad internacional no hará nada. Ven a gente secuestrada a diario y mantenida durante años en unas condiciones espantosas. Sin embargo, si alguno de estos tipos que ahora toman apuntes disparara por accidente a un guerrillero, sin tratar antes de prenderlo por medios pacíficos, según la legislación colombiana podrían denunciarlo.»

Colombia era la democracia más antigua de Latinoamérica, a pesar de que su Gobierno fuera incapaz de proteger a sus ciudadanos de los insurgentes

armados. El Parlamento colombiano trataba la lucha contra las FARC, el izquierdista ELN (Ejército de Liberación Nacional) y los paramilitares de derechas no como una guerra sino como una acción policial, en el sentido de que cada muerte debía ser investigada por las autoridades civiles, aunque se produjera en mitad de una batalla o incursión de comandos.

Ni el teniente coronel Duke Christie ni el capitán Jim O'Brien eran abogados o profesores; eran instructores de las Fuerzas Especiales. Sabían qué tipo de motivación funcionaba para conseguir que unos jóvenes arriesgaran la vida, y cuál no. Y en Colombia, los derechos humanos eran una teoría trazada por la elite de piel clara de Bogotá bajo la influencia, a su vez, de sus amigos cosmopolitas de las capitales occidentales, mientras que las contradicciones las pagaban en sangre las castas indias de piel oscura y cara ancha sentadas a mi lado, tomando apuntes bajo el sol abrasador. Las leyes de Colombia a menudo no eran una señal de la vitalidad democrática del país, sino de su impotencia: de la necesidad que tenía la elite de Bogotá de cubrirse las espaldas con formalidades.

Por los barracones de los soldados tanto estadounidenses como colombianos circulaba un libro, en español y traducido al inglés: *En el infierno*, escrito por «Johnnie». La editorial no se identificaba. Se trataba de las memorias anónimas de un asesino de las FARC que había huido de la organización. El autor describe el reclutamiento forzoso de chicos y chicas adolescentes en las filas de la guerrilla, y sus ejecuciones cuando intentaban desertar y los atrapaban. Se recoge la historia de una chica que defecaba y menstruaba a la vez que lloraba llamando a su madre mientras le anudaban una soga al cuello. Las ejecuciones las efectúan otros jóvenes reclutas bajo la atenta mirada de oficiales más mayores, que los obligan a cortar las extremidades de los cadáveres y beberse la sangre.

Otra historia, que no figura en el libro pero se parece mucho a las que contiene, la oí en una reunión informativa oficial estadounidense: trataba de un policía que luchó hasta el último aliento contra las FARC cuando asaltaron una aldea cercana a Espinal. Los asaltantes le arrancaron los testículos con hilo de pesca y luego le cortaron la cabeza y jugaron a fútbol con ella. Después fueron a su casa, mataron a tiros a sus hijos, violaron colectivamente a su esposa y la ataron en una sábana a la que prendieron fuego con gasolina. «Dado lo que será de esos policías si luchan como les enseñamos a hacer pero, aun así, son atrapados, cuesta darles lecciones sobre el respeto que deberían tener a los derechos humanos», dijo un boina verde.

Los boinas verdes en Colombia creían que fomentar los derechos humanos significaba una cosa: relajar sus RoE (reglas de enfrentamiento). Las RoE actuales estipulan que los equipos de las Fuerzas Especiales sólo pueden adiestrar y asesorar a tropas colombianas, pero no pueden unírseles en el campo de batalla. Aun así, los boinas verdes con frecuencia hablaban de «ir más allá del perímetro de la base y asesorar desde posiciones avanzadas». Algunos sugerían proporcionar fuego de cobertura desde el aire para las tropas de infantería colombianas, así como luchar al lado de los hombres a los que adiestraban. Las raíces de semejante valentonería eran varias:

- La ambición profesional de los boinas verdes era presentar batalla, no limitarse a adiestrar a otros para que lo hicieran. Si su actitud hubiera sido menos agresiva que la que demostraban, no se habrían presentado voluntarios para su trabajo de buen principio.
- Eran desinteresados, un rasgo asociado a un campo de visión estrecho. Al igual que el sargento maestro Mike Fields, vivían para la tarea técnica concreta que tenían entre manos, y estaban dispuestos a morir siempre y cuando hubiera alguien a su lado para recoger esa tarea donde ellos la habían dejado. Su material de lectura favorito era el *Manual del ranger*.
- Odiaban la rutina. En Bosnia, el Estado Mayor se mostraba tan apocado por las bajas que los soldados «no podían ni salir a cagar de noche dentro del perímetro de la base sin ponerse el blindaje completo». Sin embargo, como me explicó Duke, «si nunca tienes descanso, nunca estás de servicio», porque hasta la máxima alerta, como en Bosnia, se vuelve aburrida. Unas RoE nuevas y más laxas para Colombia interrumpirían la rutina.
- Eran demasiado jóvenes para tener un recuerdo activo de Vietnam, de modo que eso no los lastraba. Menospreciaban con discreción a los generales más mayores que vacilaban en lo relativo a aflojar las RoE (reglas de enfrentamiento) por miedo a involucrarse demasiado en una guerra lejana. Ellos sabían que relajar las RoE para Colombia o añadir unos cuantos boinas verdes más no era lo mismo que poner en peligro la vida de medio millón de reclutas, como en Vietnam.
- Como su única experiencia con el poder había sido en su versión estadounidense de los últimos días de la guerra fría y las eras posguerra fría y post 11 de Septiembre, tenían el poder estadounidense por algo incorruptible. No podían entender por qué no se aplicaba el poder estadounidense más a menudo y con mayor vigor. El lema de las Fuerzas Especiales era «*De Opresso Líber*», «liberar a los oprimidos».

- Como capitanes, oficiales técnicos y sargentos, pensaban en términos tácticos y no estratégicos. Tácticamente, tenía sentido aflojar las RoE. Estratégicamente, podría haber ocasionado problemas políticos y jurídicos con el país anfitrión que eclipsaran los beneficios tácticos.

El mejor ejemplo de cómo difería el pensamiento militar táctico en Colombia de las consideraciones diplomáticas y jurídicas tenía que ver con los sanguinarios paramilitares de derechas. Los paramilitares eran narcoterroristas, al igual que los izquierdistas FARC y ELN. Con efectivos de unas diez mil personas, controlaban el 40 por ciento de las regiones de cultivo de coca y asesinaban a gente con sierras eléctricas en bloqueos de carretera. Sin embargo, desde un punto de vista táctico, tenía sentido que el Gobierno colombiano se alineara con la derecha contra la izquierda; después, cuando la izquierda hubiera sido derrotada, u obligada a negociar, enrolar a los paramilitares en el Ejército regular, donde podrían profesionalizarse. La estrategia había funcionado hasta cierto punto en El Salvador. «Los paramilitares son malos, pero son malos buenos —explicó un boina verde—. Por eso Espinal es seguro. Por eso puedes ir a los restaurantes de la zona y dormir en un hotel en lugar de estar confinado a la base: porque el pueblo lo controlan las AUC [Autodefensas Unidas de Colombia]», los paramilitares.

La guerra contra las guerrillas iba por su trigésimo octavo año. La agonía de Colombia se prolongaba. Si alinearse con un grupo de matones para derrotar a otro grupo de matones terminaría antes con el derramamiento de sangre y los secuestros, ¿qué tenía eso de malo? Los diplomáticos y generales pensaban con demasiada frecuencia en abstracciones; los suboficiales y los cuadros medios veían las verdades sobre el terreno.

De vuelta en Bogotá, me enteré de que una avioneta monomotor Cessna 208 Caravan con cuatro contratistas estadounidenses y un colombiano a bordo había sufrido un problema en el motor sobre el sur de Colombia. Se había visto obligada a efectuar un aterrizaje de emergencia en una zona de las FARC, donde habían matado a tiros al menos a dos de los cinco pasajeros. El avión realizaba una misión de reconocimiento para el programa antidroga del Departamento de Estado, localizando campos de coca para su futura fumigación y erradicación. Iba equipado con equipo electrónico confidencial. Un equipo A de las Fuerzas Especiales destacado en Larandia, una base militar colombiana a quince minutos en helicóptero del lugar del aterrizaje

forzoso, había sido puesto en alerta; lo mismo habían hecho con otro equipo A de las inmediaciones especializado en operaciones de búsqueda y rescate. El comandante estadounidense al mando de los dos destacamentos del sur de Colombia —y que, por casualidad, se encontraba en Bogotá ese día— accedió a llevarme allí abajo a la mañana siguiente, el 14 de febrero.

En una discreta sección del aeropuerto de Bogotá me encontré un muestrario de lo más granado. Seríamos ocho en el vuelo rumbo sur de noventa minutos hasta Larandia: FBI, ATF (Alcohol, Tabaco y Armas de Fuego), un contratista de defensa privado, un tipo de la comunidad de los servicios de información, un médico de las Fuerzas Especiales y mi nuevo compañero de viaje, el comandante de las Fuerzas Especiales John Paul *J. P.* Roberts. Todos salvo el médico iban vestidos de paisano; todos salvo yo y el contratista de defensa iban armados bien con un M-4 bien con una pistola de 9 mm. El médico llevaba consigo bolsas para cadáveres extra. El tipo de la ATF, un veterano de la Marina con el pelo largo que había combatido en la Tormenta del Desierto y llevaba una Beretta enfundada bajo el hombro, me contó que su cometido sería inspeccionar la avioneta siniestrada: juzgar si la tripulación había podido destruir el equipo con granadas antes de que los capturaran y mataran.

Mientras esperábamos para embarcar, reinaba la rabia en relación con las FARC y la débil política en contra de ellas. «Son un hatajo de hijos de puta, sádicos y chalados de los cojones», me dijo uno de mis compañeros de vuelo. «Es lo que sale de casar la energía y la ambición colombianas con la ideología y los beneficios de la coca.» «No se puede ceder; la única política cuerda es matar a esa gente», terció otro.

«¡Ese cabrón de Pastrana!», exclamó otro más, en referencia al ex presidente colombiano Andrés Pastrana, que había suscrito compromisos con las FARC y el ELN y les había cedido refugios seguros que ellos habían utilizado para construir miniestados criminales desde los que conquistaban más territorios. Por ejemplo, estaba la «Ruta de Ho Chi Min», una carretera de dos carriles tendida por las FARC bajo la cobertura de una jungla frondosa en el granero del cultivo de coca de Putumayo, cerca de Ecuador, jalonada de bases militares, discotecas, colegios, zonas de columpios, hospitales y demás para los soldados guerrilleros y sus familias.

Las hélices de nuestra CASA 212, propiedad de Evergreen Corporation, otro contratista del Gobierno de Estados Unidos, cobraron fuerza, y todos nos pusimos tapones para los oídos. Eché un vistazo al pequeño depósito de oxígeno que tenía al lado. Volaríamos a unos cinco mil metros y la cabina no

estaba presurizada. Subimos a trompicones por entre picos retorcidos y pobladamente barbudos con el resplandor verde y hechizador del musgo y las esmeraldas. A medida que avanzábamos hacia el sur, el caos de las laderas se volvió tan irreal en su verdor que me trajo a la mente las espaldas serradas de las iguanas. Colombia era como la Tierra en el tercer día de la Creación, primitiva e indómita, burbujeante y humeante, con junglas espesas y un manto selvático de retazos. La fauna de aves e insectos era la más pródiga del hemisferio, con la salvedad de Brasil.

Colombia tiene el tamaño del cuadrante sudoriental entero de Estados Unidos. Dios no podría haber diseñado un mejor paisaje para la anarquía y los forajidos guerrilleros, o más adverso para un gobierno central fuerte: un «paraíso de serpientes», en palabras de Joseph Conrad.^[17] Mientras que México y Chile habían sido domados por unos valles centrales que rodeaban sus capitales, y las ciudades principales de Venezuela, Uruguay y Argentina se habían convertido en nodos dominantes de poder económico en sus respectivos países, Colombia, desde la época precolombina, «ha carecido de rasgos topográficos centralizadores naturales».^[18] La capital, Bogotá, nunca fue capaz de dominar a ciudades como Medellín, Cali y Cartagena, separadas entre ellas por espesuras salvajes e imponentes cordilleras, allá donde los Andes se partían en sus estribaciones septentrionales.

Desde sus inicios, Colombia siempre había sido demasiado grande y demasiado pequeña. La conquista española materializó las divisiones topográficas, cuando diferentes grupos de conquistadores encaminados al norte desde Perú o al sur desde Panamá se establecieron en diferentes lados de las cordilleras. Las concentraciones urbanas de las tierras altas, frescas y fáciles de defender, se necesitaban poco entre ellas; tampoco tenían los habitantes de esas ciudades de las montañas la posibilidad o los incentivos para desarrollar las selváticas tierras bajas en apariencia impenetrables y partidas por los afluentes del Amazonas y el Orinoco. A fecha tan tardía como 1911, la *Enciclopedia Británica* todavía podía escribir: «La mayor parte de este territorio está sin explorar, a excepción del curso de los ríos principales, y está habitado por tribus dispersas de indios.» En los albores del siglo XX, Bogotá era la capital del mundo a la que más difícil resultaba llegar, o poco le faltaba.

En realidad, Colombia era poco más que una red de ciudades-estado, a pesar de la creación a principios del siglo XIX por parte del general Simón Bolívar de la Gran Colombia, pensada para abarcar Colombia, Venezuela, Ecuador y más tarde Panamá. La inmensa comunidad de Bolívar era

sencillamente ingobernable, y se perdieron décadas en un gran guiñol de revueltas recién sacadas de la novela *Nostramo*, de Conrad (ambientada, por cierto, en una república imaginaria, Costaguana, situada en algún punto cercano a la articulación de la América Central y la del Sur). Colombia era un mundo de esclavos e indios explotados por los colonos españoles, cuyos curas eran tan fanáticos y sanguinarios como los ayatolás iraníes de la actualidad. Los conflictos Iglesia-Estado fueron motivo de ocho guerras civiles, por no hablar de rebeliones de menor importancia.

Sin embargo, Colombia también es el país más autosuficiente del hemisferio, con cantidades fabulosas de café, ganado, oro, esmeraldas y petróleo. El oro y el café dieron lugar a concentraciones obscenas de riqueza, como sucedería más tarde con las drogas. La «República del Café» de principios del siglo XX, como se conocía entonces a Colombia, se metamorfosearía en una verdadera República de la Cocaína a finales de siglo.

Con el tiempo, se despejaron los bosques de las tierras bajas y se saqueó su preciosa madera, así como el caucho en la cuenca del Amazonas cuando la difusión del automóvil creó una demanda.^[19] El resultado final fue el surgimiento de una violenta sociedad de frontera que, a través de la delincuencia y la emigración, llegó a amenazar la sociedad urbana de las tierras altas. Entre 1945 y 1964 murieron doscientas mil personas en una sangría entre campesinos, enfrentados entre ellos por los jefes liberales y conservadores.^[20] El dantesco espectáculo fue «tan vacío de sentido» que lo llamaron sencillamente «La Violencia».^[21]

El capitán de la Guardia Costera, Bob Innes, en Yemen, no exageraba cuando me dijo que esa parte de Latinoamérica era más peligrosa que Oriente Próximo. Aun después del macabro asesinato del periodista Daniel Pearl por parte de Al Qaeda, cabe preguntarse si no podría ser peor, dado el historial de amputaciones y demás torturas de la zona, ser capturado por las FARC. En Yemen podía viajar por las zonas anárquicas bajo escolta tribal; en Colombia a menudo no existía la seguridad salvo con el uniforme completo, dentro de un Humvee con una ametralladora montada. Como las guerrillas colombianas robaban uniformes del ejército y la policía gubernamentales, no siempre estaba claro quién montaba los controles de carretera. El Ejército estadounidense consideraba Territorio Indio un porcentaje mayor de Colombia que de Yemen.

El cometido que parecía tener Estados Unidos tanto en Yemen como en Colombia era similar. Y era similarmente imposible: hacer países de unos lugares que nunca fueron pensados para ser países.

Aun así, Estados Unidos no podía, en ese momento de la historia, dejar de afrontar el desafío que Colombia suponía. El país no sólo estaba mucho más cerca de Estados Unidos que Oriente Próximo, sino que era razonable sostener que la cocaína y el resto de las drogas ilegales, incluso en la era post 11 de Septiembre, constituían un mayor riesgo para la sociedad estadounidense que el extremismo islámico, dejando de lado un atentado terrorista catastrófico. Además, un presidente colombiano recién elegido ofrecía a Estados Unidos una tentadora ventana de oportunidad para el avance contra los insurgentes. Álvaro Uribe parecía dispuesto a emprender una guerra a escala total y desplegar grandes cantidades de unidades policiales especializadas en las localidades más violentas de Colombia. Se trataba de un dinámico adicto al trabajo que había llenado su gabinete de personas como él. Poseía valentía tanto física como política, y visitaba confines remotos del país a pesar de las amenazas de muerte. La llegada de Uribe, sumada al peligro real de una alianza entre terroristas colombianos y de Oriente Próximo, significaba que Estados Unidos debía ir a por todas.

El Plan Colombia supuso la estrategia interdepartamental estadounidense definitiva para curar a un país extranjero en apuros: centenares de millones de dólares de los contribuyentes estadounidenses al año para un espectro de programas, desde las Fuerzas Especiales hasta Antidroga, Formación Judicial, Supervisión de Derechos Humanos, Rehabilitación de Niños Soldado, Seguridad Marítima, Desarrollo de Cosechas Alternativas, Apoyo Medioambiental, y más. Los pasajeros armados que me acompañaban a bordo de la CASA 212 eran una muestra del agudo y turbulento filo de varias burocracias de Washington.

El objetivo estadounidense no era pacificar por completo Colombia. Eso habría sido demasiado ambicioso. La meta era romper las redes dirigentes de los grupos guerrilleros mediante el asesinato y otros medios, para así reducirlos a un nivel más bajo incluso de bandidaje. «Pretendemos balcanizarlos y eliminar sus centros de gravedad», me explicó un oficial militar estadounidense. Así fue como al final se erradicó a los Jemeres Rojos, aunque en ese caso el modelo no fuera la Camboya de los años 90, sino El Salvador de los 80.

El Salvador era lo contrario de Vietnam, donde, en lugar de aplicar la Economía de Fuerza mediante el uso exclusivo de equipos de Operaciones Especiales, el presidente Lyndon Johnson había enviado más de medio millón

de soldados. «El Salvador» era, también, una expresión en código dentro del Mando de Operaciones Especiales del Ejército para referirse al tipo de éxito relativo posible en el confuso mundo de la reparación de naciones, un éxito tan magro que apenas fue percibido o pudo calificarse como tal. Richard W. Stewart, el historiador de la comunidad de las Operaciones Especiales, escribe lo siguiente sobre el papel de las Fuerzas Especiales en El Salvador de 1980 a 1992, durante la guerra civil del país:

¿Qué grado de éxito alcanzó el empeño de asesoramiento de las Fuerzas Especiales y Estados Unidos en El Salvador? [...] A pesar de los reveses militares y el aumento del apoyo internacional al enemigo (que incluye las armas de Nicaragua y Cuba y el reconocimiento diplomático de Francia y México), el Ejército salvadoreño plantó cara y se impuso a la guerrilla hasta crear un punto muerto. Cuando el FMLN (frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional) lanzó la ofensiva «final» en 1989, el Ejército salvadoreño padeció unas cuantas derrotas de poca importancia, pero se recompuso y diezmó a los rebeldes. El FMLN se vio obligado a buscar la victoria por medio de una solución política; ya no estaba en sus manos una victoria militar. Las Fuerzas Especiales habían contribuido a hacer que eso [...] fuera posible.^[22]

El informe remitido por la Oficina de Contabilidad General (GAO) al senador Edward Kennedy no presentaba diferencias sustanciales respecto de la citada evaluación. Afirmaba que se había producido «un significativo descenso de la violencia política contra civiles durante estos diez años [...]. Los instructores militares de Estados Unidos [...] han familiarizado al personal militar salvadoreño con normas de derechos humanos y principios democráticos reconocidos a nivel internacional».^[23]

A pesar de la detallada cobertura mediática proporcionada a atrocidades específicas contra los derechos humanos, la tendencia básica en ese ámbito en el transcurso de la década fue positiva, sobre todo si se tiene en cuenta el reducido número de instructores de las Fuerzas Especiales desplegados sobre el terreno.^[a10]

Nadie se engañaba hasta el punto de creer que Colombia sería otro El Salvador, donde la caída del Muro de Berlín contribuyó a reducir el apoyo a un movimiento guerrillero fuertemente ideológico. Es más, el Ejército estadounidense había pasado en El Salvador más de una década, lo bastante para desarrollar una curva de aprendizaje. Quizá, pensé mientras me ajustaba la mascarilla de oxígeno en el avión, el accidente del día previo constituiría

un pico en la curva de aprendizaje en Colombia, puesto que resaltaba todas las contradicciones de la implicación estadounidense en el país.

«Si Washington decide salir de Colombia sólo porque matan a un puñado de nosotros, entonces ya no tendríamos que haber venido para empezar», me había dicho Duke Christie. Una de las justificaciones de las estrictas reglas de enfrentamiento era que nadie en toda la cadena de mando que ascendía hasta el Pentágono estaba seguro de poder justificar muertes estadounidenses en Colombia. Los políticos y mandamases pensaban que eso demostraba su profunda preocupación por la vida de los soldados estadounidenses; los boinas verdes creían que demostraba cobardía política.

Entretanto, todos los días pilotos estadounidenses surcaban de un lado a otro el terreno de la guerrilla colombiana en aeronaves endebles para realizar operaciones de vigilancia y fumigación y transportar soldados compatriotas de una base a otra. Lo inevitable por fin había sucedido. Aun así, a juzgar por lo que decía la gente —y por la preocupación expresada por Duke y los demás oficiales acerca de que los retiraran por completo de Colombia— la política de repente parecía abierta a cualquier cosa.

La compuerta se abrió cuando perdimos altura y reveló curvilíneos ríos estancados, campos de un verde aceitoso y un follaje de hoja ancha, con orquídeas parasitarias en la espesura de mangos. Cuando la CASA 212 se posó cerca de unas barreras de alambre llenas de arena («cestas HESCO»), el bullicio de los loros de la jungla empezó en cuanto se apagó el ruido de las hélices. Era por la mañana temprano y hacía un calor deprimente, más que en Tolemaida y Espinal. Nos encontrábamos 2 grados de latitud al norte del ecuador. Un UH-60 Black Hawk modelo «Lima» y dos UH-1N Hueys flotaban cerca de nosotros. Los Hueys, la naturaleza asediada de la base y el paisaje en sí recordaban el Vietnam de un tercio de siglo antes. Me fijé en que el aeródromo estaba cubierto de láminas de acero perforadas, planchas metálicas plegables para extender una pista de aterrizaje instantánea sobre inestable terreno tropical; el sello de las láminas indicaba que las habían fabricado en 1967 y que las habían utilizado por primera vez en Vietnam.

«Sí, cada martes esta base está a punto de ser invadida», dijo alguien medio en broma. El comandante J. P. Roberts ladró unas cuantas órdenes sobre conseguir «las *freaks* [frecuencias] de comunicación del país anfitrión» y la necesidad de «desenmerdar la cronología» del accidente del día anterior, la captura de la tripulación, los seguimientos de reconocimiento, etc. El

comandante Roberts era bajito, pulcro, compacto e inexpresivo. Parecía poseer un carácter tirando a frío y hosco. Cercano a la cuarentena y oriundo de Pensilvania, tenía un hermano gemelo que también era comandante de las Fuerzas Especiales del Ejército. Como comandante, su equipo B de Larandia dirigía a varios equipos A de la zona.

En las Fuerzas Armadas estadounidenses existe un término, «comandantes de hierro», aunque en realidad podría aplicarse a todos los oficiales de grado medio, desde los suboficiales sargentos maestros y oficiales técnicos hasta los tenientes coroneles. En cierto sentido, los comandantes dirigían el Ejército, con independencia de quién presidiera el Estado Mayor Conjunto. Hasta el grado de capitán, un oficial todavía no ha cerrado la puerta a otras opciones profesionales, pero convertirse en comandante significa que has «comprado acciones en la empresa», me había explicado el comandante Roger D. Carstens en Fort Bragg. «Nosotros somos los que nos levantamos a las 4 de la mañana para responder a los e-mails de los generales y asegurarnos de que todos los sistemas estén en marcha.»

Sin embargo, no era hasta que uno salía de Estados Unidos cuando se daba cuenta del poder y la responsabilidad que recaía no sólo sobre los comandantes, sino también sobre los capitanes y sargentos maestros, por no hablar de un teniente coronel como Duke Christie. Por bien que los especialistas en política sostuvieran principios generales como la construcción de naciones en los seminarios de Washington y Nueva York, aquellos jóvenes oficiales de grado medio eran los verdaderos agentes del Imperio.

Había caído un avión, había al menos un cuerpo estadounidense que recuperar y varios compatriotas en asuntos oficiales del Gobierno estaban desaparecidos en un avispero de narcoterroristas. El oficial al mando del SOUTHCOM, el general del Ejército de Tierra James T. Hill, volaba hacia la zona desde Miami; el jefe de Operaciones Especiales del SOUTHCOM, el general de brigada del Ejército Remo Butler, llegaba desde Puerto Rico; era probable que la embajadora en Colombia declarara el incidente su prioridad número uno, y aun así sería el comandante Roberts quien tomara las decisiones sobre el terreno.

Sólo había dormido dos horas la noche anterior y a lo largo del día su capacidad de juicio se enfrentaría a pruebas que afectarían a toda su carrera. Más aún que la vida civil, las Fuerzas Armadas se basaban en dar lo mejor de uno mismo en las peores circunstancias.

Los barracones del ODB-780, donde el comandante Roberts tenía su despacho, presentaban el habitual amontonamiento de toallas puestas a secar

y mosquiteras entre pilas de placas base para mortero, armas montadas, puntos de mira, palancas para apuntar y radios multifrecuencia interequipos. Los ventiladores zumbaban y creaban bolsas de relativo bienestar. Dejé la mochila y llené mi cantimplora con agua purificada. Un suboficial joven y entusiasta se enfrascó en una explicación sobre el revestimiento para el calor del mortero M de 60 mm de fuego por caída que tenía a mi lado.

El comandante Roberts hizo acto de presencia sólo para desaparecer en una reunión confidencial con los ODA-785 y 776: los dos equipos A que, junto con el FBI, la ATF, una unidad de búsqueda y rescate de DynCorp (otro contratista privado de defensa) y unos cuantos civiles misteriosos más se dirigirían en dos helicópteros al lugar del aterrizaje forzoso y el punto donde se habían descubierto los cuerpos.

Comparados con esos civiles, los boinas verdes se antojaban de lo más inocentes; los civiles eran curtidos veteranos de Vietnam de las Fuerzas Especiales, que en ese momento trabajaban para contratistas privados y agencias gubernamentales en la vanguardia del programa antidrogas. Algunos tenían el pelo largo y parecían estrellas de música *country*. Otro llevaba la cabeza rapada. Cada uno paseaba su arma favorita: una Beretta, una pistola Glock de fabricación austríaca, un rifle M-4. Aquél era el mundo de los contratistas.

El Pentágono, el Departamento de Estado, la CIA y otros habían aprendido que muchos detalles relacionados con los servicios de información eran manejados con mayor eficacia por las empresas privadas, que no padecían el mismo grado de supervisión por parte de los medios de comunicación y el Congreso. Los estadounidenses que volaban en la avioneta siniestrada eran técnicamente civiles que realizaban un trabajo contratado por el Gobierno de Estados Unidos. Sin embargo, ese trabajo era confidencial, y en una época un poco anterior su cometido podría haber estado directamente en manos de la CIA. Esos hombres eran ejemplos de la privatización de la guerra y las operaciones clandestinas.

El comandante Roberts, sumido en plena crisis, no tenía tiempo para mí. Nadie contaba con mi presencia allí. Al día siguiente, negarían la entrada a la base a un periodista del *Washington Post*. La información que sería del dominio público en cuestión de semanas o incluso días era todavía confidencial. Reparé en un televisor sintonizado en la CNN en una esquina del barracón. Había una alerta «naranja» de terror. El presidente Bush había ofrecido una charla de ánimo a los marineros que se embarcaban hacia el golfo Pérsico, los rebeldes de Liberia estrechaban el cerco a la capital

Monrovia, los rebeldes de Costa de Marfil amenazaban con tomar la capital Abiyán, habían muerto veintinueve personas en unos disturbios políticos en Bolivia y el Gobierno de Austria bloqueaba el paso de soldados estadounidenses de Alemania a Italia, en ruta hacia Kuwait e Irak. Al oír la última noticia, un suboficial se acercó y maldijo a la pantalla, los medios de comunicación y Hollywood.

Fuera, bajo el sol abrasador, había otros dos suboficiales con los pies apoyados en cajas de munición. Uno había servido antes en el 5.º Grupo de las Fuerzas Especiales, con responsabilidad sobre Oriente Próximo.

«¿Qué tal el 5.º Grupo?», le pregunté.

«Un asco.»

«¿Por qué?»

«Porque era un asco. Sin más. Los paquis, los kuwaitíes, los gipos [egipcios], son todos igual de inútiles. No están a la altura del COLAR; los ejércitos musulmanes tienen unos suboficiales y unos cuadros medios peores incluso que los ejércitos sudamericanos.»

El otro suboficial, Mike Dávila, un médico delta 18, era un mexicano-americano de cerca de Brownsville, Texas. Su voz era tan tenue y afable como enorme su cuerpo. Mientras mordisqueaba un trozo de pan estabilizado de una MRE, me contó que el año anterior había participado en una misión poco importante de las Fuerzas Especiales en el Perú oriental, cerca de la frontera brasileña. Había presenciado disturbios en los que la gente prendió fuego a una facultad. Fue en un momento en el que los medios mundiales informaban de que la democracia y la estabilidad habían regresado a Perú. «Me he fijado en que los pobres siguen de manera natural a los que tienen una educación, y en que los que tienen una educación suelen ser corruptos —dijo Dávila—. No siempre se puede identificar la educación con la honestidad.»

Como por mi parte también tenía hambre —todavía no había desayunado— crucé un descampado de tierra en dirección a una cantina, donde bajo un techado de metal una camarera vestida con una camiseta sin mangas y unos vaqueros ajustados me sirvió café y huevos con salsa de pimientos picantes. Existía otro restaurante en la base, junto a un lago infestado de pirañas. También ése lo regentaban camareras que vestían y coqueteaban casi como cabareteras y tenían historias tristísimas de atrocidades de la guerrilla que contar. Oí que un curtido contratista comentaba: «Si mi hija se vistiera así alguna vez, la colgaría.»

Los helicópteros cargados con los dos equipos A partieron hacia el lugar del siniestro en el mismo momento en que llegaba la noticia de que había

estallado una bomba en la ciudad de Neiva, 145 kilómetros al norte, con dieciocho muertos y treinta y siete heridos en la víspera de la visita anunciada del presidente Uribe. El objetivo era él, y la bomba había detonado por error.

Conseguí que me acompañaran al aeródromo. En el hangar habían colgado una bandera estadounidense en preparación para la llegada de los cuerpos. Esperé entre plantillas y gatos hidráulicos junto con un médico y varios de los contratistas a que regresaran los helicópteros. Conversamos sin un tema claro. Descubrí que para conseguir que una vaca salte de un avión basta con azuzarla, mientras que un burro exigía roncal; a lo largo de la guerra fría habían lanzado vacas y burros desde aviones de manera regular para suministrar alimento a los insurgentes pro estadounidenses.

Al cabo de una hora el helicóptero que había partido para recuperar los cuerpos por fin aterrizó. El médico y uno de los contratistas se pusieron unos guantes violetas y fueron a ayudar al equipo de rescate de DynCorp a cargar las dos bolsas de cadáveres en «israelíes» y llevárselas, agachándose bajo los rotores hasta cobijarse del viento artificial en el interior del hangar. Sólo uno de los muertos era estadounidense; el otro era el único miembro colombiano de la tripulación.

El médico rasgó la primera bolsa. Un proyectil de 7,62 mm disparado por un rifle de asalto AK-47 en el cráneo a tan corta distancia provoca un efecto explosivo hidrostático que por un momento hacía que la víctima fuera difícil de identificar hasta para un amigo. Había sido una ejecución. El piloto muerto, Thomas Janis, de cincuenta y seis años, nacido en Montgomery, Alabama, había recibido una Estrella de Bronce al valor en Vietnam. Tenía un hijo y un nieto adoptivo en Kuwait, los dos a la espera de un destino en Irak. Más tarde se descubriría que, en lugar de correr hacia los árboles en busca de cobertura como le había ordenado a los demás, él se había quedado atrás para destruir el equipo secreto de a bordo; allí era donde lo habían encontrado las FARC. ¡Luego hablan de hacer sacrificios por tu país!

El otro cuerpo era el de Luis Alcides Cruz, un suboficial de información colombiano con base allí, en la provincia de Caquetá. Su cuerpo no estaba tan destrozado como el de Janis, aunque era posible que hubiese sufrido más. Tenía el cuello dislocado y una bala de rifle le había atravesado la espalda.

La mañana anterior, la Cessna, en plena identificación de campos de coca para su erradicación, había padecido un problema catastrófico en el motor. El piloto, Thomas Janis, planeó de manera brillante con la avioneta hasta aterrizar de panza al borde de un altozano. Aunque estuviera a apenas unos minutos de vuelo de Larandia, el pequeño equipo de mapeo se encontraba en

pleno territorio de las FARC. Janis y Cruz, a juzgar por el examen médico, no habían resultado heridos en el aterrizaje forzoso. Quizá se hubiera producido un tiroteo con guerrilleros, que habían visto caer la aeronave y se habían apresurado hacia el lugar del siniestro. La bala en la espalda indicaba que quizá Cruz estuviera intentando escapar. A los otros tres, todos estadounidenses, los habían tomado como rehenes.

Cuando la noticia del incidente llegó a Bogotá, el teniente coronel Christie movilizó de inmediato a los dos ODA del sur de Colombia y les ordenó que se dirigieran a helipuertos. Sin embargo, las reglas de enfrentamiento no permitían que los equipos A emprendieran una misión como ésta en territorio enemigo. Duke era consciente de eso. Aun así, como me contó más tarde: «Dado que teníamos un contingente de SF tan cerca, quería darles a mis superiores la opción de cambiar las RoE para esa circunstancia excepcional.» En verdad, uno de los equipos, el ODA-776, había recibido adiestramiento específico para ese tipo de misiones de búsqueda y rescate.

Sin embargo, pasarían veinticuatro horas antes de que los dos ODA obtuvieran permiso del alto mando para embarcarse en los helicópteros. En una situación con rehenes, semejante a un secuestro, las primeras veinticuatro horas son cruciales, sobre todo la primera noche después del rapto. Quizá sea el único momento en el que un pelotón de rescate puede evitar con eficacia que los perpetradores saquen a su presa de las inmediaciones. Toda la detección por satélite y otros dispositivos de alta tecnología que los estadounidenses más tarde emplearían con motivo de la crisis jamás compensaría ese retraso inicial de veinticuatro horas. Los oficiales de grado medio estaban preparados para la acción, pero entonces «Washington» tomó las riendas.

Cuando volví esa noche al barracón del ODB-780, habían pasado treinta y seis horas desde que habían tomado a los tres estadounidenses como rehenes. El comandante Roberts observó con tono meditabundo: «A estas alturas ya padece deshidratación, el agotamiento por calor se va apoderando de ti, los bichos te pican, se les va haciendo cada vez más difícil. Lo único que necesitan las FARC es un elemento de terreno entre ellos y sus perseguidores, y estarán a salvo en este entorno.»

Roberts acababa de terminar un aparte con su oficial técnico jefe, Terry Baltimore, un terremoto desenvuelto y carismático que dio una charla de ánimo al desmoralizado equipo B.

«Sé —comenzó Baltimore— que lo teníamos todo listo, todo organizado, que no habíamos dormido en toda la noche y estábamos preparados para

ayudar al equipo A a asegurar el lugar del aterrizaje forzoso. Pero la decisión de apartarnos, de dejarnos fuera de la operación y hacer que el equipo A esperara hasta hoy para acudir al terreno se tomó por encima de nuestro alcance. Yo estoy negro. Pero ahora lo que tenemos que hacer es ayudar al país anfitrión a capturar a todos los FARC posibles, para que podamos interrogarlos y descubrir dónde están los tres AMCITS [ciudadanos estadounidenses].

»El COLAR dirige el cotarro —prosiguió—, pero no ha realizado ningún análisis de la proporción entre fuerzas. El país anfitrión tenía la iniciativa ayer por la noche, pero la perdió y nosotros no hemos entrado hasta hoy. El país anfitrión necesita que ofrezcamos opciones, que los ayudemos a localizar dónde deberían situarse los controles de carretera de modo que podamos establecer patrones de tráfico que, a su vez, nos ayuden a determinar dónde concentran sus tropas las FARC y dónde pueden estar los AMCITS. Si no empezamos a fijar plantillas, perderemos de vista todo el *puzzle* de los cojones.»

Se estaba haciendo tarde y yo necesitaba un sitio donde dormir. Estaba a punto de averiguar si había una cama libre en el barracón del equipo B cuando un boina verde grande y simpático se me acercó para preguntarme si quería pasar la noche en su cabaña. «Se está más cómodo que aquí, si el aire acondicionado funciona.» Se trataba del capitán Mike *Mick* Braun de Wolcott, Connecticut. Había servido en Bosnia y en ese momento dirigía el ODA-785, uno de los equipos A que tras un retraso de veinticuatro horas había acudido por fin al lugar del siniestro. La especialidad del ODA-785 era el buceo de combate, algo que allí no estaba fuera de lugar; el sur de Colombia tenía más trazado de ríos navegables que de carreteras utilizables. La cabaña del capitán Braun contenía a doce hombres apiñados en literas en un cuartito, lleno de toallas puestas a secar y un desparrame de ordenadores y radios de escuadrón puestos a cargar. Sin embargo, el aire acondicionado funcionaba y, tras abrir mi saco de dormir, perdí la conciencia en un santiamén.

La mañana me trajo la presentación de los dos adláteres del capitán Braun, sargentos de primera clase los dos: Juan Pérez, un cubano-americano alto y bigotudo de Los Ángeles que tenía un puro en la boca antes de su primera taza de café, y Bo Wynn, un ferviente cazador de ciervos oriundo de Tampa, Florida, que llevaba tatuajes de barcos y alambre de espino en el pecho y me explicó con mucho gusto el funcionamiento de un rifle de francotirador Remington M-24 de 7,62 mm.

«Perdimos la iniciativa cuando nos mandaron quedarnos quietos la primera noche —me dijo un frustrado sargento Pérez mientras abría los ojos tras una noche de sueño y agarraba mi cuaderno—. Tenemos tanto miedo de que maten a nuestros chicos que dejamos que los capturen.»

Me contaron la triste historia entera de los dos días anteriores. A las 9:10 de la mañana del 13 de febrero, poco después de que cayera la Cessna Caravan, recibieron sus órdenes de «prepararse» de la base de operaciones avanzadas de Duke Christie, en Bogotá. Llamaron a su equipo de la instrucción y prepararon a toda velocidad su material, para reinventarlo en el barracón del equipo B: cantimploras, paquetes de rehidratación, vendas, brújulas, bengalas, varillas luminosas, mapas, radios de escuadra, unidades de GPS (Sistema de Posicionamiento Global), cargadores de 9 y 5,56 mm, cuchillos, Berettas, M-4 con lanzagranadas y granadas de 40 mm. El sargento Bo Wynn llevaría también una sierra de mano para echar abajo puertas. A las 10:10 estaban en el aeródromo. Esperaron cuatro horas bajo el sol la orden ejecutiva de embarcar en los helicópteros. No llegó. Entonces les dijeron que «se quedaran quietos».

Los sargentos Pérez y Wynn calificaron de desmoralizador y humillante el que les impidieran entrar en una zona de combate al frente de los mismos batallones colombianos a los que habían adiestrado.

A las 7 de esa tarde se reinició el proceso burocrático, con una «orden de aviso» para el día siguiente, seguida de un «plan» a las 9 de la noche y una «orden escrita» a las 12:30 del mediodía. El 14 de febrero, una «orden de operación» a las 5 a.m. y una «actualización de inteligencia de arriba» a las 6:10. Eso había sido todo hasta la reunión confidencial del comandante Roberts de esa mañana a la que me habían impedido asistir. Por fin, a las 10:45 a.m., embarcaron en el helicóptero para acudir al lugar del siniestro, donde fijaron un perímetro de seguridad de 360 grados mientras el equipo de la ATF inspeccionaba el material de a bordo del Cessna, el cual, se descubrió, había sido destruido de manera satisfactoria por los miembros de la tripulación antes de su captura. También se habían sacado fotos del «escenario del crimen» para su uso por parte del FBI y la fiscalía colombiana. Todos pensaban que la designación de una zona de guerra como «escenario del crimen» era quijotesca. Esas ficciones legales llevaban años atando de manos al Gobierno colombiano en su guerra contra los narcoterroristas.

«¿Cómo era el terreno?», pregunté.

«El paraíso de los baches —respondió el sargento Pérez—. Sólo puedes moverte en zigzag, todo lleno de pendientes de sesenta grados, sin sombra.

Un terreno estupendo para la guerrilla. Pero, y eso es lo que se les pasa por alto a los mandamases, por el mismo motivo es también un terreno estupendo para la contraguerrilla. Media docena de muchachos de las SF, con español fluido, ligeros de equipaje, que vivieran de la tierra, con buenas comunicaciones y ubicaciones de helicóptero para infiltración y exfiltración, y descubriríamos mucho más en un par de días que un batallón entero armando jaleo.»

Braun, Pérez y Wynn eran tres hombres de habla correcta con tatuajes, armas y material de lectura serio repartido por toda su cabaña: Braun había estado hojeando las obras completas de James Fenimore Cooper. Wynn, aunque lo contrariara la tímida política diplomático-militar de los días anteriores, me dijo pese a todo que «todo el mundo tiene su sitio y yo acepto el mío. Me conformo con ser un sargento. ¿Qué sé yo?». Su tono era sinceramente humilde.

Empezaba a encariñarme de esa gente. Habían amasado tanto conocimiento técnico sobre tantas cosas a una edad tan temprana... Podían realizar operaciones quirúrgicas de poca importancia sobre el terreno. Y, aun así, cada uno de ellos poseía un sentido de sí mismo mucho menor que cualquier conocido mío del mundo del periodismo o la administración pública. En los barracones, el egoísmo se expresaba puramente en términos de orgullo de equipo.^[a11] Allí la jerarquía y la autoridad se contemplaban como virtudes supremas, que proporcionaban a cada oficial y suboficial un papel y una función dentro de una causa noble. Todos habían leído *Hermanos de sangre*, de Stephen Ambrose, y se sentían más afines a los paracaidistas de la Segunda Guerra Mundial de la historia que a sus coetáneos de la vida civil.^[24]

A media mañana, el talante de la base había realizado una sutil transición del estado de emergencia al de una operación de largo recorrido. Me colé en un viaje de vuelta a Bogotá con el general de brigada Remo Butler a bordo de la CASA 212. El general de brigada Butler, afroamericano, era un hombre enorme, sociable y deliciosamente irreverente. «Yo ayudé a que se aprobara tu viaje aquí —me contó—, ¡pero no tenía ni idea de quién eras!» Gracias a Dios por los comandantes de su equipo, pensé.

En el vuelo de vuelta tuve un momento embarazoso. En Larandia, antes de despegar, había bebido un montón de agua a causa del calor, y de repente, a cuatro mil doscientos metros, con el cuerpo enfriándoseme a marchas forzadas, sentía una necesidad desesperada de orinar. No había servicios.

Hablé con el piloto. «No hay problema —me dijo—, abriré la compuerta; mea por ahí.»

«¿Estás de broma? Saldré volando.»

«Has visto demasiadas películas, tío. Este avión no está presurizado; no saldrás volando. Abro la compuerta.»

No tuve valor suficiente. Me hice con un recipiente de agua mineral vacío, lo usé, lo tapé y lo tiré afuera. El piloto contó unos segundos y dijo: «A esta altura ya debe de estar congelado.» Un proyectil de pis congelado cayó sobre terreno de las FARC. El general Butler se rió.

Al cabo de unos días volvía a estar a cuatro mil quinientos metros de altura en la CASA sin presurizar. Duke y yo volábamos rumbo al nordeste, a la provincia de Arauca, en la frontera de Colombia con Venezuela. Arauca, del tamaño de New Hampshire, era la región más violenta de Colombia, el corazón del Territorio Indio. El destino imperial de Estados Unidos era lidiar con países que no eran países de verdad. Ningún lugar de Colombia, y pocos enclaves en el mundo, lo ilustraban mejor que Arauca, donde los boinas verdes tenían destinados varios equipos.

En la provincia de Arauca se habían criado tres generaciones leales a la insurgencia. Había secuestros y coches bomba a diario. Había doce mil hectáreas de campos de coca fijados como futuros objetivos del programa antidroga. La zona nadaba en petróleo: Occidental Petroleum tenía un oleoducto que partía de Arauca en dirección noroeste hasta el Caribe y que padecía frecuentes atentados terroristas. La provincia tenía a gala una ubicación estratégica colindante con Venezuela, donde el presidente radical-populista (pero elegido democráticamente), el ex general del Ejército Hugo Chávez, proporcionaba a las guerrillas colombianas bases de retaguardia. El control de Arauca ofrecía a los guerrilleros colombianos un pasillo para exportar estupefacientes a Venezuela a cambio de armas y municiones que, a su vez, entraban de contrabando en la región unas bandas árabes con base en el puerto venezolano de Maracaibo.^[25] Existían informes creíbles de que Hamás y Hezbolá habían establecido refugios en la isla venezolana de Margarita, cerca de Caracas.^[26] Las autoridades venezolanas proporcionaban millares de carnés locales de identidad a sirios, egipcios y paquistaníes.^[27]

Partidario de Fidel Castro, en Cuba, y de Sadam Husein, en Irak, el presidente venezolano, Chávez, había dejado huellas dactilares en todo el operativo narcoterrorista de Sudamérica. Los servicios de información estadounidenses descubrieron que los pequeños dispositivos de GPS transportados por traficantes de armas de las FARC indicaban de manera

constante posiciones dentro de Venezuela. Con la ayuda venezolana, los narcoterroristas del ELN habían aprendido a sabotear el oleoducto con bombas caseras.

Estados Unidos se jugaba mucho. Obtenían el 34 por ciento de sus importaciones de petróleo de Venezuela, más que de todo Oriente Próximo. La amenaza económica que suponía Chávez era, hasta cierto punto, más importante e insidiosa que la representada por los regímenes radicales del mundo árabe. A Chávez le interesaba que las FARC y el ELN atacaran las instalaciones petrolíferas colombianas, puesto que volvía a los estadounidenses más dependientes incluso del crudo venezolano.

A finales de 2002, la Administración de Bush había destinado varios equipos A de las Fuerzas Especiales a las localidades fronterizas de Arauca y Saravena, donde el presidente Uribe estaba construyendo nuevas demarcaciones de policía para que las patrullaran unidades de cuarenta y seis hombres, adiestradas también por las Fuerzas Especiales estadounidenses. Uribe había designado toda la provincia como zona de «rehabilitación», que había que pacificar y gobernar directamente desde Bogotá. Arauca simbolizaba la transformación de la guerra antidroga en una guerra regional por la gobernabilidad a raíz del 11 de Septiembre. Y no era sólo la zona fronteriza venezolana la que precisaba ayuda; las FARC también importaban armas y productos químicos precursores y exportaban drogas por las fronteras brasileña y peruana.

Al descender entre las nubes vi una región plana como una mesa de billar de matorrales de hoja ancha, viviendas de chatarra y ríos de un marrón espeso. Arauca tenía algo de ignoto y espeluznante. Como joven viajero en El Cairo de los años 70, había conocido a una pareja estadounidense de mi edad que acababa de llegar a Oriente Próximo con un barco de mercancías desde Sudamérica. Habían cruzado Centroamérica a base de autostop y autobuses hasta Colombia, y después habían seguido por carretera a través de Ecuador, Perú, Bolivia y Argentina, antes de embarcarse en Buenos Aires. Había sido agotador y aventurado, pero no suicida, como habría resultado un recorrido por trechos significativos de esa ruta a día de hoy. Por mi parte yo acababa de estar en Yemen, que era mucho más peligroso de recorrer ahora que cuando lo visité por primera vez a mediados de los 80. Para aquellos que rara vez se aventuraban más allá del capullo de las democracias occidentales postindustriales, el mundo se estaba liberalizando y volviendo más cómodo.

Sin embargo, muchas partes del planeta se habían vuelto más peligrosas e inaccesibles.

Ya apenas unos metros por encima de las copas de los árboles, las chabolas y los hilos de tender cargados daban paso a caminos llenos de rodadas en la sabana seca y rojiza. El comandante William *Bill* White, al mando de cinco destacamentos de las Fuerzas Especiales en las poblaciones de Arauca y Saravena, nos recibió a pie de avión flanqueado por boinas verdes con chaleco antibalas y uniforme completo, dentro de un Humvee equipado con un lanzagranadas montado MK-19 de 40 mm.^[a12]

Mientras yo bajaba a la pista, descargaban en camilla de un helicóptero Mi-17 de fabricación rusa a dos soldados colombianos malheridos por un coche bomba detonado una hora antes en la cercana Arauquita, un artefacto explosivo recubierto de heces humanas para provocar mayores infecciones. Se los llevaban a una enfermería donde uno de los médicos de las Fuerzas Especiales del comandante White esperaba para atenderlos. Tenían la mitad del cuerpo cubierta de sangre. El día anterior en Arauca, me dijo White, la policía colombiana había conseguido desactivar otras dos bombas. Dos días antes se había producido el intento de asesinato de un político local. Tres días antes habían puesto una bomba en una torre de electricidad que había dejado sin luz a la región. Remontándose más días, en la provincia de Arauca se había producido el habitual redoble de secuestros a pie de carretera, bicicletas bomba en esquinas, granadas lanzadas sobre comisarías y ataques con mortero contra soldados colombianos con tubos de propano llenos de clavos, cristales rotos y heces. White había redactado una lista de incidentes violentos de los últimos treinta días en la provincia. Estaba a un solo espacio y ocupaba más de dos páginas.

El comandante Bill White, de treinta y siete años, era un niño del Ejército que se había criado en Fayetteville, Carolina del Norte, al lado de Fort Bragg. Su sentido del humor era tan seco y pálido como su piel. «No aparento ni un día más de cuarenta años», decía en broma.

El recorrido de la pista de aterrizaje a la base militar era de sólo unos centenares de metros y a lo largo de una carretera pública. Así pues, ¿de verdad eran necesarios los antibalas, el Humvee y el lanzagranadas montado?, pregunté. «Sí», respondió White, con la vista fija en la carretera. Allí la tensión era a todas luces más alta que en Larandia.

Cerca del complejo de los boinas verdes pasamos por delante de dos jóvenes a los que escoltaban esposados. Eran los agentes del ELN acusados de detonar el coche bomba de Arauquita por control remoto con un teléfono

móvil. Iban la mar de satisfechos, como auténticos macarras. Lo siguiente que apareció ante mis ojos fueron los barracones del Ejército colombiano, con su trinchera de hormigón utilizada para lavar la ropa y los utensilios de comer, además de para mear y cagar. Un médico describió a los soldados colombianos de dentro como «preciosos soldaditos llenos de parásitos, hongos y tiña inguinal».

El complejo de los boinas verdes estaba oculto tras tres capas de muros de sacos negros de arena y vallas de concertina. Se utilizaba un contenedor de mercancías entero para almacenar munición. Las Fuerzas Especiales estaban preparadas para un asedio. El comandante White me acompañó a una esquina asfixiante de calor de los barracones, donde tenía un portátil y una pared blanca dispuestos para una presentación de PowerPoint. «Me gusta que aquí se asen —bromeó—; así hará menos preguntas y acabaremos antes con esto.» Le di las gracias por su consideración. Había visto la misma presentación de PowerPoint sobre Arauca ya dos veces, en Fort Bragg y en el SOUTHCOM de Miami.

Aun así, tenía algunas novedades para mí. El día anterior, en Arauca, habían muerto cuarenta personas en combate durante un tiroteo entre paramilitares de izquierdas y derechas. Las FARC se desplazaban de un lado a otro de la frontera con la ayuda de la Guardia Nacional venezolana. Los vertidos de petróleo ocasionados por las bombas del ELN habían provocado un desastre ecológico, un incidente que quizás hubiera debido publicitarse mejor en Estados Unidos ya que, como sentenció un boina verde, «seguro que a la gente de casa le choca más la ruina del medioambiente que los colombianos muertos a tiros y torturados».

La indignación con la democracia y las leyes sobre derechos humanos colombianas, que hacían especialmente difícil procesar a los autores de los coches bomba y demás narcoterroristas, era mayor allí que en el resto de complejos de boinas verdes. «Las FARC tienen un organismo de espionaje a una manzana de la comisaría de la ciudad de Arauca —me explicó el comandante White—, pero la información recopilada por la policía contra las FARC todavía es insuficiente para pincharles el teléfono por orden del tribunal. Entretanto, han asesinado al alcalde, han puesto bombas en el aeropuerto y han matado al secretario del gobernador. Mi homólogo colombiano, cuyas tropas estamos adiestrando —prosiguió White—, no quiere saber con más de dos horas de antelación nuestros planes para visitar el aeropuerto o la ciudad, porque no confía en que su propio personal no lo filtre a las FARC. Venga, vamos a dar una vuelta por la ciudad.»

«Sí», respondí yo. Todas las presentaciones del mundo no eran tan reveladoras como las inefables esencias que se captan con el contacto visual.

Bajo unos cielos inmensos y el calor salvaje de la media tarde, el coche blindado y el Humvee equipado con un lanzagranadas montado recorrieron la población de Arauca, una desorganizada retícula chata de tejados de metal y tejas rojas, paredes manchadas, cafés con sillas de plástico moldeado y toldos hechos del mismo tipo de plástico que se emplea para las bolsas de basura. Las escasas viviendas de apariencia decente tenían barrotes de hierro en las puertas y las ventanas. Las malas hierbas, la basura y las chabolas oxidadas se mezclaban con las flores, los agaves y las hojas combadas de los plátanos. A tramos las aceras desaparecían bajo la maleza. Vi gente medio desnuda de expresión ilegible con chanclas y gorros de béisbol.

Cada coche o bicicleta aparcados parecían mortíferos. Las puertas blindadas de acero, el Kevlar y el armamento ofrecían algo de protección, pero también eran una farsa. El enemigo era invisible y podía incinerarnos en cualquier momento. La única defensa en ese entorno terrorista era el ataque, que las restrictivas reglas de enfrentamiento prohibían. Después de que un camión se nos pusiera delante de improviso y frenara el ritmo de nuestro convoy, lo que nos llevó a vigilar los tejados y vehículos aparcados y me hizo sudar más de lo habitual en aquel fétido clima, Duke Christie comentó: «Si cinco bomberos mueren apagando un incendio, ¿qué haces? ¿Dejas que arda el edificio? Ojalá la gente de Washington expulsara Vietnam de su sistema de una vez por todas.» Traducción: él y sus hombres estaban dispuestos a aceptar unas cuantas bajas en Colombia para derrotar a los narcoterroristas; eran los políticos los que tenían miedo de las bajas, no las Fuerzas Armadas estadounidenses.

Paseando la vista por aquella ruina cochambrosa de ciudad, el comandante White hizo una pregunta retórica: «¿Adónde ha ido a parar todo el dinero del petróleo? Dígamelo. ¿Ve alguna señal de desarrollo por aquí?»

Occidental Petroleum recibía un 8 por ciento de los beneficios petroleros anuales de la región de Arauca, y dejaba el 92 por ciento restante en manos colombianas. Ese 92 por ciento, de existir una administración honesta, debería haber supuesto 30 millones de dólares al año. Incluso en 2001, cuando el oleoducto permaneció cerrado durante doscientos días a causa de los sabotajes, deberían haber quedado suficientes millones en beneficios «para construir una ciudad nueva entera», calculó White con su tono seco y lacónico.

Durante generaciones, los acaudalados y sofisticados urbanitas de las tierras altas apenas habían sido conscientes de la existencia de ese confín plagado de malaria. «Si viviera aquí, usted también sería del ELN o las FARC —observó otro oficial de las Fuerzas Especiales—. Es decir, si no violaran, asesinaran o extorsionaran dinero, a usted y a las autoridades locales. La verdad —prosiguió— es que aquí lo que tiene todo el mundo es miedo. Todos creen que el Gobierno al final se rendirá y dejará la zona en manos de los rebeldes una vez más.»

Nuestra caravana llegó al río Arauca, en el límite de la ciudad, uno de esos ríos tristes, lentos y de color de bilis tan comunes en el Tercer Mundo. Las orillas medio derrumbadas estaban sostenidas en parte por sacos de arena. Venezuela se extendía al otro lado, a cien metros de distancia, donde había más matas, hilos de tender y casuchas de metal. Oficialmente allí había una frontera: en la práctica, no. Los narcoterroristas cruzaban con facilidad, en una dirección u otra, con la ayuda de Chávez.

Más tarde hablé con un oficial de los servicios de información estadounidenses en la zona. Le preocupaba que «el Ejército colombiano estuviera siguiendo la estrategia de Estados Unidos en Vietnam: aumentando los niveles de tropa a la vez que evitaba los riesgos. El Ejército, la policía y las Fuerzas Aéreas colombianas piensan todos que los helicópteros Black Hawk son la respuesta a cualquier cosa —prosiguió—; así es como pensábamos nosotros. No están mejorando lo bastante su suboficialidad, mientras que sus generales se conforman con jugar a lo seguro. Así, no pasa casi nada. En Perú, [Alberto] Fujimori les dijo a sus generales que no podían retirarse hasta que se hubiera ganado la guerra contra [los terroristas de] Sendero Luminoso. Aquí Uribe es duro en sus discursos, pero no se ve que eso tenga un seguimiento sobre el terreno con tácticas agresivas de unidades pequeñas como las que se vieron en Perú».

Concluí que el despliegue de las Fuerzas Especiales para adiestrar a las tropas del país anfitrión en Arauca era más una declaración política de la Administración Bush en apoyo del presidente Uribe que un intento sustancial de dar al traste con décadas de control guerrillero en aquel lugar dejado de la mano de Dios.

Encontré camastro junto a dos especialistas en asuntos civiles del Ejército que se encontraban allí para empezar diversos programas educativos y sanitarios: el comandante Mike Oliver, de Derby, Connecticut, y el capitán

Carl Brosky, de Plant City, Florida. Brosky había servido en Bosnia y Ruanda. Tenía el pelo oscuro y un talante introspectivo permanente. Me habló de familias de Bosnia que después de los Acuerdos de Paz de Dayton excavaron las tumbas de sus seres queridos y se los llevaron a lugares donde no corrieran el riesgo de ser mutilados por personas de un grupo étnico hostil que regresaran a la zona. En Ruanda había estado a cargo de la purificación de agua para un campamento de refugiados. Me contó con voz queda que había presenciado cómo una familia de cinco miembros acudía al patio de delante de su oficina para morir, porque sabían que un camión transportaría sus cuerpos de manera adecuada a un cementerio. Estaban al borde de la muerte por inanición, me dijo, y «sabían, sabían sin duda alguna, que iban a morir todos. Cuando un volcán cubrió de barro la ciudad, fue lo mejor que le había pasado nunca». Como otros soldados francos a los que había conocido, no lo decía con cinismo. Era incapaz, sin más, de disimular con miras a quedar bien con un desconocido. Su sinceridad absoluta le concedía reservas de idealismo para el trabajo que realizaba.

Él y el comandante Oliver tenían libros desparramados por encima de sus literas. Me contaron que los asuntos civiles en el Ejército de Estados Unidos en realidad tenían su origen en la guerra de México, con el general Winfield Scott. Empecé a leer un libro sobre el tema que me prestó, pero estaba tan cansado que me quedé dormido sobre sus páginas.

Tras años de vagar por solitarias habitaciones de hotel, la vida en los barracones se me antojaba un placer. Podías dejar tus objetos valiosos por ahí sin preocuparte de cerrar con llave, porque todo estaba a salvo con aquella gente. No eran jóvenes reclutas bravucones. Estaban casados, tenían familia y habían dejado atrás parte de sus años locos: había que haber servido en el Ejército regular para solicitar siquiera un puesto en Operaciones Especiales. La camaradería era una constante. Como en una familia, siempre había alguien dispuesto a ayudarte o prestarte lo que necesitabas. Si querías compañía, siempre había alguien con quien hablar. Si estabas aburrido, siempre había un DVD que ver en uno de los portátiles. Si querías que te dejaran en paz para leer o escribir, la gente siempre te concedía intimidad.

La localidad de Saravena era más violenta incluso que la de Arauca y, por tanto, la más violenta del país. Lo extremo de la situación garantizaba de por sí un análisis más profundo de lo que los boinas verdes podían conseguir y lo que no.

Se encuentra apenas a ciento diez kilómetros al oeste, siguiendo la frontera. Sin embargo, al tratarse de territorio indio, volamos. Media hora después me encontraba en la pista de aterrizaje de Saravena, recibido por el capitán Gil Ferguson, de Jackson, Misisipí. Lo primero que hizo fue señalarme los restos del edificio de la terminal, reventado por la guerrilla el verano anterior con cuatro bombas de cilindro. Metían un cilindro vacío de gas propano de 18 kilos, me explicó, dentro de otro de 50 kilos que hacía las veces de mortero. Entonces llenaban el primer cilindro con explosivos comunes —además de clavos, tuercas, cristales rotos y heces humanas— y lo disparaban desde el tubo más grande con una carga de pólvora. La «rampa», como la llamaban los colombianos, podía alcanzar un objetivo situado a tres mil metros de distancia. La Convención de Ginebra prohibía los cristales rotos.

Saravena era tan violenta que allí los boinas verdes nunca salían de la base. «Llevo meses aquí y todavía no he visto el pueblo de Saravena», me dijo el capitán Ferguson. Los sacos de arena del complejo alcanzaban una altura mayor que en Arauca; el trazado de concertina era más denso. Además, allí hacía más calor y había más polvo. Para acentuar la sensación de claustrofobia, las reglas de enfrentamiento no permitían a las tres docenas de personas entre boinas verdes y personal de apoyo patrullar la zona más allá de la base, de la que se sabía que era amistosa con los insurgentes y estaba a tiro de las rampas, para las que el tejado corrugado del complejo ofrecía escasa protección.

«El ELN y las FARC son demasiado listos para luchar contra nosotros —me explicó el sargento maestro José Cabrera, sacudiendo la cabeza—. Si quieren matarnos, utilizarán bombas de cilindro.»

«Es como Iwo Jima —observó Duke Christie—, no hay donde esconderse», en referencia a la batalla de febrero de 1945 en una desnuda isla volcánica del Pacífico occidental, donde una lluvia de proyectiles japoneses se abatió sobre los Marines de Estados Unidos.

Tras la destrucción de los barracones de los marines en Beirut en 1983 y de las viviendas militares de las Khobar Towers en Arabia Saudí en 1986, los generales y políticos civiles de Estados Unidos necesitaban un proverbio, pensé: «No seréis patos de feria.» Los soldados estadounidenses, en particular las unidades de elite, no deberían concentrarse nunca en un lugar donde no pudieran patrullar de manera agresiva el entorno inmediato. Sin embargo, ésa era la situación allí. Las reglas de enfrentamiento en vigor que limitaban a los boinas verdes a los detalles de la instrucción sólo podrían haber aplacado al

Congreso de Estados Unidos y contribuido a unas relaciones bilaterales fluidas con Colombia, pero eran una táctica estúpida. Y eran moralmente erróneas, puesto que negaban a los soldados un medio de autodefensa.

En nuestra primera noche allí, Duke pasó varias horas atendiendo las quejas sobre lo restrictivo de las reglas. Dejó que hablara todo el mundo, aunque lo pusieran a caldo. La moral en Saravena estaba verdaderamente mal. El aburrimiento se reflejaba en las largas horas de la tarde dedicadas a levantar pesos; todo el mundo bromeaba diciendo que era como la cárcel. Saravena era el clásico caso de un despliegue por fines de simbolismo político, en el que la lógica militar no se había estudiado como debería.

«Si tan sólo aflojaran las RoE y nos concedieran activos y varias plataformas para helicópteros, todo este asedio guerrillero de la provincia de Arauca se acabaría en seis meses», dijo el capitán Ferguson. Quería hacer lo que le habían adiestrado para que hiciera: luchar, ir a la batalla con las fuerzas colombianas a las que instruía. Graduado en la Academia de las Fuerzas Aéreas, Gil Ferguson se había pasado al Ejército de Tierra en cuanto descubrió que no podía ser piloto de caza. Una vez en el Ejército, fue gravitando hacia las Fuerzas Especiales. Desde sus tiempos en Misisipí, adoraba la jerga neoyorquina de la serie *Law & Order*. Su compinche era el sargento de su equipo, el sargento maestro Cabrera, nativo de la República Dominicana vía ciudad de Nueva York.

José Cabrera, de cuarenta y dos años, que llevaba veintidós en el Ejército, era el sargento por antonomasia: el núcleo de las Fuerzas Armadas estadounidenses y el motivo de que fueran tan buenas. Cabrera tenía la constitución de un frigorífico. Era espabilado, ambicioso, intelectualmente curioso y activo hasta el extremo de que había prácticamente desarrollado un pequeño servicio propio nativo de información para Saravena desde el interior de los barracones. Adiestrado como buceador de combate, era un veterano de la guerra de Estados Unidos contra el cártel de Cali y también de Causa Justa, la invasión de Panamá en 1989 para expulsar al dictador Manuel Noriega. En la Cali de los 80, trabajó en inteligencia fotográfica. En Causa Justa su cometido era interrogar a abogados y policías partidarios de Noriega. También había servido en Ecuador, Perú, Bolivia y Paraguay. Gracias al sargento Cabrera y otros como él, SOUTHCOM era un modelo del tipo de experiencia lingüística y regional que exigían todos los mandos de zona en una época de responsabilidades imperiales.

Ante una cena de jamón, arroz frito y Gatorade en el club de oficiales colombiano, Cabrera resumió la situación local: «asesinato, extorsión,

voladura del tendido eléctrico, y, aun así, no existe oposición, no hay indicios de un espíritu comunitario. La gente sólo se afana por sobrevivir o llegar al siguiente peldaño, donde también ellos puedan sacar tajada. Hay sitios mejores para cultivar coca —prosiguió—; si hay tanto ELN por aquí es por el petróleo». El petróleo no había traído desarrollo, sino terrorismo.

Cabrera me llevó informes diarios de bajas de la lucha intestina guerrillera entre las FARC y el ELN, que a sus ojos eran buenas noticias: que los narcoterroristas se mataran entre ellos. Me habló de un nuevo tipo de minas improvisadas: cristales y clavos incrustados en asfalto fundido; dinamita envuelta en alambre de espino; tornillos y clavos hundidos en fertilizante dentro de una lata de leche. Después me contó que el ELN había contratado a un abogado prestigioso para liberar de la cárcel a su experto en explosivos venezolano.

Un día Cabrera me presentó a cuatro miembros de un pelotón de motocicletas del Ejército colombiano que investigaba los coches y bicicletas bomba. Eran hombrecillos recios de poco más de veinte años. Tenían la cara del tono de la tierra, con los rasgos anchos y las expresiones impasibles de los indios. Sentados en sillas plegables entre los muros cubiertos de sacos de arena del complejo de las Fuerzas Especiales, me explicaron que eran voluntarios de Bogotá y Tolima, porque nadie del lugar podía realizar su trabajo sin poner en peligro a su familia. La semana anterior eran cinco. Uno había muerto. Habían llegado al lugar donde había estallado un coche bomba. Después de alejar a la multitud y acordonar la zona, había explotado un segundo artefacto, que había hecho volar a uno de ellos diez metros por los aires. Perdió el torso y murió en el acto.

Mientras esos cuatro soldados arriesgaban la vida a diario, otros militares colombianos ayudaban en secreto a los terroristas. Me enteré de un incidente acaecido unos días antes. Se notificó a una unidad del Ejército colombiano que la enviarían a detener a varios cabecillas guerrilleros en una reunión de Saravena. Entonces, varios de los soldados colombianos realizaron llamadas con sus móviles. Cuando la unidad llegó al objetivo, se encontró las mesas y las sillas montadas para la reunión, pero no había nadie. Los guerrilleros, es de creer que puestos sobre aviso de la redada, habían huido.

«Le hemos dicho a los colombianos —explicó Ferguson, a todas luces exasperado—, que no vamos a llegar a ninguna parte en esta guerra, por mucho que adiestremos a sus batallones contraguerrilleros, si no pueden ni siquiera confiscar los móviles de sus soldados rasos. Pero no lo han hecho.»

Pensé en lo que me había contado el agente de información en Arauca: la dura retórica antiguerrilla de Uribe tenía poco seguimiento sobre el terreno.

Al día siguiente observé la instrucción. El objetivo era representar una emboscada. Sin embargo, antes de conseguirlo había que establecer un perímetro de seguridad y un punto de retirada cerca del lugar de la emboscada.

El sargento Dave Ogle, de Spokane, Washington, estaba hundido hasta las rodillas en un zarzal tan enmarañado y denso que la visibilidad se limitaba a unos palmos de distancia. Los miembros del 30.º Batallón de Contraguerrilla del Ejército colombiano avanzaban en fila india por delante de él. Establecer un perímetro de seguridad de 360 grados es tarea fácil en un terreno despejado, pero en aquella espesura interminable exigía habilidad. Tras disponer a sus soldados colombianos en un círculo enorme, con cada hombre tumbado en el suelo con los pies hacia el centro y cubriendo unos veinte grados más o menos con su rifle, incapaz de verse entre ellos pero todos conscientes de dónde estaban los demás, Ogle les hizo practicar la búsqueda de un punto de reorganización para el objetivo, un lugar que estuviera «fuera del alcance de la vista, el oído y las pistolas de la zona designada como objetivo».^[28]

El plan era tender una emboscada a una camioneta en una carretera de tierra cercana. El día anterior, el Ejército colombiano había ejecutado su cometido sin problemas. Para esa ocasión, Ogle y el resto de los sargentos añadieron una sorpresa: había un boina verde escondido bajo una vieja manta en la parte de atrás de la camioneta. En cuanto los colombianos salieron de entre la maleza para rodear el vehículo, el boina verde disparó al jefe del escuadrón, que dejó caer su ametralladora M-60. Sin embargo, ninguno de los restantes colombianos asumió el mando ni tuvo la ocurrencia de recoger la M-60 del muerto.

«Tanto la asunción del mando como el arma murieron junto con el oficial —les recriminó después en español el sargento Ogle. Terminó con palabras de ánimo, sin embargo, y los clichés de rigor—. Haced todo lo que podáis. Haced lo correcto. Haced lo que se espera que hagáis.»

Él y el resto de los sargentos permanecieron en el exterior con los colombianos cuando más apretaba el calor bochornoso del mediodía. Al atardecer regresamos con paso pesado a los barracones, donde a la luz de los fluorescentes el sargento de primera clase, Javier Martínez, de Oxnard,

California, que había querido alistarse en el Ejército desde los seis años, me comentó que la maniobra más difícil de enseñar a los colombianos era la de cargar directamente contra una emboscada. «Asaltar directamente una línea de emboscada es antiintuitivo —explicó—. Exige mucha confianza en tu equipo y en tu oficial al mando. Sin embargo, la técnica se empleó con éxito en Vietnam. Puede encontrarse en el *Manual del ranger*.»^[29]

«Sí —respondió alguien—. Pero ¿cómo vamos a conseguir que esta gente nos crea si no se nos permite salir de patrulla con ellos contra las FARC y el ELN? Cada vez que salen para alguna operación sin nosotros, quedamos mal.» Sólo en caso de que los atacaran los boinas verdes podían quebrantar las reglas de enfrentamiento.

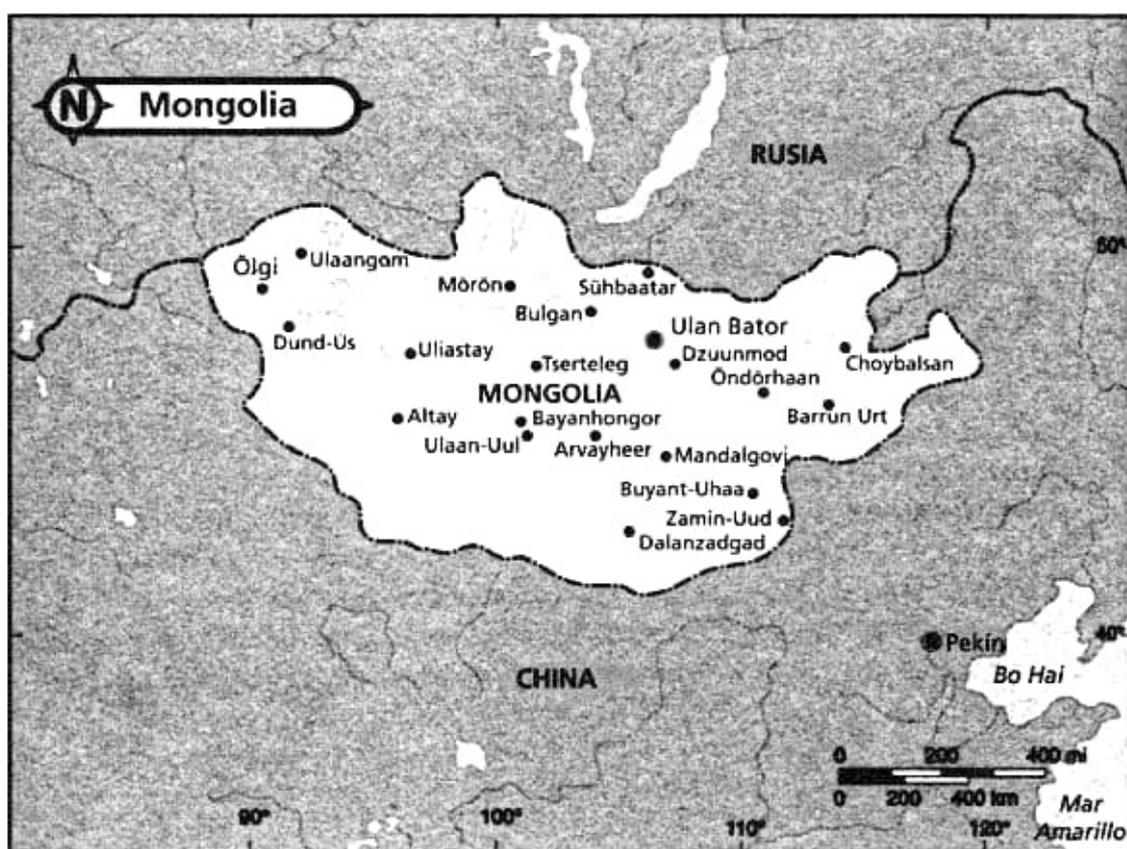
De repente oímos disparos. Volví la cabeza. El capitán Ferguson arrugó la frente y dijo: «No es más que prácticas de tiro en el campo. Ojalá tuviéramos esa suerte.»

Vigilar el mundo significaba fabricar un producto y dejarlo suelto, me había dicho el general de división Sid Shachnow allá en Carolina del Norte. El producto estaba fabricado de maravilla, pero en Colombia no lo habían dejado suelto. Los contratistas estadounidenses tomados como rehenes de aquel avión caído en el sur de Colombia seguían cautivos dos años después, una situación que podría haberse evitado si los dos equipos A hubieran obtenido permiso para desplegarse en el lugar del siniestro veinticuatro horas antes. Como en el Vietnam de principios de los 60, el efecto de las Fuerzas de Operaciones Especiales quedaba marrado por la poca voluntad de los políticos de utilizarlos con mayor eficacia como instrumento de control sobre el terreno.^[a13] Fue en parte por ese apocamiento por lo que a la Administración Johnson no le quedó otro remedio que provocar una escalada de la guerra de Vietnam con tropas convencionales, si no quería retirarse por completo.

En Colombia, sin embargo, a medida que pasaban los meses, se dieron varios pasos adelante. El presidente Uribe retomó zonas rebeldes, gracias a la instrucción proporcionada por los boinas verdes. El nivel de violencia se redujo un poco, y Uribe, que no había perdido nada de su coraje político, siguió adelante hasta convertirse en el líder más popular de la historia colombiana moderna. El progreso imperial era lento e imperceptible. No podía medirse por ciclos de noticias, y siempre estaba sometido a reveses.

El problema para las Fuerzas Armadas de Estados Unidos, aun en el plano táctico de la infantería, era que sus capacidades eran sencillamente demasiado potentes para la contenida diplomacia nacida de una era de intrusión de los medios de comunicación. En consecuencia, el desafío era pasar desapercibido. En el siguiente lugar al que fui, presencié lo que podía hacer un hombre cuando se le concedía libertad absoluta y nadie miraba.

Mongolia



PACOM

MONGOLIA, PRIMAVERA DE 2003

Con notas sobre Macedonia, Bosnia y Tayikistán

Mongolia era una sonda para juzgar las futuras intenciones chinas [...]. El coronel Wilhelm estaba decidido a convertir a los descendientes de Gengis Jan en los «gurjas pacificadores» del Imperio estadounidense.

A principios de la primavera de 2003, un contingente dirigido por los estadounidenses y encabezado por la Primera Fuerza Expedicionaria de Marines (I MEF) y las divisiones 3.^a de Infantería y 101.^a Aerotransportada capturó Bagdad, tras cubrir a toda velocidad desde Kuwait 560 kilómetros de desierto mesopotámico hostil hasta la capital iraquí y tomarla, además de otras ciudades por el camino, y lo hizo con mayor rapidez y eficacia que las divisiones Panzer alemanas en Rusia en 1941 y las Fuerzas de Defensa israelíes que cruzaron el Sinaí en 1967. Como la guerra convencional permitía dar lo mejor de sí a los mandamases del Pentágono, superaron las hazañas bélicas de Jenofonte en Cunaxa en el 401 a. C. y de Alejandro Magno en Gaugamela en el 331 a. C., dos puntos que figuraban en la ruta de la invasión. La campaña de tres semanas y media quedaría extensamente documentada por centenares de periodistas empotrados en las divisiones de Marines y del Ejército de Tierra.^[a1]

Sin embargo, mientras la opinión pública de la época identificaba el Imperio estadounidense con una fuerza expedicionaria de varios centenares de miles de soldados en Irak, las más de las veces ese imperio lo creaban y mantenían en el resto del mundo unos pocos individuos desperdigados.

Mongolia, que no por desconocida resultaba menos importante, era el mejor ejemplo.

Mientras la I MEF y el 3.º de Infantería, con la ayuda de las Fuerzas de Operaciones Especiales, trataban de consolidar su control sobre Irak tras el derrumbe del régimen despótico de Sadam Husein, un suceso de menor importancia pasó desapercibido. Un contingente de 175 soldados mongoles trazaba planes para desplegarse en Irak y asistir a las tropas estadounidenses en la vigilancia de ese país conquistado. Constituía la primera entrada de tropas mongolas en Mesopotamia desde 1258, cuando Hulagu Jan, nieto de Gengis Jan, exterminó a la mayor parte de la población de Bagdad, capital del califato abasí.

Hulagu también destruyó el sistema de irrigación, con lo que redujo Mesopotamia a una condición de pantano palúdico de la que nunca llegó a recuperarse del todo. Tamerlán, otro turco-mongol, la reconquistó en 1400. A continuación Mesopotamia se convirtió en un campo de batalla para los turcos suníes y los persas chiíes, que los primeros a la larga consolidaron como región atrasada y de segunda del Imperio otomano. El derrumbe del sultanato otomano al final de la Primera Guerra Mundial condujo a un Estado de creación británica que juntaba a los kurdos con los árabes suníes y chiíes. Tras la partida de los británicos, un dirigente iraquí derrocaba por medios violentos a otro. Sólo los más implacables de los dictadores podían contener las pasiones sectarias de Irak; de ahí, Sadam.

La llegada a Mesopotamia del imperio mundial liberal estadounidense fue un intento de invertir aquel triste patrón histórico. La mejor demostración de que Estados Unidos en verdad constituía un imperio mundial era la inclusión en él de la remota Mongolia. «Mongolia es un país inmenso, completamente rodeado por dos imperios antiamericanos, Rusia y China —me dijo S. Galsanjants, miembro del Consejo de Seguridad Nacional de Mongolia—. Se trata en consecuencia de un símbolo del tipo de independencia que Estados Unidos quiere fomentar en el mundo.»

Antes de ver cómo un hombre bueno fomentaba esa independencia, es necesario ilustrar el escenario con algo de historia.

Durante casi un milenio, desde antes de la caída de Roma hasta los albores del Renacimiento, el Asia interior —y Mongolia en particular— fue la fuente de gran parte de la destrucción y los cambios trascendentales que se abatieron sobre Europa y Oriente Próximo. Saliendo en tropel de una estepa

desolada, tendente a temperaturas extremas y encajonada por el Altai, el Parir y otras cordilleras, los nómadas turco-mongoles descendían de manera recurrente sobre los pueblos sedentarios que se extendían al sur y el oeste. Entre los siglos IV y XII, hunos, avaros y magiares, además de jázaros, pechenegos y turcos cumanos recorrieron todos caminos parecidos desde el Asia central-septentrional hasta el sur de Rusia, la Gran Llanura húngara y los Balcanes.^[1] También China, que se extiende al sudeste de Mongolia, padeció las ofensivas en tromba. La Gran Muralla era menos una defensa contra los hombres que contra los caballos, sin los cuales los nómadas eran impotentes.^[2]

Sin embargo, los bárbaros de la meseta interior asiática eran astutos y suscribían pactos con una facción china contra otra, o hacían causa común con un pretendiente exiliado. En su obra definitiva, *El imperio de las estepas: una historia de Asia central*, el estudioso francés René Grousset escribe que «los periódicos descensos de las hordas de la estepa [...] se convirtieron en una de las leyes geográficas de la historia».^[3]

Existía también una ley opuesta, que provocaba la «lenta absorción de los invasores nómadas por parte de las antiguas tierras civilizadas».^[4] A saber: el Imperio mongol del norte de la India, con su sensual fusión de arquitectura turco-persa, fue la consecuencia de unos hormigueros estacionarios de civilización vigorizados, más que asolados, por los nómadas de las estepas, fundado como Imperio mongol por Muhammad Babur, un rey de principios del siglo XVI descendiente de Tamerlán. La historia de Eurasia siempre ha sido determinada por migraciones a gran escala. Y eso era algo que Estados Unidos debía tener presente, dado que, como masa de tierra más grande del planeta, Eurasia seguía siendo el corazón de la geopolítica.

De todas las hordas turcas y prototurcas que surgieron del altiplano del Asia central-septentrional, la más notable procedía del norte del desierto del Gobi: los mongoles del siglo XIII encabezados por Gengis Jan, quien, como escribe Grousset, «integró la estepa [...] y se convirtió en la estepa encarnada, desde Pekín hasta Kiev».^[5] Fue Gengis —el «Gran Jan» y «Señor de la Tierra»— quien sustituyó las unidades de batalla basadas en los clanes por escuadrones mixtos de diez, lo cual dio lugar a una caballería monolítica que atravesaba las líneas tribales y representaba a todos los pueblos del Asia central.^[6]

Tras su elección imperial en 1206, Gengis (una dicción de corte persa, en realidad; los mongoles lo llaman «Chingis») precisó tan sólo veinte años para unificar la estepa y emprender su conquista de las sedentarias China e Irán.

Para mediados del siglo XIII, los escuadrones conquistadores de sus descendientes cubrirían 90 grados de longitud a lo largo de la franja asiática, un cuarto de la circunferencia de la Tierra.^[7]

Las descripciones que hacen de los mongoles del siglo XIII los analistas chinos y el viajero medieval francés Guillermo de Rubruquis son, en realidad, asombrosamente parecidas a las de los hunos del siglo IV escritas por el historiador romano Amiano Marcelino: eran bajos y robustos, con la cara ancha, la piel como el cuero, el pelo moreno y liso, la nariz plana y los ojos como finas ranuras. Es posible que la historia no recoja nada más terrorífico que la visión de una caballería mongola, en todo su hedor y fealdad, circundando el horizonte y avanzando «al trote en un silencio sobrecogedor», antes de cargar con «diabólicos gritos y aullidos».^[8] Tuluy Jan, el más brutal de los hijos de Gengis, mató en 1221 varias veces más personas en Merv, en Turquestán, con hachas y espadas, que los 225 000 muertos en Hiroshima y Nagasaki.^[9] Esta máquina bélica mongola exterminó hasta un 30 por ciento de la población del Asia central y las regiones adyacentes.

Aun así, la gran civilización del norte de la India nunca habría visto la luz sin esas incursiones turco-mongolas. Fueron los mongoles quienes unificaron Catay y Mangi, los imperios septentrional y meridional de China, respectivamente. Kublai Jan, otro de los nietos de Gengis, fundó la dinastía Yuan de China, con Pekín como capital. En 1267 empezó a construir un nuevo complejo de palacios al nordeste de Pekín conocido como la «Ciudad del Jan», Janbalig, el Cambuluc de los viajeros occidentales a la corte de Kublai, cuyo esplendor celebró Marco Polo.

El historiador inglés de finales del XVIII Edward Gibbon, que consideraba a esas hordas centroasiáticas los «autores remotos de la caída del Imperio romano», escribe así en defensa de los mongoles:

Los inquisidores católicos de Europa, que defendieron paparruchas por medio de la crueldad, podrían haber sido confundidos por el ejemplo de un bárbaro, que se adelantó a las lecciones de la filosofía y estableció por sus leyes un sistema de puro teísmo y perfecta tolerancia.^[10]

Bajo el reinado de Kublai Jan en China, prosigue Gibbon, «se restauraron las letras, el comercio, la paz y la justicia» y «se inauguró el gran canal de 800 kilómetros».^[11] El janato chino de Kublai no duró más de un siglo, sin embargo, ya que los mongoles perdieron su viejo vigor nómada y se dejaron llevar por la decadencia de la vida sedentaria. A continuación fueron derrocados por sus súbditos chinos, aunque los ocupantes de las estepas

hubieran revitalizado su civilización. «Conquistar un país a caballo es fácil —había dicho Gengis, previendo el problema de China—, desmontar y construir una nación es difícil.»^[12] Era algo que Estados Unidos aprendería en Irak ochocientos años después.

Tras las conquistas de Gengis, el proceso de desmontar y construir naciones lo inició en realidad Ogodai Jan, el más inteligente de sus vástagos. Ogodai, que remató la conquista mongola del norte de China, Irán y el sur de Rusia, se asentó en la ciudad de Karakorum, en el centro de la actual Mongolia (la región donde los hsiung-nu, o hunos de la Antigüedad, tenían su capital), y en 1235 la rodeó con una muralla defensiva.^[13] Gibbon observa que «el desplazamiento de una tienda de campaña a una casa [...] conlleva un cambio de costumbres».^[14] En Karakorum, la estéril inmensidad de la meseta y el bosque se vio dulcificada por la pintura, la escultura, los trabajos en plata y las mezquitas e iglesias nestorianas de los viajeros extranjeros.

Karakorum fue visitado por el franciscano Guillermo de Rubruquis, partido de Constantinopla en mayo de 1253 en misión de Luis IV de Francia (San Luis) ante Mongka Jan, otro más de los nietos de Gengis, que se había convertido a la fe nestoriana y había transformado el imperio de su abuelo en un Estado burocrático funcional. Hacia mediados de verano, Rubruquis había viajado al este desde el mar Negro y Crimea, hasta penetrar en el corazón del territorio imperial mongol por su confín occidental en el Kazajstán de la actualidad. A finales de otoño había bordeado el Iago Baljash y cruzado a la China noroccidental y después a Mongolia en sí. Al llegar al *ordu* (tienda-palacio) de Mongka Jan, Rubruquis obtuvo audiencia con el soberano el 4 de enero de 1254. En su crónica, escribe:

Cuando el fieltro que tapaba la puerta se alzó, entramos, cantando [...]. Todas las paredes estaban cubiertas de telas de oro. En el centro había un brasero en el que ardía un fuego de espinos, raíces de ajeno y estiércol de ganado. El gran jan estaba sentado en una camita, ataviado con vestiduras de ricas pieles que resplandecían como la piel de una foca. Era un hombre de estatura mediana y unos cuarenta y cinco años, con la nariz algo chata. El jan ordenó que nos sirvieran *cerasine*, hecho de arroz, tan claro y dulce como el vino blanco. Después hizo que le llevaran muchas aves de presa, que posó sobre su puño y observó con atención durante un tiempo. Después nos ordenó que habláramos. Tenía a un nestoriano como intérprete.^[15]

Karakorum, a la que Rubruquis llegaría el siguiente abril, y donde se encontraría con un orfebre parisino, representó, junto con el Cambuluc de Kublai Jan, la cúspide de la civilización mongola medieval, cuando el imperio fundado por Gengis se extendía desde Hungría a Corea, y por el sur hasta el golfo Pérsico y Vietnam: el imperio terrestre más extenso de la historia.

Más adelante el Imperio mongol se descompuso hasta el extremo de que la propia patria mongola se disgregó a causa del tribalismo. Para el final del siglo XVII fue incorporado a la China manchú. Allí languideció Mongolia hasta los seísmos políticos de principios del siglo XX: el derrumbe de la dinastía Qing de los manchúes en 1911 y la Revolución bolchevique de 1917 que despedazó la Rusia imperial.

El debilitamiento de la autoridad central tanto en Pekín como en San Petersburgo llevó a que Mongolia Exterior declarara su independencia, a pesar de que la Mongolia Interior del sur siguiera formando parte de China. Sería en la Mongolia Interior de la década siguiente donde el célebre explorador y sinólogo estadounidense Owen Lattimore, en palabras de su hijo, David, experimentó «una especie de epifanía».^[16] Al ver una caravana de camellos desfilar en paralelo a una vía de tren, Lattimore escribió:

Allí estaban las cargas, entre las hileras de camellos y las de vagones de tren: una distancia de dos pasos, quizá cuatro, que sorteaba una sima de dos mil años, entre los tiempos en que las caravanas habían surcado de un lado a otro las distancias ignotas que separaban el Imperio Han del Imperio romano, y la era del vapor, que destruía el pasado y abría el futuro.^[17]

En la Mongolia Exterior, el futuro con propulsión a vapor ya había provocado un torbellino político. En primer lugar, los chinos intentaron reclamarla. Después, en 1921, llegó el *Barón Loco*, Román Nicolaus Fiodorovich von Ungern-Sternberg, un soldado-barón báltico de treinta y cuatro años, convertido al budismo y alcohólico paranoico. Von Ungern-Sternberg, que con su pelo rubio enmarañado y su expresión de agotamiento parecía una figura de icono bizantino, se creía la reencarnación de Gengis Jan regresada a la Tierra para recrear la Gran Mongolia.

El variopinto ejército de cosacos, guardias blancos zaristas, prisioneros de guerra austro-húngaros y otros criminales de guerra del Barón Loco saqueó Urga, la capital de Mongolia Exterior, después de expulsar a los chinos. Él y sus tropas violaron en masa a las mujeres hasta matarlas, asaron vivas a personas en hornos y en calderas de locomotoras, alimentaron a los lobos con

oriundos chinos y desnudaron a los judíos en el frío atroz y mutilaron a sus hijos, entre otras atrocidades bien documentadas.^[18]

Aun así, al expulsar a los chinos de Mongolia Exterior, el Barón Loco abrió la puerta sin querer al Ejército Rojo de Lenin. Aunque hizo voto de erigir una «avenida de horcas» desde Urga hasta Moscú, en las que «colgarían bolcheviques y judíos por igual», los bolcheviques lo capturaron y más tarde lo ejecutaron en 1921 en el proceso de fundación de la República Popular de Mongolia.^[19] Así, Urga pasó a conocerse como Ulan Bator, «Héroe Rojo». Durante las siete décadas posteriores, Mongolia languideció en el limbo de un satélite soviético, el segundo país del mundo después de la propia Rusia en volverse comunista.

Fue en el turbulento periodo de 1922 a 1930, una época en la que los soviéticos todavía se estaban asentando en Mongolia —cuando el Gobi era todavía accesible para los estadounidenses— cuando Roy Chapman Andrews del Museo de Historia Natural de Nueva York realizó diversas expediciones a la zona, rebuscando fósiles de dinosaurios en el desierto. Chapman Andrews era un cazador de caza mayor y erudito-aventurero carismático y exuberante que descubrió el primer esqueleto de *Velociraptor*, el dinosaurio estrella de la película *Parque Jurásico*, de Steven Spielberg. Chapman Andrews se convertiría más adelante en el prototipo del explorador-arqueólogo de ficción Indiana Jones en las películas de George Lucas.^[20]

Tres cuartos de siglo más tarde, después de que se disolviera una vez más la autoridad central en Rusia dentro de la disolución de la Unión Soviética, pese a que China seguía resurgiendo como gran potencia, se destinó a Mongolia a un oficial del Ejército de Estados Unidos del estilo de Roy Chapman Andrews para convertirla en aliada militar de su país. El envío de ese estadounidense en particular se produjo con el siguiente telón de fondo:

Mongolia, con una de las densidades de población más bajas del mundo, estaba amenazada por la última de las grandes migraciones históricas de Eurasia: la de una civilización china urbana decidida a desplazarse hacia el norte. Los chinos ansiaban el petróleo, el carbón, el uranio y las praderas vacías de su antigua posesión manchú. Dado que esa China resurgente ya había absorbido el Tíbet, Macao y Hong Kong en su espacio continental, Mongolia, que sobre el mapa parecía un gran pedazo de territorio arrancado a China de un mordisco, se estaba convirtiendo a marchas forzadas en una sonda para juzgar las futuras intenciones de los chinos.

Consciente del cerco geográfico a Mongolia por Rusia en el norte y China en el sur, este y oeste, el secretario de Estado norteamericano James Baker III

había dicho a las claras a los mongoles durante una visita en julio de 1991 que consideraran a Estados Unidos «vuestro tercer vecino». Sin embargo, esa valiente visión languideció durante una década, hasta la llegada del teniente coronel del Ejército regular Thomas Parker Wilhelm.

El teniente coronel Wilhelm estaba decidido a convertir a los descendientes de Gengis Jan en los «gurjas pacificadores» del Imperio estadounidense. Era una metáfora bien traída. Los gurjas, tribus guerreras de Nepal que se ganaron el respeto de los británicos por su dureza y adaptabilidad, eran en un principio de origen mongol.^[21]

De estatura media y constitución recia de boca de incendios, Tom Wilhelm era un bote de energía en perpetua explosión. Su actitud briosa y su voz animada transmitían «listos, apunten, fuego» en cada frase. Caminaba rápido y su discurrir era más veloz todavía. En ambos casos, me costaba seguir su ritmo. Con él todo era una serie de signos de exclamación. Sus ojos, bajo el pelo corto y moreno con incipientes entradas, se bebían literalmente el paisaje del Gobi. Citaba de memoria los poemas de aventuras y ansias de mundo de Robert Service. En los e-mails que me envió antes de mi llegada a Mongolia, se enfrascaba en la historia de Asia central y el viajero medieval Guillermo de Rubriquis antes de terminar sus mensajes con «¡VIVA EL EJÉRCITO DE TIERRA, ABAJO LA MARINA! SALUDOS DE LA ESTEPA, TOM».

Wilhelm tenía una risa de loco. En su despacho de la Embajada estadounidense de Ulan Bator guardaba dos sillas de montar y una tienda de campaña. Cazaba. Pescaba. Poseía una motocicleta de época con sidecar de la Segunda Guerra Mundial. Viajaba con un frasco de tabasco marca McIlhenny que utilizaba con liberalidad. Lo recuerdo echándose al colete pimientos verdes picantes en un puesto fronterizo de Mongolia mientras cantaba las alabanzas de las radios manuales tácticas Harris de la serie Falcon-II a un coronel mongol. «Son las mejores radios del mundo, le durarán toda la vida, le encantarán», decía. «Tom Wilhelm —me había advertido un amigo suyo en Washington— es lo que pasó cuando Huckleberry Finn se hizo mayor.»

Como en el caso de otros oficiales y suboficiales estadounidenses que había conocido, para Tom Wilhelm la misión lo era todo. No asumir riesgos burocráticos —o enmascarar la verdad con miras a un beneficio diplomático o de carrera— era a sus ojos impropio de un hombre, el peor de los delitos. «Yo soy el tío que reventó el programa medioambiental del DoD [Departamento de Defensa] para Mongolia, porque era impracticable y no veía qué

sacábamos nosotros de él —me dijo en cuanto nos encontramos en Ulan Bator, justo después de que lo ascendieran a coronel de águila entera—. Reventar el programa medioambiental fue el primer paso de la política que pondría a esos pacificadores mongoles en el camino de baldosas amarillas hacia Bagdad.»

Cuando Wilhelm había llegado a Mongolia en 2001, no existía un plan para las relaciones de defensa, sino tan sólo un batiburrillo de programas de ayuda y adiestramiento inconexos a los que no se había asignado personal en detalle ni en Washington ni en Ulan Bator. Tampoco el Ejército mongol poscomunista poseía una visión realista de su futuro. Quería unas fuerzas aéreas modernas, pero no estaba claro qué harían exactamente esas fuerzas aéreas, más aún si se tiene en cuenta que no había experiencia para mantener una flota de aviones de transporte o cazas a reacción.

Wilhelm, con el apoyo activo del embajador John Dinger (como en Colombia, se trataba de otro ejemplo de colaboración entre agencias), puso en práctica una estrategia de «tres pilares» para Mongolia y convenció al Ejército mongol para que la suscribiera:

- Asegurar las fronteras de Mongolia no contra una amenaza militar convencional de China, que era una tarea imposible, sino contra incursiones fronterizas ilegales, que incluían la emigración china y el terrorismo transnacional (por ejemplo, los uigures túrquicos del oeste de China). Con la ayuda de la mafia chechena y Al Qaeda, los oprimidos uigures representaban el concebible futuro del terrorismo en Asia central.
- Preparar al Ejército mongol para que desempeñara un papel activo en las fuerzas de paz internacionales, para elevar su perfil en los foros globales y así concederle protección diplomática de sus grandes y rapaces vecinos. El previsto envío de tropas mongolas al Irak post-Sadam provocó estridentes gritos de irritación de Rusia y de China, que se habían opuesto a la invasión estadounidense. Sin embargo, era la base de este pilar.
- Mejorar la capacidad de Mongolia para responder a los desastres internos.

Para lograr esos objetivos, Wilhelm rescató varios programas de ayuda existentes y añadió otros nuevos que apoyaran los tres pilares, como un proyecto dental humanitario en una zona clave de la frontera con China. Incluso como teniente coronel, Tom Wilhelm era un responsable político con otro nombre.

Sin embargo, existía otro motivo para mi viaje a Mongolia para conocer a Wilhelm.

Tom Wilhelm —conocido como «el malvado señor Tom» por los señores de la guerra de Bosnia y «Aga Tom» por los aficionados de la guerra civil en Tayikistán— había presenciado el caótico desplome del comunismo en Eurasia sobre el terreno en varios teatros de operaciones, donde su presencia misma indicaba el consiguiente ascenso del poder estadounidense. Con un ruso fluido, era el experto regional por antonomasia del antiguo Imperio soviético y sus zonas de sombra, desde Yugoslavia hasta Mongolia.

Ulan Bator, donde nos conocimos Wilhelm y yo, era un compuesto de diversas capitales ex comunistas que había visto en los Balcanes, el Cáucaso y Asia central, con un toque añadido de escalofriante inhospitalidad a la Anatolia. Dominada por el cemento gris y la tierra marrón, apenas presentaba un árbol a la vista. Las fincas de pisos parecían penitenciarías. El hedor a lignito duraba hasta bien entrada la primavera. Los yaks comían hierbajos en los aparcamientos cubiertos de basura de las afueras de la ciudad, mientras que la gente habitaba en tradicionales *gers* (tiendas de campaña circulares de fieltro). Las cañerías de servicios subterráneas cobijaban a los sin hogar, y los contenedores de mercancías hacían las veces de quioscos. A causa de la epidemia de SRAG, la gente se paseaba con mascarillas blancas sobre la boca y la nariz, lo que añadía un elemento extraño y futurista al paisaje urbano.^[a2]

Ulan Bator no tenía nada que ver con la ciudad fundada a mediados del siglo XVII como enclave comercial en la encrucijada de varias rutas de caravanas y conocida como Urga. Roy Chapman Andrews, al observar a los mongoles montados a caballo codeándose con jinetes de camello de Turquestán por las polvorientas calles de Urga, la comparó con «un puesto fronterizo estadounidense de avanzada en los tiempos de la guerra contra los indios».^[22]

La analogía con los indios norteamericanos le iba pintiparada a Mongolia, pues los indios de las llanuras eran descendientes de los mismos pueblos que habían emigrado desde esa parte del Asia central-septentrional a Norteamérica a través del estrecho de Bering. El general Joseph Stilwell, oficial estadounidense al mando de las tropas en China durante la Segunda Guerra Mundial, observó que los «recios, sucios y encallecidos» mongoles tenían todos «la cara como Toro Sentado».^[23] Las largas canciones tradicionales mongolas recordaban a los cánticos de los sioux y los apaches.

Para acentuar la cosa estaban los sombreros de vaquero que los mongoles llevaban junto con sus vestiduras tradicionales. Como no paraba de decir Wilhelm, «Mongolia es auténtico Territorio Indio».

El romanticismo no se quedaba ahí. Ulan Bator fue en un tiempo la Ciudad Sagrada del Buda Viviente. Las lamaserías budistas de Gandantegchinlen Jiid y Daschoilon Jiid, revividas desde la caída del comunismo, eran mundos cavernosos, en un crepúsculo rojo de hojas doradas, llenos de cánticos, monjes de túnicas color azafrán y rodillos de oración metálicos tallados. Había esculturas de terroríficas deidades sirvientes en maltrechos estuches de madera santificados por el polvo que traían a la mente unas fotos ajadas en blanco y negro en una librería de viejo. La estatua dorada de Buda de veintidós metros de Gandantegchinlen Jiid, construida para sustituir a la destruida por los comunistas, era un sonoro y alegre espíritu de belleza y maravilla. Se trataba de un bienvenido contraste respecto de la estepa gris y pelada, los bloques de pisos y las estatuas de mandamases comunistas locales que curiosamente no se habían derribado y ante las que la gente pasaba en silencio.

La Embajada estadounidense en Ulan Bator era diferente de las de Sanaa y Bogotá. Se trataba de un edificio pequeño, con una seguridad menos imponente, más apropiada al nivel de peligro estimado. Mongolia había estado bajo la bota soviética durante setenta años, una generación más que los estados satélites de Europa del Este, de modo que la opinión pública era especialmente proestadounidense. No hubo manifestaciones contra la guerra con motivo de la invasión de Irak. De las paredes de los pasillos de la embajada colgaban espléndidas fotografías antiguas de las expediciones de Chapman Andrews en el Gobi durante la década de 1920, con las Barras y Estrellas ondeando con la brisa sobre camiones Fulton.

El recién ascendido coronel Tom Wilhelm me recibió vestido con traje gris, camisa blanca, corbata y tirantes. Entre sus trabajos estaban los de agregado de Defensa, jefe de la Oficina de Cooperación de Defensa y enlace con el Mando del Pacífico. En la práctica, se trataba de un FAO (experto en zona extranjera), parte de un cuadro de expertos en culturas locales de las Fuerzas Armadas estadounidenses que combinaban el papel de soldado y diplomático.

La mañana en la que llegué, el coronel Wilhelm andaba enfrascado en una serie de tareas. Tenía que dar las gracias en persona a los padres de un marine

de Estados Unidos nacido en Mongolia que combatía en Basora, Irak, y planificar la visita a Washington del jefe de las Fuerzas Armadas mongolas, el general de división Tsevegsuran Togoo, y la visita de catorce generales de brigada estadounidenses a Mongolia. También se esperaba la llegada del oficial al mando de la Tercera Fuerza Expedicionaria de Marines, el teniente general Wallace Gregson. Esa última visita era la más importante. Si se llegara a producir alguna vez una invasión terrestre de Asia, por la península de Corea por ejemplo, la III MEF desempeñaría un papel igual de destacado que el de la I MEF en Irak.

La mayor parte del adiestramiento militar y la ayuda extranjera que recibía Mongolia procedía de Estados Unidos, y Wilhelm no era sino uno de los tres agregados militares que trabajaban en el país a jornada completa. Los otros dos eran un chino y un ruso, que rara vez abandonaban la capital. A los estadounidenses los incomodaba la idea del imperio, aunque la responsabilidad recayera sobre sus hombros en lugares como aquél.

«Preferí venir aquí en vez de trabajar en el JSTAFF [Estado Mayor Conjunto] porque en Mongolia sabía que podía marcar la diferencia —me contó Wilhelm mientras hacíamos las maletas para un viaje de nueve días a lo largo de la frontera chino-mongola—. Los mongoles son el único pueblo optimista del Asia central postsoviética —prosiguió—. En los “istanes” son todos unos cínicos.»

Los «istanes» —Turkmenistán, Uzbekistán, etc.— eran una colección de disfuncionales dictaduras unipersonales en las que unos hombres del comité central de los tiempos de Brezhnev se comportaban como janes medievales, en busca de un pasado glorioso que les era esquivo a causa de las fronteras artificiales trazadas por Stalin, que habían dado como resultado unas poblaciones enfrentadas según su etnia. En Mongolia, que por contraste era un lugar con pocas tensiones étnicas, el más grande de los janes verdaderos, Gengis, había renacido como héroe nacional unificador tras el derrumbe soviético. Gengis, a diferencia de Hitler o Stalin, no estaba lastrado por ninguna ideología racista o utópica. Se trataba, sin más, de un conquistador, si bien entre los más sanguinarios de la historia, de modo que transcurridos los siglos suficientes podía metamorfosearse en un signo útil y benigno.

Los soviéticos detestaban el legado de los mongoles de Gengis Jan del siglo XIII. Fueron sus destructoras ofensivas las que orientalizaron Rusia y le negaron la experiencia de la Ilustración europea. Puesto que los comunistas

habían prohibido cualquier muestra pública de veneración a Gengis, tras la caída de la Unión Soviética se convirtió al instante en una luminaria. Su semblante aparecía en alfombras, altares, monedas y botellas de vodka y cerveza. Como su presencia eclipsaba la de cualquier político en esa incipiente democracia, los disuadía a todos de intentar convertirse en peces gordos o dictadores; así se reforzaba allí la democracia.

Por ése y otros motivos, Mongolia parecía cargada de promesas. Tal era nuestro estado de ánimo mientras Wilhelm se ponía su gorra de béisbol, los tirantes y los pantalones al estilo de un montañero austríaco y se metía en un bolsillo un rosario oriental para que le diera suerte. A continuación guardó su BDU (uniforme utilitario de combate) en su macuto del Ejército, para ponérselo en futuras reuniones con oficiales mongoles en la frontera china.

Como cualquier buen político —pues eso es lo que era, en el fondo—, Wilhelm confiaba en una intensa sensibilidad a nivel del terreno para lo relativo al país en cuestión. Semejante sensibilidad a nivel del terreno no consistía en apretujar un elevado número de reuniones en un día o dos de viajes fuera de la capital. Las observaciones más perspicaces jamás podrían conseguirse con una gestión eficiente del tiempo. Los instintos sobre lugares como Mongolia —o Colombia o Yemen, dicho sea de paso— se refinaban, en realidad, perdiendo un montón de tiempo. Había que ser capaz de olvidarse de la capital y perderse en las estrambóticas y tediosas ineficacias del campo, con sus monótonos viajes y reuniones que a menudo no llevaban a ninguna parte, para adquirir una mejor comprensión de lo que se tenía entre manos. Eso era lo que Wilhelm pretendía conseguir con ese viaje, aunque nunca lo expresara con estas palabras.

La estación de tren de Ulan Bator era una mole neoclásica de hormigón que para ser del Tercer Mundo resultaba sorprendentemente tranquila y bien organizada. Nuestro tren de manufactura rusa apestaba a lignito porque una bella revisora, que llevaba mascarilla blanca contra el SRAG, ya tenía el fuego en marcha para el té. En el compartimento nos acompañaba el comandante Dabarch Altanjuu (Sol Dorado), nuestro traductor. Los mongoles, como los indios norteamericanos, tenían nombres inspirados en la naturaleza. El comandante Altanjuu, vestido con vaqueros y una camisa de trabajo, era un oficial joven, robusto y pulcro que había aprendido inglés en el Instituto de Idiomas de Defensa de San Antonio, Texas.

A medida que el tren salía de Ulan Bator, Wilhelm, que lucía una sonrisilla de niño pequeño, declaró: «Me chifla viajar en tren.» Como era hora de cenar, sacó de su mochila una botella de vino tinto, caviar ruso negro,

huevos pasados por agua, queso y pepinillos en vinagre, y nos dimos un banquete. Después sometió al comandante Altanjuu a un tercer grado sobre los personajes prometedores de las Fuerzas Armadas mongolas. Contemplé por la ventana las crestas marrón corteza teñidas de tungsteno y veteadas de nieve que se extendían más allá de las últimas chatarrerías de Ulan Bator.

Mongolia constituía un inmenso y espectacular vacío: Marte pero con oxígeno para respirar. Apenas 2,5 millones de personas vivían en aquel país dos veces y cuarto más grande que Texas, y cerca de un millón de ellas habitaba en la capital. Para Peter Fleming, el más intrépido de los viajeros ingleses de principios del siglo XX, Mongolia era una meseta desolada de «pequeños caballos y grandes heladas».^[24] Allí la geología importaba más que la civilización. Desplegándose ante mis ojos como una serpiente había una estepa de colinas descarnadas e inhóspitas. No había ni un árbol ni un atisbo de matorral a la vista, ni siquiera un *ger*. Una de las hermosas revisoras nos llevó té.

Situado en las profundidades interiores del Asia central-oriental, Mongolia está dominada por una «meseta semejante a una cuenca», gran parte de la cual se encuentra de mil a mil quinientos metros por encima del nivel del mar.^[25] Al norte se yerguen las cordilleras de Jangai y Altai, que superan los cuatro mil metros. El clima se cuenta entre los más extremos del mundo, con temperaturas que en Ulan Bator oscilan entre los cuarenta grados en verano y los cuarenta bajo cero en invierno. «Era un país desolado —escribe Roy Chapman Andrews—, porque cada ola de ese inmenso mar de tierra estaba cortada y rasgada por los cuchillos del viento, el hielo y la lluvia, y yacía en una masa caótica de heridas abiertas: cañones, barrancos y desfiladeros, pintados con los colores del arco iris, que se entrecruzaban y entrecortaban en ángulos fantásticos hasta donde alcanzaba la vista.»^[26]

La Mongolia actual, la antigua Mongolia Exterior, tiene la forma alargada de una piel de cordero. Avanzábamos rumbo al sudeste —y bajando— desde Ulan Bator, hacia las tierras bajas más cálidas del desierto del Gobi, hasta la lejana Zamin-Uud, en la frontera china, que se encontraba cerca de donde Marco Polo había pasado en su travesía hacia China en el siglo XIII.

Durante gran parte de su historia, la abrumadora mayoría de los habitantes de Mongolia habían sido ganaderos nómadas. La tribu jalka constituía la mayoría en un mosaico étnico que incluía kazajos, uzbekos, buriats y torgots. Los chinos empezaron a colonizar la zona a principios del siglo XVIII por orden de los emperadores manchúes. La actual hostilidad entre mongoles y chinos se remonta a aquella época. Mientras el mongol se encontraba a sus

anchas a grupas de su poni, el chino se infiltraba por medio de la agricultura. Como escribe Chapman Andrews:

La Gran Muralla se construyó para mantener fuera a los mongoles, y por lo mismo tendría que haber mantenido a los chinos dentro. Sin embargo, el ondulado mar de hierba de la inmensa meseta era una tentación demasiado poderosa para el granjero chino. Espoleado por su propio Gobierno, que conoce a la perfección el valor de semejante penetración pacífica, adelanta la línea del cultivo una docena de kilómetros o así todos los años.^[27]

Al anochecer vimos una imagen definitoria del espíritu nómada de Mongolia: al galope por la estepa dura y abrasada avanzaba a la par que el tren un jinete solitario, erguido en su silla de madera sin acolchar y con un gorro de piel puntiagudo. «Es como las Grandes Llanuras de hace ciento cincuenta años», exclamó Wilhelm. Después de dos años su entusiasmo no se había apagado. Cuando la oscuridad redujo el mundo al traqueteo del tren, empezó a contarme la historia de su vida.

Tom Wilhelm nació en 1959 en Evansville, Indiana. Su padre trabajaba para Martin Marietta, una contrata de Defensa. Su trabajo lo llevó a Orlando, Florida, al poco de que Tom naciera. «Me crié en Orlando, a.R., antes del Ratón —dijo, en referencia a Disney World—. Por aquel entonces era un pueblecillo tranquilo, con un montón de veteranos que siempre hablaban de la Segunda Guerra Mundial. El Ejército era una parte importante de nuestras vidas. Yo era nadador de espalda de talla nacional, delegado de clase y sacaba buenas notas. Ya sabes —prosiguió algo avergonzado—, el típico chico con las cosas claras, y entré en West Point. Al llegar allí descubrí que era un don nadie.

»El lema oficial de West Point es “Deber, Honor, País”, pero el mantra de cada día es “¡Tienes que hacerlo!”. Las asignaturas optativas de otras universidades allí son obligatorias. Recibes un programa completo de ingeniería, matemáticas, ciencias, historia, psicología, filosofía, lenguas extranjeras y otros cursos difíciles además del adiestramiento militar que no para en verano. En mi caso incluyó instrucción de paracaidismo y una escuela de guerra en la jungla en Panamá. Si cateas una mera asignatura, te dan la patada ese mismo día. Ni siquiera te dejan pasar la noche en tu habitación de la residencia. Desde luego, fue toda una experiencia, pero no duró nada. En

cuanto te nombran oficial pasas a ser un subteniente del Ejército de Estados Unidos como cualquier otro. La única información que consta en tu uniforme es el apellido, WILHELM. Nadie menciona jamás que haya estudiado en West Point. El Ejército odia a los elitistas.»

Después de West Point llegó algo más duro todavía: la Escuela de Rangers de Fort Benning, Georgia. Los rangers del Ejército se remontan a los rangers de Rogers que organizó en 1756 el comandante Robert Rogers, natural de New Hampshire, que reclutó nueve compañías de colonos americanos para luchar por los británicos en la guerra de los Siete Años. Rogers fue el primero en compendiar los métodos guerrilleros de combate de la frontera en una doctrina militar organizada, el núcleo del actual *Manual del ranger*.

«En la Escuela de Rangers descubres de lo que eres capaz —prosiguió Wilhelm—. Es donde te encuentras contigo mismo, despojado de ilusiones. Cuando subíamos corriendo una colina con el equipo completo nos seguía un autobús escolar, para recoger a los rezagados, a los que expulsaban en el acto sin darles tiempo siquiera para lavarse el sudor y el polvo. Atraviesas ríos caudalosos en invierno con la mochila llena, botas y el rifle. Desde entonces el *Manual del ranger* ha sido mi Biblia. En la infantería del Ejército de Tierra, sin esa insignia de los rangers en el uniforme, eres sospechoso.»

Tras convertirse en ranger del Ejército, Wilhelm fue designado jefe de pelotón de una unidad aérea de infantería de asalto de la 101.^a División Aerotransportada, destinada en Fort Campbell, Kentucky Era a principios de los 80, los últimos años, se demostraría, del viejo Ejército de la guerra de Vietnam. El robo y las drogas todavía campaban a sus anchas en los barracones. Insuflarle disciplina a los soldados era una parte importante de su trabajo. «Todo aquello estaba a punto de cambiar. Ya llegaré a eso.» En 1983 lo enviaron a la escuela de combate en helicóptero de Fort Rucker, Alabama, y después lo asignaron a la 172.^a Brigada de Infantería, con base en Fairbanks, Alaska.

Tras una temporada de piloto en medio de la nada, Wilhelm acabó al mando de una compañía de infantería ártica, patrullando las islas Aleutianas con exploradores esquimales y avistando de vez en cuando rastros de las unidades de SPETSNAZ (las Fuerzas Especiales soviéticas) que actuaban en sectores remotos de Alaska, un aspecto poco conocido de la guerra fría. Combatir en el Ártico exigía un conjunto único de habilidades de infantería. «Cuando la temperatura es de cuarenta bajo cero —explicó Wilhelm— no puedes permitirte sudar, porque en cuanto paras te conviertes en un polo.

Tienes que permanecer seco, aunque estés tirando de un trineo cargado de equipo. Por lo tanto, hay que planificarlo y ejecutarlo todo de manera mucho más metódica que en los climas templados. Fue el mejor trabajo de mi vida.» De todas formas, eso era lo que decía de todos los trabajos que había realizado en las Fuerzas Armadas.

En 1985 lo enviaron al Colegio de Mandos y Personal de las Fuerzas Terrestres Canadienses, en Kingston, Ontario, un bastión de tradición colonial británica donde había que ponerse corbata pasadas las seis y se recibía un portaservilletas particular en el comedor. «Se respiraba mucho espíritu. Todo era deliberado, meticuloso, con un sentido feroz de ética guerrera, a pesar de las pocas posibilidades que tenía Canadá de demostrarla. Nunca he trabajado tanto redactando órdenes operativas. Los canadienses ni parpadeaban; sólo pedían más detalles una y otra vez. Me enfado cuando alguien desprecia al Ejército canadiense.»

Más o menos por aquel entonces Wilhelm decidió convertirse en oficial de área extranjera (FAO) para la Unión Soviética y su entorno. En adelante sería un soldado-diplomático, una opción profesional arriesgada puesto que la principal misión del Ejército regular era combatir guerras, no la diplomacia. Lo siguiente fueron, en rápida sucesión, una inmersión total de ruso en el Instituto de Idiomas del Ejército de Monterrey, California, y un título en Estudios rusos y de Europa del Este en la Universidad de Kansas. Después, por iniciativa propia, y de su propio bolsillo —con un guiño disimulado del Ejército—, Wilhelm solicitó y recibió una plaza en la Universidad Estatal de Leningrado. «He construido mi carrera en las zonas grises», me explicó.

Dormía en la residencia con estudiantes soviéticos y hacía cola en los bares del barrio para recibir arroz gacheado, pan negro y leche agria. «Pero el helado lo compensaba todo. ¡El helado de vainilla ruso es el mejor helado de vainilla del mundo!», exclamó. Como todos los demás habitantes de Leningrado, aprendió a cazar los rumores sobre remesas de fruta fresca. Una vez que esperaba haciendo cola bajo un temporal vio cómo la mujer grandona que tenía delante quedaba prácticamente desnuda a medida que la combinación de algodón barato que llevaba se le pegaba al cuerpo y se volvía transparente. La mujer rompió a reír con todos los que la rodeaban.

Era una vida consagrada al aprendizaje de habilidades específicas —el ruso, la supervivencia ártica, el pilotaje de helicópteros— en vez de constructos teóricos. Y no había tregua. En el Instituto Ruso de Garmisch-Partenkirchen, Alemania, Wilhelm estudió cartografía soviética y matemática

de control de armas soviética, que como pronto descubrió no tenía nada que ver con las matemáticas.

«La guerra fría fue una secuencia de respuestas tácticas —me explicó—. Cada bando desarrollaba un nuevo sistema de armamento para anular el del otro lado. Los soviéticos habían reducido el proceso entero a una serie de ecuaciones matemáticas. Entonces descubrí el “Coeficiente K”, que estipulaba que el Politbüro siempre tenía el poder de revisar las matemáticas de todos los demás.» Por ejemplo, hacia el final de la guerra fría los soviéticos sacaron el tanque T-80, que vendieron como superior a sus equivalentes estadounidenses. En ese caso, respondieron los norteamericanos, los soviéticos tendrían que reducir sus fuerzas en Europa para compensar el desequilibrio creado por el nuevo tanque. Entonces el Politburó repasó los datos matemáticos y señaló que el T-80 tal vez no fuera para tanto. «Fue mi primera lección dura sobre la politización de la guerra», me dijo.

Wilhelm tenía treinta años y era capitán del Ejército cuando cayó el Muro de Berlín, un acontecimiento que cambiaría su vida. Al principio lo designaron líder de un equipo de inspección sobre el terreno para supervisar el cumplimiento de los acuerdos de control armamentístico entre Estados Unidos y la Unión Soviética que había acelerado la caída del Muro. La década siguiente lo llevaría por todo el antiguo Bloque del Este, después a los estragos de la guerra en Tayikistán, Macedonia y Bosnia y por último de vuelta a Tayikistán. Su conocimiento del ruso y otros idiomas eslavos lo conduciría repetidamente a zonas de guerra, algo que con toda probabilidad nunca habría hecho la guerra fría.

Me fui a dormir en el compartimento de tren oscuro y traqueteante entre olor a queso, lignito y calcetines sucios, recordando la frase del sinólogo Owen Lattimore sobre la melancolía del viaje: «una melancolía semejante al vino, tenue pero suave, como las sílabas delicadas, plañideras y apagadas de Verlaine, recordadas por azar en un ocaso mongol».^[28] Me desperté con una luna llena al amanecer y la nieve como azúcar en polvo resplandeciente sobre la tez arrugada del desierto. Nos encontrábamos ya en el auténtico Gobi (que en mongol quiere decir «llanura cubierta de grava»). Un camello bactriano, peludo en preparación para un largo invierno, se erguía en silueta en un andén solitario. Wilhelm, que estaba jugueteando con sus cuentas naranjas de oración mientras se calaba la gorra de béisbol tras unas horas de sueño, comentó: «Dime: ¿dónde preferirías estar? ¿Aquí, o atascado en el tráfico,

con la vista puesta en el coche que tienes delante en la 1-395 camino del trabajo en el Pentágono?»

El tren entró en Zamin-Uud. Mientras echaba un último vistazo por el compartimento, Wilhelm citó de la penúltima página del *Manual del ranger*, que contiene las reglas del comandante Rogers en persona: «No os olvidéis nada.»

El nuevo edificio de la estación destacaba como un decorado de teatro contra la estepa de grava. Esperándonos al pie del andén bajo el gélido frío abrioleño había tres oficiales mongoles vestidos con uniforme verde de gala, gabardinas de cuero hasta los tobillos y unas gorras ridículamente grandes del típico estilo soviético, apodadas «antenas parabólicas». Nos metieron en un *jeep* de manufactura rusa conocido como UAZ, siglas de Uralski Avtomobilni Zavod (Fábrica de Automóviles de los Urales). Al reparar en que se trataba de un UAZ grande y último modelo, Wilhelm declaró: «Parece que vamos a estar a lo grande.» El UAZ venía a ser tan grande como un todoterreno pequeño, pero sin los extras y comodidades.

Nuestro hotel estaba a doscientos metros de la estación siguiendo las vías de tren, un mazacote de cemento con camas duras, muebles horribles y ventanas resquebrajadas. Wilhelm se puso enseguida su uniforme de combate con las insignias de ranger y paracaidista y la boina negra con el distintivo del Ejército de Tierra de Estados Unidos, además del águila que señalaba su rango de coronel.^[a3] Nos reunimos todos en su habitación. El coronel D. Battsengel, jefe de la delegación mongola, encargó que nos subieran el desayuno: *buuz*, o albóndigas de oveja en estofado, fiambres grasos y té salado de leche de camello. Dejamos limpios los platos.

«El Ejército de Estados Unidos comerá lo que sea, donde sea y cuando sea», anunció Wilhelm a nuestros anfitriones. El comandante Altanjuu lo tradujo (aunque Wilhelm hablaba ruso con fluidez, su mongol era rudimentario). Todos se rieron. Cuando tuvo que preguntar el nombre de un oficial mongol por segunda vez, Wilhelm se disculpó: «Siempre pregunto dos veces los nombres. Cuando recordé el nombre de una mujer a la primera, supe que sería mi esposa.» Más risas. Las simpáticas bromas y la amplia sonrisa de Wilhelm nunca fallaban.

Después de charlar un rato sobre lucha libre y artes marciales, el coronel Battsengel nos contó que era del nordeste de Mongolia, donde nació y probablemente fue enterrado Gengis Jan. El coronel nos explicó que estaba en contra de la actual búsqueda de los restos del Jan por parte de los arqueólogos, porque según él traería mala suerte. Reparé en que llevaba un nudo sin fin de

la eternidad, un símbolo chamanístico mongol, en su uniforme. Wilhelm señaló otro símbolo de ese tipo que llevaba Battsengel y comentó que aparecía en una tela que le había regalado un anciano que había viajado hasta la Embajada estadounidense desde un pueblo de las afueras. El símbolo, según el viejo, haría que «vuestros enemigos iraquíes se postren ante vosotros para suplicar».^[a4]

Al darnos la bienvenida formal a la provincia del Gobi Oriental, el coronel Battsengel comentó que el ritmo del desarrollo estaba a punto de experimentar un drástico acelerón con la fundación de una zona de libre comercio, fábricas y un casino en la frontera que aumentarían la población de Zamin-Uud de diez mil a treinta mil personas. Los chinos se estaban esforzando mucho por implantar una industria del juego y los casinos en Mongolia, que apelaba a su olfato para los negocios y su habilidad organizativa. También tenían otros planes.

Los chinos querían poner en marcha operaciones de cría de animales a gran escala en el sur y el este de Mongolia, lo que destrozaría la última estepa deshabitada de la Tierra. Le habían echado el ojo a los depósitos minerales del Gobi. Querían construir una moderna red de carreteras que llegara a la parte mongola del desierto desde el interior del país, y estaban ofreciendo presupuestos más baratos que nadie para los proyectos de construcción. Entretanto, el norte de Mongolia se estaba desforestando; la mitad de los trenes de mercancías que vimos iban cargados de troncos rumbo a China.

A pesar de varias décadas de virtual ocupación soviética, los mongoles tenían menos miedo de los rusos que de los chinos. Eso no se debía tanto a la larga ocupación manchú en los siglos XVIII y XIX como a la amenaza que China suponía en el momento presente. El de Rusia era el imperio en descomposición y el de China el emergente, con grandes cantidades de habitantes que emigraban a la adyacente Siberia rusa.^[a5] Habiendo conquistado Mongolia en un tiempo desplazando hacia el norte la línea de los cultivos, China se ponía en disposición de volver a tomarla a través de la globalización. Desde el hotel teníamos a la vista el puesto fronterizo chino: un arco de sólida construcción y brillante alumbrado que resaltaba el monolito postindustrial invadido de tiendas de fieltro y chabolas de chatarra que era Zamin-Uud.

Los chinos habían inundado la Mongolia Interior de inmigrantes han de su país, del mismo modo en que habían inundado el Tíbet y las regiones túrquicas uigures de la provincia de Sinkiang, al oeste de China. A los mongoles les preocupaba ser los siguientes. Lo que más presente tenían era el

sino de los tibetanos, correligionarios con los que compartían la misma variedad de budismo. La doctrina de seguridad nacional mongola contenía una frase sobre la «pureza étnica» que reflejaba su temor a una penetración al estilo manchú.

La paranoia que imperaba en el país al respecto del SRAS, una enfermedad que en apariencia procedía de China, era reveladora. A ojos de los mongoles, bastaría con una epidemia para arrasara una parte sustancial de su poco poblado país, lo que allanaría el camino para otra conquista demográfica china. Habían agradecido en especial el apoyo diplomático estadounidense al fomentar la visita del Dalai Lama a Ulan Bator el noviembre anterior, visita que los chinos habían intentado bloquear con una interrupción temporal de los lazos ferroviarios y aéreos con Mongolia.

«Los chinos me dan muy mala espina —declaró un oficial mongol de alto rango en una entrevista que había realizado en Ulan Bator—. Los rusos dominaron nuestra política durante siete décadas pero no nos incorporaron a la Unión Soviética. Los chinos tienen la posibilidad de absorbernos por completo.» Recordé el comentario del general Stillwell en 1923 sobre la determinación mongola de que jamás los volvieran a incorporar a China.^[29]

Sin embargo, entre los mongoles era mayor el miedo a una China internamente débil o incluso desintegrada que el temor a una China fuerte.

En particular, al sudoeste de Mongolia se encontraba la provincia china de Sinkiang, con una nutrida población de turcos uigures musulmanes, que albergaban un odio balcánico a sus señores chinos han. A lo largo de la historia, el control de China sobre esa región desértica fronteriza con Pakistán, Afganistán y los «istanes» ex soviéticos había tenido altos y bajos. A ojos de los uigures musulmanes, China occidental era en realidad «Turquestán oriental». A principios del siglo XX habían llegado incluso a fundar una República Musulmana Independiente de Turquestán Oriental con capital en Kashgar, al oeste de China, con vagos ideales panislámicos.^[30] Una China debilitada, sumada a la continua inestabilidad de los «istanes» ex soviéticos y el Cáucaso norte, significaba problemas para Mongolia, nos dijeron. Daba pábulo a la perspectiva del terrorismo y el tráfico de drogas centroasiático encabezado por criminales uigures y chechenos.

El coronel Battsengel nos acompañó en coche más allá del último control fronterizo. En aquella tierra de nadie sólo un plinto señalaba la frontera. A unos pasos al otro lado de la señal, un oficial chino observaba en silencio mientras el coronel Wilhelm, con su uniforme de combate y su boina negra, llegaba hasta el límite mismo, con cuidado de no poner pie más allá por

miedo a provocar un incidente diplomático. Desde una ventana en el lado chino se oía el chasquido de las cámaras que nos retrataban.

Aquella era una frontera que importaba. Importaría más aún a medida que China se fuera engrandeciendo en el horizonte —pasadas las actuales conflagraciones en Oriente Medio— como mayor desafío convencional al poder estadounidense. Con todo, la respuesta norteamericana a menudo era sutil, como vería.

Regresamos a Zamin-Uud donde, en una casa anodina rodeada de *gers* y chabolas, nos encontramos una larga cola de mongoles que esperaban en un vestíbulo ataviados con sus *deis*, o túnicas tradicionales. Muchos eran niños acompañados por sus padres. En una sala contigua, el sargento técnico de las Fuerzas Aéreas de Estados Unidos Dan Elliot, de Huntington Beach, California, nos dio la bienvenida. Era el jefe de una misión dental de cuatro personas enviada a ese lado de la frontera chino-mongola por el Mando del Pacífico. La misión se encuadraba dentro del componente humanitario de la estrategia de los tres pilares del coronel Wilhelm. Gracias a la atención a una media de cien pacientes al día en esa y otras localidades fronterizas cercanas, los mongoles constataban los beneficios del interés estadounidense.

El sargento Elliot puso al día al coronel Wilhelm. En primer lugar presentó al resto de los miembros del equipo, que saludaron con la cabeza mientras andaban ocupados con los pacientes: el doctor Mark Uyehara, teniente coronel de las Fuerzas Aéreas de Honolulu, el doctor Charles F. Craft, capitán del Servicio de Salud Pública nacional de Lincoln, Nebraska, y el sargento técnico de las Fuerzas Aéreas Lorrin Savage, de Newport News, Virginia.

«Aquí, señor —le dijo el sargento Elliot al coronel Wilhelm—, el objetivo es carga ligera, baja tecnología y huella pequeña.» Quería decir que allí, en el Gobi, se podía conseguir más viajando con el equipo mínimo, empleando la tecnología más básica y, por tanto, menos expuesta a los cortes de luz y manteniendo la misión en el plano más discreto posible. *Entrad y salid con discreción, tomaos cinco minutos para montar el campamento y recoger, dedicad el resto de vuestro tiempo y energía a vuestros pacientes.* «Procuramos no llamar la atención y ponemos a punto a nuestros pacientes, señor.»

El sargento Elliot nos mostró las lámparas baratas de ferretería que empleaban para iluminar la boca de los pacientes y los hornillos de gas

adquiridos allí mismo para esterilizar con agua caliente. Las sillas procedían de tiendas y oficinas cercanas. El equipo había dado a conocer su misión a la comunidad por medio de las emisoras de radio locales. Todo el material cabía en seis baúles pequeños, incluidos los regalos para los niños a los que atendían por el camino. Era como la cirugía de campaña. Cuando más impresionaba el Ejército estadounidense era cuando sabía recurrir a la baja tecnología, al igual que los guerrilleros.

En Colombia, los artículos de alta tecnología tenían menos importancia que el adiestramiento en tácticas básicas como la retirada escalonada y la carga directa contra una emboscada con granadas y rifles de asalto anticuados. Cada guerra, cada misión de adiestramiento llevaba consigo nuevas lecciones que poco tenían que ver con la tecnología. Dado que Estados Unidos, bajo todos sus presidentes posguerra fría, había mantenido actividad militar en el extranjero, sus Fuerzas Armadas estaban mejorando tácticamente a marchas forzadas.

Wilhelm felicitó al sargento Elliot y el resto del equipo por su buen trabajo. Cuando nos íbamos, Elliot dijo: «Pruebe esa leche de camella, señor. Es lo que hace que la gente de aquí tenga los dientes tan sanos.» Con su cara blanca, sus ojos que no parpadeaban y su talento organizativo, el sargento Elliot era otro ejemplo del excepcional cuadro de suboficiales de Estados Unidos.

Más adelante, en el despacho del coronel Battsengel, nos agasajaron con leche de camella, carnero grasiento y carne de caballo para comer. Había un retrato de Gengis Jan, pero ninguno de «nuestro amado líder», como en el resto de los países del Asia central que había visitado, donde veneraban al dictador de turno. Mongolia, milagrosamente, todavía poseía una cultura tradicional que el comunismo o la globalización no habían podido diluir o debilitar. La dieta, incluso en las más altas esferas del Ejército, seguía siendo cien por cien nómada: carne y productos lácteos sin frutas ni verduras, pues los nómadas vivían de sus animales y no paraban lo bastante en ninguna parte para cultivar la tierra. La única importación cultural extranjera era el vodka.

Después de comer nos subimos al UAZ y pusimos rumbo al sudoeste desde Zamin-Uud siguiendo la frontera. Aquella parte del Gobi, dentro de la tierra de nadie, era llana, monótona y cubierta de grava, ideal para desorientarse por completo. Daba igual la dirección en que volviera la vista, todo parecía lo mismo. Allí tuve mi primer indicio de la abundancia de vida

del Gobi, mucho mayor que en cualquier lugar del África subsahariana que hubiese conocido. Había bandadas de pinzones, patos y gacelas de cola negra (antílopes asiáticos); a esas últimas las perseguimos con el UAZ y a duras penas les aguantábamos el ritmo a setenta kilómetros por hora, exactamente como Roy Chapman Andrews lo había descrito en su libro *Across Mongolian Plains*. Los horizontes estaban tan lejos que se intuía la curvatura de la Tierra. Sobre una elevación de dos palmos, el único rasgo de paisaje en aquel vacío llano, se erguía un águila real de unos sesenta centímetros de altura. A continuación topamos con rebaños de cabras, caballos y camellos bactrianos vigilados por unos cuantos policías de frontera. Las cabras, encerradas en un corral de estiércol de oveja, era una fuente de comida; los caballos y camellos se utilizaban para patrullar.

Los camellos bactrianos, con sus caras de dibujo animado y sus gruesos pelajes invernales que se les caían en montones como mantas, se antojaban casi prehistóricos. Eran mucho más imponentes que los dromedarios de una sola joroba y piel lisa de los desiertos norteafricanos y de Oriente Medio. Aquellas feúchas reinas del desierto, con sus cabezas de mopa, derivaban su nombre del antiguo reino de Bactria, entre el Oxo y el Hindú Kush, que Alejandro Magno sometió con facilidad. Mongolia, y el Gobi en particular, contenía la mayoría de los bactrianos supervivientes del mundo.

Cerca del corral había un *ger* habitado por una familia de nómadas. Nos invitaron a entrar a tomar leche de camella y vodka casero. El *ger*, omnipresente en toda Mongolia, es una tienda de fieltro grande y redonda. En todo el resto de Asia central se lo conoce por su equivalente túrquico, *yurt*. Fuimos con cuidado de no pisar el tablón de la puerta al entrar; eso trae mala suerte, y en tiempos de Gengis era un crimen punible con la muerte. Para seguir con la etiqueta de rigor, caminamos hacia la izquierda, o en el sentido de las agujas del reloj, por el borde de la tienda hasta el fondo, lugar de los huéspedes de honor. Era lo razonable, puesto que la cocina —unos cuantos pucheros sobre un fogón alimentado con estiércol seco— quedaba a la derecha de la puerta. El centro del techo en pendiente estaba abierto al cielo. De allí pendía el pañuelo ceremonial azul, o *jatag*, que bendecía el *ger*. Los rayos de la armazón del techo, o *toono*, representaban la rueda de la vida. El altar que teníamos detrás, con su aroma a incienso de enebro, incluía una alfombrita con un retrato de Gengis. Todo transmitía una cierta simplicidad pagana y limpia.

«Culturalmente, estoy en casa —anunció Wilhelm a los presentes, mientras salpicaba tres veces con su vodka al estilo mongol antes de tragarse

un vasito—. Estoy en el Gobi, entre mongoles, y entre soldados.» La declaración, como tantas otras que hacía, lo encareció a ojos de los lugareños. Demostraba, también, cómo el imperialismo puede conllevar la apropiación estética de un paisaje extranjero. La tradición literaria británica de la narrativa de viajes habría sido imposible sin el Imperio británico. Tom Wilhelm era un hombre de imperio allí en Mongolia. Era una versión más mundana, menos mística, de Francis Younghusband, el oficial del Ejército británico y explorador centroasiático de principios del siglo XX que había encabezado una expedición militar al Tíbet como medida preventiva a la infiltración rusa en la zona.

De vuelta a Zamin-Uud para pasar la noche, Wilhelm siguió contándome la historia de su vida.

Su equipo de inspección de armamento había trabajado desde una «caja de queso» en la base aérea de Rhein-Main en Alemania, preparados para realizar inspecciones por sorpresa en los países del bloque oriental de reciente liberación. Después, en verano de 1992, llegó Devolver la Esperanza, un programa humanitario para ofrecer excedentes militares (remesas de ropa de invierno, mantas, té, etc.) a las víctimas de la guerra civil de Tayikistán, un conflicto que se saldaría con más víctimas en proporción a la población que cualquier otra guerra civil de la segunda mitad del siglo XX.^[31] Wilhelm, como oficial especializado en área extranjera de lengua rusa, fue destinado de inmediato a Dushanbe, la capital tayika sumida en un descenso a la anarquía, donde se pondría en contacto con la organización humanitaria CARE Internacional.^[32]

Ya capitán, la única orden que recibió de sus superiores fue: «Que no le maten.» El resto tuvo que sacárselo de la manga.

A partir de entonces el capitán Wilhelm se encontró como jefe de un tipo distinto de equipo, formado por trabajadores humanitarios civiles jóvenes e inexpertos que pedían a gritos disciplina y organización. «Tuve que descubrir a quién había que sobornar para conseguir llevar nuestras remesas de ayuda humanitaria desde la estación de Dushanbe hasta unos almacenes seguros.» Sin un Gobierno en activo, y con millares de personas de etnia rusa huyendo del país, la estación de tren era un auténtico caos. «Tomando té y vodka con el jefe de la estación, descubrí que mi equipo tenía algo que le podía ser útil. Los contenedores SeaLand llenos de ayuda eran exactamente lo que los rusos

necesitaban para sacar sus posesiones. Como yo controlaba el mercado del almacenamiento, llegamos a un acuerdo.»

A continuación, Wilhelm tenía que llevar su material al campo. «No tenía informes sobre el exterior de la capital. Los únicos datos útiles provenían de los soldados rusos más cercanos al último tiroteo.» Se descubrió redactando una doctrina de batalla para convoyes humanitarios que debían ser escoltados por helicópteros Hind rusos a través de un terreno tan abrupto que las distancias eran más verticales que horizontales: desde suelos de cañón a elevados pasos de montaña. (El último helicóptero que Wilhelm pilotaría en su carrera fue un Mi-8 ruso en Tayikistán, para hacer un reconocimiento en la región autónoma de Gorno-Badajshan.) «Si vuestro convoy de ayuda humanitaria va escoltado por una milicia local y alguien intenta asaltar uno de los camiones, ¿le pedís a los milicianos que disparen? ¿En qué punto una amenaza a un convoy humanitario hace necesario perder vidas en un tiroteo?», se preguntaba a sí mismo.

Era una pregunta para la que el *Manual del ranger* no ofrecía directrices. El *Manual del ranger* trata del combate: cómo matar y evitar que te maten. «Casi nadie hablaba de reglas de enfrentamiento hasta las operaciones humanitarias y pacificadoras de los 90 —explicó Wilhelm—, ya que durante la guerra fría o estábamos en un conflicto armado o no lo estábamos. Ahora necesitábamos reglas sutiles para situaciones sutiles.»

Aquel verano de 1992 vio cómo los combates en Yugoslavia se extendían desde Croacia a Bosnia, mientras el Cáucaso, Moldavia, Transdniestria y Tayikistán estallaban en guerras civiles y rebeliones. Para incontables millones de personas de la franja sur de un antiguo imperio comunista se contó entre las épocas más tristes y sangrientas de la historia, a la vez que muchos estadounidenses daban la espalda al mundo con una desatención semiaislacionista.

Sin embargo, un drama crucial daba sus primeros pasos para los ejércitos tanto ruso como estadounidense. El derrumbe de la Unión Soviética estaba causando conflictos civiles en la periferia del imperio comunista. A lo largo de su historia, el Ejército soviético había sido una institución jerárquica en el sentido más estricto. Dada la naturaleza totalitaria de la sociedad soviética, los cuadros más bajos hacían poco más que acatar órdenes. La tendencia se veía reforzada por los términos del punto muerto nuclear bipolar, que precisaba que todas las decisiones clave se tomaran en las más altas esferas de Moscú. Sin embargo, lo que había empezado en Afganistán se extendía en ese momento al Cáucaso y Tayikistán, lugares donde el Ejército soviético se

hallaba en pleno centro de unas guerras pequeñas y sucias. Por tanto, en palabras de Wilhelm: «Los generales de Moscú tuvieron que confiar en que los hombres de veintiséis años que tenían sobre el terreno se figuraran qué hacer.»

Figurarse qué hacer significaba que esos jóvenes oficiales y suboficiales rusos debían superar una ley férrea de la burocracia rusa: *Initsiativa vseгда nakazevema* («La iniciativa siempre se castiga»).

Wilhelm trabó amistad con esos jóvenes rusos, porque él mismo se hallaba en una posición parecida, escribiendo un nuevo libro de reglas para lo que un Ejército estadounidense de la guerra fría, con su fijación por el Apocalipsis en la Brecha de Fulda alemana, no lo había preparado. Sería en los Balcanes donde ese proceso de aprendizaje continuaría para él, y para el Ejército estadounidense.

Después de varios meses en Tayikistán, Wilhelm, ya comandante, fue retirado de repente a Rhein-Main para dirigir más inspecciones de armas en el antiguo bloque oriental. A bordo de un transporte C-130, volaba de un país a otro para supervisar el corte de los morros de los cazas MiG y la destrucción de tanques con bolas de demolición de acero. Pero su carrera estaba en peligro. Había recibido demasiada educación y muy poca experiencia de infantería. Se convirtió en un «destacado no seleccionable para el CGSC», o sea, que no se contaba entre la mayoría de los oficiales de rango medio seleccionados para estudiar en la Escuela de Comando y Estado Mayor General de Fort Leavenworth, Kansas, lo que automáticamente lo situaba en el último 20 por ciento de todos los comandantes candidatos a futuros ascensos. Al Ejército estadounidense, todavía presa de su mentalidad de guerra fría, no le impresionaba el trazado híbrido de su carrera como soldado-diplomático-estudioso-trabajador humanitario.

Para equilibrar su currículum, lo destinaron al 3.^{er} Batallón de la 12.^a División de Infantería, con base en Baumholder, Alemania. En calidad de ayudante ejecutivo del oficial al mando, trabajaba muchas horas, siete días por semana. «Como la Escuela de Rangers, fue otra experiencia para encontrarse a uno mismo. Me encantó.» Conservó el trabajo durante tres años, periodo en el que siguió desarrollando doctrina, basada en su experiencia en Tayikistán, para la MOOTWA: operaciones militares distintas de la guerra.

Entonces, en 1995, destinaron su unidad a la fuerza de pacificación de las Naciones Unidas en Macedonia.

A la mañana siguiente, en Zamin-Uud, nos despertamos con lluvia y un tiempo helador. El día anterior habíamos conducido por sendas del desierto bien marcadas por el paso de otros UAZ. Nuestra nueva ruta nos llevaría en dirección sudoeste a lo largo de la frontera, lejos de cualquier camino de tierra. Allí el Gobi parecía sólo plano; el inmenso océano de campos de rastros era tan accidentado que no paraba de darme con la cabeza contra el techo. Al cabo de una hora llegamos a un *zastaf* (fuerte fronterizo), unos cuantos barracones de un solo piso con paredes blancas pintadas al temple y tejados verdes de plomo. Antes de bajar, seguimos un poco adelante para presentar nuestros respetos a un *ovoo*, un mojón de piedras chamanístico para realizar ofrendas a los dioses.

Wilhelm, el comandante Altanjuu, el resto de los soldados mongoles que nos acompañaban y yo dimos tres vueltas a pie alrededor del *ovoo*, en el sentido de las agujas del reloj, y le tiramos piedras, como mandaba la tradición. Después lo salpicamos con leche de camella —un presente en verdad sagrado— y colocamos el incienso de enebro, los ladrillos de té, los caramelos y las botellitas de vodka que habíamos llevado en las grietas del montículo, como hacían otros devotos. Por último, formamos cola en fila india para atar *jatags* (pañuelos ceremoniales) alrededor de las piedras superiores. «Es un *ovoo* bastante bueno», comentó Wilhelm con gesto de entendido.

Había una mongola obesa con un *del* negro y una *faka* naranja orando postrada. Ese *ovoo* había sido una parada en la Ruta de la Seda mucho antes de que existiera la frontera chino-mongola. Destruído por los comunistas, lo habían reconstruido en 1990. Los *ovoos* eran prebudistas. Representaban la forma más pura y definitiva de culto, menos reveladores de superstición que de una acusada y simple sumisión a unas fuerzas superiores. Ahora que le habíamos ofrecido el adecuado respeto, nos darían la bienvenida al *zastaf*.

Un joven soldado con gorro de piel y abrigo de cuerpo entero, con las mejillas heladas, nos saludó con diligencia mientras entrábamos. Entonces llegó el desfile en uniforme de gala, con una docena aproximada de soldados, un puñado de oficiales, sus esposas e hijos y el perro de la base listos todos para revista. Era como un fuerte fronterizo del Viejo Oeste. No era una mera base militar, sino toda una pequeña comunidad en la naturaleza salvaje, algo por lo que Wilhelm sentía verdadera admiración. En Mongolia, proteger una frontera remota se veía como una vocación, un estilo de vida. Un puesto avanzado como ése no se consideraría completo sin al menos unas cuantas mujeres y niños.

En una sala austera y gélida, las esposas de los oficiales nos sirvieron té mezclado con sal, grasa de carnero y leche de camella. Las mujeres estaban delgadas, llevaban blusas ajustadas y eran bastante atractivas. Mientras nosotros temblábamos con el chaquetón puesto, ellas parecían cómodas en mangas de camisa. Wilhelm tomó nota mientras los oficiales del *zastaf* protestaban porque el frío acortaba la vida de las pilas de sus *walkie-talkies* Kenwood, por la escasez de recambios y combustible diésel y porque sus paneles solares no funcionaban con mal tiempo. Wilhelm dijo que intentaría procurarles radios de FM nuevas. En lugar de paneles solares, sugirió generadores eólicos.

Los pulcros y gélidos barracones estaban cubiertos de mapas y motivos chamanísticos. Los guardias de frontera utilizaban Kalashnikov anticuados, con la culata de madera en vez de la metálica y plegable. Fuera, varias docenas de caballos soportaban con estoicismo una llovizna heladora; el cielo vespertino del desierto parecía oscuro y lúgubre como el carbón. Una red de trincheras y fortines de hormigón señalaban la proximidad de la frontera china. El general Purev Dash, segundo al mando del servicio de patrulla fronteriza, al que había conocido en Ulan Bator, me explicó que sus hombres usaban caballos y camellos para patrullar «no porque seamos pobres y primitivos, sino porque esos animales ofrecen el medio más seguro para explorar el desierto». El plan de Wilhelm era formar una fuerza móvil de patrulla que combinara ponis rápidos y camellos bactrianos con equipo ligero de comunicaciones de alta tecnología.

«Habéis llegado con la lluvia, que es una bendición», nos dijo el teniente B. Altanzul («Llama Dorada»), un tipo inquieto y curioso, tras varios brindis de vodka. Estábamos cansados y un poco borrachos, de modo que nos limitamos a dejar que la conversación siguiera su curso. Owen Lattimore escribe que «nada corta el habla de los hombres sencillos como la sospecha de que les están sonsacando; mientras que, si superan la sensación de extrañeza, parlotearán como hacen entre ellos —hasta revelar— el rico mineral en bruto que ellos mismos aceptan como la verdad sobre sus vidas y creencias».^[33] El teniente Altanzul no era un hombre sencillo, pero aun así, una vez que nos hubimos sentado y emborrachado un poco con él, sin hacerle ninguna pregunta política directa se puso a hablar sobre Estados Unidos e Irak, el tema del momento.

«Vi las manifestaciones contra la guerra por televisión —comentó de repente—, pero Estados Unidos actuó de todas formas. Como militar, eso me impresionó.» Cuando otro oficial nos preguntó si Estados Unidos defendería

Mongolia como habían hecho con Kuwait en 1991, Wilhelm respondió con franqueza: «Probablemente no. Estados Unidos sólo puede ayudar a Mongolia a ayudarse sola. Ésa es la realidad.» A Wilhelm le encantaba Mongolia, pero su principal preocupación eran los intereses estadounidenses, y se mostraba sincero al respecto.

En el trayecto de vuelta a Zamin-Uud, Wilhelm habló sobre la Macedonia nororiental, donde batallones estadounidenses y escandinavos combinados patrullaban la frontera con Serbia a principios de los 90.

«Yo era comandante; mis jefes me llamaban “comandante de hierro”, sin bromas, el segundo oficial al mando sobre el terreno. “Esto es genial”, nos decíamos todos, “estamos en una zona de guerra”, es para lo que viven todos los soldados. Había generales estadounidenses que decían que los Balcanes eran una pérdida de tiempo, que en lugar de eso deberíamos estar haciendo maniobras de combate con vehículos Bradley en Alemania. ¡Qué gilipollez! Por fin estábamos utilizando nuestro adiestramiento, y esos generales dinosaurios de la guerra fría querían que nos entrenáramos para una guerra que nunca se produciría. Te apuesto lo que quieras a que el índice de reenganches de los soldados que sirvieron en los Balcanes era superior al de quienes se quedaron en Alemania. Las operaciones en los Balcanes fueron lo mejor para la moral de los soldados estadounidenses de la época. Prepararon el terreno para el modo en que combatimos ahora.»

Los hombres de Wilhelm vigilaban el contrabando de combustible de un lado a otro de la invisible frontera serbio-macedónica. Rastreaban a las patrullas serbias. Aprendieron a integrarse con los finlandeses, que formaban parte del batallón nórdico pero no de la OTAN. Patrullaban con el equipo completo varias veces al día. «Los escandinavos empezaron patrullando sin armas porque el ambiente parecía pacífico. Nosotros, no. Nuestros sargentos, que no eran licenciados en Políticas, fueron lo bastante listos para insistir en que fuéramos armados y preparados a todas horas. Estábamos definiendo la pacificación real, que es como la guerra, puesto que se monopoliza el uso de la fuerza en una zona dada.

»Macedonia —prosiguió— era lo que sale en el diccionario por “exótico”: mujeres de ojos oscuros, pequeñas teterías, música embriagadora y ninguna ley o norma. Después de Alemania era el paraíso. Somalia había acabado. Bosnia todavía no había empezado para nosotros. Macedonia era lo que había. Comandantes y sargentos maestros definían la política nacional en el plano

más inmediato. Fue en los años que siguieron a la guerra fría cuando de verdad empezó a oírse hablar de “comandantes de hierro”.»

El florecer pleno de los cuadros medios tenía su raíz en la transformación social de las Fuerzas Armadas estadounidenses que, de acuerdo con Wilhelm, se había producido una década antes, cuando el auge del evangelismo cristiano ayudó a frenar la indisciplina del Ejército de los tiempos de Vietnam. «Aquel celo reformó el comportamiento, dio poder a los líderes jóvenes y exigió mejores reclutas —me dijo—. Para empezar, se terminó la bebida, y eso acabó con los clubes de oficiales, lo cual, a su vez, derribó las barreras entre oficiales y suboficiales y cambió la receta del desarrollo de los líderes jóvenes. Nuestros suboficiales cobraron la confianza necesaria para encargarse de las tareas que antes habían realizado los de mayor rango y experiencia. Nuestros comandantes hacen el trabajo que en otros ejércitos efectúan los coroneles; nuestros sargentos actúan como capitanes. El fundamentalismo moral —prosiguió Wilhelm, un liberal que en 2000 votó a Al Gore— fue la mano invisible que cambió el Ejército para mejor. Pero ¡intenta que alguien lo reconozca! Nunca podríamos haber cumplido en Macedonia o Bosnia con el viejo Ejército de Vietnam. Carecía de la disciplina y el talento necesarios para acatar las restrictivas reglas de enfrentamiento y el complejo campo de batalla político-militar.

»En Macedonia —siguió Wilhelm— le devolví la escoba al Mago de Oz. El Ejército exigía que acumulara experiencia como oficial de grado superior. Pues eso hice.»

El 14 de diciembre de 1995, Wilhelm, que llevaba un año casi entero sin ver a su familia, estaba de permiso en Peoría, Illinois. Acababa de terminar de cortar un árbol de Navidad con su suegro cuando vio por la televisión que se habían firmado los Acuerdos de Paz de Dayton. Al día siguiente lo llamó a los Balcanes el general de división William Nash, que estaba a punto de asumir el mando de la Fuerza de Tarea Eagle, con responsabilidad sobre el sector nororiental de Bosnia.

En Macedonia, Wilhelm había aprendido la doctrina no escrita y en evolución de la inserción de fuerzas en una zona de separación. En Bosnia construyó a partir de ahí. Estableció mandos militares conjuntos en aquellas zonas que separaban a serbios y musulmanes bosnios.

Establecer un mando militar conjunto, explicó Wilhelm, significaba «encontrar al mandamás de cada aldea y a su homólogo en el otro lado de la brecha étnica, y luego hallar un lugar seguro y neutral para que se reunieran y organizar la protección de fuerza necesaria para que cada uno de esos señores

de la guerra locales pudiera llegar al encuentro sin que lo asesinaran. El propósito real de la primera reunión —prosiguió— no era hablar, sino mostrar a los matones quién era el jefe; y éramos nosotros, no ellos. Era enseñarles que, a menos que nosotros veláramos por algo, no iba a hacerse realidad.

»«Nosotros somos los capataces —le decía a todos los señores de la guerra locales—, y vosotros los obreros. Sin todas nuestras manos en la carretilla, no va a moverse.» En cuanto asumieron que el combate había terminado, empezaron a plantearnos reclamaciones de agua y electricidad, que era exactamente lo que queríamos.

»Todavía seguimos en 1995 —continuó—. Bosnia era un sitio frío y enfangado, y la gente también era igual. No había mucho amor fraternal. Acababan de freírse a tiros y vivían en los escombros que ellos mismos se habían procurado. Parecían cansados, de todas formas. Tenían la moral baja. Todo eso era buena noticia. Eran cosas que podíamos explotar.»

Llegó a oídos de Wilhelm que los diplomáticos habían cerrado un acuerdo para que los rusos se sumaran a la fuerza de paz. Estarían subordinados al general de división Nash, que encomendó a Wilhelm el cometido de integrarlos con el resto de los pacificadores de la OTAN. «El motivo de su presencia aquí, cabo —le dijo el general Nash al entonces comandante Wilhelm— es evitar que los rusos se metan en líos.» Nash había utilizado «cabo» como término general para los oficiales de grado medio y bajo. «Nash me había encomendado una misión de una frase, lo que significaba que confiaba en que yo me imaginaría el resto. Era consciente de que yo sabía que los rusos eran profesionales y disciplinados, y que funcionarían bien dentro de la brigada. Mi trabajo era incorporarlos a aquella máquina rápida y compleja que teníamos, y protegerlos de nuestros medios de comunicación, que siempre andaban a la caza de fallos.»

Wilhelm dejó de hablar cuando el UAZ entró en Zamin-Uud. Había oscurecido y todavía teníamos que pasar por otra cena de carne, leche de camella y brindis de vodka. Peter Fleming no había dejado de tener hambre durante su viaje a través de China hasta la India en 1935. Eso se antojaba más fácil de soportar que verse obligado a engullir carne y alcohol a todas horas.

A la mañana siguiente Wilhelm y yo fuimos a dar un paseo. Las casas de tablas de madera de Zamin-Uud, con sus revestimientos irregulares y curiosa ornamentación con vistas al desierto azotado por el polvo, nos recordaron la mala construcción que los dos habíamos visto en la ex Unión Soviética y sus

antiguos satélites comunistas. «Es como si todo lo que hay a la vista lo hubiera ensamblado una clase de manualidades de instituto», observó Wilhelm. Sin embargo, luego recuperó el brío, mientras manoseaba sus cuentas de oración.

«Los valores de los mongoles son los de nuestros antepasados pioneros de hace ciento cincuenta años, cuando colonizaron la frontera. Estaban cargados de optimismo y de faenas, como vaciar el cubo del agua sucia y encender el fuego por la mañana. Qué vida tan dura era: helarse en un vagón de tren amenazado por los indios. Pero pocos se lamentaban. Podía pasar cualquier cosa y todo era bueno: ése era el principio fundamental del espíritu pionero.» El regalo de despedida de Wilhelm para el coronel Battsengel fue un lujoso tomo de los cuadros que había pintado Frederic Remington del Oeste americano del siglo XIX.

Battsengel nos presentó al coronel J. Ranjinnyam, un hombre grandullón, desaliñado y simpático que sería nuestro guía en una travesía nororiental a lo largo de la frontera china, hasta una zona donde Mongolia penetra en Manchuria. El coronel Ranjinnyam nos siguió en su UAZ hasta que estuvimos a unos kilómetros de Zamin-Uud. Entonces bajamos y, en medio del desierto, dedicamos un brindis de despedida al coronel Battsengel con unos vasitos de Absolut, el único vodka de alta calidad que probamos en el viaje.

Tras las despedidas finales, pasamos al UAZ del coronel Ranjinnyam y avanzamos por una meseta de artemisa y plantas rodadoras hasta que, al cabo de treinta kilómetros, paramos en un *zastaf*. Yo me estaba helando, a pesar de la ropa interior larga. El excusado estaba a medio kilómetro a través del viento inclemente. Ese *zastaf* presentaba el mismo espíritu espartano que el que habíamos visto el día anterior, con los suelos pintados de un encantador amarillo otoñal, y olía a pan recién hecho y a la cecina que se secaba en el techo, de la cual nos echó un poco en la sopa junto con la carne de caballo una chica menuda vestida con bata azul. La carne de caballo, había decidido, sabía igual de bien que la ternera.

Otros treinta kilómetros nos llevaron a otro puesto fronterizo y otra fila de soldados con gorros de piel y chaquetones que sostenían vetustos AK-47 y esperaban en posición de firmes junto con sus mujeres y niños bajo el viento aullador de una estepa labrada a cuchillo. Wilhelm dio un discurso más de agradecimiento, de parte del pueblo de los Estados Unidos de América.

Resultó que la comida del *zastaf* anterior sólo había sido un aperitivo. Allí nos ofrecieron cantidades verdaderamente ingentes de alimentos. El coronel

Ranjinnyam echó una ojeada a las camas situadas junto a la mesa y anunció que era hora de echar una cabezadita. En cuestión de segundos roncaba sonoramente. Wilhelm, el comandante Altanjuu y yo no tardamos en imitarlo. Cuando me desperté, el coronel Ranjinnyam ya estaba sentado en la cama, con el pelo y el uniforme hechos un desastre y sirviéndose otro vaso de vodka, como un personaje sacado de un cuento ruso. «Hora de irse», anunció.

Más *zastafs* y soldados solitarios con pinta de reliquias del Ejército zarista. El paisaje del desierto del Gobi seguía variando: pequeños glaciares y arroyos centelleantes que serpenteaban a través de campos de grava junto a escoriales volcánicos, seguidos por tierras altas de roca ígnea sin horizontes envueltas en la penumbra del anochecer. Después llegaron vastas extensiones de tierra que poco a poco se despojaban de su pelusilla, hasta que para el ocaso no había a la vista más que arena vacía, un desierto que se prolongaba como un eco largo e inquietante, un gorjeo contenido al fondo de la garganta hasta la eternidad. Pensé en un *morin juur*, el tradicional violín mongol capaz de emitir los más asombrosos sonidos con apenas dos crines de caballo.

Hicimos noche en Ulan Uul (Roca Roja), un campamento con capacidad para un regimiento de las fuerzas fronterizas. Wilhelm y yo compartimos un gélido cuartito donde él prosiguió con sus recuerdos de Bosnia. No hice preguntas y me limité a dejarlo hablar. Homero debió de ser un oficial de grado medio como Wilhelm, pensé, un gran historiador oral.

«Los rusos estaban en Uglevik, Republike Srpske, para patrullar un sector del área de operaciones a cargo de Estados Unidos —dijo Wilhelm—. Tenían brigadas estadounidenses a los dos lados. Tenían sus propios MMC [Mandos Militares Conjuntos] que montar. Una vez más, no había doctrina al respecto. Las patrullas diarias eran el meollo del acuerdo de Dayton, y fui muchas veces de patrulla con los rusos, aguantando sus raciones de combate de pescado en lata y trigo sarraceno. Sus BTR-80 [*Bronetransporter*, el blindado ruso de transporte de tropas] hacían añicos el mito de los vehículos de combate claustrofóbicos y adefesios del Ejército Rojo. Eran bastante cómodos y bien pensados, con sitio de sobras para que un escuadrón con el equipo completo preparara sus trastos y cambiara de posición.

»Fuimos a un pueblo donde habían destruido la iglesia —prosiguió Wilhelm—, y los serbios tenían su cuartel general en el lado de la calle que no tocaba. Habían dispuesto de veinte días para mudarlo a la acera correcta, según estipulaba Dayton, y no lo habían hecho. Saqué la copia de Dayton que

llevaba encima y la leí en voz alta. El teniente ruso que me acompañaba se lo repitió a los serbios. Les dije que bombardearíamos su cuartel general con un Apache si no lo desplazaban. Llamé a un Apache para que hiciera una pasada. Los serbios no podían creerse que fueran incapaces de encajar una cuña entre nosotros y los rusos. “Vámonos ya —me dijo mi compañero ruso—. Que puedan absorber las malas noticias a su aire.” Un norteamericano se hubiese quedado a beber té con los serbios, pero los rusos vivían más en un mundo ambiguo de negociaciones sin reglas, sobre todo gracias a su experiencia con las guerras civiles en el Cáucaso y el Asia central. Tenían más olfato para esas cosas.

»Mi teniente ruso y yo nos incautamos de armas escondidas en almiars —prosiguió Wilhelm—. Destruimos cañones antiaéreos montados en camiones. Solicitamos misiones de Apaches. Fue entonces cuando empezaron a llamarme Tom *el Tremendo*, porque no paraba de amenazar tanto a musulmanes como a serbios con los Apaches si no acataban Dayton desarmando y desmantelando sus puestos de control.

»A lo largo de mi vida he echado más horas en un VBC [vehículo blindado de combate] ruso que en uno estadounidense —explicó Wilhelm—. Fui acogido y aceptado por una hermandad que había presenciado combates excepcionales en Chechenia y Afganistán, y los oí despotricar sobre cadenas de mando calamitosas y los problemas de Rusia. Muchos ejércitos nacionales europeos no estarían dispuestos a luchar llegada la hora de la verdad. Los he visto corrompidos por demasiado trabajo para la ONU y muy poco combate real. ¡Pero los rusos, ya te digo si lucharían! Lo que más los impresionó del Ejército estadounidense en Bosnia fue ver a nuestros sargentos sacando dispositivos de GPS, que ellos no tenían, para solicitar ataques de Apaches. Gracias a nosotros los rusos aprendieron el poder real de la tecnología, no el falso.»

El poder real de la tecnología, continuó Wilhelm, es que proporciona una objetividad en la que confía hasta un enemigo. Posee un efecto tranquilizador. Gracias al GPS no había discusiones sobre si un puesto u otro estaba en el lado equivocado de la línea de alto el fuego. «El poder falso de la tecnología», opinaba Wilhelm, lo ejemplificaban las cadenas de mando nucleares, que eran enrevesados aparatos teóricos pensados para no ponerse jamás en práctica. «La guerra fría trajo consigo toda una cultura burocrática ajena a la realidad del campo de batalla. Los ejércitos de la guerra fría no eran ejércitos brillantes porque todas las decisiones las tomaban los generales y los políticos. En los

ejércitos brillantes el cometido de los generales es respaldar a sus sargentos. No es más que mi opinión, pero sé que tengo razón.»

Eso era lo otro que había impresionado a los rusos de ver a los sargentos estadounidenses blandiendo dispositivos de GPS en Bosnia. Aunque ellos tuvieran equipo GPS, en el Ejército ruso solicitar un ataque aéreo sería una decisión que sólo tomaría un coronel. Aun así, los rusos, en opinión de Wilhelm, contaban con oficiales de grado medio casi tan buenos como los del Ejército estadounidense, fruto de la experiencia de combate en entornos complejos como Transdniestria, Osetia, Abjazia y Tayikistán, por no hablar de Chechenia y Afganistán. Además, como su imperio se estaba viniendo abajo, el Ejército ruso con frecuencia se encontraba en situaciones de combate que, a su vez, estaban fomentando la reforma en los cuadros bajos y medios. «Habría seguido al coronel [Alexander] Lentsov a un combate donde fuera —dijo Wilhelm, hablando de su comandante ruso en Bosnia—. En el plano táctico, tenemos más en común con los rusos que con muchos de nuestros aliados.»

Sin embargo, mientras los cuadros bajos del Ejército ruso, según Wilhelm, afrontaban la realidad del conflicto contemporáneo, el Estado Mayor de Moscú permanecía atrapado en la mentalidad de la guerra fría. En realidad, se estaba volviendo más conservador si cabe por culpa del resquemor ante un mundo unipolar dominado por los norteamericanos. En misiones como Irak no veía potenciales experiencias de aprendizaje, sino operaciones a las que oponerse por el simple motivo de que los estadounidenses las encabezaban.

En la primavera de 1996, Wilhelm dejó Bosnia. Para otoño estaba de vuelta en Tayikistán.

Al día siguiente entramos en un paisaje de ondulaciones salpicadas de pedregales y rastros amarillos. Entre las sombras más negras, pastando bajo una luz etérea, vimos una manada de argalis, o carneros de Marco Polo, de voluminosa cornamenta, el «trofeo supremo en la vida de un cazador», según Roy Chapman Andrews, ya que incluso en 1920 eran muy escasos.^[34] El permiso para cazar uno de ellos en Mongolia costaba ya 20 000 dólares. Eran casi tan grandes como un caballo. Wilhelm no cabía en sí de gozo: «Lo único que nos falta ahora es ver un leopardo de las nieves.» Los seguimos con el UAZ hasta las estribaciones de una cadena de colinas de arcilla, donde por debajo de nosotros la gran llanura mongola se precipitaba como si cayera hacia el cielo. Wilhelm me prestó su monóculo de manufactura rusa para que

lo viera mejor. Era como mirar hacia atrás en el tiempo, como si se viera la luz de una estrella remota. Marco Polo había visto esos carneros en sus viajes por el Gobi. Según su descripción tenían unos cuernos de «seis palmos sobrados de longitud».^[35] En nuestra época estaban ya prácticamente extintos, y lo estarían sin duda del todo si explotaran ese desierto por su petróleo y su carbón. Al cabo de poco avistamos un *julan*, un asno salvaje de orejas grandes y graciosas que también era extremadamente raro.

Ese día Wilhelm y yo tuvimos que soportar comilonas en seis *zastafs*, con brindis de vodka en cada una de ellas. Eso sin contar que también tuvimos que bebernos la sangre de una gacela de cola negra que el coronel Ranjinnyam había abatido con su pistola Makarov desde el UAZ. Después de apurar una copa de sangre y comerse los testículos y los ojos del animal, Wilhelm me comentó: «Ya te lo dije, esto es mejor que la hora punta en la I-395 de camino al Pentágono.» No se cansaba nunca, nunca paraba de reír y de dar palmadas a los oficiales mongoles en la espalda. El comandante Altanjuu me confió: «El coronel Wilhelm es un gran hombre. Gracias a él nos gusta mucho Estados Unidos.»

Según la sabiduría mongola, los tres deportes viriles son las carreras de caballos, el tiro con arco y la lucha libre.^[36] En el umbral del siglo XXI, la persecución de gacelas a bordo de un UAZ y el tiro al blanco con Makarovs y AK-47 se habían convertido en variaciones de la hípica y el deporte del arco; por suerte, no tuve que probar mi suerte con la lucha libre. Sin embargo, sí paramos para celebrar una competición de puntería en un lugar del desierto donde todos pillamos garrapatas, de modo que no llegamos al siguiente regimiento fronterizo hasta las 11:30 de la noche. Mientras tiraba mi mochila sobre la cama, en el comedor contiguo oí que Wilhelm soltaba otra carcajada esperpéntica de las suyas. Al acercarme vi un gran cerdo asado, con su cabeza y sus ojos, sobre la mesa, y al coronel Ranjinnyam que nos imploraba que comiéramos. «El hígado de la gacela que he matado os lo servirán para desayunar», explicó con tono de disculpa.

«Tienes que entender —me dijo Wilhelm— que en esta cultura la comida es un regalo. Y al cubrirnos de regalos demuestran su respeto hacia nosotros y hacia Estados Unidos.»

En consecuencia, comimos, una vez más.

A la mañana siguiente, mientras dábamos cuenta del hígado de gacela, Wilhelm me habló de su segundo destino en Tayikistán. Empezó en octubre de 1996, cuando se convirtió en el primer agregado de Defensa estadounidense de la reciente república independiente ex soviética, cuya guerra civil había empezado por fin a decaer después de cuatro años. Los talibanes de etnia pastún acababan de capturar la capital Kabul del vecino Afganistán. Los dirigentes centroasiáticos, por no hablar de Rusia y el clero chií de Irán, temían que los talibanes, con la ayuda de Pakistán y Arabia Saudí, intentaran extender su ideología de fundamentalismo suní por toda la región. En consecuencia, exigieron el fin de la guerra civil tayika porque entorpecía sus esfuerzos por contener al nuevo régimen talibán: necesitaban Tayikistán como base de retaguardia para ayudar al líder guerrillero de etnia tayika, Ahmad Sha Masud, a recapturar Afganistán. El hecho de que la guerra civil hubiera degenerado en un enfrentamiento de señores de la guerra locales proporcionó a los diversos líderes de facción, que estaban perdiendo el control a marchas forzadas, un incentivo más para detener los combates.

Sin embargo, la capital tayika de Dushanbe todavía venía a ser uno de los círculos inferiores del infierno cuando Wilhelm volvió a aterrizar en ella. Gran parte de su tiempo lo dedicaba a seguir la pista de las actividades de una pintoresca casta de señores de la guerra: Rajmon *Hitler* Sanguinov, Jagga Mirzoyev, *el Barrendero*, Majmud Judoberdiev, *el Robín Hood Negro*, Abdumalik Andulojonov, *el Tiburón*, Jurshed Tyson Abdushukurov y Yakub Solimov, que tocaba la canción de *El padrino* siempre que recibía a invitados en su casa.

La economía tayika consistía en un monocultivo de algodón, una fundición de aluminio y la heroína, por la que luchaban todos aquellos hombres. «En Tayikistán —explicó Wilhelm— aprendí que los señores de la guerra no son producto de grandes cerebros de la maquinación política. Nuestros intelectuales los han descrito como algo mucho más complicado de lo que son en realidad. Se trata de meros oportunistas, sin mayores inquietudes sobre seguridad nacional o cualquier otra cosa.» Así, por ejemplo, Majmud Judoberdiev, capitán del Ejército soviético en Afganistán en la década de 1980, tenía por azares de la vida las llaves del arsenal de Kurgan-Tiube, en la provincia meridional de Jatlon. «El hecho de tener las llaves del arsenal lo convertía en un señor de la guerra. Tenía tres tanques en funcionamiento; con eso bastó para hacerlo famoso.»

Wilhelm fue testigo de la caída «final» de la ciudad de Tursunzade, cerca de la frontera con Uzbekistán, tres veces, una de ellas tumbado en una

trincheras bajo un fuego encarnizado. «En el campo de tiro, las balas suenan de una manera; cuando vienen a por ti, suenan de otra.» Su mujer, Cheri, y sus dos hijos pequeños, Parker y Daley Alice, lo habían acompañado a Tayikistán. «Llevaba mucho tiempo separado de ellos, por culpa de los destinos en Bosnia y otras misiones. Por fin estábamos todos juntos en una zona de guerra. No había electricidad, no había calefacción; hacía tanto frío que dormíamos todos en la misma cama para darnos calor. El agua del grifo era del color de la Coca-Cola. Compartíamos baño con nuestros guardias armados. De vez en cuando me iba a cazar jabalíes. Fue la mejor época de nuestra vida.»

Cuando terminó la guerra y los infames hermanos Sodirov —Rizvon y Bahrom— quedaron excluidos del acuerdo de paz, empezaron a tomar rehenes occidentales. Los Wilhelm fueron evacuados en dos ocasiones. En una de ellas, mandaron a Wilhelm a Tampa, Florida, cuartel general del Mando Central, que pronto debía incorporar las repúblicas centroasiáticas ex soviéticas a su campo de actuación. Wilhelm fue convocado para encontrarse con el comandante en jefe del CENTCOM, el general de Marines Anthony Zinni.^[a6]

«Encontré a Zinni en el gimnasio, levantando pesas —relató Wilhelm—. “El típico general de Marines”, pensé. Sólo tenía una pregunta para mí, la madre del cordero. Dado que yo era un riesgo de protección de fuerza (al fin y al cabo, habían tenido que evacuarnos a mí y a mi familia), ¿qué estaba haciendo en Tayikistán, para empezar, y qué me hacía tan necesario allí? Le respondí que era el único tío que tenía sobre el terreno en un país en guerra civil pegado a otro donde los talibanes estaban luchando contra un surtido de señores de la guerra bajo el nombre de Alianza del Norte. “Vale —me dijo—, entonces vuelve a Tayikistán”. Eso es un buen general: si obtiene la respuesta adecuada a la pregunta adecuada, no quiere saber nada más de ti. Confía en que te encargarás del resto.»

Wilhelm volvió con su familia a Tayikistán una última vez, hasta que pusieron precio a su cabeza y tuvo que salir de una vez por todas. Lo habían ascendido a teniente coronel. Entonces descubrió que figuraba entre los candidatos al mando de un batallón, lo que lo situaba en el 10 por ciento superior de su grupo. No llegó a conseguir el mando de ese batallón, pero el hecho de haber ascendido desde el 20 por ciento de abajo —desestimado para la Escuela de Comando y Estado Mayor de Fort Leavenworth— hasta el 10 por ciento superior por medio de una trayectoria profesional tan poco

convencional era una muestra de lo mucho que había cambiado el Gran Ejército desde la caída del Muro de Berlín.

«Nunca seré general, de modo que ésta es la única banda que tendré», comentó Wilhelm mientras la banda de música del pequeño contingente fronterizo improvisaba una variación de la melodía del Ejército Rojo de los años 40. Los desechos de un imperio muerto quedaban de manifiesto también de otras maneras en aquella base de regimiento. Cerca de la plaza de armas había una hilera de transportes blindados de tropa oxidados y sin ruedas de los tiempos en que los soviéticos habían utilizado Mongolia como colchón contra China, a renglón seguido de la ruptura sino-soviética. Allí no había manera de aplastar los vehículos, desguazarlos o reciclarlos de cualquier otro modo. Eran, literalmente, ruinas de una época superada.

Después de pasar revista a la banda, subimos nuestro equipo al UAZ y proseguimos con nuestra travesía hacia el nordeste a lo largo de la frontera china. El plan del día era parar en unos cuantos *ovoos* de camino a Shiliin Bogd Uul, un volcán extinto que los mongoles consideraban sagrado. «¿Qué sentido tiene todo eso, desde un punto de vista militar?», le pregunté a Wilhelm en tono de media protesta.

«Ninguno —respondió con una sonrisa—. El coronel Ranjinnyam y los demás quieren que subamos al volcán sagrado. Para ellos es importante de verdad, de modo que tenemos que hacerlo. Son el tipo de cosas que los agregados de Defensa chinos y rusos nunca harán con los mongoles. Por eso confían en nosotros. Ayer fue el día de Roy Chapman Andrews; hoy tocará Bruce Chatwin o Peter Fleming.» El día anterior, quería decir, lo habíamos dedicado a las cosas de chicos, como cazar gacelas y tirar al blanco. Ese día saborearíamos la estética del paisaje y la cultura.^[a7]

Paramos para inspeccionar un par de estatuas túrquicas despedazadas, que se erguían como enigmáticos tótems en mitad del desierto. Es posible que las construyeran los hsiung-nu (hunos) y dataran más o menos de los primeros siglos de la Era Común. Nadie parecía saberlo. Las guías se contradecían entre ellas. También topamos con una estatua de Toroi-Bandi, un bandido local que había hostigado a los chinos manchúes. En un gesto simbólico, la estatua mira hacia la frontera china. Se había convenido en un lugar santo, próximo a un *ovoo*, al que realizamos ofrendas.

Después atravesamos una región de gigantescas dunas de arena en forma de cuarto creciente que se elevaban por encima de un aterciopelado pantanal.

El Gobi era el desierto más variopinto que había visto en mi vida: dunas y pantanos, duras estepas de tierra y llanuras de grava, desierto puro de arena y escoriales, colinas de arcilla, montañas y pendientes glaciales. Al atardecer llegamos al volcán sagrado de Shiliin Bogd.

El peñasco desolado con forma de joroba que escalamos ofrecía hacia el sur y el este el panorama de un desierto reluciente, abombado por cadenas de volcanes muertos y acuchillado por hielo de las morrenas, como si la Luna estuviera recubierta de serrín a través del cual asomaran los contornos negros de sus cráteres. Era el confín occidental de Manchuria, el punto donde el último vestigio del mundo clásico occidental —con sus hordas hunas, túrquicas y mongolas que habían arrasado Roma y su periferia— daba paso a la civilización sínica. «Es un paraíso para los lobos», observó el coronel Ranjinnyam.

Dimos tres vueltas al *ovoo* de la cumbre y luego preparamos una barbacoa con los patos que el coronel había cazado por la mañana y Wilhelm había desplumado. En un brindis por él, Ranjinnyam dijo que respetaba a los ejércitos estadounidense y ruso por encima de todos los demás «porque sufrieron y ganaron en la Segunda Guerra Mundial. Yo quiero soldados como Gengis —prosiguió— pero sin la crueldad de aquella época, claro está».

Al final de la comida repartimos piedras calientes de la barbacoa para hacer malabarismos con las manos, una tradición local que según los mongoles es buena para las articulaciones superiores. Después cogimos el omóplato de una oveja y le hicimos un agujero, para que nadie pudiera hechizarnos. Wilhelm me explicó todas aquellas tradiciones con entusiasmo. «Me encanta mi trabajo», repitió.

Tras completar nuestra visita a los regimientos fronterizos, el coronel Rankinnyam nos acompañó en su UAZ en el largo trayecto hasta la ciudad de Choir, situada en la Mongolia central, al sudeste de Ulan Bator. A las afueras de la población había una base aérea soviética abandonada que Wilhelm quería inspeccionar, con miras a su futuro uso por parte de Estados Unidos.

La pista de aterrizaje, de tres kilómetros, precisaba sólo reparaciones modestas, y podía recibir cualquier tipo de aeronave de ala fija de la flota estadounidense. Junto a ella había una larga hilera de refugios fortificados para aviones, búnkeres de cemento reforzado con forma de media pirámide para proteger a los cazas de los bombardeos aéreos. Un cartel gigantesco proclamaba: «Alabado sea el Comité Central del Partido Comunista.» La base

de Choir había sido construida en los años 70, a consecuencia de la ruptura sino-soviética de unos años antes. Constituía un frente avanzado para la Unión Soviética en caso de un conflicto con China.

¿Para qué demonios iba a necesitar Estados Unidos una base en Mongolia?, cabría preguntarse. En la década de 1990, Wilhelm había pensado lo mismo acerca de Tayikistán. Entonces llegó el 11 de septiembre de 2001, y el perdido Tayikistán, con su frontera meridional asomada al Afganistán controlado por los talibanes se convirtió de repente en una posible escala para las operaciones de la coalición encabezada por Estados Unidos. Con la frontera oriental de Mongolia a tan sólo 800 kilómetros de Corea del Norte, al otro lado de Manchuria, una base aérea allí podía suponer un activo en un entorno estratégico que cambiaba con rapidez.

No había intención de convertir Choir en una base estadounidense como antes lo había sido soviética. En lugar de eso, y por una cantidad de dinero relativamente módica, podía repararse y mantenerse la pista de aterrizaje y un edificio o dos, para que los aviones y el personal de las Fuerzas Aéreas estadounidenses pudieran usarlos en cualquier momento. Dada la inestabilidad política en toda Asia central, al Pentágono lo atraía una estrategia euroasiática «de huellas» en virtud de la cual Estados Unidos tendría opciones de bases en todas partes, sin contar con una presencia significativa de tropas y equipo pesado en ninguna.

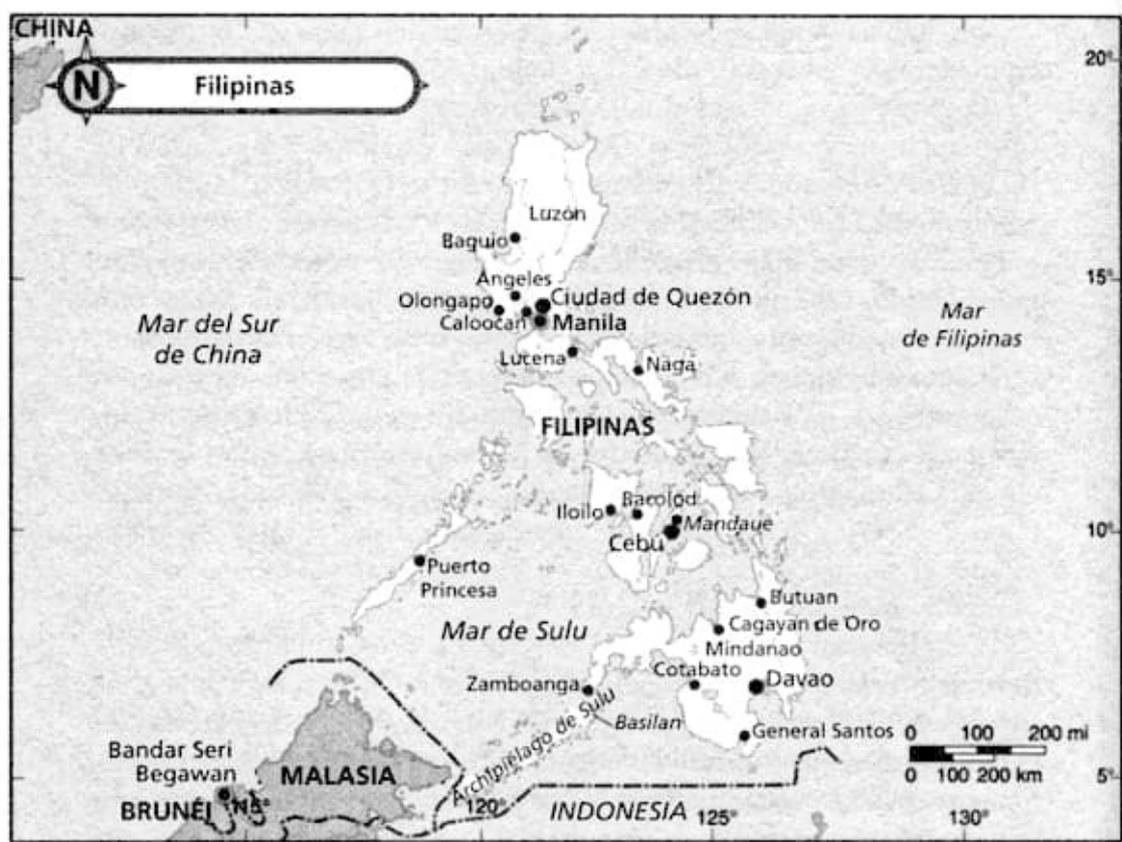
Choir en sí no era más que una serie de viviendas de cemento como calaveras rodeadas de estepa. Un complejo de edificios que en un tiempo había alojado a 1850 familias de militares soviéticos y que incluía un teatro y varias tiendas había sido despojado de todas sus ventanas y tuberías de calefacción. «Antes estaba tan animado... —comentó el comandante Altanjuu—; era el lugar donde todos los mongoles querían ir por la noche.»

Dominando un campo de cristales rotos, donde el último bloque de viviendas se encontraba con el llano y vacío Gobi, se erguía la estatua en cemento de un comisario soviético genérico que avanzaba con el paso desdeñoso y agresivo de Lenin. La estatua de Papá Soviet había empezado a descascarillarse y resquebrajarse, aunque gracias a su tamaño gigantesco podría resistir allá por toda la eternidad: el Ozimandias definitivo, con tan sólo un puñado de yaks y perros vagabundos para admirarlo. La estatua hacía pensar no sólo en brutalidad y dominación, sino también en cutrerío. «Otra cosa construida por un taller de instituto», observó Wilhelm, con una carcajada.

«Deberíamos ir con cuidado con nuestras propias ambiciones —dije yo—. No queremos acabar como los soviéticos.»

«Aquí nosotros no necesitamos construir nada —respondió él—, salvo relaciones.»

Filipinas



PACOM

FILIPINAS, VERANO DE 2003

Con notas sobre Filipinas, 1898-1913

Los terroristas utilizaban como escondrijos esas islas pobres, pobladas de chabolas e imposibles de patrullar [...]. Combatir el terrorismo islámico en ellas acarrearía un beneficio secundario: posicionaba a Estados Unidos para la contención de China.

Pocas vistas están tan preñadas de fatídicos recuerdos patrióticos como la que se aprecia desde los terrenos de Camp H. M. Smith a las afueras de Honolulu, Hawai, sede del Mando del Pacífico de Estados Unidos (PACOM). [a1] Desde el núcleo de edificios amarillos de la Segunda Guerra Mundial que oficiaron de cuartel general del PACOM hasta 2004, cuando se estrenó una nueva sede, abarqué en un golpe de vista todo el paisaje trágico del 7 de diciembre de 1941.

De izquierda a derecha paseé la mirada por Hickam Field y Pearl Harbor, con el U. S. S. *Arizona* Memorial frente a Ford Island, fosa común de 1177 marineros y marines; los penumbrosos picos de lava de la cordillera Waianae, tras la que se ocultaron los bombarderos japoneses en los momentos previos a su ofensiva, la base de las Fuerzas Aéreas de Wheeler y Schofield Barracks, puesto avanzado de la 25.ª División de Infantería, homenajeadas por James Jones en *De aquí a la eternidad*.

En la isla Hawaiana de Oahu, como el Sur Profundo y las Grandes Llanuras, se respiraba el militarismo. Los estadounidenses uniformados eran omnipresentes, muy al contrario que en el nordeste, donde yo vivía. Allí, con la excepción de Fort Drum en la parte norte del estado de Nueva York, sede

de la 10.^a División de Montaña del Ejército, hacía décadas que las principales bases estaban cerradas y desmontadas. Era una de las causas poco señaladas del antimilitarismo del nordeste, en comparación con el resto del país.^[a2]

Había hecho escala en el PACOM para informarme, en mi trayecto hacia las Filipinas. Cuando estaba en Mongolia, recibí un mensaje del general de división Geoff Lambert, de Fort Bragg, en el que me preguntaba si quería ir «empotrado» con las Fuerzas Especiales del Ejército en las islas filipinas de Mindanao y Luzón. Fue sencillo decidirse. Mientras los medios de comunicación se concentraban en Afganistán e Irak, el sur de Filipinas se había convertido con discreción en un laboratorio para la erradicación de una insurgencia islámica, además de la construcción de naciones a pequeña escala.

Como indicaba la vista majestuosa desde su cuartel general, el PACOM disfrutaba de todo el esplendor del que carecía el humilde y pequeño SOUTHCOM. El PACOM tenía sus raíces en el viejo Ejército del Pacífico estadounidense, que existió desde la guerra de Filipinas de 1899-1902 hasta la Segunda Guerra Mundial. El Ejército del Pacífico había surgido de las cenizas de la fuerza de combate contra los indios de los tiempos de la frontera. Era lo más parecido a una institución colonial británica que Estados Unidos había producido jamás. Sus elegantes uniformes eran obra de sastres chinos, y los llevaban hombres que hablaban de marchas por la jungla, de los traicioneros moros de Mindanao y las islas Sulu y de los cazadores de cabezas de Luzón. Los soldados estadounidenses del Pacífico de principios del siglo XX pertenecían «a los ejércitos Bambú, Carabao o Piña» de Filipinas y Hawai. Tenían canciones propias de marcha como *Los monos de Zamboanga no tienen cola*. Sus oficiales jugaban a polo con las elites locales de las islas del Pacífico, mientras que los cuadros bajos tomaban de amantes a exóticas doncellas aldeanas. Cuando sus barcos amarraban en Honolulu, los soldados recibían serenatas de las bandas de regimiento y guirnalda de flores.^[1]

El carácter y ambiente de este ejército de estilo colonial fue capturado brutalmente para la posteridad en el libro *De aquí a la eternidad*, de Jones, una saga de treintañeros patibularios más que ciudadanos soldados, para los que el Ejército es sencillamente «La Profesión». Robert E. Lee Prewitt, el protagonista principal de Jones, siente la inspiración de enrolarse en el Ejército desde el condado de Harlan, Kentucky, no por las anécdotas que ha oído a sus mayores sobre la Primera Guerra Mundial, sino por las que le han contado sobre la lucha contra los «puñeteros» moros de la insurrección filipina.^[2]

Los vestigios supervivientes de aquel mundo quedaban de manifiesto en los cuadrángulos de porche abierto de Schofield Barracks y en la hilera de casas con entramado de madera y tejados inclinados del cercano Fort Shafter, con sus fachadas verde menta y sus porches con mosquitera, rodeadas por un bucólico jardín de árboles en flor y venerables palmeras. A principios del siglo XXI, los oficiales de las Fuerzas Armadas asignados al PACOM en Oahu todavía residían en aquellas elegantes estructuras infestadas de termitas, citadas en el Registro Histórico Nacional.

Los soldados del Pacífico de Estados Unidos todavía suponían el grueso de sus tropas de ultramar, al igual que cien años antes. Allí donde el SOUTHCOM disponía de 1271 míseros soldados propios, el CENTCOM de 22 046, el EUCOM de 112 000 y el NORTHCOM de 133 407, el PACOM contaba con la friolera de 280 840 hombres, además de 75 buques de guerra, 35 submarinos y 1679 aeronaves de combate.^[3] El CENTCOM libraba guerras en Irak y Afganistán con tropas prestadas por el PACOM.

La historia y la realidad del momento explicaban el extremo desequilibrio entre los mandos de zona.^[a3] El Pacífico, y en particular Filipinas, había supuesto el escenario de la primera gran guerra de ultramar estadounidense. El teatro de operaciones del Pacífico había sido uno de los dos grandes componentes de la Segunda Guerra Mundial. Después, los únicos conflictos prolongados y a gran escala en los que combatieron y murieron estadounidenses se produjeron en el Pacífico: Corea y Vietnam. El tamaño mismo de ese océano implicaba que el PACOM tuviera responsabilidad sobre el 51 por ciento de la superficie de la Tierra. La India, las dos Coreas, China y los numerosos archipiélagos de los mares del Sur, entre ellos Indonesia —la nación musulmana más poblada— también significaban que la zona del PACOM comprendía al 60 por ciento de la población mundial. Además, se trataba en su mayor parte de poblaciones con un elevado nivel de educación y tecnología y unos ejércitos en expansión, que presentaban relaciones difíciles entre ellas y una dependencia cada vez mayor del petróleo importado.

Por si fuera poco, Estados Unidos llevaba a cabo una tercera parte de su comercio con el Lejano Oriente. El estrecho de Malaca, que separa la península Malaya de la isla indonesia de Sumatra, era la vía marítima más transitada del mundo. Había pulsos nucleares en la península de Corea y el subcontinente indio. El fundamentalismo islámico infestaba los archipiélagos más grandes, mientras que algunos de los más pequeños eran estados fracasados, como las islas Salomón. Por encima de todo ello se cernía la

sombra del pujante poderío de China. El teatro de operaciones del Pacífico podía dar dolor de cabeza al mejor de los estrategas.

Las reuniones informativas del PACOM venían a reducirse a los siguientes conceptos, aunque los propios oficiales no lo manifestaran de forma explícita: había que olvidarse de los gobiernos centrales y la soberanía nacional. Filipinas, Malasia e Indonesia formaban un solo archipiélago inmenso e interconectado, cuyo sinnúmero de islas remotas lo convertían en una encrucijada para el terrorismo internacional. Los terroristas utilizaban esas islas pobres, pobladas de chabolas e imposibles de patrullar como escondrijos para la instrucción, el descanso y la rehabilitación. Combatir el terrorismo islámico en la región acarrearía un beneficio secundario: posicionaba a Estados Unidos para la futura contención de la cercana China.

Hay que tener en mente que ésa era a grandes rasgos la perspectiva del Ejército de Tierra, y en particular de las Fuerzas Especiales. El PACOM contenía otras realidades y puntos de vista. El hecho primordial del teatro de operaciones del Pacífico era la distancia oceánica, que conllevaba la dependencia de la Marina y las Fuerzas Aéreas. Tras la destrucción de la marina militar y mercante japonesa en la Segunda Guerra Mundial, hubo que mantener las SLOCS (vías marítimas de comunicación) críticas para el comercio y las potenciales operaciones militares de Estados Unidos contra la Unión Soviética. Aunque la amenaza soviética se había vuelto irrelevante, el peligro para las rutas marítimas que China presentaba no cesaba de crecer.

Así, salvo por el teatro coreano de operaciones, el Ejército de Tierra siempre había sido un elemento de escasa importancia dentro del PACOM. La tradición dictaba que el comandante del PACOM fuese un almirante de la Marina. El director del SOCPAC (Mando de Operaciones Especiales, Pacífico), con control operacional sobre las Fuerzas Especiales del Ejército en el teatro de operaciones, era a menudo un general de brigada de las Fuerzas Aéreas. La Marina y las Fuerzas Aéreas pensaban en términos más abstractos que el Ejército de Tierra. Atribuían más importancia a la diplomacia de flotas en la zona de Taiwan y a la contención de Corea del Norte que a las guerras no convencionales en Filipinas y estados deficitarios como Timor Oriental. En realidad, como Corea del Norte seguía siendo una amenaza de primer orden, el PACOM permanecía atrapado hasta cierto punto en una mentalidad de guerra fría y Apocalipsis nuclear.^[a4] Por último, pesaba el fantasma de la experiencia de Vietnam, que volvía al PACOM especialmente contrario a las aventuras terrestres en Asia. Como se quejaba un oficial del Ejército de Tierra a mediados de 2003: «El CENTCOM vive y respira en el mundo no

convencional posguerra fría. Lo mismo pasa con el EUCOM y sus operaciones pacificadoras y de rescate humanitario en los Balcanes, África y los “istanes”, mientras que la principal ocupación del SOUTHCOM son las Fuerzas Especiales en Colombia. El PACOM, sin embargo, lleva veinte años de retraso, y le asustan las guerritas embrolladas y que las SF asuman un papel transparente en asuntos humanitarios. En cuanto a Corea del Norte, tiene todos los números para acabar degenerando en una situación de lo menos convencional.»

El 11 de Septiembre despertó al PACOM de su sopor de la guerra fría. Cuando el presidente George W. Bush y sus asesores contemplaron el mundo en busca de lugares donde llegar a las manos con el terrorismo islámico, el hecho clamoroso de Filipinas, un archipiélago patéticamente corrupto, muy poblado y plagado de insurgentes islámicos, se volvió imposible de soslayar. Y eso era trabajo del Mando de Operaciones Especiales.

En términos históricos, Estados Unidos había completado el círculo. Fue en Filipinas donde había comenzado en serio la experiencia épica estadounidense en el Pacífico un siglo atrás, cuando el presidente William McKinley envió una expedición naval a la bahía de Manila desde Honolulu. La victoria sobre los insurgentes musulmanes de las Filipinas a principios del siglo XX —un corolario de la guerra hispano-estadounidense de 1898— constituía el segundo hito en el avance imperial de Estados Unidos, después de la consolidación del Oeste Americano.

A lo largo del siglo XIX, del costado de la expansión hacia el Oeste, la Armada y los Marines de Estados Unidos habían estado estableciendo, por citar al secretario de Estado de Abraham Lincoln, William Henry Seward, un «imperio de los mares».^[4] Construido sobre el comercio y la influencia, mucho más que sobre la ocupación directa, el imperio mercantil y marítimo estadounidense presentaba cierto parecido con el de Venecia. Lo impulsaba el mismo optimismo pionero y bravucón que había ampliado los confines del asentamiento blanco en el sur y el oeste del continente, espoleado más allá por el dinamismo económico que siguió a la victoria del Norte industrial en la guerra civil.

Los marineros y marines estadounidenses protagonizaron repetidos desembarcos en Argentina, Perú, Nicaragua, Uruguay, México, Chile y Panamá (a la sazón parte de Colombia). Las incursiones agresivas en Latinoamérica, ideadas para apuntalar y derrocar gobiernos y proteger a los

diplomáticos estadounidenses y los intereses comerciales de un país en expansión, tuvieron su réplica en el Caribe, y también en el Pacífico.

En 1887, la Marina consiguió el acceso exclusivo a Pearl Harbor, tras la integración económica de Hawai en Estados Unidos de la posguerra civil. También realizó incursiones en China y en islas grandes y pequeñas, desde Sumatra a las Marquesas. Estados Unidos abrió Japón al comercio norteamericano, adquirió Alaska y exploró y reclamó el archipiélago de Midway. Tras una prolongada serie de escaramuzas marítimas y negociaciones, adquirió una isla en Samoa.^[5]

La entrada de Estados Unidos en Filipinas empezó al alba del 1 de mayo de 1898, cuando los nueve buques del comodoro George Dewey, tras superar la isla de Corregidor por delante de la península de Batán al amparo de la oscuridad, penetraron en la bahía de Manila y destruyeron una flotilla española algo más grande. Como tantos episodios destacados de la historia, la victoria de Dewey fue a la vez la culminación de unas colosales fuerzas políticas y económicas y un accidente fruto de las circunstancias que con facilidad podría no haberse producido, puesto que no fue instigado en absoluto por ningún acontecimiento en el Pacífico sino por lo sucedido en el Caribe, donde la represión de España sobre Cuba condujo al presidente McKinley —a instancias de expansionistas como el subsecretario de la Marina Theodore Roosevelt— a declarar la guerra al Imperio español.

La invasión de Filipinas señaló la primera ocasión en la que Estados Unidos se había propuesto deliberadamente conquistar un gran pedazo de territorio en el extranjero con el fin de ocuparlo. Eso no volvería a producirse hasta la invasión de Irak, más de un siglo después. Aunque empezara con la gloriosa obertura del comodoro Dewey, el primer conflicto estadounidense de importancia fuera de sus límites continentales degeneró con el paso de unos meses en una pesadilla militar, además de un trauma nacional tal como no volvería a verse hasta Vietnam.^[6] Los errores que Estados Unidos cometió en Filipinas, las diversas experiencias que las Fuerzas Armadas vivieron allí y la plétora de lecciones tácticas que las tropas norteamericanas aprendieron a lo largo de años de guerra en la jungla ofrecieron una reserva de información de cara a los desafíos de guerra, pacificación y construcción de naciones del umbral del siglo XXI mucho más rico que las experiencias de la Primera y la Segunda Guerra Mundial juntas. Además, si el Ejército estadounidense hubiese prestado más atención a sus éxitos y fracasos en Filipinas —qué funcionó y qué no—, habría afrontado Vietnam mucho mejor de lo que lo hizo.

La guerra de Filipinas fue una experiencia sangrienta y desengañadora como ha habido pocas: de esas que ni los medios ni la opinión pública estadounidenses, ni entonces ni ahora, podían o pueden soportar. A resultas de ello, la actuación en general del Ejército en las Filipinas cosechó una reputación inmerecidamente mala. Los episodios de brutalidad cometidos por soldados norteamericanos, respuesta en parte a la brutalidad de los insurgentes filipinos, permitieron que una prensa estadounidense algo inocentona y amarilla emborronara la campaña entera. Así, las penosas lecciones militares obtenidas en Filipinas quedaron soslayadas u olvidadas por el mismo estamento militar que más tarde tendría que combatir en Vietnam, escribe Brian McAllister Linn en *The U.S. Army and Counter-Insurgency in the Philippine War, 1899-1902*.^[7] Con todo, la verdad en el sentido más amplio, en palabras de Max Boot en su *The Savage Wars of Peace*, es que las acciones de Estados Unidos en Filipinas constituyeron «una de las contrainsurgencias más exitosas libradas por un ejército occidental en los tiempos modernos».^[8]

Después de la entrada victoriosa de Dewey en la bahía de Manila, las Fuerzas Armadas estadounidenses asistieron a los insurgentes filipinos en su conquista del archipiélago dominado por los españoles. Sin embargo, como sucedería en Irak y otras partes, los norteamericanos partieron de la errónea premisa de que, ya que los elementos locales veían con buenos ojos la expulsión de un régimen despótico, conservarían una automática simpatía hacia ellos una vez derrocado ese régimen. La libertad era «entendida de diferente manera», explica el historiador filipino Samuel K. Tan. Estados Unidos «perseguía la misión del imperio en nombre de la libertad para civilizar el mundo», mientras que para los filipinos la libertad tenía poco que ver con un gobierno electo y mucho que ver con una «relación mística entre el pueblo y el entorno natural».^[9]

Tras la derrota de los españoles, las tensiones fueron en aumento entre el nuevo Gobierno filipino encabezado por un joven de etnia tagala, Emilio Aguinaldo, y los libertadores estadounidenses, a la vez que Aguinaldo perdía el control sobre sus propias Fuerzas Armadas, víctima de las facciones. Para febrero de 1899, la anarquía filipina y el mal ubicado idealismo estadounidense estallaron en una guerra declarada entre los soldados norteamericanos y una legión de guerrillas indígenas.

El derrumbe de la autoridad central condujo a la completa regionalización del conflicto, con varios dirigentes guerrilleros transformados en señores de la guerra locales.^[10] La estrategia estadounidense consistía en pacificar cada una de las regiones y entregarla a una comisión civil para la reconstrucción, que presidiría un juez de Ohio, William Howard Taft, recientemente nombrado por el presidente McKinley. Sin embargo, fue esa misma estrategia civilizadora de los ocupantes norteamericanos la responsable de gran parte de la brutalidad de la guerra, pues suponía una amenaza directa a la autoridad de los señores de la guerra sobre sus poblaciones.

La fuerza expedicionaria estadounidense llegaría a su tope con 69 000 efectivos entre Ejército de Tierra, Armada y Marines, al mando del general del Ejército MacArthur, poseedor de una Medalla de Honor del Congreso por la guerra civil. La mayoría de los oficiales y soldados del general MacArthur eran voluntarios de estados al oeste del río Misisipí, cuya experiencia militar predominante, en caso de que la tuvieran, había sido el combate contra los indios. De los treinta generales estadounidenses en las Filipinas, veintiséis habían luchado en las guerras indias.

Como en el caso de esas guerras, en las que las tácticas diferían en algo según la tribu, las fuerzas estadounidenses en las Filipinas, diseminadas entre cuatrocientas guarniciones aisladas en distintas islas, libraron muchos conflictos independientes. Los oficiales de grado medio presentes en Filipinas a finales del siglo XIX, privados de radios y helicópteros, a menudo no tenían la posibilidad de seguir las instrucciones de los cuarteles generales. En consecuencia, asumieron la toma de decisiones políticas en su propio pedazo de jungla, adquiriendo experiencia en la zona y desarrollando sus propias campañas de contrainsurgencia específicamente adaptadas a la situación política, militar y cultural de cada microrregión. Improvisaban a base de ensayo y error. Al informar de sus aciertos y fracasos a sus superiores, influían en las políticas del escalafón superior de la cadena de mando.

Se convirtió en una guerra de comandantes de compañía impacientes con el papeleo y la rutina. William H. Taft le dijo al secretario de Guerra Elihu Root que «la pacificación de las islas parece depender en gran medida del carácter del oficial militar a cargo del distrito concreto».^[11]

Eso era el Ejército tal y como debería ser, con generales que respaldaban las decisiones de sus subordinados, más próximos a la acción. Tom Wilhelm me había venido a decir lo mismo.

Por ejemplo, en el extremo norte de Luzón, el teniente coronel Robert L. Howze, un tejano galardonado con la Medalla al Honor en las guerras indias,

organizó un sistema escolar y un Gobierno local, con lo que realizó la transición de comandante de combate a gobernador provincial.^[12] Sin embargo, fue el propio éxito de Howze, sumado a lo escaso de las tropas a su disposición —sólo había cinco compañías confinadas en unas pocas ciudades— lo que condujo a que la guerrilla cortara cables de teléfono, asaltara convoyes y amenazara a los civiles que cooperaran con los estadounidenses. La respuesta de Howze fue enérgica. Organizó patrullas agresivas que asolaron la región entera, mataron y rodearon a los guerrilleros y dejaron que se murieran de hambre y enfermedad, a la vez que ofrecía la amnistía a los simples lugareños que hubiesen ayudado a los insurrectos por coacción.

En una ocasión, Howze dijo a sus oficiales: «Adviertan [a los funcionarios cívicos] de que alimentar, cobijar y albergar al elemento insurrecto son prácticas que deben cesar de inmediato, o se arrasará la localidad, hasta el punto incluso de destruir sus cosechas.»^[13] Creó un servicio local de información similar a las unidades de exploradores nativos montadas por los británicos en la India, a la vez que establecía consejos de gobernación en las aldeas que eran el primer y rudimentario paso hacia el autogobierno.

Los servicios de información nativos que organizaron los estadounidenses eran «difíciles de superar», en palabras del general de brigada Frederick Funston.^[14] Nativo de Kansas con experiencia senderista en las *badlands* de Dakota, el general Funston, oficial al mando de un distrito en otra parte de Luzón, montó su propio servicio de espionaje, al que recompensaba con generosas pagas. Cuando secuestraban a alguno de sus espías, él secuestraba a la familia de un guerrillero destacado. Llevó a organizar una fuerza de choque nativa a la que conducía en persona a la batalla. «Al conciliar a poderosos grupos étnicos y sociales, utilizar auxiliares nativos y realizar operaciones militares que golpeaban a la guerrilla pero dejaban a la población relativamente indemne, fue capaz de destruir la oposición en poco más de un año», escribe Linn.^[15]

Si bien en algunas partes del archipiélago el Ejército de Estados Unidos fue capaz de explotar las divisiones étnicas, en otros sectores era estúpido intentarlo. En algunas zonas lo necesario era una estrategia puramente militar; en otras, lo crucial era un componente de asuntos civiles y humanitarios. Existía una constante, sin embargo: tanto la victoria militar como la reforma social sólo eran posibles cuando, como observa Linn, «el Ejército era capaz de separar a la guerrilla de los civiles», evitando así que obstruyeran las organizaciones cívicas.^[16] Fue esa verdad primordial la que formaría la base

del plan de las Fuerzas Especiales del Ejército para socavar el terrorismo internacional en Filipinas un siglo más tarde.

El 4 de julio de 1902, cuando el presidente Theodore Roosevelt dio por terminada la guerra de Filipinas, el saldo del conflicto era de más de 4234 estadounidenses muertos y 2818 heridos.^[17] En total murieron 200 000 personas, sobre todo civiles filipinos.^[18] Los combates en el sur musulmán se prolongarían durante años. Podría sostenerse que todo aquello fue innecesario de buen principio, una pifia política de primer orden de la Administración McKinley, en la que el idealismo y la inocencia de Estados Unidos lo abocaron a un sendero de destrucción y brutalidad. Sin embargo, la parte estrictamente militar de la ecuación tenía otro aspecto. Como escribe Max Boot:

El éxito del empeño contrainsurgente de Estados Unidos no se debió a las atrocidades cometidas —24 000 soldados [sobre el terreno] a duras penas podían aspirar a aterrorizar a 7 millones de personas para reducirlas a la sumisión— sino a que se prestó atención a los rudimentos de la estrategia contrainsurgente. En Vietnam [...] el Ejército derrochó sus recursos en infructuosas misiones de «búsqueda y destrucción». En las Filipinas, en cambio, se concentró en aislar a la guerrilla de la asistencia civil acuartelando la zona rural. Mientras los hombres refunfuñaban sobre la monotonía de la vida en los *boondocks* (una americanización de la voz tagala *bundok*, que significa «montaña»), su mismo aislamiento los obligaba a familiarizarse con su zona y la gente que vivía en ella.^[19]

La victoria militar, por sucia y brutal que fuera, vino seguida por décadas de dominio estadounidense que el periodista e historiador Stanley Karnow califica de «modelo de ilustración», comparado con el colonialismo europeo.^[20] Samuel Tan, el historiador filipino, que se muestra crítico con la política estadounidense en otros aspectos, está de acuerdo, y describe el dominio norteamericano como el motor histórico que llevó la modernidad a las masas filipinas.^[21]

Los estadounidenses se prohibieron comprar grandes terrenos. Evitaron tejemanajes como los monopolios de opio. Redistribuyeron la tierra de las ricas posesiones eclesiásticas entre los campesinos y construyeron carreteras, vías de tren, puertos, presas y sistemas de irrigación. El gasto estadounidense en salud y educación logró que se doblara la población filipina entre 1900 y

1920 y que la tasa de alfabetización aumentara de un 20 a un 50 por ciento en el transcurso de una generación.^[22]

Los filipinos, a su vez, influyeron en el destino de Estados Unidos del siglo XX como pocos países remotos han hecho. El liderazgo de Taft en la Comisión Filipina lo aupó a la presidencia de Estados Unidos. El capitán John *Black Jack* Pershing, que encabezaría la expedición contra Pancho Villa en México y comandaría las fuerzas estadounidenses en la Primera Guerra Mundial, fue ascendido a general de brigada por encima de otros novecientos oficiales tras su actuación estelar al dirigir las tropas contra la insurgencia musulmana en las Filipinas meridionales. Douglas MacArthur, hijo del general Arthur MacArthur, llegó a Filipinas al mando de una brigada estadounidense y regresó para un segundo periodo de servicio como asesor militar del Gobierno indígena. Uno de los ayudantes de MacArthur en Manila fue un comandante de mediana edad, Dwight D. Eisenhower, que afinó las habilidades analíticas que demostraría en la Segunda Guerra Mundial intentando organizar un ejército nacional filipino. La victoria japonesa sobre las fuerzas del general MacArthur en el archipiélago, la resistencia heroica de éste en la isla de Corregidor de la bahía de Manila antes de retirarse a Australia, las subsiguientes atrocidades cometidas por los japoneses contra los prisioneros de guerra tanto norteamericanos como filipinos durante la Marcha de la Muerte en la cercana península de Batán y el regreso triunfal de MacArthur a las Filipinas en la batalla del golfo de Leyte son todos episodios que se incorporaron a la leyenda homérica de la Segunda Guerra Mundial, que acercaron a los estadounidenses a sus Fuerzas Armadas y les proporcionaron un lazo en común con los filipinos.

En realidad, cualquiera que dude de que Estados Unidos es, o era, una potencia imperial, debería visitar Filipinas, donde la señorial Embajada blanca estadounidense con vistas a la bahía de Manila ocupa el solar más hermoso del centro urbano, tal y como hacían las embajadas británicas y francesas en sus antiguas colonias; donde los estadounidenses tienen sus propias residencias de campo en los montes para cuando refresca, como los enclaves de las colinas de los británicos; donde los oficiales militares, hombres de negocios y políticos más destacados son graduados de West Point, tal y como los personajes más eminentes de las antiguas colonias británicas se habían formado en Sandhurst; y donde el héroe romántico del país no es un filipino, sino una figura proteica como Douglas MacArthur que, a ojos de los filipinos, rescató el país de la carnicería de los ocupantes japoneses.

Con todo, existe una verdad más profunda y menos atractiva sobre el colonialismo estadounidense en Filipinas: por lo que respecta a la vida del filipino de a pie, quizá no haya supuesto una diferencia tan grande. A lo largo de todo el siglo XX, Filipinas siguió figurando entre las sociedades más disfuncionales, intratables y empobrecidas de Asia, con suburbios similares a los africanos y un fatalismo y una brecha entre clases propios de Latinoamérica. El periodista James Fallows afirma, sin pelos en la lengua, que la causa fundamental de los problemas del país fue una cultura maltrecha, y no el gobierno dictatorial de Ferdinand Marcos desde mediados de los 60 a mediados de los 80.^[23] A principios del siglo XXI, casi dos décadas después del derrocamiento de Marcos, la democracia filipina se había vuelto tan corrupta e ineficaz que los habitantes se quejaban a todas horas de que «al menos con Marcos sabías a quién sobornar».

Karnow observa que los filipinos se dejaron absorber con facilidad por los españoles y después por los estadounidenses porque tenían muy poco sentido de su propia identidad, en las antípodas de los vietnamitas y los indonesios, que podían posar la vista en templos de piedra que simbolizaban una histórica grandeza indígena. La única historia real que tenían las Filipinas era la colonial.^[24]

Antes de que el explorador portugués Fernando Magallanes cayera sobre el archipiélago en 1521 y clavara la bandera española, las Filipinas (así llamadas en honor a Felipe II) no habían sido más que una mezcla de tribus malayas, con ocho lenguas diferentes y setenta dialectos emparentados con el tagalo diseminados por 7107 islas, sin una autoridad central gobernante. España se inventó, o poco menos, las Filipinas, y les proporcionó una lengua franca y una religión común, el catolicismo romano, practicada por todos salvo la minoría musulmana del sur. Al otorgar concesiones de tierras a los colonos españoles, que después pasaron a manos de ricas familias mestizas, España también creó una oligarquía que ha dominado el país desde entonces, ya fuera bajo los auspicios estadounidenses, el decreto dictatorial o el constitucionalismo democrático. En realidad, cuanto más se profundizaba en el auténtico funcionamiento de Filipinas y más se acercaba uno a las zonas musulmanas del sur, menos importante parecía el advenimiento de la democracia a mediados de los 80.

Llegué a la capital filipina de Manila a última hora de la noche, y partí al mediodía siguiente para encontrarme con las fuerzas estadounidenses en

Zamboanga, al sudoeste de Mindanao, esa misma Zamboanga sobre la que los soldados norteamericanos habían cantado cien años atrás.

Se ha dicho que, con sus alamedas y su arquitectura clásica de imitación que recuerda a Washington D.C., no hay lugar en el mundo —ni siquiera las ciudades de la India con sus edificios góticos Victorianos— que luzca tanto el legado colonial como Manila. Dispuse de unas cuantas horas para pasear. Delante de la muralla española de la vieja Manila encontré pobreza galopante, prístinas mansiones blancas y una americanización de nuevo rico que presentaba un parecido inquietante con las ciudades del norte de México. Era un testimonio de lo mucho que se había impuesto Estados Unidos en esa capital, separada por casi siete mil millas de océano de San Francisco y Los Ángeles.^[a5]

Manila es inmensa y estéril, a pesar de su ubicación en una esplendorosa bahía histórica, con bulevares enormes y rectilíneos jalonados de torres avejentadas de ángulos agudos que reflejaban el modernismo alienador de los años 70. Los espacios entre rascacielos son morada de chabolas empapeladas con carteles ajados y herrumbrosos. Los mendigos llevan chanclas y gorras de béisbol que les vienen grandes. La capital filipina hace pensar en la chabacanería y la exuberancia vegetal de México y Centroamérica trasplantada a la inmensidad demográfica de Asia.

Volando hacia el sur rumbo a Mindanao, desde la ventanilla del avión contemplé un culebreo esmeralda deslumbrante de islas y bahías desfiguradas por un mosaico desgajado de enclaves humanos. Las Filipinas albergan 84,5 millones de personas, cerca de un 40 por ciento de las cuales tiene menos de quince años; los musulmanes crecen a un ritmo desproporcionado respecto del resto de la población. Desde el aire transmiten sensación de pobreza. En lugar de la complejidad de chip informático y elegante factura que caracteriza a las ciudades occidentales postindustriales, las urbes del Tercer Mundo vistas a tres mil metros de altura parecen más bien un brote de psoriasis. Dennis Downey, un teniente coronel de los Boinas Verdes, me diría más adelante: «Por debajo de Luzón es la Odisea. A ojos de los manileños, la zona del sur es ingobernable, analfabeta y pagana, llena de islitas que cambian de manos a diario.»

Al acercarme a Zamboanga, una brecha en el manto de nubes plomizas de una lluvia de monzón reveló una costa irregular que a duras penas se elevaba por encima del espejo turquesa del mar de Sulu. Después apareció un mosaico vidrioso y trapezoidal de arrozales y granjas de algas, el fieltro musgoso de unas colinas cubiertas de jungla del color del brécol y una concentración en

apariencia interminable de tejados inclinados de metal corrugado pintados de varios colores chillones. A diferencia de las espesuras tropicales de Colombia, la península de Zamboanga de Mindanao estaba atestada de humanidad.

Si Manila llevaba la clara marca de la influencia colonial española y estadounidense, no era ése el caso de Mindanao y las islas Sulu. La docena aproximada de sultanatos musulmanes que salpicaban las Filipinas meridionales nunca fueron subyugados del todo por los españoles. Los estadounidenses tardaron hasta 1913 para sofocar los levantamientos musulmanes más importantes, y los pequeños nunca llegaron a cesar. El problema que tenía Estados Unidos con los terroristas islámicos en Filipinas y otros lugares en los primeros años del siglo XXI no era más que el capítulo más reciente de una historia muy antigua. El primer «choque de civilizaciones», por así decirlo, entre Estados Unidos y el mundo musulmán se produjo allí, en las Filipinas meridionales, a principios del siglo XX.

El islam, que se había extendido por todo el mundo desde Oriente Medio, se implantó en Malaya y las islas indonesias de Java y Sumatra en el siglo XIII, y los misioneros musulmanes arribaron al sur de Filipinas desde Borneo en el XV. Cuando llegaron los españoles un siglo más tarde, agruparon a las diversas tribus y etnias que practicaban el islam bajo el apelativo de «moros», pues con la reconquista de España fresca en el recuerdo, al posar la vista en aquellos musulmanes filipinos del sur veían a su enemigo histórico. La palabra «moro» siguió siendo peyorativa hasta mediados del siglo XX, cuando los nacionalistas moros la transformaron en un símbolo de identidad colectiva.^[25]

Aunque había surgido una identidad étnica reconocible como reacción a la influencia cristianizadora del dominio español, la islamización se vio apuntalada por unos profundos lazos culturales entre los musulmanes filipinos meridionales que superaban las barreras del dialecto y la jungla.^[26] Esa islamización tuvo a principios del siglo XX el refuerzo adicional de los estadounidenses que, como parte de un intento de modernizar las Filipinas, se negaron a reconocer a los sultanes tradicionales. El debilitamiento de los cabecillas locales —al eliminar las diferencias entre las diversas comunidades— unió sin pretenderlo a los moros musulmanes como nunca lo habían estado. De 1902 a 1913, el intento estadounidense de imponer la democracia en la región condujo a un islam más militante.

Gracias a su adhesión a ultranza al islam, sumada a sus vestidos exóticos, sus rencillas de sangre y su amor por el combate cuerpo a cuerpo, los moros se convirtieron en un genuino oponente romántico a ojos de la tropa estadounidense del Pacífico. Los moros eran el equivalente colonial norteamericano de los fieros e individualistas pastunes contra los que combatieron los británicos en la frontera noroeste de la India.^[27] Los moros contaban con guerreros suicidas llamados «amoks» y fanáticos religiosos conocidos como «juramentados». Los estadounidenses desarrollaron la pistola del calibre 45 (el Colt 45) en 1911 porque la del calibre 38, se decía, «no tumbaba a un moro». Los moros atacaban de noche desde un terreno más elevado, de modo que se antojaban invencibles. Los espoleaban los alucinógenos y unos amuletos a los que atribuían poderes especiales.

La última batalla de los moros contra los estadounidenses tuvo lugar en 1913 en la isla de Jolo, de la cadena de las Sulu; no fue muy distinta a la de los indios en Wounded Knee, Dakota del Sur, veintitrés años antes. Las mujeres y los niños abandonaron sus aldeas para unirse a sus hombres en la batalla. El capitán John Pershing dirigió una serie de retiradas de tropas y negociaciones para aislar a los no combatientes, a la vez que planeaba el asalto decisivo que conduciría a la derrota de los moros.^[28]

Aun así, el espíritu moro de rebelión contra los cristianos de Manila nunca murió, ni siquiera después de que unos políticos filipinos electos reemplazaran a los amos imperiales estadounidenses. Tras la Segunda Guerra Mundial y la independencia de Filipinas en 1946, muchos jóvenes moros fueron a estudiar a Oriente Medio, en particular a la Universidad Al Azhar de El Cairo. Regresaron a casa para convertirse en maestros religiosos, a menudo en comunidades de chabolas, donde canalizaron los agravios económicos y teológicos para formar una causa política.^[29] El movimiento separatista musulmán recibió un espaldarazo adicional cuando el presidente Marcos declaró la ley marcial en 1972. Entre 1972 y 1977, los insurgentes musulmanes lucharon contra el Ejército filipino hasta llegar a un punto muerto. La caída de Marcos trajo consigo en última instancia una región autónoma gobernada por el Frente Moro de Liberación Islámica.

En 1991, los moros que habían combatido en la yihad afgana contra la Unión Soviética fundaron en el sur de Filipinas un grupo islámico más radical llamado Abu Sayaf, o Portador de la Espada. Así surgieron las Filipinas como foco central de terrorismo internacional, con terroristas que se desplazaban en

barquitas por una amplia zona, desde Indonesia y el estado malasio de Saba, en Borneo, hasta Mindanao en el norte a través de las islas Sulu.^[30] Muchos, si no la mayoría, de los atentados más importantes de Al Qaeda en Occidente fueron planeados en el sudeste asiático.^[31]

Fue en Afganistán donde los fundadores de Abu Sayaf, Abdurajak Janjalani y Abdul Murad, trabaron amistad con Mohammedjamal Jalifa —cuñado de Osama bin Laden— y Ramzi Yusef, el cerebro del primer atentado contra el World Trade Center en 1993. En 1995, en Manila, Abdul Murad y Ramzi Yusef planearon un atentado contra el papa Juan Pablo II de cara a su inminente visita a Filipinas. Cuando estaban mezclando explosivos para la operación en su piso de Manila, se declaró un incendio que condujo a la captura de Murad. Los servicios de seguridad filipinos «lo torturaron hasta sacarle los higadillos —me contó una fuente militar estadounidense—, pero no se vino abajo hasta que lo amenazaron con entregarlo al Mosad israelí».

Murad proporcionó a los investigadores filipinos la contraseña de su ordenador, recuperado del apartamento incendiado. En el disco duro encontraron detalles sobre varias tramas terroristas, entre ellas la de utilizar once aviones de pasajeros para estrellarlos contra la sede de la CIA y otros edificios destacados de Washington y Nueva York. Al cabo de un tiempo Ramzi Yusef fue capturado en Pakistán. Tanto él como Murad fueron extraditados a Estados Unidos y condenados en el tribunal de distrito de Manhattan a 240 años de cárcel.

Entretanto, en el sur de Filipinas, el Abu Sayaf alineado con Al Qaeda había emprendido una campaña de decapitaciones rituales, secuestros y violaciones contra filipinos y extranjeros. Entre sus víctimas se contarían dos misioneros estadounidenses cristianos de Kansas, Martin y Gracia Burnham. Martin Burnham resultó muerto, y Gracia Burnham liberada durante una operación de rescate filipina con asistencia estadounidense en 2002. El Frente Moro de Liberación Islámica proporcionaba a Abu Sayaf refugios seguros e instalaciones de adiestramiento. El dinero y los instructores los conseguía de Al Qaeda y Yemaa Islamiya, una organización terrorista transnacional que actuaba en Tailandia, Malasia, Indonesia y Filipinas. Se la relacionaría con el atentado a la discoteca de Bali de 2002, donde murieron más de doscientas personas.

Además de Abu Sayaf y Yemaa Islamiya, el sur y el centro de Filipinas estaban también infestados de grupos guerrilleros como el comunista Nuevo Ejército del Pueblo y la facción de Misuari, escindida del Frente Moro de Liberación Nacional. En verdad, al igual que Yemen y Colombia, Filipinas

era un país que en realidad no era un país, donde el Gobierno central era incapaz de proyectar su poder a causa en parte de una geografía difícil. Además, en los años 90, la decadencia de las estructuras de seguridad que llegaría con el advenimiento de la democracia, tanto en Indonesia como en Filipinas, proporcionó una oportunidad para el terrorismo internacional.

La incapacidad de un Gobierno filipino democrático para gobernar grandes sectores de su territorio —con el resultado del terrorismo relacionado con Al Qaeda— se convirtió en una preocupación de primer orden para Estados Unidos tras el 11 de Septiembre de 2001. La respuesta fue la operación Libertad Duradera que, si bien concedía su atención predominante a la eliminación del régimen talibán afgano, también poseía un componente filipino.

Libertad Duradera en Afganistán combinó elementos militares convencionales con las Fuerzas de Operaciones Especiales y una CIA militarizada. Sin embargo, el esfuerzo en Filipinas fue atribución casi exclusiva de Operaciones Especiales. Lo dirigió el Mando de Operaciones Especiales-Pacífico, una división del PACOM en Honolulu, que reunió activos como los Marines y las Fuerzas Especiales del Ejército de Okinawa, Japón, y Fort Lewis, Washington; SEAL de la Marina y Unidades de Embarcaciones Especiales de Guam; y unidades de Operaciones Especiales de las Fuerzas Aéreas y tripulaciones regulares de helicóptero de Corea del Sur.

Los estadounidenses calificaban la llegada de esos activos combinados como «Fuerza de Tarea Conjunta 510». El Gobierno filipino democráticamente electo tenía un nombre diferente para ella: operación Balikatan («Hombro con hombro»), para dar a su opinión pública y medios de comunicación locales la impresión de que todo formaba parte de una maniobra conjunta. Hasta cierto punto, era verdad: al igual que en Colombia, la operación de las Fuerzas Especiales era exclusivamente «por parte de», «a través de» y «con» la nación anfitriona. Eso le confería legitimidad política entre los filipinos. Sin embargo, también imponía severas limitaciones a los estadounidenses, que permitirían que algunos terroristas internacionales siguieran sueltos.

La base de operaciones era Zamboanga, el centro de la administración colonial española en Mindanao y de la campaña estadounidense contra los moros un siglo antes. El 11 de Septiembre había llevado a las tropas

estadounidenses al sur de la isla principal de Luzón, hasta el sur musulmán de las Filipinas, por primera vez desde la Segunda Guerra Mundial.

Libertad Duradera-Filipinas empezó en serio en enero de 2002. El «tope de fuerzas» negociado por los gobiernos estadounidense y filipino limitaba la cifra de personal norteamericano uniformado a seiscientos (a diferencia de los cuatrocientos de Colombia). El objetivo principal sería expulsar a los guerrilleros de Abu Sayaf de Basilan, la gran y estratégica isla ubicada al sur de Zamboanga. Para conseguirlo se recurriría menos a las acciones militares que a una variedad inusual de programa de ayuda humanitaria. Para cuando llegué en julio de 2003, la operación se había completado con éxito, tras la muerte de varios dirigentes de Abu Sayaf y la dispersión del grupo en islas más pequeñas, que lo redujo al bandidaje del que había surgido en un principio. Aun así, la fuerza de tarea seguía destinada en Zamboanga en el momento de mi visita, y varios equipos A de las Fuerzas Especiales seguían adiestrando a unidades filipinas en las inmediaciones y al norte, en Luzón.

Llegué a las Filipinas para contar la historia de lo que había sucedido en Basilan, y para observar lo que todavía estaba pasando.

En el aeropuerto de Zamboanga me recibieron dos soldados estadounidenses en uniforme de batalla y con blindaje personal, dentro de una furgoneta con las ventanas tintadas. Me llevaron a Camp Navarro, una base militar filipina que actuaba de cuartel general para la Fuerza de Tarea Conjunta de Operaciones Especiales estadounidense que había reemplazado oficialmente a la más grande Fuerza de Tarea Conjunta 510, tras la expulsión exitosa de Abu Sayaf de Basilan. Los estadounidenses trataban todo el territorio de Zamboanga fuera de Camp Navarro como hostil, de ahí las armas y los chalecos antibalas. Una nutrida población musulmana sumada a una incompetente fuerza de policía de opereta, hacía de Zamboanga un enclave perfecto para el tipo de ataques terroristas contra soldados estadounidenses que generarían titulares en todo el mundo durante un día o dos. La comunidad empresarial china local, única clase media real de la ciudad, tenía su propia fuerza de seguridad privada.

Desde el interior de la furgoneta Zamboanga («tierra de flores» en malayo) se me antojó una ciudad tercermundista del montón: ruinoso, ahumado de contaminación y atestado de triciclos, *jeepneys* y ciclomotores. Las carreteras estaban completamente inundadas por las lluvias del monzón; unas flores coloridas brotaban como malas hierbas. La gente escribía

mensajes de móvil mientras esquivaba a búfalos de agua por la calle. Laberintos inmensos y en apariencia impenetrables de cabañas de madera conducían incongruentes a un centro comercial parecido al de cualquier población estadounidense de tamaño medio. Con más de seiscientos mil habitantes, Zamboanga era una versión algo menos abrumadora de muchas ciudades que había visto en la India, con los siguientes rasgos distintivos que llegaría a conocer mejor:

- También era testimonio de que bajo el dominio de los españoles la administración de Filipinas a menudo se subcontractaba a mexicanos. Gran parte de la ciudad era una maraña de chabolas construidas sobre pilotes clavados en el agua, conectadas por angostos canales surcados por «bancas» de madera, embarcaciones con aparejo de bambú. Fuera, en el estrecho de Basilan, estaban las casas flotantes habitadas por los *samas*, los beduinos del mar de Sulu y el golfo Moro. Esos pescadores iban y venían entre el sur de Filipinas y las costas indonesias y malayas de Borneo. Ofrecían un medio práctico para entrar y sacar terroristas a escondidas en los tres países.
- Zamboanga estaba situada a caballo sobre la falla que separaba el cristianismo del islam. Desde el interior de las enmohecidas murallas negras del fuerte del Pilar, los españoles católicos habían gobernado durante siglos a los musulmanes de Mindanao y las islas Sulu. Tres mil moros habían asaltado el fuerte en 1720. Los estadounidenses lo ocuparon el año 1898. Fue tomado por los japoneses en 1942 y liberado por la 41.^a División de Infantería del Ejército de Estados Unidos en 1945. En ese momento, el fuerte del Pilar era una iglesia católica al aire libre decorada con el vía crucis y otros símbolos cristianos evidentes. El Gobierno filipino la mantenía en perfecto estado, pese a que dominaba uno de los suburbios musulmanes más pobres de la ciudad.

Tal y como el fuerte del Pilar se elevaba sobre un suburbio musulmán, Camp Navarro estaba delante de otro, que además contaba con simpatizantes de Abu Sayaf conocidos. «Olvídese de las chorradas sobre que esto no es una guerra de culturas —me dijo un sargento maestro estadounidense—; en términos tácticos y operacionales, no tenemos más remedio que tratar a esta gente como el enemigo.» Eso se traducía en infiltración clandestina por un lado, y una paranoia mantenida de forma deliberada por el otro. La gente entraba y salía de Camp Navarro en furgonetas sin distintivos. Un equipo A de las Fuerzas Especiales de paisano frecuentaba el puerto, los clubes

nocturnos y otros lugares clave para desarrollar con discreción activos locales de inteligencia.

Lo primero que me llamó la atención de Camp Navarro fue lo espacioso y bien mantenido que estaba en comparación con el resto de Zamboanga, con setos meticulosamente podados y plazas de armas. En el Tercer Mundo, las bases militares a menudo suponían una escalada en el bienestar económico y el prestigio social, un refugio de la pobreza y el caos circundantes. Así, por ejemplo, los golpes de Estado eran un síntoma de las fases primeras y medias del desarrollo político, en las que el Ejército ofrecía el medio más organizado y eficaz de modernización. Como los gobiernos civiles de las dos décadas transcurridas desde el derrocamiento de Marcos se habían caracterizado por unos niveles extremadamente altos de corrupción e incompetencia, los golpes de Estado seguían siendo una clara posibilidad en el país.

Camp Navarro era el cuartel general del Mando Sur del Ejército filipino, o SOUTHCOM. Como mandaban los cánones coloniales, las Fuerzas Armadas filipinas se habían organizado según el modelo de las estadounidenses, con zonas geográficas de control operacional. Para asesorar al SOUTHCOM filipino en su guerra contra el terror estaba la estadounidense Fuerza de Tarea Conjunta de Operaciones Especiales, o JSOTF (el acrónimo se pronunciaba «yasótef»). La JSOTF era un abarrotado revoltijo de «cajas de queso» prefabricadas y «gansos azules», o contenedores de mercancías modificados, cada uno de los cuales hacía las veces de barracón para dos soldados. Como el monzón tendía a llegar por la noche, levantarse para ir al baño significaba pasar de un contenedor de mercancías helado por el aire acondicionado a un calor intenso y una lluvia torrencial. El comedor servía comida estadounidense institucional, inferior al marisco picante que se encontraba en los puestos callejeros de toda Zamboanga. Ni siquiera la fruta era fresca. A causa de las normas higiénicas impuestas por los médicos estadounidenses, había que enviar la fruta desde la base norteamericana de Okinawa, Japón.

No me gustó la JSOTF. Era claustrofóbica, estéril e impersonal, a diferencia de las frescas cabañas de los boinas verdes a las que me había acostumbrado en Colombia, que interactuaban culturalmente con el entorno local por medio de la música y la comida. En su calidad de mando conjunto, la JSOTF tenía personal del Ejército de Tierra, la Marina y las Fuerzas Aéreas, tanto hombres como mujeres, a menudo jóvenes y desconocedores del mundo exterior a Camp Navarro. Los custodiaban día y noche marines

estadounidenses, reconocibles por sus cortes de pelo rapados a los lados y sus uniformes de camuflaje digital, un diseño más complejo que el camuflaje boscoso de los uniformes de combate del Ejército y las Fuerzas Aéreas.

«Gracias a Dios por los marines —musitó mi compañero de habitación en la caja de queso para dos, un sargento maestro de los boinas verdes de Detroit—. Sin ellos, este sitio sería una pesadilla de seguridad. Pocos de los chavales que tenemos aquí sabrían manejarse fuera del perímetro de la base. Los marines los mantienen encerrados.» Aunque sólo hubiera acabado el instituto, el sargento maestro era un hombre de mundo. Me mantuvo despierto la primera noche en la JSOTF hablando sobre la ejecución de policías en Nepal, los problemas étnicos de la región de Aceh en Indonesia, los robos perpetrados por soldados rusos que regresaban de cometidos de paz en Bosnia al cruzar la frontera ucraniana y el anticuado *esprit de corps* de los comandos australianos con los que se había adiestrado.

A los boinas verdes como mi compañero de cuarto les desagradaba la huella innecesariamente grande que representaba la JSOTF. «Es lo que pasa cuando a un cuatro estrellas de la Marina y un una estrella de las Fuerzas Aéreas les toca decirle a las Fuerzas Especiales del Ejército de Tierra lo que tienen que hacer», me explicó otro boina verde, en referencia a las estructuras de mando del PACOM y el SOCPAC. Los boinas verdes opinaban que la «corrección política de Washington a favor de los mandos conjuntos» —una reacción a las rivalidades entre armas de las décadas anteriores— había llegado demasiado lejos en el teatro de operaciones del Pacífico, y que en el selvático sur de Filipinas las «aristocracias» de la Marina y las Fuerzas Aéreas no sabían lo que se traían entre manos.

Para ser justos con los altos mandos de la Marina y las Fuerzas Aéreas, la JSOTF tenía una huella grande porque su construcción y personal asignado respondían a la premisa de una operación más grande que la que en última instancia se materializó. Tras la liberación de Basilan de las garras del Abu Sayaf, el PACOM esperaba que el Gobierno filipino concediera permiso para que las fuerzas estadounidenses peinaran de forma activa el resto de las islas de la cadena de las Sulu en busca de guerrilleros supervivientes. Cuando los criterios electoralistas filipinos cerraron esa opción, el comandante del PACOM, el almirante Thomas Fargo, mantuvo la JSOTF en marcha y en su sitio con la esperanza, que en su momento se antojaba realista, de que Manila diera marcha atrás en su decisión.

En realidad, con el cierre de dos bases estadounidenses grandes e históricas en las Filipinas a principios de los 90 —la base de las Fuerzas

Aéreas de Clark y la estación naval de la bahía de Subic—, la JSOTF había cosechado un éxito como mecanismo político para disponer de una suerte de base norteamericana en funcionamiento, a la vez que se granjeaba la buena voluntad de la población local ofreciendo atención médica gratuita en las aldeas cercanas a Zamboanga. «Recuerde —me dijo un coronel estadounidense en defensa del enfoque de la Marina y las Fuerzas Aéreas—: China está cerca y la presencia en la región lo es todo. Cuanto más pueda quedarse aquí la JSOTF, mejor.»

El concepto de la JSOTF era problemático, sin embargo. Indicaba lo olvidadiza que podía ser la cúpula de Defensa estadounidense en lo relativo a medidas de eficiencia exitosas de la guerra fría, como la simple ampliación del equipo del embajador dentro de la Embajada, para manejar operaciones periódicas como Libertad Duradera. El Plan Colombia, por ejemplo, se dirigía desde la Embajada estadounidense en Bogotá, sin necesidad de una base separada en otra parte.

Todo lo contenido en la JSOTF, desde los artículos de construcción a los propios soldados y marines, era mantenido por un conducto de aviones de carga C-130 que despegaban de la base estadounidense en Okinawa. Pocas visiones ofrecidas por Estados Unidos imperial resultaban a la vez más mundanas y conmovedoras que la llegada de un C-130 con suministros y refuerzos para las tropas norteamericanas en terreno oficialmente hostil. En los momentos previos al aterrizaje, un MSE (elemento de seguridad de los Marines) con uniforme de batalla completo baja a las matas y la hierba elefante y asegura un perímetro. Después, el juguete de bañera grande que es ese avión aterriza y avanza hasta detenerse, sin que sus hélices enormes paren en ningún momento. Se abre la compuerta de atrás y una camioneta de carga sube a toda velocidad por ella. Se extraen del avión palés de comida, equipo y efectos personales de tres metros de altura en posición vertical. Después viene la larga hilera de soldados y marines, que salen al trote del fuselaje en fila india y suben a los autobuses que los esperan, hombres y mujeres en uniforme de combate y camuflaje marine, con el semblante verde, ausente, expectante, nervioso y mestizo en su diversidad étnica. Otra fila, con la expresión más alegre y más cómoda con su entorno, sube al trote al avión, rumbo a casa. Entonces, un toro John Deere sube otra ristra de palés al interior del fuselaje. Se cierra la compuerta y el avión se sitúa para el despegue. El proceso entero dura diez minutos.

Durante la temporada que pasé en la JSOTF, se dio que tanto el oficial al mando como su segundo eran boinas verdes, el coronel Al Walter de Salt

Lake City, Utah, y el teniente coronel Dennis Downey del sur mismo de Boston. El coronel Walter era un graduado en West Point discreto, modesto y canoso; el teniente coronel Downey era un irlandés encantadoramente parlanchín con cara de luna, graduado por la Academia Militar de Norwich, en Vermont. Los dos fueron al grano enseguida. Entre el personal de Defensa estadounidense existe la expresión «Muerte por PowerPoint». Pues bien, el teniente coronel Downey me preparó una presentación de PowerPoint que era cualquier cosa menos aburrida o intrascendente. Trataba de lo hartos que estaban él y el coronel Walter con algunos elementos del Ejército filipino.

Completada la operación en la isla de Basilan y vetada cualquier futura acción por la alta política entre Manila y Washington, la principal función de la JSOTF era la fusión «ops/intel». En cristiano eso significaba generar información que condujera a recomendaciones estadounidenses de cara a operaciones específicas en el campo de batalla, que ejecutarían las Fuerzas Armadas de Filipinas contra terroristas islámicos como los miembros de Abu Sayaf. Al igual que Colombia, Filipinas era una democracia constitucional que no quería permitir que los soldados estadounidenses combatieran junto a sus soldados en su propia tierra. Eso se consideraba una vulneración de la soberanía nacional. En consecuencia, lo único que podían hacer el coronel Walter y el teniente coronel Downey era asesorar a los filipinos. Sin embargo, aun cuando se entregaba a las Fuerzas Armadas de Filipinas información militar a tiempo real y en bandeja de plata, rara vez se obtenían resultados.

Pongamos, por ejemplo, la operación en la isla de Jolo, parte de la cadena de las Sulu, a finales de diciembre de 2002, aconsejada por los estadounidenses y objeto del informe de PowerPoint del teniente coronel Downey. Tuvo lugar en el mismo punto de Jolo donde el capitán John Pershing había efectuado operaciones exitosas en 1906 contra los moros. Éstos habían atacado a las tropas de Pershing con *bolos* (machetes), *kris*es malayos (dagas de hoja serpenteada) y dardos envenenados que disparaban con cerbatanas.

Downey, un experto en la región del sudeste asiático que había pasado gran parte de su carrera en el 1.º Grupo de las Fuerzas Especiales con base en Fort Lewis, Washington, se entusiasmaba con su tema: «Jolo fue la primera vez que luchamos contra insurgentes musulmanes en la historia de Estados Unidos. Los moros de Jolo hablan tausug y son duros y maliciosos, como los chechenos. Cuando le cuente los detalles de lo que salió mal, tenga un poco de compasión con el soldado filipino de a pie: un chaval de dieciocho años que cobra el equivalente a 35 dólares al mes, con 2 dólares extra en concepto

de paga de combate y mal dirigido por generales que en ocasiones se hacen de oro.»

Después de que la operación Libertad Duradera-Filipinas hubiera expulsado de Basilan a Abu Sayaf, cinco de los diez terroristas adiestrados por Al Qaeda más destacados de la organización huyeron a Jolo, donde realizaban operaciones de secuestro con rescate para reunir fondos. Frente a su minúsculo ejército tenían nueve batallones de Infantería de Marina filipina y exploradores del Ejército de Tierra, con helicópteros y baterías de artillería. El 23 de diciembre de 2002, un avión de reconocimiento estadounidense P-3 identificó a los terroristas, que llegaban en barco a un puerto de Jolo. Los servicios de información filipino y estadounidense siguieron su rastro hasta el interior de la isla y un punto donde se quedaron inmóviles. Los norteamericanos presentaron un plan según el cual los infantes de Marina filipinos acorralarían a los terroristas en una bolsa rodeada por tres lados por los exploradores del Ejército, con lo que formarían una «ratonera» sin poblaciones cercanas para que los terroristas se escondieran. Los estadounidenses establecieron un centro de mando de operaciones para el inminente ataque en Camp Navarro. Sin embargo, un general filipino clave no se presentó. «No estaba interesado en salir de la cama», comentó Downey con tono sombrío.

Entretanto, las unidades militares filipinas designadas para rodear a los terroristas no se desplazaron a sus posiciones de bloqueo, como sus oficiales habían prometido que harían, a la vez que los infantes de Marina comenzaban su parte de la operación con adelanto. Para cuando las unidades del Ejército de Tierra alcanzaron su posición, con ocho horas de retraso, los terroristas se habían escabullido de la ratonera.

«Los filipinos del Ejército y la Marina se odian —explicó Downey—. Hubo una ausencia total de sincronización. Se comunican las órdenes por mensajes de texto de móvil, que a renglón seguido se borran de modo que no existe registro, ni constancia, ni responsabilidad. Abundan los incentivos para todo tipo de corrupción; y tampoco se castiga a nadie por meteduras de pata como ésa.»

Downey, a sabiendas o no, estaba describiendo un típico fracaso cultural tercermundista, en el que en realidad no existe una burocracia operativa porque no hay normas de comportamiento impersonales que predominen sobre las laberínticas alianzas personales y los sobornos. Los guerrilleros de Abu Sayaf en Jolo, como Jadafi Janjalani y Radulan Sahiron —hombres formados en el criadero ideológico de Afganistán—, habían sorteado las

debilidades de su cultura gracias al adoctrinamiento en un sistema de creencias militante y al funcionamiento en grupos pequeños y muy unidos en los que no hacía falta burocracia.

Con todo, Downey se reconoció animado por la facilidad con que podía localizarse al enemigo y movilizar a las tropas filipinas, aunque no ocuparan sus posiciones a tiempo. De vez en cuando eso había producido éxitos, como cuando en junio de 2002 se había avistado y matado al cabecilla de Abu Sayaf, Abu Sabaya, en una banca frente a la península de Zamboanga. Como en el caso de Colombia, a pesar de todos los fracasos, a pesar de todas las frustraciones con el Ejército del país anfitrión y las restricciones al poder de Estados Unidos, era posible hacer progresos, porque el soldado «indig» o nativo medio era valiente y entregado.

No hay que rendirse nunca. Hay que seguir activos, da igual al nivel que sea, para ejercer la suficiente presión sobre los terroristas para que la amenaza no ascienda hasta el punto en que precise un esfuerzo mucho mayor, un esfuerzo que tendría que producirse bajo la atención de los medios globales de comunicación. Una operación fallida en Jolo seguía siendo mejor que ninguna operación, puesto que mantenía a los terroristas en desbandada. Tal era la frustrante esencia del mantenimiento imperial.

En ocasiones el mantenimiento imperial podía resultar genuinamente inspirador, como era el caso de los MEDCAPS (programas cívicos de acción médica) que la JSOTF tenía en marcha en la península de Zamboanga para ganarse «corazones y mentes», una expresión que oficiales como el coronel Walker, a los que todavía escocía un poco el hostigamiento que recibieron en la ciudad de Nueva York estando de permiso de West Point durante la guerra de Vietnam, nunca usaban con cinismo.

El MEDCAP que presencié tenía lugar en la aldea de La Paz, al norte de Zamboanga, a una altitud de mil metros, una zona donde los mosquitos transmitían el dengue de día y la malaria de noche. Al avanzar tierra adentro y colina arriba hacia una selva tropical de baja montaña, entré en un resplandeciente mundo verde de helechos gigantes, bambúes y caobas, rotas, arbustos de té y orquídeas. Los cerdos correteaban bajo casas de hojas de cocotero elevadas sobre pilotes. Las innumerables palmeras, con sus afiladas hojas en abanico, recordaban la infinitud espeluznante de la naturaleza. En demasiados lugares, las junglas de palmeras significaban o paraísos turísticos o anarquía violenta: St. Bart's o Liberia. Fuimos subiendo y adentrándonos en

la jungla con nuestra furgoneta de cristales ahumados, hasta donde la gente no había visto nunca un médico, aunque vistieran con poliéster barato occidental y gorras de béisbol.

El MEDCAP se había organizado en una escuela ubicada en un claro. Cuando el coronel Walker y yo salimos de la furgoneta, vi que varios contingentes de marines estadounidenses habían asegurado un perímetro. La lluvia y el sol nos salpicaban a la vez a través de una fina neblina madreperla. La gente esperaba, en largas colas bajo la lluvia, para que les sacaran una muela, les revisaran la vista y trataran de cataratas, examinaran a sus hijos y les dieran medicamentos para un surtido de afecciones de menor importancia. Oí cómo un médico de la Marina estadounidense le explicaba entristecido a un hombre que no podía hacer nada por el corazón con tres cámaras de su hija. Sin embargo, trataban a todos los niños para las lombrices y la deficiencia de vitamina A. El teniente coronel Downey estaba plantado ante un micrófono frente a un público infantil al que entretenía mientras esperaban que los viera el doctor. Ninguno de los carteles que anunciaban el MEDCAP mencionaba a Estados Unidos o la JSOTF. La organización que ponía el nombre era una ONG budista con sede en Taiwan, Tsu-Chi, cuya rama filipina había organizado el acontecimiento. Todos los visitantes volvían a casa con una «bolsa de la paz» llena de zapatillas, pasta de dientes, champú y complejos vitamínicos. Los doctores eran una mezcla de médicos militares estadounidenses y filipinos, además de los practicantes movilizadas por Tsu-Chi.

Downey me lo explicó: «La idea es que nosotros permanezcamos en segundo plano, para reforzar la credibilidad del Gobierno y el Ejército nacionales en aldeas apartadas como ésta. Además, toda esta gente sabe que sin la seguridad aportada por los Marines de Estados Unidos nada de esto estaría sucediendo. La ONG y los médicos civiles no se hubiesen atrevido a presentarse, por miedo a Abu Sayaf.»

Para entrada la tarde se había atendido a más de 1800 personas. Vi cómo le sacaban doce dientes a un hombre. «Sólo hacemos lo que podemos —dijo el coronel Walker—. Mis mascotas en casa reciben mejor atención que estos niños», añadió, sin querer dramatizar en exceso la importancia del día.

La JSOTF consideraba a los MEDCAPS como ése ejercicios de «protección de fuerza», porque forjaban confianza y relaciones con las comunidades circundantes que, a su vez, proporcionaban una red nativa informal de información, del tipo que las tropas estadounidenses habían

establecido cien años atrás en Mindanao. Los MEDCAPS clavaban una cuña entre el pueblo y los insurgentes.

El trayecto desde Camp Navarro, cuartel general de la JSOTF, a Camp Malagutay, base de dos equipos A y uno B de las Fuerzas Especiales del Ejército, requería menos de quince minutos. Sin embargo, Camp Malagutay constituía un mundo diferente. Para mí fue como estar de vuelta en Colombia, pero más agradable. Los equipos A y B ocupaban dos cabañas separadas construidas con artísticos entramados de madera de cocotero, elevadas sobre pilotes y con tejados de hierro. A excepción hecha de las barreras de concertina, sacos terreros y cestas HESCO, cada una de ellas tenía aspecto de casita de playa de los mares del Sur. En lugar del anodino rancho estadounidense de la JSOTF, los boinas verdes vivían a base de ternera al *curry*, cangrejo y salsa picante. Mejor aún era la compañía.

El comandante Guy Lemire, de San Francisco, era un ex suboficial con labia y sentido político que había asistido a la Escuela de Aspirantes a Oficial. Tenía unos cuantos años de educación superior y hablaba tailandés y chino mandarín. Su sargento mayor, Brian Walsh, un chaval del este de Oregón que se había criado en el Ejército, era una especie de Don Limpio colosal que ladraba opiniones tan indiscretas como verdaderas. El sargento de equipo de uno de los equipos A era un misisipeño astuto, fibrado y lacónico vestido de civil, capaz de echar un vistazo a un callejón vacío de Zamboanga y saber si era musulmán o cristiano. Lo mantendré en el anonimato debido al trabajo que realizaba.

Después de unos treinta segundos de corteses presentaciones, el comandante Lemire y el sargento mayor Walsh fueron directo al grano. En cuanto un oficial filipino llegaba al rango de comandante, tenía la vida resuelta y dejaba de pensar en nada que no fuera su carrera, el dinero y la corrupción; el 25 por ciento del armamento básico del Ejército filipino era inutilizable «porque los filipinos carecen del concepto del mantenimiento», a pesar de que Estados Unidos les proporcionaba tecnología de radio último modelo con salto de frecuencia.

Como los oficiales militares estadounidenses, a diferencia de los diplomáticos, no sentían la necesidad de mostrarse esperanzados respecto de la condición humana, tendían a ser más sinceros y prácticos en sus análisis. Para los diplomáticos estadounidenses, Filipinas era una democracia; para el Ejército, por debajo del nivel de la presidenta Gloria Macapagal Arroyo, un

puñado de sus ministros y su jefe de Estado Mayor, Filipinas era una clepto-oligarquía. Sin embargo, la franqueza se volvía incluso más clara y refrescante a medida que se iba descendiendo por el escalafón. En la sala de mando e información del comandante Lemire, llena de mapas físicos marcados y pósters verdes de chicas, la sinceridad era como oxígeno puro.

Allí estaba Lemire: «Como el grupo Abu Sayaf tiene RPG [granadas de propulsión a cohete], las Fuerzas Armadas filipinas dicen que ellos también necesitan RPG. Chorradas. No les hacen falta. Las RPG son inútiles a corto alcance. La respuesta a las RPG es montar una cortina de fuego de supresión y maniobrar hasta acercarse al enemigo. Pero acercarse a un fuego de granadas es antiintuitivo, lo que significa que las tropas deben confiar en sus oficiales, que aquí no es el caso. La verdad es que al Ejército filipino le inspira terror Abu Sayaf. El Ejército filipino hace poco reconocimiento. Sólo entablará batalla con una superioridad numérica abrumadora, y no lo hará por debajo del nivel de una compañía. No existe comprensión de la logística y el mantenimiento, de la planificación para el mañana.»

En otras palabras, el Ejército filipino era como el colombiano, sólo que un poco peor. Entretanto, corrían historias de guerrilleros de Abu Sayaf que compartían un rifle entre cuatro en el campo de batalla, procurando sacar el máximo rendimiento de cada disparo. Los terroristas de Abu Sayaf llevaban amuletos como los moros de cien años atrás. Creían que la sangre de los rehenes a los que decapitaban los hacía más fuertes. Su irracionalidad les confería una disciplina en el campo de batalla de la que carecía el Ejército filipino.

El sargento mayor Walsh y el resto de suboficiales que conocí en Camp Malagutay se hacían cruces de que los filipinos fueran tan desastrosos en el mantenimiento, a pesar de recibir radios de alta frecuencia y dispositivos ópticos nocturnos (NOD) de Estados Unidos. «Vamos a ver si son capaces de limpiar y ajustar la mira de sus rifles, y de hacerlo con atención, antes de darles el material puntero», me dijo un suboficial. Otro señaló: «Como es una cultura tan encantadora y afable, no hay estándares internos, y por eso hacen falta sargentos estadounidenses gruñones que les aconsejen, porque si no se hace nada.»

Un día, en el campo de tiro, estaba charlando con un teniente filipino cuando un sargento estadounidense de hombros anchos con mirada autoritaria y furibunda bajo la visera de una gorra se acercó, plantó la cara ante los ojos del oficial filipino y le espetó: «Señor, dígame a su ametrallador que si quiere cargarse su arma le conviene mantenerla en automático total, tal y como está

haciendo ahora.» Al cabo de un momento el sargento volvía a estar ante las narices del oficial filipino: «Señor, ese hombre suyo de allí lleva demasiado tiempo en la zona, sáquelo ya mismo.» Me cayó bien ese sargento del valle californiano de San Joaquín. No se le pasaba por alto ni un detalle. Había servido en toda Asia, y se había tomado una temporada fuera del servicio militar para trabajar de cazarrecompensas en Estados Unidos. Le pedí su opinión sobre el Ejército filipino.

«Suboficiales débiles, mal entrenados, mal pagados —gruñó—. Roban balas para dar de comer a sus familias. El Ejército tailandés es mejor, y los coreanos y singapurenses son directamente unos soldados cojonudos. A pesar incluso de su bebercio, me parece que las tropas mongolas son superiores a las filis. Los “filis” son como los panameños con los que he trabajado. Necesitan rudimentos, no NOD. Puedes combatir de noche sin NOD si usas el MOOM [Mirar, Oler, Oír, Mudos]. El mejor momento para un asalto es de noche y con una lluvia torrencial; el barro oculta tus ruidos y el agua tu olor. Disparar, moverse, comunicarse, ésa es la esencia del soldado. Puede hacerse con la tecnología más elemental.»

Como las expectativas de los boinas verdes eran tan bajas, nadie estaba deprimido. «Podemos avanzar algo identificando a los cuadros con talento —me aseguró el comandante Lemire—. Oficiales “filis” influidos por los estadounidenses que irán escalando por la cadena de mando.» A riesgo de repetirse: pese a los rollos hollywoodienses, el objetivo primordial de las Fuerzas Especiales no eran las incursiones de comandos, sino la instrucción de ejércitos indígenas. «Métannos y los adiestraremos, sean quienes sean. Reunir información y forjar relaciones son beneficios indirectos de ese proceso.» Si el sur de Filipinas se separaba para sumarse a un nuevo y radical Estado musulmán junto con partes de Malasia e Indonesia, o si el propio Estado filipino se venía abajo desde dentro, siempre habría presente un sector con influencia estadounidense para hacer frente a los acontecimientos. Ésa era la esperanza.

«Por frustrantes que sean las cosas, si no estuviéramos aquí, podría estar algún otro, como los chinos —dijo el sargento mayor Walsh—. Lo suyo sería que proliferasen las misiones de uno y dos hombres, y equipos A de doce hombres empotrados directamente en el Ejército filipino; así es como podríamos conseguir cosas de verdad y matar un par de malos musulmanes.»

Flotando por encima de las tropas de las Fuerzas Especiales de Camp Malagutay estaba la lúgubre sombra de la JSOTF. Los boinas verdes proporcionaban «asistencia de seguridad», es decir, adiestraban a los

instructores de las unidades de elite de la nación anfitriona. Como tales recibían sus fondos bajo el Título 22 de Estados Unidos, lo que significaba que respondían ante el Departamento de Estado y, por tanto, ante la Embajada estadounidense en Manila, mientras que la JSOTF se encuadraba bajo el Título 10 del Departamento de Defensa y en consecuencia, al menos en teoría, no debería haber podido dictar instrucciones a las tropas de las Fuerzas Especiales de Camp Malagutay. Si la JSOTF no hubiese estado cerca —como hubiera sido el ferviente deseo de la pandilla del comandante Lemire—, sus tropas habrían estado en condiciones de hacer lo que les apeteciera: salir de noche, mezclarse más con los lugareños, exactamente lo que hacían las Fuerzas Especiales del Ejército en otras partes.

Tanto en Tolemaida como en Espinal, Colombia, tras un día duro de instrucción los boinas verdes bajaban al pueblo casi todas las noches. En Filipinas tenían que solicitar permiso a la JSOTF por adelantado y declarar un plan de protección de fuerza detallado para visitar el más inofensivo de los restaurantes locales. Yo insistí en salir todas las noches, y los chicos del comandante Lemire lo aprovecharon como excusa para acompañarme.

En realidad, el comandante Lemire se entendía de maravilla con el coronel Walker y el teniente coronel Downey, los oficiales al mando de la JSOTF. Era el inflexible ordenamiento burocrático, empeorado por sus predecesores, lo que le ocasionaba problemas.

Todas las noches unos ocho de nosotros íbamos a La Vista del Mar, un restaurante y club con vistas panorámicas del mar de Sulu. Nos acompañaban las chicas que se encargaban de la colada del equipo por 20 dólares al mes. Las muchachas eran típicas filipinas: bellezas de constitución menuda, rasgos simétricos y piel color avellana con voces gangosas y melodiosas de estilo español y servicial trato oriental, una mezcla rompedora de Sudamérica y Asia. Aunque uno de los boinas verdes desapareció durante una hora de disipación con una chica en la oscuridad de la playa, con sus vientos ruidosos que ni pintados, por lo demás las veladas fueron inocentes, consecuencia de la estricta normativa de la JSOTF y los consabidos problemas logísticos de llevarse a alguien a la cama. Y era una pena, al menos en mi opinión, dada la cantidad de solteros y divorciados en el grupo y el hecho desalentador de un destino de seis meses. Si aquello hubiese sido el viejo Ejército del Pacífico, varios de esos hombres habrían tomado a una de esas chicas como amante.

Sin la opción del sexo, las veladas en La Vista del Mar se consagraban a otro tipo de desahogo mientras disfrutábamos de los cangrejos picantes, la cerveza San Miguel y los hipnóticos vientos marinos. «No pida *pizza* —me

aconsejó un boina verde—. Está tan seca que darle un mordisco es como recibir la comunión.» Un sargento de Indiana nos obsequió con un rezongón soliloquio sobre lo injusto de una reciente competición de levantamiento de pesas en la JSOTF. Como el objetivo había sido levantar una cantidad total de peso en el transcurso de una larga serie de repeticiones, se precisaba cierto grado de estrategia, y «va esa especie de hijoputa canijo, esmirriado y empollón —por decirlo con sus palabras— y gana a un marine que ha jugado de defensa en la Universidad de Minnesota».

«Mi padre se ha vuelto a casar —nos contó otro sargento—. Cada vez son más jóvenes. A ésta le da miedo volar y odia las ciudades. Pero mi padre está contento. Lo acompaña a pescar. Sabe ponerse el cebo en el anzuelo sola. Eso es todo lo que él quiere.»

Un sargento había sido el auténtico alcalde de un pueblo pequeño de Kosovo en 1999. Tuvo que inspeccionar una casa, nos contó. «“De acuerdo —me dijo aquella albanesa— pero por favor no entre en el cuarto de mi bebé; está durmiendo.” Hubo un altercado. La mujer se puso histérica. Le dije que tenía que inspeccionar la habitación. “No haré ruido, señora, no voy a hacerle daño a su bebé.” Cogí en brazos a la criatura y palpé por debajo del colchón. Había un AK-47 con el seguro quitado y una bala perforante de punta azul en la recámara, con un cargador lleno. Cuando llegué a los Balcanes, pensaba que los serbios eran los malos, pero los albaneses nunca dejaron de asombrarme», concluyó.

«Jimmy Carter —musitó otro, sin venir a cuento—, qué puto inútil. Renuncia al canal de Panamá sin siquiera negociar y ahora el país está infestado de EPL [Ejército Popular de Liberación de China] en misiones de espionaje. Os apuesto lo que queráis a que los chinos combaten contra nosotros asimétricamente.»^[a6]

Saqué el tema de Basilan, al otro lado mismo del estrecho, cuyo perfil montañoso era ya una sombra algo más oscura en el cielo nocturno. «Yo estuve allí —dijo un médico de la mesa—. Nos infiltramos en aldeas, construimos carreteras, nos ganamos a las mamás y papás tratando las enfermedades de piel de sus hijos y a cambio conseguimos información sobre los malos. Estuvo bien.» «El único problema de Basilan es que nos fuimos —añadió otro—. Tuvimos que obligar prácticamente al Gobierno filipino a hacerse cargo de los proyectos civiles de ayuda que iniciamos para la comunidad musulmana. Cuando vaya de visita allí dentro de unos días, seguro que la mitad de los pozos que construimos ya no funciona.»

A las mujeres de la mesa en parte no se les hacía caso. Sin embargo, su belleza y proximidad habían sido una alegre perspectiva para los muchachos. El boina verde que se había escabullido con una de ellas en dirección a la playa reapareció de improviso. En el camino de vuelta, alguien hizo una broma sobre olerle el dedo para ver dónde había estado.

Uno de los equipos A del comandante Lemire tenía permiso para recorrer la ciudad, sin embargo. Se trataba del ODA-145, encabezado por el lacónico sargento maestro de Misisipí, con pantalones blancos, mocasines baratos y una camisa veraniega suelta que ocultaba su Beretta de 9 mm. El ODA-145 era el equipo de protección de fuerza asignado a Zamboanga. Con el paso de los años y las décadas, tras los atentados contra los barracones de los marines estadounidenses en el Líbano en 1983, contra el complejo de las Khobar Towers de Arabia Saudí en 1996 y otros incidentes, el Ejército de Estados Unidos se había «israelizado» en su desconfianza hacia el entorno local y su obsesión por la seguridad. El cometido del ODA-145 era conocer gente: salir del perímetro, darse una vuelta, descubrir patrones de tráfico normales para poder detectar los anormales, desarrollar contactos en los muelles y burdeles y trabar amistad con el personal local de las fuerzas antidroga por los ojos y oídos extra que ofrecían. «Ni de coña vamos a depender del Ejército filipino», era el dictamen del misisipeño.

«¿Ve esas barracas? —me dijo—. Eso es Campo Islam. Es más sucio y menos próspero que las zonas cristianas. En esa confusión podrían esconder un rehén occidental durante años sin que nadie se enterase. Carretera abajo es donde Abu Sayaf retuvo a Gracia Burnham durante un tiempo.» El hombre de Misisipí había cubierto destinos de protección de fuerza parecidos en Tailandia, Camboya y Malasia a lo largo del año anterior. Pronunciaba veredictos culturales de esos que acabarían con la reputación de un académico, pero que sobre el terreno se demostraban correctos siete de cada diez veces.

Lo que más le preocupaba era no caer en un patrón, no presentarse en el mismo sitio demasiado a menudo. Quizás había sido eso lo que había matado al sargento Mark Wayne Jackson, un miembro del ODA-145 asesinado delante de Camp Malagutay unos meses atrás.

El misisipeño me llevó a conocer a un magnate local filipino y antiguo agente de la INTERPOL que de vez en cuando proporcionaba información al ODA-145. Tenía unos terrenos con campo de tiro frente al mar, donde

disparamos munición de 9 mm y 5,56 mm por espacio de una hora. Ese hombre podía permitirse parecer algo frágil y manso, pensé, por lo evidente de su riqueza y poder. ¿Por qué era Filipinas un lugar tan corrupto?, le pregunté. Me respondió con tono aburrido y un desafío: «Dígame un lugar del mundo donde los españoles hayan pasado mucho tiempo que esté bien gobernado.» Luego añadió: «Marcos arregló el problema de un Estado débil creando un Ejército enorme. Ahora el Ejército es un peligro tan grande que sólo un militar puede controlarlo y modernizarlo.»

El día seguía su curso. Llegamos a los muelles. Nos quedamos atascados durante una hora en el tráfico de *jeepneys* y *trishaws* de Zamboanga. Al final el compañero del misisipeño se metió en contradirección por una calle de sentido único para sortearlo. Paramos a tomar comida rápida en un centro comercial local con ventanas de cristal cilindrado que hacía poco había padecido un atentado. El hombre del Misisipí me entregó al cuidado de otros miembros de su equipo para la tarde. Pararon primero en un karaoke y después en una casa de putas que el equipo no revisaba desde hacía un tiempo, donde tuvieron una charlilla con la propietaria y *mama-san* sobre posibles clientes desconocidos procedentes de Indonesia y Malasia.

Los burdeles pueden ser reveladores, sobre todo en Asia. Hay zonas del mundo que contienen una verdad, o un hecho, que todo el mundo conoce y reconoce en silencio, pero nadie se atreve a proclamar de viva voz. En África, a principios de los 90, «el avance de la democracia como en la antigua Europa comunista» era la mentira blanca con la que todo el mundo se llenaba la boca, mientras que no se hablaba de la verdad oscura del «caos y la caída en picado» por miedo a sonar racista y desesperanzado. En Asia, el hecho callado no era algo oscuro o pesimista, sino tan sólo un poco embarazoso: «chicas, chicas, chicas».

Fueran periodistas o militares, los varones occidentales adoraban Asia. No recuerdo las veces que he oído a un veterano periodista hablarme de lo «fascinante» que era la política y cultura de Asia, mientras reparaba en que a su vera tenía una esposa o novia asiática despampanante varias décadas más joven que él. ¿Y quién podría culparle? En especial en Filipinas, tierra de mujeres sonrientes y deslumbrantes, muchas de las cuales, a diferencia de las tailandesas, hablaban bien en inglés y donde, de nuevo a diferencia de en Tailandia, la prevalencia del VIH-SIDA era extraordinaria y algo inexplicablemente baja. Se sabía que las filipinas eran tan limpias en sus hábitos que ni siquiera las variedades más comunes de enfermedad venérea eran tan habituales. Las tentaciones eran formidables. Como me dijo un boina

verde cuando regresé a Manila: «Éste es el único país del mundo donde la principal atracción turística se contonea arriba y abajo por tu regazo. Es como si las mujeres fueran niñas en una juguetería y nosotros las últimas chochonas de la estantería.»

Era las antípodas de Yemen, donde las mujeres eran sacos andantes y al cabo de unas semanas se descubría uno mirando tobillos.

El burdel de Zamboanga era una típica «pecera» asiática. El exterior lo patrullaban guardias de seguridad privados armados con escopetas. Dentro, los grupitos de hombres eran conducidos por la autoritaria y exuberante *mama-san*, ataviada con un corpiño sobre su majestuoso quimono, hacia grandes salones privados equipados con su propio baño y máquina de karaoke, donde un enjambre de hermosas jóvenes de Veintipocos años, vestidas con escasos *negligés* negros, entraban para que los hombres escogieran entre ellas. Las máquinas de karaoke fomentaban un tipo sano y pegadizo de música popular —los Beach Boys, Peter, Paul and Mary, los Carpenters—, a diferencia del *punk rock* duro que hacía tan insoportables a otros sitios parecidos, en la Yugoslavia prebélica, por ejemplo. En menos de una hora nos habíamos ido. Me maravilló el autocontrol de mis acompañantes.

Al alba de la mañana siguiente me encontré en una silla rota bajo un enorme cobertizo de hierro, con un calor y una humedad asfixiantes junto al muelle de Zamboanga. El agua era una estampa de redes de pesca y bancas. El suelo que tenía delante estaba lleno de basura y vagabundos durmiendo. Al lado tenía a mis nuevos compañeros de viaje de la JSOTF, el sargento maestro de las Fuerzas Especiales Doug Kealoha, de la isla grande de Hawai, y el sargento maestro de las Fuerzas Aéreas Carlos Dueñas Jr., de San Diego. Eran mi equipo de protección de fuerza para el viaje a Basilan: Territorio Indio a ojos de la JSOTF, aunque se hubiera desbandado de la isla a gran parte de la guerrilla de Abu Sayaf.

Sentí la familiar emoción del viaje marítimo a primera hora de la mañana. Desde Zamboanga podías subirte a transbordadores baratos y hechos polvo que llevaban a cualquier punto de la cadena de las Sulu o hasta Malasia e Indonesia. De haber estado a mi aire, quizás hubiera sentido la tentación de hacerlo. Desde luego no me hubiese importado nada ir solo a Basilan. Había visitado por mi cuenta sitios mucho más peligrosos en numerosas ocasiones. Sin embargo, estar empotrado en el Ejército de Estados Unidos significaba

renunciar a una parte de tu libertad personal a cambio de acceso. Así, en lugar de coger un taxi al muelle y saltar a bordo del primer transbordador con rumbo al sur, al otro lado del estrecho de Basilan, viajé en una furgoneta oscurecida con tres soldados en uniforme completo además de los sargentos Kealoha y Dueñas, quienes, vestidos de paisano, llevaban pistolas Beretta bajo sus camisas amplias. En el embarcadero de Isabela, principal población de Basilan, nos recibirían soldados de la 103.^a Brigada del Ejército filipino. Todo formaba parte del plan de operaciones para mi excursión de unos pocos días.

Los motivos de este nivel en apariencia absurdo de paranoia y organización eran diversos:

- Las Fuerzas Armadas estadounidenses planificaban y organizaban cualquier contingencia, sin distinciones. Ésa era su manera de funcionar y de minimizar los riesgos en una era de los medios de comunicación en la que los oficiales destinados a Filipinas trabajaban «bajo la tiranía de una baja», en sus palabras. Una noche en Zamboanga, por ejemplo, había salido de la JSOTF con el coronel Walker para cenar en un hotel de la localidad con un diplomático estadounidense de visita. Durante el camino no se desprendió de una Beretta cargada ni de su blindaje personal, que se quitó tan sólo en el último momento para ponerse a toda prisa un *harong tagalog*.
- Los soldados estadounidenses eran rehenes más valiosos que los civiles, y el mero hecho de estar empotrado me confería valor en la misma medida y me convertía en una fuente mayor de bochorno si algo salía mal.
- No hacía demasiado que el sargento de primera clase de las Fuerzas Especiales Mark Jackson había resultado muerto en un atentado con bomba delante de Camp Malagutay, y la JSOTF se limitaba a tomar precauciones adicionales.

Con todo, me daba la impresión de que Dana Priest del *Washington Post* tenía razón al observar que los militares podían pasarse de protectores. Ella pone como ejemplo cuando en Timor Oriental la obligaron a llevar las mangas de la camisa bajadas y a tomar píldoras para la malaria para una visita de apenas un día, aunque una trabajadora danesa de ayuda humanitaria llevaba meses en la zona y vestía una blusa sin mangas.^[32] La protección de fuerza se había salido de madre.

Al sargento Kealoha, cuyo apacible comportamiento y sonrisa permanente de oreja a oreja camuflaban una constante atención al detalle, no le gustó que

la chica del mostrador del *ferry* llamara por el móvil en cuanto nos hubo vendido los pasajes. «Podría estar llamando a alguien de Basilan para avisarle de que iban extranjeros de camino.» En ese caso la verdad era que no podía culparlo. Los rostros occidentales desde ese punto hacia el sur significaban símbolos del dólar para las bandas de secuestradores.

Nos sentamos los tres aparte en la cubierta superior del barco, que estaba llena de gente de clase media y bien vestida, lo que una vez más me provocó la sensación de que las precauciones de seguridad eran ridículas. Entonces, una filipina típicamente guapa con un libro de texto de medicina se sentó a mi lado y me preguntó:

«¿No tiene miedo de visitar Basilan?»

«¿Debería tenerlo?», repliqué.

«Sí, debería. Allí secuestran a los extranjeros.»

Me explicó que trabajaba de enfermera en la parte norte de la isla pero en ese momento vivía en Zamboanga, y realizaba el trayecto a Basilan un par de días a la semana, porque le daba miedo pasar la noche allí. Le dije que no se preocupara por mí, que en el muelle de Isabela me recibirían unos soldados filipinos. Me sentía algo chafado. En casi todas mis experiencias previas como periodista, en cuanto había llegado a un sitio que el mundo exterior consideraba peligroso me había encontrado con que la gente más normal seguía adelante con su vida cotidiana y yo me tenía que avergonzar por mis temores.

«Haga lo que haga —añadió la mujer—, no vaya a Turburan, evite esa zona —en referencia a la lengua de tierra oriental de Basilan, anárquica y habitada por musulmanes, que el coronel Walker también me había vedado. En mitad del estrecho, la chica señaló el islote de Santa Cruz—. Allí secuestraban a extranjeros.»

Entretanto, yo estaba anonadado por la pureza de la estampa. Más allá del estrecho azul laqueado y lleno de bancas, Basilan emergía como una enorme ristra de volcanes extintos que se erguían a pico sobre la jungla de palmeras. Era una costa virgen tan hermosa como pudiera imaginarse, con escasos indicios de presencia humana. Entre la pantalla de atolones deshabitados, apareció ante nuestros ojos una playa de arena blanca y perfecta que se prolongaba durante kilómetros, vacía. «Nadie va a esa playa; tienen miedo», me explicó la mujer. Reparé en un pequeño núcleo de cabañas de hojas de cocotero; parecía un poblado turístico, pero era un puesto avanzado de la

103.^a Brigada. Viajar con el Ejército, y en particular con las Fuerzas Especiales, me había llevado a los últimos enclaves vírgenes de la Tierra, lugares demasiado inestables todavía para que los tocara el turismo.

Una maraña de canales llenos de barcos y de cabañas sobre pilotes, con tejados de placas de hierro, anunció la proximidad de Isabela. En el muelle, centenares de pares de ojos me miraban con asombro y suspicacia, con los dedos enfrascados en escribir mensajes de móvil. Una vez más, me sorprendió lo vedado de ese lugar tan hermoso. En casi todas las demás zonas remotas y asoladas por la guerra del mundo siempre me había encontrado con al menos un puñado de mochileros intrépidos y trabajadores humanitarios; allí, no.

Tres soldados filipinos nos esperaban en el puerto con un Humvee. De repente avanzaba a toda velocidad por unas calles atestadas y miserables, atascadas por triciclos y motocicletas y purificadas por la fresca brisa marina. Isabela parecía bulliciosa y adormilada al mismo tiempo, un lugar dejado de la mano de Dios como los que había conocido en Freetown, Sierra Leona; Puerto Príncipe, Haití; y St. Georges, Granada, muchos años y décadas atrás: lugares donde la violencia y la inestabilidad eran en parte consecuencia de su aislamiento. Al cabo de poco llegamos al puesto avanzado de la 103.^a Brigada, el que había visto desde el transbordador. De cerca no parecía menos idílico, el tipo de sitio donde uno espera encontrarse escandinavos desnudos de vacaciones. En lugar de eso me encontré al coronel del Ejército filipino Bonifacio Ramos y sus tropas.

El coronel Ramos había sido agregado de Defensa de su país en Washington. Como apuntaba maneras, más tarde le asignaron un destino de campaña en una zona volátil, que es donde lo encontré antes de que lo ascendieran a general de brigada. «En Basilan —me dijo, mientras nos recorrían la cara goterones de sudor en una veranda ensombrecida por la lluvia— es imposible definir el campo de batalla, conque lo mejor es organizar cada comunidad para que se defienda sola.»

La guerrilla de Abu Sayaf, empezó el coronel Ramos, había sido desbandada de la isla. En ese momento estaba refugiada en Jolo y otros puntos más al sur del archipiélago. Lo único que quedaba en Basilan eran unos pocos forajidos supervivientes que se dedicaban a la piratería y a los secuestros. Los estadounidenses habían construido carreteras, escuelas y pozos de agua el año anterior, pero no podían quedarse a título indefinido. No existía un cuerpo de policía digno de ese nombre. Y el Gobierno de Manila le había quitado dos de sus cinco batallones para combatir a los terroristas islámicos de Mindanao.

«Las armas de fuego son un requisito indispensable para vivir aquí —me explicó Ramos—. Y mientras la gente vaya armada, más vale organizaría en grupos de apoyo con fines de defensa y obtención de información.» El vehículo para conseguirlo eran las Unidades Geográficas de Fuerzas Armadas Ciudadanas, escuadras de vigilancia como las que los ciudadanos de etnia china habían organizado en Zamboanga. No era tan siniestro como sonaba. La defensa civil es crucial en la contrainsurgencia, porque permite al individuo ponerse del lado del orden existente y en contra de los disturbios revolucionarios.^[33] Con todo, esas unidades no podían operar en el vacío. «Sin desarrollo económico —advirtió Ramos—, Basilan morirá de muerte natural. Uno sólo resulta creíble cuando se preocupa por la gente.»

Más tarde, en Manila, el ministro de Exteriores filipino, Blas Ople, un veterano de la Segunda Guerra Mundial que había combatido contra los japoneses, me transmitiría un mensaje parecido. «Los musulmanes de Basilan agradecieron mucho la ayuda humanitaria proporcionada por el Ejército estadounidense. Ahora es responsabilidad nuestra integrar y consolidar Mindanao y Sulu, en lo social y lo económico, por el bien de nuestra propia seguridad nacional.» El ministro de Exteriores se refería a la amenaza de un Estado musulmán escindido y radical que podía surgir al sur de Filipinas si Indonesia se debilitaba más aún.^[a7]

Sin embargo, ¿existía algún indicio, me preguntaba yo, de que la oligarquía cristiana de Manila, que gobernaba bajo la pretensión de una democracia aunque presidiera unas instituciones corruptas e ineficaces, pensara hacer eso en realidad? Casi ninguno, sobre el terreno. Aun así, en los momentos posteriores al 11 de Septiembre, cuando el PACOM empezó a planear la operación Libertad Duradera-Filipinas, los oficiales del Ejército estadounidense comprendieron que lograr que el Gobierno filipino asumiera la responsabilidad de sus propios ciudadanos musulmanes sería decisivo.

Cuando estaba en Honolulu, un oficial de las Fuerzas Especiales del PACOM recapituló para mí la importancia de lo sucedido en Basilan durante los ocho primeros meses de 2002: «Fuimos un capacitador. Intentamos contribuir a que el Gobierno filipino adoptase una actitud más benigna hacia su población sureña musulmana, que los tratase como auténticos ciudadanos. La Fuerza de Tarea Conjunta estadounidense tenía vocación de donante de

médula. O sea, que intentamos vertebrar a las autoridades de Manila para que cuidaran mejor de su propio pueblo. El éxito significaba que no podríamos atribuirnos ningún mérito. Teníamos que concederle todas las medallas al Gobierno filipino. No queríamos llevarnos el mérito; eso habría echado por tierra la operación. En las SF, lo único que queremos es más misiones. Para nosotros la clave siempre es el acceso, no la publicidad. En cualquier caso, personalmente, ver mi nombre en la prensa, aunque fuera por algo bueno, me daría escalofríos.»

El PACOM decidió concentrarse en Basilan porque era la isla más septentrional y poblada de la cadena de las Sulu, el eslabón entre las islas del sur y la masa territorial de Mindanao. Si se expulsaba a Abu Sayaf y demás insurgentes islámicos de Basilan, quedarían marginados en el acto. Basilan, con una población de 360 000 personas, era lo bastante importante para ocuparse de él, a la par que lo bastante pequeño para que Estados Unidos consiguiera una victoria crucial en un espacio de tiempo reducido.

Lo primero que hicieron las Fuerzas Especiales del Ejército de Tierra al respecto de Basilan fue efectuar una serie de encuestas de población. Las encuestas de las Fuerzas Especiales se parecen un poco a las realizadas por especialistas universitarios; en realidad, más de un oficial de las Fuerzas Especiales posee titulación superior. Sin embargo, existe una diferencia. Como el motivo que respalda esas encuestas es operacional y no intelectual, presentan cierta calidad concreta y de no andarse por las ramas que es infrecuente en los círculos académicos. No hacen falta meses para llegar a conclusiones. Nadie tiene miedo de generalizar en los términos más francos. En consecuencia, las conclusiones no se pierden en una maraña de sutilezas exquisitas. Los intelectuales recompensan la complejidad y el refinamiento; los militares, la sencillez y las evaluaciones conclusivas. Para los boinas verdes, sólo había una pregunta importante: ¿qué necesitaban saber sobre el pueblo de Basilan que pudiera ayudarlos a matar o expulsar a los insurgentes?

Los oficiales de las Fuerzas Especiales formaron equipos con sus pares del Ejército filipino para interrogar a los dirigentes locales y sus electores en los cuarenta *barangays*, o distritos, de la isla. Llevaron a cabo estudios demográficos ayudados por imágenes de satélite. Descubrieron que la población cristiana era más nutrida en la parte norte de Basilan, ante todo en la capital isleña de Isabela. El apoyo más firme a Abu Sayaf provenía del sur y el este de la isla, donde los servicios gubernamentales eran, cómo no, más débiles. Las principales preocupaciones de los isleños eran la escasez de agua

potable, la seguridad básica, la atención médica, la educación y la necesidad de buenas carreteras, en este orden.

La democracia o el autogobierno no poseían una especial importancia para la población musulmana: ya se habían realizado elecciones, muchas, que habían beneficiado bien poco al ciudadano de a pie. El Gobierno era elegido, pero no gobernaba. Abu Sayaf había cerrado las escuelas y hospitales, y secuestrado y ejecutado a profesores y enfermeras. La encuesta indicaba que, tal y como había visto en Colombia, el derecho humano más básico no es la libertad como la conciben los occidentales, sino la seguridad física.

A continuación, bajo los auspicios de la operación Libertad Duradera-Filipinas, la fuerza de tarea conjunta con base en Zamboanga mandó doce equipos A de boinas verdes a Basilan, respaldados por tres equipos B administrativos. Su misión era adiestrar a unidades del Ejército filipino, que después efectuarían operaciones militares contra Abu Sayaf. Hacer eso significaba excavar pozos de agua para las tropas estadounidenses y construir carreteras para que pudieran desplazarse por el terreno. Los norteamericanos también construyeron embarcaderos y pistas de aterrizaje para sus operaciones. Los boinas verdes sabían que, una vez que hubieran partido, toda su infraestructura quedaría atrás para beneficio de la población civil, y de eso se trataba.

Los destacamentos de boinas verdes decidieron ubicarse precisamente en los bastiones de Abu Sayaf. Eso, por sí solo, fomentaría que la guerrilla se dispersase y dejara la isla sin pegar un tiro. Al garantizar la seguridad, el Ejército estadounidense era capaz de atraer organismos humanitarios internacionales a Basilan, además de varios de los profesores y médicos que habían huido. La compañía estadounidense Kellogg, Brown & Root, filial de Halliburton, construyó y reparó escuelas y conducciones de agua. Los médicos de las Fuerzas Especiales organizaron clínicas médicas y dentales en las que los lugareños ofrecían información sobre los insurgentes como quien no quiere la cosa, mientras se trataba a sus hijos de sarna, malaria y meningitis o se les sacaba una muela.

El objetivo era siempre conferir mayor legitimidad al Ejército filipino ante los isleños. Los estadounidenses no iban a ninguna parte ni hacían nada sin que estuvieran presentes las tropas filipinas para llevarse el mérito. Cuando se cortaba una cinta para inaugurar una escuela o una carretera, los estadounidenses se cuidaban de mantenerse alejados.

Con fondos discrecionales los estadounidenses también construyeron varias pequeñas mezquitas de barrio. «Contratábamos y comprábamos

localmente», me explicó un oficial de las Fuerzas Especiales, refiriéndose a la mano de obra y los materiales para cada proyecto. Esa política se llevaba de manera deliberada hasta el extremo. Para reparar carreteras había que limpiarlas de pedruscos. Cuando los boinas verdes veían a campesinos picando esas rocas para obtener piedras más pequeñas, les compraban ese «conglomerado» irregular y lo usaban para el trazado de las nuevas carreteras.

La misión ostensible era ayudar a las tropas filipinas a matar terroristas internacionales. Sin embargo, eso se consiguió orquestando una campaña de ayuda humanitaria que cercenó el lazo entre los terroristas y el resto de la población musulmana, exactamente lo que habían hecho con éxito los oficiales estadounidenses de grado medio en las Filipinas cien años antes. «Cambiamos su manera de percibirnos —me dijo un boina verde—. Cuando llegamos a Basilan, los niños musulmanes nos hacían gestos de rebanarnos el pescuezo. Para cuando nos fuimos, eran amigos nuestros. Eso los llevó a cuestionarse todo lo que los guerrilleros les habían contado sobre los estadounidenses.»

Los boinas verdes no vieron combates en Basilan. La operación Libertad Duradera-Filipinas fue un ejemplo de guerra no convencional, que, según el teniente coronel de las Fuerzas Especiales David Maxwell, consiste en «resolver problemas político-militares complejos con medios creativos».

Cuando llegué a Basilan los estadounidenses llevaban fuera casi un año. ¿Eran sus logros duraderos?

El hospital de Isabela estaba a poca distancia en coche del cuartel general del coronel Ramos. Antes de la Libertad Duradera, había veinticinco camas y la mayor parte del personal había huido a Zamboanga. En ese momento existían 110 camas además de una clínica para mujeres. Había agua potable y electricidad, y los jardines estaban bien cuidados. «Cuénteles al pueblo estadounidense que es un milagro lo que sucedió aquí en 2002 —me dijo el doctor Nilo Barandino, director del hospital—. Haremos todo lo que esté en nuestra mano por mantener y mejorar lo que nos ha dado el pueblo estadounidense. Sin embargo, sigue habiendo escasez de penicilina. Obtenemos muy poca ayuda de nuestro Gobierno de Manila.»

El doctor Barandino dijo que Basilan antes era un «paraíso para los secuestradores», pero que desde la intervención estadounidense los secuestros habían cesado y los habitantes de Isabela volvían a salir de noche. Una década antes él mismo había sido víctima de un secuestro.

«Me secuestraron junto con mi esposa y mis hijos el 27 de noviembre de 1992, y me liberaron el 24 de diciembre tras el pago del rescate. Nunca olvidaré esas fechas. Todo lo que habíamos ahorrado con nuestro trabajo desapareció en un solo día. No nos violentaron, ataron ni golpearon. Entonces la guerrilla musulmana todavía estaba en una etapa embrionaria, no pasaban de bandidos locales. La crueldad, las violaciones y las decapitaciones fueron técnicas que aprendieron de Al Qaeda en Afganistán, ya entrada la década.»

Desde Isabela, los dos sargentos estadounidenses y yo pusimos rumbo al sudoeste en un Humvee prestado por el coronel Ramos. Vimos por todas partes puentes Bailey prefabricados y secciones de nueva carretera construidas bajo los auspicios de la Libertad Duradera. Si existía una isla paradisíaca en la Tierra que superase a todas las demás, estaba allí, pensé, con plantaciones de caucho y prístinas junglas de palmeras adornadas con árboles del pan, caobas y mangos bajo un sol resplandeciente.

En Maluso, una zona predominantemente musulmana de la punta sudoccidental de Basilan, conocí a un ingeniero hidrológico, Salie Francisco. Se subió al Humvee con nosotros y nos llevó a las profundidades de la jungla para seguir el trazado de un acueducto construido por Kellogg, Brown & Root. Conducía a una nueva presa, una planta filtradora y una escuela, construidas bajo los auspicios de la Agencia de Estados Unidos para el Desarrollo Internacional (USAID). Antes la zona era una guarida de Abu Sayaf. Los terroristas habían desaparecido. Sin embargo, como me contó Francisco, no había turismo, ni empleo ni instalaciones de comunicación, pero sí muchas expectativas suscitadas por los estadounidenses.

Vi aldeas pobres y remotas semejantes a las que había visto por todo el mundo, liberadas del miedo, pero con una nueva clase de activistas occidentalizados que empezaba a proliferar «Aquí el Ejército filipino cada vez hace menos su trabajo —dijo Francisco—. Tenemos miedo de que vuelva Abu Sayaf. Nadie confía en que el Gobierno termine de construir las carreteras que empezaron los estadounidenses.» Luego añadió: «Los estadounidenses fueron sinceros. No hicieron nada malo. Siempre estaremos agradecidos a sus soldados. Pero ¿por qué se fueron? Dígamelo, por favor. Nos decepcionó mucho que lo hicieran.» Sus ojos sonrientes e inocentes pedían a gritos lo que en Occidente llamamos colonialismo.

Salimos en el Humvee de la espesura y llegamos al puerto de Maluso, un pueblo pintoresco sin electricidad regular. El mar color aguamarina estaba lleno de bancas estabilizadas por aparejos de bambú; pescar era la única economía y no daba para mucho. Un harapiento colectivo de parados con

casquetes musulmanes deambulaba por la calle. Las mujeres llevaban velo negro. En la lontananza del mar de Sulu distinguí un paisaje marítimo de islitas de hermosas playas que según decían estaban infestadas de piratas y guerrilleros de Abu Sayaf. Una cúpula de mezquita con forma de turbante otomano me llamó la atención.

Una vez más, el componente más próspero y mejor mantenido del paisaje era una base militar, un complejo del estilo de la casa arbórea de los robinsones suizos, con bellas vistas en el límite de la ciudad, habitado por la 36.^a Compañía de las Fuerzas Especiales del Ejército filipino, una unidad submarinista de combate adiestrada por los estadounidenses que patrullaban la costa cercana. La base filipina estaba decorada con dichos inspiradores de famosos autores norteamericanos:

La belleza reside por completo en el ojo de quien mira.

General LEW WALLACE

El destino no es cuestión de casualidad, sino de voluntad.

WILLIAM JENNINGS BRYAN

«Uso las citas para subir la moral», me dijo el comandante, capitán Peter Navarro. Me contó que desde su asunción del mando se había concentrado en el embellecimiento de la base. Su compañía estaba formada en su abrumadora mayoría por cristianos de Luzón. Como todos los demás campamentos militares filipinos que había visto, ése se destacaba por su descarado simbolismo católico romano. Antes de las comidas se bendecía la mesa. En Basilan, entre los pañuelos musulmanes para la cabeza con forma de casco que caracterizaban el paisaje humano de las Filipinas meridionales, Malasia e Indonesia, el cristiano Ejército filipino se antojaba una fuerza de ocupación.

A lo largo de los siguientes días que pasé recorriendo la isla, sobre todo la región musulmana de Tipo-Tipo en el sudeste, los funcionarios locales se mostraron abiertamente agradecidos al Ejército estadounidense por los pozos, escuelas y clínicas que se habían construido, pero críticos con su Gobierno de Manila por «corrupción» y por no destinar fondos al desarrollo. Verdad o no, ésa era la percepción.

En el Basilan meridional, la intensidad material de la cultura islámica se volvió abrumadora por primera vez en mi travesía hacia el sur. Había profusión de pañuelos para la cabeza, carteles de comida *halal* y una nueva mezquita grande en Tipo-Tipo pagada por los países árabes del Golfo. Mindanao y la península de Zamboanga habían contenido bolsas de civilización islámica, y en general eran más pobres que Luzón, al norte. Lo mismo sucedía en el Basilan septentrional. Sin embargo, era sólo en Maluso y Tipo-Tipo donde quedaba claro para el viajero que había entrado en un continuo islámico, donde las grandes islas indonesias de Java, Borneo y Sumatra se le antojaban más cercanas que Luzón.

Si bien descubriría más cosas sobre la operación Libertad Duradera-Filipinas en el curso de mis viajes, algo estaba ya claro: Estados Unidos no podía alterar las inconmensurables fuerzas de la historia y la cultura que habían ubicado una región musulmana pobre en el límite meridional de una nación-archipiélago mal gobernada y dirigida por cristianos, del mismo modo en que no podía conceder a los gobiernos de las montañas de Colombia y Yemen el control completo de sus indómitas tierras bajas por arte de birlibirloque.

Lo único que podía hacer Estados Unidos era insertar sus Fuerzas Armadas aquí y allá, del modo más discreto posible, para aliviar las amenazas percibidas a su propia seguridad cuando se volvían especialmente agudas. Y como esas inserciones con frecuencia se producían en frágiles democracias del Tercer Mundo, de difícil pasado colonial y quisquillosa sensación de orgullo nacional, las fuerzas estadounidenses debían operar bajo reglas de enfrentamiento muy estrictas.

Puede que la ayuda humanitaria no fuera el arma favorita de los defensores de la línea dura del Pentágono, que preferían cazar y matar a «los malos» por medio de la «acción directa» en lugar de excavar pozos de agua y construir escuelas, proyectos que, en cualquier caso, eran con toda probabilidad insostenibles por la escasa disposición de gobiernos nacionales como el de Filipinas a tomar las riendas de lo que habían dejado atrás los estadounidenses. Sin embargo, en un mundo donde el colonialismo decimonónico era sencillamente impráctico y la difusión misma de la democracia por la que luchaba Estados Unidos significaba que ya no podían actuar con impunidad, lo que el imperialismo exigía a principios del siglo XXI era un enfoque que combinara el humanitarismo con la recopilación de información para cosechar victorias parciales de bajo coste.

Incluso eso resultaba problemático, pese a todo, porque cualquier conexión manifiesta entre ayuda humanitaria y recopilación de información era ilegal, y susceptible de cubrir de sospecha a todos los organismos benéficos occidentales. No tenía nada de ilegal o inmoral que los oficiales militares estadounidenses mantuvieran sin más los ojos y los oídos abiertos a la vez que se dedicaban a menesteres civiles; formaba parte de lo que se entiende por forjar relaciones normales con los lugareños. La mejor recopilación de información a menudo se realiza de manera pasiva, y no activa.

Desde Basilan regresé a la JSOTF de Zamboanga, para luego viajar a la bahía de Subic para encontrarme con otro equipo A de los boinas verdes.

La bahía de Subic está separada de la bahía de Manila por la península de Batán. Fue en la breve escala de Manila, de camino a mi nuevo destino, donde me asaltó la fuerza plena de la pobreza y el subdesarrollo del sur musulmán de las Filipinas. Después de casi dos semanas en Zamboanga y Basilan, la modernidad y limpieza de la terminal nacional de Manila se me antojó sencillamente pasmosa. El viaje en taxi desde el aeropuerto a la estación del transbordador me llevó por delante de concesionarios de coches de lujo y exclusivos centros comerciales llenos de hombres y mujeres de punta en blanco. Allí estaba todo el dinero, pensé, amasado en una calle de Manila y gastado en otra. En Estados Unidos, la capital y las principales ciudades eran más ricas que el campo, pero éste seguía siendo un lugar decente para vivir, con servicios básicos. En Filipinas existía un lujo chabacano en Manila y sus alrededores, y un subdesarrollo de corte africano en el sur musulmán. A decir verdad, Filipinas era sólo Luzón, mientras que Mindanao, Sulu y el resto de los grupos de islas eran simples posesiones litorales, en mayor o menor medida.

Llegar a la bahía de Subic precisaba un trayecto de transbordador a través de la bahía de Manila hasta Orion, en la península de Batán. En el muelle de Orion me recibió el sargento maestro Mark López, antiguo sargento de equipo del ODA-125, una escuadra de combate submarino, y su acompañante, el sargento de primera clase Jim Irish. Sin siquiera moverme me encontré empapado en sudor. Al contemplar los picos verdes negruzcos y cubiertos de una tupida jungla de Batán, me imaginé cómo debió de ser la Marcha de la Muerte de abril de 1942, en la que murieron hasta diez mil soldados estadounidenses y filipinos pasto de las enfermedades, el hambre y la

brutalidad gratuita de los conquistadores japoneses.^[34] El trayecto en coche a través de la península hasta la bahía de Subic nos llevaba por parte de la ruta de esa infausta marcha, señalada por indicadores históricos.

Los sargentos López e Irish acababan de concluir unas maniobras de un mes con una unidad de las Fuerzas Especiales filipinas, y se estaban preparando para volver a Okinawa. El próximo destino de Mark López serían las Fuerzas Especiales de Corea del Sur, en una misión de un solo hombre. Jim Irish planeaba retirarse pronto del Ejército. Su equipo A con base en Okinawa había pasado varios meses en Basilan el año anterior.

Con su bronceado intenso, su voz de barítono, su abultada musculatura y su ropa de playa, López, antiguo surfista californiano, encajaba con el estereotipo del submarinista de las Fuerzas Especiales. Era macho y a mucha honra, además de genuinamente amable; se hizo eco de mi línea de reflexiones sobre la actitud colonial de Manila respecto del sur musulmán con la siguiente observación: «En las Filipinas se observa el legado de España contra el Imperio otomano. Luzón es española, católica y romana; es donde se encuentran todas las plantas de la Ford y el resto de las fábricas extranjeras. Mindanao —y de allí hacia el sur hasta Indonesia— constituye el mundo musulmán, influido por los comerciantes árabes del Imperio otomano.»

López había conseguido una licenciatura en Ciencias Políticas por la Universidad de Maryland en su tiempo libre, pero estaba más que satisfecho como suboficial y no sentía ningún deseo de acudir a la Escuela de Candidatos a Oficial. Jim Irish, un chico rubio y altísimo de Pasadena, California, que lucía un tatuaje nuevo, era el sargento de apoyo técnico del equipo de submarinistas, el equivalente a un mecánico de coches para todas las piezas del equipo de inmersión. Los dos me acompañaron hasta un complejo tipo adosado dentro de una base naval filipina para que conociera a los restantes miembros del ODA-125 que estaban planeando una inserción submarina de combate en una isla frente a la costa para la noche siguiente.

Entretanto, me acomodé en un hotelito turístico en la playa de la bahía de Subic. Sabía bien que la inserción costera era secundaria a efectos del propósito de mi visita. Las maniobras son en esencia técnicas y abstrusas; el auténtico objetivo de que los observara era la oportunidad que ofrecían para la conversación: la «sesión de palique», la «mayor afición del soldado», como escribe James Jones.^[35]

Viviría un montón de sesiones de palique en la bahía de Subic. El entorno era perfecto para ellas, y se merece una descripción detallada.

La bahía de Subic posee un esplendor tropical despampanante: un panel vaporoso de agua azul y verde radiactivo que atrapa el calor, circundado por los paisajes selváticos de Batán y el oeste de Luzón. La bahía de Subic justifica el viejo dicho de que nadie ha adquirido mejores terrenos que la Marina de Estados Unidos y la Iglesia católica. Legado de la guerra hispano-americana, fue una base naval estadounidense de primer orden hasta 1991, cuando una votación del Senado filipino la clausuró: una afirmación de soberanía nacional que dejó en la calle a millares de filipinos empleados por Estados Unidos.

A la Marina estadounidense le encantaba la bahía de Subic. Lo mismo pasaba con sus equivalentes australianos. Tras el cierre de la base, algunos veteranos retirados de los SEAL de la Marina norteamericana y el SAS australiano empezaron a instalarse allí como expatriados y a abrir bares, discotecas y tiendas de submarinismo.^[a8] Los australianos abundaban en especial, con sus bronceados curtidos, sus musculaturas escabrosas que empezaban a venirse abajo con la edad y tantos tatuajes en los brazos que se confundían con mangas estrafalarias de camisa. Los australianos cortaban el bacalao.

Como observó un estadounidense: «Pon que eres australiano, recién jubilado de la Policía o el Ejército y divorciado, con una pensión. Tienes cincuenta y pico años. Te mudas aquí y te lo montas con una filipina veinteañera. Aquí vives por una miseria. Aunque tengas que pasar una pensión alimenticia, las cuentas te salen mejor que si te hubieras quedado en Australia.»

Eran muy trabajadores, sin embargo, y bastantes no encajaban con el estereotipo. Un australiano al que conocí, por ejemplo, Brian Homan, había comprado una estación de carboneo en ruinas de la que no quedaba nada salvo los restos de hierro oxidado del embarcadero. Vertió tres bloques de cemento sobre él para formar un muelle enorme y abrió un bar de inmediato. Entretanto, construyó un restaurante y centro de submarinismo con todas las de la ley, que incluía un pequeño museo lleno de restos de viejos galeones y juncos chinos, además de porcelana china y vietnamita del siglo XVI que había rescatado de esos y otros naufragios cercanos. Su siguiente proyecto era un hotel contiguo en primera línea de la bahía, con los pilares de las camas hechos con viejos postes de teléfono de la Marina estadounidense que había encontrado: «Auténtico abeto de Douglas del estado de Washington», me dijo mientras aporreaba uno con la mano.

Mi alojamiento, aunque no fuese innovador en su construcción, hacía gala de un ambiente en el que, como alguien me había dicho, «las reglas de la sociedad de clase media pierden cualquier vigencia, siempre que nadie altere la paz o la seguridad de los demás». Se aceptaba a familias, aunque no se fomentaba su presencia. El bar de la playa no tenía hora de cierre. Estaba abierto veinticuatro horas al día y siete días a la semana. Las parejas podían salir de sus habitaciones en plena noche para tomarse una copa tranquilos junto al mar. Lo que hicieras era asunto tuyo, aunque había un guardia de seguridad que patrullaba a todas horas por si los ladrones. Yo dejé mis objetos de valor al lado de la cama, y en ningún momento estuve preocupado. De todas formas en la zona había muy poca delincuencia ocasional.

Mi hotel y otros de la zona venían a ser paraísos mohosos, algo sórdidos, anteriores a la era del lujo, que habían sido capaces de seguir existiendo porque en Filipinas había el terrorismo y la inestabilidad política suficientes para mantener el turismo global y sus estándares reglamentados de comportamiento muy, pero que muy lejos.

Había locales de *striptease* por ahí con nombres como Buzos de Felpudo. Entrar en ellos era conocer al pulpo. De repente se te echaban varios pares de manos encima para ofrecerte masajes y algo más. Las mujeres no estaban tan acabadas como cabría esperar. Entrevisté a filipinas cuarentonas que parecían bastante más jóvenes y habían recurrido al sexo para que sus hijos fueran a buenas universidades e internados. Tenían estrategias específicas para inversiones, futuros trabajos y jubilaciones a todo tren. No eran bailarinas de *striptease* o prostitutas de por sí. Filipinas ofrecía algo más sutil: «la experiencia de la novia», lo llamaban en Manila. Existía una clase entera de filipinas atractivas que se ganaba muy bien la vida, para los estándares de la economía local, haciéndose compañeras de hombres occidentales. Las relaciones duraban días, semanas o incluso meses. A menudo las parejas permanecían fieles. Relaciones de sexo por dinero sin tapujos como éstas en ocasiones evolucionaban hasta convertirse en matrimonios. Resultaba burdo para los criterios del Occidente de clase media, y aun así bastante sofisticado y selectivo para los estándares de la prostitución convencional.

Si Filipinas era un Edén sin parangón para los varones occidentales, por ese mismo motivo las mujeres de los reclutas estadounidenses albergaban «un odio visceral hacia el lugar», como observó un soldado. Cuando la bahía de Subic y Clark Field estaban en activo como bases de Estados Unidos, las cónyuges que las visitaban a menudo se echaban las manos a la cabeza cuando veían el percal. Provocó auténticos «problemas de moral», como

rezaba el eufemismo del Ejército estadounidense: broncas conyugales, divorcios y demás.

Desaparecidas las bases, los soldados interactuaban más con los lugareños. No era como en los tiempos del viejo Ejército del Pacífico antes de la Segunda Guerra Mundial, pero la situación se había desplazado un poco en esa dirección. El resultado, en realidad, era una mejor relación con el entorno inmediato, un fenómeno que, de hecho, tiene precedentes en la historia imperial.

En *Armies of the Raj*, el historiador militar británico Byron Farwell escribe que la apertura del canal de Suez, al permitir que las esposas de los oficiales británicos en la India se reunieran de un modo práctico con sus maridos, aisló a los oficiales de la sociedad nativa hasta el punto de convertirse en uno de los factores que contribuyeron al Motín Indio de 1857-1858 contra el dominio británico. «En todas las sociedades las mujeres han sido las conservadoras de la cultura —explica Farwell—. Cuando empezaron a llegar británicas a la India en grandes cantidades, llevaron consigo las actitudes, las modas y la moralidad británicas; no tardaron en imponer sus ideas, estándares y costumbres sobre su nuevo entorno.»^[36] En consecuencia, los soldados británicos, muchos de los cuales hubiesen preferido orientalizarse antes que cristianizar a los indios, dejaron de optar por lo nativo, y surgió una nueva brecha entre ellos y los lugareños.^[37]

La situación de Filipinas planteaba un peculiar dilema al Ejército estadounidense. Rudyard Kipling observó que «los hombres solteros que viven en barracones no se convierten en santos de escayola».^[38] O en palabras de un recluta estadounidense con el que pasé unos breves instantes en Manila: «Estoy a miles de kilómetros de casa, lejos de la base durante unos días con una buena habitación de hotel. ¿De verdad cree que esta noche debería volver solo a mi hotel?» Otro recluta se burlaba con furia de los «beatos» del Ejército de Estados Unidos, quienes según él empleaban todo tipo de razones presupuestarias y de procedimiento para desplazar los puntos de recreo y esparcimiento de Manila a Okinawa, porque en Okinawa «todo el mundo sabía que era un poco más difícil encontrar rollo».

De hecho, concluí que las Fuerzas Armadas estadounidenses estaban manejando ese aspecto de la realidad filipina con razonable sensatez. Era una versión del «No lo preguntes, no lo cuentes» aplicada a la actividad heterosexual. Me fijé, por ejemplo, en que bastantes soldados conseguían permisos de manera periódica, por un motivo u otro, para visitar Manila. Un oficial al que conocería allí, con muchos años de experiencia en lugares de

alta carga sexual como Tailandia y Filipinas, me dijo: «Siempre me aseguro de que los médicos dispongan de antibióticos a punta pala para las enfermedades venéreas. No pierdo los estribos con ningún muchacho a menos que se pase de la raya, llegue a la formación con retraso o su mujer empiece a llamarme para quejarse. Sin embargo, en cuanto se convierte en un problema familiar, es un problema para el equipo y un problema para el Ejército. Y tengo que tomar medidas contra él.»

«Alistarme fue idea mía. Nadie me animó en esa dirección. De pequeño no tuve ningún modelo de conducta», me explicó Mark López. Me encontraba ya en la playa de la bahía de Subic, tomando cervezas al ponerse el sol, y él y yo pasábamos horas charlando. Era medio mexicano, medio indio norteamericano. Había nacido en Sacramento, California, y se había criado en Yuba City, al norte, donde «todo el mundo se hacía granjero, leñador u obrero de la construcción. Sentía que tenía que escapar de aquello. Al tercer año de instituto conseguí permiso de mis padres para apuntarme al Centro de Preparación de Oficiales de la Reserva (ROTC). Al principio quería ser instructor».

López pasó sus primeros años en el Ejército con el 1.^{er} Batallón de Rangers (Aerotransportado) en el aeródromo Hunter de Savannah, Georgia, y después con las fuerzas estadounidenses en Corea del Sur y la 10.^a División de Montaña en Fort Drum, Nueva York. En 1992 lo aceptaron en las Fuerzas Especiales. En adelante, su único objetivo en la vida, me contó con su vozarrón, «fue llegar algún día a sargento de equipo de las SF. No hay otro trabajo en el mundo que te dé una oportunidad como ésta de ser un modelo de conducta y un moldeador de hombres. Eres el pegamento del escuadrón entero. Nadie tiene tanta libertad ni tanta responsabilidad».

No me reí. Desde que conociera a Mike Fields en Tolemaida, Colombia, no había dejado de impresionarme la carga de trabajo realizado por los sargentos de equipo de los boinas verdes, la mayoría de los cuales poseía el rango de sargentos maestros. Más adelante, también en Filipinas, conocí a un sargento mayor, Steve Gregurek, de Navasota, Texas. Cuando Gregurek estaba en la academia de sargentos mayores de El Paso, Texas, le preguntaron cuál era su meta en el Ejército. «Les dije que ya la había cumplido. Después de ser sargento de equipo de las SF, no me quedaba nada que lograr en este mundo.»

Los sargentos de equipo pasaban años con sus destacamentos de las Fuerzas Especiales y con frecuencia nunca dejaban el cuerpo, mientras que los capitanes y comandantes servían unos años en un equipo y luego eran transferidos a alguna otra rama del Ejército, para no volver a las Fuerzas Especiales hasta un momento posterior de sus carreras, si es que regresaban. Los sargentos, en especial los de equipo o los maestros, eran los auténticos depositarios de la tradición de las Fuerzas Especiales.

López ardía en deseos de hablar de sus experiencias en Basilan. Allí él y su equipo habían vivido en la espesura, marchado con el equipo completo a cuestras por manglares y selvas tropicales de triple capa, reconstruido una mezquita y montado clínicas dos veces por semana en aldeas amenazadas por Abu Sayaf. Su médico, el sargento Keith Pace de Ann Arbor, Michigan, entre otras hazañas había salvado la vida a una niña de siete años con un enema de Gatorade. «Tenía meningitis espinal —me explicó Pace—. Se estaba deshidratando a marchas forzadas. No le encontraba vena para la solución intravenosa. Llené un enema con una botella de Gatorade, le alcé el pompis y le ensarté el Gatorade por el ano. Llegó a su torrente sanguíneo y la rehidrató.» El sargento Pace recibió una mención personal del Gobierno filipino por su trabajo en Basilan. «Saqué muelas. Traté a animales de granja. No había laboratorio cerca. Todo había que tratarlo empíricamente. No esperabas a tener pruebas; para entonces alguien habría muerto. Si creías que una persona tenía esa u otra enfermedad, la tratabas para ella de inmediato.»

López opinaba que todo lo realizado por su equipo en Basilan se podría haber hecho con menos riesgo y mayor eficacia sin una fuerza de tarea conjunta. Dando rienda suelta a su frustración bajo una puesta de sol del color de la laterita, me dijo: «El concepto entero de la JTF-JSOTF vulneraba gran parte de lo que se enseñaba en el curso Q de Fort Bragg —en referencia al curso de calificación para boinas verdes—. Hay relativamente poco de lo que hizo la JTF que un equipo B de las Fuerzas Especiales no pudiera haber conseguido de manera más discreta y eficaz y dejando menos huella. El objetivo mismo de un equipo B es actuar de base de operaciones avanzada para varios equipos A a muchos kilómetros de su base original.

»El problema —prosiguió— no era sólo la mentalidad del PACOM, sino Washington. La misión de Operaciones Especiales en Basilan era el único asunto candente del momento en el teatro de operaciones del Pacífico, o sea, que nos convertimos en el juguete de fuerzas más grandes. Todo el mundo quería meterle mano, de modo que se volvió más grande de lo que era necesario. En lugar de inundar Isabela de camiones de dos toneladas y media,

tendríamos que haber llegado en *zodiacs* de noche y a escondidas para infiltrarnos en el campo con las CAFGU [Unidades Geográficas de Fuerzas Armadas Ciudadanas]. La JTF representaba el tipo de enfoque torpe que había provocado la calamidad de Vietnam y que pasaba por alto las lecciones de la guerra de Filipinas de hace cien años. Es una suerte que Abu Sayaf no tuviera ni recursos ni pelotas para sabotearnos.»

Todo lo que López me dijo contaba con el respaldo de otros suboficiales de diferentes destacamentos. Además, el oficial al mando de López en Basilan, el teniente coronel David Maxwell, me contaría más tarde en Washington que Libertad Duradera-Filipinas había actuado «del revés». La fuerza de tarea conjunta de Zamboanga «en teoría había fijado las condiciones para nuestro despliegue, pero no hubo condiciones que fijar hasta que los equipos A estuvieron efectivamente desplegados en la isla».

En términos tácticos, lo que López y Maxwell decían tenía sentido. Sin embargo, también podía sostenerse que el complejo de la base de Zamboanga, más grande de lo necesario, producía beneficios políticos que no recogía un análisis puramente táctico; consiguió que Estados Unidos se estableciera de manera semipermanente al sur de Luzón por primera vez desde la Segunda Guerra Mundial, en posición para un futuro conflicto con China.

No había mucha distancia de la bahía de Subic a Fort Magsaysay, en el interior de Luzón, donde había más equipos de boinas verdes destinados a adiestrar filipinos.^[a9] El ambiente del interior era distinto por completo. La bahía de Subic era estimulante, Fort Magsaysay deprimente. La base, situada cerca del campo de prisioneros de guerra japonés de Cabanatuán, donde habían encerrado a los supervivientes estadounidenses de la Marcha de la Muerte de Batán, era plano, sin vistas ni brisas. El calor era asfixiante. Había llegado un sistema de tifones que sumergía el paisaje en constantes aguaceros torrenciales.

El «*blues* del tifón» se había apoderado de los barracones. La lluvia azotaba las ventanas. Las ranas saltaban por las letrinas. Se habían cancelado algunos ejercicios de instrucción. Tuve tiempo de sobras para hablar con el comandante Robert E. Lee Jr. de la zona del canal de Panamá y después de Mobile, Alabama, el oficial al mando de todos los estadounidenses de Magsaysay.

El comandante Ed Lee hablaba con rápidas ráfagas entrecortadas. Era pálido y algo enclenque en comparación con los demás, con el pelo castaño y

bigote. Fue el primer miembro de su familia que cursó estudios superiores, en la Universidad de South Alabama, en Mobile. Su hijo mayor se llamaba Stonewall, en honor al general confederado Thomas *Stonewall* Jackson. Me contó que la experiencia que lo hizo madurar fue trabajar durante un año como voluntario para la misión baptista del sur en un sector afroamericano pobre de Wichita, Kansas. «Fue mi primer contacto real con negros, vamos, que no fuera desde lejos. Fue un año de aprendizaje, día tras día, en que las personas son personas.»

El comandante Lee había realizado misiones de adiestramiento por toda Asia: Corea del Sur, Singapur, Tonga, las islas Salomón, Filipinas. Juzgaba las culturas y sistemas políticos por lo que veía de sus ejércitos, lo cual no era mala idea. Al menos se trataba de verdades palpables y no abstracciones. Los ejércitos suelen ser barómetros culturales precisos. Estados Unidos disponía de un cuadro de suboficiales de entre los mejores de la historia porque el país era el máximo exponente de una sociedad de masas de clase media. Los países tercermundistas mal gobernados y corruptos tendían a poseer ejércitos que no cuidaban las armas y el resto del equipo. El mantenimiento —una tarea aburrida, desagradable pero aun así necesaria— es un indicador de la disciplina, el compañerismo y la fe en el futuro, porque uno sólo mantiene lo que pretende usar a largo plazo.

Lee, apenas audible por encima de la ruidosa lluvia del tifón, habló sobre todos los ejércitos asiáticos que había contribuido a adiestrar, con el recuerdo todavía vivo en los ojos. El que más le había impresionado era el de Singapur. «Tenían un campo de tiro último modelo. Si un soldado se hería durante la instrucción, había una investigación y se ofrecía a la familia una explicación detallada. Allí la vida no era barata. Se valoraba. Oficialmente, Singapur es una dictadura, y la gente de Washington y Nueva York la desprecia. Extraoficialmente, es una sociedad civil.

»Su cuerpo de suboficiales es bueno de verdad —prosiguió—. Singapur es una meritocracia; muchos de los futuros oficiales son identificados entre las filas de la instrucción básica. Mezclan a chinos, malayos e indios todos juntos en las unidades. Fui allí con la idea del Gran Hermano. Pero basta con cruzar la frontera con Malasia o sobre todo Indonesia y ver las hordas de mendigos y gente que defeca por las calles para darse cuenta de por qué Singapur tiene esas reglas tan estrictas. Puedes entrar en un cine de Singapur sin que los pies se te peguen al suelo. Visitar Malasia e Indonesia me quitó la venda de los ojos. Después de esos países, las pegadas del Gran Hermano no te

molestan tanto. En cualquier caso, la gente de allí sabe sortear las reglas. No es tan malo como escribe la gente. Hay que verlo en persona.»

Un tipo de adiestramiento no se detenía en Magsaysay por culpa del mal tiempo, y era el más importante. Era la instrucción CQC (cuerpo a cuerpo) impartida por un equipo de las Fuerzas Especiales para una compañía de reacción ligera del Ejército filipino.

Los soldados de las Fuerzas Especiales son multidisciplinarios. Pueden hacer cualquier cosa, desde cavar pozos de agua a negociar con diplomáticos, pasando por irrumpir en una casa para salvar rehenes. Pueden infiltrarse por vía acuática con equipo de submarinismo o por el aire con paracaídas. A menudo se encuentran en situaciones de adiestramiento para un tipo de misión, y luego tienen que realizar otro. En consecuencia, siempre hay unidades en el Ejército que realizan tareas específicas mejor que cualquier equipo de las Fuerzas Especiales, pero nadie rivaliza con ellos en lo tocante a su función clásica y original: infiltrarse en una zona y organizar y adiestrar a los indígenas.

Pongamos por ejemplo la Compañía Charlie de Fort Magsaysay, un conglomerado de equipos de las Fuerzas Especiales designado para incursiones al estilo comando. Pese a lo que podría pensarse, el adiestramiento de comandos no es interesante. Es la forma más sosa de repetición. El campo de tiro puede resultar divertido durante una hora o dos, pero basta con pasar un día allí «transicionando» —es decir, cambiando de un rifle de asalto M-4 a una pistola Beretta de 9 mm con un solo movimiento fluido, a la vez que se alcanza al blanco exactamente donde se desea— para ver lo monstruosamente tedioso que puede ser mantener los reflejos a punto, para llegar a ser un héroe. Eso es lo que hacía la Compañía Charlie. Para los estándares de la Fuerza Delta del Ejército de Tierra y algunas de sus unidades de rangers, los de los SEAL de la Marina y las unidades de Reconocimiento de Fuerza de los Marines, esa Compañía Charlie de las Fuerzas Especiales quizá se quedara algo corta. Pero esas otras unidades sólo tenían que combatir. La Compañía Charlie podía enseñar a indígenas de diferentes culturas a luchar como nosotros.

El campo de tiro utilizado por la Compañía Charlie era un hospital en ruinas con escaleras interiores y exteriores, y tabiques móviles de contrachapado especialmente contruidos y sobrevolados por una pasarela. Sobre la pasarela se extendía un tejado de hierro corrugado en el que la lluvia resonaba con estruendo. «Todas las unidades a bailar —dijo el sargento por su dispositivo portátil de comunicación—. Bailar, bailar, bailar. Tengo el

control, tengo el control. Cinco, cuatro, tres, dos, uno...» Entonces explotaron *flashes* y cables de detonación, que echaron abajo puertas entre una luz cegadora y una cortina de humo, y estrellaron una onda expansiva contra mi pecho, mientras varios «pabellones» de soldados filipinos inundaban las habitaciones disparando proyectiles azules de plástico de fogeo.

La Sim Sit, o situación simulada, era un rescate de rehenes. El concepto operativo era el DEC (Dominar, Eliminar, Controlar). Para alguien de fuera parecía y sonaba como un puro caos, empeorado por el humo de los fogonazos. Sin embargo, tras observar la misma maniobra unas cuantas veces, uno empezaba a desentenderse de los ruidos y sacudidas de los cables detonadores y los fogonazos y en lugar de eso se concentraba en el desarrollo de la trama del rescate, que el sargento criticaba con calma y perseverancia.

Rescatar rehenes de un piso u hotel es una cuestión de técnica, desglosada en partes complejas que deben traducirse en actos musculares reflejos. Encuentras tantos «puntos de brecha» como sea posible y los inundas a la vez, para cortar las rutas de huida. Cuando te infiltras en una habitación intentas rehuir al «malo» o al rehén que quizá tengas ante tus narices desafiándote o pidiendo ayuda a gritos. En lugar de hacerle caso, te diriges de inmediato al «punto de dominio», una esquina desde la que puedes cubrir la mitad de la sala, mientras tu compañero ocupa la esquina opuesta para abarcar la otra mitad. Sólo cuando has asegurado los dos puntos de dominio te preocupas por la persona de la habitación, sea amiga o enemiga, porque lo que tienes delante no es el problema. El auténtico problema quizás aceche en una esquina, detrás de la puerta.

Como eso contraviene el instinto natural, hay que enseñarlo y reenseñarlo, una y otra vez. Como hacen falta dos para dominar una sala, uno no entra en una habitación hasta que el compañero le da un apretón en el hombro, para indicar en silencio que está detrás mismo de ti y preparado. «No hagáis gestos con la mano. No le digáis una palabra a vuestro compañero. Limitaos a darle un apretoncillo desde atrás —no cesaba de repetir el sargento—. Cada pareja sólo puede tomar una sala de una vez. Así que actuad a conciencia. Dejad que la adrenalina se disipe y pensad con claridad. Al exfiltraros relimpiáis cada habitación del mismo modo en que la habéis limpiado.»

En las sucesivas Sim Sits, abandoné la seguridad de la pasarela y seguí a un «pabellón» a través del laberinto de tabiques oscurecidos por el tifón. Escuché las críticas y palabras de ánimo del sargento a sus acólitos filipinos con un marcado tono de autoridad.

«No ha estado mal. Esta vez ha salido bastante bien. Pero todavía veo demasiada charla y empujones. Además, cuando os encontréis con un huésped o un malo, es posible que no sepáis distinguirlos. Así que no le deis una palmadita de nada. Apretadle. Apretad, no frotéis. Eso vale también para el paquete. No seáis tímidos. ¿*Daba*? Se trata de vuestra vida, recordadlo», dijo, empleando la palabra tagala para «¿comprendido?».

Concluyo con: «Y recordad, chicos. Nosotros siempre ganamos. Nosotros nunca perdemos rehenes. Nosotros somos los buenos y matamos a los malos.»

Los clichés fueron pronunciados con absoluta seriedad, sin ironía. Sólo eran clichés para mí. Era por eso, en última instancia, que a esos chicos les gustaba tanto George W. Bush, descubrí. Él hablaba como ellos, con una ausencia de matices que les parecía estimable porque sus propios cometidos no los requerían.

Al final de la jornada, el sargento y su Compañía Charlie hicieron una demostración de lo que era una Sim Sit correcta. Fue un espectáculo hermoso. Se convirtieron en algo parecido a corrientes de agua, rápidas y silenciosas, un prodigio de economía de movimientos que se ramificaba e inundaba varias habitaciones a la vez, apretando hombros y avanzando, apretando y avanzando, como un solo reflejo muscular continuo.

Fuera de su trabajo, el sargento apenas hablaba con nadie. Sólo se animaba al hablar de tipos de balas, tipos de técnicas de infiltración, etc. No se sentía a gusto charlando sobre casi nada más. Era el perfecto instrumento policial.

Al observarlo recordé que el trabajo de los diplomáticos que llevan trajes caros y se comunican con frases complejas en entornos de exquisito mobiliario es negociar acuerdos periódicamente, de los que el objetivo último, aunque nunca se explicita, es conseguir que alguien como ese sargento, con un montón de tatuajes y récords de levantamiento de pesas a sus espaldas, enseñe a otros a actuar como él, pues la instrucción en esa ruina de hospital con sus paredes gangrenosas representaba la punta del dedo de la política de asistencia en seguridad de Estados Unidos para Filipinas.

El sargento y su equipo eran activos de tanta importancia para Estados Unidos que la compañía filipina de infantería ligera a la que estaban adiestrando había sido separada de la cadena de mando normal del Ejército del país. La habían situado bajo control directo del jefe del Estado Mayor, el general Narciso Abaya, un graduado por West Point conocido por su rectitud de carácter. Sólo eliminando niveles enteros de burocracia era posible garantizar la integridad de cualquier cosa en ese lugar.

Mis últimos días en Filipinas los pasé en santuarios de la Segunda Guerra Mundial de las inmediaciones de Manila. En el Cementerio y Memorial Estadounidense de Fort Bonifacio (antes Fort William McKinley) se encuentran las tumbas de 17 206 reclutas estadounidenses muertos en el teatro de operaciones del Pacífico de la Segunda Guerra Mundial. Además, en dos grandes hemiciclos de piedra caliza están inscritos los nombres de 36 282 estadounidenses desaparecidos en combate. Desde la torre de la capilla las campanas no paran de tañer el «Himno de batalla de la República».

En la roca-fortaleza de Corregidor, en la entrada de la bahía de Manila, se yerguen los restos monumentales de los barracones Topside y Middleside, hogar de millares de reclutas estadounidenses, bombardeados en 1942 por los japoneses. Con cada año que pasa los mohosos fragmentos de muro se parecen más a las ruinas medievales de Angkor Wat, en Camboya.

Como las Filipinas ocuparon el centro de los combates en el Pacífico de la Segunda Guerra Mundial —y como la ocupación japonesa fue tan brutal—, los estadounidenses siempre han sido vistos en ellas no como meros colonizadores sino también como liberadores. Las palabras inscritas en el Memorial de la guerra del Pacífico de Corregidor quizás expliquen por qué, a fin de cuentas, los estadounidenses dieron su vida con tanta generosidad en las Filipinas y archipiélagos menos conocidos:

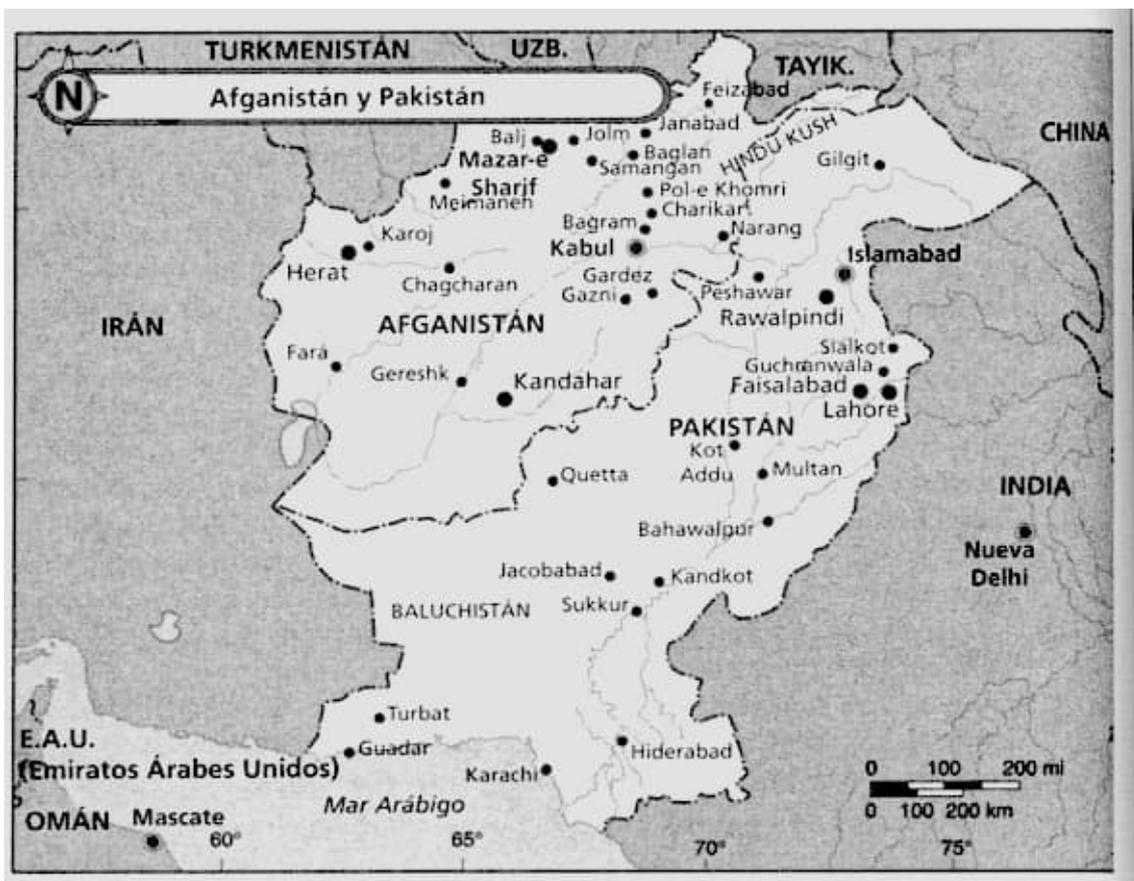
VIVIR A LA LUZ DE LA LIBERTAD
ES EL DERECHO DE LA HUMANIDAD

Con todo, existía un gran trecho entre esas nobles palabras y la realidad de la libertad en Filipinas en el momento de mi visita. Los rumores de golpe de Estado coparon los titulares durante semanas. El último día que pasé en Manila 296 oficiales de grado bajo protagonizaron un motín y se apoderaron de un centro comercial del distrito financiero de Makati y lo sembraron de explosivos. Su furia tenía como objeto la corrupción galopante del Gobierno del presidente Arroyo, en el que los altos funcionarios eran acusados de vender munición a insurgentes tanto comunistas como islámicos. Además, un terrorista internacional relacionado con Yemaa Islamiya, Fathur Rahman al Ghozi, había salido tan campante de su celda en unas instalaciones de máxima seguridad de Manila, previo pago de los sobornos de rigor a algunos funcionarios filipinos de alto rango.^[a10]

No es descabellado afirmar que esos jóvenes oficiales amotinados eran las personas más idealistas del país. Sabían que la democracia era una mera fachada para el modo en que funcionaban en realidad las Filipinas. Transcurridas casi seis décadas de la liberación de los japoneses y casi dos tras el derrocamiento del dictador Ferdinand Marcos, el sistema político filipino se ajustaba más a una red de compadreo de sórdidos contactos personales que a cualquier noción de sociedad civil occidental. Sin embargo, esos jóvenes inocentes también poseían una inocencia increíble, pues las peores dictaduras pueden nacer de un exceso de idealismo.

Ni un solo suboficial u oficial de grado medio estadounidense con el que hablé se refirió a «salvar» o «mejorar» Filipinas. Más bien veían su cometido en términos de desarrollar un cuadro de oficiales occidentalizados y contactos útiles en las comunidades tanto cristianas como musulmanas que pudieran demostrarse influyentes aun en el caso de que el Estado se rompiera. Ninguno de los estadounidenses era cínico, pero, aun así, todos eran conscientes de las limitaciones de su país entre unas fuerzas culturales y políticas inmensas. Con todo, perseveraban y hallaban un profundo sentido personal en sus trabajos. Al poco de partir yo encontraron una manera de empotrar a boinas verdes individuales en unidades filipinas en un nivel de batallón, con lo que estiraron las reglas de enfrentamiento para coordinar mejor la caza de terroristas. Las potencias imperiales no conocen el descanso.

Afganistán y Pakistán



CENTCOM Y SOCOM

AFGANISTÁN, OTOÑO DE 2003

Con notas sobre la frontera noroccidental de Pakistán

Como Al Qaeda era una insurgencia a escala mundial, Estados Unidos tenía que librar una clásica contrainsurgencia mundial [...] allí, entre los ratones de campo y las planicies valladas de barro del desierto de Helmand, sólo existía una constante experimentación de ensayo y error a la luz de la misión en curso.

Para cuando hube regresado de Filipinas, las estabilizaciones posbélicas de Irak y Afganistán estaban en peligro. Tanto el Pentágono como la opinión pública estadounidense habían pensado en términos de victoria final y paseos militares. Sin embargo, el hecho de que en Irak hubiesen muerto más soldados estadounidenses a manos de hombres armados de adscripción poco clara tras el desmantelamiento del régimen de Sadam Husein que durante la guerra en sí indicaba que la auténtica batalla por el futuro de Irak se estaba librando en ese momento, y que la operación Libertad para Irak —la invasión encabezada por Estados Unidos del marzo anterior, protagonizada por centenares de miles de soldados de infantería— no había hecho sino configurar el campo de batalla donde se combatiría.

La violencia de baja intensidad en el Irak central habitado por los suníes era un ejemplo de cómo el principio del siglo XXI constituía un universo en el que la guerra, hasta cierto punto, nunca termina, porque es inextricable de la política y la agitación social. En ese universo, definido en primer lugar por el general prusiano Carl von Clausewitz, el Ejército se convierte en un

instrumento incesante del arte de gobierno, a la par que la diplomacia sigue siendo un arma de guerra de primer orden. Semejante adición de combate militar y política significa que el conocimiento cultural e histórico del terreno tiene más posibilidades de dispersar la llamada niebla de la guerra que los prodigios tecnológicos. Como ávido lector de poesía y producto de la era romántica previa a la Revolución Industrial —una época que respetaba la primacía de la pasión por encima de la racionalidad—, Clausewitz había intuido con inquietante adelanto este fenómeno.

Sin embargo, un estado de guerra interminable era un principio que a los estadounidenses se les antojaba una y otra vez difícil de aceptar. En verdad, la primera guerra del Golfo de 1991 había visto una total desconexión entre los objetivos militares de Estados Unidos y su estrategia política de posguerra: al proclamar la victoria a las primeras de cambio, retirar con rapidez sus fuerzas militares, no crear una zona desmilitarizada en el sur de Irak para debilitar el régimen superviviente de Sadam y evitar los lazos militares con los insurgentes contrarios al dictador, la Administración de George Bush, padre, terminó por reforzar el mismo régimen que se había propuesto socavar durante los combates en sí.^[1]

En ese momento, más de una década después, con el Irak post-Sadam convertido en un patio de ejercicios para los ataques de Economía de Fuerza no convencionales ejecutados por grupitos de sicarios y terroristas suicidas, quedaba de manifiesto una verdad más: el campo de batalla moderno seguía ampliándose y vaciándose, en cuanto que se caracterizaba por la dispersión de fuerzas.^[2] Las maniobras masivas de tanques e infantería resultaban menos trascendentes que las acciones letales de unos pocos individuos, magnificadas por los medios de comunicación globales.

También en Afganistán una rápida y en apariencia decisiva victoria militar se había visto seguida por una paz sucia y sangrienta. «El extremismo islámico militante», escribieron los corresponsales de *The New York Times* Amy Waldman y Dexter Filkins, informando desde Afganistán y también Irak, se estaba demostrando una ideología que podía ser «contenida pero no derrotada».^[3] Los brotes de guerra a pequeña escala, con pocos soldados enemigos a la vista, eran ya un rasgo del paisaje de Oriente Próximo. Era algo a lo que Estados Unidos tendría que acostumbrarse, con independencia del partido que ocupara la Casa Blanca.

Los disturbios de los dos países tenían orígenes diferentes. En Irak, el Partido Baazista, al igual que el KGB y el Partido Comunista de la Unión Soviética, había constituido una enorme mafia. Cuando la Unión Soviética se

derrumbó, la mafia gobernante se escindió en muchas menores, lo que condujo a un caos de bajo nivel durante casi una década, manifestado en crímenes, asesinato y corrupción. En Irak imperaba la misma situación, con la salvedad de que el país también ofrecía cifras significativas de soldados estadounidenses como objetivos. Además, las zonas fronterizas desérticas, inmensas y difíciles de controlar de Irak, y sus afinidades lingüísticas y étnicas con vecinos como Siria, hacían posible que soldados de a pie de Al Qaeda se infiltraran en el país y amplificaran la amenaza.

En cuando a Afganistán, la destrucción del Estado era en realidad menos patente que en Irak. Aun en su mejor momento (mediados del siglo XX, bajo el liderazgo del rey Zahir Sha), el Estado afgano había existido sólo en parte y sin abarcar mucho más que las principales ciudades y pueblos y la red de carreteras que las conectaba. En contra de lo que suele creerse, la invasión soviética de diciembre de 1979 no había detonado el levantamiento de los muyahidines. El levantamiento empezó más de un año antes, en abril de 1978, cuando el régimen afgano intentó extender el poder del Gobierno central a las aldeas. Por brutales e incompetentes que fueran los métodos del régimen, convenía tener presente que los afganos tenían menos tradición de Estado moderno que los persas o los árabes.

El fenómeno de los señores de la guerra siempre había sido fuerte en Afganistán, y en las décadas recientes se había visto reforzado por la naturaleza difusa de la rebelión muyahidín contra los soviéticos, la destrucción causada por los combates entre los propios muyahidines tras la partida de los rusos y la incompetencia burocrática de los talibanes, que tenían más de movimiento ideológico que de aparato de gobierno. Así pues, con un Estado apenas existente antes incluso de la invasión estadounidense de octubre de 2001, so pena de alguna catástrofe como la caída de una población importante en manos de unos talibanes reconstituidos o el asesinato del presidente Hamid Karzai, dictaminar el éxito o el fracaso en Afganistán iba a ser una empresa más sutil que en Irak.

La agitación continua en el gran Oriente Próximo, sumada a mi deseo de observar a las Fuerzas Especiales del Ejército en un papel más variado que el de Colombia y Filipinas —antes de pasar a otras ramas de las Fuerzas Armadas— iba a llevarme en un viaje de dos meses a Afganistán. Irak esperaba hasta el año siguiente; mi propósito no era cazar noticias, sino

intentar comprender la mecánica de los compromisos de seguridad estadounidenses en todo el mundo, sobre el terreno, caso por caso.

Afganistán y las Fuerzas Especiales del Ejército se encuadraban en los dominios del CENTCOM (Mando Central) y el SOCOM (Mando de Operaciones Especiales). Los dos tenían el cuartel general en la base MacDill de las Fuerzas Aéreas en Tampa, Florida.

El CENTCOM era un mando de zona inusual en cuanto que era nuevo, tenía pocas unidades de combate permanentes asignadas y, aun así, llevaba sobre los hombros el grueso de los combates estadounidenses del albor del siglo XXI. Y eso a pesar de que la zona de responsabilidad del CENTCOM era significativamente menor que la de otros mandos, pues el Gran Oriente Medio no puede compararse en kilometraje cuadrado al inmenso Pacífico, Sudamérica y sus entornos oceánicos o Europa, Rusia y África, la responsabilidad del Mando Europeo.

Sin embargo, lo que le falta en tamaño a la zona de responsabilidad del CENTCOM lo compensa con importancia estratégica. Se extiende a través de Oriente Medio desde el nordeste de África hasta la antigua Asia central soviética y Pakistán, y abarca la vasta región desértica situada al este de Europa, el sur de Rusia y el oeste de China y la India. Allí se solapan los legados de los imperios bizantino, turco y persa entre dos tercios de las reservas conocidas de petróleo del mundo y el 40 por ciento de su gas natural.

Mientras el SOUTHCOM y el PACOM se jactan de unas raíces venerables en la historia de Estados Unidos —en la construcción del canal de Panamá y en el viejo Ejército del Pacífico de antes de la Segunda Guerra Mundial—, y mientras el Mando Europeo supone un legado de la victoria aliada sobre la Alemania de Hitler, el CENTCOM carece de un pasado glorioso. Es una criatura de la última etapa de la guerra fría y los desafíos supuestos por el islam extremista, una ideología monolítica tan dinámica, inflexible y despiadada como el comunismo soviético y el fascismo europeo.^[a1]

El Mando Central fue activado en 1983 por el presidente Ronald Reagan como sucesor de la Fuerza de Tarea Conjunta de Despliegue Rápido, que a su vez había sido creada por el presidente Jimmy Carter para proteger el poder en África y Oriente Medio tras la crisis de los rehenes de Irán.^[a2] En 1990 y 1991, CENTCOM se convirtió en una palabra de uso diario cuando a las órdenes del que a la sazón era su comandante, el general del Ejército de Tierra Norman Schwarzkopf, ejecutó las operaciones Escudo del Desierto y Tormenta del Desierto, la defensa de Arabia Saudí y la liberación de Kuwait de la ocupación iraquí, respectivamente. En 1992, el CENTCOM realizó

Devolver la Esperanza, la intervención humanitaria en Somalia. Además, a lo largo de la década de 1990, veló por el respeto a la zona de exclusión aérea iraquí.

Junto con la OTAN, el CENTCOM había llegado a ser el gestor de coaliciones por excelencia. Su cuartel general, en el punto donde la bahía de Tampa se abre hacia el golfo de México, no se distinguía por sus enormes edificios sin nada de particular, sino por la enorme extensión de casas móviles, que albergaban a oficiales de enlace de todos los países participantes en las operaciones Libertad Duradera-Afganistán y Libertad para Irak. Cuando uno entraba en el edificio principal, no sólo los uniformes de camuflaje para el desierto (DCLJ) que llevaban los soldados estadounidenses eran diferentes de los BDU verde oscuro del resto de los mandos de zona, sino que también lo era la presencia por los pasillos de oficiales de un sinnúmero de naciones, como indicaban sus distintos uniformes. Uno de los oficiales que me puso al corriente ni siquiera era estadounidense, sino un comandante del Ejército noruego.

El ritmo de actividad del CENTCOM hacía que el SOUTHCOM y el PACOM parecieran adormilados en comparación. La gente trabaja más horas que en el resto de los mandos. La mayoría de los oficiales de alto rango ni siquiera se encontraban en el cuartel general de Tampa, sino en posiciones avanzadas de Afganistán, Irak y otros países de la AOR (zona de responsabilidad). Oficialmente, cada mando de zona respondía directamente ante el secretario de Defensa, pero los canales de comunicación del CENTCOM con el «SecDef» (como se le llamaba) eran a todas luces más directos y fluidos.

El comandante de las Fuerzas Aéreas Michel Escudi, mi acompañante, observó: «Aquí tiene un tercio del mundo al alcance de la mano. Todo es informal, con poco papeleo. Todas las naciones asisten a las reuniones informativas, y eso también vale en general para el intercambio de información militar. Si me pidiera que trazara un diagrama de la cadena de mando burocrática tal y como funciona en realidad, sería incapaz. La gente entra sin más en los despachos de los demás.»

La ONU y la OTAN debieron de ser así a principios de los años 50, pensé, antes de que se asentara una rigidez formalizada. Desde el final de la guerra fría, el CENTCOM había ido surgiendo como una de esas organizaciones internacionales de las que hablan las elites de las principales capitales y centros financieros aunque no se las imaginen apareciendo dentro del Ejército estadounidense, en el hortera cinturón playero de la Florida occidental. Las organizaciones alcanzan su punto más dinámico cuando se encuentran en el

proceso de formación, cuando trabajan desde estructuras temporales y tienen un algo de cuerpo guerrillero que altera el orden establecido. Así era el CENTCOM (aunque también la OTAN se había visto algo revitalizada por la entrada en sus filas de antiguos países del Pacto de Varsovia y el éxito de la intervención y los combates en Bosnia y Kosovo).

Otro rasgo distintivo del CENTCOM era el modo en que me trataron. En el SOUTHCOM y el PACOM, cuyas operaciones militares pasaban en gran medida desapercibidas para los medios de comunicación, yo era una rareza, una amenaza y un VIP a la vez, al que había que manejar con cuidado y mucha planificación. En el CENTCOM no era más que otro periodista al que aplicar la tanda de sesiones de información. La gente apenas tenía tiempo para mí.

El Mando de Operaciones Especiales, o SOCOM, fue activado cuatro años después que el CENTCOM, en 1987, y por tanto era incluso más nuevo. Se lo impuso el Congreso de Estados Unidos a un reacio Pentágono, por medio de una enmienda propuesta por el senador demócrata Sam Nunn, de Georgia, y el senador republicano William Cohen, de Maine.^[a3] Los dos senadores se sentían frustrados con la lentitud de las Fuerzas Armadas para adaptarse a las amenazas no convencionales. En 1976, los israelíes habían ejecutado una espectacular incursión en el aeropuerto ugandés de Entebbe para rescatar a los rehenes tomados por el líder del país, Idi Amin. El año siguiente, el Ejército de Alemania Occidental, con la ayuda del Servicio Aéreo Especial británico (SAS), realizó una proeza similar, al liberar a los rehenes tomados por terroristas de la Baader-Meinhof en el aeropuerto somalí de Mogadiscio. En 1980, sin embargo, un intento estadounidense de rescatar a rehenes en Irán terminó en un fracaso clamoroso. El SOCOM, como la Fuerza de Despliegue Rápido y el CENTCOM, era otra consecuencia más de aquella señalada crisis y humillación nacional.

La creación del SOCOM supuso la más drástica elevación de las Operaciones Especiales desde que el presidente Kennedy concediera la boina verde a las Fuerzas Especiales del Ejército. El SOCOM comprendía no sólo los diversos grupos de Fuerzas Especiales del Ejército, sino el 75.º Regimiento Ranger, elementos SEAL de la Marina, escuadrones de Operaciones Especiales de las Fuerzas Aéreas, un destacamento provisional de Marines y otras unidades estilo comando. La enmienda Nunn-Cohen, por lo menos oficialmente, hacía del SOCOM un mando de combate además de un proveedor

de fuerza, aunque en la práctica el SOCOM rara vez poseía un control operacional de las misiones como lo tenían el CENTCOM, el PACOM y demás mandos de zona.

Fue la guerra global contra el terrorismo —y en particular su puesta en práctica por parte del secretario de Defensa Donald Rumsfeld— lo que convirtió al SOCOM en un mando de combate no exclusivamente nominal. En adelante el SOCOM debía ser un mando de zona igual que los demás, pero con la Tierra entera como responsabilidad, pues si Al Qaeda era un aparato mundial sin fisuras ni impedimentos burocráticos, también debía serlo, se pensaba, el SOCOM.

En teoría, el SOCOM debía ser el brazo ejecutor de la guerra contra el terrorismo. Pese a ello, existía un conflicto inherente entre los mandos de zona que ejercían el control operacional sobre sectores geográficos específicos y el SOCOM, que podía lanzar operaciones donde fuera, en la jurisdicción de cualquiera. En consecuencia, el SOCOM era todavía una obra en construcción, a pesar de lo cual se las apañaba para dirigir operaciones de algún tipo en 150 países, a fecha de 2003.

El SOCOM era el único mando cuyo presupuesto provenía directamente del Congreso, y no del Pentágono.^[a4] Trataba con un sinfín de organismos gubernamentales además de con todos los servicios uniformados y los mandos de zona. La complejidad de su organigrama burocrático resultaba pasmosa. Como tanto los desafíos posteriores a la guerra fría como la construcción de naciones dependían de la cooperación entre agencias, el éxito o el fracaso del SOCOM como herramienta interdepartamental proporcionaría una suerte de prueba decisiva sobre la capacidad de Estados Unidos para cumplir sus obligaciones internacionales.

Las actividades del SOCOM eran secretas en un grado muy superior al del resto de los mandos. Sus misiones de «SOF [Fuerzas de Operaciones Especiales] negras» contra Al Qaeda en la zona fronteriza entre Afganistán y Pakistán eran la punta de lanza de la guerra contra el terrorismo. El oficial de relaciones públicas del SOCOM, Chet Justice, me contó que allí escaseaban los periodistas, y que eso a los jefes les parecía estupendo. Hasta las salas de juntas del SOCOM tenían cerraduras codificadas. En sus instalaciones no se veía el bullicio de actividad del CENTCOM, sólo secretarios y hombres fornidos de uniforme que se cruzaban en silencio por los pasillos. La sesión informativa que recibí empezaba con las siguientes palabras de George Orwell:

La gente duerme apaciblemente en su cama por la noche sólo porque hay hombres rudos dispuestos a ejercer la violencia por ella.

El comandante del SOCOM de la época, el general del Ejército Doug Brown, de cuatro estrellas, había sido recluta, como su amigo Sid Shachnow, a quien había conocido en aquel rancho de Carolina del Norte. Los dos habían asistido a la Escuela de Candidatos a Oficial y habían ascendido por el escalafón. El número dos del general Brown, el vicealmirante naval Eric Olson, era un ex SEAL. Mis conversaciones con ellos fueron extraoficiales, pero los datos más interesantes que obtuve, aunque parezca mentira, fueron de los más oficiales. Eran las cuatro «verdades duraderas» del SOCOM:

- Los humanos son más importantes que el material.
- La calidad es mejor que la cantidad.
- Las Fuerzas de Operaciones Especiales no pueden producirse en cadena.
- No pueden crearse SOF competentes después de las emergencias.

Aunque parezcan clichés, van contracorriente de gran parte del pensamiento militar estadounidense del siglo XX. También van en contra de lo que el historiador militar Max Boot califica críticamente de «el modelo del Ejército, el modelo norteamericano, el modelo de la Segunda Guerra Mundial: encontrar al enemigo, clavarlo en su sitio y aniquilarlo con una potencia de fuego arrasadora».^[4] El SOCOM, en cambio, creía que los grupitos de hombres al estilo guerrillero, armados con experiencia lingüística y cultural, eran más eficaces que las divisiones de tanques e infantería de la era industrial formadas por ciudadanos reclutas: los héroes de la Segunda Guerra Mundial. Además, como Al Qaeda era una insurgencia a escala planetaria, Estados Unidos tenía que librar una clásica contrainsurgencia mundial. En consecuencia, los comandantes del SOCOM tenían más presente las Filipinas de hacía cien años, las unidades de OSS en la Francia ocupada por los nazis y la Birmania ocupada por los japoneses y los boinas verdes de Vietnam y El Salvador que las dos guerras del Golfo, Corea y la Segunda Guerra Mundial.

Mientras que los mandos de zona seguían ligados al uso convencional de grandes ejércitos, armadas y fuerzas aéreas, el SOCOM era la principal máquina burocrática del Pentágono para la guerra no convencional (UW). La UW conllevaba no sólo incursiones al estilo de los comandos sino técnicas

más suaves, como el trabajo humanitario en la isla filipina de Basilan, que había contribuido a erradicar a los insurgentes islámicos. No se descartaba la violencia, pero en el futuro sería, por citar a Sid Shachnow, «complementaria en lugar de rectora».

El éxito precisaba una presencia continua a largo plazo sobre el terreno en docenas de países —discreta y llevadera—, con operaciones armonizadas a través de una estrategia central pero de ejecución descentralizada, a la manera de las corporaciones globales más exitosas, como serían General Electric o Al Qaeda.^[5]

Las zonas fronterizas entre Afganistán y Pakistán era donde se solapaban las jurisdicciones del SOCOM y el CENTCOM, de orientación más convencional. ¿Cómo estaba funcionando?

Aquella sería mi primera visita a Afganistán y la frontera afgano-paquistaní desde la primavera de 2000, cuando había recorrido la frontera noroccidental y trazado un perfil de Hamid Karzai, a la sazón un desconocido cabecilla tribal afgano.^[6] Antes de aquello, había informado desde Pakistán en los años 90 y cubierto la guerra muyahidín contra la Unión Soviética dentro de Afganistán en los 80.

Con independencia de lo que dijeran los mapas, había aprendido a ver Afganistán y Pakistán como una sola unidad política. Eso no era sólo resultado de la intensa implicación de Pakistán en la guerra muyahidín contra la ocupación soviética y en el auge de los extremistas talibanes en la década siguiente, sino de la simple geografía y la historia colonial británica.^[7]

Como la transición de las húmedas tierras bajas del subcontinente indio a los áridos paisajes lunares de Asia central es gradual, la frontera entre Afganistán y Pakistán nunca podía ser precisa. La región fronteriza —con 1600 kilómetros de largo y 160 de ancho— es un paisaje volcánico mortífero de riscos y cañones serpenteantes, donde el suelo tropical del subcontinente indio se encarama a las desolaciones altas y mondas del Asia interior. Desde Baluchistán hacia el norte a través de las «agencias tribales» paquistaníes de Waziristán, Kurram, Orakzai, Jiber, Mohmand y Bajaur, cerca de Peshawar —la mísera capital de la provincia de la Frontera Noroeste de Pakistán— se extiende un reino anárquico de salteadores de caminos, violencia tribal y religiosa, laboratorios de heroína y contrabando de armas.

Los pastunes tribales (también conocidos como pathanes), que controlaban la zona fronteriza del Afganistán oriental y meridional, nunca

aceptaron el límite arbitrario entre Afganistán y la India colonial (de la que más tarde surgió Pakistán): una frontera trazada en 1983 por el enviado británico sir Mortimer Durand. Además, los ingleses legaron a los paquistaníes el cinturón de territorios anárquicos que ellos llamaban «agencias tribales», que se extendía al este mismo de la Línea de Durand. Eso tuvo el efecto de confundir aún más la frontera entre tierra colonizada en Pakistán y el caos de Afganistán. En consecuencia, los gobiernos paquistaníes siempre se sentían asediados: no sólo por la India al este, sino por las tribus afganas del oeste. Para combatir a la India, en opinión de Pakistán, era necesario dominar Afganistán.

Afganistán no existió de verdad hasta mediados del siglo XVIII. En 1747, Ahmad Jan, líder del contingente abdalí de Nadir Sha el Grande —el rey persa y conquistador de la India mogola—, huyó de Persia con cuatro mil jinetes, tras el asesinato de Nadir Sha y el derrumbe de su régimen. Ahmad Jan y sus tropas escaparon en dirección sudeste, hacia Kandahar.

Kandahar era probablemente el único topónimo griego superviviente en Afganistán. Derivaba de la versión árabe del nombre de Alejandro, Iskander. En el 330 a. C., Alejandro Magno condujo a su ejército a través de la región de Kandahar en busca de futuras conquistas, tras su victoria sobre las fuerzas persas de Darío, en Gaugamela, en el Irak septentrional. Kandahar se extendía en la zona fronteriza que separa la patria persa histórica de los territorios mogules que tiene al este y que los persas y su líder asesinado, Nadir Sha, habían derrotado. En aquel mar de sangre y agitación, Ahmad Jan concibió una isla de orden: un reino afgano nativo que sería sancionado por quienquiera que gobernara en Persia a continuación, a cambio de lo cual él patrullaría con agresividad los nuevos territorios del reino madre en el este.

Ahmad Jan tenía sólo veinticuatro años cuando se convirtió en el rey Ahmad Sha de Afganistán. En un campamento a las afueras de Kandahar, según el relato de sir Olaf Caroe, el resto de los miembros de la tribu abdalí «se llevaron trozos de hierba a la boca como señal de que eran su ganado y bestias de carga».^[8] Dado que al rey Ahmad Sha le gustaba llevar un pendiente con una perla, llegó a conocerse por el título de Durr-I-Durran (Perla de Perlas). En adelante a él y a sus abdalíes se los denominaría durranis.

Desde Kandahar, Ahmad Sha conquistó Kabul y Herat, de modo que el Imperio durrani se convirtió en el moderno Afganistán. Los durranis gobernaron allí hasta 1973, cuando el primer ministro Mohammed Daud, en un golpe de Estado con asistencia soviética, derrocó al último monarca

durrani, el rey Zahir Sha. Zahir Sha no volvería a Afganistán hasta tres décadas después y como ciudadano particular, tras el desmantelamiento del régimen talibán por parte de las fuerzas estadounidenses y la elección de su compatriota de tribu Hamid Karzai como presidente afgano.

Hamid Karzai, cabecilla de los popolzais, un subgrupo tribal de los durrani, era por su parte miembro de la realeza afgana. Como el original Ahmad Sha, así como los radicales talibanes, Karzai procedía de Kandahar, que siempre se ha considerado la patria afgana pura, sin adulterar por las influencias persas de Herat al noroeste o las del subcontinente indio que invadían Kabul al noreste.

El linaje kandaharí de Hamid Karzai impresionaba tanto a los talibanes que a principios de los 90, antes de llegar al poder, habían buscado su apoyo, y en los primeros días de su mandato le ofrecieron el cargo de embajador ante las Naciones Unidas, que él rechazó.^[9] Si bien Estados Unidos consideraba a los talibanes islamistas radicales, también eran pastunes étnicos con una profunda reverencia por la herencia tribal. Los talibanes vivían según el primitivo credo tribal del *pastunwali* —«el camino de los pastunes»—, un código más severo que la ley coránica. Fue la suma del *pastunwali* con la ley coránica lo que produjo un resultado final tan salvaje.

En realidad, en cuanto se dejaba de lado la importancia de las tribus y las etnias, se perdía de vista lo que era Afganistán. Desde los tiempos del rey Ahmad Sha, Afganistán constituía un frágil entramado de tribus y grupos étnicos que ocupaba las sedientas desolaciones existentes entre las zonas colonizadas del Imperio ruso en Asia central, el Imperio persa en Oriente Medio y el Imperio británico en el subcontinente indio. La muerte de 1,3 millones de afganos a manos de los soviéticos en la década de 1980 destruyó ese frágil entramado étnico. El resultado fue la anarquía, que continuó tras la partida de las tropas soviéticas y desembocó en el Gobierno talibán, severo en ideología pero débil en el plano institucional, desmantelado por los estadounidenses para privar a Al Qaeda de su principal base de operaciones a raíz del 11-S.

A finales de 2003, con un Estado que apenas funcionaba a pesar de los valientes esfuerzos de Karzai por resucitarlo, Afganistán había quedado reducido a sus partes étnicas constituyentes. Al norte de las montañas del Hindú Kush se encontraban los tayikos, los uzbekos y los turcomanos, todos aliados con sus compatriotas étnicos del antiguo Imperio soviético. Al sur del Hindú Kush vivían los pastunes, aliados con los pastunes del interior de Pakistán. El incesante caudal de ataques guerrilleros contra los

estadounidenses y otras fuerzas de la coalición en el sur y el este de Afganistán tras el derrumbe del régimen talibán tenía el objeto, entre otras cosas, de expulsar a los infieles americanos de ese territorio pastún histórico.

La realidad de Afganistán empezaba a cinco minutos del lujoso esplendor de mi hotel en el emirato del golfo Pérsico de Dubai. Una oscura mañana de octubre a las 4:30 un vehículo del hotel me transportó de un mundo de finos bombones, buenos vinos y las fragancias animales a perfumes y colonias caros a la terminal vieja de Dubai, la que se usaba ante todo para vuelos de carga. Allí me encontré con una horda de afganos barbudos, con enormes turbantes y *shalwar kameez* (túnica y pantalones bombachos) desperdigados por toda la sala de embarque, con los pies apoyados en maletas astrosas mientras otros, con el turbante quitado, roncaban en posiciones fetales sobre el suelo.

En su esplendor tosco y vistoso, inmortalizado por Kipling y otros escritores, los afganos eran como los yemeníes: otro pueblo sin reconstruir de las montañas y las mesetas que nunca había sido colonizado con éxito. El mugriento y panzudo reactor que despegó de la terminal de mercancías de Dubai con rumbo a la capital afgana de Kabul, con todos los asientos ocupados, estaba casi vacío de mujeres. A principios del siglo XXI, un paisaje social tan desolado solía significar violencia y disturbios.

Dos horas y media después, el avión descendió hacia un altiplano marrón galleta rodeado de cenicientas colinas. Al salir del aeropuerto de Kabul, el cambio obrado por los soldados estadounidenses quedaba de manifiesto en el acto. Cercana a la entrada al subcontinente indio, Kabul siempre había sido el lugar más cosmopolita de Afganistán. En consecuencia, los talibanes le reservaron un trato especialmente duro. Las mujeres habían sido lapidadas, vedadas de las escuelas y los lugares de trabajo y poco menos que borradas de la existencia. En ese momento, centenares de colegialas, con uniforme y velo, abarrotaban entre carcajadas y sonrisas la carretera del aeropuerto. Había carteles nuevos y coloridos que anunciaban artículos de consumo y grupos cívicos. Allá donde los talibanes habían prohibido la imagen humana misma, los retratos del mártir Ahmad Sha Masud, que había encabezado la lucha guerrillera contra los soviéticos y después contra los talibanes, eran omnipresentes.

La metamorfosis, superficial y limitada a la capital como era, atestiguaba el poder de la mano humana. Si la Administración Bush hubiera reaccionado

al 11-S de una manera diferente y menos enérgica, esas colegialas no habrían estado presentes en la calle.

Sin embargo, yo lo veía todo desde una gran distancia. Iba dentro de una furgoneta, acompañado de soldados estadounidenses, tanto hombres como mujeres, del 211.º Destacamento Móvil de Asuntos Públicos, procedente de Bryan, Texas. Usaban contraseñas como «chili» y «frijoles» y charlaban de las eliminatorias de la liga de béisbol. Desde el centro de Kabul la furgoneta viró hacia el este y luego hacia el norte a través de la llanura de Shomali. Monumentos solitarios aserrados de roca volcánica gris brotaban del suelo elevado del desierto, envueltos en polvo, como huesos que se desintegraran a ojos vista. El paisaje desteñido te hacía agradecer cualquier color primario, fuera un granado rojo o incluso el azul ultramarino de una *burka*.^[a5] Menos de una hora después de abandonar Kabul, los bastiones almenados de nieve del Hindú Kush, que se elevaban a pico de la meseta hasta una altura de seis mil quinientos metros, anunciaron la proximidad de Bagram.

La base de las Fuerzas Aéreas de Bagram era el cuartel general de la Fuerza de Tarea Conjunta Combinada 180 (CJTF-180), una alianza de treinta y tres países encabezada por Estados Unidos. De sus 11 000 soldados, 8500 eran estadounidenses, y 5000 de ellos estaban acuartelados en Bagram, de modo que los norteamericanos dominaban el ambiente. (La fuerza de tarea era independiente de la Fuerza Internacional de Asistencia de Seguridad, o ISAF, dirigida por la OTAN. Mientras la ISAF mantenía la paz en Kabul, la CJTF-180 era responsable del resto de Afganistán en el momento de mi visita.)

De 1979 a 1989, la base aérea de Bagram había sido el centro neurálgico de la fuerza de ocupación soviética. Los rusos la rodearon de trincheras y campos de minas y llenaron las pistas de despegue de helicópteros cañoneros Hind que incineraban las aldeas afganas que cobijaban a guerrilleros muyahidines. Eso fue hasta mediados de los 80, cuando los estadounidenses suministraron a los muyahidines misiles antiaéreos Stinger. Así cambió el curso de la batalla y se propició el final de partida de la guerra fría.

El perímetro de Bagram todavía estaba plagado de campos de minas, además de enormes chatarrerías de helicópteros, cazas MiG, Antonovs de ala fija, misiles aire-tierra y cañones antiaéreos soviéticos, desguzados y oxidados.

La furgoneta atravesó un circuito de obstáculos de barreras de cemento, cestas HESCO llenas de arena y controles de seguridad. Qué poco hace falta para reproducir una cultura material, pensé. Barreras HESCO, un poco de

carpintería barata, hileras de retretes portátiles, Radio Fuerzas Armadas, dos gimnasios con discos de Sheryl Crow sonando de fondo y media docena de comederos que sirvan pollo frito, col rizada y Snapple y Gatorade... y ¡tachan! Tienes Estados Unidos. O al menos una particular versión *country*-barra-sureña-barra-proletaria.

Fue en Bosnia donde Kellogg, Brown & Root perfeccionaron la base militar estadounidense instantánea, un artículo característico del *know-how* tardointustrial de la nación. Tenía paletas de madera de balsa revestidas de aluminio como suelos de ducha, torres de vigía hechas de contenedores de mercancías apilados, vejigas sintéticas de noventa mil litros para guardar petróleo y agua potable y hectáreas de *B-huts* (cabañas semipermanentes) con un extraño parecido a los pabellones entoldados del Ejército otomano. Bagram disponía incluso de su propio huso horario, la hora Zulú, equivalente a la de Greenwich. El Ejército estadounidense utilizaba la hora Zulú en las principales bases aéreas de todo el mundo, para que todas funcionaran en la misma zona horaria, lo que facilitaba la coordinación de los activos aéreos.

Montar el hospital estadounidense de 150 camas de Bagram había costado apenas setenta y dos horas. Era un laberinto de consultas, laboratorios de análisis de sangre y orina e instalaciones portátiles de paredes reforzadas para rayos X, TACs, ultrasonidos y microbiología de aumentos, todo lo cual se hallaba enfundado en capas de lona y una gigantesca red de conducciones aislantes, que producen un entorno a prueba de polvo en mitad del desierto. Gestionado por reservistas de Wisconsin, el hospital ofrecía la mejor atención médica de Asia central, además de gran parte de Oriente Medio. Aunque se hubiera montado para los soldados de la coalición heridos, los médicos y enfermeros del área de Wisconsin dedicaban la mayor parte de su tiempo a atender a las víctimas locales de los centenares de miles de minas soviéticas que todavía infestaban los campos.

De no ser por parte del personal de carretera y el omnipresente polvo, no habría sabido que me encontraba en Afganistán. De vez en cuando oía el eco lejano de la llamada musulmana a la oración desde un pueblo cercano. Y aquélla era la auténtica, tácita y sutil influencia cultural que obraba sobre los estadounidenses: un puritanismo islámico que activaba la veta puritana dentro de la propia experiencia cultural de Estados Unidos. Mientras que en la filipina Zamboanga se permitía a los soldados unas cervecitas a la semana y fuera del recinto sucedía de todo, en las bases estadounidenses del Oriente Próximo musulmán no había «ni alcohol ni fraternización, punto».

Sin embargo, detrás del clima puritano de Bagram residía también otro factor. En el mundo castrense, cuanto mayor es la base más estrictas son las reglas y, en consecuencia, más tenso y aburrido el ambiente. Era un reflejo del miedo del alto mando a que un gran número de soldados se desmadrara sin una férrea disciplina. Perdí la cuenta de las veces que oí decir que estar en Bagram era como estar en la cárcel. Todo el mundo debía lucir su rango y saludarse, algo que no había visto nunca en los puestos de las Fuerzas Especiales —ni siquiera en la Fuerza de Tarea Conjunta de Operaciones Especiales en Filipinas—, donde el rango no era nada y la función lo era todo.

A excepción hecha de unos pocos montones de cemento pintorescos con tejado de chapa y una torre de control picada de metralla, nadie hubiera dicho que los soviéticos habían pasado por allí. La construcción era omnipresente: la gravera del borde de la base era tan grande como la Zona Cero de Manhattan, y seguía aumentando. Los estadounidenses tenían planes de quedarse mucho tiempo. En ese momento era la guerra global contra el terrorismo, pero la frontera con China no quedaba lejos.

La vieja torre de control soviética, cuyo sótano habían utilizado los talibanes para interrogatorios y torturas, constituía el auténtico centro neurálgico de Bagram. Desde ella, un equipo de personal de las Fuerzas Aéreas estadounidenses y contratistas privados dirigían complejas sinfonías nocturnas de soñolientas aeronaves ascendentes y descendentes. Los aviones de mercancías C-130 transportaban soldados y casi todo el equipo pesado desde Alemania. Los helicópteros CH-47 Chinook y UH-60 Black Hawk, protegidos por Apaches AH-64, desplazaban tropas por el interior de Afganistán, aunque los que más llamaban la atención sobre la pista eran los A-10 Thunderbolt, o *Warthogs* («jabalíes verrugosos»), que proporcionaban CAS (apoyo aéreo cercano) a las tropas de tierra en el fragor de la batalla.

Al igual que el bombardero B-52, otro ilustre veterano, el A-10 es un genuino avión para los anales de la historia, un viejo patito feo con sus ametralladoras Gatling y sus estabilizadores gemelos verticales, que desde los últimos días de Vietnam a menudo se ha demostrado más útil que los más virgueros cazas a reacción. Por regordete que parezca, una vez en el aire el A-10 es tan grácil como cualquier F-15. Como su depósito de combustible con autosellado le permite absorber fuego de tierra sin explotar, sus pilotos pueden arriesgarse a volar bajo dentro de un espacio contenido y así estar disponibles al instante para las tropas que tienen inmediatamente debajo. También ayuda el hecho de que el A-10 sea lento, de modo que no desaparece en el horizonte en el preciso instante en que las fuerzas de tierra lo necesitan.

Los A-10 de Bagram se definían aún más por los grafitis inscritos en sus bombas guiadas por cámara: «Para Osama, bésame el culo» o «Comprada en E-Bay por 7,99 \$».

Sin el apoyo aéreo cercano y unas docenas de boinas verdes, el complejo estadounidense entero de la base de Bagram quizá ni siquiera existiría.^[a6]

Fue la captura de Bagram, orquestada por un equipo A de boinas verdes, el ODA-555 («el *triple nickel*», como se conoce a la moneda de 5 centavos) la que, más que cualquier otro acontecimiento suelto, condujo a la caída del régimen talibán en noviembre de 2001. Cuando el ODA-555 llegó allí a finales de octubre de ese año, Bagram constituía la línea del frente de la guerra entre la Alianza del Norte y los talibanes, donde los primeros ocupaban la parte norte de la base y los segundos el sur. Fue desde esa torre de control donde la unidad de apoyo aéreo cercano del ODA-555 solicitó ataques que diezmaron a millares de soldados talibanes amasados al sur de Bagram.

Como indicaba el éxito del ODA-555 en Bagram, Afganistán había sido el escenario del uso más dramático de las Fuerzas Especiales del Ejército desde la guerra de Vietnam.

La invasión estadounidense de Afganistán en octubre de 2001, un mes después de los atentados del 11-S, había sido acogida con un coro de funestas predicciones, avaladas por la historia, entre los medios de comunicación y los eruditos, que auguraban una catástrofe. Los soldados estadounidenses, se decía, no lograrían derrotar a los curtidos e ingobernables afganos, como tampoco habían podido los soviéticos y los británicos del siglo XIX. Los afganos nunca habían sido vencidos por un enemigo externo, ni lo serían nunca. Hacia mediados de noviembre, sin embargo, tras apenas unas semanas de bombardeos norteamericanos, los talibanes huyeron en desbandada de la capital afgana de Kabul. Decir que los estadounidenses vencieron gracias a su incomparable tecnología sería una interpretación muy estrecha de la verdad. El éxito inicial se basó en una hábil combinación de alta tecnología y guerra no convencional de baja tecnología.

Afganistán señaló la primera ocasión en que las Fuerzas Especiales del Ejército de Tierra se convertían en la pieza central de un importante esfuerzo bélico estadounidense desde El Salvador, dos décadas antes. Sin embargo, a diferencia de El Salvador, donde, al igual que en Colombia y Filipinas, las Fuerzas Especiales se dedicaron menos a combatir que a entrenar a quienes lo hacían, en Afganistán se desencadenó a los boinas verdes tanto para adiestrar

como para colaborar en operaciones de combate. Afganistán supuso un regreso a los primeros días de Vietnam.

Los agentes de la CIA habían sido los primeros en llegar: a finales de septiembre de 2001 los soltaron desde aviones en el norte del país para preparar la inserción de equipos A de boinas verdes del 5.º Grupo de las Fuerzas Especiales, que cubre el Gran Oriente Medio y tiene base en Fort Campbell, Kentucky. Los hombres de la CIA entablaron contacto con la Alianza del Norte afgana que, dominada por las etnias tayika y uzbeca, representaba la principal oposición a los talibanes pastunes.

La Alianza del Norte acababa de sufrir un serio revés cuando Al Qaeda asesinó a su líder, Ahmad Sha Masud, dos días antes del 11-S. Masud, de etnia tayika e islamista moderado, había sido el mayor activo de la guerrilla afgana contra los soviéticos. La Alianza del Norte era, en esencia, un producto de su genio militar particular. Muerto Masud, el trabajo de los equipos A del 5.º Grupo sería ayudar a llenar el vacío organizativo de la Alianza del Norte, además de proporcionar a los comandantes tayikos y uzbecos la ventaja táctica que necesitaban contra los talibanes, ventaja que aportaría la alta tecnología.

Al mismo tiempo, los equipos del 5.º Grupo se estaban preparando para infiltrarse en la región de Kandahar del sur del país, para ayudar a las fuerzas de los pastunes moderados como Hamid Karzai.

A su llegada a Afganistán a mediados de octubre de 2001, los equipos A de las Fuerzas Especiales se desplazaban ante todo a caballo, a un ritmo de unos veinticinco kilómetros al día, para encontrarse con comandantes locales y coordinar ataques. En las semanas siguientes cada uno de esos pequeños equipos sería responsable de la destrucción de centenares de vehículos talibanes y millares de soldados enemigos. Eran auténticos multiplicadores de fuerzas.

El alma de esa multiplicación de fuerzas eran las unidades de apoyo aéreo cercano de tres hombres que contenía cada equipo A, compuestas a menudo por dos soldados de las Fuerzas Especiales y un especialista empotrado de las Fuerzas Aéreas estadounidenses. Los tres operadores solían agazaparse tras un montículo de tierra para montar su equipo: una mira de observación forrada de goma y un designador láser que parecía unos prismáticos montados en un trípode. El designador láser emitía un rayo para identificar un blanco, de modo que una bomba guiada por láser lanzada por un avión desde las alturas pudiera alcanzarlo.^[10]

Un equipo típico de boinas verdes/Fuerzas Aéreas a menudo estaba rodeado por todos lados de docenas de soldados talibanes, a una distancia tan corta como cien metros. Entre el jaleo de radios, mapas de terreno y morteros, además de las miras y los designadores láser, los tres hombres dirigirían con calma hasta los blancos a los pilotos estadounidenses que los sobrevolaban. [11] Fueron actuaciones espectaculares de efectos especiales como ésas las que procuraron a los equipos A el respeto que necesitaban ante la Alianza del Norte y los soldados de Karzai.

Entre los más dotados de esos especialistas en efectos especiales se contaba el eco 18, o especialista en comunicaciones, del ODA-574, el sargento de primera clase Dan Petithory, de Chesire, Massachusetts. La habilidad en el apoyo aéreo cercano del sargento Petithory en el sur de Afganistán contribuyó a salvar la vida de Hamid Karzai. El sargento Petithory murió cuarenta y ocho horas antes de la caída de Kandahar, en un incidente de fuego amigo provocado por la programación incorrecta de una bomba guiada por satélite.^[a7] El mundo en que vivimos es un pañuelo en ocasiones, pues Petithory era de la misma zona del Massachusetts occidental que yo. Su padre repartía mi periódico local.

Los miembros de los equipos A se dejaban barba y el pelo largo, y llevaban gorros planos del Hindú Kush conocidos como *pakols*. Iban todo lo nativos que fuera necesario para resultar creíbles en el paisaje local. Según mi experiencia al vivir con los muyahidines afganos en la década de 1980, era del todo razonable. Dentro de Afganistán nadie se tomaba a un varón en serio si no llevaba barba. Aunque muchos pensadores convencionales del Pentágono se escandalizaron al ver las fotos de prensa de soldados estadounidenses a caballo y con vestiduras nativas, los guerreros no convencionales como el general Brown y el general de división retirado Shachnow sonreían y comprendían.

La ofensiva hacia Kabul de la Alianza del Norte, asistida por los boinas verdes del 5.º Grupo, comenzó en noviembre de 2001, y culminó en victoria dos días después. Las ganancias territoriales serían consolidadas por los Marines y la 10.ª División de Montaña del Ejército. Al conceder a los boinas verdes un cometido de combate activo, la operación Libertad Duradera de Afganistán había cerrado un círculo iniciado en Vietnam.

Si la historia pudiera detenerse en ese punto, habría sido la crónica de un éxito estadounidense. Pero la historia, como el entramado de guerra y política que definió el general prusiano Clausewitz, no se detiene. Para otoño de 2003, cuando llegué a Afganistán, los talibanes se habían reagrupado para librar una

guerra de guerrillas contra la coalición internacional encabezada por Estados Unidos, parecida a la lucha que los muyahidines habían combatido contra los soviéticos. Con zarpazos fugaces a lo largo de un campo de batalla disperso y montañoso y un nuevo ejército nacional que necesitaba ser adiestrado y equipado, Afganistán todavía constituía un desafío más apropiado para las Fuerzas de Operaciones Especiales que para un ejército convencional.

La Fuerza de Tarea Conjunta de Operaciones Especiales que operaba dentro de la CJTF-180 tenía el mismo tamaño aproximado que la JSOTF de Zamboanga, en Filipinas. Sin embargo, después de pasar las dos primeras noches en Bagram en una de los centenares de tiendas que albergaban al personal de apoyo de la CJTF-180, la JSOTF, comparativamente más pequeña —que se encuadraba dentro de la CJTF-180 en términos burocráticos, aunque estaba físicamente aislada de ella— se me antojaba casi íntima, sobre todo después de reconocer algunas caras conocidas de Fort Bragg.^[a8] La comida era mejor, ya que compraban la fruta y la verdura en las cercanías. «Sí, comparado con el resto de Bagram, aquí vivimos a lo grande», me dijo uno de los comandantes de Fort Bragg.

Técnicamente, se trataba de una C-JSOTF, una Fuerza de Tarea Conjunta de Operaciones Especiales «Combinada», debido a la presencia de agentes especiales no sólo estadounidenses, sino también de los Emiratos Árabes Unidos y Lituania. Los lituanos se distinguieron por la práctica decisión de llevar consigo al campamento una gata embarazada, que dio a luz gatitos que a su vez mataban a los ratones de campo de los barracones.

Aunque la comunidad de Operaciones Especiales estaba formada por apenas un 10 por ciento de las fuerzas de la CJTF-180, era responsable de la mitad de la información recopilada, la mitad de los prisioneros capturados y la mitad de «malos» muertos. No era de extrañar. Cuanto mayor es la fuerza militar, menor es con frecuencia el porcentaje de tropas dedicado a actividades sustanciales. Washington, en concreto, tenía la costumbre de «apilar», crear una huella innecesariamente grande con elevadas cifras de personal de apoyo. Como descubriría al adentrarme más en Afganistán, Bagram tenía demasiados oficiales de alto rango entregados a la microgestión de operaciones de campaña.

El oficial al mando de Operaciones Especiales en Bagram era el coronel Walter Herd, un natural de Kentucky de trato estirado con el pelo muy corto gris acero y un acento trabalenguas de Estado fronterizo. Si el Ejército de

Estados Unidos estuviera lo bastante estereotipado para tener un acento oficial, quizá fuera el del coronel Herd. En su tienda, entrada una noche, tardó menos de cinco minutos en resumir con laconismo la situación en Afganistán. Mientras empezaba, reparé que sobre su escritorio, a la espera de que la colgaran, había una foto en blanco y negro del coronel Cornelius Gardner, un héroe de la guerra de Filipinas que, como comandante en el sur de Luzón, había hecho un especial hincapié en los asuntos civiles y el autogobierno indígena como herramienta de pacificación, además de chivarse de los abusos a los derechos humanos cometidos por soldados estadounidenses.

«El norte del país va bastante bien —me explicó el coronel Herd—, lo que en Afganistán quiere decir que no se producen montones de matanzas masivas. En el norte podemos concentrarnos en actividades político-económicas.» El norte, por supuesto, estaba controlado por la Alianza del Norte e Ismael Jan y Abdul Rashid Dostum, dos veteranos señores de la guerra. El sur y el sudeste, sin embargo, que recaían bajo la jurisdicción del presidente Karzai, fueron calificados por Herd de «Territorio Indio», donde las Fuerzas Especiales tenían quince «Fort Apaches» de diversos tamaños: «“Bases de fuego”, las llamamos. Desde esas bases de fuego intentamos extender la paz y el buen tiempo. El objetivo es seducir a quienes podamos y matar a los demás. Si tenemos éxito, ya llegará el rollo político-económico como en el norte.

»El enemigo —prosiguió— son los talibanes, Al Qaeda y el HIG [Hezb-i-Islami Gulbuddin, la facción del Partido del Islam encabezada por Gulbuddin Hekmatiar]. Todo lo que hacemos contra esas FAC [fuerzas anticoalición] es “por parte de”, “a través de” y “con” los “indigs” [fuerzas indígenas]. De modo que siempre intentamos que el ANA [Ejército Nacional Afgano] nos acompañe, como intentamos concederle todo el mérito de lo que hacemos.»

La retahíla de bases de fuego de Operaciones Especiales estaba situada ante todo en las inmediaciones de la zona fronteriza con Pakistán. El 3.^{er} Grupo de las Fuerzas Especiales, apoyado por el 19.^o Grupo de Fuerzas Especiales de la Guardia Nacional, se ocupaba de las bases de fuego del sur de Afganistán, mientras que las del sudeste eran cometido del 20.^o Grupo de guardias, con la ayuda de varios miembros del 19.^o Grupo y asesores del 7.^o Grupo. Puesto que en primer lugar me dirigiría al sudeste, desesperé ante la idea de que pasaría la mayor parte de mi tiempo con guardias nacionales. Como la mayoría de los estadounidenses, desconocía una subcultura de la Guardia Nacional que era más dura y experimentada que la de mucho personal del servicio activo.

Tenía un día que matar en Bagram antes del trayecto en helicóptero al sudeste del país. Lo pasé con el ODA-2027, un equipo A del 20.º Grupo de la Guardia Nacional que a la sazón se hallaba en aislamiento con un contingente de treinta hombres del Ejército Nacional Afgano, preparándose juntos para el despliegue de combate. «Le encantarán estos chicos —me dijo el comandante Jeb Stewart, su oficial al mando del norte de California—. No les preocupa el politiquero del servicio activo. Lo único que quieren es servir a su país, aunque nunca hablen de ello.»

El aislamiento significaba que vivían en el mismo complejo que los soldados afganos. Se buscaban la vida solos, como si ya estuvieran desplegados en campaña. Habían construido su propia unidad de duchas y comprado alfombras orientales para decorar su barracón. «Dicen que el complejo está encantado —me contó uno de los miembros del equipo A—. Espero que los fantasmas sean mujeres desnudas con las tetas grandes.»

Todos los miembros del ODA-2027 se autocalificaban de «mataos de la guardia» o «zorras de la guardia». En la vida civil la mayoría eran agentes de la ley o bomberos, aunque el capitán Bo Webb, el oficial ejecutivo del equipo, de Carolina del Sur, había sido agente inmobiliario hasta que le caducó el permiso. Graduado de la Ciudadela, había ascendido, pese a todo, por el escalafón de reclutas asistiendo a la Escuela de Aspirantes a Oficial de Fort Benning. Él me explicó que el equipo cumplía una rotación de nueve meses, que incluía treinta días de puesta a punto y otros treinta de desmovilización al final. Desde el 11-S habían estado movilizados dos tercios de cada año. Sin embargo, no se quejaban. Quizá fueran el equipo A más feliz de los que había encontrado hasta la fecha en mis viajes. Y por qué no: irían a una zona de guerra con reglas de enfrentamiento lo bastante laxas para hacer que los equipos A de Colombia y Filipinas babearan de envidia.

Eran ante todo del norte de Florida, los sectores del Estado conocidos como «baja Alabama» y «baja Georgia», que no hay que confundir con la Florida sur, cuya nutrida población de latinos y jubilados del frío nordeste convertía en otra cultura por completo. «Orlando es la DMZ [zona desmilitarizada] que nos separa», me dijo el sargento de primera clase Chris Grall, un instructor de antiestupefacientes de la Policía Estatal de Florida. Él, el capitán Webb y el sargento de equipo Russ Freeman eran miembros del ODA-2027 desde 1996. «Llevamos más tiempo juntos que la mayoría de los equipos de SF del servicio activo», dijo Grall. En realidad, si la Reserva

representa al mundo civil en general, la Guardia Nacional viene a ser los «muchachos de toda la vida».

Todos habían estado en el Ejército regular o las Fuerzas Especiales antes de pasar a la vida civil. En edad oscilaban de los veintimuchos a los treinta y tantos. No pocos eran hijos de veteranos de Vietnam. Eran aficionados acérrimos a las carreras de la NASCAR. En cuanto al fútbol americano universitario, sus lealtades eran intensas, las de unos para los Alligators de la Universidad de Florida, y las de otros para los Seminóles de la Estatal de Florida. Abundaba la comida sureña: sémola de maíz y galletas con salsa para desayunar. Varios estaban divorciados al menos una vez. Todos se autoproclamaban personalidades «tipo A». Como me explicó Grall: «Hay un tío en la unidad que en realidad odia la NASCAR, y otro que odia el fútbol americano universitario. A nuestra manera absurda, todos somos individualistas.

»Ser un pringao de la guardia es una vidorra —prosiguió Grall—. Conoces sitios que los turistas nunca verán. Somos como turistas armados.» Bosnia, Liberia, Panamá y Honduras eran varios de los destinos que le habían asignado al 2027.

Kyle Harth, un miembro particularmente musculoso y simpático del equipo, me contó su historia: «Estaba en un bar de Naples, Florida, y estaba ese tío más grande incluso que yo con una gorra de los Seminóles. “Qué coño —pensé, y le dije—: Vaya una gorra fea que llevas.” “Fan de los Gators, ¿eh?”, me contestó. “Pues sí”, le dije. Entonces va, me tiende la mano y me enseña su anillo del campeonato nacional. El tío había jugado de verdad en los Seminóles. Vaya, aquello me impresionó. Pero ¿sabe qué? Cuando le miente a la gente, apuesto a que les dice que se dedica a lo mismo que yo.»

La verdad sobre esos chicos era que, si bien algunos tenían título universitario y la mayoría poseía un trabajo al que regresar, se definían por su pertenencia a la Guardia Nacional y las Fuerzas Especiales, no por lo que hacían en la vida civil. El 11 de Septiembre les había permitido reclamar lo que era suyo, definirse de verdad y conseguir un estatus social del que antes no disponían. En concreto, la guerra contra el terrorismo les había proporcionado oportunidades más amplias para combinar sus conocimientos como agentes de la ley con su experiencia en las Fuerzas Especiales. En la década de 1990 todos habían dominado el español, con la esperanza de un destino en Cuba a la caída de Castro. Eso todavía no había pasado, de modo que en todo momento sacaban diccionarios de dari y pastún de sus bolsillos de carga mientras adiestraban a los soldados afganos en las particularidades

de asaltar un fuerte. Comían con sus pupilos al mediodía y se socializaban con ellos por la noche. Mientras los medios de comunicación iban cargados de lúgubres historias sobre los grandes sacrificios realizados por los reservistas en Irak y Afganistán, ellos se lo estaban pasando como nunca.

El comandante Jeb Stewart había calificado a esos chicos de patriotas definitivos. En realidad, constituían algo muy relacionado; la gloriosa tradición militar sureña que había producido el brillante cuerpo de oficiales de la Confederación, sin el que la nación no habría sido capaz de combatir sus guerras posteriores con el mismo grado de éxito. Se trata de una tradición magníficamente descrita en el clásico de 1941 de W. J. Cash, *The Mind of the South*.

En ese libro, Cash traza un retrato lírico y penetrante de la frontera, con su «rala distribución» de población, su agreste campiña y su práctica ausencia de gobierno efectivo que el sistema de plantaciones sureño —al apropiarse de la mejor tierra en unidades autárquicas— preservó en esencia hasta bien entrada la Reconstrucción. Durante mucho tiempo, el Sur «siguió siendo con diferencia el sector con la peor vigilancia policial de la nación», escribe Cash. Aquella frontera sin policía engendró una mezcla violenta de romance e individualismo, con su «encarnación definitiva» en el soldado confederado, que se convirtió en el «héroe-ideal» de todo colegial sureño.^[12]

Sir Michael Howard escribe que la frontera de Estados Unidos había producido una «cultura de guerra».^[a9] El Sur, según Cash, era esa cultura de guerra hecha carne. La tesis ayudaba a explicar por qué, por ejemplo, sólo dos estados de la vieja Confederación, Texas y Florida, aportaban casi una cuarta parte de los hombres y mujeres de las Fuerzas Armadas estadounidenses en los primeros años del siglo XXI.^[a10]

El ODA-2027 me ofreció la perfecta introducción para lo que me encontraría en las bases de fuego del sur y el sudeste de Afganistán.

Lleno de soldados apretujados a los lados, separados por una montaña de sacos de correos y mochilas, el CH-47 Chinook, seguido por su escolta de Apaches, se elevó de las planchas de acero agujereado que los soviéticos habían dejado atrás en Bagram. La compuerta de atrás quedó abierta para la ametralladora M-60 de 7,62 mm montada, que manejaba un soldado afianzado con correas por encima del borde. Más allá del arma se alejaba el paisaje medieval de Afganistán: castillos con las murallas de barro y verdes bancales de arroz, alfalfa y cáñamo en una inmensidad por lo demás retorcida

y áspera como la lija, acribillada por abruptos cañones y escombreras volcánicas. La tonalidad oxidada como de sangre seca de algunas de las colinas era indicativa de depósitos de mineral de hierro; los verdes apagados apuntaban a cobre. A causa del zumbido del motor, todos llevábamos tapones para los oídos. Nadie hablaba. Al cabo de poco, como todos los demás, me quedé dormido.

Una hora después el Chinook descendió abruptamente entre retorcidos picos cenicientos. En cuanto tocó tierra, aquellos de nosotros con destino en la base de fuego Gardez agarramos nuestras mochilas y salimos corriendo entre el viento y el polvo levantados por las hélices. Al mismo tiempo, otro grupo de soldados, que esperaba en tierra, corrió adentro. La tripulación lanzó los sacos de correo al suelo. Entonces dos hombres subieron al helicóptero a una figura encapuchada con un número garabateado a la espalda y las manos atadas con esposas flexibles. En menos de cinco minutos, el Chinook, cuyo motor no había parado de atronar en sus rotaciones, subió de nuevo hacia los cielos con un rugido.

El hombre esposado y oculto bajo un saco de arpillerera era un PUC, persona bajo control, el término militar estadounidense para referirse a sus detenidos temporales en la guerra contra el terrorismo. Se había convertido en un verbo: tomar a alguien bajo custodia era «PUCearlo». Los hombres que habían subido con firmeza al PUC al Chinook, camino a Bagram donde lo interrogarían, eran miembros de un equipo A de las Fuerzas Especiales del Ejército de la base de fuego Gardez. Sin embargo, no se parecían a ninguno de los boinas verdes que me había encontrado en mis viajes hasta la fecha. Esos boinas verdes llevaban hirsutas barbas y los tradicionales pañuelos afganos (*deshmals*) en torno al cuello y sobre la boca. Se cubrían la cabeza con *pakols* afganos o gorras de béisbol con el emblema de alguna gasolinera o arma de fuego. Salvo por sus pantalones de camuflaje, las M-4 y las Berettas, no había nada que los identificara de manera específica con el Ejército estadounidense. Se parecían a las fotos de los soldados de las Fuerzas Especiales a caballo por Afganistán que dos años atrás habían hipnotizado al público estadounidense y horrorizado a la vieja guardia del Pentágono. Iban todos embadurnados de polvo como galletas cubiertas de azúcar.

Tiré la mochila en la parte trasera de una de sus rancheras Toyota y me condujeron hasta la base, que se encontraba a unos minutos. El paisaje, que parecía despojado de cualquier forma de vida, tenía un algo de ciencia ficción. Cerca del fuerte se elevaban dos colinas peculiares a las que el conductor se refirió como «las dos tetas».

La base de fuego Gardez era un tradicional fuerte amarillo, con muros de barro y las banderas de Estados Unidos, el estado de Texas y el equipo de fútbol americano de los Gators ondeando en lo más alto de sus baluartes. Los estandartes no resultaban necesariamente inapropiados. Los guardias nacionales son desplegados técnicamente por el gobernador de su Estado. Rodeados de colinas inhóspitas en un altiplano a dos mil trescientos metros por encima del nivel del mar, el fuerte parecía un cruce entre el Álamo y un puesto avanzado de la legión extranjera francesa. Delante de las murallas estaban las familiares barreras HESCO y montañas de «latas de atún», llenas de munición china y rusa que las Fuerzas Especiales habían capturado de «los malos».

Un miliciano afgano armado abrió las puertas chirriantes. Dentro, encostrados y apelmazados con «polvo lunar», como todos lo llamaban, había una doble fila de Humvees blindados, vehículos armados de movilidad terrestre y Toyotas Land Cruiser: los elementos esenciales de un nuevo tipo de guerra «de convoyes», en la que Operaciones Especiales se estaba inspirando más en las tácticas a lo *Mad Max* de las guerrillas de Eritrea y el Chad de las décadas recientes que en los rumiantes ejércitos de tanques de la edad industrial que se iba.^[a11]

Ocultas tras los vehículos y las cortinas de polvo flotante había tiendas de lona, unos cuantos urinarios, unas toscas duchas y el complemento perenne de las Fuerzas Especiales: un gimnasio con pesas. Al igual que mis acompañantes, todos los ocupantes del fuerte eran o latinos musculosos o blancos vestidos entre afgano, recluso y soldado. La mitad fumaba. Como el coronel Wilhelm en Mongolia, le echaban salsa de tabasco a todo. En casa la mayoría poseía armas de fuego. Tenían un asombroso parecido con los periodistas *freelance* que dos décadas antes habían cubierto allí mismo la guerra de los muyahidines contra los soviéticos.

«Bienvenido al hotel Gardez», me dijo un sonriente y barbudo comandante, Kevin Holiday, de Tampa, Florida. El comandante Holiday era el oficial al mando de esa base de fuego y otra más al sur, en Zurmat. «Entre estos muros tenemos al ODB-2070 y dos equipos A, el 2091 y el 2093 —me contó al estilo fuego graneado—. Al lado, viviendo con una unidad del Ejército Nacional Afgano, está el 2076. Allá en Zurmat está el 2074. La mayoría somos guardias del 20.º Grupo de Florida y Texas, y pasaremos aquí nueve meses.» También había una tienda llena de chicos del 7.º Grupo del servicio activo en un despliegue de noventa días: los latinos. «Nosotros somos

los condenados espartanos —me dijo el comandante Holiday con otra sonrisa—, guerreros físicos con título universitario.»

Desde la base de fuego Gardez, los «espartanos» del comandante Holiday lanzaban barridos por toda la provincia de Paktia, en un intento de atrapar infiltrados desde Pakistán. «Todos los malos vienen de Waziristán —dijo Holiday, en referencia a una agencia tribal paquistaní—. Por culpa de la amenaza de Pakistán, por aquí no hay muchos asuntos civiles en marcha. Es demasiado peligroso.» Oficialmente, el Gobierno paquistaní del presidente Parvez Musharraf era aliado de Estados Unidos. Sin embargo, Musharraf, al igual que sus predecesores, y como los británicos antes que ellos, ejercía un control insuficiente sobre las ingobernables zonas tribales. «Pakistán es el auténtico enemigo» era una frase que en breve me acostumbraría a oír.

«¿Quién era el PUC que han metido en el Chinook cuando he llegado?», le pregunté al comandante Holiday.

«Dimos con un complejo. Contenía granadas sin temporizador, siete RPG, pasaportes saudíes y libros sobre la *yihad*. El PUC vivía allí. Tenemos más gente a la que detener por ese hallazgo.

»Todo lo que hacemos —prosiguió, repitiendo una frase que ya había oído a menudo— es “por parte de”, “a través de” y “con” los “indigs”. El ANA [Ejército Nacional Afgano] nos acompaña en nuestras operaciones. Aunque los echados para delante de verdad son las AMF [Fuerzas Milicianas Afganas de base tribal]. Se ven como nuestro elemento de seguridad personal. Sí señor, cada vez que salimos de misión intentamos pillar unos cuantos autostopistas, cualquier afgano que quiera relacionarse con lo que hacemos. Le damos el mérito al ANA y las AMF y los ensalzamos a ojos de los paisanos. Tenemos que reforzar el ANA, es el único modo de que surja un auténtico Estado afgano. Sin embargo, es inocente pensar que se puede desbandar sin más a las milicias.»

El fuerte de muros de barro era un «laboratorio de batalla» para las Fuerzas Especiales, explicó el comandante Holiday. El modelo era El Salvador de los 80: construir un ejército nacional a la vez que se emplea a los paramilitares y luego ayudar a estos últimos a fusionarse en el nuevo ejército. El proceso llevaría años, una perspectiva que a Holiday le encantaba. Otro oficial de las Fuerzas Especiales, el teniente coronel David Maxwell, que había ayudado a diseñar la operación de Basilan en el sur de Filipinas, me lo había explicado: «la contrainsurgencia siempre requiere las tres pes: presencia, paciencia y persistencia».

Holiday, que acababa de cumplir los cuarenta, parecía el más formal de los habitantes del fuerte. Ingeniero de caminos con un máster por la Universidad de South Florida y tres hijos en casa, era locuaz, bien hablado e intenso. «Dios me ha traído aquí —me dijo como si tal cosa—. Soy cristiano —por lo que entendía evangélico—. El mejor tipo de líder moral es uno que sea invisible. Yo creo que el carácter es más importante que la educación. Me he fijado en que la gente muy educada y sofisticada prefiere no correr riesgos; pero Dios puede ayudar a alguien que tenga una educación muy elevada a asumir grandes riesgos.»

Holiday había servido en la 82.^a División Aerotransportada del Ejército antes de regresar a la vida civil y unirse a las Fuerzas Especiales como guardia nacional de Florida. Sus largos meses de servicio en la Guardia Nacional no habían complacido a su empleador privado, de modo que había dejado su trabajo y se había buscado un puesto de ingeniero de caminos para el estado de Florida, donde podía llevar el uniforme militar al trabajo. «¿Ve todo lo que nos rodea? —preguntó, paseando la mirada por el polvo, el aceite de motor y los muros de adobe—; pues bien, esto es el apogeo de mi vida y de la de todos los que nos encontramos aquí.»

Ciertamente, al contemplar las banderas estadounidense y tejana, el fuerte estilo El Álamo, el paisaje del alto desierto con su escala ilimitada y la parafernalia mitad afgana mitad Salvaje Oeste de las tropas, parecían estar viviendo un mito norteamericano.

«¿Qué hay de las barbas?», le pregunté.

El comandante Holiday se sonrió mientras se frotaba la barbilla con parsimonia.

«El otro día tuve una reunión en la oficina del gobernador provincial —respondió—. Todos esos notables se me acercaron y frotaron sus barbas contra la mía, una señal de cariño y respeto. No podía transmitir mi mensaje en esas reuniones de ninguna manera a menos que hiciera alguna concesión a la cultura y los valores locales. Afganistán no es como el resto de los países. Es un viaje al pasado. Hay que transigir y hacerse un poco nativo. Otra cosa —continuó—: desde que llegó aquí el 5.^o Grupo en 2001, los afganos han aprendido a no meterse con los norteamericanos barbudos. Afganistán necesita más SF y menos soldados convencionales, pero eso no es fácil porque las SF ya no dan abasto con sus despliegues.»

Holiday tenía un trabajo duro y solitario. Era el intermediario entre la base de fuego y Bagram. Bagram no quería barbas, alcohol, porno ni mascotas, y sí unas misiones muy seguras y muy bien recapacitadas. Los chicos del fuerte

querían actuar a lo salvaje y saltarse todas las reglas tal y como había hecho el 5.º Grupo en los primeros días de la guerra contra el terrorismo, antes de que fuese erigida la CJTF-180; antes de que el Gran Ejército entrara en escena, con su amor por el reglamento y su odio al riesgo dinámico. Allí se había desarrollado una suerte de existencia monástica, con su propio código de conducta.

Holiday tenía que vender las misiones y rogar comprensión por las barbas y las gorras de béisbol ante la C-JSOTF, que, a su vez, estaba sometida a similares presiones por parte de la CJTF-180. En una ocasión, cuando los chicos estaban mirando una película porno italiana especialmente escabrosa durante la comida, Holiday entró y la paró, mientras decía: «Ya basta; haced el favor de tener estas cosas escondidas.» La frase fue seguida por un silencio furioso, pero el comandante de hierro se salió con la suya. Holiday, aunque fuese un cristiano evangélico, no era ningún beato. Sólo estaba siendo sensato. Si vamos a saltarnos las reglas, parecía estar diciendo, al menos tendremos que hacerlo con algo de sutileza.

Encontré un camastro dentro de una de las tiendas y desenrollé mi saco de dormir sobre él; luego me di una vuelta, subí a las murallas, hablé con gente y en general me dejé asombrar por el paisaje de serrín y los remolinos de polvo que en todo momento se elevaban en la dirección de las «dos tetas». El oficial técnico jefe III Neville Shorter me ayudó a instalarme y me encontró unas cuantas mantas de más para que las tendiera sobre mi saco en las noches bajo cero. El jefe Shorter, un afroamericano de barba cana que había sido un auténtico «semental» de las Fuerzas Especiales durante sus años mozos en la escuela de submarinismo de Cayo West, había madurado hasta ser un caballero cortés y afable. Su personalidad dominante, casi maternal, que lo dirigía todo con calma, desde inventarios al mantenimiento de los vehículos, era la esencia de lo que James Jones tenía en mente al idealizar a quienes saben de verdad cómo «ser soldado».

No recuerdo si fue el jefe Shorter o algún otro quien me advirtió de que tendría que aprobar «la prueba del olfateo». Como había sospechado, no todos los ocupantes del fuerte eran de las Fuerzas Especiales. Había un reducido muestrario de OGA, representantes de otras agencias gubernamentales, lo que solía significar la CIA, la Agencia de Inteligencia de Defensa y demás. Se encontraban en una situación parecida a la mía. Para ver la línea del frente en la guerra contra el terrorismo era necesario instalarse en una base de fuego de las Fuerzas Especiales. Y sin parar mientes a quién fueras, si a los «chicos no les caías bien, se aseguraban de que no vieras gran cosa». Quizás el general

de división Lambert de Fort Bragg, el general Brown del SOCOM y un par más me hubiesen llevado hasta allí, pero en última instancia serían los sargentos de equipo quienes decidieran lo que podía hacer en realidad. Y así debía ser, pensé yo.

Había empezado a dejarme barba una semana antes de mi llegada. Aun así, los primeros días fueron un poco duros. No, no podía salir con esa misión de patrulla, era demasiado peligroso. No, en esa otra misión tampoco podía ir. Mientras esperaba a ver si aprobaba la prueba del olfateo, conocí a «Big Country». Big Country tenía una poblada barba rojiza y era de Luisiana. Llevaba una gorra de béisbol de la Universidad Estatal. Vivía allí al lado en otro fuerte de muros de barro, que pertenecía al PRT local (equipo provincial de reconstrucción), un elemento de asuntos civiles organizado por la CJTF-180. Big Country era un «terp», un intérprete. Hablaba un pastún aceptable y me acompañó en un recorrido por la cercana población de Gardez.

Un escuálido y descolorido puñado de eucaliptos y álamos en la mortal y anodina tonalidad café con leche anunciaba la proximidad de Gardez. Después llegó un glacis masivo y venerable, coronado por una hilera enorme de fortificaciones, donde tenía su sede el gobernador provincial y antes que él los talibanes y los soviéticos. La antigua ciudadela había sido, durante un breve espacio de tiempo en los primeros siglos de la Era Común, el hogar de los Kushánidas, una dinastía que difundió el budismo a lo largo y ancho del valle del Indo, hasta China. Más adelante, en la época islámica temprana, Gardez se convirtió en base para los jariyitas, un movimiento tribal opuesto a las tendencias centralizadoras de los califas omeyas de Damasco. En tiempos más recientes, Gardez era conocido como centro de los pastunes guilzai, una rama principal de los pastunes que estuvo bien representada en los regímenes patrocinados por los soviéticos de finales de los 70 y los 80, además de en la resistencia contra ellos.^[a12]

Para los estándares de Afganistán en 2003, Gardez era una historia de éxito: nada de violencia masiva, ni siquiera un ambiente de tensión. Según cualquier otro criterio, Gardez era un desastre: fachadas ruinosas jalonadas por canales de agua que llevaban décadas sin ver líquido y que en ese momento estaban llenos de basura. (Además de un cuarto de siglo de guerras, Afganistán se hallaba en el séptimo año de una sequía.) El intenso olor a especias y fruta podrida, los pabellones de postes de madera, los turbantes, los gorros de fieltro y los salacots con espejos incrustados, los camiones Bedford

llenos de colgantes tintineantes y pintados con colores chillones y la tez chocolate intenso de los habitantes hablaban de la proximidad de la India.

Agostada por la guerra como estaba, Gardez seguía transmitiendo una sensación de seguridad mucho mayor que Arauca en la frontera colombiano-venezolana. El catolicismo romano dotaba a Colombia de una cohesión social mucho menor que la que el islam imponía en Afganistán.

Bellas niñas de pelo oscuro con tejidos de colores vistosos saludaban a nuestro vehículo. «Les ponen la *burka* cuando cumplen los trece, y han amamantado a cinco niños para cuando llegan a los treinta, aunque entonces ya aparentan sesenta», comentó Big Country. Tras la caída de los talibanes, la *burka*, que oculta el rostro y el resto del cuerpo de la mujer, sólo había sido eliminada en ciertos sectores de Kabul. El hecho era que los talibanes, al ser de la tribu pastún, estaban más próximos a la cultura indígena que muchos de los afganos occidentalizados respaldados por Estados Unidos. En Filipinas, T y C significaba «tetas y culo»; en Afganistán, bromeaban los soldados estadounidenses, significaba «tobillos y callos», porque era lo único que se veía.

Big Country me señaló un edificio destartado que albergaba un restaurante con reservados privados, donde sostenía sus charlas con los informadores locales. Me llevó a donde se cargaba la madera local para su transporte a Pakistán; los soviéticos habían deforestado a conciencia grandes sectores de Afganistán para privar a los muyahidines de cobertura y escondrijos. El proceso seguía en marcha, aunque el Gobierno de Karzai lo hubiera ilegalizado. «Éste es el lugar más corrupto de la ciudad», me dijo.

De vuelta hacia la base de fuego, Big Country me indicó una aldea donde había ido «para echar unas risas», es decir, a escalar una montaña, inspeccionar un campo de minas y charlar y beber *chai* (té) con los *hajis*, el apodo que el personal militar estadounidense daba a los afganos. Me fijé en que Big Country se entendía de maravilla con los niños de la localidad: paraba el vehículo, les daba la mano, hablaba con ellos largo y tendido y repartía chokolatinas energéticas y otras chucherías. No estaba muy versado en la historia o la cultura del país; según los criterios académicos, no era un experto en la zona. Se había limitado a pillar cuatro nociones del idioma y tratar a las personas como personas. En consecuencia, era increíblemente útil.

Cuando regresé a la base de fuego, un convoy se estaba preparando para salir de «patrulla presencial» en dirección norte, hacia la frontera de Pakistán. «¿Podría acompañarlos?» «No, demasiado peligroso.» Y luego: «Espere un

minuto.» Al final, surgió un sargento del centro de operaciones y me dijo que preparara mis trastos; «Sí, puede acompañarnos».

Me puse el blindaje corporal —un chaleco antibalas con chapas de acero para los disparos de rifle— y agarré mi casco y mi mochila, en la que embutí varias MRE (raciones listas para el consumo) y un saco de dormir, por si no habíamos regresado para la noche. El cabo Dan Johnston, un policía de estupefacientes de Lake Tahoe, Nevada, me entregó un *deshmal*. «Lo necesitará para protegerse del polvo la boca y la nariz», me dijo.^[a13]

Saber lo que llevar y lo que dejar siempre era problemático, algo que empeoraba el total desconocimiento en Bagram de las condiciones del terreno. Un portavoz de relaciones públicas de la CJTF-180 me había dicho que debía «prepararme mentalmente» para patearme muchos kilómetros si quería empotrarme en las Fuerzas Especiales. Sin embargo, las Fuerzas Especiales, descubrí al llegar a Gardez, se pegaban muy pocas pateadas en Afganistán. El terreno desértico fomentaba los convoyes, en parte porque era imposible llevar agua suficiente en el petate para mantenerse. También me habían dicho que en Gardez haría más calor que en Bagram; hacía más frío. Lo único que podía hacer era filtrar mi equipo sin parar. Dejé el ordenador y el macuto en Bagram, y al partir de Gardez separé la mochila y me quedé con la parte pequeña.

Otra complicación era el blindaje corporal que no me podía quitar durante las patrullas, de modo que era imposible desprenderse de capas de ropa a medida que aumentaba el calor. Con tan poca vegetación para retener el calor, la temperatura de Afganistán caía por las noches como en el lado oscuro de la Luna. Tenías dos opciones: o congelarte durante las noches y las horas del alba, o asarte durante el día. Yo elegí helarme de noche.

Íbamos en un convoy de ocho vehículos. Había un Toyota Land Cruiser lleno de tipos de contraespionaje (la misma categoría de boinas verdes que en Filipinas había frecuentado los puertos y burdeles), dos vehículos de movilidad terrestre equipados con ametralladoras M2 del calibre 50 y cinco Humvees blindados: Humvees con los techos y las puertas reforzados y armas montadas que tenían la apariencia aparatosa de los vehículos de la Segunda Guerra Mundial. Yo iba en el Land Cruiser con los chicos de contraespionaje.

Todos llevaban M-4 y Berettas, mientras que algunos de los asesores del 7.º Grupo tenían escopetas. «Somos una panda de nómadas kuchi en busca de fuego», observó uno de los hombres de contraespionaje, en referencia a los pintorescos nómadas de estilo gitano cuyas tiendas de campaña poblaban la zona fronteriza entre Afganistán y Pakistán. Luego organizó la música para el

viaje: salsa latina y «caña afgana para el camino», o «Country oriental» como llamaban a las canciones locales. Enarbolamos dos banderas: una estadounidense sobre uno de los Humvees blindados y la confederada sobre otro. «No es una bandera racista, es una bandera de orgullo regional», fue la explicación que obtuve.

Además del jefe Shorter había otro boina verde negro en el convoy, y bromeaba sobre la bandera confederada. Me habló de un destino que tuvo en Sudáfrica. «Los zulúes no podían creerse que no fuera uno de ellos o del sur de Sudán. Me acompañaba un traductor afrikáner blanco, que les explicaba en su idioma tribal de dónde venía. No se me escapaba lo irónico de que sólo pudiera hablar con mis hermanos africanos a través de aquel supuesto racista afrikáner. Qué caramba, los afrikáners no son más que otra tribu africana, sólo que resulta que tienen la piel blanca.»

Media hora después de salir de Gardez ya estaba cubierto de polvo, y mi mochila había pasado del negro a un marrón uniforme. Yo tenía cincuenta y un años. ¿Por qué estaba haciendo eso? Me habían asaltado las dudas en mi última noche en Dubai, rodeado de lujo y las comodidades. En Bagram, la noche antes de volar a Gardez, volví a experimentar dudas. Sin embargo, en ese momento, no existían el pasado o el futuro, ni ningún lugar en la Tierra aparte de ése. Estaba viviendo el momento por completo: la felicidad definitiva. Todos los viajes seguían el mismo patrón.

El desierto fue quedando atrás y entramos en una serie de aldeas con huertos frutícolas. Los arceses estaban jalonados de álamos y chopos que se teñían de amarillo dorado en ese otoño afgano. Unas chicas con espectaculares vestiduras color rubí sonreían y nos saludaban. Había una línea ininterrumpida de campos de cannabis, con gruesos fajos de marihuana secándose en los tejados y apilados en grandes montañas sobre camiones. Los chicos que trabajaban en la lucha antidroga en la vida civil estaban encantados. No podían parar de sacar fotos. Veían la idea de destruir esas cosechas como una pura insensatez que no haría sino sumir al país en una pobreza más profunda.

No había casas como tal, sólo inmensos fuertes y complejos con muros de barro idénticos a la base de fuego, cada uno de los cuales constituía un laberinto oculto en su interior. Nos encontrábamos en territorio de la rama ahmadzai de los pastunes. Dos o tres complejos, separados por un mero callejón estrecho de tierra, formaban una aldea. Era la arquitectura medieval de la paranoia y la desconfianza, aunque ofreciera cobijo del viento y el polvo flotante. El experto en Afganistán de mediados del siglo XX Louis Dupree

había calificado esos complejos de «cortinas de barro» que mantenían a raya el mundo exterior, porque ese mundo exterior a menudo llegaba «para extraer de, y no aportar a» esos universos cerrados. Convertían Afganistán en una «sociedad vuelta hacia dentro».^[13] La arquitectura complicaba mucho la tarea de encontrar terroristas. «Bin Laden podría estar en una de estas aldeas y nunca lo encontraríamos», me dijo uno de los chicos, con total seriedad, mientras desplazaba la mirada de un complejo amurallado de barro al otro.

Al cabo de unas horas llegamos a Sayed Kurram, a menos de treinta kilómetros de la frontera con Pakistán, donde acababan de producirse enfrentamientos entre los pastunes mangales y totajeles. Podía saberse si una aldea era amiga por el comportamiento de los niños: si salían a saludar, éramos bienvenidos; si no, no lo éramos. Unas calles silenciosas significaban problemas. El peor indicio de problemas era que un convoy se detuviera y los niños se fueran alejando poco a poco; podía indicar la inminente detonación de un artefacto explosivo. Los soldados de las Fuerzas Especiales siempre llevaban chocolatinas energéticas de más para los niños en esos viajes, y se sacaban fotos con ellos; cualquier cosa que se les ocurriera para derribar barreras.

Sayed Kurram era tirando a amiga, a juzgar por el puñado de niños que nos rodeaba. Los hombres de contraespionaje tomaron la iniciativa para hablar con la policía local, e intercambiaron varias banderas y uniformes con ellos en señal de buena voluntad. Para los estadounidenses, las patrullas presenciales no eran sólo un medio para demostrar que estaban allí, sino también para disuadir el mal comportamiento. Las patrullas a menudo llegaban hasta los enclaves más remotos sin mayor motivo que demostrar que los barbudos (como se conocía a las Fuerzas Especiales en el ámbito local) podían llegar a cualquier parte, en cualquier momento. La visita al jefe de policía de Sayed Kurram tenía un motivo específico, sin embargo: recoger un alijo de artillería y morteros soviéticos que los lugareños estaban dispuestos a entregar. Los expertos en explosivos, artillería y demoliciones que acompañaban a los boinas verdes se apropiaron de las armas, que más tarde destruirían con explosivo C-4.

Hubo mucho consumo de *chai*. El mejor modo de reunir información no era plantear preguntas directas, sino establecer simples relaciones. El problema era que los chicos de contraespionaje no dominaban lo suficiente el pastún y tenían que trabajar por mediación de intérpretes, lo que entorpecía la conversación. Transcurridos dos años de la guerra contra el terrorismo, la situación lingüística era un escándalo. Sólo cuando el resto de los grupos de

Fuerzas Especiales y representantes de otras agencias gubernamentales pudieran conversar con los lugareños en lenguas exóticas con la fluidez con que lo hacía el 7.º Grupo con el español en Latinoamérica surgiría una auténtica información humana en cantidades suficientes.

El trabajo en serio no empezó hasta caída la noche, cuando el convoy regresó a la base de fuego: los boinas verdes repasaron cada centímetro de los vehículos y el armamento con mangueras de aire comprimido, para limpiarlos del polvo corrosivo. Llevaba horas y era esencial después de cada patrulla. Los vehículos del Ejército de Estados Unidos estaban diseñados para el suelo blando de Europa central, donde se pensaba que un día habría que enfrentarse a los soviéticos, no para la corteza pulverizada de los desiertos de Oriente Próximo. Los problemas mecánicos eran legión, y los mecánicos los auténticos reyes de la base de fuego, sobre todo si se piensa que las piedras y la grava de ese páramo destrozaban las suspensiones de los vehículos blindados.

Bien entrada la noche nos reunimos sobre alfombras de Bujará para compartir un banquete preparado por la milicia tribal local, que incluía kebab de cordero, sabroso pilaf con pasas, albóndigas picantes, melones dulces, granadas, etc. «Éste es el único placer que tenemos. Los generales nos han quitado lo demás —observó uno de los sargentos—. Ni cerveza, ni porno, ni nada. Si se enteraran de esta cena con la milicia, lo más probable es que también la prohibieran.»

A decir verdad, la moral estaba alta, como todos sabían y reconocían en privado, combatiendo como estaban a Al Qaeda, el HIG y a «Johnie Taliban». Antes de irnos a la cama hicimos un corro alrededor de una estufa panzuda para calentarnos antes de cubrirnos de sacos de dormir y mantas en la gélida noche del desierto. «El frío inclemente me recuerda a los destinos en Corea», dijo alguien. «No, es mejor que Corea. Aquí podemos echar puertas abajo y detener a gente», respondió otro.

No había ninguna patrulla programada para la mañana siguiente. Había oído que el PRT (equipo provincial de reconstrucción) del fuerte adyacente iba a salir de misión, de modo que le pedí al jefe Shorter si podía presentarme a sus componentes. «No nos tienen mucho cariño a los barbudos —me advirtió el jefe—, pero hagámosles una visita a los vecinos del 10.º de Montaña a ver qué pasa.» No hubo problemas para salir con el PRT. Volvía a estar en la carretera.

Los equipos de reconstrucción provincial eran un concepto nuevo y de moda en el otoño de 2003. Hacían exactamente lo que la prensa adoraba: asuntos civiles y humanitarios, o sea, construcción de nación. Los PRT eran interdepartamentales, pues combinaban diferentes unidades militares y departamentos gubernamentales en un solo paquete. Constituían un reconocimiento de que, en las zonas de guerra, el Ejército era el mejor situado para encargarse de los asuntos cívicos, y no los organismos benéficos civiles (ONG). Los PRT, si bien formaban parte del ejército convencional, representaban una variedad de guerra no convencional, pues la ayuda humanitaria, además de ganar «corazones y mentes» y por tanto romper el vínculo entre los insurgentes y la población en general, era una útil cobertura para una recogida informal de información. Los medios de comunicación globales no veían con tan buenos ojos ese aspecto de los PRT.

La misión del PRT en la que tomé parte estaba compuesta por el 407.º Batallón de Asuntos Civiles del Ejército, procedente de Arden, Minnesota, una escolta de combate de la 10.ª División de Montaña, tropas del Ejército Nacional Afgano e intérpretes. Se dio la casualidad de que el representante del Departamento de Estado estaba ese día en Kabul, de modo que el único civil aparte de mí era un curtido funcionario de piel rugosa del Departamento de Agricultura de Estados Unidos, que con su sombrero de ala ancha me recordaba al cazador de dinosaurios australiano de la película *Jurassic Park*.

Éramos seis vehículos: dos rancheras Toyota y cuatro camionetas de exploración o Humvees, equipados con lanzagranadas automáticos MK-19. El objetivo era conducir rumbo sur hasta una aldea remota en las montañas Sha-i-Kot, cerca de la frontera de Pakistán, para inspeccionar las obras de una escuela. El trayecto nos llevaría noventa minutos, según el mapa. El comandante Dean Fremling, un ranger aerotransportado de Milwaukee, era el oficial al mando de la misión. La charla que dio fue sencilla: «Si os tienden una emboscada, disparad fuego de supresión y no paréis de moveros. Ahora, una pausa para la meada de última hora. Nos vamos en diez minutos.»

Al cabo de esos diez minutos dejamos a nuestras espaldas las barreras HESCO, y el comandante Fremling empezó a hablarme sobre la Escuela de Rangers de Fort Benning en la misma línea que el coronel Wilhelm allá en Mongolia: «Nunca he tenido tanto frío, calor, sed y cansancio en mi vida.» Dean Fremling era calvo, lampiño, de aspecto anodino y nada vanidoso. También era jovial, hablador y bendecido con un gran entusiasmo, además de un pozo de anécdotas sobre Tailandia, el Ártico, la cordillera del Atlas en

Marruecos, las junglas de Costa Rica y cualquier otro punto del planeta, que había visitado como destino militar o en calidad de turista.

Al pasar por delante de un campamento de nómadas kuchi, me informó sobre un programa de los PRT consistente en vacunar a los niños y animales contra las enfermedades. Me preocupaba que los estadounidenses estuvieran siendo demasiado altruistas; nadie, al margen de las personas ayudadas en persona, sabría nada sobre programas como éste, y eso cuando los proyectos de altos vuelos con rendimiento político, como la reconstrucción de la carretera de circunvalación que unía las principales ciudades, iban con retraso.

A continuación pasamos por delante de una cantera donde el comandante Fremling me contó que había visto a un grupo de afganos picando con una sola pala. «Me dijeron que necesitaban piedras nuevas. Manda huevos: en un pedregal desierto, necesitaban piedras nuevas. Me explicaron que las viejas tenían demasiado polvo encima para hacer mortero. Conque querían piedras nuevas y limpias. Pude conseguirles unas cuantas palas más.

»Seguid por el camino de cabras —prosiguió Fremling, esa vez por la radio para que lo oyera el resto de vehículos—. La mierda de cabra significa que estamos a salvo de minas.» Luego se quejó sobre lo blanco de su tez y la del resto del equipo. «La mayoría somos de ascendencia escandinava, de modo que nunca podemos mezclarnos con la gente de estos países asolados por la guerra. No somos como los portorriqueños del 7.º Grupo, que parecen pastunes. No hay contrainsurgencias en Escandinavia.»

El comandante sacó tabaco de mascar Copenhagen. El paisaje se iba volviendo cada vez más montañoso, tan mondo que parecía un cajón de arena para niños. Los familiares pelotones de chicas de pelo moreno con vestiduras floreadas nos saludaron en un pueblo. «DFI —dijo Fremling—: Desnudo Facial Integral. Eso es lo que hay. Pero no están en clase. Los ancianos del pueblo nos vienen con todo tipo de excusas. La verdad es que, fuera de las zonas urbanas, la mayoría de los afganos no quiere que sus hijas vayan a la escuela.» Había oído informes parecidos de expertos no militares, a quienes preocupaba que los estadounidenses estuvieran enajenando a la población pastún por imponerles sus valores en lo relativo a los derechos de las mujeres.

Un arroyo de agua azul transparente apareció de improviso en el páramo ceniciento. Nos quedamos boquiabiertos. Luego llegaron más fortalezas con muros de barro y torres desvencijadas. El GPS indicaba que todavía nos encontrábamos lejos de la escuela; la carretera que constaba en el mapa había desaparecido en una crecida local del río, de modo que nos limitábamos a

seguir el *wadi*. Una de las rancheras no logró remontar una colina. Mientras se esforzaba y soltaba humo negro, el conductor dijo: «No da para más, va por el quinto radiador, la pobre.» Tuvo que remolcarla con una cadena un Humvee del 10.º de Montaña, por una pendiente de 45 grados. Un par de horas más levantando polvo lunar y llegamos a Babujel, la ubicación de la escuela. Nos había costado cinco horas y media en lugar de una y media. A nadie le sorprendió.

La escuela tendría que haber estado completada al 50 por ciento, según el presupuesto de la ONG afgana contratista. Los cimientos parecían terminados, como también el muro de seguridad, pero no estaban bien contruidos, dijo un experto del equipo. «Han mezclado demasiado polvo con el cemento. Un invierno y el tinglado entero se vendrá abajo. No va ni por el 20 por ciento. Y éstos no son nuestros estándares de construcción; no es esto lo que esperamos, ni mucho menos; son los suyos, los estándares locales.»

«No llegaremos a la base hasta que haya oscurecido —comentó Fremling—. Habrá sido un día entero de convoy sólo para apretarle las clavijas a un contratista. La carretera ha desaparecido, a la escuela le falta un montón. La gente de casa no tiene ni idea de lo difíciles que son las condiciones aquí.» Pensé en una observación del coronel C. E. Calwell del Ejército británico, a finales del siglo XIX: que las guerras pequeñas eran «campanas contra la naturaleza».^[14]

En Afganistán todo era posible... con años y paciencia. Los imperios que han logrado aportar orden y mejores condiciones materiales a sus colonias han poseído ambos elementos. Sin embargo, no estaba claro si los estadounidenses los tenían. Una década de presencia en Afganistán no era una perspectiva pesimista, sino halagüeña.

«Representamos al Gobierno de Karzai —dijo uno de los soldados estadounidenses por voz de un intérprete, mientras los lugareños se congregaban a su alrededor—. Estamos intentando que construyan esta escuela para vosotros.» Tras mirar a los aldeanos, con sus barbas y turbantes, el tipo del Departamento de Agricultura —con la cara morena y nudosa embadurnada de polvo— me comentó en voz baja: «No son leales a nadie fuera de su tribu. Se dejan intimidar con facilidad por quienquiera que tenga el poder en un momento dado. Sólo quieren que los dejen en paz.» Para ellos no éramos nadie.

De vuelta a la base tomamos otra ruta: nunca fijar patrones, nunca usar el mismo camino dos veces. Era mucho más rápida, y más polvorienta también,

si es que era posible: un auténtico océano de polvo rojo y amarillo mostaza, interrumpido tan sólo por montones de piedras negras.

Al llegar, ya de noche, fui a ver al coronel Tony Hunter, un reservista de South Kansas City, Misuri, que comandaba el PRT de Gardez desde el fuerte del 10.º de Montaña. Agente de policía en la vida civil, era alto, de pelo corto y canoso y aspecto convencionalmente curtido. Me proporcionó más datos de trasfondo sobre los PRT.

«El concepto del PRT fue una creación del personal de la CJTF-180 —me dijo, mientras escupía jugo de tabaco en una botella, dentro de su barracón—. Lo inventaron para ampliar el poder de los gobiernos provinciales. El presidente Karzai había dicho que quería que empezasen en Gardez, donde existía una numerosa población talibán y muchos conflictos tribales, cerca de la frontera con Pakistán. De modo que en diciembre de 2002 montamos cuatro equipos.

»Básicamente —prosiguió—, el PRT es una unidad de asuntos civiles del Ejército que se controla a distancia y emplea a la 10.^a de Montaña o la 82.^a Aerotransportada para la seguridad de la base, en función del lugar de destino. El PRT utiliza el dinero para ayuda humanitaria aportado por el DoD [Departamento de Defensa]. Nos da influencia sin el estigma de la ocupación. El objetivo es hacerlos civiles empotrando representantes del Departamento de Estado y USAID.

»Ya ha visto la carretera de hoy —continuó, sin dejar de escupir tabaco—. Ha visto lo mala y difícil que era. Gran parte del mundo es así. Por eso los activos de aviación serán cruciales para el futuro. También habrá una enorme necesidad de vehículos aptos para el desierto para este tipo de asuntos. Nos estamos encontrando con que los Toyotas son mejores que los Humvees y que los teléfonos de venta al público son mejores que los del Ejército. Estamos aprendiendo a adaptarnos a este nuevo mundo con un enfoque de baja tecnología. Está claro que aquí perdemos a dos personas por semana en combates. Es el precio de hacer un buen trabajo.»

Cuando dejé al coronel Hunter había oscurecido del todo, y la luna todavía no había salido. Al sacar mi linterna tintada de rojo para encontrar el camino de vuelta al fuerte de las Fuerzas Especiales, reparé en varios grupillos de soldados que celebraban oficios cristianos a la luz de las velas, bajo las estrellas. No era ninguna festividad: lo hacían todas las noches. De vuelta en el fuerte, me enteré de que tenía que mudarme de tienda, porque estaban preparando la mía para un equipo de SEAL de la Marina que llegaba al día siguiente para una operación. Me trasladé con el 7.º Grupo de

puertorriqueños, que tenían mantas de sobras y una funda para mi saco de dormir.

A la mañana siguiente, los boinas verdes hicieron preparativos para otra patrulla presencial, en esa ocasión por una carretera conocida como «el paseo de los francotiradores», cerca de la frontera de Pakistán. Un sargento se descargó la ruta desde un ordenador en su dispositivo de GPS. Había tanto polvo que Alex, uno de los asesores del 7.º Grupo de Puerto Rico, tuvo que limpiar no sólo su M-4 sino también el cargador. El padre y el abuelo de Alex habían combatido en Vietnam y Corea, respectivamente. «Los puertorriqueños hemos puesto nuestro granito de arena», me comentó con tono afable.

La explicación de la misión fue a las 9:30 de la mañana. «Cuidado con los putos riscos —advirtió Ed, un policía del condado de Dade, Florida, con barba gris, ojos alegres y un aspecto perpetuo de acabar de levantarse de la cama—. Puede ponerse feo muy rápido. Decidid de antemano quién será el conductor suplente si alcanzan al primero. Cada vehículo es responsable del que tiene delante.»

Mi asiento estaba en el todoterreno blindado que conducía el sargento maestro del equipo, Henry Peraza, un cubanoamericano jocosos y de tez oscura que se quejó en tono de broma sobre los «blancos» que no parecían lo bastante pastunes. Mi cometido era proveer de munición al ametrallador que tenía por encima en caso de que nos tendieran una emboscada. Ni hablar de mantener mi distancia profesional. Con esa gente, o echabas una mano o no ibas.

«Practique, Bob —me dijo otro de los asesores del 7.º Grupo—. Es probable que me quede sin munición, porque voy a hacer que se enteren de con quién se juegan los cuartos.»

Me fijé en que había ya tres banderas estadounidenses izadas en lo más alto del fuerte. «¿Para qué?», pregunté.

«Nos volvemos más patrióticos cada día que pasa», dijo alguien.

Otro soldado estaba limpiando su lanzagranadas automático MK-19 del calibre 40 sobre una mesa improvisada. «Hay que hacerlo con cariño —me explicó—. Como si fuera una novia o una esposa. Pones en ello toda tu pasión, y luego pasas a la siguiente y si te he visto no me acuerdo.» Era una ley no escrita, sobre todo entre los de la Guardia Nacional, que había que tener al menos una ex mujer para poder incorporarse a la comunidad de las

Fuerzas Especiales. Recuerdo una conversación entre un coronel y un sargento: «Hijo, ¿dónde está el resto de tu blindaje personal? ¿Quieres que te maten?»

«Verá, señor, según las condiciones de la pensión alimenticia, mi primera ex mujer se lleva la mitad de mis ingresos al retirarme, y la segunda la otra mitad. Conque no estoy seguro.»

Me puse mi blindaje personal y me atiborré los bolsillos de tapones para los oídos, chokolatinas y botellitas de agua mineral. Sin embargo, justo cuando estábamos listos para dejar el complejo, suspendieron la misión. Acaba de realizarse una identificación positiva de un blanco de valor medio que entraba en una reunión con el gobernador de Gardez, supuestamente proamericano, y se tomó la decisión de «PUCearlo». La patrulla presencial se canceló a favor de esa operación.

Ed, el policía del condado de Dade, dio una «pasada» con el coche para inspeccionar la ubicación donde se produciría la captura. «Los callejones son estrechos con ganas; no podemos usar Humvees. Hay un montón de niños por las inmediaciones; llevad chokolatinas.» En lugar de Humvees, se envió a dos Toyotas Land Cruiser, el primero de ellos conducido por el sargento maestre Henry Peraza, que llevaba *shalwar kameez*, *pakol* y *deshmal* con el blindaje personal debajo. Visto de cerca ese cubanoamericano de tez oscura en realidad no parecía pastún, pero durante un momento o dos podía engañar a cualquiera, y no hacía falta más tiempo.

Como sólo enviaron dos coches a la captura, el resto de repente nos quedamos sin nada que hacer, y la gente se puso a vegetar en el comedor mirando una película de ciencia ficción mala a rabiar.

Los Land Cruiser regresaron al cabo de varias horas con cuatro PUC. Peraza y su tripulación habían dedicado la mayor parte del tiempo a esperar y hablar con los niños de la calle, después de decidir montar un control de carretera en el más puro estilo de los agentes de tráfico. «¿Se han resistido?», preguntó alguien. «No —respondió el sargento maestre Peraza—. Han levantado las manos como si tuvieran un muelle.»

Llevaron a los PUC a unas instalaciones de detención de detrás del fuerte. Se trataba de arrestados de baja prioridad. Al cabo de unos días había que liberarlos o mandarlos a Bagram para un nivel superior de interrogatorio. En Bagram también podrían retenerlos sólo durante un breve espacio de tiempo, antes de mandarlos a casa o a la bahía de Guantánamo, Cuba. Podían despertarlos cada pocas horas y desorientarlos, pero poco más. A pesar de todos los abusos documentados a prisioneros por parte de los

estadounidenses, los detenidos sabían que en la inmensa mayoría de los casos los norteamericanos no los maltratarían ni de lejos con tanta saña como habían demostrado los soviéticos u otros afganos. Por lo general, un afgano dispuesto a estar incómodo durante unos días podía zafarse de los interrogadores con impunidad. Todo el mundo se quejaba de eso.

Uno de los detenidos habló, sin embargo. A resultas de la información que había proporcionado, de repente teníamos una operación nocturna en un complejo de las afueras de Gardez. No habría tiempo para la cena de filete y gambas que se había preparado.

Todos los aspectos de esas operaciones eran planificados y redactados, bien en un formulario 5-W para operaciones de bajo riesgo, o en un «con-op» (concepto de operación) en caso de ataques de mayor riesgo: qué vehículos irían en el convoy, cuál sería su orden de marcha, dónde se sentaría cada uno exactamente en cada vehículo, los grupos sanguíneos y números de la seguridad social de todos los participantes, las frecuencias de comunicación que se utilizarían, etc. Ese convoy en particular partiría en busca de un gran alijo de armas oculto en el hogar de la hermana de un subcomandante talibán que era un BAV: blanco de alto valor.

Esa vez me tocó ir en el vehículo blindado que conducía el sargento de primera clase Matt Costen, de Austin, Texas. En la oscuridad, el mundo estaba asfixiado por el polvo y el sonido de los motores. «Última pausa para mear antes de irnos», gritó alguien. Yo iba apretujado en la parte de atrás con puntas de metal afiladas por todas partes. Tenía los codos encasquetados entre la puerta acorazada y las cajas de munición. La bota polvorienta del ametrallador que iba arriba colgaba en el interior del vehículo, delante de mi cara.

«Da igual si tienes diarrea en la boca, mientras te reciba con claridad», dijo una voz por la radio de banda múltiple del equipo.

«Y allá que nos vamos, niños y niñas», anunció el sargento Costen.

Pronto nos encontramos rodeados de música de bazar y una muchedumbre nocturna de indigentes que paseaba bajo las luces tenues y parpadeantes de las calles de Gardez. Nos adentramos en un laberinto de callejones separados por altos muros de barro. Entonces sucedió todo como en una jugada a cámara lenta. Los boinas verdes salieron en abanico de los vehículos para cubrir los campos de tiro que tenían asignados. PUCearon a varios hombres barbudos con turbante negro a lo largo de una pared bajo una luz de alto voltaje y luego les hicieron ponerse de cuclillas, cosa que hicieron con estoicismo. Llegó un intérprete para interrogarlos. Cuando no sucedía nada

inesperado, esas operaciones resultaban poco más dramáticas que parar para cambiar una rueda en la carretera en plena noche.

Nuestro Humvee tenía asignada una posición de bloqueo. En consecuencia, nos pasamos dos horas de pie en el frío mientras otro equipo entraba en el complejo. Me fijé en la gorra de béisbol del sargento Costen, «Heritage Firearms». «Es el sitio donde me compro las armas», me explicó.

«Estuve en el servicio activo dentro del 5.º Grupo —me contó—, luego trabajé de profesor sustituto y de policía en urbanizaciones negras. Soy muy religioso. Creo que todos procedemos del mismo creador. Después del 11-S, Alex Marco, ya sabe, el delta 18 [médico], me llamó y me preguntó si quería unirme a él, Henry [Pedraza] y otra gente en un equipo A, en el 3.º del 20.º [tercer Batallón del vigésimo Grupo de las Fuerzas Especiales]. Si me reenganché en la Guardia Nacional fue por Alex y Henry.

»¿Ve a esos PUC? —prosiguió—; lo más probable es que sean inocentes. Se ha dado la casualidad de que estaban en el lugar equivocado en el peor momento. El objetivo real de esta misión es tratarlos con respeto, para que cuando sean liberados les cuenten a sus familias lo diferentes que somos los norteamericanos de los rusos. Saben que tenemos que detenerlos; lo que cuenta es cómo los tratemos. Eso es lo que aprendí trabajando en las urbanizaciones negras: construir una relación de confianza en la comunidad.» Entonces el sargento Costen alzó la vista hacia el radiante mosaico de estrellas y me señaló las Pléyades y Tauro, con la herida causada por Orion el Cazador, que se encontraba cerca del horizonte.

El único fruto de la operación fueron unas cuantas granadas, cables de detonación y varios AK-47. Sin embargo, uno de los PUC resultaría ser un general talibán que había combatido contra los estadounidenses en la operación Anaconda de diciembre de 2001. El resto de los detenidos fueron liberados en el acto. «Los rusos les habrían pegado un tiro», dijo Costen. Habiendo cubierto la guerra en la década de 1980, sabía que no le faltaba razón.

Todos estaban decepcionados. «Si queremos peces gordos, tenemos que ir al otro lado de la frontera con Pakistán; allí es donde está la mayoría de los malos», repetía alguien una y otra vez. De vuelta en el comedor devoramos el filete y las gambas que el cocinero había recalentado, y lo regamos con Gatorade. Se entabló un debate sobre qué sabor de Gatorade era mejor, el Cool Blue o el violáceo Riptide Rush. Casi era como una discusión sobre diferentes cosechas de vino. El frío era tan intenso que nos veíamos el aliento.

Uno de los sargentos de equipo anunció: «Muy bien, chicos, mañana vienen de Bagram el general y el coronel para visitarnos. De manera que esconded el porno y el bebercio, y escondedlos bien. Esas cosas les ponen a cien.» Eso arrancó una serie de protestas contra los REMF (hijos de puta de la retaguardia, un acrónimo de la Segunda Guerra Mundial, en realidad). «¿Esto de mañana será como una muestra de perros y ponis?», pregunté. «Peor —me dijeron—, una auténtica FEC [fantasía ecuestre-canina].»

No fue para tanto, en realidad. El coronel Herd aterrizó a la mañana siguiente con el general de brigada Gary Jones, que estaba de visita procedente de Fort Bragg. El general de brigada Jones, tejano imponente por antonomasia, acababa de asumir el antiguo trabajo del general de división Geoff Lambert como comandante de todos los boinas verdes, y a su vez era candidato al rango de general de división. Junto con el coronel Herd, el general Jones dio a entender que era consciente de todas las bromas y quejas procaces a su costa. Formaba parte del proceso, y los dos lo sabían. Los guardias nacionales no se dejaban impresionar mucho por los altos mandos, porque en su calidad de civiles tenían menos aspiraciones todavía de hacer carrera que los suboficiales del servicio activo, que a su vez se preocupaban poco de su reputación salvo en lo concerniente a otros suboficiales. Lo que hacía a esos guardias tan valiosos era que no tenían ningún motivo en el mundo para no ser brutalmente sinceros. El general y el coronel lo sabían y lo apreciaban.

El comandante Holiday organizó un convoy que llevara al general Jones y al coronel Herd dos horas en dirección sur por una carretera polvorienta hasta la base de fuego de las Fuerzas Especiales en Zurmat. Allí le pedí a uno de los instructores de las Fuerzas Especiales por la calidad del emergente Ejército Nacional Afgano.

«Son mejores que los hondureños a los que he adiestrado —me dijo—. Pueden realizar patrullas nocturnas solos. Odian a los “paquis”, lo cual es bueno. Se mueren de ganas de armar barullo y luchar en la frontera. Son disciplinados; no son unos matones. No te darán una paliza para robarte el dinero. Dondequiera que los coloquemos, estalla la paz. El bazar de Zurmat ha doblado su tamaño desde que los desplegamos. El único problema es que necesitamos más.»

Al general Jones y el coronel Herd los acompañaba el teniente coronel Marcus Custer, de Mobile, Alabama. «Al sitio de donde vengo lo llamamos la

Riviera Cateta. Ya sé lo que estará pensando —me dijo con una carcajada—. Sí, tengo parientes que viven en caravanas y que nunca se han alejado más de cuarenta kilómetros de sus casas. Como sémola de maíz.» En realidad, el teniente coronel Custer era un chico de etnia cubana que se había visto separado de su familia por culpa de Castro y había sido adoptado por sureños. «De modo que en realidad no estoy emparentado con el general Custer famoso.»

El teniente coronel Custer se había presentado en el mismo instante en que quedó claro que se cancelaba la misión de los SEAL, de modo que él y yo nos mudamos a mi vieja tienda de campaña, donde tuvimos muchas sesiones de palique noctámbulas. En vez de regresar a Bagram con el general Jones y el coronel Herd, se había quedado en Gardez para, en sus palabras, «ayudar al comandante Holiday a conseguir que le aprueben alguna misión».

El teniente coronel Custer era un guardia nacional del 19.º Grupo y un funcionario de aduanas en la vida civil. Como en el caso del resto de los guardias, su falta de ambición lo hacía doblemente sincero. «Verá —me dijo—, en estas bases de fuego no sucede casi nada que el comandante Holiday y el resto de los comandantes no sean plenamente capaces de decidir ellos solos. Pero no es así como funciona el sistema. Como teniente coronel, mi mera presencia aquí puede añadir un poco de peso a la solicitud.»

Una noche, mientras limpiaba un viejo rifle Lee-Enfield sobre una alfombra de Bujará, Custer me ofreció su teoría sobre el problema de la guerra contra el terrorismo tal y como se estaba combatiendo en Afganistán. Más adelante, contrastaría su teoría con muchas otras fuentes de las líneas del frente, que la validarían. En realidad no era tanto una teoría suya como de todo el mundo, cuando la gente era sincera entre sí, se entiende. Tristemente, se trata de una típica historia norteamericana.

Expondré con mis palabras lo que me dijeron él y otros: La esencia de la «transformación» militar —el término de moda en Washington en los últimos años— no radicaba en las nuevas tácticas o los nuevos sistemas de armamento, sino en una reorganización burocrática. En la práctica, esa reorganización burocrática la consiguió en las semanas siguientes al 11-S el 5.º Grupo de las Fuerzas Especiales con base en Fort Campbell, Kentucky, cuyo puñado de equipos A, con la ayuda de la CIA y las Fuerzas Aéreas, conquistó solito Afganistán.

La relación entre el 5.º Grupo y las más altas esferas de la oficialidad del Pentágono en esas preciosas e históricas semanas de otoño de 2001 había dado muestras de la jerarquía burocrática horizontal que caracterizaba no sólo

a Al Qaeda, sino a las corporaciones globales más prósperas. Fue un arreglo que habría impresionado a las mejores facultades de Empresariales y consultorías. Los capitanes y sargentos de los equipos A del 5.º Grupo no se comunicaban con el alto mando a través de una cadena de mando interminable y vertical. No, ni siquiera recibían instrucciones específicas. Tan sólo les dijeron que entraran en contacto con los «indigs» (en este caso, la Alianza del Norte) y los ayudaran a derrotar a los talibanes. Y que se las ingeniaran con los detalles sobre la marcha.

El resultado fue que se capacitó a los sargentos maestros para solicitar ataques de B-52. El 5.º Grupo de las Fuerzas Especiales ya no formaba parte de una masiva burocracia de defensa. Se había convertido en una auténtica empresa *spin-off*, con una tarea encomendada para que la cumpliera a su manera, al estilo de un consultor de altos vuelos.

El beneficio final fue que los «con-ops» (conceptos de operación) se aprobaban de manera oral en cuestión de minutos, mientras que cuando fui a Afganistán, dos años después, hacían falta tres días de papeleo, con capas burocráticas de tenientes coroneles y demás altos oficiales que retrasaban las operaciones y las diluían de peligro, de modo que cuando los ataques a complejos sospechosos por fin tenían lugar, a menudo se encontraban con que el pájaro había volado.

No es que aquello fuera un escándalo o hubiera alguien específico a quien culpar. No era más que el modo en que el Gran Ejército —es decir, el Gran Gobierno, es decir, Washington— hacía siempre las cosas. Era el mismo motivo por el que se había organizado una Fuerza de Tarea Conjunta de Operaciones Especiales en Zamboanga, al sur de Filipinas, cuando una base de operaciones avanzada mucho más pequeña lo habría hecho igual de bien. Era el «apilamiento» estándar de Washington. Todos los sectores de las Fuerzas Armadas querían un trozo de Afganistán.

(A decir verdad, cuanto más me alejaba de Colombia, más brillante se me antojaba el modelo colombiano. En aquel país, lo único que frustraba a los boinas verdes era que las reglas de enfrentamiento eran demasiado restrictivas. Sin embargo, eso era una cuestión de alta política, no de organización militar. En el plano organizativo, la base de operaciones avanzada situada en la «caja de queso» prefabricada dentro de los terrenos de la Embajada estadounidense en Bogotá, a cargo del equipo A del teniente coronel Duke Christie, representaba la perfecta estructura ajustada para manejar una guerra no convencional. Por supuesto, una estructura burocrática como ésa era una amenaza para el Gran Ejército.)

Al poco de que el 5.º Grupo hubiera ayudado a la Alianza del Norte a tomar Kabul, la ocupación estadounidense de Afganistán fue consolidada por la 10.ª División de Montaña, entre otras armas del Ejército convencional. Para 2002 se había organizado una Fuerza de Tarea Conjunta Combinada (la CJTF-180), con una Fuerza de Tarea Conjunta Combinada de Operaciones Especiales (C-JSOTF) incorporada. Bagram se convirtió en base para millares de soldados, muchos de ellos «REMF». Los días de la innovadora jerarquía plana habían terminado. Se volvía a la burocracia-dinosaurio vertical de la era industrial, el mayor impedimento para la capacidad estadounidense a la hora de librar una contrainsurgencia mundial exitosa.

Como me explicó, armado de paciencia, el teniente coronel Custer: «Es trágico, no hay otra palabra. No necesitamos Bagram. Tenemos mucha más gente aquí de la que necesitamos, y están embozando las operaciones. La mitad de Bagram tendríamos que estar en la base K2 [Karsi-Janabad] de Uzbekistán, donde la gente como yo no chuparía los recursos de aviación que necesitan las bases de fuego. La CJTF-180 se encuentra en una posición demasiado avanzada. Bagram tendría que ser una base de operaciones avanzadas ajustada, con un par de unidades de ducha; eso es todo. Y estas bases de fuego deberían ser AOB [bases operacionales adelantadas] para guarniciones más pequeñas incluso de operadores especiales situados más al frente si cabe. Eso es la UW [guerra no convencional].»

La gente se refería a Bagram como «el cono de helado que se lame solo», que existía por el entrenamiento físico de las mañanas y la oficina de correos. Si sólo pasabas por Bagram, nadie de las Fuerzas Especiales consideraba que hubieses estado en Afganistán.

Custer continuó, articulando mejor lo que tantos otros me contaban: «El Gran Ejército no lo pilla. —Sonrió, como un padre concienzudo lidiando con las travesuras de un niño—. No pilla las barbas, las gorras de béisbol, las ventanillas bajadas para que le podamos dar la mano a los *hajis* y regalar chocolatinas a los niños, como hacemos en nuestras patrullas. El Gran Ejército tiene normas contra todo eso. El Gran Ejército no entiende que antes de subvertir a un pueblo tienes que amarlo, tienes que amar su cultura.

»Las unidades de Fuerzas Especiales de la Guardia Nacional se parecen más a las SF y la OSS originales que las unidades del servicio activo —prosiguió—, porque la guardia tolera las peculiaridades personales. No puedes ser eficaz en la guerra contra el terrorismo a menos que quebrantes las reglas del Gran Ejército. La gente de las Fuerzas Armadas es gente de sistemas. Piensan que el sistema va a protegerlos. Los boinas verdes no se

fían del sistema. Por eso nos ve llevar todas estas armas. Sabemos que es posible que los cascos de Kevlar no detengan una bala de 7,62 mm. Como le dirán los del 1.^{er} Grupo, tanto daría que llevara un buda tailandés al cuello. De modo que llevamos gorras de béisbol, son más cómodas. Si ve a un ametrallador subido en un vehículo blindado, dando botes entre el polvo hasta casi romperse las vértebras, déjele llevar una gorra de béisbol y será feliz. Tendrá la moral alta, porque con sólo llevar esa gorra se convencerá de que está dando por culo al sistema.

»A lo mejor en el futuro nos incorporan a una CIA nueva y reformada en vez de al Gran Ejército. Cualquier burocracia que tenga más interés por los resultados que por la normativa será una mejora. Ya ve, yo puedo decir estas cosas: soy un guardia.»

Custer me explicó la siguiente misión propuesta, para la que estaba ayudando al comandante Holiday con el «con-op». En la norteña Paktia, un tal *maulvi* Jalani estaba causándole muchos problemas al Gobierno de Karzai. [a14] Jalani era aliado de Jalaludin Haqani, un antiguo cabecilla muyahidín asociado con extremistas wahabíes saudíes como Osama bin Laden. El comandante Holiday quería asaltar el complejo de Jalani cerca de Sayed Kurram, donde había ido con la patrulla presencial de unos días antes.

Sin embargo, Bagram era contrario a los riesgos. Quería que se emplearan helicópteros en la misión para reducir el peligro de que hubiera bajas. Pese a ello, debido a los cambios burocráticos de una generación atrás, las Fuerzas Especiales ya no disponían de apoyo aéreo propio a nivel de batallón. Tenía que luchar por el «aire» con otros elementos de Operaciones Especiales. Puesto que la 10.^a División de Montaña «poseía» helicópteros, podían encomendarles un pedazo de la misión, según Custer, para conseguirlos. Así era como las diferentes partes del Ejército negociaban entre ellas en la actualidad. Como decían: «los aficionados hablan de táctica, los aficionados con rango de estrategia, y los profesionales de logística».

Otra gélida noche durmiendo con la ropa puesta. Por la mañana me enteré de una misión que el ODA-2076 de la base vecina iba a ejecutar con su contingente del Ejército Nacional Afgano. Agarré mi blindaje personal y me sumé a la tripulación de un vehículo de movilidad terrestre. Me subí en la parte de atrás con dos soldados del ANA: un tayiko y un hazara que manejaban una PKM, una ametralladora rusa multiuso. [a15] Lo que se estaba formando ante mis ojos era un auténtico ejército nacional, pensé. No podía

decirse que el Gobierno se estuviera limitando a reclutar a los pastunes locales y llamarlos Ejército nacional.

Superadas las barreras de arena, el convoy de ocho vehículos se detuvo en la carretera. Pasados cinco minutos, uno de los ametralladores se asomó para ver la delantera del convoy y proclamó con voz aburrida y experimentada: «Un desmierde. Así se llama esto en cristiano. Están esperando la aprobación final de Bagram por radio, aunque la misión estuviera lista ayer por la noche. Demasiados putos filtros. Demasiados jefes y muy pocos indios —dijo, como si le hubiera robado las ideas al teniente coronel Custer—. Burocracia. Gran Gobierno —prosiguió—. Para cuando nos pongamos en marcha, todos los afganos en kilómetros a la redonda sabrán que vamos a asaltar un complejo. Mierda.»

Al atravesar Gardez nos asaltó una turba de niños entusiasmados: buena señal. Pasados dos años, los estadounidenses todavía eran bienvenidos en Afganistán. «Gracias», decían sin cesar con su remedo de inglés. Condujimos entre el polvo durante casi dos horas, hasta que dejamos atrás Zurmat. Nuestra piel era como una mortaja marrón sucia. A los cinco minutos de abandonar el complejo se anunció una pausa para hacer pis. «Una meada en el polvo lunar; los rigores de la guerra moderna», musitó alguien.

Había que asaltar dos complejos. Elementos del Ejército Nacional Afgano y la 10.^a División de Montaña se encargarían de cortar las carreteras. Me impresionó la eficiencia de los soldados del ANA; salieron con rapidez de la parte de atrás de los vehículos y establecieron campos de tiro en los arrozales. Bajé del vehículo de movilidad terrestre con el sargento de primera clase Cormac Meiners, de Raleigh, Carolina del Norte, y lo seguí a lo largo de una cadena de muros de barro hasta el interior de uno de los complejos. El silencio era absoluto.

Se trataba de una típica fortaleza pastún que albergaba a varias familias. En el patio había un sembrado de verduras y un huerto de melocotoneros y albaricoqueros. Ante un muro, cerca de la leña, había un rebaño de vacas engalanadas con aros decorativos. El nivel inferior de la desvencijada casa de ladrillos de adobe estaba reservado para los animales y las existencias de comida. Las familias vivían en el piso de arriba, un mundo de alfombras orientales con paredes recubiertas de cojines y mantas apiladas en las esquinas. Atravesamos los almacenes subterráneos vacíos y pisoteamos con las botas las alfombras de arriba; no encontramos nada sospechoso y nos las vimos con las miradas ansiosas de las mujeres y los niños con vestiduras

tribales. «Esto es como una peli de Vietnam mala», me dijo el sargento Meiners.

«¿Qué podemos hacer para no ofenderlos culturalmente?», preguntó el sargento de primera clase Steve Outlaw, de Tallahassee, Florida, cuando quedó claro que el lugar era un pozo seco. Después de repartir caramelos entre los niños, los boinas verdes se limpiaron las suelas antes de pisar más alfombras. El hombre de la casa había sido uno de los detenidos que capturara el equipo del sargento Peraza. «Tendríamos que haber asaltado esto hace varios días», dijo un soldado, quejándose sobre la tardanza para conseguir la aprobación para el «con-op».

Sólo se encontraron dos rifles: un AK-47 y un SKS de fabricación china. Las mujeres protestaron con el argumento de que necesitaban los rifles para defenderse. Al fin y al cabo, allí no existía ley de ningún tipo, y armas como ésas eran bastante comunes en Afganistán. Estalló una discusión. Les permitieron conservar un rifle. El otro se entregaría a la oficina del gobernador provincial y podrían reclamarlo más adelante, algo que me extrañaría sobremanera que hicieran. Para ganar corazones y mentes, tendrían que haber dejado que la familia se quedara con las dos armas.

En el otro complejo había habido más suerte, sin embargo. Se hallaron pasaportes y una gran cantidad de armas y dinero en metálico. Un niño se nos acercó y nos dijo que había visto numerosas granadas de propulsión a cohete y otras armas almacenadas en un tercer complejo. Se localizó en el GPS ese otro enclave, pero no podía asaltarse hasta que se entregara y aprobara un 5-W o un «con-op». «Para entonces habrán trasladado las armas —me dijo un boina verde—. Lo único que hoy de verdad valdría la pena hacer es lo que no nos permiten.»

Entre patrullas leía, lavaba la ropa, practicaba puntería en el campo de tiro, observaba a los mecánicos que se afanaban con los vehículos y escuchaba a la gente que me contaba su vida. No todos eran agentes de la ley o bomberos. Uno de los médicos delta 18 era enfermero profesional, otro gerente de un museo, otro —por decirlo con sus palabras— «practicaba la abogacía para costearse la adicción a las SF» y otro tenía dos títulos de posgrado y tres ex mujeres. No pocos habían vagado de un empleo insatisfactorio a otro, y no habían encontrado su auténtica vocación hasta el 11-S, cuando empezaron a llamarlos al servicio activo de manera casi permanente.

Una noche, cuando la luna ya había desaparecido y estaba tan negro que había estrellas fugaces por todas partes y Marte destacaba con especial luminosidad en el cielo, me encontré hablando con el sargento Dave Kellerman, de Fort Lauderdale, Florida, agente federal de seguridad aérea en la vida civil. Su hijo de diecinueve años acababa de recibir una Estrella de Bronce al valor en Irak, por desmantelar un nido de ametralladoras mientras servía con la 3.^a División de Infantería. Me recitó la mención casi de memoria. «Estaba tan orgulloso que todavía me da escalofríos pensarlo —me dijo—. ¿Qué más podría querer un padre de un hijo?»

Todos eran aficionados a las armas de fuego, sobre todo el teniente coronel Custer. La mañana después de mi conversación con el sargento Kellerman, Custer me llevó al interior de la sala custodiada que contenía las armas de fuego: un verdadero desparrame de armamento de época, con pilas de recámaras oxidadas y culatas de madera podridas. Había Lee-Enfields de fabricación británica anteriores a la Primera Guerra Mundial, Mosin-Nagats de manufactura francesa despachados para el Ejército zarista, un surtido de ametralladoras medias rusas de las dos guerras mundiales y mucho más, todo lo cual todavía se usaba en Afganistán.

Me llevé uno de los más vetustos Lee-Enfields, conocido como SMLE o Smelly («apestoso», por las siglas inglesas de Lee-Enfield de cargador corto) al campo de tiro, para tener una lección de historia de primera mano. ¡Qué arma tan revolucionaria fue! Con su cerrojo de «cargado al cerrar» y su innovador peine de carga, ese Lee-Enfield podía disparar casi tan rápido como las modernas semiautomáticas. «Podía tumbar a un hombre a cuatrocientos metros de distancia como si tal cosa», me dijo Custer con entusiasmo. Sin embargo, era el rifle de asalto Kalashnikov de fabricación rusa lo que de verdad tiraba de la lengua al teniente coronel; una vez que se hubo hecho con uno de los AK-47 y me hubo explicado los intrínquilos de cada componente, comprendí que es posible aprender tanto de una cultura por su armamento como con su literatura.

Como demostró Custer al desmontar el AK-47 hasta sus elementos constituyentes, era un rifle pensado para que lo usaran analfabetos de quince años cuya vida tenía poco valor a ojos del diseñador. «Los analfabetos no limpiarán el arma, o al menos no serán meticulosos al hacerlo, de modo que los componentes están medidos para quedar un poco sueltos. Así el arma no se encasquillará cuando esté llena de mugre. Sin embargo, también hace que el AK-47 sea menos preciso que nuestros M-16 y M-4, cuyas partes están bien encajadas y deben limpiarse constantemente. Y como los campesinos

analfabetos tienen peor puntería —prosiguió—, la palanca del AK-47 pasa directamente del seguro al tiro automático, para lanzar una ráfaga de balas. En nuestros rifles, la palanca pasa por el semiautomático antes de llegar allí.»

Las miras del rifle ruso no podían ajustarse para conseguir una mayor precisión, a diferencia de las estadounidenses. El Kalashnikov tenía un cargador de proyectiles que había que agarrar antes de retirar, para que no se perdiera por el suelo, porque los cargadores escaseaban en la vieja Unión Soviética. Eso ralentizaba el cambio de cargadores y, por tanto, ponía más aún en peligro la vida del soldado en un combate. En la vieja Unión Soviética, los soldados eran más prescindibles que los cargadores. Los cargadores estadounidenses, en cambio, saltaban al suelo y podían perderse, pero permitían un rendimiento más rápido y fluido por parte del tirador.

«El M-4 puede acertar a un hombre a varios centenares de metros todas las veces —explicó Custer—. El AK-47 es más bien un arma de área. Nosotros valoramos a nuestros soldados como individuos con habilidades de precisión; los rusos sólo ven un ejército de masas de campesinos.»

También me destacó la evolución del proyectil a lo largo del siglo que acaba de pasar, desde el calibre 30-06 (o 7,62 mm) en la década de 1890 hasta los más pequeños y estilizados de 5,56 mm. Los fabricantes habían aprendido que las balas más pequeñas eran más rápidas y que con un leve aumento de la velocidad se obtenía un incremento desproporcionado en la fuerza del impacto. Las balas más pequeñas también eran más ligeras, y por tanto el soldado individual podía llevar encima una mayor cantidad al campo de batalla. Eso era el Progreso.

Por desgracia, Bagram había alterado y despojado de mordiente la misión en la que el teniente coronel Custer estaba ayudando al comandante Holiday. Lo que había empezado como un golpe contra un «malo» importante se vio transformado en otra patrulla presencial cualquiera.

El jefe Augustus, otro de los oficiales técnicos, puso en antecedentes a un comedor lleno hasta los topes: la CJTF-180 había informado al presidente Karzai del plan para asaltar el complejo del *maulvi* Jalani. Entonces Karzai le había dicho a la CJTF-180 que esperara; quería intentar que Jalani se atuviera a razones. Le dijo que empezara a portarse bien o los estadounidenses lo castigarían. Sin embargo, los informes de los norteamericanos indicaban que Jalani, en lugar de hacer caso a Karzai, dio media vuelta y le ordenó a la policía de Sayed Kurram que saliera de la ciudad o los mataría. Pese a todo, la

CJTF-180 había aprobado una mera patrulla presencial hasta Sayed Kurram, formada por apenas doce boinas verdes. Cuando el comandante Holiday señaló que era una cifra demasiado pequeña en caso de un posible ataque, la CJTF-180 le dijo que podía aumentarse el número de boinas verdes a veintidós, pero que esa patrulla aumentada sólo tenía permiso para circunvalar la localidad y permanecer lejos del complejo de Jalani.

La ruta que tomamos para llegar a Sayed Kurram fue distinta de la que habíamos recorrido en la patrulla anterior. Seguimos un *wadi* hacia un telón gris de colinas teñidas de violeta en los contornos y barbadadas de pinos enanos. El panorama entero, observó el cabo Dan Johnston, le recordaba las excursiones de caza a Wyoming. De vez en cuando salía algún grupo de afganos de una aldea y nos sonreía.

«Los afganos son estupendos —dijo un soldado—. Nada los perturba o impresiona; son ellos mismos.»

«Vaya; les encantan las armas y las peleas. Lo único que les falta para ser clavados a nosotros son poblados de caravanas y cerveza», comentó otro.

El convoy descendió de las montañas entre campos de cannabis y plantaciones de adormideras recién labradas. Un enorme fuerte con los muros de barro y torres de estilo túrquico se cernía en la distancia, con hojas de marihuana secándose en los farallones. Pensé en los campos de amapolas que precedían a la Ciudad Esmeralda en *El mago de Oz*.

Hicimos un alto en mitad de la carretera, delante de lo que parecía una mina. No lo era. Sin embargo, la parada nos hizo conocer a un oficial de información afgano de la localidad, que nos invitó a mí, a uno de los tipos de contraespionaje y a dos boinas verdes más a tomar un té verde en su casa, mientras el resto del convoy montaba guardia delante. Nos sirvió la infusión en una habitación cubierta de alfombras y calentada por una estufa alimentada con estiércol, con vigas de álamo por encima. Me fijé en el polvo que se colaba en el té. El boina verde de contraespionaje entabló con nuestro anfitrión el mismo tipo de conversación que los periodistas sostienen a todas horas con sus fuentes, de modo que no me incomodó sumarme a ella.

El periodista y el agente de espionaje tienen diferente público al que complacer: el del oficial de inteligencia es más reducido y de miras más estrechas, más elite en el conocimiento y más técnico en sus objetivos. Sin embargo, sus métodos a menudo son parecidos: si llegas a conocer a alguien y consigues que hable, es posible que salga a relucir parte de la verdad, más que si plantearas una pregunta directa. En vez de interrogar a la gente te codeas

con ella y la conoces en sus propios términos. De modo que el hombre de contraespionaje y yo nos turnamos con nuestro anfitrión.

El hombre al final nos habló de la alianza informal del *maulvi* Jalani con el antiguo cabecilla muyahidín en Paktia y Jost, Jalaludin Haqani, y de los beneficios del opio que estaban financiando la oposición islámica a Karzai. Él creía que los talibanes no volverían al poder. En el campo de los análisis pesimistas, dio a entender, ése resultaba simplista. Más probable le parecía la fusión de una coalición de fuerzas antiamericanas y anti Karzai auspiciada por los iraníes, que incluyera a Haqani, Hekmatiar y otros dirigentes ex muyahidines radicales, junto con elementos desafectos de la Alianza del Norte, varios restos de talibanes y Al Qaeda.

El hombre quería que nos quedáramos a comer, pero rehusamos con educación porque nos quedaban horas de trayecto por delante. Como de costumbre, el mapa era inútil. El arbóreo patrón de carreteras de tierra se disolvía en la incomprensión, hasta el punto en que nos descubrimos —a pesar de las órdenes de Bagram— avanzando de lleno hacia el centro de Sayed Kurram, cerca del complejo de Jalani, rodeados de los olores empalagosos de la menta y el hachís.

La idea de que la CJTF-180 pudiera determinar las carreteras que rechazábamos, en una tierra donde las carreteras a todos los efectos eran inexistentes, se me antojó absurda de repente. La tecnología de comunicaciones del siglo XXI avanzaba hacia la centralización del mando, y, por tanto, la microgestión. Sin embargo, la guerra contra el terrorismo sólo se ganaría adaptando las tácticas de guarnición del siglo XIX, cuando los oficiales de bajo rango forjaban las políticas sobre el terreno según les pareciera conveniente. Entretanto, Custer y Holiday eran como la capa de fricción de una lanzadera espacial, absorbiendo la quema de la burocracia por el bien de todos. Al final, aunque hubiéramos conducido hasta al lado mismo del complejo de Jalani, nadie nos salió al paso.^[a16]

A la tarde siguiente llegó la aprobación para un asalto cerca de Gardez. En vez de esperar, se organizó de inmediato un convoy de once vehículos, y alrededor de las 9 de la noche partíamos. A esas alturas había participado en suficientes incursiones para conocer la rutina, de modo que, tras el asalto al complejo, me alejé a oscuras del vehículo que me habían asignado y me encaminé hacia el interior del recinto, para ver cómo progresaba el registro. Junto a la puerta de entrada topé con el cabo Johnston, que me prestó por un momento sus prismáticos de visión nocturna.

«Mire hacia el cielo, alucinará», me dijo.

En Filipinas, no se me había ocurrido nunca hacer eso. Fue una revelación: lo que uno se imagina que vería a través de un telescopio de alta potencia. El cielo estaba tachonado de estrellas, muchas más que antes.

Regresé a la realidad del patio, donde varios boinas verdes buscaban con linternas dos granadas que uno de los ocupantes les acababa de lanzar y no habían detonado. «Cuidado con dónde pisa», me advirtieron. Al patio se abrían varias habitaciones oscuras, iluminadas con las barritas luminosas azules que los boinas verdes habían dejado, para señalar las salas que ya estaban registradas. Dentro de la casa me asomé a una habitación donde había dos soldados de rodillas sobre una alfombra, repasando a la luz de una linterna un montón de documentos que habían encontrado, con cuidado de no despertar a dos niños que milagrosamente dormían pese a todo aquel desbarajuste.

En el piso de arriba, el tejado daba paso a otra serie de habitaciones, donde presencié cómo el teniente coronel Custer abría varias cajas fuertes con unas tenazas. Encontró jabón, caramelos, prendas baratas de percal y otras posesiones familiares que sólo para nosotros parecían escasas y sin valor.

Al salir del complejo me fijé en que un oficial de contraespionaje interrogaba a uno de los habitantes varones. Estaban los dos en cuclillas contra una sección de muro de barro iluminada por las linternas enganchadas a los M-4 que sostenían otros boinas verdes, que habían formado un semicírculo alrededor del afgano. Éste tenía una barba larga y blanca y una capucha marrón que cubría su *pakol*. Se le veía impertérrito, nada asustado. El oficial de contraespionaje le planteaba preguntas sencillas y típicas en inglés: ¿Había visto algo sospechoso? ¿Quiénes eran sus amigos?

Cada pregunta provocaba una larga conversación entre el hombre y el intérprete. Estaba claro que el oficial de información se estaba perdiendo mucho. Su pastún no pasaba de un puñado de frases. Al final, lo único que pudo decirle al hombre fue: «Si alguna vez tiene un problema, venga a verme a la base de fuego», como si el hombre fuese a sentirse cómodo desentendiéndose de sus parientes y confiando en la banda de invasores más reciente que había atravesado su tierra, invasores que no podían siquiera comunicarse con él.

Allí estaba el punto más débil del Estados Unidos imperial, tal y como eran. A pesar de toda su tecnología y su disposición a enviar a los más emprendedores de sus soldados a los confines más remotos del mundo, tenía una incompetencia clamorosa en cuanto a capacidades lingüísticas, sobre todo en lugares y situaciones donde más falta hacían. Era otra parte descuidada de

la «transformación» de defensa que no tenía nada que ver con los sistemas de armamento.

A primera hora de la mañana siguiente llevaron a la entrada de la base de fuego en la parte trasera de una ranchera a un niño de once años que acababa de pisar una mina terrestre soviética. De repente se acabaron los tacos en las duchas y el comedor, y todo se volvió silencioso y eficiente, mientras varios de los médicos delta 18 entraban con rapidez al crío en el hospital de campaña, le inyectaban morfina y una batería de antibióticos y se ponían manos a la obra con su pierna y su hombro. Uno de los médicos no hacía nada salvo hablar con la criatura, diciéndole por mediación de un intérprete que a la semana siguiente estaría jugando a fútbol. En cuestión de minutos, el niño tenía una tercera parte del cuerpo vendada y estaba envuelto con una manta antitérmica; los e-mails internos a Bagram habían despachado un helicóptero que lo trasladaría allí para que lo operaran.

El chico había tenido suerte. Su accidente se había producido cerca de una base de fuego estadounidense. En la operación, que tuvo lugar ese mismo día, salvaron sus extremidades, y acabó recuperándose del todo. «Eso es lo que vale su peso en oro —dijo el comandante Holiday—; lo que ese niño contará en su aldea sobre la ayuda que le prestaron los norteamericanos.»

La abrumadora realidad del Afganistán de 2003 seguía siendo la ocupación soviética, que había destruido la infraestructura tribal, además de deforestar el paisaje y sembrarlo de hasta treinta millones de minas, todas en lugares que los soviéticos no se habían molestado en localizar.^[15]

Ese día recibí malas noticias. Llegó un e-mail interno de la base de fuego de Jost, que se encontraba cerca de la frontera con Pakistán. Era el lugar que quería visitar a continuación. El e-mail, de uno de los sargentos de equipo de Jost, informaba al teniente coronel Custer de que esa base de fuego no era propiedad de las Fuerzas Especiales sino de la OGA (gente de otras agencias gubernamentales) y de que les daría un ataque de cagalera si me presentaba allí. En otras palabras, el mensaje significaba que la CIA podría estar utilizando la base de fuego de Jost como plataforma para infiltraciones transfronterizas en la agencia tribal paquistaní de Waziristán Norte, posiblemente el «lugar más maligno de la Tierra», como me la había definido un oficial militar estadounidense.

Waziristán Norte era donde se creía que se ocultaban muchos de los BVA (blancos de alto valor). Era donde, según cualquier criterio lógico, deberían estar de verdad las bases de fuego de las Fuerzas Especiales, pero no estaban por miedo a ofender al régimen de Musharraf. Desde la perspectiva ventajosa que ofrecía la base de fuego de Gardez, parecía que la política de la Administración Bush hacia un Pakistán radical y con capacidad atómica se había vuelto tan irresponsable como la de la Administración Clinton respecto del Afganistán gobernado por los talibanes.

La plataforma de la CIA en Jost, dedujo, formaba parte con toda probabilidad de una operación en la frontera Afganistán-Pakistán que incluía al lado «negro», o secreto, de las Fuerzas Especiales, amén de la Fuerza Delta del Ejército de Tierra y los SEAL. Esas unidades de elite, dedicadas a la caza de blancos de alto valor, encabezados por Osama bin Laden, no estaban sometidas a la disfunción burocrática de la que se quejaban Custer y muchos otros. Funcionaban en gran medida como los equipos A del 5.º Grupo en las semanas que siguieron al 11-S, antes de que se organizara la CJTF-180. Contaban con apoyo aéreo propio y estaban libres de las ataduras de la burocracia vertical y en ocasiones tirando a soviética del Pentágono.

Sin embargo, eso no resolvía el problema más amplio por los siguientes motivos:

- Capturar a blancos de valor alto (BVA) dependía de la captura de blancos de valor medio (BVM) e incluso blancos de valor bajo (BVB), puesto que los BVM y BVB proporcionaban información sobre los BVA. Era como el fenómeno de los torniquetes del metro. Cuando Rudolph Giuliani fue elegido alcalde de Nueva York por primera vez, arrestó a cantidades significativas de jóvenes por delitos leves como saltarse los torniquetes. En muchos casos, resultó que estaban buscados por delitos más graves o cuando menos podían proporcionar información sobre quienes lo estaban. Mientras el Gran Ejército impidiera la caza de BVM y BVB, las oportunidades de atrapar a BVA disminuían.
- Si no se detenía a más BVM y BVB, los BVA que resultaran muertos o capturados serían reemplazados con rapidez por personas que en ese momento eran BVM y BVB. En realidad, era en la caza de BVM donde residía el quid de la guerra contra el terrorismo y el empeño por estabilizar el régimen afgano.

En cualquier caso, en Jost no era bienvenido. Abatido, me subí a la parte de atrás de una ranchera que formaba parte de un convoy con destino a

Bagram. Fue un viaje gélido y demoledor entre el polvo, a través de un paisaje embriagador, casi vertical, de roca pelada, una maraña enloquecedora de colinas de loma blanda que se estiraban hacia el cielo en formaciones aliformes de granito gris. Después entramos en un amplio valle de aldeas que podrían haberse tomado por ruinas arqueológicas. La carretera estaba embozada por camiones tintineantes que transportaban grandes cantidades de madera hacia Pakistán. Tuvimos dos accidentes. En el segundo, un camión de carga se estrelló contra nosotros de lado y arrancó el raíl de hierro en el que yo estaba apoyado, tas y cerraron la compuerta. El avión se elevó de manera pesada y abrupta, entre acusadas vibraciones. El descenso tras una hora de vuelo fue más vertiginoso todavía, para evitar el posible fuego de tierra.

Se abrió la compuerta en el KAF (aeródromo de Kandahar). Bajo el calor humeante y vidrioso se extendían montañas que parecían dinosaurios agazapados sobre una inmensa meseta de masa para tartas. De los viajes anteriores a Kandahar, hacía quince y treinta años, recordaba la sobrecogedora llaneza, interrumpida a intervalos periódicos por esculturas de roca singulares que se elevaban hasta centenares de metros, que caracterizaba al Afganistán meridional.

Fuera del avión, me agarró alguien del 3.^{er} Grupo de las Fuerzas Especiales y me condujo a la parte del aeródromo que hacía las veces de base de operaciones avanzadas para el 3.^{er} Batallón, comandado por el teniente coronel Binford de Houston.

A diferencia del 10.^o Grupo de las Fuerzas Especiales, que creció del legado de la OSS en Europa, y de los grupos 1.^o, 5.^o y 7.^o, todos los cuales estaban asociados a lugares específicos del mundo, el 3.^{er} Grupo de las Fuerzas Especiales había estado destinado durante mucho tiempo en África, un teatro de operaciones que por muchos años el Ejército estadounidense consideró no estratégico y de segunda fila. Sin embargo, en los años recientes, el 3.^{er} Grupo había visto ampliada su zona de responsabilidad a Oriente Medio, y de un tiempo a esa parte no paraba. Fue destinado al norte de Irak durante la operación Libertad para Irak, donde se había puesto en contacto con los kurdos para atacar a elementos del 5.^o Cuerpo del Ejército iraquí, y había sido desplegado dos veces en Afganistán tras la partida del 5.^o Grupo a principios de 2002. El nuevo perfil del 3.^{er} Grupo era curtido y agresivo.

La FOB (base de operaciones avanzadas) del teniente coronel Binford era el antiguo hotel del aeropuerto para los pasajeros en tránsito durante los

aciagos días de los talibanes, un tugurio de habitaciones con arcos, fluorescentes y retretes descascarillados y cubiertos de telarañas, que parecían telones de fondo perfectos para interrogatorios y cosas peores. Cerca había un desparrame de vehículos y aeronaves soviéticos hechos chatarra.

Binford, con el pelo corto y canoso y una expresión de pocas bromas, me explicó, con tono muy decidido: «Soy un oficial muy afortunado. Tengo unos soldados con un par de huevos y muy trabajadores, y nuestro trabajo es matar a esos cabrones: matar, capturar, destruir y desbaratar las actividades de las ACM [milicias anticoalición]. Estará con una compañía de armas de DA [acción directa]. Lleva a cabo combates a cara de perro, a menudo unilateralmente, sin el ANA u otros “indigs”. Es posible que estos muchachos le parezcan secos, distantes y duros entre ellos. Recuerde que su trabajo es sólo el combate, y que son profesionales en ello. Después vuelven a casa con sus seres queridos, se reequipan, se readiestran y vuelven a su destino. Antes de que nos desplieguen miro a cada mujer a los ojos y le digo: “Hemos hecho todo lo posible para adiestrar a su marido, para devolvérselo sano y salvo.”»

El 11 de septiembre de 2001, Binford se encontraba en el ala del Pentágono que fue destruida por uno de los aviones secuestrados. Había estado por toda África y Oriente Medio. Hablamos sobre las hazañas de las guerrillas eritreas, que los dos conocíamos bien. Eso nos condujo a las cualidades combativas de los talibanes.

«Las armas, las drogas y los matones proceden del tráfico de opio —me contó Binford—. Entre las drogas y la disponibilidad de armas, los talibanes en realidad no necesitan donantes externos. La red del narcotráfico entra y saca correos a través de una “línea de ratas” que conduce de vuelta hasta el mismo macizo Central», me dijo, señalando en el mapa un macizo de montañas del centro de Afganistán, justo al norte de Kandahar, cerca de la ubicación de las bases de fuego a su mando.

«¿Por qué el pelo corto y el afeitado perfecto?», le pregunté, pues me sentía fuera de lugar porque a esas alturas de mi viaje yo lucía una barba poblada.

Arrugó el entrecejo: «Ya sabe cómo es Bagram —respondió—. Nos obligan a afeitarnos.» Luego prosiguió: «Dentro de unos días lanzaremos una misión en la que participará. Sí, vamos a dejarle salir a jugar. Los entrenamientos empiezan después de medianoche. Al sitio lo llamamos Newark. Se encuentra en la punta sudeste del macizo Central. Un elemento de reconocimiento acaba de pasar por allí; ellos pueden llevar barba y atuendo indígena. Se enterará de los detalles en las charlas y entrenamientos.

Entretanto, el comandante Sherzai de las AMF nos ha invitado a una recepción de *iftar* esta noche. [El ramadán había empezado hacía poco con la luna nueva.] Vaya. Mire quién hay. No haga preguntas. Limítese a observar. Lo encontrará interesante.»

La recepción era delante mismo de la base aérea, en el nuevo y elegante cuartel general del comandante Abdul Raziq Sherzai, reconocible por una palmera de plástico a escala real adornada con luces de Navidad: parecía un decorado de Disney World. El hermano de Sherzai se había visto envuelto en algún tipo de lucha de poder con el presidente Karzai; de todas formas, los estadounidenses habían descubierto que necesitaban la milicia de su hermano. La velada fue un típico intento medio oriental de parecer occidental, con sillas y sofás feos e incómodos y pañuelos de papel en lugar de servilletas. Me fijé en que, aparte de los afganos y los soldados de uniforme del 3.^{er} Grupo, había un grupo de estadounidenses, entre ellos una mujer, todos armados con rifles y pistolas. Vestían como pastunes, con barba y *shalwar*, la chica llevaba un vestido local tradicional. Algunos hablaban pastún. Se referían a ellos, en tono algo jocoso, como trabajadores del Cuerpo de Paz. No hice preguntas.

Dormí unas horitas antes del entrenamiento para la misión.

De la charla se encargó el oficial al mando de la misión, el comandante Paul Helms, de Rossier City, Luisiana, un graduado por la Universidad Estatal de Luisiana en Shreveport. El comandante, un hombre alto y moreno criado en las Fuerzas Aéreas, tenía una voz profunda y áspera que recordaba más a George Clooney que a un acento sureño. Él estaría al mando de acuerdo con el procedimiento estándar de operaciones; el teniente coronel Binford se quedaría en la base de operaciones avanzadas.

La misión, Newark, explicó Helms, correría a cargo de la Fuerza de Tarea Halcón, formada por dos Chinooks CH-47 para transportarnos a la zona de ataque, y un UH-60 Black Hawk y dos AH-64 Apache para actuar de «bloqueos aéreos» y además aportar apoyo aéreo cercano si fuera necesario.

«Buscamos un teléfono —dijo el comandante Helms como si tal cosa, para describir el propósito de la misión—: un teléfono móvil Thuraya al que llamaremos “rayo de luna”.» Información de Señales había captado una serie de llamadas interesantes al Thuraya relativas a las finanzas y los suministros de los talibanes. El usuario del teléfono era un varón al que Helms asignó el nombre en clave de «Nawab». Nawab, al parecer, era un hombre de negocios legítimo de día y un patrón de talibanes por la noche.

«No sabemos qué aspecto tiene. Sólo sabemos lo que revela en las comunicaciones —dijo Helms—. Sale a los campos que hay al norte y al sur

de su complejo para realizar las llamadas, está claro que buscando una buena cobertura. Desde el complejo se extiende una larga red de *karez*s, que quizá contengan contrabando y podría llevarnos horas registrar —añadió, refiriéndose a un sistema de pozos y túneles construidos en un principio para almacenamiento de agua, que se encuentran en Afganistán, Irán y el Pakistán occidental—. [a17] Nawab es un colaborador, más que un actor. No es del sector de fuerza de las ACM [milicias anticoalición], de modo que no es probable que se resista. Así pues, Newark se considera un enclave de CSS [apoyo de servicio de combate], aprobado por una SSE», una exploración sensible de enclave, lo que quería decir una búsqueda lenta y concienzuda del lugar, a diferencia de un «ataque cinético».

Como se había visto a mujeres y niños en el complejo, cualquier fuego tendría que ser extremadamente discriminatorio: otro motivo para que se tratara de una misión unilateral, sin ayuda del Ejército Nacional Afgano o la milicia.

El ensayo con vestuario con el equipo completo tuvo lugar en un fuerte de barro. Para cuando llegamos estábamos todos tan cubiertos de polvo como si nos hubieran sumergido en una cuba de harina pegajosa. Con seis equipos A que se dividirían cada uno en dos secciones, era como observar una compleja obra de arte. El ensayo empezaba con el «desmonte» —es decir, salir del helicóptero— y seguía con la «caída sobre el blanco» y el «número de extracción». Había varias maniobras de «reabrochado» dentro y alrededor de los muros del complejo. También practicamos el descenso y ascenso en rappel por pozos de agua mientras tiraba de nosotros un vehículo todoterreno que nos acompañaría en el Chinook.

El eco 18, o especialista en comunicaciones, de cada unidad, empleaba cinco frecuencias de radio distintas: la red de mando que enlazaba a los jefes de sección con el comandante Helms, dos líneas de comunicación para cada sección dentro de cada equipo A, la red aérea para hablar con los pilotos del Chinook y los Black Hawk y una red de fuego para estar en contacto con los pilotos del Apache si se necesitara apoyo aéreo cercano.

El ensayo era sólo el principio de la preparación para Newark. Por la tarde llegó el «simulacro con piedras», donde se desplazaban piedrecitas por el suelo para repasar los movimientos de la misión. El simulacro también revisaba el programa de operaciones, una lista de varias páginas con letra pequeña que abarcaba todos los detalles de la misión en su probable desarrollo, con varios fragmentos preparados para ajustarse a cualquier eventualidad negativa concebible. Durante el simulacro con piedras se decidió

llevar en el equipo a dos mujeres de la 10.^a División de Montaña, para cachear e interrogar a las «nenas de la *burka*» si se demostraba necesario.

Más tarde realizaron un simulacro con piedras aparte, o preparación de respaldo, para los jefes de sección, y un tercer simulacro para los pilotos de helicóptero. Durante la preparación de respaldo de los jefes de sección, se ensayó la cadena de custodia para los PUC: cómo los transferirían los equipos de asalto a los aviadores del Ejército y cómo gestionar el «control de patio» en caso de que hubiera un gran número de mujeres y niños en el complejo. En esa reunión se asignó a cada edificio del complejo, del que existían fotos de reconocimiento aéreo, un número matriz, por si era necesario el apoyo aéreo cercano. Incorporado al asalto había un empotrado de las Fuerzas Aéreas, que transportaba unos 45 kilos de equipo de comunicaciones a la espalda, sin espacio extra para comida o siquiera un saco de dormir.

Todo eso para una sola operación, relativa a un BVM (blanco de valor medio), de las que ese batallón ejecutaba todo el tiempo. No era nada del otro mundo. Era trabajo.

Los chicos no se mostraban distantes, como el teniente coronel Binford me había advertido que quizá me parecieran. En realidad, no me vi sometido a prueba alguna de «olfateo». Más adelante me enteré de lo que había pasado.

Cuando el batallón descubrió que habría un periodista entre ellos, se elevaron broncas protestas, «otro puto periodista de izquierdas». Entonces, un médico delta 18, el sargento maestro Corey Russ de Miami —cuya familia, me dijo, se contó entre los primeros colonos de la ciudad en los años 20— usó la NIPRNET para ver en la red de qué pie cojeaba. Se descargó varios de mis artículos y me dio el visto bueno ante los demás.

Así, me convertí al instante en receptor de lo que ya eran unas críticas familiares: «Los mandamases de Bagram chupan demasiados recursos con sus excursiones en helicóptero. No conseguimos la suficiente aviación. Demasiados niveles de gestión de decisiones en las alturas. Hacen falta tres días para que te aprueben un “con-op”; cómo ha empeorado desde el otoño de 2001. En cuanto existe algo más grande que una FOB [base de operaciones avanzadas], llegan los fracasos. Ojalá el Gran Ejército no hubiera reescrito el manual de UW [guerra no convencional] a finales de los 70. No necesitamos aviones F-22, necesitamos más A-10 y AC-130. Cuanto más lento es el avión, mejor para el CAS [apoyo aéreo cercano]. Y necesitamos mandar patrullas de a pie, porque hasta las bases de fuego son demasiado grandes. Pero los generales convencionales tienen miedo a unos recuentos de bajas más abultados: le hacen la rosca a la prensa. El Gran Ejército no entiende que la

protección de fuerza significa protección de fuerza. En Irak nos están matando porque ven que tenemos miedo. Aquí necesitamos más unidades de asuntos civiles. El que el sur de Afganistán sea una zona de guerra no significa que no haya que construir escuelas y cavar pozos a la vez que se combate a los malos; ésa es la esencia de la guerra no convencional.»

Con todo eso en mente, no fue una sorpresa que pospusieran Newark veinticuatro horas, porque habían reasignado los helicópteros a alguna otra parte. Después la aplazaron otras veinticuatro horas porque Bagram empezaba a albergar recelos sobre la operación entera.

Entretanto, el ciclo de patrullas presenciales, limpieza de equipo con mangueras de aire comprimido y guardias proseguía sin interrupciones. El 3.^{er} Batallón del 3.^{er} Grupo de las Fuerzas Especiales, con sus siete equipos A formados por tan sólo unos ocho soldados, apostados en varias bases de fuego dispersas y respaldados por dos equipos B, tenía que cubrir la mayor parte del sur de Afganistán. El teniente coronel Binford quería ampliar la influencia del batallón más aún, hasta la frontera iraní, erigiendo bases de fuego en la provincia de Fará, al oeste de Kandahar y Helmand.

Aproveché el aplazamiento de Newark para visitar Kandahar y la base de fuego Gecko, al norte de la ciudad, que había sido la base de operaciones del mulá Ornar antes de que el 5.^o Grupo la capturara dos años atrás.

Kandahar se me antojó más primitiva que la primera vez que la vi, en otoño de 1973. Seguía siendo un acre pastel de polvo y humo de madera sobre calles destrozadas, con pocos edificios que superaran el piso de altura. Un cuarto de siglo de guerra le había conferido tanto de ruina como de ciudad real, abarrotada al atardecer por *trishaws* y *rickshaws* que se apretujaban entre un laberinto de muros de barro semiderruidos. Los canales de agua que habían corrido treinta años antes estaban secos y llenos de tierra y basura. Todas las mujeres salvo las niñas iban ocultas bajo *burkas* azul ultramarino. Kandahar había sido el bastión de los talibanes. Seguía siendo la ciudad más conservadora de Afganistán, el «no pasarán» al relativo cosmopolitismo de Karzai. Era extraño, pensé mientras observaba las maltrechas fachadas separadas entre ellas por postes de álamo y las aceras llenas de comida en viejos pucheros; en cualquier otra parte del mundo, las ciudades que había conocido de joven habían quedado en su mayor parte irreconocibles a causa del crecimiento demográfico, la absorción del extrarradio y la globalización. Aun así, Kandahar permanecía inmóvil, dentro de una cápsula del tiempo de conflicto interminable.

Al norte de Kandahar se extendía un paisaje digno de *El planeta de los simios*, formado por muelas y mesas que se elevaban desde un desierto amarillo intenso, que aparentaba poca profundidad a causa de la atmósfera enrarecida y la efectista iluminación del altiplano. Allí, dos equipos A y uno B habían convertido la laberíntica fortaleza del mulá Ornar en una maraña de barreras de arena y alambradas de concertina.

La fortaleza del mulá Ornar había sido el primer lugar designado como objetivo de la guerra contra el terrorismo. En la base de fuego Gecko, como se la conocía ahora, conocí al comandante Tony Dill, de Pensacola, Florida, oficial al mando de la base, otro comandante con canas prematuras que era a la vez un magnífico conversador y un soldado en buena forma física: se había lanzado en paracaídas sobre un estadio durante una carrera de la NASCAR en Carolina del Norte. Poco me imaginaba, cuando me despedí del comandante Dill dentro del refugio antiaéreo privado del *mulá* Ornar, que lo vería de nuevo al cabo de unos días y en circunstancias muy distintas.

Al día siguiente, entré en el centro de operaciones para asistir a otra charla preparatoria para la pospuesta operación Newark. Sin embargo, en lugar del habitual ambiente distendido, todo el mundo estaba sentado en silencio, con caras largas, escuchando con atención las voces entrecortadas que llegaban por la red de mando.

Una patrulla presencial tripulada por el OD A-371, acuartelado en la base de fuego de Gereshk, al oeste de Kandahar, en la provincia de Helmand, había entablado combate con la milicia anticoalición, y se había solicitado apoyo aéreo cercano.

«¿Hay bajas?», preguntó una voz.

Silencio. Interferencias. Luego: «Sí.»

«¿Cuántas? ¿Es grave?»

«Una.»

«¿Es grave?»

Un largo silencio.

«Está gravemente herido.»

En la sala se hizo un silencio aún mayor, si es que era posible. «Seriamente herido» era una expresión en clave dentro de la comunidad de las Fuerzas Especiales. Si alguien resultaba muerto en acto de servicio, su viuda recibía sólo 200 000 dólares y tenía que desalojar la vivienda militar en el plazo de unas semanas. Sin embargo, si había sido «retirado por motivos

médicos» antes de su muerte, la esposa recibía una pensión y el pago de la educación de sus hijos, universidad incluida, entre otros beneficios. Era un sistema cruel, la maldición del Gran Gobierno, hasta tal punto que iba a cambiarse la ley. Sin embargo, todavía estaba en vigor, de modo que cuando alguien recibía una herida crítica, empezaba una carrera para mantenerlo con vida, en ocasiones por espacio de apenas unas horas, hasta que Washington emitía un «número de control» que arrancaba el proceso de retiro. La red NIPR para e-mails personales se clausuraba de inmediato y se prohibían todas las llamadas de teléfono vía satélite; no podía existir ningún riesgo de que alguien en Estados Unidos se enterara de lo que había pasado hasta que se emitía ese número de control. Sólo entonces podía comunicarse la noticia.

Lo bueno fue que se emitió un número de control a tiempo. Lo malo fue que el sargento de segunda clase Paul A. Sweeney, de Lake Ariel, Pensilvania, murió unas horas después.^[a18] La guerra, como el viaje, era la vida en forma comprimida. Uno esperaba un acontecimiento dramático, Newark, y presenciaba otro, un oficio de difuntos.

Cuando el polvoriento convoy de vehículos de movilidad terrestre y Humvees blindados del ODA-371 llegó a la base de operaciones avanzadas con el ataúd del sargento Paul Sweeney envuelto en la bandera, el equipo B estaba allí para recibirlo, y hubo muchos abrazos silenciosos entre hombres maduros. A las 7:30 Zulú (mediodía a la hora local), todo el mundo se dirigió en silencio hacia la pista de aterrizaje y se congregó para la «ceremonia de la rampa» que trasladaría los restos mortales del sargento Sweeney desde Asuntos Mortuorios hasta el C-130 con destino a casa.

Fue la primera vez que vi a los boinas verdes con la boina verde puesta de verdad, en vez de casco, gorra de béisbol, sombrero de camuflaje o gorra de patrulla. Cerca se encontraba el edificio de la vieja terminal, donde el nuevo Gobierno del presidente Karzai había erigido pequeños monumentos de piedra en honor a las víctimas del 11-S, y las Fuerzas Especiales, el SAS británico y el Regimiento canadiense de Infantería Ligera Princesa Patricia, «un regimiento cojonudo, unos tíos con pelotas», me comentó un sargento estadounidense en voz baja.

Las ceremonias de la rampa eran conocidas por combinar la austeridad y la brevedad con una profunda emoción. Ésa no fue una excepción. Se depositó el ataúd con la bandera estadounidense sobre una sencilla tarima de contrachapado delante del fuselaje abierto del C-130. Las turbinas del avión no pararon de rugir en ningún momento. El capitán Lee Nelson, capellán del 3.^{er} Batallón, además de pastor de la Primera Iglesia Baptista de Apalachicola,

en la franja noroccidental de Florida, vestido con una estola de camuflaje, comunicó a la masa uniformada reunida: «Nos hemos congregado para despedir a nuestro hermano, camarada caído, sargento de segunda clase, marido, padre y estadounidense Paul Sweeney. El señor y salvador de Paul, Jesucristo, creía que no hay nada por encima de dar la vida por la propia familia, el país, la justicia y la liberación de los oprimidos. Os leo las palabras de otro guerrero, llamado David, escritas hace unos tres mil años.»

Con un leve deje sureño, el capitán Nelson, un hombre desgarrado e intenso, pasó a recitar el vigésimo tercer salmo:

El Señor es mi pastor; nada me faltará.

En lugares de delicados pastos me hará descansar; junto a aguas de reposo me pastoreará.

Confortará mi alma. Me guiará por sendas de justicia, por amor de su nombre.

Aunque ande en valle de sombra de muerte, no temeré mal alguno, porque tú estarás conmigo; tu vara y tu cayado me infundirán aliento.

Aderezas mesa delante de mí, en presencia de mis angustiadores; unges mi cabeza con aceite; mi copa está rebosando.

Ciertamente, el bien y la misericordia me seguirán todos los días de mi vida, y en la casa de Jehová moraré por largos días.

El capellán pronunció unas palabras más, relacionando a los guerreros de la Biblia con los de las Fuerzas Especiales. Allí, de acuerdo con W. J. Cash, estaba el espíritu «esencialmente hebraico» del Sur evangélico, que exigía

el Jehová del Antiguo Testamento: un Dios que puede ser visto, un Dios que había sido visto. Un tirano [...] apasionado, ante el que temblar, pero cuyo favor resultaba más dulce por eso mismo. Un Dios personal, un Dios para individualistas, un Dios cuyos representantes no son sacerdotes vestidos de seda, sino predicadores surgidos del propio pueblo.^[16]

Predicadores como el capitán Nelson, por ejemplo. Pues el espíritu del Ejército estadounidense era evangélico a ultranza, a la vez que ferozmente ecuménico. Si bien se ofrecían raciones listas para consumo tanto *kosher* como *halal*, y se acogía con los brazos abiertos a soldados de cualquier raza, religión y región del país, era un hecho que no todas las razas, religiones y

regiones se alistaban en igual proporción, de modo que era el evangelismo marcial del Sur el que aportaba a las Fuerzas Armadas estadounidenses su verdadera alma religiosa.

Eso formaba parte de un patrón histórico lógico, pues, como Cash nos revela, el evangelismo sureño siempre ha seguido la misma dirección constante: de vuelta al severo ideal mosaico de la Colonia de la bahía de Massachusetts.^[17] El poder estadounidense en Afganistán y el resto del mundo quizá tuviera motivos universalistas —el fomento de los derechos de la mujer, un orden social liberal, etc.—, pero el Ejército estadounidense, por necesidad, desempeñaba un papel significativo en ese empeño. Y como todos los ejércitos, sus filas exigían un nivel más aborigen de altruismo que el de la sociedad universalista que pretendía propiciar.

En cuanto el capitán Nelson terminó de leer el salmo veintitrés, sonó por megafonía la contundente y enardecedora canción de la película de John Wayne *Boinas Verdes*, compuesta por el escritor Robin Moore y el sargento de segunda clase Barry Sadler en los primeros días de Vietnam, mientras una guardia de honor transportaba el féretro de Sweeney a la panza cavernosa del C-130:^[a19]

*Soldados guerreros que caen del cielo,
hombres sin miedo que saltan y mueren,
hombres que cumplen con lo que dicen,
los valientes de los boinas verdes.*

*Entrenados para vivir de la naturaleza,
entrenados en combate, cuerpo a cuerpo.
Hombres que luchan de noche y de día,
aprende valor del boina verde...*

No hubo toque fúnebre de corneta ni himno nacional, sólo esa canción; una canción que, en ese momento, sólo los cínicos habrían visto como cursi.

«Uno nunca se acostumbra, por eso nos pagan un buen dinero», me dijo medio en broma uno de los oficiales técnicos mientras regresábamos a la base de operaciones avanzadas. Después todos volvieron a la limpieza y la reparación de vehículos. Los hombres del ODA-371 rechazaron la sugerencia de las altas esferas de celebrar un servicio fúnebre más largo al día siguiente. Todos darían el pésame en persona a la familia de Paulie cuando volvieran a casa. Entretanto, me dijeron, el mejor tributo a su camarada caído era regresar a la base de fuego.

Más tarde, durante la comida, estaba sentado con el comandante Helms lamentando el aplazamiento de Newark cuando llegó un ayuda de campo para anunciar que se requería la presencia del comandante en la base de operaciones avanzadas de inmediato. Después le susurró algo más, y Helms me dijo que preparara mis trastos enseguida.

Había intensos combates «verde sobre verde» —afganos contra afganos— en la población de Gereshk, situada en la estratégica carretera circular al oeste de Kandahar, en la provincia de Helmand. Los combates se estaban acercando a la base de fuego, defendida tan sólo por siete boinas verdes, porque el resto de los ODA-371 y 375 habían acompañado a Kandahar los restos mortales de Sweeney para la ceremonia de la rampa. Les llevaría tres o cuatro horas regresar con los vehículos, tiempo durante el cual la base quizá fuera rebasada. En consecuencia, dos Chinooks con soldados de las Fuerzas Especiales despegarían de inmediato hacia Gereshk, para asegurar la base.

Nos apretujaron en la parte de atrás de una pequeña camioneta con todo nuestro equipo y nos llevaron al aeródromo, donde los Chinooks, que por fin se habían conseguido para Newark, volarían en cambio a Gereshk.

«¿Dónde para mi putilla de las balas?», gritó alguien, en referencia a la persona que acarreaba cargadores extra para el rifle de asalto de su escuadrón.

Cuando los helicópteros se elevaron, yo sudaba. Una hora más tarde, antes de aterrizar, había caído la noche y había empezado a congelarme. Entre la oscuridad y el bramido acompasado de los rotores, se notaba el consabido manoseo frenético de correas con los uniformes, las mochilas y las ametralladoras montadas. Se ajustaron los dispositivos ópticos nocturnos. «Zona de aterrizaje peligrosa», todos creímos oírle decir al piloto, refiriéndose a que había disparos.

Se abrió la escotilla y salimos con paso pesado a la negrura llanísima del desierto de Helmand. La luz de la media luna se reflejó por un instante en los rotores del Chinook mientras ascendía de nuevo hacia el cielo. En realidad, se trataba de una «zona de aterrizaje pedregosa», llena de rocas. Sin embargo, a menos de tres kilómetros de distancia, distinguimos las balas trazadoras y el fuego de granadas de propulsión a cohete —y oímos las explosiones— de la batalla que se estaba librando en ese momento en Gereshk, entre facciones afganas rivales.

«Lo siento, no tendría que haber comido judías —gritó alguien después de que oyéramos diversos ruidos—. Al menos yo anuncio mis disparos.» Cruzamos los varios centenares de metros que nos separaban de la entrada a

la base de fuego, donde el comandante Helms ordenó a diferentes escuadras que se abrieran en torno a un perímetro de 360 grados.

Seguí a Helms a trompicones hasta el centro de operaciones de la base, una sala grande y encalada, con las paredes cubiertas de mapas físicos y organigramas de las diversas tribus locales forrados de plástico. Había ordenadores portátiles y equipo de comunicaciones amontonado sobre los escritorios de contrachapado sin barnizar, y sillas plegables por todas partes.

«La AMF [Fuerza Miliciana Afgana] está luchando contra la policía local en el bazar, cerca del centro de Gereshk —informó al comandante Helms el oficial técnico jefe de mirada intensa y larga barba negra que manejaba las comunicaciones—. El comandante de la AMF está muerto con una bala en la cabeza. Su número dos está hecho cisco, con múltiples heridas. Ahora mismo no tengo línea de comunicación con la AMF porque el tío de la AMF que se encarga de las comunicaciones está muerto. Le daré las coordenadas de la base por si necesitamos CAS [apoyo aéreo cercano]. Podemos usar la UHF [frecuencia ultraalta] para orientar a los helicópteros armados. Los combates se han acercado. —Hizo una pausa, y se dirigió a mí:

»Quítese el puto blindaje personal, póngase cómodo; si nos arrasan con toda la potencia de fuego que acaba de llegar, se lo habrán ganado a pulso.»

Tiré la mochila, el blindaje personal y el casco en una esquina, saqué un Gatorade de la nevera y me dirigí en la oscuridad, gracias a mi linterna tintada de rojo, hacia la cabaña-hospital, donde los deltas 18 estaban trabajando en un afgano cubierto de latigazos. También padecía hemorragias internas provocadas por culatazos. «Líquido en el pulmón derecho», farfulló un médico, mientras le administraba más morfina. El suelo estaba manchado de sangre donde habían amontonado las vendas retiradas y las armas. La habitación apestaba a peróxido. El herido era un miembro de la Fuerza Miliciana Afgana capturado y torturado por la policía, que acababa de llegar en la parte trasera de una ranchera.

Al cabo de poco llegaron dos bajas más, una con heridas de bala a través del recto y la otra en la espalda. Sería una noche larga, ya que se esperaba que fuera llegando un caudal de bajas de los combates.

Decidí que pasaría la noche yendo y viniendo entre el centro de operaciones y el hospital, más que en los puestos de guardia; no estaba de humor para el soliloquio de un soldado aburrido y solitario encaramado a una atalaya. Quería entender quién luchaba de verdad con quién, y por qué.

Cuando volví al centro de operaciones, el oficial técnico se había marchado, y a cargo de las comunicaciones estaba otro intenso suboficial de

barba oscura. «Fue la policía local la que tendió la emboscada y mató a Paulie —me dijo—. Esta puñetera base de fuego está en pleno centro de la mayor concentración talibán del país. Anoche hubo un encontronazo acalorado entre la policía local y nuestros amigos de la AMF; las balas han empezado a volar hoy.» Después, habló por la radio:

«Corn-day, ¿qué pasa con la frecuencia? Necesito de verdad un poco de Copenhagen [tabaco de mascar].»

Yo no entendía nada. Mi confusión fue en aumento cuando un tercer boina verde, también moreno y barbudo, de estudiada apariencia rabínica, irrumpió en la sala y empezó a hablar sin aliento sobre un comandante de la AMF que estaba relacionado con el HIG radical.

«¿Cómo puede estar el HIG en la AMF?», pregunté. Al fin y al cabo, el HIG era Gulbuddin Hekmatiar, que era protalibán y pro-Al Qaeda, mientras que la Fuerza Miliciana Afgana era proamericana.

Él me miró con impaciencia, como si fuera una especie de idiota, y respondió: «¿Que cómo puede estar el HIG en la AMF? ¿Cómo puede haber talibanes en el puto Gobierno de Karzai al que apoyamos? Pues porque los hay, por eso.»

Como el resto de los que se habían quedado en la base de fuego, tenía los ojos rojos y dilatados. Llevaban todos despiertos setenta y dos horas, y ésa iba a ser otra noche larga. La muerte de Paul Sweeney había formado parte de una serie de acontecimientos que se estaban desarrollando en ese momento en la zona de Helmand, una región desértica poco poblada donde los talibanes realizaban gran parte de su planificación, donde descansaban y se reabastecían. Nadie tenía tiempo de sentarse a encajar las piezas para mí. No entendí de lo que hablaban hasta la mañana siguiente.

Las extensas zonas pastunes del sur y el este de Afganistán no estaban, en la práctica, bajo el control del Gobierno internacionalmente reconocido del aliado estadounidense, Hamid Karzai. En realidad, el Afganistán pastún era como una agencia tribal de administración laxa. Karzai no tenía más control sobre él que el presidente paquistaní Musharraf sobre Waziristán; tenía menos, de hecho. Tanto Karzai como el presidente Bush habían pronunciado elevados discursos sobre la democracia, el imperio de la ley y la adopción de una constitución afgana, aunque el dirigente afgano tuviera que confiar en aliados tribales que, a su vez, estaban relacionados con el mismo régimen talibán que Bush y Karzai habían depuesto.

«Para mantener el poder —me explicó con calma uno de los suboficiales, como si hablara con un niño—, Karzai tiene que trabajar con gente que no es

óptima, igual que nosotros tuvimos que trabajar con Dostum», el señor de la guerra uzbeko que había ayudado a los estadounidenses a derrocar a los talibanes en 2001.

El Gereshk de los últimos días y horas ilustraba la inexistencia de demarcaciones claras entre amigos y enemigos en el país. «Nuestra experiencia con los kurdos del norte de Irak y los pastunes del sur de Afganistán es como la noche y el día —explicó el capitán Ed Croot, de Long Valley, Nueva Jersey—. Los kurdos poseen una estructura política definida y organizada. Aquí esas estructuras no existen, y punto.» Gereshk ilustraba otro aspecto más de la guerra no convencional: la disposición —el fervor incluso— de los boinas verdes para afrontar las ambigüedades, cosa que esos suboficiales y oficiales ejecutivos, cansados y frustrados pero con aguda sensibilidad, estaban haciendo, como se demostraría, de maravilla.

Aunque Estados Unidos estaba desarrollando un Ejército Nacional Afgano para dotar al Gobierno de Karzai de mayor legitimidad, cada base de fuego de las Fuerzas Especiales seguía precisando una alianza con una milicia tribal indígena de la zona, para el trabajo cotidiano de recopilación de datos, seguridad de la base y otras tareas. Esa Fuerza de Milicia Afgana era crucial para la caza de blancos de valor medio, por bien que la Administración Bush, bajo presión tanto de la prensa global como del Gobierno de Karzai, quisiera retirarla paulatinamente.

Como se quejó un suboficial de la base de fuego de Gereshk: «No se nos permite dar mantas, comida, uniformes, munición o armas a la AMF porque oficialmente la estamos desmovilizando poco a poco. ¿Qué coño se creen en Washington? Los de la AMF son los únicos que protegen nuestras bases de fuego.»

El hecho de que Estados Unidos apoyara a Karzai no significaba que sus intereses siempre coincidieran. En determinados lugares, Karzai necesitaba debilitar a la misma Fuerza Miliciana Afgana que los boinas verdes necesitaban reforzar para ejecutar su misión.

Allí en Gereshk las fuerzas milicianas se habían demostrado especialmente eficaces bajo el caudillaje de un tal *haji* Idris, descrito por un oficial técnico de las Fuerzas Especiales como «pequeño de tamaño, pero grande de estatura», hasta tal punto que en la localidad se conocía a Idris como el *ajund*, el «sabio» en pastún. «A los hombres de Idris se les daba muy bien trincar a los malos para nosotros. Nos ayudaron a PUCear a veinticuatro talibanes. Eso cabreó a la gente de por aquí, porque los talibanes ocupan posiciones de liderazgo en toda la zona.»

Se sabía que el gobernador regional, Sher Mohammed, tenía relaciones con talibanes. Había policía a los dos lados de la sima entre pro y antitalibanes, si es que allí podía definirse una línea como ésa, se entiende. Había indicios de que la policía local estaba implicada en la emboscada que mató al sargento Sweeney. Una fuente de información señalaba incluso que a Sweeney lo habían asesinado por error: la policía había disparado contra el vehículo sin identificar de las Fuerzas Especiales en el que viajaba pensando que se trataba de la Fuerza Miliciana Afgana.

Las señales interceptadas decían a las Fuerzas Especiales que el *haji* Idris y su asesor miliciano afgano, Jan Mohammed, habían sido parados por la policía en Gereshk e instados a desarmarse. Tras su negativa, Idris recibió un disparo en la cabeza y Mohammed fue gravemente herido. El interrogatorio de detenidos indicó que la orden de ir a por Idris la había dado el jefe de policía, Bader Jan, y que la había ejecutado su lugarteniente, el *haji* Aruf. El jefe de policía, Bader Jan, era un aliado tribal del presidente Karzai.

Para vengar la muerte de Idris, la Fuerza Miliciana Afgana proestadounidense abandonó a su suerte la base de fuego con el fin de atacar a la policía dentro de la localidad de Gereshk: los combates que habíamos presenciado al llegar con el helicóptero. El *haji* Aruf reclamaba ahora una intervención estadounidense que los salvara a él y a su cuerpo de policía de las fuerzas milicianas. Varios de los nuevos detenidos que los boinas verdes habían tomado esa misma noche, en realidad los habían capturado en un principio las fuerzas milicianas. Los estadounidenses reclamaron el control de los detenidos por su propio bien.

Con la llegada del comandante Tony Dill, con el que había coincidido fugazmente en la base de fuego Gecko —la antigua fortaleza del mulá Ornar—, el debate sobre qué hacer a continuación se intensificó.

Como me dijo uno de los boinas verdes: «Fuera no tenemos verdaderos amigos.» Aun así, hubo acuerdo sobre que, en otro sentido, los recientes combates habían creado oportunidades. «Lo último que queremos ahora es juntar a las diversas facciones para que fumen la pipa de la paz. Eso nos podría estallar en la cara; esta gente no está preparada para la paz y el amor.»

Habló el comandante Dill:

«El gobernador sabe que nosotros sabemos que tiene vínculos en la MAC [milicia anticoalición, o talibanes]. Lo que acaba de pasar lo deja en una posición comprometida. Si le dejamos creer que toda la culpa es de la policía, puede dejarla tirada como si fuera comida para perros barata. Así lo

llevaremos al huerto. Reunámonos a solas con él, hagámosle creer que pensamos que ahora está reformado.»

También se acordó que había que convencer a la Fuerza Miliciana Afgana de que se quedase dentro de la base de fuego en cuanto se hubieran apagado los combates, con la promesa de que las Fuerzas Especiales, a su vez, arrancarían alguna represalia de la policía local. Habría que forjar nuevas alianzas. Al igual que en Filipinas, donde los boinas verdes se las veían con una corrupción galopante en todos los niveles del Gobierno indígena, nadie en esa base de fuego sentía un desánimo excesivo. En vez del limpio universo de éxito y fracaso, en blanco y negro y con cero defectos, a través del cual la elite del poder de Washington y Nueva York a menudo comentaba los sucesos remotos, allí, entre los ratones de campo y la planicie amurallada de barro del desierto de Helmand, sólo había una constante experimentación de ensayo y error, a la luz de la misión en curso.

El combate a cara de perro del que había hablado el teniente coronel Binford no se había producido durante mi visita. En lugar de eso había presenciado, como más tarde me reconocería Binford con una pícaro sonrisa, algo igual de útil: la adaptación a la realidad tribal por medio de la guerra no convencional.

Allí, en esa inestable tierra fronteriza donde el alto desierto iniciaba su descenso hacia la llanura, la guerra era continua, de baja intensidad e inconclusa. Las Fuerzas Especiales del Ejército de Estados Unidos afrontaban el mismo tipo de desafíos que los británicos habían afrontado con las tribus afganas en la frontera noroccidental de la India en el tramo final del siglo XIX. Desde Waziristán en el norte a través de Jiber y Malakand, los británicos utilizaron milicias de armamento ligero y tropas auxiliares tribales amigas como primera línea de defensa —el procedimiento exacto que habían usado los romanos contra las tribus germánicas— a la vez que construían fuertes y mejoraban las carreteras para ampliar su influencia.^[18]

Los colonialistas británicos, como los estadounidenses que había conocido, eran ante todo hombres prácticos. Si bien habían conquistado partes de ese territorio salvaje, «no lo despreciaban».^[19] Sabían de primera mano que la sociedad tradicional, aunque no estuviera necesariamente a la altura de sus valores, era pese a todo admirable a su propia y peculiar manera. Por tanto, «no se hacían ilusiones sobre que sus conquistas militares hubieran producido nada que no fuera el ascenso de una particular dinastía».^[20]

Aceptaban a los hombres que se encontraban tal y como eran. Como comentó una vez sir Mortimer Durand, del Ejército indio: «La mitad de mis amigos más íntimos son asesinos.»^[21]

El joven Winston Churchill estaba augurando el futuro imperial de Estados Unidos cuando, en 1897, describió como sigue Afganistán en *The Story of the Malakand Field Force*:

un país sin carreteras, roto y subdesarrollado; una ausencia de cualquier punto estratégico; un enemigo bien armado poseedor de una gran movilidad y rifles modernos, que adopta tácticas de guerrilla. Los resultados [...] son que las tropas pueden marchar a donde sea y hacer lo que sea, salvo atrapar al enemigo [...].^[22]

Muy bien, pero ¿cuál era nuestra alternativa?

«Los poco prácticos —respondió Churchill— quizá se pregunten por qué nosotros, un pueblo que ocupa un espacio considerable del mundo, debemos mezclarnos en las mezquinas intrigas de estos caudillos fronterizos.»^[23] Algunos, a quienes Churchill califica de «marineros malos y nerviosos», se limitarían a cortar amarras, aunque eso fuera imposible dadas las circunstancias, mientras que otros reclaman avanzar «a todo vapor», es decir, un drástico aumento del Ejército y otros recursos hasta que los valles fronterizos «sean tan seguros y civilizados como Hyde Park». Sin embargo, como da a entender Churchill, por lo general no existen ni las tropas, ni el dinero ni la voluntad para hacer algo semejante. En consecuencia, concluye, la «inevitable alternativa» es un sistema de «avance gradual, de intriga política entre las tribus, de subsidios y pequeñas expediciones».^[24]

También eso, con todo, estaba erizado de dificultades. Basta plantearse las inquietantes similitudes entre los actuales desafíos y los del Waziristán de finales de los años 30 y los 40, cuando los soldados británicos intentaron sin éxito capturar al faquir de Ipi, un clérigo radical que, debido a su estrecha base tribal, apelaba a unos ideales panislámicos en la lucha contra los ocupantes colonialistas. Bien educado y viajado, el faquir, pese a todo, fue capaz de engatusar a los hombres de las tribus más primitivas con un vago mensaje mesiánico desprovisto de cualquier concepto específico. El faquir, u hombre santo, cuyo auténtico nombre era Mirza Alijan, se escondió durante muchos años en la red de cuevas situada a caballo de la frontera afgano-paquistaní, desde donde inspiraba a sus tropas con sermones sobre la guerra religiosa. A pesar de los bombardeos aéreos y las más agresivas tácticas de

infantería, el faquir de Ipi no fue capturado nunca, y falleció de muerte natural en uno de sus escondrijos cavernícolas en 1960.^[25]

Dado el parecido entre el faquir de Ipi y Osama bin Laden, era innegable que en Afganistán Estados Unidos se había colocado en una situación para la que las únicas comparaciones eran con otros imperios del pasado.

Sin embargo, ¿seguía de verdad Estados Unidos el modelo británico?

Hasta cierto punto, sí. Por desgracia, también seguía hasta cierto punto el modelo soviético. En lugar de relegar poder al nivel de las pequeñas unidades y ampliar sus actividades, Estados Unidos estaba manteniendo una burocracia vertical de muchos escalones regentada por oficiales genéricos convencionales con mentalidades convencionales que socavaban las bases de fuego, que sí eran de estilo británico. En el libro *Small Wars*, del coronel Callwell, publicado en 1896, se hace hincapié en la descentralización del mando y la necesidad de movilidad y de permanecer fuera del perímetro de las bases y entre la población local todo lo posible.^[26] La CJTF-180 de Bagram vulneraba todos esos principios.

Los soviéticos habían invadido Afganistán, habían proclamado la victoria y entonces se habían dejado engullir poco a poco por los guerrilleros afganos no convencionales llamados muyahidines, que actuaban desde bases situadas dentro de las agencias tribales paquistaníes. De modo parecido, los estadounidenses se habían paseado por Afganistán, habían declarado la victoria y en ese momento se estaban encontrando con la resistencia de «los malos», cuyos principales santuarios estaban al otro lado de la frontera.

En Washington, todo el mundo se hacía lenguas de la «transformación» militar. Sin embargo, la transformación quedaba en el pasado, siempre más lejos, en esas preciosas semanas posteriores al 11-S, cuando se desencadenó a los equipos A del 5.º Grupo de la camisa de fuerza del Pentágono y se logró una situación que de verdad estuvo a la altura de los estándares británicos, además de la propia tradición de guerras pequeñas de Estados Unidos en el siglo XIX.

Carolina del Norte



DEL EJÉRCITO DE TIERRA A LOS MARINES

Fort Bragg y Camp Lejeune, Carolina del Norte

Invierno 2003-2004

Había entrado en un mundo reducido a sus elementos más esenciales, cuyos habitantes habían realizado un auténtico voto monástico de pobreza.

Al regresar a casa desde Afganistán, me encontré más controversias en la prensa sobre el papel de los periodistas empotrados en Irak y el resto del mundo: hasta qué punto podían haber sido manipulados por el Ejército, hasta qué punto podían haber perdido su distanciamiento profesional para empezar a identificarse con las tropas que cubrían.^[1] Haciendo balance tras un año de viajes, pese a haberme mostrado crítico por escrito sobre el modo en que las Fuerzas Armadas estadounidenses libraban la guerra global contra el terrorismo, me reconocí culpable de la segunda acusación con toda tranquilidad.^[2]

Debería explicarme: «Todo reportero es ciudadano de alguna parte y cree en algo», dijo Ernie Pyle, el corresponsal estadounidense de la Segunda Guerra Mundial más conocido, que murió durante la batalla de Okinawa en abril de 1945.^[3] Yo era ciudadano de Estados Unidos y creía en la bondad esencial del nacionalismo estadounidense, un nacionalismo sin el cual no podría haber existido el armazón de seguridad de cualquier sistema global emergente. No dudaba de que, en algún momento, quizá tan pronto como al cabo de unas décadas escasas, el propio patriotismo estadounidense podía

volverse obsoleto. Tampoco me cabía ninguna duda de que todavía no habíamos llegado a eso.

Había servido en el Ejército: en el israelí, no el estadounidense. En el Israel de la década de 1970, agobiado por la claustrofobia de una vida exclusivamente entre judíos en un país pequeño, redescubrí mi americanismo. Durante el cuarto de siglo posterior había estado cubriendo guerras e insurrecciones. A lo largo de ese periodo hice más amigos en el Ejército estadounidense que entre la prensa internacional. En las conferencias y reuniones a las que asistía en Estados Unidos me encontraba a personajes de las Fuerzas Armadas y la seguridad nacional con mucha mayor frecuencia que a compañeros del periodismo. Me sentía cómodo entre soldados. Al hacer escala en Dubai procedente de Afganistán, tras dos días de buena comida y duchas calientes, me sentía un poco solo.

La mayoría de los periodistas tenía redacciones a las que volver, donde serían reabsorbidos en un mundo social y profesional que actuaba de contrapeso para sus experiencias como reporteros. Sin embargo, hacía treinta años que yo no veía un formulario W-2. Mis artículos llevaban dos décadas apareciendo en *The Atlantic Monthly*, pero rara vez visitaba la oficina de Boston y vivía en el campo.

Me interesaban poco las primicias. La última vez que había entregado una noticia pura y dura había sido allá en los tiempos de la guerra fría, cuando las cintas de télex amarillas. No tenía teléfono vía satélite, artículo indispensable para los reporteros empotrados. En la mayoría de corresponsalías viajaba a lugares donde no habría cobertura, de modo que dejaba atrás el teléfono. La base de fuego de Gardez disponía de dos teléfonos vía satélite para los cincuenta boinas verdes. Como todos los demás, llamaba a mi familia una vez por semana y hablaba durante unos minutos.

No me preocupaba saltarme una frontera profesional. Mi meta como escritor era clara y sencilla. Quería sacar una instantánea para la posteridad de cómo era la vida de los oficiales de grado medio y suboficiales estadounidenses destinados en enclaves remotos de ultramar a principios del siglo XXI: una instantánea en palabras que esos sargentos, oficiales técnicos, capitanes y comandantes juzgaran lo bastante exactas para reconocerse en ellas. Debería ser algo, esperaba, que pudieran ofrecerles a sus nietos, diciendo: «Así era, más o menos, y así eran esos países.» Con ello no pretendía desentenderme de las cuestiones espinosas y los problemas; pretendía escribir sobre sus problemas y frustraciones, inspirándome en su perspectiva.

Una vez oí decir al columnista George Will que albergaba una empatía inteligente por los políticos sobre los que escribía, porque a menudo le parecían más sustanciales e interesantes que sus compañeros de profesión. Así me sentía yo con los soldados. Quería verme como un viajero en el sentido anticuado de la palabra. Un viajero acepta a la gente que le rodea y las cosas que le pasan. Nunca exige ni se queja; se limita a escuchar y observar. Caía con frecuencia en el uso de «nosotros» y «nuestro» porque, aunque periodista, también era un compatriota estadounidense que vivía entre la tropa y participaba en la mayor parte de lo que hacía. Los corresponsales bélicos de la Segunda Guerra Mundial como Richard Tregaskis y Robert Sherrod utilizaban a menudo esas mismas palabras por los mismos motivos.

Decir que era objetivo sería negar una verdad fundamental de la escritura: que a cada historia y situación un escritor aporta su experiencia vital entera y las presiones profesionales que existen en ese momento. Por bien que un periodista puede buscar diferentes puntos de vista, sólo puede plasmarlos y conformarlos desde un ángulo de visión: el suyo.

Por esas razones, la objetividad de la prensa en su conjunto era una cuestión problemática. Los medios representaban una perspectiva social, cultural y regional de todo punto tan específica como el evangelismo sureño de los soldados que conocía. Los periodistas eran cosmopolitas globales. Si no poseían ellos mismos pasaportes europeos o de otro país extranjero, los tenían sus cónyuges, amigos o colegas, cada vez más. Los soldados estadounidenses que conocí, por el contrario, se veían como pertenecientes a un solo país y una sola sociedad: la de Estados Unidos.

El Sur Profundo contaba con una nutrida representación en las Fuerzas Armadas, del mismo modo en que el nordeste urbano, con sus frecuentes conexiones aéreas con Europa, tenía una presencia mayoritaria en los medios. Cuando me encontraba con gente de Nueva York o Boston en el Ejército, solían proceder de las barriadas de clase obrera y el extrarradio de las dos ciudades, ante todo irlandeses e hispanos.

En realidad, la acusación de que los periodistas empotrados habían perdido su objetividad era en sí misma un indicio de prejuicio de clase. Incluso con el fenómeno del empotramiento, la prensa mantenía una relación más incestuosa con la intelectualidad, los políticos, los empresarios, los diplomáticos internacionales y las entidades benéficas (entre otras organizaciones no gubernamentales) que con el Ejército. El denominador común entre todos esos grupos, salvo en el caso de las Fuerzas Armadas, era que derivaban del mismo estrato social y económico elevado de sus

respectivas sociedades. Hasta los trabajadores humanitarios suelen ser jóvenes de buena familia, motivados por la aventura y el idealismo. El Ejército, sin embargo, forma parte de otro Estados Unidos, un Estados Unidos respecto del cual el mundo de los medios estaba cada vez más ciego y alienado.^[a1]

No estoy hablando de los pobres. El colectivo periodístico siempre se ha mostrado solícito con los pobres. Hablo de la clase obrera y un poco más arriba: esa inmensa y olvidada multitud de Estados Unidos que existe entre las dos zonas costeras y cosmopolitas, que los periodistas de los principales mercados de comunicación tenían cada vez menos posibilidades de abordar de un modo sostenido y significativo salvo empotrándose en el Ejército.

Las Fuerzas Armadas estadounidenses, en especial los suboficiales, que eran los custodios de su cultura y tradiciones, constituían un mundo de cerveza, cigarrillos, café instantáneo y tabacos de mascar, como Copenhagen y Red Man. Estaban compuestas por personas que cazaban, conducían rancheras, utilizaban blasfemias como parte de su discurso habitual y, aun así, poseían una fe literal y demostrable en el Todopoderoso.

Ante todo, la brecha entre una profesión periodística apiñada en el nordeste y el Ejército concentrado en el Sur y el interior sacaba a la superficie las tensiones regionales.

Viajar desde mi hogar en los montes Berkshires de Massachusetts, cuyos patrones de voto lo sitúan en el límite extremo de la «América azul» demócrata, hasta Fort Bragg y Camp Lejeune, Carolina del Norte, en pleno corazón de la «América roja» republicana, me hacía pensar en mis experiencias al cruzar el Muro de Berlín en los años 70 y 80. El cambio en la actitud política recogida en los periódicos locales, las conversaciones que se oían en los restaurantes y la gente que uno se encontraba era acusado y extremo.

Llevaba ya siete años yendo y viniendo entre Massachusetts y las bases militares del Sur, pero no fue hasta 2003, a medida que se acumulaban las bajas en el Irak de la posguerra, cuando las diferencias regionales pasaron del segundo al primer plano de mis pensamientos.

La propensión sureña hacia el militarismo, sobre todo en el Sur llamado «de las marismas», y la inclinación por el pacifismo de la Nueva Inglaterra en el sentido extenso eran tendencias históricas muy arraigadas, que habían quedado de manifiesto en la guerra de 1812, la guerra de México, las dos guerras mundiales y la guerra de Vietnam.^[a2] En verdad, aunque el Sur se

oponía al liberalismo del presidente Franklin Roosevelt en los asuntos nacionales, apoyaba su preparación militar contra la Alemania nazi, a la vez que se demostraba a todas luces indiferente con el aislacionista comité America First.^[4]

Esa historia se dejaba notar en las divergentes actitudes respecto de las bajas en Irak y la respuesta a ellas de la Administración Bush. En Afganistán tuve la impresión de que los estadounidenses en realidad no eran más sensibles a las bajas que los ciudadanos de otras naciones. La actitud de la clase trabajadora hacia las bajas era bastante estoica, a juzgar por los soldados que había conocido en Gardez y Kandahar. Eran las elites las que lo pasaban peor con la muerte de soldados y marines.^[5]

Muchas de las personas que conocía en casa eran prósperos neoyorquinos que se habían mudado de Manhattan; mis conocidos en las bases militares de Carolina del Norte, la Virginia de las marismas y otras partes del Sur eran de origen proletario, con modestos salarios militares. Este último grupo tenía amigos y familiares, muchos de ellos destinados en Irak y Afganistán. Para ellos, las bajas no eran un asunto simbólico que comentar en seminarios y cenas; se trataba de asuntos intensamente personales.

Mientras la gente de donde yo vivía estaba horrorizada porque la Casa Blanca había prohibido las fotos de los ataúdes con soldados muertos que llegaban a Estados Unidos —una decisión que según ellos apestaba a insensibilidad y cálculo político—, mis conocidos de Carolina del Norte afirmaban comprender la medida de la Casa Blanca. Creían que salvaba vidas.

Su lógica discurría por los siguientes derroteros: en las guerras pequeñas y no convencionales, sobre todo en una era de prensa global y batallas televisadas a tiempo real, la moral nacional era más importante incluso que en conflictos anteriores. Es posible que la cifra de soldados estadounidenses muertos a manos de insurgentes o terroristas suicidas en el Irak de la posguerra fuera insignificante en términos tácticos y estratégicos, pero las bajas tenían su importancia política, porque la progresiva acumulación de muertos en acto de servicio desmoralizaba a la opinión nacional. En consecuencia, cuanto mayor fuera el impacto que esas muertes parecieran ejercer en el público estadounidense, y sobre todo en la Casa Blanca, mayor sería para los insurgentes el incentivo para seguir matándolos y la probabilidad de que se incrementaran sus filas. Como me dijo en Afganistán un boina verde, un sureño, después de que mataran al sargento Sweeney: «Cuanta menos emoción demuestre el presidente por nuestra muerte, mejor para nosotros, aquí y en Irak.»

O, por decirlo con las sencillas palabras de algunos oficiales de Marines: «La procesión va por dentro.»

El espectro de Vietnam sobrevolaba este debate. La Administración no quería que la opinión pública viera imágenes recurrentes de ataúdes envueltos en la bandera, como había sucedido entonces. Muchas de las personas contrarias a la guerra de Irak que conocía en el nordeste no habían servido en Vietnam. La vergüenza y el sentimiento de culpa que eso les ocasionaba contribuían a alimentar su tolerancia cero con las bajas. En cuanto a las que conocí en el Ejército, sobre todo en los cuadros de suboficiales, como ellas y sus familiares habían pagado un precio considerable en Vietnam, eran libres para pensar de manera pragmática, despiadada incluso, sobre el tema de las bajas. Como estaban libres de complejos, y más próximos a los muertos y heridos, confiaba más en su opinión.^[a3]

En mi última visita a Fort Bragg desde Massachusetts, a mediados de diciembre de 2003, fui a saldar una deuda. Las Fuerzas Especiales del Ejército de Tierra de Estados Unidos y el John F. Kennedy Special Warfare Center me habían abierto puertas en Colombia, Filipinas y Afganistán. Me tocaba a mí informar a sus altos mandos sobre los defectos que veía en las Fuerzas Especiales y la evolución que consideraba adecuada para ellas en los años venideros.

Gran parte de lo que tenía que decir reflejaba menos mis ideas que las de los suboficiales y oficiales de grado medio que había conocido sobre el terreno. Como el Ejército estaba lastrado por tantas capas de burocracia —y viajar al lugar de los combates conllevaba mucho papeleo, incluso para los asesores de los propios generales— los periodistas como yo de vez en cuando resultábamos útiles para comunicar ideas desde el pie a la cabeza de la cadena de mando. Mi compañero del *The Atlantic Monthly* James Fallows observó una vez que la prensa disfruta de una protección constitucional única porque constituye una parte indispensable de la democracia representativa. Como elemento indispensable del sistema, yo creía que ayudar a que los diferentes niveles se comunicaran entre ellos resultaba del todo apropiado, sobre todo en tiempos de guerra.

Como telón de fondo de mi exposición estaba el tema del dinero:

Las Fuerzas Especiales del Ejército de Tierra eran «lo más». No sólo habían desempeñado el papel protagonista en el derrocamiento de los talibanes y un papel destacado en la operación Libertad para Irak, sino que

también habían participado en la captura de treinta y ocho de los cincuenta y cinco iraquíes más buscados —la llamada baraja de cartas—, entre ellos el propio Sadam Husein. Aun así, ese estado de cosas sólo las había hecho más vulnerables. Eran como Apple a punto de ser absorbido por Microsoft después mismo de haber impulsado la revolución del ordenador personal. En otras palabras, en el general Peter J. Schoomaker el Gran Ejército tenía un jefe de Estado Mayor verdaderamente innovador, un hombre que quería hacer que el Ejército de Tierra se pareciera mucho más a las Fuerzas Especiales. También los Marines estaban devolviendo a un primer plano sus raíces no convencionales. En consecuencia, si las Fuerzas Especiales no evolucionaban y corregían sus carencias para seguir por delante del Ejército regular y los Marines, acabarían como Apple, maltratadas en las batallas presupuestarias del Pentágono.

Después de captar con eso la atención de mi público, le expliqué a los generales, coroneles, sargentos mayores y demás reunidos que un mundo con más democracias significaba un mundo con reglas de enfrentamiento más restrictivas. Las nuevas democracias, asediadas por una prensa local agresiva y recién liberada, no podían aceptar políticamente que soldados estadounidenses camparan a sus anchas por su suelo nacional matando gente. Por tanto, las Fuerzas Especiales tenían que perfeccionar el arte de ganar sin disparar un solo tiro.

La cultura de la acción directa se había apoderado de las Fuerzas Especiales, y eso era malo, proseguí. Porque la verdadera esencia de las Fuerzas Especiales estaba atada a la visión que tenía Kennedy de abrazar a sus hermanos «indigs» y ganar con ellos. Las Fuerzas Especiales tenían que alejarse un poco de la cultura de la acción directa y regresar a la cultura del asesor de combate.^[a4] Eso significaba más misiones de un solo hombre en las que un único boina verde estaría inmerso en la cultura local a todas horas del día: más Tom Wilhelms, en otras palabras, aunque el coronel Wilhelm en particular fuera un oficial de zona extranjera del Ejército regular. En cualquier caso, los oficiales de zona extranjera y los boinas verdes tenían mucho en común, dije.

Retomar la cultura del asesor de combate significaba mejorar las habilidades lingüísticas. Pese a ello, a excepción hecha de los hispanohablantes del 7.º Grupo, las habilidades lingüísticas de los boinas verdes no me habían parecido nada del otro mundo. Estados Unidos llevaba más de dos años inmerso en la guerra contra el terrorismo. El pastún tendría que haberse convertido a esas alturas en una lengua habitual entre los boinas

verdes destinados en Afganistán. Sin embargo, salvo raras excepciones, hasta los oficiales de contraespionaje que conocí apenas hablaban el idioma. La situación no era mejor en el Pacífico; casi todas las personas que traté en el 1.º Grupo conocían algún que otro lenguaje oriental, pero rara vez el que se necesitaba en el país donde estaban destinadas en ese momento.

Había que tomar una serie de medidas. La lingüística tenía que convertirse en una habilidad ocupacional de las Fuerzas Especiales en la misma medida que el armamento, las comunicaciones, la medicina y la recopilación de información. Había que cultivar y localizar a la gente con don de lenguas a lo largo de todo el sistema burocrático. Había que otorgarles una consideración especial para ayudarlos a salvar otros obstáculos, el tipo de práctica a la que era reacio un Ejército impersonal y regulado hasta el exceso. En Oriente Medio y el Pacífico, donde se hablaban numerosas lenguas y dialectos, hacía falta contar con una combinación de capacidades lingüísticas dentro de cada equipo A para que, dondequiera que se destinara un equipo, dispusiera de al menos una o dos personas que hablaran el idioma local. Había que hacer más hincapié en el adiestramiento cultural, algo que los marines llevaban años haciendo.

Además, los equipos A sobre el terreno no eran lo bastante versátiles. Había que integrar lingüistas y especialistas en operaciones psicológicas y asuntos civiles en los equipos de contraespionaje, del mismo modo en que hacían falta habilidades de contraespionaje en las MEDCAPS y otros ejercicios humanitarios. La ayuda humanitaria facilitaba la recopilación de información, como había demostrado el ejercicio en la filipina Basilan. Había maneras satisfactorias de conseguirlo sin socavar las leyes en vigor. Las habilidades policiales —la capacidad para cultivar soplones, tratar con hordas de adolescentes en aldeas tercermundistas y montar vigilancias y controles de carretera— no deberían confinarse a las unidades de la Guardia Nacional, que ya no daban abasto. Las tareas policiales de comunidad eran cruciales en la guerra contra el terror. Debían ocupar un lugar destacado en la instrucción del servicio activo.

También, proseguí, hacían falta mujeres, que seguían vetadas en las filas de las Fuerzas Especiales. Las mujeres llamaban menos la atención durante las vigilancias y las operaciones con miras a recabar información. Podían registrar a otras mujeres en las misiones de asalto. En algún momento se las iban a imponer a las Fuerzas Especiales, con que por el mismo precio más valía desarrollar un plan por adelantado para aprovecharlas.

Eso conducía a otro hecho impenable. El mundo estaba cambiando, sobre todo la demografía global. El futuro ya no era blanco o negro, sino de un tostado mestizo. Las Fuerzas Especiales no podían seguir siendo de manera indefinida una panda de blancos tatuados y musculosos, con algún negro o hispano que otro, que se paseaban mascando Skoal, Red Man y Copenhagen. Necesitaban efectuar una campaña agresiva de reclutamiento entre afganos, árabes, persas y otras comunidades de inmigrantes.

En resumen, las Fuerzas Especiales necesitaban un retorno drástico a sus raíces, cuando pequeños equipos de comandos estadounidenses formados por inmigrantes de origen europeo oriental habían entablado contacto con las fuerzas indígenas tras la línea del frente en la Europa ocupada por los nazis y por los comunistas. Necesitaba más gente con acento raro, como el general Sid Shachnow.

Señalé que la tradición de Jedburgh pervivía sólo en el 7.º Grupo de América Central y del Sur, con sus habilidades castellanohablantes y sus soldados hispanos. Los valores no sólo del 7.º Grupo sino de todo el SOUTHCOM, en realidad, resultaban especialmente apropiados para combatir a una contrainsurgencia mundial. La gente de dentro calificaba el SOUTHCOM de Teatro Estratégico de Paciencia, es decir, que el SOUTHCOM consideraba problemas como el tráfico de drogas algo intratable salvo a largo plazo, donde la victoria era cuestión de décadas de represión y aplicación constante de la guerra no convencional, lo que incluía el adiestramiento de ejércitos «indig». El hecho de que la prensa no prestara atención a América Central y del Sur en realidad contribuía a ese empeño, pues con demasiada frecuencia el efecto general de los medios era fomentar la impaciencia en la opinión nacional.

El SOUTHCOM y el componente subsahariano del EUCOM estaban infradesplegados, a la vez que el CENTCOM estaba sobredesplegado en Oriente Medio. Dije que tenía sentido, por tanto, incorporar el África subsahariana a los dominios del 7.º Grupo y retirársela al 3.º Grupo, que tenía faena más que suficiente en Afganistán y los países vecinos. A fin de cuentas, África y Latinoamérica estaban vinculadas hasta cierto punto por el idioma portugués, y también por el subdesarrollo extremo, que conducía a desafíos tácticos y operacionales parecidos.

Mis ideas se incorporaron al orden del día para una reunión de enero de 2004 en Cody, Wyoming, sobre el futuro de las Fuerzas Especiales del Ejército de Tierra. Yo no asistiría a ella, sin embargo. Era hora de sumergirme en los Marines. La parte de mi odisea relativa a las Fuerzas Especiales había terminado, por el momento.

Entre Fort Bragg, a las afueras de Fayetteville, y Camp Lejeune, a las afueras de Jacksonville, había sólo unos ciento treinta kilómetros en dirección este, a tiro de piedra, a través de Carolina del Norte. Con todo, el viaje me llevó de una cultura militar estadounidense a otra: desde el mundo «Hu-ah» del Ejército de Tierra al mundo «Hu-rrá» de los marines.

«Hu-rrá», como «hu-ah», significaba aproximadamente lo mismo: «recibido», «genial», «listos», «¿qué tal?», «permaneced motivados». La expresión era un saludo estándar que en pocas palabras significaba cualquier cosa que uno quisiera salvo «no» y «es imposible». Y, aun así, cada saludo emanaba de una tradición distinta, una emoción distinta, quizá, que resultaba clave para diferenciar al Ejército de Tierra y sus Fuerzas Especiales de los Marines.

Los Marines siempre habían sido los más pobres e irregulares de los servicios armados. Recuerdo una visita que hice a principios de los 90 a Camp Pendleton, California, donde pasé la noche en un austero cuartel que más parecía un barracón. Cuando cometí el error de decirle al marine que conducía que, en Fort Leavenworth, el Ejército me había instalado en una *suite* encantadora, él me comentó con frialdad: «Sí, en el Ejército la gente sí que vive a lo grande.»

Por elevado que sea el grado de privación sensorial que una persona con gusto por la estética pueda experimentar con el Ejército de Tierra o las Fuerzas Especiales, será mayor aún con los Marines. Si bien Fayetteville, base nacional de los boinas verdes (conocida como Fayetteville durante la guerra de Vietnam), era un lugar tirando a cutre y destartado, comparado con Jacksonville se antojaba puro lujo. Jacksonville —un comedor para marines a todos los efectos prácticos— era un páramo de fachadas setenteras desvencijadas y aparcamientos sin pavimentar, hogar de bares de *striptease*, salones de tatuaje, casas de empeños, cerrajerías, gimnasios de judo y barberías que anunciaban «peinados militares». El adyacente Camp Lejeune, principal base de los Marines en la costa Este, era, del mismo modo, una versión perjudicada de Fort Bragg. Aun así, no fui el único periodista para el que estar con los Marines vino a ser una estimulante ráfaga de aire frío en un día de calor asfixiante.

«Buenos días, marine», le dijo el capitán de Marines David Nevers, de Chicago —mi acompañante en Camp Lejeune—, al hombre que montaba guardia en la garita del cuartel general de mando de la 24.^a Unidad Expedicionaria de Marines.

«Buenos días, señor», replicó con fuerza el centinela.

«Hu-rrá», exclamó el capitán Nevers.

«Hu-rrá», repitió el guardia.

Intercambios como ése se reiteraban a lo largo de todo el día en Camp Lejeune. Con las Fuerzas Especiales, que se consideraban una especie de hijo bastardo del Ejército de Tierra regular, nunca había oído tanta profusión de «Hu-ahs». En verdad, un oficial boina verde de alta graduación me dijo que se había alistado en las SF «para alejarme de toda esa mierda del “Hu-ah”». En los encuentros del Ejército a los que había asistido con el paso de los años, el principal uso que le había oído a la expresión «Hu-ah» era como expresión de solidaridad durante reuniones de confraternización. Los marines, sin embargo, prorrumpían en «Hu-rrás» durante encuentros cara a cara, como si lo tuvieran profundamente interiorizado.

Cuando le pregunté a una joven sargento de Camp Lejeune, una chica menuda, pálida y con cara de inocencia procedente de Kentucky, por qué se había alistado en los Marines, me respondió con ímpetu y sin vacilar siquiera medio segundo: «Porque son los mejores. Y yo quería ser la mejor.» A su lado había un imponente sargento mayor, un veterano que se autoproclamaba «cateto sureño», que me dijo: «¿Sabe por qué al final vamos a ganar en Irak? Se lo diré. Porque allí hay marines. Y los marines no fallan. No fallamos y punto. Porque desde la instrucción en adelante estudiamos y reestudiamos nuestra historia y tradición.»

Ese orgullo jactancioso en algunos casos ocultaba cierta inseguridad interior, pero ése no parecía el caso de los Marines, a juzgar por su manera de tratar a los periodistas. En el Pentágono, unas semanas antes, me había cruzado con un general de Marines que, después de que lo informara de que pensaba viajar con ellos, me dijo: «Escríbalo todo sobre nosotros, hasta la última verruga. No escondemos nada. Queremos que el mundo sepa exactamente cómo somos.» Organizar viajes con los marines era una pura cuestión de decirles adónde quería ir. El Ejército de Tierra, como descubrí años antes cuando investigaba una historia sobre Fort Leavenworth, quería gestionar hasta el último minuto de mi día. Los marines me dejaban a mis anchas dentro de la base. No tenían miedo de lo que pudiera ver por accidente.

Estados Unidos tenía infantes de Marina en la Armada Continental durante la guerra Revolucionaria. Los desbandaron, sin embargo, y renacieron como el Cuerpo de Marines en 1798 para combatir a los piratas bereberes del Mediterráneo, de ahí el verso del himno del Cuerpo de Marines «hasta las

orillas de Trípoli». Los marines ayudaron en la guerra de México de 1846-1848 («desde los salones de Moctezuma»). Y durante tres décadas, empezando por la guerra hispano-americana de 1898, protagonizaron desembarcos en Cuba, Filipinas, Puerto Rico, Honduras, México, Guam, Samoa, China, Nicaragua y la República Dominicana: parte del legado de las guerras de pequeña escala estadounidenses.

De 3000 marines en el siglo XIX, el cuerpo había crecido sólo hasta los 11 000 en el momento en que Estados Unidos entró en la Primera Guerra Mundial. En los albores del siglo XXI, con más de 174 000 marines, seguía siendo con diferencia el más reducido y cohesionado de los servicios situados bajo la tutela del Pentágono;^[a5] su tamaño venía a suponer la mitad del de la Marina y las Fuerzas Aéreas, y algo más de un tercio del Ejército de Tierra. Con las que quizá sean las palabras más inspiradas escritas sobre los marines, el corresponsal de guerra del *The Washington Post* Thomas E. Ricks observa:

Las Fuerzas Aéreas tienen sus aviones, la Marina sus barcos, el Ejército su «doctrina» redactada y acatada obsesivamente que dicta cómo deben actuar. La cultura —esto es, los valores y premisas que conforman a sus miembros— es lo único que tienen los marines. Es lo que los mantiene unidos [...] formalistas, insulares, elitistas, profundamente anclados en su propia historia y mitología [...]. Únicos entre los servicios militares estadounidenses, los Marines han depositado su nombre en sus soldados rasos. El Ejército de Tierra tiene oficiales y soldados, la Marina tiene oficiales y marineros, las Fuerzas Aéreas tienen oficiales y aviadores, pero los Marines tienen oficiales de Marines y marines. «Todo marine un fusilero», reza un lema clave del cuerpo. Significa que la esencia de la organización reside en los más bajos de los bajos, en los peones de las trincheras.^[6]

De hecho, los Marines tienen menos oficiales por recluta que cualquier otro servicio, a la vez que cuentan con un porcentaje dos veces mayor de soldados de menor rango.^[7] Más de dos tercios de los marines eran jóvenes reclutas en su primer periodo de cuatro años. Además, como el alistamiento era selectivo, existía una política deliberada de mantener el cuerpo joven, hambriento y dinámico. Concordaba con la misión: mientras el Ejército ganaba guerras, los Marines ganaban batallas. Los Marines eran quienes echaban abajo las puertas; «la punta de la lanza», se definían a ellos mismos.

Como la evacuación de embajadas y la ayuda humanitaria requerían inserciones rápidas y un enfoque de resultados rápidos, los Marines también

se encargaban de esos asuntos, en el sudeste de Turquía, el norte de Irak, Somalia, Haití, Sierra Leona, Timor Oriental, Bosnia, Kosovo, Liberia y Afganistán.

Los Marines eran una jerarquía aplanada del estilo de las corporaciones globales más innovadoras, donde la responsabilidad se desplazaba hacia el límite exterior del campo de batalla. «Todo marine un fusilero» era la verdad literal. Fuera aviador, mecánico de automóviles o cocinero, todo marine estaba familiarizado con las habilidades de infantería y tenía que practicarlas de manera continua. Era un sistema que se ajustaba a los conflictos de corte guerrillero del siglo XXI, donde los frentes de batalla se habían disuelto y una unidad de apoyo podía verse en cualquier momento luchando por su vida, como sucedió durante la operación Libertad para Irak.

Los Marines no ofrecían las mismas oportunidades educacionales que el Ejército de Tierra, con su inmensa red de colegios y escuelas de guerra. Los Marines no tenían un West Point. Los sargentos mayores de Marines no disponían de una academia de sargentos mayores como la del Ejército de Tierra en El Paso, Texas. Los Marines se apañaban con la FDT (formación durante el trabajo). La FDT de los Marines le enseñaba a todo el mundo el trabajo «del de arriba», para que pudiera ocupar el puesto de su superior inmediato.

Cuando estuve con las Fuerzas Especiales, un sargento maestro era a todos los efectos el líder de un equipo A de doce hombres; en los Marines, un sargento de segunda clase con menos rango dirigía a un pelotón de treinta y nueve hombres divididos en escuadras de trece, cada una encabezada por un cabo. Éstas, a su vez, se dividían en equipos de tiro de tres o cuatro hombres, dirigidos por un soldado de primera clase. La mayoría de esos suboficiales no llegaban a los veinticinco años.

Como los marines eran jóvenes, ofrecían agresión pura, una herramienta nada desdeñable en una guerra. Las Fuerzas Especiales, en cambio, con sus suboficiales más mayores y experimentados, ofrecían tesón y madurez. En consecuencia, los boinas verdes quizás estuvieran mejor preparados para los matices de la pacificación, la ocupación y el adiestramiento de fuerzas indígenas. Aun así, los Marines poseían ventajas organizativas. Como había descubierto en Afganistán, los equipos de las Fuerzas Especiales disponían de apoyo aéreo sólo en teoría; tenían que luchar y regatear para conseguir helicópteros que eran, en realidad, propiedad del Ejército regular y sus fuerzas de tarea conjuntas. Los Marines, sin embargo, tenían, como decían ellos, aire «orgánico»: helicópteros específicamente asignados a cada unidad, lo que

confería a esos jóvenes oficiales de Marines autonomía real y poder burocrático.

Como en las empresas innovadoras, se combinaba una formidable responsabilidad personal en los peldaños más bajos del mando con la completa sublimación del individuo dentro del culto organizativo. Si seguías siendo un individuo, por definición no podías ser un marine.^[8]

Los boinas verdes del Ejército, con sus barbas, sus gorras de béisbol y sus vestiduras afganas, eran individualistas; los marines, con su corte de pelo extremo, rapado por los lados y un poco más largo arriba, y sus uniformes de camuflaje digital, eran soldados de producción en serie. Con todo, ambos cuerpos compartían algo vital, algo que me inspiraba una profunda atracción: la historia y tradición de las Fuerzas Especiales y los Marines residían en la contrainsurgencia y la guerra no convencional. Las Fuerzas Especiales y los Marines, cada uno a su manera, epitomaban la transformación militar. Ambas ramas de las Fuerzas Armadas combinaban técnicas del siglo XIX con tecnología del siglo XXI. Como las lecciones de la guerra convencional de la era industrial del siglo XX no eran de utilidad para la guerra contra el terrorismo, la auténtica transformación militar tan sólo se produciría cuando el Gran Ejército y la Gran Marina empezaran a parecerse más a las Fuerzas Especiales y a los Marines, y no a la inversa.

Max Boot escribe que, al igual que las Fuerzas Especiales, los Marines «se concentraban en las personas, no en los sistemas de armamento». Al igual que las Fuerzas Especiales, los Marines se consideraban antes guerreros que pilotos de tanque o de caza. «Aunque en algunos libros y películas los caricaturizaran como neandertales homicidas —prosigue Boot—, los Marines eran el servicio de mayor agilidad intelectual.»^[9] Por ejemplo, junto con las Fuerzas Especiales, los Marines empezaron a practicar el control de masas y la guerra urbana mucho antes de que la urbanización del planeta se convirtiera en un lugar común entre las elites políticas.

La mayor contribución intelectual del Cuerpo de Marines de Estados Unidos ha sido su *Manual para guerras pequeñas*, un compendio de las lecciones aprendidas en los muchos desembarcos, expediciones de incursión, ocupaciones y ejercicios de construcción de naciones en los que tomó parte a finales del siglo XIX y principios del XX, en el Caribe, Centroamérica y el Pacífico. Publicado en 1940 con una distribución restringida, a causa de su creciente relevancia el *Manual para guerras pequeñas* fue desclasificado en

1972, reimpresso en la década de 1980 y puesto al día en los albores del siglo XXI.^[10]

Haciéndose eco de Clausewitz, el manual señala que en las guerras pequeñas nunca cesan ni las operaciones militares ni la diplomacia, y que el plan de batalla «debe adaptarse al carácter [es decir, la cultura] del pueblo del que se trate». Las guerras pequeñas «se conciben en la incertidumbre, se llevan a cabo a menudo con una responsabilidad precaria y una autoridad dudosa, bajo órdenes imprecisas que carecen de instrucciones específicas».

Como si previera la situación en Irak, el manual observa que, tras los combates principales,

las fuerzas hostiles se retirarán a los sectores más remotos del país, o se dispersarán en numerosos grupos que seguirán oponiéndose a la ocupación. Aunque es posible que los dirigentes reconocidos capitulen, los comandantes subalternos a menudo se niegan a acatar los términos de la capitulación. Tras escapar a la zona rural, amasan grupos armados heterogéneos de soldados patriotas, elementos desafectos y notorios forajidos [...] y por medio de una guerra de guerrillas siguen hostigando y plantando cara a la fuerza interventora en su intento de restaurar la paz y el buen orden a lo largo y ancho del país en su conjunto.

Para contrarrestar esas fuerzas hostiles, hay que organizar numerosas patrullas presenciales con la ayuda de milicias nativas, y erigir puestos avanzados que estén «diseminados por una amplia zona, con el fin de ofrecer la máxima protección a los habitantes pacíficos» del país.^[11]

Escrito décadas antes de la guerra contra el terrorismo, sobre la experiencia de décadas anteriores incluso, el *Manual para guerras pequeñas* de los Marines enseñó a Estados Unidos cómo combatir de manera no convencional tanto en Irak como en Afganistán.

Los Marines seguían adelantados a su tiempo. En ese momento definían su misión como «Guerra de Maniobra Expedicionaria» en lugar de «Guerra Anfibia». Como me explicó el capitán Nevers: «En el futuro, gracias a la tecnología, no tendremos que cargar hacia la playa como en Iwo Jima o como hizo el Ejército en Normandía. El mar será el espacio de maniobra gigante de la Marina. No tendremos que telegrafiar nuestra posición; seremos capaces de actuar desde más allá del límite territorial de tres millas.»

En ese momento, los derechos de instalación de bases militares exigían negociaciones con países extranjeros, pero los nuevos aviones como el V-22 Osprey quizá contribuyeran a obviar esa necesidad; según el plan de los

Marines, la tecnología ganaría por la mano a la diplomacia en algunos casos específicos. El Osprey, que según las previsiones sustituiría al helicóptero CH-46 Sea Knight de los Marines, podía despegar verticalmente como un helicóptero desde el más pequeño de los espacios despejados, sobre barro o arena, sin necesidad de pista de despegue o base militar; después, podía volar como cualquier avión y repostar en el aire.

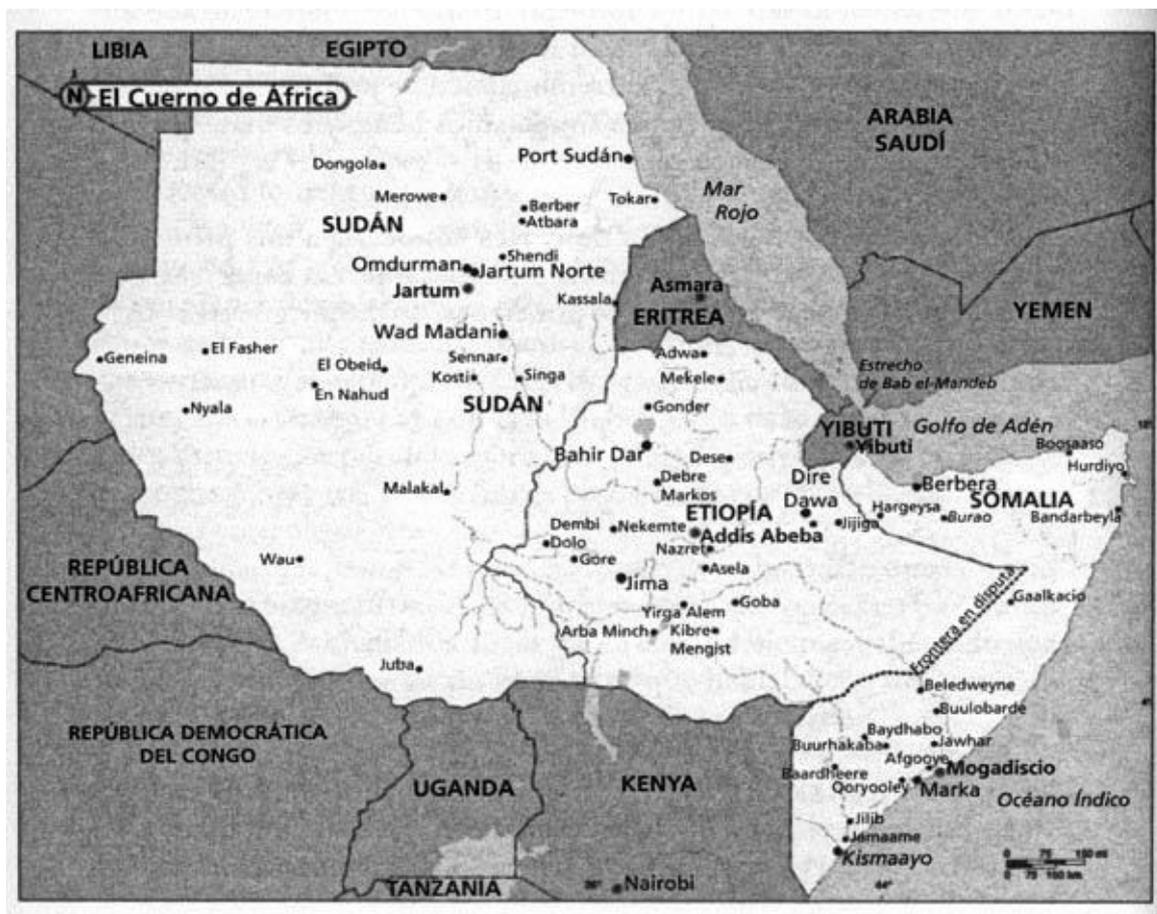
Los Marines, como las Fuerzas Especiales, entendían que la virtud residía en el pragmatismo. Los Marines eran inteligentes en un sentido muy práctico. A mediados de los 90, en Camp Lejeune, había oído una típica «charla rápida» de un instructor que hablaba con un grupo de marines a punto de desplegarse en el sur de los Balcanes:

Tenéis un encuentro, pongamos, a las 9:30 de la mañana con el alcalde del pueblo. Él se presentará a las diez, si le apetece. Su despacho será una ruina. Querréis su cooperación para algo, pero estará más interesado en lo que vosotros podéis hacer por él. No lo veáis como una reunión con un marco horario prefijado. No os pongáis a debatir sobre los objetivos políticos estadounidenses en la antigua Yugoslavia. Él os agobiará mucho más con el baloncesto profesional. A la gente de esa parte del mundo le encanta el baloncesto. Pedid ver fotos de su familia. Llevad siempre fotos de vuestra familia a esas reuniones. Si os ofrece un *slivovitz*, no le vayáis con el cuento de que beber va contra las normas. Bebed con él. Tendrá que tantearos, sentirse cómodo con vosotros, antes de querer ayudaros. Es posible que no salgáis de su despacho hasta las once, y quizá no hayáis llegado a un acuerdo; puede que tengáis que conocer a su familia, jugar con sus crios y beber unas cuantas veces más con él para que eso llegue. Sólo conseguiréis que se apliquen las medidas relacionándoos con él como individuo, a su nivel. Y eso es lo que los estadounidenses hacemos mejor.

La ironía, la sutileza y la diplomacia escaseaban en Camp Lejeune. «Con los Marines siempre sabrá qué lugar ocupa. Si tenemos un problema con usted, lo sabrá», me informó un marine. Había entrado en un mundo reducido a sus elementos más esenciales, cuyos habitantes habían realizado un auténtico voto monástico de pobreza. «En nuestras giras de reclutamiento nunca anunciamos beneficios materiales o educacionales como hacen otros servicios —explicó el capitán Nevers—. Sólo desafiamos a la gente a hacerse marine.»

En los desiertos del Cuerno de África conocería a mis primeros marines sobre el terreno. Como en el caso de las Fuerzas Especiales del Ejército, tenía planeado conocerlos por etapas, un despliegue tras otro.

El Cuerno de África



CENTCOM

CUERNO DE ÁFRICA, INVIERNO DE 2004
Con notas sobre África Oriental

«¿Quién necesita reuniones en Washington [...]? Los muchachos que están sobre el terreno sabrán lo que tienen que hacer. Yo atravesé Etiopía con diez hombres. En todas partes había gente que quería una presencia estadounidense.» Estaba surgiendo un nuevo paradigma para el Ejército, uno que tomaba más elementos prestados de la guerra de los Siete Años y la expedición de Lewis y Clark que de los principales conflictos del siglo XX.

Yibuti se parecía a las fotos de Marte que había enviado desde el espacio el *Mars Rover*: un desierto rocoso y rojo como el óxido con verdugones marrones y grises; un lugar donde la capacidad del planeta para albergar vida se antojaba especialmente tenue. Desde el aire, las aldeas parecían vertederos. Sin embargo, el pequeño Yibuti, del tamaño de El Salvador, constituía un terreno estratégico en la guerra global contra el terrorismo. A apenas unos minutos de Yemen a vuelo de caza a reacción, a través del estrecho de Bab el Mandeb, también estaba cerca de los reductos de Al Qaeda en Sudán, Somalia y Kenia. Los terroristas vivían de las zonas ingobernables, y éstas abundaban en las inmediaciones de Yibuti. A principios del siglo XXI, una base estadounidense en el país era tan ventajosa como una en la Europa central durante la guerra fría.

Yibuti había formado parte del primer gran Imperio etíope, el del reino de Axum en tiempos de los romanos. Compartía frontera no sólo con Etiopía,

sino también con Eritrea y Somalia. La etnia afar del norte de Yibuti estaba emparentada con los etíopes y eritreos, mientras que la comunidad issa del sur tenía vínculos con los somalíes. Yibuti existía merced al imperialismo francés del siglo XIX. Con la construcción del canal de Suez, las potencias europeas habían buscado con afán puertos a lo largo del mar Rojo y el golfo de Adén. Los franceses consiguieron un asidero en el extremo norte de la costa somalí, que recibió los nombres de Somalilandia Francesa, Territorio Francés de los afares y los issas y por último República de Yibuti, con el advenimiento de la independencia en 1977. Sin embargo, los franceses no se habían ido; con tres mil soldados y legionarios extranjeros, Yibuti era el mayor puesto avanzado francés de ultramar, merecedor de alojamiento para un general francés de una estrella. Sólo en fechas recientes los administradores galos habían dejado sus cargos dentro de los ministerios del Gobierno local.

Si los franceses no se hubiesen afincado en Yibuti a mediados del siglo XIX, es improbable que los británicos hubieran respaldado las ambiciones italianas en la costa más al norte, con el fin de contrarrestarlos, en cuyo caso la moderna Eritrea, criatura ante todo del colonialismo italiano, probablemente no hubiese llegado a existir nunca. Como las divisiones europeas no siempre cuadraban con las étnicas, en las últimas décadas Yibuti se había visto asolado por las tensiones étnicas y la guerra civil, entre los afares relacionados con los etíopes y eritreos y los dominantes issas, de parentesco somalí.

Esas brechas étnicas poseían cierta calidad obsesiva propia de Oriente Medio, pues el Cuerno de África constituía un fragmento desprendido y asombroso de esa región, con desiertos alcalinos y volcánicos separados de los de Arabia por tan sólo una estrecha franja de agua.^[1] La dinastía de emperadores etíopes que terminaba con Haile Selassie afirmaba descender del rey hebreo Salomón y la yemení reina de Saba. Allí, las tremebundas y bufonescas tragicomedias de conquista y hambruna inducida por el régimen se veían acompañadas por una escalofriante precisión habitual en Oriente Medio, pero extraña en el resto de África. Las lenguas semíticas y camíticas de la región remontaban sus orígenes escritos a la antigüedad bíblica. La capacidad técnica y organizativa de los habitantes no tenía parangón en el continente africano. Tómese como ejemplo a los amhara de Etiopía, que según el estudio clásico de Donald N. Levine, *Wax and Gold*, «no son muy dados a las inquietudes estéticas. Son campesinos de mentalidad práctica, creyentes austeros y guerreros animosos».^[2] En verdad, la guerra en el Cuerno en el cuarto final del siglo XX fue escenario de batallas de manual,

con una orquestación magistral y tanques, cazas y helicópteros de combate, que presentaban una relación más estrecha con las guerras árabe-israelíes de 1967 y 1973 y la guerra entre Irán e Irak de los años 80 que con cualquier otro conflicto del África subsahariana.

A mediados de los años 80, cuando empecé a informar desde el Cuerno, una hambruna de proporciones bíblicas asolaba la región. Los medios la atribuyeron en exclusiva a la sequía, pero el hambre era en el fondo el resultado de los conflictos étnicos y de clase. En la década de 1980, el imperio decimonónico de los amharas etíopes por fin se estaba resquebrajando, y el régimen de la capital etíope de Addis Abeba, fortificado por la ideología marxista, estaba utilizando el hambre como medio para presionar a los rebeldes tigreanos y eritreos hasta someterlos. Las fracturas étnicas nunca se curaron. Los combates, que remitieron en 1991 —después de lo cual Eritrea alcanzó la independencia oficial—, volvieron a estallar desde 1998 hasta 2000, y causaron decenas de millares de muertes más. Incapaz de exportar sus mercancías a través de los puertos eritreos, Etiopía dependía de Yibuti para disponer de una salida al mar. Eso espoleó más aún la importancia estratégica del pequeño país, y le proporcionó su primer gran avance económico.

El segundo llegó en 2002, cuando, con la connivencia de los franceses, Estados Unidos montó la Fuerza de Tarea Conjunta Combinada-Cuerno de África (CJTF-HOA) en Yibuti. Al principio estaba situada ante la costa, en el *U.S.S. Mt. Whitney*. Después los estadounidenses se mudaron a tierra firme, en el viejo puesto avanzado de la Legión Extranjera francesa de Camp Lemonier. A pesar de sus desavenencias públicas acerca de Irak, las más altas esferas del Gobierno tanto en Washington como en París habían decidido que Estados Unidos y Francia necesitaban colaborar en algo real, y no meramente simbólico, dentro de la guerra contra el terrorismo, con miras a estabilizar su relación bilateral.

Yibuti y el mundo exótico entero del Cuerno no tardaron en desvanecerse, sin embargo; una hora después de que mi avión aterrizara estaba acomodado en una abarrotada tienda de campaña de Camp Lemonier con diez cabos y soldados de primera clase de Marines. Durante muchos días serían mi única realidad antes de que me aventurara más allá de la base. La CJTF-HOA era un tinglado de los Marines en la misma medida en que la CJTF-180 de Afganistán lo había sido del Gran Ejército.

El mayor de los marines de mi tienda tenía menos de la mitad de mi edad. Era un desafío. Las diferencias entre los grupos de hombres de Veintipocos años y los que mediaban la treintena eran inmensas. Los últimos tienen la vida más encarrillada, a menudo con hijos en edad de crecer y divorcios a sus espaldas, mientras que los primeros no pueden existir durante mucho tiempo sin *soul*, hip-hop y salsa a todo volumen y un uso constante de las palabrotas más malsonantes. Sin embargo, en el barracón nadie puede ser un extraño mucho tiempo. Al cabo de un día o dos, los jóvenes marines dejaron de llamarme «señor» y empezaron a dirigirse a mí por mi nombre. Vino a coincidir con cuando fui pasto de las pulgas como todos los demás.

Nuestra tienda estaba perdida entre las muchas de Camp Lemonier. Podría haberme encontrado de vuelta en Bagram, con las mismas barreras HESCO, los mismos sacos terreros, la alambrada de concertina, las unidades de ducha, los caminos de grava, el comedor y las torres de vigilancia construidas con contenedores de mercancías apilados, todo erigido a velocidad de vértigo por Kellogg, Brown & Root (KBR). KBR era una parte tan importante del imperio militar estadounidense y la guerra contra el terrorismo como cualquiera de los servicios armados. En realidad, los empleados de KBR tendían a ser ex militares, y se les sabía capaces de correr riesgos considerables cuando la ocasión lo exigía. La arquitectura, la planificación urbana y el ambiente físico entero de los puestos avanzados de Estados Unidos en ultramar a los albores del siglo XXI eran básicamente una invención de KBR. El soldado medio nunca llegaba a ver Afganistán o Yibuti. Su mundo era la ciudad instantánea de KBR: «Basta con regarlo un poco y verlo crecer», como se decía en la base.

Camp Lemonier se diferenciaba de Bagram en que era mucho más pequeño, con 1400 habitantes frente a los 5000 de la base afgana. El aire de allí, en lugar de seco, enrarecido y frío como el de Bagram, era pegajoso, húmedo y cálido. A diferencia de Bagram, nadie usaba la hora Zulú. La hora Zulú era un requisito de las Fuerzas Aéreas estadounidenses, cuyo huso horario de referencia debía ser el mismo en todo el mundo. En el Cuerno de África, sin embargo, existía mucha menos necesidad de apoyo aéreo cercano que en Afganistán.

Mis compañeros de litera pertenecían a la 2.^a Escuadra del 2.^o Pelotón de la Compañía India, que, a su vez, formaba parte del 3.^{er} Batallón del 2.^o Regimiento de la Segunda Fuerza Expedicionaria de Marines (II MEF), procedente de Camp Lejeune. La Compañía India, que había visto la acción en Kosovo en 1999 y durante la operación Libertad para Irak (OIF) en 2003,

se encontraba en Yibuti como componente de la Fuerza de Tarea de Seguridad Betio, una referencia al islote del atolón de Tarawa que los Marines habían capturado a los japoneses en 1943. La Compañía India era responsable de la seguridad en el interior y en torno al perímetro de Camp Lemonier.

«Parece todo complicado, pero en realidad es muy sencillo —me explicó el sargento de segunda clase Chad Dickinson, de Ilion, Nueva York—. En los Marines, suscribimos el “Quesito”: “Que sea simple, tonto.” Por eso en los Marines lo hacemos todo de tres en tres: tres regimientos por división, tres batallones por regimiento, tres compañías por batallón, tres pelotones por compañía, tres escuadras por pelotón, tres equipos de tiro por escuadra y tres hombres por equipo de tiro.^[a1] Sin embargo, lo más importante que debe recordar es que nuestra compañía y nuestro pelotón son los mejores de todo el Cuerpo de Marines.»

El sargento de segunda clase Dickinson era el líder del 2.º Pelotón. Su corte de pelo al cero por los lados revelaba una sombra de cabello rojo encendido. No parecía parpadear nunca. Su mirada me hacía pensar en un apretón de manos aplastante, algo que adquirió sentido por primera vez cuando lo vi abroncar al marine del camastro de al lado por una infracción leve. «No me pongas a prueba, hijo, porque te arrepentirás», gruñó.

«Los marines son extremistas —me dijo el sargento Dickinson—. Cuando estoy en casa con mi mujer y me toca limpiar el baño, lavo con lejía pura. El Cuerpo de Marines acoge a gente que es mala y problemática y la convierte en personas que son intensas, sin más.» Cuando le pedí que me tuteara, replicó: «Si le llamara algo que no fuera “señor” y mi padre se enterase, me daría de azotes.»

Todos lo llamaban «sargento de segunda clase Dickinson», nunca abreviado a «sargento Dickinson». Los Marines jamás abreviaban el rango, como se hacía en el Ejército de Tierra. La regla contra el recorte ayudaba a apuntalar las distinciones que tenían que ver con diferencias cualitativas reales de responsabilidad. El sargento de segunda clase Dickinson se acercaba a la treintena, pero la autoridad que poseía sobre los veintinueve marines de mi tienda y las dos contiguas lo hacía parecer mucho mayor.^[a2]

Como tantos otros hombres a los que había conocido en las Fuerzas Especiales y en ese momento en los Marines, las anteriores generaciones del sargento de segunda clase Dickinson incluían a veteranos de Vietnam. Su hermano estaba en el Ejército y su suegro había sido marine. Cuando vio que la economía del norte del estado de Nueva York le ofrecía pocas esperanzas de encontrar empleo, dejar la universidad y poner rumbo al sur para alistarse a

los Marines se antojaba la decisión más natural. Los Marines, sin embargo, como había descubierto la primera noche en el barracón, no eran sureños hasta el extremo de las Fuerzas Especiales. Eran simple clase obrera genérica de todas las regiones del país.

Mucho más que las Fuerzas Especiales, los marines eran reservados y poco comunicativos, hasta que se tocaba su trabajo. Entones no podían dejar de hablar. «Pregúntales qué hacen, no cómo se sienten», tenía que decirme siempre. El sargento de segunda clase «Dick» era típico. «No gobierno de verdad la vida de los veintinueve chavales —me dijo—. Sólo gobierno a tres, los cabezas de escuadra. Al resto los superviso. Lo que mi trabajo exige de verdad es curiosidad, sobre todo lo que sucede en el pelotón.» Después siguió hablando sin cesar sobre revistas de material y reglamentos relativos a corte de pelo, afeitado y apariencia física en general.

«Cuando vas a casa de permiso y te encuentras a tíos con los que antes salías, los ves de otro modo; como unos dejados —continuó—. Un marine es siempre un marine, incluso vestido de civil. Siempre vistes con pulcritud, con la camisa metida. Nunca caminas con las manos en los bolsillos. Sobre el terreno, en cambio, podemos darle a un interruptor y volvernos chungos. Entonces toda nuestra pulcritud se canaliza en exclusiva hacia la limpieza de nuestras armas y nuestro equipo. Semper Gumby, como el muñeco de goma. Siempre flexibles. Ése es el auténtico lema de los marines.»

El sargento de segunda clase Dick había visto el combate por primera vez como cabo, en los Balcanes. Habían transportado al pelotón por tierra, en camión, desde Grecia, y habían montado una base en un gimnasio del norte de Kosovo. «Hacíamos patrullas a pie por los callejones y nos disparaban los tiradores serbios, a los que después mataban nuestros francotiradores. Nos llevábamos los cuerpos envueltos en nuestros ponchos. Después de Kosovo me reenganché.»

Para cuando llegó la OIF (operación Libertad para Irak), había ascendido a sargento de segunda clase. Dormir en «literas nicho» durante un mes «embarcados» en el trayecto desde Camp Lejeune hizo que el suelo del desierto kuwaití se antojara un paso adelante en confort. Unos camiones de siete toneladas llevaron al pelotón hasta las afueras de Nasiriya, donde experimentó su primer tiroteo con los Fedayín Sadam. Esa primera noche en Nasiriya fue la peor que pasó en Irak. Una lluvia torrencial hizo que los hombres del sargento de segunda clase tuvieran que achicar agua en la misma medida en que cavaban trincheras. Estaba oscuro como boca de lobo. La lluvia enturbiaba las linternas pegadas al cañón del arma. Sus prismáticos de

visión nocturna se empañaban. Por encima de sus cabezas y a sus lados silbaban las balas. «Más que dar miedo, es abrumador. La adrenalina no para nunca, pierdes la sensibilidad y todo tu adiestramiento se viene abajo», explicó.

En su mayor parte, sin embargo, para el 2.º Pelotón de la Compañía India la operación Libertad para Irak había sido un delirio melancólico de recorridos en camión, cubiertos de polvo y apretujados, con pausas para orinar cada seis horas, mientras sudaban dentro de sus trajes MOPP, con algunas inquietas patrullas a pie intercaladas.^[a3] Los marines del sargento de segunda clase Dickinson a menudo no recibían más que una ración de comida preparada (MRE) al día, de modo que mataban pollos y troceaban vacas muertas que habían comprado a los *hajis*. Mientras la Primera Fuerza Expedicionaria de Marines (I MEF) había marchado en línea recta de Kuwait a Bagdad, los de la II MEF, que incluía la Compañía India, quedaron en la retaguardia para despejar las bolsas de resistencia. Se llevaron menos publicidad, pero en algunos casos vieron más combates y tuvieron las experiencias más interesantes.

El pelotón pasó un mes sin lavarse hasta que el sargento de armas estuvo en condiciones de construir unas duchas improvisadas. Los calcetines se les quedaron rígidos, y los cuerpos, negros de barro y polvo. Intimaron más con sus compañeros del cuerpo de lo que habían hecho con sus amigos de casa. Sangraron, cagaron y vomitaron juntos. Sin radio ni televisión, descubrieron la lectura por primera vez en sus a menudo pobres y desdichadas vidas. Todas las noches llegaba «la hora del cuento», cuando uno de ellos leía en voz alta para los demás: la *Paloma solitaria*, de Larry McMurtry, de cabo a rabo.

La mayoría de los hombres del sargento de segunda clase Dick todavía eran adolescentes, pero aun así me contaron sus anécdotas de Irak como si fueran ancianos hablando para sus nietos. «Irak hizo que quisiera volver a casa para pedir perdón a todas las personas con las que había sido un capullo alguna vez; me hizo verme desde fuera por primera vez», me dijo Richard Cabrera, un cabo de veintiún años oriundo de Riverside, California.

Ty Ogden, un chico de diecinueve años de Saratoga Springs, Nueva York, me contó que una chica iraquí se le había acercado para regalarle una flor, que él se enganchó al casco. «Los iraquíes siempre eran amables con nosotros —dijo otro soldado de primera clase tatuado de diecinueve años, Jeremy Kepner, de Utica, Nueva York—. Por la mañana nos llevaban té fresco y pan de pita, que cambiábamos por raciones de comida. Cuando por fin volvimos a

casa de permiso, se nos hizo raro. Nuestros viejos amigos de repente parecían inmaduros, inocentes.»

En el trayecto a casa desde Irak, el barco hizo escala en Lisboa, Portugal, durante cuatro días. Para el soldado de primera clase Kepner y la mayoría de los demás, se trataba de la primera visita a Europa. «Después de meses en Camp Lejeune, Kuwait e Irak, Portugal nos pareció una pasada —rememoró—. Las mujeres eran tan guapas, la gente tan educada y bien vestida... no como los estadounidenses. Los edificios eran antiguos, como un castillo. Me dio qué pensar. Quiero ir a la universidad en cuanto se acabe mi periodo de servicio.»

Un día, estaba sentado encima de un Humvee con el soldado de primera clase Kepner, a la espera de ir al campo de tiro. Mencioné por causalidad que había estado en Colombia el invierno anterior con el 7.º Grupo de las Fuerzas Especiales del Ejército.

«Fue entonces cuando mataron allí a mi abuelastro —replicó Kepner—, en el sur de Colombia.»

Resultaba que el soldado de primera clase Kepner era el nietastro de Tom Janis, el veterano de Vietnam y receptor de la Estrella de Bronce al que habían ejecutado los guerrilleros de las FARC cuando su avión se estrelló, y cuyos restos mortales había visto en el hangar aquel día en Larandia.

«Sí —dijo Kepner—. Enterraron a mi abuelastro en el Cementerio Nacional de Arlington.»

Si el sargento de segunda clase Dickinson era el cabeza del pelotón, el subteniente Chris Wagner, de Hillsborough, Nueva Jersey, un graduado por la Universidad Towson de Maryland, era su oficial ejecutivo. Se trataba de una división de responsabilidades similar a la existente entre el sargento maestre y el capitán de un equipo de las Fuerzas Especiales, la cual, a su vez, se parecía a la del director y el redactor jefe de un periódico. El sargento de segunda clase Dickinson era responsable del funcionamiento minuto a minuto de la maquinaria humana, mientras que el subteniente Wagner proporcionaba al pelotón su orientación básica: redactaba los programas de adiestramiento, etc. El subteniente Wagner era como otros oficiales de grado medio y bajo que había conocido en las Fuerzas Armadas: la formación de oficiales (que en el caso de los Marines tenía lugar en Quantico, Virginia) le había conferido, de paso que lo volvía más coherente, un vago porte aristocrático. Era muy sutil y existía sólo por comparación con los suboficiales, pero estaba allí.

Mi primer encuentro con el subteniente Wagner fue durante unas maniobras en el campo de tiro. Aunque el cometido de vigilancia era el trabajo más viejo del Cuerpo de Marines, proporcionar seguridad a Camp Lemonier era un asunto de rutina, de modo que una unidad marine de combate como el 2.º Pelotón tenía que llenar hasta la última hora disponible con instrucción para mantenerse lista para la lucha. Los soldados estadounidenses tuvieron su primera experiencia en guerra irregular al combatir contra los iroqueses en el terreno densamente boscoso del valle del río Ohio, durante la guerra de los Siete Años, pero como observó el subteniente Wagner durante el ejercicio: «Es posible que no volvamos a ver muchos combates en entornos boscosos. El futuro son las MOUT [operaciones militares en terreno urbano].» Delante de nosotros, los miembros del pelotón avanzaban entre el polvo, hincando los codos en el duro suelo del desierto, cada uno sosteniendo su M-16 en una mano al estilo «ala de pollo», mientras usaba la otra para interrumpir la caída. Por cada dos marines que disparaban fuego de contención, uno avanzaba. «El fuego sin movimiento al frente es un desperdicio; el movimiento sin fuego es un suicidio.» El objetivo era mantener los campos de tiro tan estrechos como fuera posible, para evitar alcanzar a civiles en el imaginario entorno urbano. Como no era más que un ejercicio, para mantener la motivación los marines practicaban gritos de guerra indios que habían oído en la película *El último mohicano*.

Los Marines eran un ejemplo de cómo el Gobierno canaliza la testosterona de los jóvenes varones hacia fines nacionales útiles. Si el Ejército fuera mucho más pequeño de lo que era, quizás el único resultado fuera un aumento de la violencia pandillera dentro del territorio nacional. «Me alisté porque sentía que necesitaba disciplina», me dijo uno de los cabezas de escuadra del sargento de segunda clase Dickinson. No sólo se parecían los cortes de pelo, los tatuajes y los físicos de culturista de todos los marines hasta llegar a los cabezas de escuadra, sino también sus expresiones. Poseían una intensidad metálica que recordaba al agua que se derrama sobre las rocas en un arroyo rápido.

Fue en el campo de prácticas de tiro donde vi cómo se ganaban el sueldo los marines. Con las Fuerzas Especiales, uno iba y disparaba munición real y granadas de propulsión a cohete hasta quedarse a gusto, usando los últimos fusiles de asalto M-4 con sistema de raíles. Los marines disparaban RPG de fogeo. Tenían un número limitado de proyectiles de 5,56 mm. No poseían los últimos cascos y usaban fusiles M-16, más antiguos, pesados y farragosos.

Y éstos eran marines que habían visto combates en la operación Libertad para Irak.

Con todo, fue una tarde en el campo de prácticas como nunca había experimentado. En lugar de salir durante una hora o dos y disparar desde un arcén despejado, nos pasamos seis horas bajo el sol abrasador, gateando sobre los codos desnudos en la viscosa tierra africana, corriendo de una posición tendida a otra, para practicar un asalto. El sargento de segunda clase Dickinson insistió en que lo experimentara de primera mano. Tumbado boca abajo en decúbito prono, me costaba apuntar porque estaba sin aliento.

Se pasó el día chillando. Eran chillidos con mala leche, sobre todo cuando dos marines dispararon sus rifles en «ráfaga», pues les enseñaban a disparar siempre con miramiento, para que cada disparo contara. La disciplina no aflojaba nunca. Sin embargo, se trataba de una disciplina que insuflaba no sólo obediencia, sino también responsabilidad, porque muchos de esos marines comandaban a otros en grupos cada vez más pequeños.

Esa tarde estalló una pelea a puñetazos en el barracón, y el sargento de segunda clase Dickinson entró hecho una furia. Parecía tan enfadado que tenía la cara roja como el pelo. Entonces se calmó. Nos habló de su propia ira, de por qué era necesaria y por qué era necesario resolver los problemas dentro de la escuadra cuidando los unos de los otros.

«Nos peleamos. Yo grito. Pero somos una familia. Yo soy vuestro padre y vuestra madre. Es la cultura de los Marines. Es por lo que seguimos en pie después de doscientos años.» Se trataba de chicos duros con un historial familiar conflictivo. Los Marines eran como un orfanato que funcionaba. El cabo Richard Cabrera era un ejemplo típico. Se había alistado en los Marines para evitar el camino que había conducido a su hermano mayor a la cárcel tras la muerte de su padre. Su madre trabajaba a todas horas para mantener a sus tres hijos, y Cabrera, que era joven e ignorante, pensaba que si no estaba nunca por casa era porque lo odiaba. Fue la experiencia del Cuerpo de Marines, me dijo, lo que le hizo darse cuenta de que su madre siempre lo había querido. «Lo único que me hacía falta en casa era que me echaran de menos.»

«Columna derecha, columna izquierda. Izquierda, izquierda», entonaba el sargento de segunda clase Dickinson para marcar el paso sobre la grava caliente, mientras el pelotón marchaba hacia el punto donde formarían para organizar el servicio de guardia. En ese punto de formación cada marine

apilaba con pulcritud su casco y su rifle encima del uniforme, que a su vez descansaba sobre la chaqueta antibalas o, como la llamaban las Fuerzas Especiales, la IBA (blindaje corporal individual). Cada acción tenía su procedimiento. Era un pequeño ejemplo de cómo el Cuerpo de Marines, más que cualquier otro servicio, desarraigaba la identidad civil.^[a4]

Antes de que cada cual se dirigiera a su puesto de guardia, hubo una EMP (educación militar profesional). El sargento de armas de origen vietnamita, Taun Pham, arrancó a caminar de un lado a otro mientras ladraba con sonsonete: «¿Por qué es necesario repetir las cosas, caballeros? —preguntó retóricamente—. Porque la repetición es nuestro modo de aprender. Cuando sale una nueva canción de hip-hop cojonuda, ¿qué es lo que hacen, caballeros? La escuchan una y otra vez hasta aprenderse la letra. Con las armas se hace lo mismo que con una buena canción de hip-hop. Se practica cargando, apuntando y disparando una y otra vez. ¿Y cómo nos comunicamos entre nosotros? —prosiguió—. Mediante un código de brevedad. ¿Y por qué lo hacemos así, caballeros? Para transmitir mucha información en poco tiempo. Los marines no son como las demás personas. Los marines no pierden el tiempo parloteando. Así pues, ¿qué hacen cuando tienen que decirle a alguien que cierre la base? Dicen “tormenta de arena”. ¿Y si quieren anunciar que hay un artefacto explosivo improvisado dentro de la base? Dicen “petardo”. ¿Y si quieren que alguien tenga un cargador metido en su M-16, con el cerrojo hacia delante, la recámara vacía y el puerto de expulsión cerrado? Dicen “condición tres”. Existe un código de brevedad para todo, de modo que, como les decía, no pierdan el tiempo parloteando. Los marines deben decir en unos segundos lo que a otros les llevaría un minuto.»

Para el Cuerpo de Marines, el más burocráticamente rebajado de los servicios armados, el sargento de armas era el rango por antonomasia. El «armas» era el tío al que acudir, el asesor técnico del capitán, el recluta más veterano que manejaba toda la logística, el machaca de hierro.^[a5]

Mientras el sargento de armas Pham seguía con su cantinela instructiva, los oficiales y suboficiales entraron en una de las tiendas para efectuar su propia EMP. Dirigía la sesión el capitán Charles Cassidy, de Evergreen Park, Illinois, oficial al mando de la Compañía India. El subteniente Wagner, el sargento de segunda clase Dickinson y demás oficiales y suboficiales —tan autoritarios momentos antes con sus cabos y soldados— se volvieron sumisos en el acto. En el Pentágono, un capitán de Marines se perdía entre muchos otros oficiales. Sobre el terreno, sin embargo, un capitán era el líder de la compañía, algo muy gordo. La posición y responsabilidad del capitán Cassidy

lo hacían parecer casi remoto. Aleccionó a sus subalternos durante más de dos horas, con uso frecuente de códigos de brevedad. La batería de lógica y hechos que condensó en su discurso fue verdaderamente extraordinaria. En una competición de sustancia, habría machacado al experto académico o periodístico más pintado. Al capitán Cassidy no le interesaba lo que era interesante, sino sólo lo que importaba.

El tema de la charla era un asalto imaginario contra tropas enemigas situadas en una planicie elevada. La ruta de asalto atravesaba bosques pantanosos y crestas de escasa vegetación. «El terreno se antepone al enemigo —nos explicó el capitán Cassidy—. El terreno es el elemento más importante porque condiciona todo lo que nosotros y el enemigo haremos. El enemigo tiene una personalidad diferente en función del terreno en el que debemos actuar.» El contexto geográfico lo era todo, en otras palabras.

El Terreno Clave, explicó el capitán Cassidy, era la parte del terreno que confería una ventaja de cara a adquirir el Terreno Decisivo. El Terreno Clave podía variar, «porque es posible que haya una sola puta posición de ametralladora reteniendo un avance, que después sea sustituida por otra posición de ametralladora». En cuando al Terreno Decisivo, «es posible que no exista en absoluto», porque la naturaleza de la configuración del enemigo puede imposibilitar que se garantice el éxito mediante la toma de un solo punto. El terreno también se dividía entre una Zona de Operación y una Zona de Interés. La Zona de Interés, en ese caso la planicie elevada, se extendía más allá de la Zona de Operación, que eran los bosques pantanosos y las crestas. El Terreno Clave de ese asalto en particular estaba situado cerca de la línea de crestas, donde la Zona de Operación se encontraba con la Zona de Interés.

La charla continuó, volviéndose cada vez más específica a medida que se describía y estudiaba cada cresta y camino que conducía hacia la planicie. Seguía la lógica implacable tanto del *Manual del ranger* como del *Manual 6-5 de la Fuerza de Marines y la Flota (FMFM 6-5)*, este último conocido como la «Biblia del machaca».^[a6]

Llevaba desde el principio de mi travesía conociendo a hombres para quienes «la misión lo era todo». La charla del capitán Cassidy clarificaba más aún la misión. Demostraba que la misión debía ser tangible, que debía ser finita, que para ser exitosa no hacía falta —y a menudo no era posible— que fuera ejecutada a la perfección y que, ante todo, se fundamentaba en prioridades. Asumía, en otras palabras, un mundo confuso con resultados imperfectos.

En semejante universo táctico, las intenciones carecían de sentido; sólo importaban los efectos. Se trataba de un universo caracterizado por una total contabilidad, ya que el éxito y el fracaso eran específicamente medibles en términos de centímetros de terreno y vidas humanas. Era una lógica restrictiva, pero sin autoengaños como otras. En ello residía su poder.

Sólo había unos minutos a pie entre la oficina del capitán Cassidy y la del general de brigada de Marines Mastin Robeson, comandante de la Fuerza de Tarea Conjunta Combinada-Cuerno de África, al que conocía de la Escuela de Estudios Militares Avanzados del Ejército en Fort Leavenworth, Kansas. Los marines de la Compañía India custodiaban Camp Lemonier, desde donde el general de brigada Robeson lanzaba misiones por todo el Cuerno de África y más allá. Sin embargo, por bien que el general de brigada Robeson se consagrara a asuntos más grandes, de corte estratégico, era la disciplinada lógica de los manuales de campaña para marines la que guiaba su enfoque. Oriundo del oeste de Carolina del Norte (aunque en ese momento viviera en Jacksonville), era alto, esbelto y canoso, con una expresión astuta y curiosa que me hacía pensar en la mira de un rifle enfocando el blanco.

La CJTF-HOA trabajaba bajo «la tiranía de la distancia», me dijo Robeson. Su AOR (zona de responsabilidad) no sólo incluía los tradicionales países del Cuerno de África —Yibuti, Etiopía, Eritrea y Somalia—, sino también los terrenos vecinos de Yemen, Sudán y Kenia. Ese subfeudo del CENTCOM era cinco veces mayor que Irak y Afganistán juntos, pero aun así la huella estadounidense había conservado un tamaño relativamente pequeño. «Llevamos a cabo una excavación arqueológica, no una renovación urbana —me explicó—. Lo nuestro es ocuparnos de los flecos, encontrar agujas en pajares, no desmantelar regímenes.» Saltaba a la vista que allí se traían entre manos muchas menos cosas que en Irak y Afganistán, pero lo que sucedía —como en Colombia, Mongolia y Filipinas— era más instructivo de cara al probable funcionamiento del Ejército estadounidense en el futuro.

El Cuerno de África había aparecido en la pantalla de radar de los servicios de información estadounidenses mucho antes de los atentados de 1998 contra las embajadas estadounidenses en Nairobi, Kenia, y Dar es Salam, Tanzania. Al Qaeda llevaba años operando alrededor del Cuerno. Cuando Osama bin Laden se trasladó de Sudán a Afganistán en 1995, dejó atrás una estructura de apoyo financiero en Jartum. Aunque el terrorismo prosperaba en el desgobierno, también requería acceso cultural y lingüístico,

para que los terroristas pudieran mezclarse con la población. En el caso de Al Qaeda, Sudán, Somalia, Yemen y el norte de Kenia, de fuerte presencia musulmana, ofrecían ese acceso.

«Ésta es una región —me dijo Robeson— donde los jóvenes agentes de Al Qaeda se infiltran en las ciudades y aldeas, se afincan, se casan con chicas del lugar y quedan ocultos.» Saleh Nabhan, un agente clave en el atentado de 2002 contra el hotel Paradise de propiedad israelí en Mombasa, Kenia, y en el misil tierra-aire lanzado contra un avión de pasajeros israelí desde la misma ciudad, encajaba a la perfección con ese retrato: un buen día había llegado a una aldea pesquera de la costa cercana a la isla de Lamu, en el norte de Kenia, se había instalado allí y se había casado con una lugareña de quince años, para después comprarse una casa con la dote y pasar desapercibido durante varios años. «¿Cuántos más como él habrá por ahí sin que nosotros lo sepamos?», se preguntó el general en voz alta. En cualquier caso, la CJTF-HOA andaba localizando a más de quinientos terroristas por su nombre. «Es como levantar una alfombra y pensar: “Madre mía, ¿de dónde han salido todas estas cucarachas?” En cuanto uno empieza a jugar a la defensa en zona en profundidad, como estamos haciendo en el Cuerno, es alucinante lo que sale a la luz.»

En mayor medida incluso que Afganistán, el Cuerno era un lugar propicio para una estructura de fuerza ligera y letal. Robeson había aplanado la jerarquía de mando condensando su propio Estado Mayor y el de la Fuerza de Tarea Conjunta de Operaciones Especiales (JSOTF) de la CJTF-HOA en una sola entidad. Había creado un centro único de fusión de información con representantes de todos los países de la zona de responsabilidad, para analizar las actividades políticas, militares y terroristas en el Cuerno y más allá, lo que componía un tapiz holístico del que no disponían en el Departamento de Estado o la Agencia Central de Información (CIA).

El general de brigada Robeson estaba menos lastrado por el encaje burocrático de las fronteras que el Departamento de Estado. Si los terroristas podían aprovecharse de la porosidad de las fronteras, ¿por qué no podía el Gobierno estadounidense? Aun así, las embajadas de Estados Unidos, establecidas de acuerdo con un sistema de estados-nación, eran por definición «nacioncéntricas», con el resultado natural de la «localitis». El Departamento de Estado, más aún que el Pentágono, estaba obstaculizado además por las divisiones heredadas de la guerra fría de sus diversas oficinas «sectoriales»: la Oficina de Asuntos de Oriente Próximo, la Oficina de Asuntos Africanos, etc. La zona de responsabilidad de Robeson, en cambio, se solapaba a varios

dominios geográficos: el Cuerno de África, la península Arábiga, el norte y el este de África y el Pacífico. Tanto el Cuerno como Yemen y Kenia se encuadraban dentro del CENTCOM, que comprendía Oriente Medio y las partes de África donde la península Arábiga ejercía más impacto. El EUCOM, que manejaba Europa y el África subsahariana, había permitido a Robeson seguir rastros hasta Tanzania y Uganda. Entretanto, el PACOM le había concedido un acceso similar a las islas Comores.

«Desde el punto de vista burocrático, estamos haciendo cosas que nunca antes habíamos hecho —me dijo Robeson—. Hablo unas cuantas veces por semana con el general [John] Abizaid [oficial al mando del CENTCOM], y hasta allí llegan mis instrucciones. Es genial que pasen de ti. Significa que puedes innovar.» Cuanto más nuevo e inmaduro fuera el teatro de operaciones, más oportunidades existían para las medidas emprendedoras.

Yibuti, a su manera tranquila, manifestaba el efecto último del 11-S, un efecto que era general y duradero más que específico y transitorio. Irak y Afganistán se basaban en el derrocamiento de regímenes y la posterior construcción de una nación, cosa que, al ocupar titulares, emocionaba a los periodistas e intelectuales que vivían de las noticias para sus debates y tertulias. Sin embargo, el Cuerno demostraba que el asesinato de varios millares de estadounidenses en un solo día dos años y medio atrás había proporcionado al Ejército estadounidense el detonante para un nuevo tipo de gran papel de poder, un papel que era preciso y sutil, que no precisaba de una gran cantidad de tropas y que en verdad no se basaba en la construcción de naciones.

«Ya no basta con machacar fumaderos de *crack* —explicó Robeson—. El nuevo modelo de Economía de Fuerza en el que estamos trabajando consiste en machacar a algunos individuos con discreción, a la vez que se dirigen muchos proyectos de ayuda que generan publicidad positiva en las zonas afectadas.» En consecuencia, Robeson estaba salpicando su inmenso feudo de desierto y sabana con misiones de ayuda. Soldados estadounidenses, a menudo vestidos de civil, estaban construyendo escuelas y hospitales y cavando pozos, organizando MEDCAPS Y DENTCAPS para los habitantes y VETCAPS para sus animales. Adiestraban en contraterrorismo a las tropas indígenas de varios países, organizaban guardias costeras locales desde Kenia hasta Yemen y mandaban equipos clandestinos de Operaciones Especiales aquí y allá para capturar y matar a «los malos». El 11 de Septiembre había concedido a las Fuerzas Armadas estadounidenses una justificación para salir a detectar problemas y a la vez realizar algunas buenas acciones.

En Marib, el páramo yemení al este de la capital de Sanaa a la que había viajado trece meses antes, se habían efectuado en tiempos recientes docenas de arrestos de sospechosos de pertenencia a Al Qaeda, facilitados por Estados Unidos, que coincidieron con la inserción de marines para adiestrar a comandos yemeníes. En la desértica región etíope de Ogaden, equipos de asuntos civiles (CAT) del Ejército estaban entablando relaciones con los dirigentes de clanes locales que necesitaban ayuda contra los bandidos y los refugiados que se colaban desde la caótica Somalia.

«¿Quién necesita reuniones en Washington? —me dijo el comandante del Ejército Trip Narrow, de Baton Rouge, Luisiana—. Los muchachos que están sobre el terreno sabrán lo que tienen que hacer. Yo atravesé Etiopía con diez hombres. En todas partes había gente que quería una presencia estadounidense. Saben que estamos aquí. Quieren ver lo que podemos hacer por ellos. Un CAT [equipo de Asuntos Civiles] de cuatro hombres puede lograr más que un batallón de infantería. Olvídense del lastre de Vietnam —prosiguió—. La clave siguen siendo los corazones y las mentes, un papel de Cuerpo de Paz para el Ejército.»

Quince años después de la caída del Muro de Berlín, estaba surgiendo un nuevo paradigma para el modo de proyectarse hacia el exterior de las Fuerzas Armadas, uno que tomaba más elementos prestados de la guerra de los Siete Años y la expedición de Lewis y Clark que de los principales conflictos del siglo XX. Del mismo modo en que los británicos y los franceses habían tratado con la Confederación Iroquesa en las laderas occidentales de los Apalaches y el norte del estado de Nueva York, los estadounidenses del Cuerno estaban interactuando con los pueblos indígenas en pequeñas cantidades, cerrando varios acuerdos de interés mutuo y matando a unos cuantos cuando era necesario. Y como en el caso de Lewis y Clark, se estaba enviando pequeños grupos de soldados y marines a zonas poco estudiadas, armados con apenas unas directrices esenciales. Sin embargo, como los progresos a menudo eran imperceptibles, no estaba claro hasta qué punto los funcionarios de Defensa de Washington apreciaban la importancia de lo que estaba sucediendo allí.

El nuevo paradigma concedía al general de brigada Robeson una suerte de poder que no acababa de tener ningún embajador estadounidense o subsecretario de Estado. No sólo estaba libre del lastre de las anticuadas divisiones burocráticas del Departamento de Estado, sino que su capacidad para tratar con los cabecillas y hombres fuertes de la región quizá contara también con la ayuda de una mentalidad de clase obrera de causa y efecto,

disciplinada por la lógica de los manuales tácticos de operaciones de los Marines y la educación militar clásica que había recibido en Fort Leavenworth. Aunque la democracia ganaba terreno en la región, muchos de los dirigentes electos con los que Robeson había entablado relaciones eran ex combatientes guerrilleros y militares, hombres de origen humilde que quizá tuvieran más en común con un general de brigada de Marines que había estudiado Administración de Empresas en el Bryan College de Dayton, Tennessee, y vivía en Jacksonville, Carolina del Norte, que con un embajador civil que había estudiado, pongamos, Humanidades en una universidad de elite y vivía en una próspera urbanización de Washington.

El hecho de que generales como Mastín Robeson estuvieran en la primera línea diplomática, a expensas en cierta medida del Departamento de Estado, inquietaba a los comentaristas que daban por buena la permanencia de las categorías de responsabilidad burocrática de la era industrial, categorías que a principios del siglo XIX contaron con el espaldarazo de salida de la profesionalización de los ejércitos europeos, que en consecuencia se separaron de sus estructuras de mando civiles. Sin embargo, esas distinciones daban la impresión de estar debilitándose.

En 1994, dos oficiales de las Fuerzas Especiales ayudaron al Gobierno paraguayo a ratificar nuevas leyes justo después de que se aprobara la constitución del país. Por otro lado, fue bajo los auspicios del Departamento de Estado, y no los del Pentágono, que se prestó helicópteros al Ejército colombiano para que combatiera a los narcoterroristas. Tal y como Robeson era el modelo para los futuros generales, el modelo para los futuros diplomáticos podría haber sido Deane Hinton, que supervisó operaciones de contrainsurgencia como embajador en El Salvador a principios de los años 80 y después hizo lo propio con los esfuerzos por armar a los guerrilleros afganos en su calidad de embajador en Pakistán a finales de esa misma década. En ambos casos, una estrategia militar hubiera sido infructuosa en ausencia de una exitosa estrategia interdepartamental, que respaldara las iniciativas diplomáticas y paquetes de ayuda con el poder de un arma cargada. A medida que siguieran descomponiéndose las divisiones militares y diplomáticas de responsabilidad, era probable que el Gobierno estadounidense regresara a los liderazgos unificados del mundo antiguo y los albores de la modernidad, lo que Sócrates y Maquiavelo reconocieron como verdad básica de todos los sistemas políticos, con independencia de la etiqueta que se atribuyeran esos sistemas.^[3]

Con su mentalidad práctica, el general Robeson no se dejaba impresionar ni por la apariencia del progreso ni por sus definiciones escolásticas, sino por el progreso en sí. Como muestra, al igual que a muchos miembros de la cúpula de Defensa, pero a diferencia de muchos otros en el Departamento de Estado, a Robeson le gustaba el presidente de la vecina Eritrea, Isaiás Afwerki. «Isaiás no necesita guardaespaldas —me dijo—. Va solo por el mundo. Vive en una casa normal. Gobierna una capital africana libre de delincuencia, sin bajos fondos, a pesar de tener relativamente poca policía. Posee un sentido laico y occidental del patriotismo superior al de cualquier otro país de mi AOR [zona de responsabilidad]. ¿No es eso lo que afirmamos querer?»

Eritrea era interesante como símbolo de la diferente visión del mundo del Pentágono y el Departamento de Estado. Mis experiencias periodísticas en el país me situaban en un principio del lado del Pentágono, aunque, a medida que se deterioraba la situación en cuanto a derechos humanos, hasta yo empezaba a perder las esperanzas a marchas forzadas. Mientras el Departamento de Estado definía la sociedad civil en términos de criterios genéricos como las elecciones, la libertad de prensa y la ausencia de presos políticos, esa manera de pensar soslayaba detalles vitales: el presidente Afwerki no precisaba un inmenso aparato de seguridad para protegerlo como el primer ministro de Etiopía, Meles Zenawi. Podía sostenerse que Eritrea era el menos corrupto de los países del Tercer Mundo. Poseía un historial rayano en la perfección en cuanto a la administración de la ayuda internacional, y cuidaba de sus ciudadanos discapacitados mejor que cualquier otro país africano.

En palabras de Robeson: «En vez de renunciar a Isaiás porque no se ajusta a nuestros estándares de democracia occidental, lo que nos interesa es traerlo a la tienda de campaña, antes de que la situación de derechos humanos empeore aún más.» Me comentó que el dirigente eritreo había cedido a Yemen las disputadas Islas Hanish en el mar Rojo, tal y como la comunidad internacional le había pedido. Prosiguiendo con su suave arrastrar de palabras propio de Carolina del Norte sobre la tensa relación entre Eritrea y Yemen, Robeson observó: «[El presidente yemení Alí Abdulá] Saleh ha sido un líder verdaderamente impresionante, no se equivoque. Y si ha tenido éxito es porque ha sellado acuerdos con una tribu y con otra. Sin embargo, por eso mismo Isaiás no puede respetarlo. Verá, Isaiás vivió en una cueva durante años en tiempos de la guerra de guerrillas con Etiopía. Nadie opta por vivir

tanto tiempo en una cueva salvo para defender un principio fuerte. De modo que, a ojos de Isaías, Saleh no tiene principios, no es más que un trapichero.

»Meles [Zenawi] también vivió en una cueva durante años —prosiguió, en referencia al líder de Etiopía—. Por eso son tan listos los dos. Durante años no tuvieron nada que hacer salvo leer.»

En verdad, el presidente Bush y el secretario de Defensa Rumsfeld se habían encontrado con Zelawi en 2002, para hacer de Etiopía un eje en la lucha contra Al Qaeda. Los etíopes estaban concediendo derecho de vuelo y compartiendo información con Estados Unidos, a la vez que contingentes de la 10.^a División de Montaña adiestraban a soldados del país. Etiopía, cristiana ortodoxa, se sentía a todas luces amenazada; ya acogía a un 50 por ciento de los musulmanes, con mezquitas financiadas por los saudíes que difundían el radicalismo y el Frente de Liberación Oromo, separatista islámico, activo en el sur del país.^[4]

Robeson me enseñó un mapa de los grupos étnicos del Cuerno. El territorio de los afares abarcaba sectores de Yibuti, Eritrea y Etiopía, y el de los issas Yibuti, Etiopía y Somalia. Los numerosos oromos habitaban en Etiopía y en Kenia. Los anuaks se encontraban en Etiopía y Sudán, los digil ocupaban Somalia y Kenia, y suma y sigue. El mapa parecía extraño pero, como evidenciaba el resurgir islámico en Etiopía, poseía un significado político urgente. Somalia, por ejemplo, era un Estado fallido que a todos los efectos se había partido en tres trozos: el noroeste dominado por los issas que coincidía con la antigua Somalilandia británica; la parte central, llamada «Puntlandia» (una referencia a la tierra bíblica de Punt, junto a la desembocadura del mar Rojo) y en gran medida darood; y la zona sur alrededor de Mogadiscio, de predominancia hawii, que había sido una colonia italiana.

Somalia no podía ir peor. Sólo el antiguo noroeste británico conservaba una semblanza de gobierno. Robeson estaba igual de preocupado con Etiopía y Kenia. Dominaban la región en términos demográficos, y habían pasado de ser regímenes represivos a democracias débiles, como lo había sido Estados Unidos a principios del siglo XIX. Etiopía todavía tenía más de extenso imperio que de país, y lo gobernaba una minoría tigreana. Si bien predominaba el cristianismo ortodoxo, poseía amplias zonas musulmanas, al igual que Kenia. La construcción de mezquitas en la zona de responsabilidad de Robeson se había multiplicado por ocho y más. La degeneración institucional del África subsahariana estaba generando unas identidades

religiosas más fuertes, a medida que el Estado poscolonial perdía su magnetismo en la imaginación de los pueblos.

Los terroristas eran los beneficiarios de esas tendencias.

Hablando con el general Robeson, no pude por menos de recordar el retrato que a mediados del siglo XX hizo Donald Levine de los ambaras etíopes, *Wax and Gold*, un estudio etnográfico que se cuenta entre los más brillantes del género. Levine, profesor de Sociología en la Universidad de Chicago, se calificaba a sí mismo de «pragmático»: alguien, explica, que afirma los valores humanos de la modernidad, pero aun así no concibe esa modernidad en términos ideológicos fijos, sino como algo «relativo al contexto cultural en el que se produce».^[5] Así pues, si bien la democracia quizá sea en última instancia el mejor sistema para todas las sociedades, cada sociedad debe reformarse a su propio ritmo y manera, en función de las circunstancias históricas y geográficas. Como la experiencia de Levine en el Cuerno era prodigiosa, y no tenía miedo de generalizar acerca del comportamiento humano, *Wax and Gold* («cera y oro»), para el que investigó entre 1957 y 1962, posee una sensatez práctica y anticuada que es infrecuente en los círculos académicos contemporáneos.

Cera y oro, explica Levine —*samenna warq* en amhárico—, «es la fórmula que utilizan los amharas para simbolizar su variedad favorita de verso». Se trata de una fórmula poética formada por dos capas semánticas: el sentido evidente y figurativo de las palabras, llamado «cera», y el sentido oculto que sería el «oro». Ésa es la clave, da a entender, para comprender la cultura etíope. Si bien una ausencia relativa de ambigüedad —el discurso claro y directo— es necesario para el buen funcionamiento de una sociedad y una burocracia modernas, la gestión de las tensiones sociales y étnicas requiere un considerable recurso a la ambigüedad para las relaciones interpersonales. Una cultura del engaño, según Levine, ha sido siempre un obstáculo para la modernización de Etiopía, pero también la protectora de su relativa paz social.^[6]

En el «orden mínimo, hobbesiano» de Etiopía, prosigue Levine, las obligaciones morales rara vez se extienden más allá del círculo familiar y tribal. Los celos y el secretismo son omnipresentes, en parte debido a una historia de vida bajo la doble amenaza del islam y el cristianismo occidental. (Así, la Iglesia ortodoxa etíope se ocupa de «la justicia práctica, no el amor universal».) Etiopía, de la que atraía a Levine su «pueblo extraordinariamente

hermoso en un entorno de gran belleza natural», es un lugar duro y cruel. El autor recoge «el uso desabrido de la autoridad, la sutil sensación de fatalismo, la adulación del rango en vez de las cualidades humanas [...] la estrechez de miras [...] los aspectos interpersonales del *ethos* de la cera y el oro».

La apariencia de la zona rural es una prueba de esa ausencia de comunidad. Existen pocos centros urbanos venerables, o siquiera aldeas, en las tierras altas etíopes, caracterizadas por grupos muy diseminados de casas en las zonas altas y bajas de las montañas. En lugar de aglutinamiento, lo que hay es dispersión.^[7]

Wax and Gold se publicó una década antes de la revolución etíope que derrocó al emperador Haile Selassie y llevó al poder al régimen que existen motivos para calificar del más sistemáticamente homicida en la historia del África del siglo XX, una máquina de matar marxista, suspicaz y hermética hasta el mutismo, que puso de manifiesto muchos de los rasgos culturales negativos que Levine había identificado en sus investigaciones.

Al contemplar el mapa étnico del Cuerno y lo que podría suceder en él en los años venideros, supe que un libro como ése sólo podría crecer en relevancia, pues de igual modo que el terreno se antepone al enemigo, de acuerdo con el capitán Cassidy, la cultura indígena —una reacción a las circunstancias geográficas— debe apreciarse antes de conseguir cualquier cosa con sus habitantes.

El énfasis decreciente en la autoridad central había llevado al Ejército estadounidense a forjar una presencia en enclaves remotos de Etiopía y Kenia. En eso consistía «trabajar con los flecos», según el general de brigada Robeson. Por tanto, una mañana me escabullí antes del alba del mundo carcelario del barracón de marines, me dirigí a la pista de despegue de Camp Lemonier, me embarqué en un C-20 de la Marina y a la hora de comer estaba en Nairobi, donde me subí a una pequeña avioneta comercial. Antes de media tarde contemplaba la cumbre del monte Kilimanjaro desde la ventanilla del avión. Al atardecer toqué tierra en la localidad costera keniana de la bahía de Manda, cerca de la frontera somalí, donde el matorral africano se encuentra con el turquesa lechoso del océano índico. Allí el Cuerno da paso a África oriental, y el mundo del Oriente Próximo musulmán se fusiona con el de la sincrética África subsahariana para formar la más pura cultura swahili. Desde la bahía de Manda, me embarqué en un *dhow* para el breve trayecto a vela

hasta la isla de Lamu, mi destino y el de los cuatro hombres del CAT [equipo de asuntos civiles] del Ejército con los que viajaba.

Al igual que el archipiélago Sulu del sur de Filipinas, Lamu es otro paraíso perdido de playas vacías, ensenadas color aguamarina engalanadas con ondeantes motivos coralinos, cabañas con techo de caña y callejuelas apacibles y contemplativas hipnotizadas por el sol y recorridas por burros. Sólo la salvaba del turismo de masas la amenaza del terrorismo y la reputación de delincuencia de Kenia.^[a7] La predominancia musulmana era otro factor, porque limitaba los permisos de venta de alcohol en la isla.

Lamu, una creación medieval de los comerciantes árabes, es la primera de las ciudades-estado swahilis a las que llegan los *dhow*s de un solo mástil que zarpan desde Omán y Yemen. El predominio de los persas y los portugueses en esas aguas contribuyó al eclecticismo cultural. Lamu prosperó durante los siglos de la trata de esclavos en África oriental, dominada por los árabes. Cuando terminó ese tráfico y los británicos construyeron una línea de ferrocarril entre Nairobi y Mombasa, al sur siguiendo la costa, Lamu se convirtió en un lugar olvidado, que frecuentaba tan sólo una pandilla de europeos sibaritas, entre ellos la familia real de Mónaco. Era en Lamu donde las princesas Carolina y Estefanía, con sus maridos y adláteres, intentaban escapar de los objetivos de los *paparazzi*.

Sin embargo, las hermanas Grimaldi no tardaron en tener compañía: los terroristas árabes y las Fuerzas Armadas estadounidenses. Los dos llegaron por el mismo motivo que hacía de Lamu y otras islas cercanas un terreno abonado para el idioma swahili y la trata de esclavos: su ubicación. Para los árabes, Lamu era el punto más avanzado de acceso cultural al África subsahariana (el swahili, al fin y al cabo, viene a ser una fusión de los vocablos y las civilizaciones árabe y bantú). En esos paraísos isleños, llenos de acogedoras poblaciones musulmanas, los jóvenes agentes de Al Qaeda con dinero y buenos modales podían afincarse con discreción. Kenia era un objetivo tentador debido a la gran concentración de occidentales en sus principales ciudades. El grupo que puso la bomba en el hotel de Mombasa de propiedad israelí actuaba desde la isla de Faza, pegada a Lamu.

En cuanto al Ejército estadounidense, mantenía relaciones desde hacía tiempo con el keniano. Aun así, esa relación se intensificó con la caída del Muro de Berlín y el descalabro del orden en la vecina Somalia. A continuación llegaron el atentado en la Embajada de Nairobi y luego el 11-S, a medida que la amenaza se desplazaba desde la dominación soviética de

Europa central al terrorismo islámico radical espoleado por la decadencia institucional del Tercer Mundo.

Mazo Afilado, un ejercicio militar anual y conjunto entre estadounidenses y kenianos, iba ya por su cuarto año. Su objetivo era la costa septentrional de Kenia, cerca de Somalia, donde en la bahía de Manda el Ejército africano tenía una base aérea y un puesto naval.

La bahía de Manda necesitaba una mejora del muelle y el aeródromo, cosa que, dadas las circunstancias, servía a los intereses de los ejércitos tanto estadounidense y como keniano. También le convenía a la nueva democracia incipiente de Kenia, que intentaba mejorar los servicios y establecer un punto de apoyo institucional tras los abusos perpetrados por el gobernante anterior, Daniel arap Moi. En una era de democracia, los contactos militares bilaterales eran más importantes que nunca. En países como Kenia, los políticos civiles iban y venían, pero los principales personajes de la seguridad y el Ejército permanecían como elementos de atrezo entre bastidores. Así, cuanto mejor fuera la relación entre los oficiales estadounidenses y sus homólogos kenianos, más probable sería que el Ejército del país anfitrión fuese honesto y democrático. Como me explicó el general de brigada Robeson: «El éxito del experimento democrático keniano ofrece la mejor esperanza para la seguridad estadounidense en la región.»

Un hecho clave que hay que tener presente es que los estadounidenses no precisaban una base propia; lo que querían, más bien, era que los kenianos dispusieran de una base plenamente modernizada, para que el Gobierno democrático del momento y los que vinieran en el futuro proyectaran su poder hasta los caóticos confines de Somalia. En cuanto a Estados Unidos, siempre podría usar las instalaciones de la base si —y sólo si— mantenían una fuerte relación con el Ejército keniano y los habitantes locales de Lamu y bahía de Manda. Allí es donde los Asuntos Civiles del Ejército entraban en la ecuación.

Asuntos Civiles poseía una evidente connotación extramilitar. Eso era lo bueno que tenía. En realidad, Asuntos Civiles formaba parte del USASOC, el Mando de Operaciones Especiales del Ejército de Estados Unidos, con cuartel general en Fort Bragg, que también incluía a las Fuerzas Especiales y Operaciones Psicológicas. Asuntos Civiles actuaba como una organización humanitaria u ONG (organización no gubernamental). Construía escuelas, cavaba pozos, ofrecía asistencia médica, etc. El equipo de Asuntos Civiles de cuatro hombres al que había acompañado hasta Lamu sustituiría a otro equipo de cuatro hombres que ya llevaban varios meses en la isla.

Esos equipos tenían una doble misión: realizar una contribución sostenida a la calidad de vida de la isla, para que los habitantes vieran que una relación con Estados Unidos obraba en su beneficio, y, de manera más inmediata, actuar de vanguardia para los marines estadounidenses del U.S.S. *Germantown* que desembarcaban para reparar una escuela y realizar un MEDCAP.

Lamu era un ejemplo del nuevo paradigma para proyectar el poder estadounidense: modernizar bases del país anfitrión para su uso como avanzadillas estratégicas y mantener relaciones locales por medio de proyectos humanitarios, para después aprovechar esas relaciones para cazar a «los malos». Se tratara de mejorar una pista de despegue, cavar un pozo o machacar a un terrorista, el énfasis siempre recaía en los equipos pequeños.

Los equipos de Asuntos Civiles solían estar formados por reservistas. A diferencia de los marines jóvenes y cargados de testosterona con los que había convivido, se parecían más a sus colegas de las Fuerzas Especiales dentro del Mando de Operaciones Especiales del Ejército de Tierra: hombres de mediana edad con habilidades civiles relevantes para el cometido que tenían entre manos.

Sin embargo, las habilidades interpersonales que se requerían en Lamu no eran las que solía buscar el Ejército estadounidense, aunque fueran las más importantes en una nueva era de guerra ambigua.

El equipo de cuatro hombres encabezado por el capitán Steve Stacy, de Tiffin, Ohio, graduado por la Universidad Estatal de Ohio, sustituiría al dirigido por el capitán Jeff Rynearson, de Orlando, Florida, graduado por la Southern Illinois. En el vuelo desde Yibuti, el equipo del capitán Stacy no me impresionó demasiado, por un motivo u otro. El sargento de equipo de Stacy, Glenn Elenga, de Phoenix, era un afable y parlanchín ex médico delta 18 de las Fuerzas Especiales. El sargento Anthony Díaz, de Tenafly, Nueva Jersey, era un guapo colombiano de origen que pensaba matricularse en la Universidad Johns Hopkins de Washington, D.C. El sargento Michael McCoy, de Las Vegas, era callado y tenso, sin más. Parecía más apropiado para la acción directa que para la guerra humanitaria y no convencional, más blanda.

Sólo cuando me encontré con el otro equipo en el aeródromo civil de la bahía de Manda me di cuenta de lo mucho que tendría que luchar el nuevo equipo para adaptarse, pues la realidad de Lamu y el conjunto de habilidades que requería me asaltaron en el acto.

La isla era un verdadero remanso de paz. En cuanto aterrizabas y el calor y la enervante humedad te bañaban la piel hasta pudrir la espalda de tu camisa, y veías tu primer *dhow* y tu primera buganvilla, cualquier tensión o preocupación que hubieras llevado contigo en el avión se evaporaba como por ensalmo. Allí no había polvo insidioso, sólo fina arena blanca. Era una versión índica de lo que debían de ser las islas griegas en los años 50, antes de las tarifas reducidas y *Nunca en domingo*: puro paisaje precioso, nativos sin corromper, una sensual combinación de arquitectura árabe y estilos africanos y un puñadito de amantes occidentales de la buena vida.

El capitán Jeff Ryneerson, el oficial al mando sustituido, nos salió al encuentro a pie de pista. Poseía un físico musculoso y relajado de surfista, con un moreno intenso, media melena rubia aclarada por el sol y gafas oscuras de diseño. Llevaba bermudas, sandalias y una chillona camisa hawaiana. Con su sonrisa tipo «*We Are the World*», era como cualquier encantador trabajador humanitario o voluntario del Cuerpo de Paz, salvo por el tabaco de mascar Skoal que llevaba en la boca y la Beretta de 9 mm que tenía debajo de la camisa hawaiana. El acompañante del capitán Ryneerson, que al principio tomé por un gorila de la seguridad keniana, era el sargento John Philoctete, un habitante de Brooklyn de origen haitiano. El sargento Philoctete tenía la misma piel azabache que los lugareños. Llevaba un gorro blanco de estilo musulmán y cadenas de oro al cuello.

«*Yambo*», nos saludaron, así como a las personas con la que se cruzaban en el breve trayecto hasta el muelle, de las que parecían conocer a todas. Era «Hola, ¿cómo estás?» en swahili.

«*Mzuri sana*» [«Muy bien»], fue la respuesta, seguida de «*hakuna matata*», cuya traducción literal sería «ningún problema» aunque poseía una connotación más amplia equivalente a «todo va bien». Hacía diecisiete años que no estaba en Kenia, y había olvidado el sentido eléctrico de la vida que impartía el swahili.

Las hermosas africanas vestidas con *buibuis* negros nos dedicaban sonrisas radiantes. Las vestiduras de algodón ocultaban todo lo que no fuera su cara, a la vez que acentuaban el contoneo de sus caderas. Una chica de unos diecisiete años empezó a sonreír y hablar con el capitán Ryneerson. Era evidente que lo conocía. «Es triste —me susurró él al oído—. Aquí hay un montón de chicas como ella. Tienen esa edad en la que se activan las hormonas y empiezan a suplicar a su padre que les concierte un matrimonio. Después, en esta cultura, están acabadas.»

Mientras observaba a las mujeres del lugar y a algunas de las atractivas europeas del muelle y olía su perfume, recordé que en la tienda de Yibuti había marines que me habían contado que, a causa de sus prolongados destinos, hacía años que no se acostaban con nadie.

El capitán Rynearson y el sargento Philoctete representaban la realidad futura de Operaciones Especiales: el Cuerpo de Paz armado, la articulación final de la guerra no convencional. Un motivo no reconocido por el que las ONG (organizaciones no gubernamentales, con frecuencia entidades benéficas) se sentían incómodas con el emergente papel humanitario del Ejército estadounidense era que representaba una fuerte competencia profesional.

El capitán Steve Stacy escuchó con la expresión concentrada de un velocista antes del pistoletazo de salida mientras el capitán Rynearson empezaba a hablarle de cómo alquilar un *dhow*, cuánto pagar a los porteadores y cuál de los «clones de Bob Marley» con el pelo apelmazado y el gorro de lana de colores que merodeaba por el embarcadero era de fiar y cuál no. El sargento de segunda clase Glenn Elenga y el sargento Díaz se deshacían en sonrisas: «Caramba, menudo destino —casi les oía pensar—. ¿Quién dijo que la guerra es el infierno?» En cuanto al sargento McCoy, estaba impertérrito. Alguien me había contado que estaba decepcionado porque no habían mandado el equipo a Irak.

Al fijarme en la expresión del sargento McCoy, ver lo pálidos que estaban el sargento Elenga y el capitán Stacy y observar la ropa gruesa que llevaban y el pelo que a Stacy le habían rapado unos días antes en Fort Bragg, me preocupó la idea de que un par de días no bastarían para la transición de un equipo al otro. Era para plantearse quién planificaba esas cosas en Fort Bragg; quién le había ordenado a Stacy que se rapara en lugar de empezar a dejarse el pelo largo y hacer acopio de ropa de playa. El problema de la comunidad de Operaciones Especiales era que en un plano intelectual sabía lo que era necesario para que Estados Unidos proyectara su poder con disimulo, pero incapaz de decidirse a efectuar los necesarios ajustes culturales.

La barca que nos llevó hasta Lamu, al otro lado del canal, era un *yahazi*, la variedad más grande de *dhow*, capaz de navegar hasta la India. Sin embargo, las travesías oceánicas eran ya poco frecuentes porque la costa somalí estaba infestada de piratas. Con sus majestuosas velas latinas y los voladizos a proa, los *dhow*s parecían tan aerodinámicos como los más esbeltos cazas a reacción. Cubrían el canal, que a la intensa luz del atardecer parecía una lámina de cristal tintado goteante de condensación. El litoral que

se acercaba estaba lleno de arcos blancos descoloridos, árboles en flor y burritos. No vi caminos asfaltados ni coches. Después de desembarcar, descansamos un momento junto a un hotel local con palmeras en macetas y un bar fresco y oscuro.

Entonces los acontecimientos se precipitaron. Nos encontramos con el comisionado del distrito, James Mwaura, a quien el capitán Rynearson presentó el nuevo equipo. Eso vino seguido por un tira y afloja sobre la compensación que debía pagar Estados Unidos por la destrucción de un barco y un parque de bomberos, ocasionada por el viento generado por un helicóptero CH-46 durante Mazo Afilado. A continuación caminamos hasta el instituto masculino, donde el capitán de Marines James Bauch, de Cedar Falls, Iowa, explicó cómo un pelotón de la 13.^a Unidad Expedicionaria de Marines (MEU), con base en el U.S.S. *Germantown*, había llegado en helicóptero y en cuatro jornadas de trabajo de veinticuatro horas había instalado un nuevo tejado y reacondicionado el resto del edificio. En ese momento los marines jugaban a baloncesto con los chavales del lugar. Mirando el partido, Rynearson me dijo: «Aquí es donde ganamos.» En la ceremonia de inauguración del nuevo edificio del instituto al día siguiente, el comisionado de distrito Mwaura le diría a los presentes: «En mitad de todos los problemas del mundo, es importante ver la mano humanitaria del Ejército estadounidense.»

La población de la isla no llegaba a los cien mil. La economía era débil. La presencia de unas pocas docenas de estadounidenses —marines y personal de Asuntos Civiles del Ejército— que se paseaban gastando dinero en tiendas y restaurantes, se apreciaba de por sí. El equipo de Rynearson había convencido a varios de los lugareños de que el U.S.S. *Germantown* debería pagar un anclaje. Esos lugareños, a su vez, convencieron a otros en una asamblea comunitaria. Entonces llegó un equipo de SEAL de la Marina para «echar humo», con el fin de mantener a los *dhow*s alejados de la estela del *Germantown*. «Los SEAL montaron un auténtico espectáculo para los chavales del lugar, tirando un montón de granadas de humo de colores —dijo Rynearson, que luego se volvió hacia el capitán Stacy—: No hable nunca con la comunidad como grupo; hable con individuos para que ellos acudan a la comunidad. Y asegúrese de llamar a la gente por su título, eso les gusta.»

Detalles como éstos eran cruciales. El final de partida era ganarse a los medios de comunicación locales, como había sido capaz de hacer el Mando de Operaciones Especiales-Pacífico con la prensa filipina durante la operación de Basilan. Recientemente, sin embargo, las cosas habían salido peor

imposible en Garissa, una localidad del interior keniano cercana a la frontera somalí. Un mulá local había pagado a varios manifestantes para que lanzaran piedras durante un MEDCAP, lo que provocó artículos en la prensa de Nairobi sobre lo no deseado de la presencia estadounidense.

Al anochecer llegamos por fin a la villa que Rynearson había alquilado: una obra maestra cubista blanca, engalanada con buganvillas, geranios y jazmines de dulce aroma. Estábamos tan cerca del ecuador que al salir a la terraza en mitad de la noche se me antojó posible ver a la vez la Cruz del Sur y la Estrella Polar en puntos opuestos del horizonte.

Fue en la terraza donde los dos equipos se juntaron para tomarse unas cervezas. Entonces conocí a los otros dos sargentos del equipo de Rynearson, otro oriundo de Haití y uno de Nicaragua, residentes los dos en Miami, que entre ellos se llamaban Wesley y Max. Wesley, como Philoctete, parecía un lugareño; Max tenía pinta de comerciante libanés. Los dos llevaban barba corta, abalorios y gorro de lana. Había otra persona presente: un marine especialista en protección de fuerza cuyo nombre no debería facilitar. Con su barba corta y su piel café con leche, podría haber pasado por uno de «los malos». Sin lugareños en las intermediaciones, los suboficiales se dirigían a los capitanes Rynearson y Stacy como «señor».

La brisa del anochecer era fresca y agradable. La cerveza keniana Tusker estaba buena, y las botellas eran grandes. Cuando todos nos acomodamos, el hombre de protección de fuerza empezó a hablar con tono adusto: «Me pagan para ser paranoico. Soy un marine, o sea que me quedo en la caja. No salgo de la caja —refiriéndose a que no podía hablar de lo que no era concreto e inmediatamente definible, a diferencia de las Fuerzas Especiales del Ejército, que se sentían a gusto con lo nebuloso—. Así pues, esto es lo que sé. Los dirigentes religiosos musulmanes que gobiernan la comunidad de la isla nos miran con malos ojos. Al mismo tiempo, nos necesitan para que hagamos proyectos. Esta casa es bonita, pero no se acostumbren a quedarse por aquí, porque eso sería muy poco seguro. Si secuestran a alguno, que tenga esperanza en que alguien le respete. Pero no pueden agazaparse.»

Rynearson lo atajó: «No se preocupen. Hasta en los días tontos siempre habrá alguien que quiera enseñarles su escuela o algo por el estilo. Siempre andarán ocupados revisando potenciales proyectos. Eso es lo hermoso de Asuntos Civiles. Uno se apaña por su cuenta. Serán un blanco fácil, pero nadie hará nada en su propio patio de atrás. En una escala de uno a diez, yo diría que el nivel de amenaza es de dos.»

Entonces se inició un largo coloquio sobre los contratistas y los materiales de construcción locales. Fue una reunión disciplinada. Los miembros del nuevo equipo tomaron notas. Al final, se decidió que el capitán Stacy no llevaría su uniforme de combate en la ceremonia de inauguración del instituto del día siguiente. «Como aquí nadie le conoce todavía —sugirió Rynearson—, el uniforme sería una barrera para que lo aceptaran.» No tenía nada de malo decir la verdad sobre que se era soldado estadounidense; otra cosa era intimidar a la gente con el uniforme.

Después de cenar, el nuevo equipo se retiró a otra parte de la villa para reunirse por su cuenta. Una vez más, todos llevaban cuaderno; el capitán Stacy todavía tenía la expresión tensa de un atleta antes de la carrera.

«Me parece —empezó— que mejor será olvidarnos de las cantimploras, las mochilas del Ejército y los chalecos de pesca. Compraos algo de ropa de playa. Todos menos Díaz parecemos demasiado blancos, demasiado militares norteamericanos. No podemos restregarle eso a la gente por la cara. —Los otros asintieron—. El equipo anterior tiene ventajas raciales. Parecer un turista australiano o canadiense pobre y desastrado es lo máximo que Glenn y yo, por ejemplo, podremos conseguir. Podemos dejarnos perilla, aquí parece que se llevan. —Más asentimientos—. Lo único bueno de mi infame corte a lo Fort Bragg es que el pelo me volverá a crecer. —Varias risas, antes de que Stacy concluyera—: Será como cuidar un rebaño de gatos. En Lamu, lo lento es rápido. Si seguimos tensos, como lo estamos ahora, y si intentamos que la gente se ajuste a nuestros calendarios, fracasaremos. Tenemos que aminorar, hacer las cosas a su ritmo. Quizá nos lleve algún tiempo recomendar nuestro primer proyecto de ayuda. Habrá una pausa. El comandante y los demás de Camp Lemonier van a tener que aceptar que es posible que no pase nada durante una temporada. No podemos actuar como el equipo del capitán Rynearson. Tendremos que encontrar nuestro propio camino.» Más asentimientos.

El capitán Stacy era un profesional. Se había dado cuenta enseguida, como yo, de que la mayor parte de su equipo blanco inmaculado y militar de serie estaba fuera de lugar en aquel entorno afroislámico de Bob Marley, todo va bien, *hakuna matata*, condimentado por el estilo de vida decadente de la familia real monegasca. Sabía que todos, en especial el sargento McCoy, tendrían que adaptarse con rapidez, relajarse o quedar encasillados como feos norteamericanos. También se daba cuenta de que al final sólo podían ser ellos mismos.

Más adelante, de vuelta en Camp Lemonier, le pregunté a un oficial de las Fuerzas Armadas por el mecanismo de selección para gente que debía ir a lugares como Lamu. «¿Selección? —replicó—. ¿Cree que podemos permitirnos el lujo de seleccionar? La Reserva está tan estirada con lo de Irak que nos limitamos a agarrar cuerpos para llenar huecos.»

El equipo del capitán Stacy llegaba con algunas ventajas, pese a todo. El sargento de segunda clase Glenn Elenga, por ejemplo, ávido lector de la prensa rosa, nos puso al corriente de los diversos matrimonios de las princesas Carolina y Estefanía y de la llamativa reputación del príncipe Ernesto de Hannover, tercer marido de Carolina, que pasaba más tiempo en Lamu que el resto de la familia real.

Para los miembros de esos dos equipos, Lamu no era más que el más reciente de una retahíla de destinos que los habían llevado por todo el globo, a lugares tanto conocidos como ignotos, violentos de hecho o en potencia. Los marines de la Compañía India casi podrían haber sido sus hijos, tal era la diferencia de edad. Sin embargo, hasta los adolescentes de Yibuti tenían anécdotas que contarme, no sólo sobre Irak, sino también sobre Portugal, Kuwait, Bahrein y otros lugares en los que habían estado.

Tumbado despierto mientras las brisas del océano índico recorrían mi mosquitera y el precioso estucado blanco, pensé que si uno había sido un varón de determinada edad durante la Segunda Guerra Mundial y no había servido en un puesto u otro, se había visto privado de la Experiencia Americana. En ese momento me daba cuenta de que muchos miembros de mi generación también se la habían visto negada, por muy inadvertidamente que hubiera sido, por mucho que no hubiéramos estado al tanto de su existencia. A lo mejor la que vivíamos era una experiencia global más segura y enriquecedora, pero en cualquier caso sabía que no era plenamente americana. La guerra contra el terror estaba dando a dos generaciones de estadounidenses vívidos recuerdos de lugares como Lamu, el sur de Filipinas, la Colombia rural, el este y el sudeste de Afganistán, el sur de Irak, y más. Los jóvenes marines de Yibuti habían combatido en la operación Libertad para Irak. En no pocos casos, tenían padres que habían combatido en la Tormenta del Desierto y, sí, abuelos que habían estado en Vietnam. La Segunda Guerra Mundial les quedaba tan lejos que podría haberse tratado de la guerra del Peloponeso. Aun así, como pensé muchas veces en el transcurso de esos viajes, para la mayor parte de mi grupo socioeconómico, la Segunda Guerra Mundial era cuando la Experiencia Americana había empezado a desvanecerse.

La Experiencia Americana era exótica, romántica, emocionante, sangrienta y emocionalmente dolorosa, en ocasiones todo a la vez. Era un privilegio, además de muy divertido, estar con quienes todavía la vivían.

Dos días después llegó el MEDCAP, que era la culminación de la visita de la 13.^a Unidad Expedicionaria de Marines a las costas de Lamu, una visita cuyo componente en cuanto al terreno había organizado el equipo saliente del capitán Rynearson. Había largas colas de mujeres musulmanas envueltas en algodón negro y acompañadas por sus hijos.

Los Marines de Estados Unidos aportaban la seguridad, mientras que los soldados kenianos organizaban a la muchedumbre dentro del Hospital Rey Fahd, donde médicos y paramédicos militares nacionales y estadounidenses, vestidos con batas de hospital decoradas con banderas de ambos países, atendieron a más de mil isleños en dos días.

Para entonces el equipo del capitán Stacy empezaba a aclimatarse. Llevaban una vestimenta más apropiada, se estaban bronceando, habían dejado de afeitarse y, lo más importante, parecían más relajados; estaban haciendo amigos y aprendiendo swahili. Como la pequeña comunidad de expatriados, entre ellos los Grimaldi, era capaz de difundir rumores desagradables, también sería importante granjearse su amistad. En consecuencia, el equipo empezó a pasarse por el bar-restaurante cercano a la villa, para tomarse unos *gin-tonics* en la playa a la luz de la luna.

Fue triste ver partir al capitán Rynearson y su equipo. Se habían convertido en auténticos reyes de la isla. Los ancianos les habían ofrecido a sus hijas en matrimonio, como hicieran con los agentes de Al Qaeda. El viejo equipo estaba al corriente de todo lo que sucedía por esos lares, hasta los rumores sobre quién podría estar usando la isla para blanquear dinero.

Era irónico seguir leyendo historias sobre reservistas descontentos por el exceso de destinos, porque los pertenecientes a la comunidad de Operaciones Especiales que había conocido allí y en Afganistán oriental se lo estaban pasando en grande.

«Tendría que borrarse de la vida y quedarse aquí —le sugerí, sólo medio en broma, a Rynearson—. Es el lugar al que pertenece.»

«No crea que no se me ha pasado por la cabeza —contestó él, con una sonrisa de oreja a oreja—. Conozco a un contratista local que podría construirme un barco con el fondo de cristal para que los turistas vieran los peces y las tortugas. Compraría dos *dhow*s para transportar a los clientes entre

el barco y la orilla. Abriría un *pub*, renovaría una casa vieja, me casaría con una chica de por aquí y sería el amo. Todo lo que se necesita aquí para vivir como un rey son unos 35 000 dólares al año. Lo he calculado.»

Era una pena que el sistema de personal del Ejército estadounidense no permitiera a sus hombres quedarse donde se encontraban cuando estaban bien adaptados a un lugar y no tenían familias a las que regresar, cual era, en general, el caso del equipo de Rynearson. Fueron el conocimiento de las diversas zonas y la adaptación al entorno local —hasta el nivel de la más pequeña microrregión— los que constituyeron uno de los pilares del sistema imperial británico: el tipo de conocimiento y adaptación que sólo podía desarrollarse cuando el trabajo era indistinguible del placer y se toleraban las excentricidades. Eso, a su vez, requería un menor control por parte de los escalafones superiores del mando.

Unas horas de avión y estaba fuera del mundo de adelfas rosas sobre muros blancos y *gin-tonics* a la orilla de un mar fosforescente, de vuelta en la pobreza blanquinegra de baja resolución que era el barracón de marines en Yibuti. Era medianoche cuando llegué. Me encontré a los chicos enzarzados en una discusión sobre lo que costaba elevar la suspensión de un Silverado en comparación con la de un Jeep: 280 dólares contra 1000.

Les hablé de Lamu.

«Mierda», exclamaron todos con envidia, pero no se los veía muy deprimidos. Al día siguiente el pelotón tenía el día libre e irían a la playa.

Era una de las playas más tristes que había visto nunca. El desierto marciano se acababa y daba paso al agua sin solución de continuidad. La marea estaba baja y las lenguas de fango se extendían hasta bien adentro de la bahía de Tadjura, que desembocaba en el golfo de Adén. Las rocas negras volcánicas de la orilla estaban incrustadas de mejillones y lapas. Era como tantos otros terrenos estratégicos: feo y deprimente. Había un chiringuito destartado donde los marines amontonaron sus mochilas. Al poco el lugar estaba lleno de sus cuerpos musculosos, pálidos y cubiertos de tatuajes.

«Ojalá supiera más de conchas», me dijo un diminuto y miope soldado de primera clase Chris Wrinkle, de Hamilton, Maine. Todos lo llamaban «Wrinkle» a secas. Los soldados y marines a menudo se llamaban por el apellido, quizá porque era lo que llevaban bordado en el uniforme. Al verlo metido hasta las rodillas en el agua con su bañador, me di cuenta de que el soldado de primera clase Wrinkle parecía menudo sólo por sus gafas de

montura de alambre y la compañía especialmente musculosa con la que se codeaba. En realidad, poseía un físico fibrado y atlético y unas manos grandes y capaces.

«Soy raro —empezó—. Soy un marine de cuarta generación, de una familia militar de Nueva Inglaterra. Imagínese. Nací en el hospital militar Walter Reed, de Washington. Mi madre y una de mis tías nacieron en Camp Pendleton. Otra de mis tías nació en Camp Lejeune. Mis abuelos, padres y tíos cuentan batallitas de Corea, Vietnam, Granada, Tormenta del Desierto... pero ninguno de mis parientes ha tenido destinos tan largos como los míos en la guerra contra el terrorismo. Pocas veces en la historia de la nación el Ejército ha estado tan ocupado. Estoy orgulloso de eso.

»Sí, soy pequeño en comparación con los demás —prosiguió—. Mi abuelo, veterano de Vietnam, es incluso más chiquito que yo, y me dijo: “Ningún nieto mío se va a dejar empujar en el patio del colegio. Si alguien te pega, pégale tú más fuerte, y ya hablaré yo con tu madre.” Se le saltaban las lágrimas cuando juré bandera en Parris Island. Después de la ceremonia dimos un paseo juntos y me contó sus experiencias allí. Me alisté para seis años y he visto combates en Irak. Llevo tanto tiempo en la flota como el teniente Wagner. Si llego a sargento de segunda clase, me reengancharé, pero no tengo ganas de ser oficial.»

Wrinkle llevaba un gran tatuaje sobre el corazón: la insignia del águila, el globo terráqueo y el ancla de los Marines, y una gran cruz. «No soy un beato —me explicó, en referencia a la cruz—, pero soy creyente.»

Después de comer salió el sol, y la playa pareció bonita por un momento. Los marines fueron dispersándose cada uno por su cuenta, como había hecho Wrinkle. Un cabo que había cumplido años dos días antes se encendió un puro hondureño. Otro inspeccionaba un camello. Otro nos sacaba fotos a todos. Batían las olas. Para ellos era un lujo el simple hecho de salir de la base.

En los días siguientes me paseé por Yibuti. La capital, llamada también Yibuti, era soñolienta y estropeada, con edificios blancos de elegantes arcos necesitados de una mano de pintura. Poseía una universalidad encantadora. Podría haberme encontrado en Hodeida, Yemen; Cotonou, Benín; o Puerto Príncipe, Haití. La gestión del puerto y el aeropuerto corría a cargo de los Emiratos Árabes Unidos. Los chinos invertían en telecomunicaciones, hacían préstamos al puerto y se encargaban de las principales obras de construcción.

Por lo demás, aunque nadie lo dijera con todas las letras, los franceses estaban vendiendo Yibuti y los estadounidenses la estaban comprando. La futura competencia, allí como en Mongolia y Filipinas, sería entre Estados Unidos y China.

Como muchos países tercermundistas que parecían pequeños en el mapa pero tenían parajes inhóspitos y malas carreteras, Yibuti era inmenso. Más allá de la capital me encontré un paisaje fantástico de abruptos cañones y un gigantesco lago salado. El lago Assal era el punto más bajo de África. Desde lejos su superficie verdosa parecía cubierta por una capa de hielo. Comí de *picnic* en el lago a base de raciones militares RME de camino hacia un MEDCAP que se había organizado en Tadjura, en el extremo superior del golfo que divide el norte afar de Yibuti de su sur issa. Tadjura había sido un puerto transitado antes de que los franceses construyeran Yibuti en el siglo XIX. Tras caer en el olvido, poseía un lamentable muestrario de calles polvorientas y casas desvencijadas junto al agua que me recordaba a las fotos de Áqaba en 1917, cuando las tropas beduinas de Lawrence de Arabia se la arrebataron a los turcos otomanos.

Al observar el MEDCAP me di cuenta de que Estados Unidos no lo pasaría tan mal en Yibuti como en otros países. A diferencia de los estados magrebíes, cercanos a la propia Francia, los franceses se habían esforzado relativamente poco por desarrollar ese territorio de 750 000 habitantes. Como el Ejército estadounidense ya estaba cubriendo todo el país de MEDCAPS, DENTCAPS y VETCAPS regulares, era justo decir que ya había ofrecido más ayuda a los habitantes locales que los franceses en un siglo y medio de dominio directo e indirecto. Los estadounidenses no afrontarían un problema de expectativas creadas como el que había percibido en Basilan tras la conclusión de la operación Libertad Duradera-Filipinas. Más allá de la capital, los yibutienses eran pastores nómadas con el único deseo de que los dejaran en paz.

En verdad, los estadounidenses eran más ambiciosos que la población local. «¿Podríamos desarrollar este sitio? —me preguntó un sargento de segunda clase de Marines mientras atravesábamos las miserables calles de Tadjura—. ¿Podríamos convertirlo en una democracia real? ¿Por qué fracasaron los franceses?»

Los franceses en realidad no lo habían intentado, le dije. Para mis adentros pensé que los estadounidenses quizá sólo lo echaran todo a perder si se volvían demasiado ambiciosos. Como escribe Levine en *Wax and Gold*. «La experiencia de la historia ha demostrado la futilidad de intentar la

instauración revolucionaria de un ideal claro y reconocible en la sociedad humana. Por atrevido y radical que sea el programa, los patrones tradicionales persisten con tenacidad.»^[8]

Regresé de Tadjura en el preciso instante en que el sargento de segunda clase Dickinson comenzaba una reunión. Estaba sentado en una silla, rodeado de marines repanchigados en sus camastros en el aire viciado de la tienda. Los fluorescentes estaban encendidos. El generador zumbaba. El sargento no estaba enfadado; era una charla de moral.

«No dirijo a una panda de siervos descerebrados —empezó—. Valoro vuestra opinión. Algunos chicos me han venido a comer la oreja con el programa de instrucción: que es un insulto para quienes han combatido en Irak. Si repasamos los ejercicios básicos de tiro, es por un motivo. Se llama volcado de cerebro. No paramos de llenarnos el cerebro de historias nuevas, de modo que, si no vamos reaprendiendo los rudimentos, se borran. Como hacemos guardias de ocho horas, tenemos el horario apretado, de modo que se tomó la decisión de aprovechar el tiempo de adiestramiento disponible para mantener a punto nuestras habilidades de rifle.

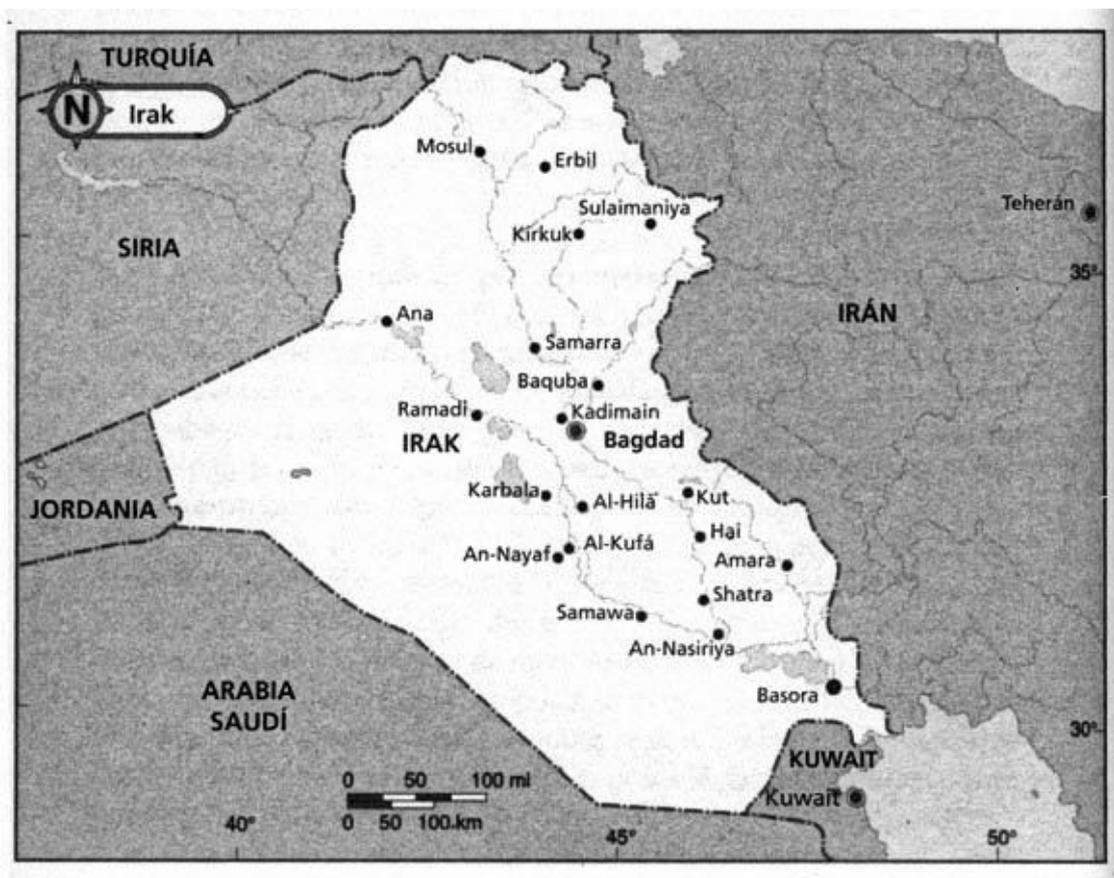
»Preguntaos, sobre todo los que no os vayáis a reenganchar, que entregaréis vuestras armas a otros, ¿cómo os sentiríais si os enterarais de que en la próxima guerra han matado a vuestro compañero porque no les habéis ayudado lo suficiente con los rudimentos? Os jodería vivos, ¿no? Por eso los cabezas de equipo tienen que hacer de mentores de sus fusileros y granaderos una y otra vez. Si una sola persona de las veintinueve no es experta en tiro y movimiento, fracasaremos como pelotón.

»Yo no soy el que cierra —prosiguió—. Yo no soy el que toma el objetivo; los que habéis estado en Irak lo sabéis. Vosotros, chicos, sois los que tomáis el objetivo: los cabezas de equipo y los cabezas de escuadra. De modo que, si cualquiera ve que alguien no sigue el ritmo o necesita ayuda con sus habilidades de tiro, ayudadle, cojones. Me importa un huevo si sois soldados de primera clase. Si tenéis conocimientos que impartir, sois líderes. Así somos los marines.»

«Recibido», respondieron todos.

A la mañana siguiente partí, para sumarme al cabo de poco a otro contingente de Marines en Irak.

Irak



CENTCOM

IRAK, PRIMAVERA DE 2004

Con notas sobre Nicaragua y Vietnam

Miré a mi alrededor a plena luz del día para ver el panorama de tejados de Faluya, cubierto de millares y millares de viejos silenciadores y tubos de escape, custodiados por marines de Estados Unidos, plantados por encima de la ciudad con la bayoneta calada [...]. Mas el Imperio americano dependía de un tejido de elementos intangibles que se veía amenazado, más que reforzado, por el ejercicio desnudo del poder.

El camino hacia Irak empezó menos en Washington que en Camp Pendleton, California, que junto con Camp Lejeune, Carolina del Norte, representaban los principales nodulos de poder marine en Estados Unidos. Los Marines, una fuerza naval de escaso tamaño relativo, no estaban diseminados por una constelación de bases en el interior del continente como el Ejército de Tierra. Se conglomeraban en unos pocos lugares, en las costas Este y Oeste.

Salvo por las ondeantes palmeras y las brisas limpias del Pacífico, partes de Oceanside, California, pegada a Camp Pendleton, parecían una reproducción de Jacksonville, Carolina del Norte: casas de empeños, salones de tatuaje, tiendas de excedentes militares, locales abiertos hasta altas horas de la noche y restaurantes cutres. Llevaba dos días en casa tras regresar del Cuerno de África cuando volé hasta allí desde Nueva Inglaterra.

Como en Jacksonville y Fayetteville, me desperté en el Comfort Suites, el mejor hotel de la ciudad, y bajé al comedor a consumir un desayuno de café

malo y magdalenas preenvasadas. Los demás clientes eran hombres en uniforme de combate o traje de confección, estos últimos funcionarios o contratistas privados, por lo general ex militares. A su manera, pequeña y estéril, el ritual matutino recalca lo alejada que estaba la *nomenklatura* política de Washington y Nueva York —en su capullo de buenos restaurantes y debates teóricos— de las frugales necesidades de quienes en realidad gobernaban y mantenían el imperio.

Washington y Nueva York abanderaban el mundo de las ideas; lugares como Oceanside, su aplicación. Como las ideas sólo pueden contrastarse a través de su aplicación, Oceanside resultaba en ocasiones la más intelectualmente estimulante.

Para desplegarse en el extranjero desde Camp Pendleton o Camp Lejeune en contingentes significativos, como era el caso de Irak, los marines organizaban una MAGTF (pronunciado «magtaf»): una Fuerza de Tarea Marine Aire-Tierra. Las MAGTF eran de distinto tamaño, según las necesidades. Sin embargo, el rasgo clave de todas ellas era su autosuficiencia, con componentes de combate terrestre, aviación, servicio de apoyo y mando. Las mayores MAGTF eran las tres Fuerzas Expedicionarias Marines, o MEF, como las llamaban, formadas por entre cuarenta y cuarenta y cinco mil marines cada una.

La Primera Fuerza Expedicionaria de Marines (I MEF), con base en Camp Pendleton, cubría el Pacífico. La Segunda Fuerza Expedicionaria de Marines (II MEF), con base en Camp Lejeune, se encargaba del Atlántico. La Tercera Fuerza Expedicionaria de Marines (III MEF) estaba en una posición de despliegue avanzada en Okinawa, Japón. Más pequeña que las otras dos, la II MEF sólo tenía diecisiete mil marines y estaba concentrada en la península de Corea. Sin embargo, todas esas zonas de responsabilidad fluctuaban y se solapaban. Por ejemplo, tanto yo como la II MEF habíamos visto acción en la operación Libertad para Irak del año anterior.

Por debajo de las MEF estaban las MEB, Brigadas Expedicionarias de Marines de 8000 a 10 000 hombres cada una. Por debajo de ellas estaban las MEU, Unidades Expedicionarias de Marines. Las MEU, con unos 2200 marines cada una, eran el auténtico motor de los despliegues de marines en el mundo no convencional posterior a la guerra fría, capaces de reaccionar con rapidez a emergencias extranjeras con su Proceso de Planificación de Respuesta Rápida de seis horas. El elemento más pequeño de los marines eran

sus MAGTF de uso especial, ajustadas a la medida de cualquier situación posible.

Irak, por supuesto, merecía una MEF, la variedad más grande de MAGTE.

Un año antes, se le había encomendado a la I MEF la captura de Bagdad. Su elemento de combate terrestre, la 1.^a División de Marines, «desfiló» desde Kuwait hasta la capital iraquí, una gesta que recordaba a los diez mil hoplitas griegos que al mando de Jenofonte habían marchado al norte desde Mesopotamia, habían cruzado Asia Menor en el 400 a. C. y «se abrieron paso a mandobles a través de todos los ejércitos que les plantaron cara».^[1] Los marines marcharon sobre Bagdad bajo el símbolo del Diamante Azul —las cinco estrellas de la Cruz del Sur sobre el azul del cielo vespertino— que conmemoraba el desembarco de la 1.^a División en Guadalcanal, en las islas Salomón. La 1.^a División también reconquistó Seúl en 1950 durante la guerra de Corea, Hue en 1968 durante la de Vietnam y Kuwait en 1991 durante la Tormenta del Desierto.

En 2003, durante la operación Libertad para Irak (OIF, en jerga militar), la 1.^a División de Marines, junto con la 3.^a División de Infantería del Ejército, libró la mayor parte de los combates. Tras la expulsión de Sadam Husein, la 1.^a División asumió la responsabilidad de estabilizar el sur y el centro de Irak, de fuerte presencia chií. Durante ese despliegue, por contraste con la experiencia del Ejército de Tierra en el Triángulo Suní, no murió un solo marine. Los marines atribuían su éxito en parte a las lecciones aprendidas de su *Manual para guerras pequeñas*.^[2]

El *Manual para guerras pequeñas*, o al menos eso se esperaba, guiaría el último cometido de la división. En las primeras semanas de 2004, la I MEF, con la 1.^a División como elemento de combate terrestre, se estaba preparando para desplegarse en el Irak occidental, una zona del tamaño de Carolina del Norte que se extendía desde el río Éufrates hasta la frontera siria y comprendía parte del Triángulo Suní. Esa zona de responsabilidad contenía 2,8 millones de personas, con un 80 por ciento de suníes y un 20 por ciento de chiíes.

Mientras estaba en Camp Pendieron, el general de división James N. Mattis, oficial al mando de la 1.^a División, pronunció su discurso previo al despliegue ante millares de marines.^[a1] Dejó claro que los marines no sólo regresaban a Irak, sino también a sus raíces como guerreros no convencionales: una tradición forjada mucho tiempo atrás en Filipinas y en las «guerras bananeras» centroamericanas de principios del siglo XX, cuando los Marines eran conocidos como las «tropas del Departamento de Estado».

El discurso fue acompañado por viejas fotos en blanco y negro de los Marines de Estados Unidos en Nicaragua. Tras destacar el entorno «confuso y desafiante» de Irak, el general de división Mattis le dijo a sus marines que «Chesty Puller afrontó una situación parecida en Nicaragua en 1929 y aprendió a ser un guerrero. Aprendió en centenares de patrullas a lo largo de años de lucha donde él y sus hombres destruyeron al enemigo y se ganaron la confianza del pueblo».

Quizás esa historia fuera desconocida para la gente de Washington, pero los habitantes de Camp Pendleton la tenían muy presente, más quizá que las dos guerras mundiales. Lewis Burwell *Chesty* Puller, nacido en la Virginia rural, creció venerando a generales confederados como Robert E. Lee y Stonewall Jackson.^[3] Desarrolló unos pectorales «como un palomo» (de ahí el apodo). En Haití, desde 1919, el soldado de Marines Chesty Puller encabezó patrullas de monte compuestas por soldados nativos de habla criolla en la lucha contra los «cacos», las bandas de forajidos que se oponían a la ocupación estadounidense. En 1924 lo nombraron subteniente, y entre 1929 y 1933 sirvió por dos veces en Nicaragua, combatiendo contra Augusto César Sandino, el dirigente guerrillero izquierdista del que derivan su nombre los sandinistas.

Bandido para los Marines y héroe para los radicales de toda Latinoamérica, Sandino resultaba una amenaza para la estabilidad de Nicaragua, que a su vez era crucial para la protección del canal de Panamá. Puller y su sargento de armas, William A. Lee, comandaban una compañía de tres docenas de indios reclutados en el lugar en la lucha contra Sandino. Hacían marchas de 48 kilómetros al día y vivían de la tierra. «Cuando se formaba una cola para comer, Puller y Lee se aseguraban de estar los últimos de la fila; sus hombres se alimentaban primero», escribe Max Boot en *The Savage Wars of Peace*.

Se evacuaba a los heridos y los muertos del campo de batalla. Puller aplicaba los valores de los Marines a sus tropas nativas y nunca dejaba a un «indig» atrás. En 1931, después de que un terremoto y un incendio devastaran la capital, Managua, Puller y otros marines se pusieron a la cabeza de las operaciones de salvamento y recuperación. Fue apenas uno de los aspectos de la vertiente humanitaria de las operaciones de los Marines en Nicaragua.

Si bien el resultado político de esa primera intervención estadounidense en Nicaragua fue un fiasco, los Marines se enorgullecían de ella, del mismo modo en que ellos y las Fuerzas Especiales se enorgullecían de su actuación en Vietnam. Aunque muchos estadounidenses calificaban esas intervenciones

de fracasos y deshonras morales, los Marines sabían que su historia era compleja: hubo tácticas que funcionaron, y otras que no; acciones de consecuencias morales positivas y otras negativas.

Al evocar el recuerdo de Nicaragua, el general Mattis dijo que necesitaba «jóvenes marineros y marines disciplinados que puedan sonreír a los niños, [a2] saludar a los iraquíes que les hagan un corte de mangas [...] que sean lo bastante duros para ser amables con los inocentes, con independencia de lo que nos haga el enemigo a nosotros o a nuestros camaradas [...] Debemos ganarnos los corazones y las mentes del pueblo iraquí —prosiguió, repitiendo una expresión de la guerra de Vietnam—. Los satélites no nos ofrecen información en una contrainsurgencia; cuando os ganéis su confianza, la gente os proporcionará la información».

Con todo, consciente de las crudas realidades que azotaban al Ejército en el oeste de Irak en ese momento —realidades que los Marines pronto tendrían que afrontar—, Mattis dijo que, a ojos de los iraquíes, los marines debían parecer «el mejor de los amigos y el peor de los enemigos». Luego añadió: «Saludadlos, pero tened un plan para matarlos.»

El general Mattis terminó con un colofón religioso. Los marines debían aprovechar la soledad y los rigores del desierto iraquí para fortalecer su fe en Dios: «Nosotros, como la gente que ha ido antes al desierto, nos conoceremos mejor y llegaremos a apreciarnos más los unos a los otros.»

Mattis tenía reputación de «monje guerrero», un combatiente espartano con profundas convicciones morales y un prodigioso bagaje de lecturas históricas y filosóficas, aunque pudiera comunicarse en términos sucintos con un soldado de primera clase. Era un soltero inveterado; sus habitaciones de Camp Pendleton estaban llenas de mapas y libros. En su currículum oficial había optado por citar sólo sus mandos, sin demás parafernalia de carrera. Tenía algo minimalista y vagamente oriental, casi un gen, algo que había detectado por primera vez y en menor medida en el general de brigada Robeson y el capitán Cassidy, en Yibuti. En el caso del general de división Mattis se hacía lo bastante palmario para que lo identificara.

El corte de pelo al estilo prusiano y el culto al mariscal de campo alemán Edwin Rommel que existían dentro del cuerpo llevaba a engaño a mucha gente. La verdad era que los Marines de Estados Unidos procedían del este, de Oriente. Ésa era su tradición espiritual. Era el legado de sus desembarcos navales a lo largo y ancho del Pacífico, de las guardias de legación durante la rebelión de los Bóxers en China, de los «marines chinos» de la década de

1920 y, ante todo, de la didáctica de la propia Marina, el servicio hermano de los Marines, que encajaba bien con la filosofía oriental.

El Ejército de Tierra tenía a Clausewitz; los Marines a Sun-tzu. Fue un general de brigada de los Marines, Samuel Blair Griffith II —que había servido en China antes y después de la Segunda Guerra Mundial— quien tradujo *El arte de la guerra* de Sun-tzu, en 1963, y los *Problemas de la guerra de guerrillas* de Mao Zedong, en 1978.^[a3] Los Marines tomaban cosas de la filosofía local tal y como hacían con la comida local; no todos los marines, claro está, ni siquiera muchos o la mayoría, pero sí los bastantes oficiales influyentes aquí y allá para que se filtrasen en el carácter marine.

Abrazar la cultura local se antojaba especialmente necesario en el oeste de Irak, «donde las unidades militares estadounidenses —como había escrito un periodista— han llegado y desaparecido con tanta frecuencia que han tenido poco tiempo para comprender lo que los rodea», o forjar relaciones significativas.^[a4] Los marines tenían incluso un acrónimo para el doble cometido que los esperaba: «ganarse los corazones y las mentes» y «construir una nación». Era SASO (operaciones de estabilidad y seguridad). SASO era la palabra de moda en Camp Pendleton a finales de enero de 2004. Representaba la esperanza en que la aplicación convencional de la fuerza militar en «OIF-I» —el nombre que daban los marines a su despliegue en Irak el año anterior— fuera seguida en «OIF-II» por un uso más sutil y menos convencional de la fuerza, con el resultado de la estabilización de Irak como sociedad democrática.

Como vería, esas esperanzas no se pierden fácilmente.

Kuwait era el punto de partida para mi viaje a Irak. Pese a tratarse de una ciudad-estado petrolera del golfo Pérsico como Dubai, donde había hecho escala en el camino de ida y el de vuelta de Afganistán hacía unos meses, Kuwait era diferente. Dubai había sido un auténtico centro comercial de lujo, salpicado por restaurantes de diseño, clubes nocturnos que ofrecían prostitutas rusas y un servicio a la altura de los más altos estándares asiáticos, con plantillas internacionales. Había veces en Dubai en las que no sabía del todo dónde me hallaba. Kuwait, sin embargo, era más tradicional, sin alcohol y con poca prostitución flagrante, aunque se decía que existían casas de putas filipinas a las afueras de la ciudad. Muchos de los centros comerciales de Kuwait estaban pensados para una nueva clase media árabe y no una acaudalada elite global. A diferencia de Dubai, cuyos árabes y asiáticos

subcontinentales parecían los sonrientes empleados de una enorme tienda libre de impuestos de aeropuerto, Kuwait se antojaba una auténtica mezcla de Arabia y el subcontinente indio. En las desastradas y abarrotadas calles cercanas a mi modesto hotel, la ciudad de Kuwait despertaba recuerdos de mi primera visita a Bagdad veinte años antes, durante la guerra entre Irán e Irak, antes de que Sadam Husein invadiera Kuwait y pusiera en marcha la destrucción de la incipiente prosperidad iraquí.

Mi elección de un hotel relativamente barato era deliberada. Los momentos más duros y solitarios en viajes como ése eran los días y las horas previos a empotrarse, cuando posees una sensibilidad especial hacia las comodidades que estás a punto de dejar atrás. No hay nada peor para la moral en esos trances que un entorno lujoso.

Una mañana, tras un típico desayuno medio oriental de judías *ful*, aceitunas verdes, queso de cabra, pan de pita recién hecho y té en el soso comedor de mi hotel, donde parecía ser el único occidental, un teniente coronel de Marines vestido de calle aparcó ante la entrada, lanzó mi mochila y mi macuto a la parte de atrás de un utilitario deportivo y me transportó en dirección noroeste hasta el desierto, enclave de Camp Udari, escala en el despliegue de los Marines en Irak. Una hora más tarde estaba de vuelta en un mundo Kellogg, Brown & Root de tiendas de campaña, paletas, contenedores de mercancías, comedores y acrónimos. A lo largo del horizonte se extendían interminables hileras de camiones de siete toneladas y Humvees, todos con rumbo al norte. La escala épica de la implicación estadounidense en Irak, tan mayor a la del resto de los destinos que había estado cubriendo por todo el mundo, quedaba de manifiesto enseguida.

El teniente coronel me transfirió junto con mi equipaje a otro oficial, que me introdujo más aún en el desierto, para enlazarme con el 1.^{er} Batallón del 5.^o Regimiento de Marines, parte en ese momento de la 1.^a División de Marines del general Mattis. El 1.^o del 5.^o, como lo llamaban, o sencillamente «1/5», había iniciado su aislamiento de campaña el día anterior. En dos días cruzaría la frontera de Irak.

Al poco me veía entre dos colas de medio kilómetro de Humvees y camiones de siete toneladas. Había empezado una tormenta de arena. Hacía un viento helador. Amenazaba con llover. Varios oficiales y suboficiales se me acercaron y se presentaron. Yo estaba hecho un lío. No eran sólo los uniformes de camuflaje desértico, las gafas de sol balísticas y los cortes de pelo los que hacían que todos se parecieran; a eso estaba acostumbrado. El caso es que también llevaban todos bigote. La decisión de dejarse el mostacho

la había tomado el oficial al mando del 1/5, el teniente coronel Brennan Byrne, quien creía que si sus hombres parecían un poco iraquíes, ganarse corazones y mentes sería más fácil. Pasarían días antes de que pudiera distinguir a muchos de sus marines.

Las dos colas de Humvees y siete toneladas constituían la Compañía Charlie, una subdivisión del 1.º del 5.º. Cuando llegué, el teniente David Denial, de South Gate, California, estaba en mitad de una charla. Tenía un caballete apoyado en un Humvee remachado con planchas de blindaje, lo que convertía el vehículo en lo que los marines denominaban un «tapa dura».

Los gritos del teniente Denial se imponían al viento y el motor al ralenti del Humvee: «Si estáis por delante de una explosión, moved el culo cien metros adelante en terreno urbano y doscientos en rural; si estáis por detrás de una explosión, tirad el culo para atrás cien metros en urbano y doscientos en rural. Si entabláis contacto con el enemigo, hacédmelo saber. Yo me encargaré de la traducción. Hablo Ejército; no mucho, pero lo hablo. Y explicadle las RoE a vuestros suboficiales. Este batallón mató a civiles el año pasado en OIF-I porque en algunos casos no conocía las RoE.»

El 1.º del 5.º, que comprendía a poco menos de mil marines, era una pequeña parte de la 1.ª División de Marines que sustituiría a la 82.ª División Aerotransportada del Ejército de Tierra en el oeste de Irak. Eso suponía un fragmento importante dentro de uno de los mayores movimientos de tropas en medio siglo, por el que unos 250 000 soldados y marines saldrían de y entrarían en Irak a través del estrecho cordón umbilical que formaban varias bases en Kuwait, a lo largo de un periodo de seis semanas. Allí era donde el saber organizativo de masas, producto de varias guerras importantes en el siglo XX, daba sus frutos a las Fuerzas Armadas de Estados Unidos.

Cerca de un 60 por ciento del batallón eran veteranos de OIF-I. Habían librado batallas encarnizadas en los pozos petrolíferos del sur de Irak, se habían dejado la piel en agujeros enfangados y polvorientos como Diwaniya y, en una batalla de nueve horas el 10 de abril de 2003, habían asegurado el palacio de Sadam en el meandro del Tigris de la Bagdad central, acción en la que el 1/5 padeció docenas de bajas y se ganó varias Estrellas de Bronce al valor. Aun así, lo más significativo de OIF-I, de acuerdo con el teniente Richard Wilkerson, de Knoxville, Tennessee, fue que, salvo por catorce horas totales de combates duros a lo largo de un periodo de veinte días, también había sido una «guerra pequeña». «La mayor parte del tiempo lo pasamos haciendo SASO: operaciones de convoy, patrullas presenciales, labores policiales y tal», dijo el teniente Wilkinson.

El sol se ponía tan rápido en el desierto que era como si apagaran un foco. Por culpa del viento del nordeste empecé a congelarme de inmediato. Nunca he pasado tanto frío como en los desiertos semitropicales por la noche. El teniente coronel Byrne sostuvo su charla de mando «a sotavento» de un Humvee, rodeado de una oscuridad absoluta (siendo una fuerza naval, los marines aprovechan cualquier oportunidad para emplear terminología marinera). La sesión de una hora abordó la logística de un convoy de 65 kilómetros dividido en cuatro tandas que partían a intervalos de treinta minutos, con 250 vehículos separados por una distancia de cien metros. Se repasó hasta el último detalle, desde los turnos de guardia hasta la recarga de baterías, pasando por los saltos de frecuencia de radio y los repartos de munición. «Si las comunicaciones se van a tomar por culo como tienen tendencia a hacer, significa que tendremos una interrupción en el contacto de radio, de modo que usad vuestras putas señales manuales.»

La reunión concluyó y todos se fueron a dormir bajo sus respectivas redes de camuflaje. El aislamiento de campaña significaba que nada de agua corriente, nada de café o té y nada de comida salvo raciones preparadas (RME). «Venga —me dijo el teniente coronel Byrne—, le llevaré a su camastro.» Me señaló una red de camuflaje y luego desapareció. Yo no veía nada. Una voz preguntó: «¿Cómo te llamas?»

«Bob —respondí—. Soy escritor.»

«Yo también. Escribo haikus y ciencia ficción. Pero mi auténtica pasión es exprimir veneno de serpientes de cascabel pigmeas y leer sobre el Japón feudal. En el instituto fundé mi propia empresa de informática pero no tenía suficiente dinero para ir a la universidad. Me encantan las armas, de modo que me alisté en los Marines. ¿Necesitas algo?»

«No esperaba que hiciera tanto frío en Kuwait. Mi equipo es insuficiente.»

Se oyó un roce de telas y entonces noté un grueso saco de dormir en la mano y que alguien que se movía en la oscuridad me pasaba una funda. Al cabo de un minuto me entregaron un pasamontañas.

El escritor de haikus era el soldado de primera clase Mike Neal del South Side de Chicago. Manejaba la ametralladora media M240G montada sobre el Humvee en el que viajaría todo el trayecto hasta Faluya. El conductor sería el cabo Daniel Pena, de Waukegan, Illinois. El oficial al mando de ese Humvee y cinco más, comprendido el cuartel general y el elemento de seguridad personal del teniente coronel Byrne, era el oficial técnico jefe II David Bednarcik, de Allentown, Pensilvania. Todos eran veteranos de OIF-I. Se

habían abierto paso combatiendo por el sur de Irak hasta el palacio de Sadam. Se llamaban a sí mismos los «Renegados».

El soldado de primera clase Neal y el cabo Pena tenían veinte y veintiún años, respectivamente. El oficial técnico jefe Bednarcik rondaba los treinta y cinco. Como era un especialista en armas de infantería, el tratamiento más adecuado para él era artillero Bednarcik y no jefe Bednarcik, como se llamaba a los oficiales técnicos jefe en el Ejército de Tierra. Los tres se presentaron a oscuras; no les vería la cara hasta la mañana siguiente.

Las estrellas titilaban a través de la red de camuflaje. Conseguí dormir unas horas. Tocaron diana a las 5:30 de la mañana. A renglón seguido empezaron los ejercicios de rifle y de otro tipo. Entonces se repartió munición para el largo viaje y se dio a conocer las contraseñas de radio: «Nube Roja», «Apache», «Caballo Loco», «Jerónimo» y otros nombres indios. A causa de la febril actividad y la emoción de la partida, las distinciones entre las diversas categorías de sargentos y cabos de Marines que había apreciado en Yibuti parecían allí menos acusadas.

Antes de ponernos en marcha se celebraron servicios de oración protestantes y católicos. En la ceremonia protestante, varios centenares de marines se congregaron en la planicie parda del desierto kuwaití, mientras las gaitas tocaban «*Amazing Grace*». El capellán Steve Pike, de Whittier, California, leyó del Deuteronomio (26:4-10) sobre la «aflicción» de los hebreos en Egipto y cómo el Señor los había liberado del cautiverio. Después dio gracias a Dios «por un lugar tan seco y duro» donde los marines podían realizar el «difícil trabajo espiritual necesario para experimentar la gloria de la Pascua», para la que faltaban unas semanas. Rezó por «los marines, sus familias y el pueblo iraquí». Al final del oficio, retumbando sobre el desierto, se elevó el sonido de centenares de voces:

Padre nuestro que estás en el cielo, santificado sea tu nombre; venga a nosotros tu reino, hágase tu voluntad, así en la tierra como en el cielo. El pan nuestro de cada día, dánoslo hoy; perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores; no nos dejes caer en la tentación, mas líbranos de todo mal: porque tuyo es el reino, el poder y la gloria, por todos los siglos, amén.^[4]

La congregación se dispersó con rapidez. El soldado de primera clase Mike Neal me impartió un curso de repaso sobre el suministro de munición al ametrallador en caso de que entabláramos contacto con el enemigo. A las 13:00 horas, se anunció una «llamada de policía», cuando el batallón entero

formó una hilera de medio kilómetro que se desplazó al unísono por la zona del campamento para recoger nuestra basura del desierto. Se retiraron las redes de camuflaje. Los marines se pusieron los «flaks» (lo que las Fuerzas Especiales del Ejército habían llamado «blindaje corporal individual»). La «tapa dura» (cascos de Kevlar) sustituyó a la «tapa blanda» (sombrosos de ala; lo que las Fuerzas Especiales llamaban *boonies*).

La nuestra sería la última de las cuatro «tandas» del 1/5 en abandonar el campamento. Los complejos preparativos, que incluían el recuento de vehículos y «paquetes» (personal), me recordaron los protocolos organizativos que habían acompañado a una de las últimas grandes caravanas de camellos que cruzaron la Mongolia Interior a finales de los años 20, tal y como los vivió Gwen Lattimore en *The Desert Road to Turkestan*. Si se tenía en cuenta que la edad de la guerra con masas de infantería quizás estuviera tocando a su fin, esa travesía de más de 550 kilómetros a través de desierto abierto hasta el centro de Irak podía constituir uno de los últimos grandes convoyes militares de la historia.

Por fin estábamos en marcha. «¿Por qué te alistaste en los Marines?», le pregunté al conductor de nuestro Humvee, el cabo Pena, un mexicano-americano bajito, de hablar suave y piel blanca con un físico contundente y un talante dulce. Me expuso una típica historia:

«Para alejarme de muchos malos rollos en casa. Tenía malos hábitos. A estas alturas estaría en la cárcel si no me hubiera unido al cuerpo. Ya sólo acabar el instituto de Waukegan, Illinois, fue un auténtico calvario para mí. De todas formas, no me reengancharé. Pienso ir a la universidad para estudiar Empresariales. Quiero meterme en el negocio inmobiliario y ser un buen ciudadano. El estado de Illinois me pagará la educación a través de la ley de prestaciones a soldados.»

Viajamos rumbo norte apenas dos horas por la Ruta Principal de Suministro Tampa, o autopista 80, la célebre «carretera de la muerte» para los soldados iraquíes que huían de Kuwait durante la Tormenta del Desierto. Entonces paramos para hacer noche en NAVISTAR: el punto de partida de navegación, el término que usaba el Ejército estadounidense para la frontera iraquí-kuwaití. NAVISTAR era un inmenso centro de repostaje y mantenimiento, la madre de todas las áreas de servicio. En la entrada, un rótulo advertía: «Los kevlar y chaquetas antibalas son equipo obligatorio para cualquier viaje más allá de este punto.»

El soldado de primera clase Neal bajó de su posición de ametralladora en el techo del Humvee y empezó a hablarme de inmediato, como había hecho la noche anterior, cuando nos conocimos. Era un niño grande lleno de energía, con el pelo moreno y una expresión afable y amistosa que en todo momento estaba al borde de una sonrisa radiante. En el hombro llevaba un tatuaje de un monstruo macabro. «Éste es Parintachin —me explicó—, el payasete loco que vive dentro de mi cabeza.»

El nuevo tema de Neal eran las nueve horas de combate para asegurar el palacio de Sadam en el meandro del Tigris del centro de Bagdad. «Fue como la película *Black Hawk derribado*, pero sin alborotadores. Me tiraron tantas granadas que poco a poco dejé de agazaparme. Durante una de las pausas me relajé lo bastante para comer una MRE y caer dormido unos instantes. Estaba muerto de cansancio y de hambre. Uno se acostumbra a cualquier cosa si dura lo suficiente.»

NAVISTAR era un inmenso laberinto de grava y barreras Jersey que olía a petróleo y gasolina. Realizamos una marcha de medio kilómetro a paso ligero y en formación hasta el comedor. No había tiempo ni para hacer pis, so pena de perder al pelotón y no volver a encontrarlo nunca en la oscuridad, mientras se hacía desfilar a masas de marines y soldados a través del recinto en diferentes direcciones. En el comedor, de techos bajos y olores putrefactos, no se podía ni respirar de la gente que había. «Esto no es un puto Denny's —gritó un sargento mayor por encima de la confusión—. Comed rápido, no habléis y largaos. Hay más gente que espera para jalar.»

La inmensidad del redespliegue era visualmente pasmosa. Fuera, los motores y generadores gemían en la oscuridad, mientras largas colas de camiones ocultaban en parte las estrellas.

En el orden del convoy, los Renegados dirigidos por el artillero Bednarcik formaban parte del «bloque» Charlie de la Compañía Alfa. Nos proporcionaron un angosto tramo de arena entre dos ristas de vehículos para que tendiéramos los sacos de dormir. Tocarían diana a las 2:30 de la mañana. No había sitio para asearse, como tampoco lavabos o retretes portátiles. Para las 2:45 habíamos recogido nuestro equipo y los marines andaban ajetreados con correas y lubricantes, entre sonoros insultos a puertas rotas y problemas con la transmisión.

Anunciaban la proximidad de Irak las luces de unos fuegos de petróleo. Avanzamos a oscuras durante horas sobre la carretera. Me castañeteaban los dientes y me temblaban las piernas por el frío helador que se colaba por la trampilla del techo, donde el soldado de primera clase Neal estaba sentado

ante su ametralladora. «Tengo tanto frío que se me ha congelado la cara en una sonrisa permanente», me gritó por el hueco.

El amanecer trajo un paisaje de desierto ceniciento y hierba corta del color gris verdoso del moho. A medida que avanzábamos hacia el norte el desierto se fue volviendo cada vez más alcalino, con depresiones cortadas a cuchillo de sal mezclada con barro seco. Se anunció una pausa para mear de cinco minutos por las ICOM portátiles, o radios intraescuadra. Centenares de marines formaron en hilera a lo largo de la calzada para regar el desierto. Los chicos se miraban unos a otros y se reían. Yo me comí una ración preparada de pollo tailandés para desayunar.

Adelantamos a largos convoyes blindados de camiones turcos que entraban y salían de Irak con combustible y artículos de consumo. La construcción de la carretera tenía la calidad de una interestatal estadounidense, un legado de la riqueza petrolera de Irak de los años 70 y 80, antes de que Sadam invadiera Kuwait y se impusieran las sanciones. Con el progresar de la mañana aparecieron civiles iraquíes en los márgenes de la carretera y en furgonetas desvencijadas, y nos saludaron. Cruzamos el río Éufrates entre Nasiriya y Nayaf, y entramos en el corazón de la Mesopotamia meridional chií. Aquí y allá se veían pequeñas zonas verdes contorneadas por acequias. Los iraquíes, ataviados con sucias pero dignas vestiduras y *kufias*, nos saludaban junto a sus ovejas y su ganado. Sin embargo, por su mayor parte, el agotador paisaje lunar no remitía.

De todos los paisajes y situaciones geográficas de la Tierra, según el orientalista francés Georges Roux, el de Irak se cuenta entre los que menos han cambiado a lo largo de la historia. El libro de Roux *Mesopotamia: historia política, económica y cultural* sortea con soltura la brecha entre la visión romántica de Mesopotamia, basada en los primeros capítulos del Génesis, y el paisaje más bien lúgubre que me había encontrado en ésa y mis anteriores visitas.^[5]

Adán y Eva, a fin de cuentas, no vivieron en un paraíso terrenal sino en un rebosante pantano de barro. El Tigris y el Éufrates «fluyen con una pendiente tan baja que trazan considerables meandros y proyectan numerosos afluentes laterales», lo que creaba muchos «lagos y pantanos» separados por «desolados páramos surcados de *wadis* secos y salinas».^[6] Las antiguas poblaciones mesopotámicas, prosigue Roux, «no estaban construidas sino con barro».

También está la descripción de Irak que hizo el viajero inglés de principios del siglo XX Robert Byron: «Es una llanura de barro [...]. Sobre la llanura se elevan aldeas de barro y ciudades de barro. Los ríos son corrientes de barro líquido.»^[7]

Hay que tener presente que Irak posee el clima seco implacable de un desierto, que no cesa de encostrar el barro y dispersarlo en forma de polvo fino. Roux señala que las temperaturas de Mesopotamia, de la prehistoria en adelante, alcanzan los 50 grados en verano, y que las precipitaciones medias anuales están por debajo de los veinticinco centímetros cúbicos y además se producen en su mayoría en primavera, causando inundaciones. Sin embargo, como toda la tierra hacia el oeste hasta el Mediterráneo y hacia el este hasta el subcontinente indio es un desierto sin ríos ni lluvias, esa desangelada arteria de barro es donde se desarrolló la civilización antigua.

Sin embargo, no puede decirse que prosperara. A diferencia de lo que suele creerse, con el respaldo de los clichés bíblicos, la cuenca del Tigris y el Éufrates no convirtió Irak en una tierra antigua y unificada como había sucedido con el valle del Nilo y Egipto. Es posible que las dos cuencas fueran las madres de la historia y la civilización, estrechas franjas de vida entre la nada del desierto, pero allí terminaban las similitudes.

Roux explica que, desde la Antigüedad, el Nilo ha presentado una crecida anual de volumen casi constante, para lo que los grandes lagos del África oriental actúan de reguladores. Como el Nilo «inunda el valle con holgura durante un tiempo y luego se retira», sólo requería la «barata y fácil irrigación “estilo cuenca”», consistente en que los habitantes cavaban surcos a modo de canales y esperaban a que se llenaran. Sin embargo, el Tigris y el Éufrates carecían de grandes lagos en sus fuentes para regular las crecidas. Eran dos ríos en vez de uno: el Tigris, nacido en las nieves del Kurdistán, y el Éufrates, que fluía desde las montañas de Armenia. Además, su crecida anual se producía demasiado tarde para las cosechas de invierno y demasiado pronto para las de verano. En consecuencia, la irrigación en Mesopotamia era un quebradero de cabeza interminable que precisaba embalses, diques y presas reguladoras. Aun así, a diferencia de Egipto, pocas cosas se podían dar por sentadas. Una bajada de las aguas durante unos años significaba sequía y la consiguiente hambruna, mientras que las aguas altas arrasaban con las casas de barro como si nunca hubieran existido. Roux afirma que «esa doble amenaza y su incertidumbre» alimentaron un «pesimismo fundamental» entre los habitantes de Mesopotamia.^[8]

Ese pesimismo emanaba no sólo de la permanente lucha contra la naturaleza, sino también de la lucha del hombre contra el hombre, otro fenómeno que no existía en Egipto. Freya Stark explica: «Mientras que Egipto ocupa una posición paralela y pacífica respecto de las rutas del tráfico humano, Irak es desde el principio de los tiempos una provincia fronteriza, situada en ángulo recto e interpuesto respecto de las sendas predestinadas del hombre.»^[9]

En otras palabras, el Nilo siempre ha sido una ruta de emigración natural. La gente no tenía que cruzarlo, sino recorrerlo corriente arriba o abajo. El Nilo transportaba marfil y especias de África. El Tigris y el Éufrates no transportaban nada salvo sus aguas. Los momentos en que algún invasor extranjero profanó Egipto desde el mar, o por tierra a través de la península del Sinaí, fueron lo bastante pocos para resultar memorables: las agresiones de Alejandro Magno o Napoleón, por ejemplo, que llevaron saber y progreso económico.

Irak, sin embargo, nunca conoció la paz. El valle del Tigris y el Éufrates, como indica Freya Stark, se encontraba en ángulo recto respecto de una de las rutas migratorias más ensangrentadas de la historia. Desde el desierto sirio del oeste llegaron los amoritas, los hititas y los ejércitos árabes medievales de los califas omeyas de Damasco; una amenaza que en tiempos modernos ha sido representada por el régimen baazista rival de Siria. Al este se extendía la amenazadora meseta de Elam, «la gran montaña que infunde el terror», desde donde todo tipo de invasores, entre ellos los casitas arios, los persas de Darío y Jerjes, las hordas mongolas y los iraníes del ayatolá Jomeini, han caído sobre Mesopotamia.^[10]

Con todo, la diferencia más importante entre el valle del Nilo y Mesopotamia radicaba en que, mientras que la primera fue siempre una unidad demográfica cohesionada, la segunda era una región fronteriza nebulosa donde varios grupos chocaban y se solapaban. Desde fuera en ocasiones se ha sentido la inclinación de interpretar Irak como el producto moderno de una entidad política secular, conocida en diferentes épocas como Sumeria, Acadia, Asiria, Babilonia y el califato de Bagdad. La verdad, como documenta Roux con meticulosidad, es que cada una de esas civilizaciones abarcó sólo una parte del Irak actual, una parte que a menudo estaba en guerra con las demás. Los sumerios, que vivieron en el sur de Mesopotamia, combatieron a los acadios de la región central, mientras que ambos lucharon contra los asirios, que habitaban el norte de la zona. Los asirios, a su vez, guerrearon con los babilonios, que ocupaban la región fronteriza entre lo que

había sido, en el milenio anterior, Sumeria y Acadia. Eso por no hablar de las muchas islas de persas que vivían entre los nativos mesopotámicos y formaban otra fuente de conflictos.

Aunque los antiguos historiadores griegos denominaron a la región Mesopotamia, que significa «la tierra entre los [dos] ríos», Roux señala que los habitantes de la propia Mesopotamia «no tenían un nombre que cubriera la totalidad del país en el que vivían». Los términos que utilizaban eran o demasiado vagos («la Tierra») o demasiado precisos («Sumeria», «Acadia», etc.).^[11] Por tanto, la actual división de Irak entre los kurdos indoeuropeos de las montañas nororientales, los árabes suníes de la Mesopotamia central y los chiíes del sur era —al igual que las divisiones que había visto en Yemen, Colombia, Filipinas y Afganistán— un formidable legado de la historia y de la geografía.

Metí la mano en una bolsa de MRE y saqué un *brownie* con dulce de leche para comer. Tenía la consistencia del cemento puesto a secar. Durante otra pausa para mear un refunfuñante suboficial de alto rango tomó asiento en nuestro Humvee porque en su coche de mando se había fastidiado el alternador. «Me cago en tal cosa... La madre que parió a tal otra... Los cojones de fulanita... Cabo, es más gilipollas que un bate de fútbol», sin parar. Después de darse un banquete de raciones, cayó en un profundo sueño, cosa que agradecí.

Yo mantenía una conversación continua con el artillero Bednarcik. Era un tipo corriente, robusto y práctico, con un temperamento sagaz y simpático, el tipo de hombre al que le confiaría lo que fuera, desde organizar patrullas presenciales en una zona sin pacificar hasta políticas presidenciales. Había extraños momentos en los que me recordaba al difunto cómico John Candy, aunque por supuesto sin la obesidad (de hecho, Bednarcik era corredor de fondo). Estaba en el cuerpo a cadena perpetua, dispuesto a cumplir treinta años, aunque sólo lo reconociera a medias. Como le sacaba más de una década al cabo Pena y el soldado de primera clase Neal, poseía hacia ellos y el resto de «tarambanas» del pelotón, como los llamaba él, una actitud afable y paternal.

«Soy de Allentown, Pensilvania, un sitio donde la gente es patriótica a rabiar», me dijo con acusado orgullo. Su familia se jactaba de contar con veteranos de la Segunda Guerra Mundial, la guerra de Corea y la de Vietnam. Granada y Beirut le habían causado una profunda impresión, de modo que se

alistó en los Marines. Primero instructor en Parris Island, Carolina del Sur, y después sargento de armas, era el machaca de hierro por excelencia. Aun así, también albergaba una afabilidad que lo convertía en una compañía encantadora.^[a5]

«Parris Island es una máquina —me explicó, en referencia a la instrucción básica del Cuerpo de Marines—. Los instructores son duros por la presión que tienen para producir reclutas competentes en un espacio de tiempo finito. Se microgestiona hasta el último minuto del día de los reclutas. No puedes hacerte el simpático con los bultos —sentenció con tono de entendido, como si me confiara un secreto—. No se equivoque, estos chicos que ve aquí son tíos duros, chavales muy duros. A menos que uno sea duro con ellos, no reaccionarán. El Ejército de Tierra quiere adiestrar a los soldados para enseñarles habilidades. Menuda mierda. La instrucción del Cuerpo de Marines pretende romperte para rehacerte como una persona mejor.»

Le pregunté por un oficial en particular, que me había parecido algo distante. «Sí, lo sé —dijo el artillero Bednarcik—. Es un auténtico marine de la costa Este. Verá, Camp Lejeune está cerca del mástil de la bandera de Quantico [Virginia] y hoy en día la II MEF tiene menos faena en términos de despliegues. Esa combinación hace que los marines de la costa Este sean puristas de los detalles y el reglamento», exactamente lo que había notado en Yibuti.

«Camp Lejeune, Jacksonville, C. N. —prosiguió el artillero mientras sacudía la cabeza en ademán de desaprobación—, cabinas para pajilleros, locales de *striptease*, el Negocio de la Inmoralidad, en otras palabras. Allá donde vea el Negocio de la Inmoralidad, puede estar seguro de que existe una baja proporción de mujeres disponibles para hombres jóvenes. Para ser sinceros, los marines de Pendleton se lo pasan mejor. Los jóvenes marines de allí están pegados a la interestatal, cerca de Hollywood y San Diego. Lo mejor que le puede pasar a un soldado de primera clase es hacer la instrucción en Parris Island y que luego lo asignen a Camp Pendleton.»

Era mediodía pasado. Aparecieron oasis de fango seco con junglas de palmeras datileras blanqueadas y aldeas de muros de barro, bajo un cielo ancho y pálido. Las mujeres, con sus amplias vestiduras negras, avanzaban por los arceles de las acequias con cántaros de agua en la cabeza. Había burros y ganado, pero no camellos. Después siguió el desierto alcalino.

Entrada la tarde, trece horas exactas después de salir de NAVISTAR, paramos en «Scania», otro centro militar estadounidense de combustible y reabastecimiento, situado dos horas al sur de Bagdad, cerca de Hillá. Las

barreras Jersey, cestas HESCO y retretes portátiles creaban la instantánea sensación de haber salido de Irak. Después de repostar, el convoy aparcó en ocho interminables columnas, divididas por estrechos caminos de grava en los que nos ordenaron tender los sacos de dormir.

La noche cayó mientras volvíamos a trompicones de cenar. El soldado de primera clase Neal me enseñó a colocar las placas para rifle de mi chaleco antibalas como superficie más cómoda para dormir sobre la grava. Con la ayuda de una linterna, me mostró una brújula de la Primera Guerra Mundial que le había dado su abuelo marine, con la inscripción «Semper Fi, te quiero, Abuelo».

Un marine, entre maldiciones a la afilada grava, cogió y tendió su saco de dormir sobre el capó de un camión, donde quedó dormido. Bajo las estrellas, callamos todos mientras el gaitero tocaba el himno de los Marines. Después volvieron los ruidos y demás confusión de ese *caravanserai* de nuestros tiempos.

Mientras yacía en mi saco de dormir, uno de los Renegados, el cabo Michael Pinckney, de Situ Kingston, Rhode Island, se me acercó y empezó a hablar: «Tengo veintitrés años. Mi generación da pena. Son todos unos blandos. No les importa su identidad como estadounidenses. Vivimos en un país de puta madre, y ellos ni siquiera están orgullosos. Mi familia iza la bandera, pero otras no. Nadie sabe ya lo que significa ser estadounidense, ser duro. Me gusta estar en casa, pero a veces no. La gente de casa no está orgullosa de que estemos aquí en Irak, porque ha perdido el sentido del sacrificio. Esperan que todo sea perfecto y fácil. No saben que, cuando las cosas van mal, hay que perseverar, no buscarle tres pies al gato. Durante OIF-I, todos dormimos bajo la lluvia y pillamos disentería en Diwaniya, pero al volver a casa, todo el mundo va al psicólogo y se demandan unos a otros. Por eso me gusta el Cuerpo de Marines. Si la cagas, tu sargento te obliga a que lo arregles. No querría estar en otro sitio que no fuera Irak. OIF-I y OIF-II, en esto consiste ser hombre. Y no me refiero a un rollo de machito. Me refiero a carácter moral.»

A pesar de las noticias sobre la baja moral de las Fuerzas Armadas por el exceso de servicios, con las Fuerzas Especiales del Ejército y el Cuerpo de Marines sólo me había encontrado a dos tipos de soldado: los que servían en Irak y Afganistán, y los que sentían envidia de ellos.

Tocaron diana a las 5 de la mañana. Después de recoger nuestros sacos de dormir y desayunar, el artillero dio al pelotón una charla sobre los IED (artefactos explosivos improvisados, entre ellos los coches bomba) que los

insurgentes a menudo colocaban en la carretera de Bagdad. «Muy bien, tarambanas, las últimas informaciones hablan de Volkswagens, sedanes, BMW, Opels y Toyotas rojos como especialmente sospechosos. Lo sé, lo sé, son la mitad de coches de la carretera. Lo que quiero decir es que, como diría Bugs Bunny, id con mucho mucho ojo.»

La siguiente charla la dio el sargento Christian Driotez, de Los Ángeles. El sargento D, como lo llamaban, provenía de una familia de inmigrantes salvadoreños. Poseedor de un físico imponente y una expresión de pocas bromas tipo Charles Bronson, era, pese a todo, el sargento más amable y considerado que conocería en el Cuerpo de Marines, además de un auténtico líder de hombres. Se había alistado, afirmaba, porque quería «poner su puto granito de arena», tras haber visto a chavales arrastrados a luchar contra su voluntad por los rebeldes izquierdistas del país de origen de su familia.

«Recordad el lema del batallón para OIF-I —le dijo el sargento D al pelotón—. “Haz la paz o muere.” Y aseguraos de que tenéis el puto ACOG [mira óptica de combate avanzada] puesto en el rifle. Aquí es donde empieza Irak de verdad. No habrá paradas para mear, o sea, que guardad botellas vacías de agua y Gatorade para mear dentro. Somos cojonudos, pero todavía lo seremos mucho más con el paso de las semanas. Ya estoy orgulloso de vosotros, chicos.»

Antes de ponernos en marcha, el capellán pidió a los santos ángeles que velaran por nosotros.

Avanzaríamos rumbo norte hasta las afueras de Bagdad y luego doblaríamos al oeste hacia el corazón del Triángulo Suní, cerca de Faluya. Allí, en la base de operaciones avanzadas (FOB) Mercury, el 1/5 reemplazaría al 1.º Batallón del 504.º Regimiento de la 82.ª División Aerotransportada del Ejército.

En cuanto nuestra tanda entró en la carretera principal, el convoy hizo un alto por un posible artefacto explosivo improvisado. Dos helicópteros del Ejército se situaron sobre nuestras cabezas para inspeccionar la zona y escoltar a la tanda hacia delante. Se trataba de una falsa alarma, sin embargo. «Putá paranoia», protestó el artillero Bednarcik. Comprendí de inmediato cómo una sola persona, colocando un artefacto explosivo primitivo, podía enredar a una compañía entera de infantería, aunque tuviera apoyo aéreo. La asimetría era un hecho básico de la vida en Irak, y por lo general favorecía a los insurgentes.

«Quiero acción», estalló el cabo Pena.

«No, gracias. Ya he tenido bastante de disparar a civiles —respondió el soldado de primera clase Neal—. Durante OIF-I —explicó—, captamos fuertes indicios de que un vehículo era hostil, y me ordenaron disparar. Resultó ser un anciano que murió en cuestión de segundos. Me sentí fatal, pero bajo las mismas circunstancias no tendría más remedio que hacer lo mismo.»

Nos encontrábamos a las afueras de Bagdad. Pena, Neal y el artillero alucinaban con los coches nuevos y antenas parabólicas que abarrotaban la carretera y los tejados, que según me dijeron no estaban allí el año anterior, en vísperas de la invasión. Lo único desagradable que vimos fueron los grafitis de los pasos elevados que habían garabateado los de la 3.^a División de Infantería del Ejército. Las mezquitas, suníes y chiíes, con sus resplandecientes cúpulas de cerámica vidriada, llevaban el sello de la influencia arquitectónica persa: el producto de la historia y la geografía, ya que Irán estaba allí al lado. La edad de oro de Bagdad, en los albores del siglo IX, bajo el califa abasí Harun al Rashid, había sido, en buena medida, fruto de las ideas y la artesanía persas.

A primera hora de la tarde aparecieron ante nuestros ojos los bajos muros pardos de Faluya. El convoy se desvió de la ruta de la ciudad, sin embargo, y puso rumbo al este durante unos kilómetros: hasta que el desierto color albaricoque, desaparecido en parte en una neblina de asfixiantes turbiones de polvo, dio paso a un laberinto de barreras Jersey, Texas y Alaska, seguido de alambradas de concertina, cestas HESCO y cadenas de tanque que hacían las veces de badenes.^[a6] Aquí y allá vi algunos matorrales e hileras de eucaliptos. Para los marines, ése sería su hogar en los meses venideros.

Se trataba de un complejo de dos bases, en realidad: la FOB (base de operaciones avanzadas) St. Mère y la FOB Mercury, más pequeña. St. Mère conmemoraba el pueblo normando, Sainte-Mère-Eglise, por el que había combatido la 82.^a en el Día D. La zona entera había sido un centro de adiestramiento para el *muyahidín* Kalq iraní (Santos Guerreros de las Masas), un grupo guerrillero apoyado por Sadam Husein que buscaba el derrocamiento del régimen de Teherán. Como el Irak de Sadam era un Estado altamente militarizado, el país estaba lleno de palacios y campamentos militares en los que se instalaban las tropas estadounidenses.

La 1.^a División de Marines se dividía en tres equipos de combate de regimiento, o RCT. La FOB St. Mère era el cuartel general del RCT-I, del que formaba parte el 1/5. También era el cuartel general de la IMEE. En consecuencia, había oficiales de alto rango por todas partes. Pena y Neal

echaron un vistazo al lugar y murmuraron con desprecio: «POGs» (pronunciado «pogues»: gente que no es machaca, o sea, oficialidad de nivel de regimiento, división o MEF). «Se pegan la gran vidorra —dijo Pena—, no como nosotros los machacas que combatimos de verdad. Pero lo preferimos así.» El comedor de St. Mére era el más currado que había visto hasta la fecha en mis viajes, con barras de ensaladas y postres aparte y una televisión de pantalla grande sintonizada a todas horas en el canal de deportes ESPN. St. Mere también disponía de un economato bien surtido, instalaciones de lavandería y unidades de ducha Kellogg, Brown & Root.

Salimos de la FOB St. Mere tras una breve parada y viajamos tres kilómetros más en el desierto: hasta la FOB Mercury, nuevo hogar del 1/5.

La base de operaciones avanzadas Mercury era una lóbrega extensión de grava y tierra con edificios chatos de hormigón armado e hileras de tiendas de campaña, dominada por el gemido de los generadores. No había instalaciones de ocio. En lugar de buenas unidades de ducha y aseo había retretes portátiles de plástico. El comedor traía a la mente una penitenciaría. Yo compartía habitación con cinco capitanes y dos oficiales técnicos, en un pasillo de puertas agujereadas, fluorescentes hechos añicos y polvo asfixiante. Había patates tirados por todas partes. «Esta habitación parece una subasta de garaje», se quejó en tono burlón uno de mis compañeros. Tras días de viaje, nuestro «tufo a pie» era abrumador. Por supuesto, todas las privaciones sufridas hasta ese momento no tenían punto de comparación con las que experimentaron los soldados y periodistas en la OIF-I.

No mejoraba la situación el que a menudo no hubiese agua en las duchas. Las condiciones de vida en la FOB Mercury no llegarían a mejorar gran cosa en las semanas que pasé allí. Siempre faltaba algo: el agua, la luz o incluso la comida. Con todo, la FOB Mercury se demostraría la base avanzada optimizada por excelencia. Era un lugar donde todo el mundo contribuía directamente al esfuerzo bélico. Albergaba una pureza monástica que no había encontrado casi en ningún lugar más del mundo entre el Ejército estadounidense.

La primera noche que pasamos allí sufrimos un ataque de morteros y cohetes. Se convertiría en un acontecimiento habitual. A los marines se les vinieron los problemas encima sin que hubieran tenido tiempo ni siquiera para asearse y deshacer las maletas. Acababan de asesinar al barbero iraquí que trabajaba en la base; el contratista de agua local había recibido amenazas. El día en que llegamos se produjo un tiroteo durante una sesión del consejo provincial en Faluya, que no logró ni siquiera aprobar la construcción de una

carretera. En el suceso resultaron heridos varios soldados y marines estadounidenses que se encontraban en la ciudad y habían llegado al país unos días antes que nosotros.

Uno de los capitanes de mi barracón, Jaime McCall, de Wilmington, Delaware, acababa de enterarse de que, hacia finales de junio, tras la devolución del poder político a los iraquíes, era posible que los soldados estadounidenses necesitaran órdenes judiciales cuando quisieran entrar en casas iraquíes para atrapar terroristas. Como auditor general del Ejército del batallón, estaba seguro de que se alcanzaría un compromiso. Aun así, el consenso en primera instancia del barracón era que la Administración Bush estaba dejando demasiada responsabilidad en manos de los iraquíes demasiado pronto.

Al cabo de unas horas, los detalles y rigores del convoy estaban relegados al olvido y todo el mundo andaba enfrascado en sus nuevas tareas. Como el 1/5 reemplazaría al 1.º del 504.º de la 82.ª Aerotransportada en la región situada entre Faluya y Bagdad, el comandante del 1/504, teniente coronel del Ejército de Tierra Marshall Hagen, de Fosston, Minnesota, se pasó esos primeros días mostrándole al teniente coronel Byrne la AOR (zona de responsabilidad) y presentándole a los miembros de los diversos ayuntamientos iraquíes.

Era una AOR única. Debido en parte a su proximidad a Bagdad, contenía más chiíes que quizá cualquier otro lugar del Triángulo Suní. Para el Ejército estadounidense por lo general el trato con los chiíes resultaba más fácil. No sólo habían estado por la causa del cambio de régimen, sino que su burocracia clerical más formalizada facilitaba la identificación de líderes locales y, por tanto, el establecimiento de relaciones comunitarias con el Ejército de Tierra y los Marines (también había facilitado la revolución iraní de 1978-1979, que permitió a los ayatolás formar un Estado dentro del Estado antes incluso de que cayera el *sha*).

El conocimiento que tenía el teniente coronel del Ejército Hagen de las tribus, clanes y subclanes locales y de sus luchas de poder intestinas, sumado a su capacidad para separar a los buenos de los malos en cada ayuntamiento, era considerable, testimonio de que hasta una fuerza tan convencional como la 82.ª Aerotransportada era capaz de adaptarse a las circunstancias menos convencionales. «No soy ningún experto —me dijo—; existen al menos siete Iraks diferentes, cada uno con muchas capas. Cualquiera que se califique de

experto en Irak no tienen ni puta idea de lo que dice. Cuanto más aprendo, más insondable me parece todo.»

Durante los siguientes días, los tenientes coroneles Hagen y Byrne con sus respectivos estados mayores iban a volverse inseparables, mientras el Ejército de Tierra volcaba sobre los Marines un virtual cargamento de datos. Las sesiones informativas sobre detalles como las trayectorias entrantes de los morteros y los intentos de identificar sus puntos de origen durarían hasta tres horas de una tacada. La hostilidad entre las armas, si bien todavía existía, era menos perniciosa que en cualquier momento anterior de historia de las Fuerzas Armadas estadounidenses, un legado de la ley Goldwater-Nichols de 1986 que creaba mandos de zona unificados y ampliaba el Estado Mayor Conjunto del Pentágono para obligar a las diferentes armas a colaborar.^[a7]

La primera parada en el *tour* que le dio el teniente coronel Hagen al teniente coronel Byrne fue el pleno del ayuntamiento de Bagdad occidental, que se celebraba todos los sábados en el distrito de Mansur de la capital. El cabildo contaba con jeques y otros cabecillas de las poblaciones situadas inmediatamente al oeste de Bagdad. La ruta de la FOB a Bagdad nos llevó por una autopista de seis carriles que pasaba por delante de uno de los palacios del hijo menor de Sadam, Qusai, ocupado a la sazón por varios equipos A de las Fuerzas Especiales del Ejército. Después del palacio venía el antiguo Aeropuerto Internacional de Sadam, que en ese momento era un inmenso conglomerado de distintas bases militares de la coalición: «Camp Victory» para la Fuerza de Tarea Conjunta Combinada, «Camp Blackjack» para la 1.^a División de Caballería del Ejército, etc. La zona en su conjunto recibía el nombre de BIAP (Aeropuerto Internacional de Bagdad). Del mismo modo en que el convoy desde Kuwait había representado quizá la última caravana de la era industrial, el BIAP representaba el epicentro de lo que quizá fuera la última gran invasión masiva de infantería.

A unos minutos de distancia se encontraba el linde occidental del núcleo urbano de Bagdad: una imagen decrepita comparada con la de finales de los 80, cuando lo había visto por última vez, fruto de más de una década de sanciones económicas. Dentro de la galería de arte donde el pleno del ayuntamiento estaba a punto de comenzar, me asombró la imagen de los corrillos iraquíes charlando en voz alta, con teléfonos móviles que sonaban a todas horas. Había hombres y mujeres con las kefias y *abayas* tradicionales (pañuelos para la cabeza), y también con trajes de buena factura, a diferencia

de la anticuada vestimenta de Europa del Este de los años 80, cuando Irak se hallaba bajo la tutela de seguridad de los alemanes orientales. Los feos hollywoodienses de aspecto siniestro —el personal de seguridad con cara de pocos amigos que recordaba de dos décadas antes— habían desaparecido. El aire de la libertad imperaba en la sala, o eso parecía.

Dos décadas atrás, los miembros del cabildo habrían esperado cada uno por su cuenta en un silencio nervioso para saludar al funcionario en jefe en cuanto entrara en la sala. En ese momento, nada más sentarse el presidente del consejo lo acribillaron a acusaciones: «No le hemos visto el pelo... ¿Cuándo vamos a ver resultados?» La reunión degeneró con rapidez en un cruce de reproches.

Durante una breve pausa, mi inicial romance con el nuevo Irak quedó hecho pedazos cuando un miembro del cabildo vestido con un traje a medida, el jeque Dhari al Dhari, me dijo:

«La gente vive atemorizada. Hay atracos a todas horas, asaltos a coches, secuestros de miembros de familias acaudaladas. Las familias ricas van a tener que mudarse a Amán [Jordania] para escapar del caos. La gente no sale cuando oscurece.»

El jeque Al Dhari me describía una situación que recordaba a la Rusia y la Sudáfrica posteriores a la caída de sus regímenes autoritarios. Por malos que fueran esos regímenes, gracias a su longevidad habían hecho la vida predecible y la gente había encontrado maneras ingeniosas de adaptarse. Como las reglas, por bien que opresivas, eran conocidas, el pueblo siempre encontraba maneras de sortearlas. Sin embargo, luego llegaba el liberalismo y el interregno desregulado, cuando nada era predecible y se generaba un nuevo tipo de opresión, vinculado a un crecimiento espectacular de los índices de criminalidad.

En realidad, Rusia y el resto del bloque comunista —mucho más que Sudáfrica— era la comparación adecuada para Irak. El partido gobernante, el Baaz (Renovación), había sido como el Partido Comunista soviético, con una supuesta ideología utópica que retrocedía cada vez más en el pasado a medida que evolucionaba hacia una organización criminal. Cuando eso se vino abajo, vieron la luz mafias y bandas de protección más pequeñas que se asociaron a otras empresas delincuentes y terroristas. La tan cacareada liberación de prisioneros anunciada por Sadam momentos antes de la invasión encabezada por Estados Unidos en marzo de 2003 había tenido un fin específico: dar rienda suelta a los delincuentes comunes en todo el país, con miras a preparar el terreno para la ingobernabilidad postinvasión.

Mientras que a los estadounidenses les preocupaba en primer lugar el terrorismo, los iraquíes de a pie sentían un temor equivalente a la delincuencia común. Una de las peores zonas del país era la población de Abu Ghraib, al oeste mismo de Bagdad, enclave de una infame prisión y centro de tortura. La responsabilidad de la localidad de Abu Ghraib recaía a partes iguales sobre la 1.^a División de Caballería y la 82.^a Aerotransportada, que estaba transfiriendo su sección de Abu Ghraib a los Marines.

El teniente coronel John Ryan, de la 1.^a División de Caballería, se puso en pie para hablar a los iraquíes del cabildo.

«No podéis tener seguridad si no vigiláis a los vuestros —ladró—. Vosotros sabéis quiénes son los delincuentes y terroristas. En general no son terroristas extranjeros. Son vuestros propios hijos y primos. Queréis trabajo; pues bien, no habrá trabajo sin seguridad. Tenéis que responsabilizaros de vuestros barrios. A la coalición no le quedará más remedio que gastar más dinero en el campo, donde la gente se muestra más respetuosa de la ley y favorable a nosotros que en Abu Ghraib. No daremos de comer a la boca que nos muerde —prosiguió—. No quiero registrar vuestras casas a las tres de la mañana, pero es que no me dais elección. O nos ayudáis a encontrar a los criminales o dejáis de quejaros.»

El teniente coronel Byrne escondió la cabeza entre las manos por la vergüenza. No le gustaba el tono insultante del teniente coronel del Ejército de Tierra, que ni siquiera se había quitado el chaleco antibalas como sí habían hecho los marines y el teniente coronel Hagen y se había dirigido al cabildo como un instructor chusquero a sus reclutas.

«Ustedes derrocaron el régimen —replicó un miembro del consejo—, de modo que es tarea suya proporcionar seguridad.»

«Si quieren empleo —replicó inmutable el teniente coronel Ryan—, ayúdenos más con la seguridad.»

El teniente coronel Byrne se dirigió al grupo. Su tono era conciliador: «Soy un marine de Estados Unidos. Nuestra tradición es diferente que la del Ejército de Tierra. Para mí es un honor estar aquí para servirles. Como ustedes, soy creyente. Antes de venir, fui a ver a mi capellán y recé con él para bendecir nuestra misión.»

Sin embargo, el teniente coronel del Ejército resultó ser no menos consciente de los asuntos culturales que su homólogo marine. Descubrí que el teniente coronel Ryan había intentado el enfoque blando durante semanas sin llegar a ninguna parte, a la vez que se acumulaban los informes sobre lazos activos entre varios miembros del consejo y criminales violentos. La rudeza

del teniente coronel Ryan era un experimento, me diría más tarde. Entretanto, se reunía en secreto con otros miembros del consejo.

Cuando acabó el pleno, el jeque Al Dhari le dijo al teniente coronel Byrne que «necesitamos ejemplos visuales de progresos. Cuanto más tiempo dedican los estadounidenses a su propia seguridad, menos esfuerzo aplican a la reconstrucción y menos respeto sienten por ustedes el iraquí medio». El jeque había tocado el nervio del dilema estadounidense en Irak, como explicaré.

En realidad, la represión no había sido el único instrumento empleado por Sadam Husein. También había sobornado a los jeques más destacados del Triángulo Suní con dinero en metálico, coches de lujo, parcelas de tierra y otros regalos tangibles. Sin embargo, la invasión encabezada por Estados Unidos había desmantelado todo ese sistema. ¿Y qué habían llevado a cambio los americanos para contentar a esos notables, que durante milenios habían dominado el pensamiento de sus clanes extensos? ¿La promesa de unas elecciones? ¿Qué era eso? Una abstracción que para muchos iraquíes significaba bien poco. En una parte del mundo donde la sangre era más espesa que las ideas, suponía un paso difícil que un musulmán delatara a otro, sobre todo a cambio de algo tan intangible como las elecciones.

En consecuencia, los jeques y otros personajes, impulsados por un interés corto de miras —como si eso debiera haber sorprendido a alguien—, hicieron saber que estaban abiertos a posibles acuerdos con los sirios y demás yihadistas variados, que conocían las rutas de entrada y los pisos francos a lo largo de la ruta clandestina a Irak siguiendo el Éufrates. No mejoraba la situación el que la militarización misma del Estado propiciada por Sadam hubiera convertido Irak en un enorme arsenal para el suministro de cohetes y morteros a los yihadistas y la fabricación de IED (artefactos explosivos improvisados). Con el Ejército iraquí desbandado, había una cantera de personas con conocimientos de artillería y explosivos e incentivos para usarlos contra los estadounidenses.

Reparé en el escarnio con el que nos miraban los miembros del consejo y demás iraquíes presentes en la asamblea, con nuestros cascos de Kevlar y chalecos antibalas blindados más aún con placas antirifle. El mero hecho de verse con nosotros los ponía en una situación más peligrosa que la nuestra, y aun así carecían de esas protecciones y rara vez las solicitaban. El hecho de que, tras un año de invasión, los marines y soldados estadounidenses todavía tuvieran que desplazarse por Irak llevando ese equipo protector era en sí mismo una señal de lo poco que se había conseguido.

Como la Administración Bush, atrapada en un ciclo electoral, no podía tolerar más bajas estadounidenses, había que tomar medidas extraordinarias de seguridad que no hacían sino aumentar la distancia entre el Ejército norteamericano y el iraquí medio. La disposición a aceptar un mayor número de bajas quizás hubiera supuesto unos progresos más rápidos, pero era probable que la opinión pública en casa careciera de apetito para ello.

El teniente coronel Byrne, un chaval de los Marines que se había criado cerca de Quantico, me dijo: «Es posible que OIF-I fuera nuestra mayor victoria militar desde la Segunda Guerra Mundial. El régimen iraquí era un hatajo de animales. ¿Cómo puede estar ninguna persona civilizada en contra de lo que hicimos? Nuestro presupuesto de Defensa en relación con el PIB es más bajo de lo que ha sido en décadas. Objetivamente, podemos permanecer aquí a un coste muy bajo durante años para ayudar al nuevo Gobierno iraquí y rematar la faena. Con el tiempo suficiente, es imposible que perdamos, así de claro. Pero ¿lo permitirán la opinión nacional y los medios que tanto influyen en ella? Ésa es la cuestión.»

Hay que tener presente que eso era a principios de la primavera de 2004. El escándalo de la prisión de Abu Ghraib y tantas otras cosas malas estaban todavía en el futuro, y los marines con los que estaba empotrado aún sentían más esperanza que encallecimiento. Era una época en la que los iraquíes todavía los saludaban. Cabe recordar también que, como unidad de combate destacada en la conquista de Bagdad de 2003, habían regresado al país con un sentido idealista de misión. El comentario de Byrne y los de otros marines con los que viajaba, reflejaba cómo se veía la guerra en un momento dado. Después de que me fuera de Irak y llegara el verano, y luego el otoño, la situación militar empeoraría, y los corresponsales empotrados informarían sin faltar a la verdad del consiguiente cambio de actitud entre los marines, evidenciado en crecientes dudas sobre la eficacia de la guerra.

Al salir de la reunión del consejo, me fijé en la imponente mezquita a medio acabar que dominaba el distrito bagdadí entero de Mansur. Sadam había ordenado su construcción como monumento a sí mismo. En vísperas de OIF-I, la mezquita iba camino de convertirse en uno de los edificios más grandes del mundo, horrendo más allá de lo imaginable, como el Astrodome de Houston rodeado de plataformas de lanzamiento. Me recordó la Casa de la República a medio terminar del dictador rumano Ceaucescu, en Bucarest, en el momento en que lo derrocaron.

La arquitectura de algunas partes de Bagdad contaba todo lo que hacía falta saber sobre el régimen depuesto. El palacio presidencial y los restos de los cercanos ministerios de Defensa e Interior que habían soportado el bombardeo estadounidense hacían que la llamada Zona Verde de Bagdad pareciera un templo babilónico construido en monstruosas proporciones estalinistas. Allí, en finísimo ladrillo amarillo y cerámica azul, se unían todas las variedades de megalomanía desde la Antigüedad hasta el siglo XX. La estrella de ocho puntas, símbolo del Partido Baazista, estaba, como la esvástica nazi, por todas partes: en puentes, vigas de autopista, pasos elevados, ventanas, puertas y demás enrejados, evidencia del deseo egoísta del régimen de dominar todas las facetas de la vida. Incluso en el campo encontraría un mundo de palacetes opulentos rodeados de primitivos asentamientos de cabañas de barro: un verdadero paisaje de la Antigüedad.

Los palacios de Sadam y sus hijos Uday y Qusai, algunos adornados por inmensos lagos artificiales, presentaban dos motivos: hoteles-casino estilo Las Vegas o picaderos para el harén de amantes y víctimas violadas. En verdad, Uday poseía un acusado parecido con el hijo mimado y depravado de Ceaucescu, Nicu, que también abusaba con violencia de las mujeres.

Los desechos sociales y culturales creados por el régimen eran un elemento constante que abrumaba a las autoridades estadounidenses. Por bien que abundaran los clichés sobre el talento del pueblo iraquí y su capacidad para erigir con rapidez una vibrante sociedad capitalista, los oficiales de la 82.^a Aerotransportada que llevaban meses allí contaban una historia distinta y más familiar: la de que los iraquíes, como sus vecinos sirios, no habían experimentado en las décadas recientes el capitalismo occidental sino una variante enfermiza de él, en la que uno no podía siquiera abrir un restaurante o una tienda sin tener contactos en el régimen. Por encima del nivel del vendedor ambulante, en otras palabras, el capitalismo iraquí tendría que aprenderse de cero.

Cuando regresamos del pleno municipal a la FOB Mercury, la máquina de información de la 82.^a Aerotransportada ofreció otra charla de tres horas y un volcado de datos a lo Marines, concerniente, en parte, a la política tribal y de clanes. Un desconcertado artillero Bednarcik salió de la reunión murmurando: «Parece que esto no se acaba nunca. Pero supongo que ahora tendremos que llegar hasta el final, por nuestro honor.» Pasó media noche en vela, descargándose fotos de todos los cruces que habíamos atravesado, para aprenderse mejor la ruta y prepararse para las emboscadas. Sería un ritual

suyo durante varias semanas, a medida que visitábamos todas las localidades de la zona de responsabilidad por primera vez.

A decir verdad, la realidad tribal de Irak te saltaba al cuello en cuanto estudiabas la política local. Como el país se contaba entre los sectores más atrasados del Imperio otomano, con escasa tradición de gobierno central, el tribalismo siempre había sido fuerte. El nacionalismo iraquí que siguió a la Primera Guerra Mundial era en realidad una construcción ideológica vaga, dependiente del consenso intertribal. El tribalismo poseía una especial predominancia cerca del desierto occidental, con sus influencias beduinas, una parte de la zona del 1/5. La fuerza de las tribus se intensificó durante la guerra entre Irán e Irak de la década de 1980, cuando el Estado perdió gran parte de su potencia entre presiones económicas. Como las tribus del desierto occidental cercano a Faluya eran demasiado fuertes para destruirlas, Sadam no tuvo más remedio que hacer de necesidad virtud e incorporarlas a su estructura de poder.^[a8] Fueron esas lealtades tradicionales que existían por debajo del Estado las que los intelectuales tanto marxistas como liberales, en su pretensión de rehacer sociedades según el patrón soviético y democrático occidental, subestimaron trágicamente.^[12] En verdad, un año después de la invasión de Irak, con el país al borde del caos, entre los pocos grupos de Washington que no habían quedado en evidencia figuraba una subcultura de expertos en la zona de Oriente Medio conocidos como «tribalistas».

Incapaz de dormir en las primeras noches en la FOB Mercury, paseaba por el campamento bajo las estrellas, observando a los marines que lavaban sus uniformes de campaña en cubos de plástico con el rifle al lado, a menudo el único momento que tenían para realizar ese tipo de faenas. Cada pocas horas temblaba la tierra por un ataque de cohetes o mortero contra la base, a los que todos se acostumbraron con rapidez, aunque produjeran periódicas bajas.

La próxima excursión del teniente coronel Byrne fue a Al Karma, apodada «Mal Karma» por la 82.^a. Situado entre la FOB Mercury y Bagdad oeste, se trataba de una Faluya en miniatura, una población donde siempre disparaban a los soldados de la 82.^a. Al igual que Faluya, Karma era una ciudad sin ley en la ruta clandestina a Jordania y Siria, donde el gobierno tribal era supremo y nadie acudía a la policía para nada. Al igual que en Faluya, Sadam había mantenido el control convirtiéndolo en un bastión del Partido Baazista. Las dos poblaciones poseían un fuerte sentido de identidad

local. El Estado de Irak por lo general había contado poco en sitios como éstos, salvo cuando empleaba altos niveles de represión.

Antes de partir hacia Al Karma, el oficial técnico jefe Todd Mathisen, de Reno, Nevada, un ayudante de capellán, nos leyó el Salmo 91,

el llamado salmo del guerrero: porque «Esperanza mía y castillo mío [...], caerán a tu lado mil, y diez mil a tu diestra; mas a ti no llegarán». Mathisen nos contó que en hebreo las palabras «confianza» y «esperanza» podían significar lo mismo. «O sea que, si confían en el Señor de los israelitas, caballeros, estarán protegidos. Recuerden, están en el patio del enemigo, el terreno del mal. Confiar en el Señor es el mejor modo de cazar al demonio.»

Después de más de un año viajando con las Fuerzas Armadas estadounidenses, me había acostumbrado a sermones como ése. Revelaban un énfasis en el Dios cristiano parecido al evidenciado por los soldados norteamericanos en sus cartas a casa durante la guerra Revolucionaria, en las canciones que cantaban los soldados durante la guerra civil —que, como señaló Edmund Wilson, «eran como salmos»— y en las conmovedoras fotos de los marines con la cabeza gacha en oración antes de los desembarcos en el Pacífico de la Segunda Guerra Mundial.^[13] Aunque la sociedad actual quizá sea más multicultural que la del pasado, es un fenómeno que se observa mucho menos en lo relativo a la configuración religiosa de nuestro ejército de voluntarios. Es más, para unos jóvenes que vivían en condiciones austeras y no eran personajes de la retaguardia contando los días que faltaban para volver a casa sino tropas de combate que salían a diario para jugarse la vida, la moral no podía basarse en educadas sutilezas o construcciones filosóficas laicas, sino tan sólo en la creencia absoluta en la propia rectitud y en la iniquidad del enemigo.

Anunciaba Karma una encantadora mezquita con deslumbrante fachada de azulejado azul. Por lo demás, era un sitio de mierda. En cuanto aparcamos en la comisaría, el artillero Bednarcik y sus marines se subieron al tejado y se distribuyeron en una formación de fuego de protección de 360 grados. Entonces el teniente coronel Hagen entró con el teniente coronel Byrne en el edificio para presentarle al jefe de policía, Ahmed Abdul Karin. Karin era el tercer jefe de policía de Karma desde la conquista estadounidense. El primero se había demostrado un incompetente. El segundo había sido asesinado. Karin empezó de inmediato a pedir más pistolas y chalecos antibalas y a quejarse

sobre los robos de coche y demás delitos que era incapaz de atajar. Allí la policía no tenía poder para encerrar a los delincuentes; sólo los jeques podían.

Pasamos a otra sala de la comisaría donde se había reunido el nuevo consistorio del pueblo. El orden del día pasaba por el suministro de más semillas a los graneros, la reparación de una cementera para crear varios centenares de empleos, el arreglo de un campo de fútbol para los jóvenes del lugar y la retirada de los quitamiedos de la autopista que los terroristas utilizaban para colocar artefactos explosivos improvisados (IED). Los oficiales de Asuntos Civiles que el teniente coronel Byrne había llevado consigo tomaron nota y profundizaron con preguntas. La zona era demasiado peligrosa para interesar a las organizaciones benéficas civiles.

Fuera de la comisaría, vi que el artillero Bednarcik no estaba del todo contento con el modo en que los Renegados habían ocupado y mantenido sus posiciones de tiro. «Somos nuevos —me dijo—. Eso es lo que nos hace vulnerables. La 82.^a conoce este sitio como el patio de su casa. Sólo es cuestión de tiempo que nos pongan a prueba.»

Eso sucedió en la siguiente visita a Karma. Hacia el final del siguiente pleno del ayuntamiento, la policía huyó y los niños que jugaban en las calles al lado de la comisaría se dispersaron. Cerraron las tiendas; todo malas señales. Al cabo de unos minutos, varias granadas de propulsión a cohete alcanzaron el complejo, seguidas por obuses de mortero desde el este y fuego de pistolas desde una escuela femenina en el flanco oeste. Después los disparos cayeron sobre los Renegados desde el norte, como al principio de una maniobra para rodearlos: una clásica emboscada. El tiroteo duró más de una hora. Se solicitó una QRF (fuerza de reacción rápida) por la radio, que incluyera helicópteros. El cabo Pena y los demás estaban en el tejado, disparando. Cuando regresó a la FOB Mercury y por fin consignó su rifle en el barril a tal efecto, el sargento D lucía una sonrisa tan amplia que parecía que le fuera a partir la cabeza en dos. Era el primer tiroteo del pelotón desde OIF-I. Para los miembros del pelotón que no habían combatido en Irak el año anterior, Karma fue el lugar donde los «desvirgaron».

Esa noche los marines del artillero Bednarcik y el sargento D estaban con la moral por las nubes, sentados en círculo en sillas plegables bajo las estrellas, reviviendo hasta el último momento del enfrentamiento. El soldado de primera clase Neal me dijo: «Nunca falla. Nunca te sientes tan vivo como cuando acabas de estar en un tiroteo cercano y luego te has dado una ducha caliente y has hecho la colada. —Él, por su parte, no había pegado un solo tiro ese día—. Me he quedado en seco —me explicó, como si fuera lo más

normal del mundo—. No tenía ningún blanco viable al que disparar. Soy el ametrallador, tengo que ir con más cuidado que los demás.» De hecho, al cabo de unos días uno de los miembros del consejo felicitaría al teniente coronel Byrne por la disciplina de sus hombres al disparar. No habían alcanzado a un solo civil. Facilitaba la tarea de los miembros del cabildo a la hora de justificar ante sus electores el contraataque estadounidense. Los marines eran chavales duros de historia familiar conflictiva pero, cuando empezaban los tiros, me impresionó el modo en que al instante se volvían treintañeros maduros y calculadores.

Mi siguiente visita a Karma se produjo dos días después con la Compañía Bravo, al mando del capitán Jasón Eugene Smith, de Baton Rouge, Luisiana, licenciado por la Universidad Estatal de Luisiana. El capitán Smith, con su semblante decidido y huesudo, era uno de los puntales del batallón.

En el plano organizativo, el Cuerpo de Marines estaba construido como un triángulo; no paraba de subdividirse en tres. Así, el 1.º del 5.º tenía tres compañías de infantería, o compañías «titulares»: Alfa, Bravo y Charlie. No acababa allí la cosa, sin embargo. Existía también una Compañía de Armas y un «elemento de mando» para el teniente coronel Byrne, que manejaba el artillero Bednarcik. Sin embargo, los capitanes de las compañías —Alfa, Bravo, Charlie y Armas— eran las articulaciones universales del batallón. Como el Cuerpo de Marines poseía una jerarquía más rebajada que el Ejército de Tierra, los capitanes de compañía eran el equivalente a los comandantes de hierro del Ejército.

Los capitanes de infantería del 1/5 eran variaciones del mismo patrón: intensos, lacónicos y, por lo general, carentes de sentido del humor, como el capitán Cassidy de Yibuti, sólo que más aún por culpa del entorno iraquí de combate activo. Como en el Cuerpo de Marines los oficiales de comandantes para arriba son prisioneros del trabajo del Estado Mayor, para los capitanes sería su última oportunidad de estar sobre el terreno con los machacas. En consecuencia, todos querían demostrar su valía. El capitán Jasón Smith no era ninguna excepción.

Les dijo a sus marines: «Vamos a Karma como primer grupo después del tiroteo. Saldremos de los camiones, pasaremos por la calle y miraremos a la gente a los ojos, para que vea lo bueno de Estados Unidos. Aquí los chicos llaman “Alí Babás” a los terroristas, de modo que tened cuidado cuando oigáis esas palabras.^[a9] Buscad la presencia de lo anormal: bocinazos, niños que huyen, tiendas que cierran. El jefe de policía y muchos de los habitantes nadan entre dos aguas. Tenemos que mostrarles el camino.»

En cuanto llegamos a la comisaría, la policía huyó en la dirección contraria a la que veníamos. Cerraron las tiendas, corrieron los niños y el tráfico desapareció de las calles. Nada más entrar en el edificio con el capitán Smith, me preparé para una salva de granadas con propulsión a cohete. Entretanto, otros elementos de la Compañía Bravo inundaban las zonas de la ciudad adyacentes con patrullas a pie.

El capitán Smith, su traductor y yo entramos en el despacho del jefe de policía. Nos siguió otro oficial de Marines, pero el capitán Smith le dijo que se fuera: «Tengo que hablar con franqueza al jefe de policía.» La tensión parecía atenazar la habitación.

«Estoy aquí para asegurarme de que cumpla con sus obligaciones —le dijo al jefe Karin—. ¿Por qué acaban de abandonar sus puestos sus hombres?»

«Sólo han huido los civiles», contestó nervioso el jefe de policía.

«Yo no he visto a civiles. He visto correr a hombres uniformados —replicó el capitán Smith con tono gélido y un leve deje sureño—. Si me preocupara mi propia seguridad, me habría quedado en casa en Estados Unidos. Espero una actitud parecida de usted y de sus hombres. De ahora en adelante va a ver un montón de marines. Sabemos que el 95 por ciento de los habitantes es buena gente, intimidada por el otro 5 por ciento. Soy consciente del riesgo que asume al trabajar con nosotros. Estamos preparados para asumir ese mismo riesgo.»^[a10]

Mientras el capitán Smith, erguido, inmóvil y sin parpadear, clavaba en el jefe de policía una mirada como un láser, éste agitaba la cabeza y las manos por toda la habitación, se encendía un pitillo y pasaba de silla en silla con la espalda curvada como un fideo mojado, al tiempo que ofrecía respuestas evasivas. Planteó exigencias de más chalecos antibalas y otro material, que el capitán Smith prometió facilitar. Al salir del despacho, el oficial de Marines me dijo que el jefe de policía era un desafío y un barómetro: si los marines se tomaban en serio lo de demostrar que eran la tribu superior de la ciudad, quizás el jefe de policía mostrara algo más de coraje. Por otro lado, la solución quizá fuera un simple cambio de jefe. «A este tío lo nombraron —observó Smith—. A lo mejor tenemos que encontrar a alguien lo bastante loco para presentarse voluntario.»

Fuera nos fijamos en varios grafitis nuevos en árabe: «Muerte a los traidores», «Larga vida a Sadam Husein», «Muerte a los miembros del ayuntamiento». El oficial de información que nos acompañaba tomó nota de

que debía volver a taparlos con pintura y sustituirlos con nuevas consignas. Los marines estaban a punto de empezar una guerra de grafitis.

Nadie nos atacó, sin embargo. Varios niños del lugar nos contaron que habían visto a más de treinta Alí Babás con RPG y AK-47 salir corriendo en cuanto los marines bajaron de sus vehículos para iniciar las patrullas a pie. Un oficial señaló que un mero cambio de TTP (tácticas, técnicas y procedimientos), como despachar patrullas a la vez que entrábamos en la comisaría, es «más eficaz que todas las gilipolleces de alta tecnología.»

Más tarde, en la FOB Mercury, los oficiales de Asuntos Civiles del 1/5 recibieron una charla de sus homólogos salientes de la 82.^a sobre dos proyectos de ampliación de carreteras para Karma, presupuestados en un principio en 32 000 y 75 000 dólares, para los que el contratista local estaba pidiendo ahora más dinero.

«¿Y si traemos a otro contratista desde Bagdad?», preguntó alguien.

«Si traéis a un contratista de fuera, acabará muerto», respondió el oficial de la 82.^a. Se daba por sentado que la ampliación del presupuesto se debía a que el contratista y varios miembros del ayuntamiento querían sacar tajada de la esplendidez norteamericana. «Es como Kosovo —comentó el sargento artillero Mark Kline, un afroamericano de Kansas City, Misuri, con experiencia en los Balcanes—. Todo el sistema está construido sobre los chanchullos. Lo único que podemos hacer es sacar a esta peña del pozo en el que se encuentra, hasta un nivel ligeramente superior de desarrollo. Lo que nosotros llamamos corrupción es su manera de hacer las cosas.»

Acompañé a una serie de patrullas en Humvee a las profundidades rurales del Irak central. Era un paisaje extraordinario. Mi primera impresión fue la de una monotonía llana y cenicienta pulverizada por el sol. Dentro de esa monotonía, sin embargo, existía un espectáculo de microterrenos creados por acequias rectísimas y verdosas de hongos incididas en la tierra como muescas cuneiformes; y ríos lentos, entre ellos el Éufrates, cuyas superficies azul pizarra se endurecían en una cadena de carne de gallina con la brisa. Masas de hierba, fatalistas y ondeantes, del doble de la altura de un hombre, susurraban en el viento como el Tiempo mismo.

«¿Sabe a qué me recuerda todo esto? —preguntó el artillero Bednarcik—. Carolina del Sur. Sí señor, tranquilo, tranquilo. No hay nada como pescar gambas en Carolina del Sur. Entra la marea y las gambas comen en las marismas.» Le surcó las facciones una expresión de éxtasis.

Las acequias y presas, como por otra parte los canales navegables con márgenes de cemento —como el que llegaba de Bagdad hasta la frontera siria—, suponían gestas de ingeniería impresionantes, como lo eran las autopistas, los pasos elevados en trébol y las inmensidades arquitectónicas de la Zona Verde. Sadam, al igual que los tiranos de Mesopotamia, Egipto, la India y China, era un clásico dictador «hidráulico». Según el politólogo alemán de principios del siglo XX Karl Wittfogel, que tomó prestada de Karl Marx y Friedrich Engels la teoría del «despotismo oriental», las civilizaciones del Oriente Próximo y Lejano han manifestado un absolutismo «más exhaustivo y opresivo que su equivalente occidental».^[14] El fenómeno se debía a la disciplinada organización social necesaria para mantener sistemas extensos de transporte de agua y regadío y otros proyectos de obras públicas en unas cuencas de río seculares. Eso, a su vez, conducía a la formación de grandes ejércitos y la construcción de imponentes obras defensivas.

Ir sentado en la parte de atrás de un camión de siete toneladas durante una patrulla presencial por la zona rural iraquí significaba baches, cardenales y un polvo tan fino que se elevaba desde las ruedas como si fuera humo. La nota positiva la aportaban los granjeros sonrientes y sus familias que se congregaban en los arcenes bajo las palmeras para saludar con la mano; en su conjunto, las zonas rurales eran más favorables a los estadounidenses, puesto que en las profundidades del interior mesopotámico era donde más débil había sido el Partido Baazista. Un año después de OIF-I, el hecho de que masas de iraquíes en la mayor parte del campo todavía sonrieran a las tropas estadounidenses no se merecía el título de noticia, aunque el mero hecho de que fuera una realidad cotidiana no lo despojaba de importancia.

El sentimiento proamericano pervivía a pesar de la ausencia de mejoras palpables en la vida de la gente. Los granjeros se quejaban a los marines por la falta de agua potable y escuelas que funcionaran. A todos los efectos prácticos, la Autoridad Provisional de la Coalición (CPA), brazo civil de la ocupación estadounidense, no tenía ninguna presencia en gran parte de Irak. Lo poco que se hiciera en esas regiones, lo hacía el Ejército estadounidense.

Patrullando un día, un iraquí nos hizo señas para advertirnos de la presencia de un objeto sospechoso que había detectado en un puente que estábamos a punto de cruzar. El convoy se detuvo y varios marines bajaron para echar un vistazo. Encontraron un IED. Se llamó a un equipo de artificieros, que detonó el artefacto. Resultó ser una guirnalda de seis bombas compuestas por proyectiles de 120 y 150 mm, activadas por una señal de teléfono móvil. Cuando los artificieros explosionaron los proyectiles de

150 mm —los mismos que utilizaban en Vietnam para tender trampas a los estadounidenses— la presión del aire se dejó notar a casi un kilómetro y medio de distancia.

Era esa misma colaboración salvavidas del pueblo de las zonas rurales la que en ocasiones, si bien de forma indirecta, deprimía a los marines, pues a pesar del énfasis de OIF-II en ganarse los corazones y las mentes, ellos seguían queriendo combatir. Otro día, estando de patrulla, llegó la noticia de la primera baja del 1/5 en el presente destino. El soldado de primera clase Gerardo Pérez, de Houston, había resultado herido por un balazo en el hombro mientras su pelotón ayudaba a otro batallón durante un tiroteo en la cercana Faluya. «Joder, ¿por qué no nos pasó a nosotros?», soltó el marine que tenía al lado en la parte trasera del camión. «Que le den por culo; vale, está herido, ¿y qué? Sobrevivirá, y al menos él ha estado en un combate», dijo otro. «Os voy a cruzir por decir cosas como ésas», intervino el sargento. «No nos malinterprete —me aclaró el primer marine—. Nos importa el chico al que han herido. Pero estas cosas pasan. Sólo queremos una oportunidad de hacer lo que nos han adiestrado para que hagamos.»

Entendía su sentimiento. Si uno quería ser periodista, debía querer encontrarse donde estuviera la auténtica noticia, no allá en Washington cubriendo ruedas de prensa o asistiendo a tertulias. Si uno se alistaba en las Fuerzas Armadas, yo daba por sentado que quería luchar.

El primer WIA (herido en acto de combate) había agudizado el apetito del 1/5. Era un indicador de que, como dijo un marine, «el paso se aceleraría». Un suboficial me comentó: «Fíjese en lo que le digo; esta mierda de las SASO [operaciones de estabilidad y seguridad; construcción de naciones] se va a ir a tomar viento. OIF-II acabará siendo tan violenta como OIF-I.»

La 82.^a Aerotransportada por fin partió de la zona. En el comedor se celebró una ceremonia de traspaso de la FOB Mercury a los marines. Una vez más, el capellán administró una bendición. Las gaitas entonaron un himno cristiano y el himno de los Marines, y todo el mundo gritó: «Hu-rrá.» La base fue rebautizada en el acto como FOB Abu Ghraib (no confundir con la prisión), del mismo modo en que St. Mere recibió el nuevo nombre de FOB Al-Fallujah. Los Marines, en consonancia con su tradición de guerras pequeñas, deseaban encajar en el entorno local siempre que fuera posible.

Las condiciones en la rebautizada FOB Abu Ghraib empeoraron antes de mejorar. El agua de las duchas se acababa por la tarde y en unas cuantas

ocasiones quedó interrumpida hasta treinta y seis horas seguidas, mientras los marines regresaban de las patrullas embadurnados en mugre y sudor; tampoco era de fiar la electricidad. La gente tenía que rebuscar el papel higiénico e incluso las botellas de plástico de agua. En retrospectiva, las bases militares con personal de Kellogg, Brown & Root que había conocido en Afganistán y otros lugares se antojaban lujosas. Cuando llegó el calor, el problema del agua se volvió más agudo. El artillero bromeaba diciendo que los marines convierten cualquier sitio al que vayan en una pocilga.

Pronto, las condiciones de vida empezaron a mejorar... un poco. Entretanto, llegaron más cestas HESCO y barreras Texas para contener los impactos de mortero y cohetes, que eran incesantes. Los ataques de mortero y cohetes procedentes de la dirección de Faluya y Karma necesitaban patrullas nocturnas que eran la quintaesencia del calvario: pasearse por un punto sospechoso a oscuras, temblando, pillando dolor de cabeza por culpa de los prismáticos de visión nocturna, sin ver ni oír nada, para luego volver al alba con cara de sueño y enterarse de que en el momento mismo en que te habías ido habían lanzado un proyectil de mortero contra la FOB desde un punto cercano.^[a11]

Diez días después de instalarnos, sometidos todavía a los ataques nocturnos, el teniente coronel Byrne estableció bases satélite del tamaño de un pelotón más allá de la FOB, las cuales, a su vez, mandaban equipos de tiro que acampaban al raso por la noche y realizaban marchas a pie por el campo. En breve, los Marines estaban haciendo muchas de las cosas que las Fuerzas Especiales del Ejército de Tierra habrían querido hacer, pero el Ejército regular de Bagram no les permitía.

«No es suficiente, sin embargo —advirtió el artillero Bednarcik, sacudiendo la cabeza—. Necesitamos montar bases de operaciones avanzadas en mitad de algunas de esas poblaciones, como Faluya y Karma.»

Los acontecimientos demostrarían que estaba en lo cierto.

En una patrulla, encontramos quemaduras sospechosas en el margen de una carretera cercana al Éufrates. Las marcas estaban en almiares y arcenes, dos elementos capaces de absorber el impacto de un mortero. Al estar cerca de una carretera, los atacantes podían escapar antes de que la «contrabatería» guiada por radar de los estadounidenses destruyera el enclave. La perseverancia arrojó sus frutos. Una mañana, antes del alba, me levanté y crucé la extensión de grava de la FOB hasta el retrete portátil para hacer pis. En el camino de vuelta, arrastrando los pies y escoltado por dos marines, avanzaba hacia mí un auténtico fantasma de las Navidades que vienen. La

encapuchada PUC (persona bajo control), junto con otras dos, había sido atrapada con equipo para la fabricación de IED, material de mortero y un camión lleno de sacos terreros con un neumático encima: la perfecta plataforma móvil improvisada para lanzamiento de cohetes. Como tenía las piernas cubiertas de barro, se supuso que los alijos de mortero estaban situados a lo largo de las orillas del río y las acequias.

El teniente coronel Byrne recibía una considerable presión de sus superiores en este tema. En verdad, la ley de la burocracia militar es que la mierda rueda cuesta abajo. «Sus órdenes son cazar y matar a estos cabrones —le espetó un general—. Tráigame gente muerta.» Los mandamases sabían que era sólo cuestión de tiempo que uno de los insurgentes tuviera un golpe de suerte y alcanzara el comedor con un obús o un cohete durante la comida, o unas instalaciones MRW (moral, bienestar y esparcimiento) abarrotadas, y así matara a docenas de marines o más de un golpe.

Una abrasadora tarde en el campamento, después de un ataque de mortero, el soldado de primera clase Jasón Igo, uno de los Renegados, me preguntó a voces: «Eh, Bob, ¿de dónde eres?» Se lo dije y le pregunté de dónde era él. «De todas partes», respondió. «Un chaval del Ejército, ¿eh?», repliqué. «No, era un sin hogar. Vivía en pisos abandonados, patios de atrás, caravanas, en Washington, Oregón, Minnesota... Me abandonaron a los doce años, y no conocí a mi padre hasta los quince. Pero no le caí bien a su novia.» El soldado de primera clase Igo había combatido en OIF-I. No tenía pensado reengancharse. Quería asistir a una escuela superior técnica de Arizona. El Cuerpo de Marines, me dijo, le había proporcionado una estabilidad que jamás había conocido antes.

La FOB Abu Ghraib era un campamento de combate, el que había buscado a lo largo de mis viajes. Una vez, al regresar a mediodía de una patrulla que había empezado antes del alba, me encontré la base casi vacía; la mayoría de los marines estaba donde tenía que estar, fuera del perímetro, en pleno centro de las ciudades y aldeas iraquíes. Ojalá hubiera más bases estadounidenses como ésta en Irak y otras partes: con pocas comodidades y en consecuencia una cola de apoyo corta.

El comedor poseía una particular santidad: lúgubre, mal iluminado, con comida deprimente; los marines se apretujaban ante mesas largas, con el chaleco antibalas puesto, embadurnados de polvo, con el rifle y el casco a los pies; uno de cada seis rezaba en silencio y se persignaba antes de empezar a

comer. El subteniente David Russell, de San Antonio, Texas, graduado en la Academia Naval de Estados Unidos en Annapolis —un marine de talante jovial a prueba de bomba— me dijo una tarde, mientras observaba el comedor: «¿No es genial este sitio? Me encanta estar aquí. Es la nueva versión del Salvaje Oeste, sin bebercio, putas y diversión, claro. Pero sí que tenemos indios en Irak: indios buenos y —bajando la voz con burlona seriedad— indios muy muy malos.»

Un día salí con el subteniente Russell y el resto de la Compañía Alfa en una patrulla a pie a través de Nassir wa Salaam, una localidad predominantemente chií en pleno Triángulo Suní. Nassir wa Salaam significaba «Victoria y Paz», el nombre artificial grandilocuente que le había puesto Sadam. Su auténtico nombre era Haswa, el lugar de la grava. Haswa estaba repleta de banderas y demás parafernalia chií. En Irak, hasta las mezquitas suníes, gracias a la influencia arquitectónica persa, parecían chiíes. En consecuencia, sólo por medio de las banderas podía distinguirse desde fuera si una mezquita era en verdad chií o no: banderas rojas y negras para el imán Husein, el mártir chií masacrado en Karbala en el 680 d. C.; banderas verdes para Abás, tío del profeta Mahoma y fundador del califato abásida con sede en el Bagdad medieval; y amarillas para el duodécimo imán, que de acuerdo con los chiíes está oculto y regresará a la Tierra en algún momento.

Nuestra primera parada en Haswa fue la comisaría, donde el jefe nos contó que, como en cualquier otro punto del Irak central desde el derrocamiento de Sadam, su localidad estaba asediada por una ola de delincuencia, en especial robos de coches. Cuando los marines empezaron a pasear por las calles, atrajeron a hordas de niños y rudos adolescentes que no tenían empleos o escuelas a los que ir. Se mostraban amistosos, pero sólo porque el cabeza de los chiíes iraquíes, el gran ayatolá Alí Sistani, se lo había dicho.

Las ICOM de repente dejaron de funcionar. El teniente Russell alzó la vista hacia el flácido tendido eléctrico de la ciudad. «Sí, los cables de alta tensión pierden electricidad y dejan fuera de combate nuestras radios intraescuadra. Si ahora nos metemos en problemas, no podré comunicarme con el resto de la compañía. Es un ejemplo de cómo la infraestructura del Tercer Mundo derrota a la tecnología y el poder occidentales.» Como suele suceder, el mejor medio de comunicación resultó ser los gritos.

La información proporcionada a los marines sobre IED era inútil. Les decía que fueran con cuidado con la basura, la chatarra, los coches blancos viejos, etc. Sin embargo, había basura y coches blancos viejos por todas

partes, y el pueblo entero era una chatarrería. El «último y principal» consejo era recelar de los chicos montados en bicicletas viejas. Había chicos montados en bicicletas viejas dondequiera que mirásemos. A lo largo del día, vimos aquí y allá algún sedán caro de último modelo, de los que usaban como coches bomba. En Haswa, todas las situaciones, durante todo el día, olían mal; en consecuencia, lo único que quedaba era relajarse, rendirse al destino y disfrutar del paisaje.

El teniente Russell comentó con ironía, como si lo viera todo desde una distancia segura: «Recuerdo lo que leí sobre las patrullas a pie en Vietnam. Durante seis meses, el índice de bajas por trampas explosivas llegaba al 30 por ciento, y aun así nadie veía al enemigo. Es del tipo de cosas que te vuelven loco. Un enemigo al que puedes ver concentra tus habilidades organizativas y, en realidad, reduce el estrés.»

El oficial al mando de la Compañía Alfa era el capitán Philip Treglia, de Elida, Ohio. «Dividiremos por tres las responsabilidades en esta patrulla —les dijo a sus hombres—. Un marine sonrío, habla con los niños y los *hajis* y se encarga de las relaciones públicas. El marine de detrás tiene a su cargo la información, cosas como tomar nota de la posición GPS de cualquier tío barbudo que no quiera dar la mano o mire con cara de pocos amigos. El tercer marine nunca se quita las gafas de sol. Tiene el dedo sobre el gatillo en todo momento. Su único trabajo es la seguridad.»

Asaltaban nuestros oídos las quejas furiosas de los transeúntes. «No tenemos agua ni electricidad»... «El ayuntamiento que habéis montado los estadounidenses tenía que ofrecernos servicios, pero ha robado el dinero. Son un hatajo de ladrones»... «En teoría el ayuntamiento iba a montarnos un campo de fútbol, son todos unos bastardos. ¡Haced algo!»... «Han entrado en mi casa, ¿podéis encontrar y arrestar al culpable?»... «Mi hija tiene el pulso irregular, ¿puedo llevarla a vuestro médico militar?» En un sector de la ciudad, la ira a causa de los cortes de agua era tan enfervorizada que el teniente Russell ordenó a su pelotón que entregara una botella de agua mineral a una persona de cada casa. Como más tarde reconoció, fue una acción bienintencionada pero ineficaz. Sin embargo, sentía que tenía que hacer algo.

El guión del día entero fue el mismo: los ciudadanos de ese agujero chíí superpoblado de setenta y dos mil almas, infestado de moscas y basura, estaban desconcertados y decepcionados con los estadounidenses, que habían hecho lo que ninguno de ellos creía posible —desmantelar con rapidez el

régimen totalitario de Sadam— y ahora no podían conseguir siquiera que corriera el agua del grifo o se recogiera la basura.

Vi montañas de trozos de coche arrancados y basura por todas partes. Aun así, aquí y allá se observaban antenas parabólicas nuevas. Las mujeres nos miraban fijamente, sin decir nada, escondidas bajo las *abayas* en los callejones. La gente parecía cada vez más consciente del mundo exterior, y en consecuencia cada vez más insatisfecha con su situación, a la vez que la ciudad oscilaba al borde del caos y la anarquía y el ayuntamiento había perdido toda legitimidad. Haswa —Nassir wa Salaam— era Liberia o Sierra Leona sin la violencia. Sólo la tribu y la religión mantenían unida a la sociedad.

«Gobernar este sitio —observó el teniente Russell— requiere una capacidad infinita para dar y una capacidad infinita para herir.»

Dos días después se celebró el pleno del ayuntamiento de Haswa. En una sala lúgubre con las ventanas rotas, los oficiales de Marines y los miembros del cabildo —hombres con kufia y traje occidental, mujeres con pañuelos— ocuparon unos sofás marrones cuadradotes. Se sirvió té azucarado en tacitas. Yo esperaba que el teniente coronel Byrne y el comandante Larry Kaifesh, de Chicago, oficial de Asuntos Civiles del batallón, le cantaran las cuarenta al consejo por su delincuencia a la hora de ofrecer unos servicios básicos a sus electores. Sin embargo, eso no se produjo, porque los problemas se demostraron complicados hasta la frustración.

La planta de bombeo de agua tenía poca electricidad. Las bombas estaban averiadas. Había tuberías rotas. Bajo el nuevo régimen democrático, había que poner a concurso como correspondía todas esas obras; haría falta tiempo. Varias de las plicas ya entregadas se habían demostrado falsas. Uno de los contratistas se había fugado con el dinero. Entretanto, las localidades vecinas estaban suplicando canalizaciones de agua, lo que forzaba más aún el sistema. El cabildo era como el de Bagdad oeste. Sus miembros eran o bienintencionados pero ineficaces o nada bienintencionados. Una mezcla de pasividad e intriga socavaba los debates. Los miembros del cabildo sólo demostraban vehemencia cuando pedían a los marines favores personales: obtener permisos de armas y teléfonos por vía satélite.

Al escuchar todos los pasos que hacían falta para que corriera el agua de grifo, concluí que Sadam había sido capaz de sortear los obstáculos burocráticos recurriendo al miedo y la coerción. En realidad, a los iraquíes les importaban más las necesidades tangibles de la vida cotidiana, como el agua y la luz, que asuntos menos tangibles como la democracia. La democracia en

Irak sería un proceso mucho más lento que en los Balcanes, que constituían una región mucho más avanzada del Imperio otomano.

Algunos de los oficiales salientes del Ejército de Tierra me habían confiado que sólo habían obtenido resultados mediante el trato directo con los cabecillas tribales, a la vez que de cara a la galería otorgaban todos los honores a los nuevos ayuntamientos democráticos. Los marines estaban llegando a una conclusión parecida. «Esta mierda de las SASO no funciona, punto —me dijo una vez más otro suboficial—. Espero que volvamos a combatir, como en OIF-I.»

No tardó en ver cumplido su deseo.

El 31 de marzo de 2004, pocas semanas después de que el 1/5 hubiera llegado desde Kuwait, una furgoneta con cuatro contratistas estadounidenses fue víctima de una emboscada en Faluya. Acribillaron el vehículo a balazos y le prendieron fuego. Una muchedumbre enloquecida arrastró los cadáveres carbonizados por las calles y colgó a dos de los cuatro de un puente cercano. Les cercenaron algunas extremidades con palas. Los titulares en Estados Unidos comparaban el incidente con el asesinato de compatriotas once años antes en Mogadiscio, Somalia.

En la FOB Abu Ghraib se habló relativamente poco del suceso. Los Marines digirieron la noticia en silencio; no era difícil discernir cuáles serían las consecuencias para el 1/5. Al día siguiente, 1 abril, el teniente coronel Byrne desapareció durante muchas horas a puerta cerrada en el cuartel general del Equipo de Combate de Regimiento en la FOB Al-Fallujah. Fue el capitán Jasón Smith quien me llevó a un discreto aparte en los barracones y me contó que el 1/5 se iba a Faluya.

La charla informativa del 2 de abril en el Centro de Operaciones de Combate del campamento Abu Ghraib fue sencilla y escalofriantemente seria. La toma de una ciudad mediana con 285 000 habitantes es un asunto de una complejidad asombrosa. ¿Había a mano alambre de espino suficiente para crear instalaciones de detención improvisadas? «Necesitamos alambre, alambre y más alambre —dijo Byrne—, y eso significa que necesitamos un montón de estacas y martinetes.» ¿Había suficientes traductores, raciones de comida, botellines de agua mineral, munición, amperios de corriente, localizadores de fuerzas, etc.? Se daba por sentado «un huevo de refugiados», lo que precisaría toda una operación de logística aparte. Por otro lado, ¿cuántos marines había que dejar atrás para asegurar la FOB en caso de ataque? La incursión sobre la propia Faluya no era sino uno de los muchos detalles que había que afinar.

Se estableció un patrón que no tendría que ser sorprendente pero que de todas formas resultaba extraordinario observar: cuanto más evidente se volvía que el batallón iba a la guerra de verdad, más tranquilas y razonadas se volvían las discusiones. Los marines se mostraban más reservados, ocupados con los preparativos: la decisión de qué equipo llevar y cuál dejar atrás podía determinar la vida o la muerte en los siguientes días. La gente se lavaba y acicalaba, dando por sentado que sería la última vez en bastante tiempo. En la ducha me encontré con el médico de la Marina, el teniente Cormac O'Connor, de Indianápolis, Indiana. Rezaba por no tener mucho trabajo en las semanas siguientes. Era una esperanza vana, y él lo sabía.

El poder pasó a manos del cabeza del «Taller Tres», la sección de Operaciones del batallón: el comandante Pete Farnum, de Tipton, Iowa, cuya figura alta, tirando a mole, combinada con un talante capaz y discreto le confería un aire de particular autoridad.^[a12] El comandante Farnum presidió las charlas informativas de los días siguientes, variaciones de las cuales se incorporarían a las que daba el presidente de Estados Unidos, pues el asalto a Faluya, que era una decisión política tomada en las más altas esferas, sería estudiada al detalle allí en la FOB Abu Ghraib, en el cercano cuartel general del Equipo de Combate de Regimiento (RCT) y en la FOB de otro batallón (el 2.º del 1.º de Marines) que se incorporaría a la operación. El edificio del RCT en la FOB Al-Fallujah se vio invadido de repente por hombres vestidos de excursionista civil armados con rifles de asalto M-4 o pistolas Glock: Fuerzas Especiales del Ejército, Delta, CIA, FBI y otros elementos que tendrían su papel en el ataque sobre Faluya protagonizado por los Marines.

El proceso era como componer y ejecutar una sinfonía cuya complejidad exigiera que los principales elementos se fragmentaran en otros más pequeños, concernientes a distintos aspectos de la tarea. Asistí, por ejemplo, a una reunión dedicada a un único asunto: las disposiciones para que unos batallones de construcción de la Marina transportaran búnkeres portátiles y otro equipo para su uso en los controles instalados alrededor de la ciudad antes del asalto.

Todos esos elementos se ensamblaron con facilidad gracias a un factor en gran medida ausente de la vida civil, el mando incuestionable; las reuniones arrojaban con rapidez prioridades, que a su vez conducían a decisiones. En cuanto el oficial de alto rango decidía algo, el debate pasaba al siguiente punto.

«Las sociedades democráticas siempre han sentido recelos hacia los ejércitos porque son la menos democrática de todas las instituciones sociales

—escribe el historiador Byron Farwell—. No son, a decir verdad, democráticos en absoluto. Los gobiernos que han intentado [...] desdibujar la distinción entre oficial y hombre no han tenido éxito. Los ejércitos —prosigue Farwell— sobreviven como inquietantes recordatorios de que los procesos democráticos no siempre son los mejores, prueba viva y perpetua de que, al menos en este ámbito, el sistema de castas funciona.»^[15] Algo que sin duda era cierto en la planificación del ataque a Faluya.

En el Centro de Operaciones de Combate, la sala estaba abarrotada mientras el comandante Farnum pronunciaba su penúltima charla antes de que el 1/5 partiera hacia Faluya. Entre los asistentes se contaban cuatro capitanes de batalla que cargarían con la carga más pesada de riesgo y responsabilidad personal en el asalto: el oficial al mando de la Compañía Alfa, capitán Philip Treglia, el de la Compañía Bravo, capitán Jasón Smith, el de la Compañía Charlie, capitán Wilbert Dickens, de Rich Square, Carolina del Norte, y el capitán Blair Sokol, de Newark, Delaware, comandante de la Compañía de Armas.^[a13] El capitán Sokol, ganador de una Estrella de Bronce al valor en OIF-I, era un hombre imponente y taciturno que había sido defensa de fútbol americano en la Academia Naval. También era un genio táctico en ciernes. En esa ocasión permanecería un tanto en la retaguardia, con el fin de dirigir a los otros tres capitanes y, ante todo, afrontar los asuntos de «armonización»:

Cuando tres compañías asaltan una ciudad para arrinconar al enemigo, con frecuencia el principal peligro no es el enemigo en sí sino el fuego amigo. Así, con proyectiles de 5,56 mm capaces de recorrer varios kilómetros antes de perder velocidad, evitar el fuego amigo en las calles de la ciudad —y a la vez orquestar un ataque procedente de distintas direcciones— exige un instinto poco común para la geometría espacial.

Una vez más, el comandante Farnum repasó los elementos fundamentales del plan. El 1.º del 5.º tendría la responsabilidad de capturar la mitad sur de Faluya, la parte que quedaba por debajo de una avenida principal que los militares estadounidenses habían bautizado como «Michigan». La mitad norte de la ciudad la tomaría el 2.º Batallón del 1.º de Marines, o 2/1. Sin embargo, como la parte sur de Faluya contenía una zona industrial de escasa población y una zona comercial adyacente, que se capturarían ambas con relativa facilidad, el 1/5 sería el primer batallón en conseguir un asidero sustancial en la ciudad.

Antes del asalto, montarían nueve puntos de control de tráfico alrededor de Faluya para crear un «cordón de bloqueo» que la aislase e impidiera a los insurgentes, en su mayor parte, entrar y salir. Después de eso, los dos

batallones ocuparían las afueras de la ciudad y utilizarían las nuevas bases de operaciones avanzadas para efectuar incursiones en busca de BVA (blancos de valor alto). De manera concomitante, se ejecutaría IO (misiones de información), cuyo mensaje subyacente sería convencer a los habitantes de la ciudad de que allí los Marines constituían la «tribu superior». Vender la democracia, no sólo en Faluya sino en todo el resto del Triángulo Suní, era una idea que llevaba ya un tiempo perdiendo fuelle.

Un oficial me dijo: «Ésta es una estrategia de fognazo. Atontar a los malos con fuego agresivo y luego machacarlos a base de operaciones psicológicas, volviendo siempre al tema de lo inevitable de la tribu superior.»

La fase final sería la entrega de la ciudad a la nueva policía de Irak, el nuevo Ejército de Irak y el Cuerpo Iraquí de Defensa Civil (ICDC), de creación estadounidense. Los marines escucharon con educación, pero no creo que se lo creyeran. Corría el rumor de que el ICDC y la policía iraquí de la zona de Faluya estaban desertando a ojos vistas, a nivel de compañías, nada menos. Yo había observado que el ICDC y la policía eran leales allá donde los estadounidenses eran fuertes y desleales donde existía una percepción de debilidad norteamericana. La gente de cualquier cultura gravita hacia el poder y es susceptible a la intimidación de matones y caciques. Sin embargo, la mentalidad caciquil era especialmente poderosa en Irak.^[a14]

Mientras el comandante Farnum proseguía con su exposición, todos los ocupantes de la sala fueron cobrando conciencia de que la operación Resolución Valerosa, nombre en clave que se le asignó, representaba lo contrario de lo que los Marines habían acudido a hacer en Irak. En lugar de construcción de naciones —lo que los Marines llamaban SASO— estaban a punto de encabezar un ataque a escala de teatro de operaciones sobre una gran zona urbana, con la ayuda de la CIA y la Fuerza Delta del Ejército de Tierra, el 5.º Grupo de las Fuerzas Especiales y la rama de operaciones psicológicas del Mando de Operaciones Especiales. Los activos aéreos incluirían aviones de ataque a tierra AC-130 Spectre, helicópteros Cobra y UH-1D Huey de los Marines, aviones no tripulados Pioneer de reconocimiento y F-15 de las Fuerzas Aéreas.

La verdad era que lo que los Marines denominaban OIF-II se había convertido de manera totalmente literal en la OIF-II. Al igual que Tormenta del Desierto, la operación Libertad para Irak de 2003 había sido un éxito relativamente indoloro y deslumbrante sólo porque había sido incompleta. En ambos casos se proclamó la victoria antes de haber acometido la parte más difícil de la operación. En la Tormenta del Desierto de 1991 se había dejado

intactas unidades clave de la Guardia Republicana, lo que permitió la supervivencia del régimen; en la OIF-I, se había pasado de largo ciudades y pueblos como Faluya y Karma, sin erradicar de ellas los elementos favorables al régimen.

Se trataba de un clásico síndrome estadounidense: una aversión a los enfrentamientos prolongados en el extranjero que conduce a un mayor encarnizamiento, en lugar de rebajarlo. Los estadounidenses querían estados finales limpios y paseos militares. El imperialismo, sin embargo, se basa en una implicación interminable. Y por mucho que lo negaran, los oficiales estadounidenses se hallaban en una situación imperial, aunque a la Administración Bush y las propias tropas, por no hablar de la opinión pública, les incomodara la palabra.

El comandante Farnum repitió que la operación Resolución Valerosa no era una represalia por la carnicería del 31 de marzo. «Lo que pasa es que el problema de Faluya se ha enconado hasta el punto en que abordarlo representa una oportunidad crucial de mejorar el ambiente en toda la AOR.»

Después cedió la palabra al teniente coronel Byrne, quien, a causa de su rango superior y el hecho de su mando sobre el batallón, debía inspirar con pocas palabras a los machacas para el combate cuerpo a cuerpo contra los yihadistas y los elementos más endurecidos del viejo régimen. «Caballeros, permítanme decirles de qué va esto en realidad. Va de matar a hijos de puta. El CG [general al mando de la 1.^a División, Jim Mattis] ha cambiado la orden operativa de “capturar o matar” al enemigo a “matar o capturar”. Quiere que se haga hincapié en el “matar”.

»Se las verán con gente interesante —prosiguió—. Tíos que han luchado en Grozni [Chechenia], en Afganistán, tíos que no tienen muchas ganas de rendirse. Hice que todos se dejaran bigote en aras de la sensibilidad cultural. Ahora quiero que se lo afeiten. Pasamos a la ofensiva.^[a15]

Entonces se puso en pie par dar por finalizada la charla. Todos los demás se levantaron y gritaron: «Hu-rrá.»

Fuera, el teniente Russell, con su infalible alegría, señaló una incómoda verdad: «Lo que pasa aquí es que no tenemos ni idea de si habrá montones de bajas en cuestión de días o si nadie nos disparará siquiera.» La mayor preocupación era que un solo IED bien colocado causara un «desmierde», o desastre de tráfico, que, a su vez, facilitaría una emboscada peligrosa. Faluya era el reto definitivo para el que las Fuerzas Armadas estadounidenses habían estado estudiando y preparándose desde el final de la guerra fría, cuando las

MOUT (operaciones militares en terreno urbano) empezaron a ponerse de moda.

Sin embargo, algunos altos mandos de los Marines se sentían incómodos con ese descubrimiento. Al fin y al cabo, la mayoría de los precedentes eran malos: Mogadiscio, Grozni, Jenín... O caías en una emboscada como en Mogadiscio en 1990, ganabas por los pelos gracias a una matanza indiscriminada, como los rusos en Grozni a mediados de los 90, o ganabas con relativa claridad, dadas las circunstancias, como los israelíes en Jenín en 2002, pero en ningún caso con la bastante claridad para satisfacer a la opinión pública mundial.

En realidad, existía un modelo a seguir, al menos en parte, uno al que el teniente coronel Byrne aludía en ocasiones y que se remontaba a uno de los capítulos más gloriosos de la historia de los Marines. Se trataba de la batalla de veintiséis días por Hue, en Vietnam, que empezó el 31 de enero de 1968, durante la ofensiva del Tet. Según la *Marine Corps Gazette*, Hue posee unas connotaciones no menos positivas que las batallas del bosque de Belleau, en la Francia de 1918, y Tarawa, en el Pacífico central de 1943.^[a16]

Antigua ciudad imperial del que fuera Vietnam unificado, con 140 000 habitantes, situada cerca de la Zona Desmilitarizada, Hue había sido asaltada por 12 000 miembros del Vietcong y el Ejército regular norvietnamita. Rodearon a los soldados survietnamitas, funcionarios del Gobierno y otros simpatizantes de los estadounidenses y mataron a 6000 entre palizas y disparos. Los soldados y marines de Estados Unidos, entre ellos el 1/5, contraatacaron en lo que fue un mes de combate urbano brutal, casa por casa, a escala de teatro de operaciones. Los Marines, al contribuir a la reconquista del densamente fortificado centro urbano, ayudaron a matar a 5113 enemigos y expulsar a casi otros 5000, mientras padecían sólo 147 muertos y 857 heridos: unos resultados que habrían garantizado el calificativo de victoria histórica en cualquiera de las dos guerras mundiales.^[a17] De los 6000 prisioneros y civiles asesinados por el Gobierno de Hanoi, se descubrieron 3000 en fosas comunes. La indiscriminada matanza de millares de personas de los norvietnamitas, así como el heroísmo de los Marines y el Ejército de Tierra dentro de la ciudad, pasaron relativamente desapercibidos en la prensa estadounidense, sin embargo, comparados con la cobertura de la masacre de My Lai, que sucedió un mes después, en la que un pelotón del Ejército estadounidense mató a 347 civiles inocentes.^{[16] [a18]}

Quizá Faluya fuera como Hue, pensé. Como en Hue (y Stalingrado, dicho sea de paso), los francotiradores de ambos bandos ejercerían un efecto de multiplicación de fuerzas. Como en Hue, sería una guerra embrollada de jefes de escuadra, una lucha de soldados de primera clase y cabos cargando de calle en calle, donde el enemigo se escondería entre la multitud, dispararía obuses de mortero y granadas de propulsión a cohete y las mezquitas actuarían de fortalezas enemigas de un modo similar a lo que había sucedido con los templos budistas de Hue. Sería una batalla donde un cierto porcentaje de los habitantes locales simpatizaría con los insurgentes, aunque la mayoría se limitaría a huir o esconderse con el único fin de sobrevivir.^[17]

Se sucedieron más sesiones de información en los niveles más bajos del mando. Cada capitán de compañía informó a sus suboficiales sobre las rutas y objetivos específicos de la ciudad y las frecuencias de radio y palabras clave que debían utilizar. También hubo reuniones sobre el emplazamiento de las armas pesadas y los francotiradores. Los ingenieros tenían que decidir dónde verter tierra y badenes de pinchos para los controles de carretera. Había que fijar el orden del convoy hacia la zona de batalla, dividido por «bloques» y «tandas», igual que antes de la partida de Kuwait. Para el atardecer del 4 de abril, los oficiales ya llevaban varios días de dormir poco, y eso antes de que empezara la operación.

La «hora del paso» se programó para la 1 de la mañana del 5 abril. A las 7:30 de la tarde del 4 de abril, el capitán Jasón Smith reunió a la Compañía Bravo en formación en V delante de su bandera roja. Le dijo a sus 150 marines que debían dar gracias por la oportunidad que se les brindaba. Después, un capellán, el teniente de la Marina Wayne Hall, de Oklahoma City, bendijo a la Bravo: «Hoy es Domingo de Ramos —empezó—, el día de la entrada triunfal de Jesús en Jerusalén, donde rompió los límites del infierno. Esta noche comienza vuestra entrada triunfal en Faluya, un lugar en los límites del infierno. Ésta es una batalla espiritual, y vosotros, marines, sois los instrumentos de la gracia.» Mientras se encomendaba al Espíritu Santo, los 150 marines hincaron una rodilla y agacharon la cabeza, de la que se quitaron los sombreros y gorras de camuflaje.

Le dije al capitán Smith que me uniría a la Bravo al día siguiente, después de acompañar al teniente coronel Byrne hasta las afueras de Faluya. El capitán estaba radiante de embeleso. Era el momento para el que había vivido. La Bravo había sido seleccionada para actuar de punta de lanza del asalto al

interior de la ciudad, tal y como la Compañía Bravo del 1/5 había sido la primera en entrar en la ciudadela de Hue treinta y seis años antes.^[18]

Para las 9 de la noche, el campamento estaba en silencio, ya que muchos marines se habían recogido para echar una siesta vigorizante. En las sombras proyectadas por la luna llena vi exploradores-francotiradores que se pintaban la cara con verde de camuflaje.^[19]

Unas horas después, dimos «el paso» hacia el otro lado de la puerta.

El tiempo se había puesto frío y ventoso. El polvo del desierto parecía nieve a la luz de la luna. En menos de una hora, los Renegados llegaron a un punto del desierto situado a ochocientos metros de Faluya, donde un equipo de comunicaciones montó un puesto de mando temporal para el teniente coronel Byrne. Faluya era una línea de luces amarillas y azuladas, donde se oía fuego de pistolas y lanzagranadas a intervalos intermitentes: la Compañía Charlie, comandada por el capitán Wilbert Dickens, ya había entablado «contacto» con el enemigo en «el trébol», una intersección de la autopista a las afueras de la ciudad, en el nordeste.

En el Humvee pasábamos demasiado frío y estrecheces para que me durmiera. Junto con el artillero Bednarcik, el cabo Pena y el soldado de primera clase Neal, escuché las noticias sobre el enfrentamiento en el trébol por la «tac» del batallón (red táctica de radio) a lo largo de la noche. Dormitar de día y velar toda la noche se convertiría en un patrón en la siguiente semana. Los combates nocturnos favorecían a los estadounidenses, armados con lentes de visión nocturna. Como me había dicho el teniente coronel Byrne: «Los malos sólo tienen lo que Dios les ha dado. Nosotros tenemos lo que nos ha dado la compañía Raytheon.»

Al amanecer, tosiendo y congelado, me acerqué al Humvee de Byrne. Estaba sentado en el asiento de atrás, con la cabeza medio oculta por un pasamontañas, temblando y cubierto de polvo como el resto de nosotros. Escuchaba y hablaba por tres redes de radio diferentes a la vez. El mando militar consiste en tomar decisiones ejecutivas inmediatas, cuyas consecuencias podrían paralizar psicológicamente al director general más pintado, y además tomar esas decisiones durante periodos de extrema incomodidad física.

Le pregunté a Byrne por qué los Marines no habían cerrado Faluya en el acto tras el asesinato de los contratistas, para evitar que los perpetradores

huyeran de la ciudad: lo que habrían hecho los israelíes con toda probabilidad. En lugar de eso, habían esperado cinco días.

Me lo explicó: «En Cisjordania, los israelíes han “inundado la zona”, dividiéndola en sectores y puntos de control. Como ya tienen una presencia tan abultada allí, les cuesta menos acordonar una ciudad. Sin embargo, nosotros estamos desperdigados por todo Irak. Acordonar una ciudad nos exige un esfuerzo especial. Si lo hacemos cada vez que se produce un escándalo, pronto el enemigo dictará hasta nuestro último movimiento.»

En verdad, los Marines ejecutaban esa operación bajo mínimos, con dos batallones de partida, cuando en realidad hubieran necesitado tres: a Hue, una ciudad con la mitad de población que Faluya, se le había adjudicado casi tres batallones de Marines. Como había observado en Afganistán, había demasiadas tropas de apoyo concentradas cerca de la capital y muy pocos elementos de combate repartidos por la zona rural. Nada me enfurecía más que entrar en un inmenso comedor de Camp Victory, cuartel general de la coalición militar en el aeropuerto de Bagdad, y verlo abarrotado de soldados que elegían postre entre diferentes tipos de tartas estupendas, y luego viajar al campo y apenas detectar presencia estadounidense. Las Fuerzas Armadas estadounidenses se veían lastradas en todas partes por una burocracia sobredimensionada en los estratos superiores, con demasiadas capas de personal necesitado de mimos. En consecuencia, estaba mal diseñada desde un punto de vista organizativo para afrontar las insurgencias del siglo XXI. Tanto en Afganistán como Irak, como había visto con mis propios ojos, el Ejército estadounidense había organizado las estructuras con las que se sentía históricamente cómodo, y no las más apropiadas para el desafío que tenía entre manos.

Pasé la primera mitad del 5 de abril visitando varios controles con Byrne y escuchando los partes de bajas (ocho heridos hasta ese momento).

A media tarde, los mandos de regimiento y división se reunieron en asamblea con Byrne y sus capitanes de compañía junto a su Humvee, en el desierto, a un kilómetro y medio de Faluya. Un extracto de la conversación:

UN OFICIAL A SU SUPERIOR INMEDIATO: Señor, tenemos un problema con un comandante del ICDC. Sigue viéndolas venir y no se arriesga a implicar a sus hombres en este combate.

EL SUPERIOR: Dígale que lo vamos a enchironar y luego lo mandaremos a Bagdad a mendigar por las calles durante el resto de su puta vida. Por cierto, mantenga la disciplina entre sus hombres.

No quiero informes de disparos o maltratos a civiles. Recuerde, sus hombres van a estar bajo mucha presión.

Se decidió que, cuando la Compañía Bravo penetrara en la ciudad junto con la Alfa y la Charlie y se abrieran todas en abanico hacia diferentes secciones de la zona industrial del sudeste de Faluya, los marines calaran la bayoneta en sus rifles de asalto M-16. El objetivo era ante todo psicológico: demostrar al pueblo de Faluya que los Marines iban en serio. Como me dijo un oficial de alto rango: «La gente de aquí se ha acostumbrado a ver al Ejército estadounidense patrullando las carreteras principales en grandes vehículos. Tenemos la intención de desmontar y entrar a pie con la bayoneta en ristre.»

Cuando se fueron los comandantes de división y regimiento, Byrne y sus capitanes repasaron los indicativos de radio: «Jerónimo» para el teniente coronel y los Renegados, «Apache» para la Compañía Alfa, «Halcón Negro» para la Bravo, «Nube Roja» para un pelotón de la Compañía de Armas que asistiría a la Alfa y la Bravo, «Pequeño Lobo» y «Caballo Loco» para dos unidades anticarro, etc.

Cuando el sol se ponía y llegaron noticias de tres muertos en acto de servicio de la Compañía Charlie junto al trébol, me despedí del teniente coronel Byrne y crucé varios centenares de metros de desierto con el capitán Smith hasta donde la Compañía Bravo se estaba reuniendo para el ataque nocturno.

El capitán Smith transmitió las instrucciones a sus tenientes y suboficiales y luego realizó varios ensayos de comunicaciones. Encendieron puros y fumaron juntos antes de dispersarse hacia sus diversos Humvees y camiones. Smith me dejó en manos del subteniente Joshua Palmer, de Banning, California, que me escoltó hasta el siete toneladas en el que viajaría.

El subteniente Palmer, como el subteniente David Russell, era un licenciado cortés, bien hablado y culto de Veintipocos años, que se había alistado en el Cuerpo por un genuino sentido de idealismo. Recuerdo el resplandor sereno de sus ojos. Se entendía bien con sus hombres, que no tenían la misma educación que él. Al igual que el capitán Smith, esa noche el subteniente Palmer era la viva imagen de la satisfacción. Nos sentamos los dos en la cabina del camión, hablamos de libros y escuchamos los sonidos de los cohetes y los morteros por encima del runrún del motor, tratando de olvidar el frío que teníamos. Faluya estaba a medio kilómetro.

Faluya era conocida como la «ciudad de las mezquitas», con más de doscientas en la ciudad y las aldeas circundantes, lo que la convertía en un

centro regional del islam suní. Su nombre, sin embargo, quizá tuviera una raíz pagana: *Palugtha*, una voz asiria que significaba «división», en referencia a un ramal del Éufrates que ya no existía. Faluya señaló una frontera septentrional del reino de Hamurabi (1792-1750 a. C.). Desde la Antigüedad, una de las dos principales rutas de comercio por vía terrestre que conectaban Mesopotamia a Siria y el Mediterráneo empezaba cerca de allí. A causa de la reputación de independencia tribal y contrabando de la ciudad, Sadam tuvo que esforzarse para mantenerla bajo control. En consecuencia, la convirtió en un bastión del Partido Baazista.

A medianoche los camiones empezaron a moverse, avanzando en zigzag con los faros apagados para evitar los impactos de mortero mientras cruzaban el breve tramo de desierto hasta el nacimiento de las calles de la ciudad. En cuestión de un momento nos hallábamos ante los muros de la fábrica de refrescos que las imágenes de satélite y otras fuentes habían señalado como propicia base de operaciones avanzadas para el teniente coronel Byrne y el 1/5. La Bravo empezó en el acto a capturar PUC, entre ellos varios ciudadanos sudaneses, pero la fábrica se tomó sin combate.

Byrne no tardó en llegar para asumir el mando de su nuevo puesto, un extenso complejo de edificios de una planta protegido por un muro exterior. Lo acompañaba el coronel John Toolan, de Brooklyn, oficial al mando del RCT-I. El coronel Toolan intentó inspeccionar la zona al este del complejo, pero su Humvee blindado padeció de inmediato un intenso bombardeo, acallado por los cañones del rasante AC-130 Spectre que solicitó un controlador aéreo avanzado sobre el terreno.^[a19] Todo eso sucedió en el espacio de unos minutos escasos.

Era una confusión organizada, en la que Smith no dejaba de intentar averiguar los puntos de contacto entre la Bravo y la Alfa, situada directamente al sur y detrás de nosotros. Sobre el surrealista paisaje urbano de perros vagabundos aullantes y restos de automóviles y hormigoneras oxidados y recubiertos de arena, los marines con su camuflaje desértico se agazapaban inmóviles en cada cruce, cual rocas grises, observando con sus prismáticos de visión nocturna y cubriendo con sus rifles los campos de tiro designados.

El contingente avanzado de la Bravo de Smith salió de la zona industrial y entró en un sector de tiendas baratas. Sin embargo, Faluya entera seguía pareciendo un gran desguace de coches. Justo antes del amanecer, cuando sonó la llamada a la oración desde las mezquitas cercanas, llegamos a «Michigan», la amplia avenida que señalaba el límite norte de la

responsabilidad del 1/5. Pasarían días antes de que el otro batallón —el 2/1— pudiera alcanzarla desde el otro lado.

Smith empezó de inmediato a ordenar a varios marines que subieran a los tejados; quería «ángeles de la guarda» por todas partes cuando rompiera el día. Como había escasez de escaleras portátiles, los marines tuvieron que encaramarse a hombros de sus compañeros.

Smith, su sargento primero, Scott van De Ven, de Grayling, Michigan, un operador de radio cuyo nombre me descuidé de anotar y yo trepamos a un tejado, sólo para descubrir que, en lugar del espacio llano y vacío que nos esperábamos, ese tejado y todos los demás de las inmediaciones estaban llenos de silenciadores de coche y tubos de escape abandonados, hasta el punto en que tuvimos que arrimar todos el hombro para despejar el espacio apenas suficiente para tumbarnos a descansar, por turnos. Conseguí dormir una hora. Utilicé uno de los silenciadores oxidados como almohada y me desperté cubierto de mugre. Miré a mi alrededor a plena luz del día para ver el panorama de tejados de Faluya cubierto de millares y millares de viejos silenciadores y tubos de escape, custodiados por marines de Estados Unidos, plantados por encima de ese sector de la ciudad con la bayoneta calada.

En la distancia se divisaban mezquitas y fábricas. Era feo con ganas: el clásico terreno del radicalismo, ocupado por el lumpen creyente.^[20] Convendría distinguir el radicalismo islámico del conservadurismo islámico. El conservadurismo se basa en la tradición, presenta a menudo un alto grado de estética y tiene sus más notables exponentes en las cortes reales de Marruecos, Jordania y los estados del Golfo. El radicalismo, en cambio, germina a partir de una ruptura con la tradición, cuando la *Dar al Islam* (la Casa del Islam) se encuentra entre el anonimato alienante de los arrabales y poblados chabolistas de la era industrial temprana, donde el único modo de mantener las tradiciones es reinventar la religión en una modalidad más abstracta e ideológica. En verdad, las fábricas de aspecto anticuado de Faluya tenían un aire a guerra fría y Bloque del Este que me recordaba a la Rumanía de los años 80.

El sargento primero Van De Ven se puso de inmediato a pedir agua, comida y baterías de radio por la frecuencia intraescuadra. El capitán Smith tenía otras preocupaciones: los marines estaban demasiado dispersos en los cruces y los tejados, a la vez que empezaban a circular por la zona coches último modelo de aspecto sospechoso. Los malos estaban reconociendo nuestras posiciones. Smith exigió de inmediato el establecimiento de

controles de tráfico por el ICOM y el «tac» del batallón. Las calles vacías y las tiendas cerradas eran indicios de que no tardarían en atacarnos.

Era impresionante la capacidad de los insurgentes, además de la población local en general, para reunir información sobre los Marines con tanta rapidez. El coronel británico Callwell escribió a finales del siglo XIX que las fuerzas indígenas cuentan con la ayuda de un sistema de espionaje que parece emanar de la tierra misma:

Las noticias se difunden de un modo misteriosísimo. La gente es mucho más observadora que los moradores de las tierras civilizadas. Por una suerte de instinto interpretan los portentos militares [...]. Oyen los chismorreos de campamento quienes se sienten atraídos por la pronta paga que siempre reciben los suministros llevados a un ejército civilizado, y vuelan de boca en boca hasta llegar a oídos de los cabecillas hostiles.^[a20]

Smith ordenó que los marines bajaran de los tejados y ocuparan nuevas posiciones. Él y sus hombres irrumpieron en un taller mecánico, donde la Bravo estableció una POS, o «posición» de cuartel general avanzado. Pronto llegaron raciones justitas de comida y agua en camión. Acababa de verter agua en el filtro calentador para hacerme una MRE de pollo Country Captain y me estaba preparando para quitarme algunas capas de ropa de debajo de mi chaleco antibalas, pues había entrado el calor después de una noche gélida, cuando el fuego de granadas y pistolas sacudió la uralita que formaba el tejado del mugriento taller convertido en cuartel general.

El fuego apuntado contra nosotros no cesó. Smith se enteró por el ICOM de que procedía de una mezquita situada en Michigan a unos trescientos metros de distancia. Fijaron las coordenadas del edificio para un posible ataque aéreo y todos emprendieron un avance rápido hacia él.

Smith no tuvo auténtica necesidad de ordenarle a los marines que avanzaran directamente en la dirección del fuego. Fue un impulso colectivo, un fenómeno que volvería a presenciar una y otra vez en los días siguientes. La idea de que los marines están adiestrados para echar puertas abajo, apropiarse de territorios y cabezas de playa era una abstracción hasta que estuve allí para experimentarla. Correr hacia el fuego en lugar de buscar cobijo de él va en contra de todo instinto humano de supervivencia; créanme. El miedo me hacía sudar tanto como las capas de ropa que todavía llevaba puestas de la noche anterior, hasta el punto de que me daba la impresión de que me entraba sal pura en los ojos desde la frente. A medida que pasaban las

semanas y llegaba a conocer a los marines del 1/5 más como los individuos que eran, había empezado a engañarme pensando que no eran muy distintos de mí. Tenían sus debilidades, se ponían enfermos, se quejaban. Sin embargo, en un visto y no visto, mientras cargábamos a través de Michigan entre el silbido de los disparos que nos caían encima, me di cuenta de que no eran como yo; eran marines. No es ninguna exageración decir que el capitán Smith y la Bravo cargaron literalmente bajo el estruendo de las armas.

Atravesamos varios bloques residenciales hasta quedar justo enfrente de las puertas de la mezquita. Tenía una cúpula azul de estilo persa aunque era suní. Entonces cesó el fuego. Uno de los cabos de Smith, Robert Dawson, de Staten Island, Nueva York, dirigió una escuadra de nueve marines al interior de la mezquita. Sus hombres detuvieron a dos personas y encontraron algunas armas, pero la mayoría de los tiradores había huido en el preciso instante en que Smith y el resto de los marines se les venían encima.

«Quiero una IO de arriba abajo de este sitio para mañana», dijo Smith, refiriéndose a operaciones de información, como lanzar panfletos y pintar grafitis. El objetivo era «hacerles saber que si utilizan las mezquitas para operaciones ofensivas de manera flagrante, las mezquitas pierden su estatus protegido», me dijo.

Volvimos a cruzar al lado sur de Michigan entre fuego esporádico. Yo había dejado de agacharme; es verdad que uno se acostumbra a todo. Se acercó un coche. Era el alcalde, Mohamed Ibrahim al Juraissey, y su escolta personal. Preguntó si era seguro continuar calle abajo. Sin venir a cuento empezó a quejarse de las informaciones del corresponsal local de Al Yazira. Aquello tenía algo de estrambótico y onírico. Smith, sin hacer caso de la parrafada sobre Al Yazira, le dijo al alcalde: «Hemos hecho todo lo que hemos podido, señor, por abatirlos [a los tiradores de la mezquita], pero somos nuevos en la ciudad. La próxima vez seremos más eficaces.»

Enfrente mismo de la mezquita, en la acera sur de Michigan, había un bloque de pisos que las sospechas de los marines señalaban como origen de disparos contra ellos. Lo habían registrado y habían ordenado a una extensa familia con niños y bebés que saliera al patio. Smith se acercó al cabeza de familia varón para disculparse. Adoptó una postura erguida, salvo por un leve encorvamiento de los hombros, con las manos hundidas en los bolsillos, una pose que le vería asumir a menudo cuando estaba tomando decisiones, pensando o a punto de decir algo importante. Fijó la mirada sin parpadear en el hombre, tal y como había hecho con el jefe de policía de Karma.

A veces costaba imaginarse a alguien tan serio e intenso como el capitán Jasón Smith. Y, aun así, tenía también algo de distinguido. Me venía a la mente un oficial confederado.

Por mediación de su traductor iraquí, le dijo al hombre: «Señor, sentimos mucho haber tenido que pedirle a su familia que saliera del edificio. Ya pueden regresar todos. Le compensaremos por las molestias. Somos marines de Estados Unidos, una raza distinta a la que están acostumbrados. No nos hace gracia que la gente nos dispare. Si dispone de alguna información sobre los Alí Babás, tenga la bondad de compartirla con nosotros. Si conoce a algunos de los Alí Babás en persona, haga el favor de decirles que nos ataquen lo antes posible, para que podamos matarlos y empezar a reparar las alcantarillas, la electricidad y el resto de los servicios de su ciudad.»

Cuando terminó la traducción, el hombre, con aire anonadado, agarró la mano del capitán Smith y no la soltó. Smith no bromeaba al hablar de la compensación. El teniente coronel Byrne había recibido una reserva de dinero en metálico para que lo usara a su discreción para ganar aliados en la ciudad. Ya tenía planes de pagar al propietario de la fábrica de refrescos. «Voy a pagarle alquiler, hacerle reparaciones, comprar un montón de su refresco y pagar a sus empleados por todos los días de trabajo que hayan perdido por nuestra culpa.»

Al volver hacia el garaje por un espacio abierto, nos asaltó un lanzagranadas y una intensa andanada de fuego de pistola. Corrimos a ponernos a cubierto y nos agazapamos contra un edificio. Entonces vimos un cuerpo en la calle. En medio del caos, un marine había matado por accidente a un civil iraquí que huía de manera sospechosa. Smith se enfadó con el marine. «¿Llevaba un arma? ¡No! Entonces, ¿en qué parte de las RoE dice que puedes dispararle?» Todos se pusieron mohínos. Sentí lástima del marine que había disparado; cualquier civil se hubiera apiadado de él si hubiese experimentado la complejidad y la confusión de ese espacio de batalla urbana y las decisiones instantáneas de vida o muerte que exigía. Pasó otro coche de lujo, siguiendo el rastro de nuestros movimientos. «Es como intentar agarrar un puñado de agua», comentó Smith con la vista puesta en el coche.

De vuelta en el taller, por fin conseguí zafarme de mis capas superfluas de ropa. Había sudado tanto que el pegamento que adhería las credenciales de prensa que llevaba al cuello se había fundido y las había destruido. Me comí mi pollo Country Captain, ya frío. No me importó. En cuanto hubo pasado el peligro, me di cuenta de que estaba famélico.

Smith sacó un paquete de café en polvo instantáneo y se lo echó a pelo sobre la lengua, regándolo con agua mineral. Luego pronunció una charla.

Una vez más, levemente encorvado y con las manos en los bolsillos, habló con su leve deje sureño: «Me parece esperanzador que, aunque nuestras unidades estuvieran separadas, nos hayamos organizado con rapidez y avanzado sobre el objetivo. Sin embargo, una vez despejado el objetivo, hemos bajado la guardia. Hemos tardado demasiado en cruzar el espacio abierto, nos han disparado y hemos alcanzado a un civil. Sé que hemos funcionado en reserva, sin dormir y con poca agua y comida. Pero espero más de unos marines. Vamos a pasar la noche haciendo patrullas a pie. Vamos a parar a los vehículos sospechosos. Los Alí Babás no corren riesgos. Han salido de la mezquita en cuanto nos hemos acercado. Buscan blancos de oportunidad. No les ofreceremos ninguno.»

Me fijé en el subteniente Palmer, el joven marine de expresión serena en los ojos que me había acompañado la noche anterior en el camión, hablando de libros. Había entrado en silencio en el taller con varios de sus hombres. A pesar del barullo y la ausencia de sueño, se mostró optimista al hablar conmigo. Oí que otro marine decía: «Estamos en condiciones de manejar esto con pocas horas de sueño. Gracias a Dios que el capitán Smith nos reventó a base de AF en Camp Pendleton», refiriéndose al adiestramiento físico.

En verdad, el cabo Nicholas Magdalin, de Chicago, que habían agregado a la Bravo y en ese momento estaba con los Renegados, me contó que allá en Camp Pendleton, cuando la compañía «no trabajaba bien en equipo, el capitán Smith nos llevó a una operación de campaña. Nos machacó. Lo digo en serio, nos hizo polvo. Estábamos tan desesperados —prosiguió el cabo Magdalin— que para sobrevivir a la marcha empezamos a ayudarnos entre nosotros como no habíamos hecho nunca, los más fuertes llevando las mochilas de los más flojos. Nos unió un montón como equipo. Al verlo, el capitán Smith por fin nos dejó descansar, y nos dijo que “no había nada que no pudiéramos hacer, por difícil que fuera, si teníamos unidad”».

Cuando me terminé mi MRE, sufrimos otro ataque de RPG, mortero y pistolas. Una vez más, todos avanzaron en la dirección del fuego. En esa ocasión procedía de dos manzanas al norte, en Michigan. El chasquido de las balas puede ser un buen sonido. Suele indicar que van hacia fuera, y en cualquier caso que están a una distancia segura. El silbido de las balas es malo; suele significar hacia dentro y cerca. Cruzando a la carrera un callejón con uno de los tenientes del capitán Smith, oímos el segundo sonido. Saltamos los dos a la zanja de una alcantarilla.

Ese tiroteo, como el anterior, duró más de una hora, aunque los dos se antojaron mucho más largos. En un par de ocasiones atisé a los insurgentes —con pijama negro y kufia al estilo de los fedayines— que nos estaban disparando. Así de cercano era el combate.

No había sonido más dulce que el zumbido de un AC-130 por encima de tu cabeza. Significaba que había ayuda en camino. Entonces llegaba el tableteo seco de sus cañones: la ayuda en sí. Pensé en los dos controladores aéreos avanzados, los capitanes Chris Graham, de Miami, y Don Mareska, de Moscow, Idaho, dos pilotos campechanos y simpáticos que, apenas unas semanas antes, me habían expresado en el comedor su abatimiento por el hecho de que, en ese entorno de SASO, no tendrían ocasión de utilizar sus habilidades. En ese momento eran las estrellas del espectáculo. Mareska recibiría una herida leve en la pierna al día siguiente.

El AC-130 era una de las pocas ventajas de las que disponían los marines. Casi todo el fuego y las explosiones que oí se dirigían hacia nosotros. Los insurgentes podían disparar de manera indiscriminada y culpar de los daños colaterales a los estadounidenses, mientras que los norteamericanos que vi seleccionaban sus disparos con esmero. Había una tolerancia cero con las bajas civiles, aunque no siempre era un estándar fácil de cumplir.

No llevaba de vuelta en el taller más de media hora cuando empezó el tercer tiroteo sostenido e intenso del día. Dos marines resultaron heridos. Retrocedí con ellos en un Humvee hasta la fábrica de refrescos. El vehículo se quedó atrapado por un momento al cruzar Michigan, que se había convertido en una zona de tiro libre. Cayó sobre nosotros una granizada de balas. Por suerte, los paneles laterales estaban blindados. Me tumbé boca abajo.

Entre todos los ataques de ese día, 6 de abril de 2004, la Compañía Bravo poco a poco había adentrado sus líneas en la ciudad. No tuvo nada de espectacular: los marines avanzaban penosamente tres pasos y retrocedían otros dos. Era la clásica, inmemorial labor de la infantería, poco diferente de como se había practicado en Vietnam, la Segunda Guerra Mundial y más atrás, hasta los tiempos de los griegos y los romanos. Los oficiales insertaban machacas y esperaban a que los atacaran, para aprovechar la oportunidad y romper al enemigo sobre la línea de contacto. Mientras que activos de elite como los miembros de la Fuerza Delta eran de alto mantenimiento y requerían blancos específicos de alto valor, todavía había sitio en este mundo para el infante de toda la vida.

De vuelta en la fábrica de refrescos, nuevo cuartel general de la FOB, me enteré de que todavía no había unidades disponibles para relevar a la Bravo.

Los marines del capitán Smith tendrían que seguir luchando, con pocas horas de sueño. Pensé de nuevo en la muchedumbre de tropas de Camp Victory.

Los Renegados tenían sus Humvees ante los muros de la base de operaciones avanzadas, para defenderla de un posible ataque. Como no había agua corriente para ducharse, al poco de volver salí al perímetro exterior para hacerle una visita a Bednarcik, Pena y Neal. «Siéntese con nosotros y relájese. Lo necesita», me dijo uno. Fue entonces cuando el cohete de 122 mm cayó a quince metros de distancia.

Como en el caso de los disparos, la sacudida de una explosión puede ser un buen sonido; significa que ha pasado de largo. Sin embargo, el bufido y la corriente de un cohete que llega significa «oh, mierda, se acabó», mientras uno se encoge en el segundo más largo que jamás conocerá. Eso fue lo que oímos. El Humvee se tambaleó; por suerte estaba blindado. El soldado de primera clase Neal, un dechado de encantadora energía que no había parado de hablar durante semanas, se quedó callado un buen rato, mientras el soldado de primera clase Nathan Favorit, de Watertown, Minnesota, el ametrallador del Humvee de al lado, que por lo general era tan reservado que ni siquiera el teniente coronel Byrne podía tirarle de la lengua, rompió a parlotear de improviso: «He intentado hablar con Neal por el ICOM. “Cañones Parlantes [el código de Neal], aquí Cañones Bastardos, contesta, contesta por favor.” Por un momento no ha habido respuesta. Dios mío, tíos, pensaba que...»

Durante semanas había vivido bajo un fuego constante de cohetes y mortero. Era enloquecedor porque uno carecía de cualquier control sobre su destino, a diferencia de los tiroteos, donde era posible correr, agacharse, tirarse a una zanja o pegarse a una pared. Los ataques de cohetes y mortero representaban el azar último de la vida comprimido más allá de lo imaginable, con consecuencias devastadoras e indelebles. En St. Mere, un médico de la Marina estaba hablando fuera con su padre por un móvil cuando lo mató un impacto de mortero. En el trébol, un cohete que había recorrido casi quince kilómetros mató a un hombre que habría salido indemne si hubiera aterrizado aunque fuera a un par de metros de distancia, al otro lado de una barrera protectora. ¿Debía caminar hasta el comedor o el retrete portátil por tal camino o por el otro? Podía ser una decisión que determinara si vivías o morías.

Volví del Humvee a la base, encontré un pequeño almacén que olía a caca de gato —la única habitación desocupada por los marines— y abrí mi saco de dormir. Sin quitarme el chaleco antibalas, me dispuse a dormir unas horas sobre el suelo de cemento con el casco por almohada.

Al día siguiente, mientras el fuego de cohetes y mortero seguía cayendo de forma intermitente sobre la base, que todavía no tenía retretes portátiles y tan sólo un reguerillo esporádico de agua fría, recibimos la visita de generales de Marines por valor de doce estrellas: el general de división Jim Mattis (dos estrellas) y el teniente general Jan Huly (tres estrellas), el teniente general James Conway (tres estrellas) y el general Michael Hagee (cuatro estrellas). Hagee era el comandante del Cuerpo de Marines, uno de los jefes del Estado Mayor Conjunto. Había viajado hasta la base desde Washington con Huly, el vicecomandante de los Marines para planes, políticas y operaciones. Conway estaba al mando de la I MEF, y Mattis de la división. Decía algo del Cuerpo de Marines que el alto mando recorriera toda la distancia desde Washington hasta lo que un oficial calificó de «agujero de mierda» (las condiciones de la fábrica de refrescos más tarde mejorarían hasta tal punto que un periodista la describiría como «relativamente lujosa»). El cabo Magdalin, que por casualidad se encontraba cerca cuando llegaron sus vehículos blindados, se sacó una foto con ellos. «Aunque me maten mañana, mi vida habrá sido completa», me dijo con incredulidad.

Los cuatro generales, junto con el coronel Toolan, al mando del RCT-I, y el teniente coronel Byrne, examinaron un mapa de satélite de Faluya que desplegaron sobre el capó de un Humvee. El plan era que el 2/1 bajara desde la parte norte de la ciudad y el 1/5 entrara desde el sur y el este, para arrinconar a los insurgentes contra el río Éufrates, que fluye de norte a sur por el límite occidental de la ciudad. Las malas noticias eran las siguientes:

- No existía una mezquita amiga en toda la ciudad. Las mezquitas eran depósitos de almacenamiento de explosivos, y los francotiradores y demás tiradores utilizaban sus contrafuertes y minaretes.
- El Cuerpo Iraquí de Defensa Civil de la zona, adiestrado por los estadounidenses, no sólo desertaba sino que cooperaba con los ocupantes de las mezquitas.
- Estados Unidos no había descuidado la alta tecnología, sino los elementos básicos. Los Marines andaban escasos de traductores de árabe, tenazas para entrar en las tiendas que dejaban atrás e incluso de munición de 5,56 mm (las tenazas llegarían al día siguiente y la munición poco después).
- El plan para tomar la ciudad era realista desde un punto de vista militar, pero la alta política en forma de altos el fuego amenazaba con interferir.

Lo que los marines sí tenían a su favor era un espíritu guerrero particular que era menos producto del patriotismo estadounidense que de la tradición del Cuerpo de Marines unida a la tradicional camaradería de los machacas: lo que había experimentado con los Renegados la noche después de su tiroteo en Karma.

Es posible que la democracia fuera un factor adicional. Los ciudadanos de las democracias evitan las guerras pero, una vez que se embarcan en una previa consulta democrática, muestran cierta propensión a luchar hasta el final. Eso ha sido cierto desde los tiempos de la antigua Atenas, y ha hecho a las tropas democráticas las más feroces en el combate.^[21] Vietnam, en realidad, no fue una excepción. En su amplia mayoría, como atestiguan los sondeos Harris, los estadounidenses apoyaron el bombardeo pesado y sostenido de Vietnam del Norte hasta muy avanzada la guerra, y la victoria del presidente Nixon sobre la estrategia de rendición de George McGovern en 1972 fue aplastante. Los soldados y marines a los que conocí durante meses de viajes con el Ejército —cuyos padres y abuelos habían combatido en Vietnam— consideraban esa guerra tan sacrosanta como las demás de la nación. En cuanto a los que tenían otra opinión de Vietnam, por lo general procedían de las clases más prósperas de la sociedad estadounidense, clases que incluso en aquel momento se encontraban en trance de forjar una elite global y cosmopolita.^[a21] Para cuando llegó Irak, esa nueva ciudadanía global estaba más asentada, y ponía en entredicho la secular capacidad de las democracias individuales para perseverar en una guerra prolongada y difícil.

La abnegada disposición a morir de los machacas también era producto de sus orígenes de clase obrera. Las clases trabajadoras siempre han estado acostumbradas a vidas y reveses duros e injustos. Tenían una identidad menos articulada y narcisista que las elites y podían subsumir sus egos con mayor facilidad dentro de una orgullosa identidad unitaria, como la que apuntalaba a un pelotón entero, la capa organizativa en la que mejor funcionaban los marines.

Esos marines, de hecho, eran tan viejos como la Antigüedad, tan viejos como sus compañeros marines que habían asaltado Guadalcanal, Iwo Jima y Hue; tan viejos como sus camaradas del Ejército de Tierra que habían tomado la playa de Omaha. Eran la misma gente. Sus semblantes atentos e incondicionales eran calcos de los de las películas en blanco y negro de la Segunda Guerra Mundial. La existencia de la clase obrera había actuado de Gran Preservadora de las virtudes más antiguas y sencillas: un valor y una

franqueza inquebrantables, que quedaban tanto evidenciados como ocultos por el vocabulario soez que empleaban.

Por último, existía una creencia en Dios literal y sin remilgos, ausente por lo general entre las elites, una fe templada a la par que apuntalada por la experiencia democrática que otorgaba a los machacas sobradas reservas de compasión.

Como muestra, el talante deprimido que se apoderó de la fábrica de refrescos cuando llegó la noticia de que una niña iraquí de seis años, cuya familia vivía en las inmediaciones, había muerto víctima de un obús apuntado a la base estadounidense. Era la misma depresión que había observado dentro de la Bravo cuando el marine había disparado por error al civil iraquí. La cifra de muertos en el batallón durante los combates de Faluya había alcanzado a la sazón la media docena, mientras que había varias de heridos.

Uno de los muertos era el subteniente Joshua Palmer, que fue alcanzado en el cuello y el abdomen mientras dirigía a su pelotón hacia una casa desde donde disparaban a los marines. Lo habían preseleccionado para el ascenso a teniente al cabo de dos días, pero con su habitual modestia se había callado la noticia. Lo recomendaron para la Cruz Naval. Pensar que cualquier orden global humano y pacífico es posible sin hombres como éstos sería engañarse.

Salí más veces a la ciudad para ver al capitán Smith. Mientras la Bravo avanzaba hacia el oeste, adentrándose en el centro de Faluya, la POS («posición» avanzada) se desplazó del taller a un pequeño almacén con paredes de cemento armado. Como el techo era alto, Smith tenía que colocarse cerca del tejado para facilitar las transmisiones de radio. Así, en una ocasión, el teniente coronel Byrne, yo y otros reporteros que acababan de llegar nos encontramos a Smith acucillado sobre una librería de metal, hablando por el «tac» del batallón mientras en la calle sonaban las granadas y los disparos. Parecía descansado tras cuatro horas de sueño, lo máximo que había descansado en una semana. «Halcón Negro Dos, aquí Halcón Negro Seis, necesito refuerzos para Nube Roja. De momento, mandan Nube Roja y Pequeño Lobo.»

Luego Smith habló por el ICOM para dirigir a un pelotón de la Bravo a la cuadrícula de los 905 grados, unas manzanas más al oeste. Habiendo regresado a Irak con la intención de fusionarse con la cultura local fieles a la tradición clásica de la guerra no convencional —en parte dejándose bigote y dando a sus bases de operaciones avanzadas nombres árabes—, las

circunstancias habían obligado a los marines a retomar la acción directa, y, por tanto, Faluya se había convertido en un espacio urbano estadounidense familiar. Los puntos del mapa no se identificaban con ningún referente local, sino mediante sus coordenadas en el GPS. Las calles habían recibido nombres estadounidenses, como Michigan. Los puntos de contacto con el enemigo seguían un código de colores. Así, seguí a Smith y Byrne hasta «Violeta», un cruce donde la Compañía Alfa entraría en contacto con la Bravo, donde la parte comercial del sur de Faluya colindaba con la residencial. Allí Bravo pretendía ponerse «firme» durante una temporada: hacerse fuerte y establecer una POS más.

Nos encontrábamos ya a cien metros del punto de contacto con el enemigo. Había dos tanques M1 Abrams de los Marines a cincuenta metros. Silbaban las balas y todos nos agazapamos contra la pared. Sin embargo, los marines consolidaron la posición, los silbidos se convirtieron en chasquidos y nos pusimos en pie y nos relajamos un poco. Alguien hizo pis. Con los prismáticos se distinguía a hombres armados con lanzagranadas con la cara envuelta en una *kufia* rodeados de mujeres y niños, provocándonos. Sólo los francotiradores intentaron algún disparo.

El entorno urbano tercermundista era como el Viejo Oeste, pensé, cuando la caballería sitiaba campamentos indios sólo para descubrir a los guerreros rodeados periódicamente de mujeres y niños. Por mucho que la caballería intentara proteger la vida de los no combatientes, los inevitables daños colaterales entre civiles suscitaban profundas dudas morales, sobre todo entre los humanitarios del este que, a causa de la disolución del ejército ciudadano de masas al final de la guerra civil, ya no se sentían próximos a esa fuerza de voluntarios a caballo más pequeña del otro lado del Misisipí.^[22]

Llegó el Humvee de Byrne, con el cabo Magdalin al volante. Byrne y Smith empezaron a consultar con la base por el «tac» del batallón. Smith quería desplazar los dos tanques al sur para alejar el fuego enemigo de la Bravo y permitir que sus hombres avanzaran más. Sin embargo, no tenía mando directo sobre la unidad blindada, de modo que la petición tenía que «subir a través del Estado Mayor» antes de que los tanques que tenía al lado pudieran moverse. Al final lo hicieron. Aun allí, en mitad del campo de batalla, existía un problema con la gestión farragosa.

Además, la Bravo y el resto de las compañías de infantería estaban peligrosamente dispersas a lo largo y ancho de la mitad sur de la ciudad, tanto que el enemigo podía infiltrarse con facilidad en el gran laberinto de calles que quedaba a la retaguardia, entre la recién avanzada posición de la Bravo y

la base que estaba cerca de un kilómetro y medio hacia el sudeste. Los comandantes de compañía abordarían ese problema organizando patrullas satélite nocturnas ininterrumpidas, a pesar de la falta de sueño que aquejaba a muchos marines.

Otro batallón, el 3.º del 4.º Regimiento de Marines, llegaría al cabo de unos días del oeste de Irak para ayudar al 1/5 y el 2/1. Sin embargo, ese redespliegue, a su vez, haría más vulnerables a los marines en otro sector de su AOR. Estaba claro que ciento treinta mil soldados estadounidenses en Irak no eran suficientes para hacer frente a una fracción de ese número de insurgentes. No se debía tan sólo a que las insurgencias, con todo el respeto al coronel británico del siglo XIX Callwell, surgieran de la misma tierra y por ende tuvieran categorías enteras de ventajas de las que carecía una fuerza militar del exterior, ajena a la cultura. Se debía también a que, como evidenciaba el gran número de tropas norteamericanas cerca del Aeropuerto Internacional de Bagdad, la cúpula de Defensa estadounidense, a pesar de toda la palabrería sobre reforma y transformación, seguía organizada para la Segunda Guerra Mundial y la guerra de Corea, con demasiados jefes en bases enormes de la retaguardia y muy pocos indios en los confines. Era el mismo problema que había observado en Filipinas y Afganistán. Lo único que pasaba en Irak es que se producía a una mayor escala.

Pensé de nuevo en las guerras indias y en la crítica del historiador militar Robert M. Utley a la respuesta del Ejército a la masacre del 7.º de Caballería de Custer, el 11-S de su época:

Un enemigo lo bastante poderoso para infligir un desastre tan atroz parecía en ese momento exigir armas más pesadas de las que se habían llevado ya a la lucha. Sin embargo, una vez más, la campaña demostró las verdades que tan a menudo se le escapaban a los generales de la frontera: las columnas pesadas convencionales rara vez cosechaban éxitos contra el adversario no convencional; los requisitos logísticos de aprovisionar a tantos hombres y caballos tan alejados de sus bases solían convertir tales operaciones en ejercicios de mera supervivencia.^[23]

El Ejército de aquella época nunca llegó a aprender del todo la lección de que pequeñas unidades de soldados de a pie eran más eficaces contra los guerreros indios que los grandes regimientos montados, lastrados por la necesidad de acarrear forraje para los caballos. Los sioux y sus aliados salieron derrotados en última instancia no porque el Ejército estadounidense se adaptara plenamente al desafío de un enemigo no convencional —que no

lo hizo—, sino por el aluvión de colonos al Viejo Oeste que, a su vez, contó con la ayuda del ferrocarril.^[24] Esta vez, sin embargo, el Ejército estadounidense tendría que hacerlo mejor.

Vi por última vez al capitán Jasón Smith, de Baton Rouge, Luisiana, en mitad de una calle de Faluya acribillada de fuego de pistolas, con las manos hundidas en los bolsillos y la expresión tenaz y resuelta. T. E. Lawrence llamó a la duda «nuestra moderna corona de espinas»; Smith no daba señales de ella.^[25] Dictaba órdenes por el ICOM y mantenía comunicaciones a través del «tac» del batallón: «Halcón Negro, Apache, Nube Roja, Caballo Loco...» Podría haber sido el tema de un retrato al óleo pintado por Frederic Remington, o un oficial de la vieja Confederación que todavía habitara en el alma de las Fuerzas Armadas estadounidenses, vigorizando su espíritu de lucha. Su expresión, su comportamiento entero, pertenecía a una era anterior y menos complicada.

Aun así, por necesarios que fueran el capitán Smith y otros como él para Estados Unidos y para el mundo, en última instancia no eran la respuesta al desafío planteado por esa ingente multitud de los creyentes proletarios que había visto paseando junto al mar en la ciudad portuaria yemení de Mukala al principio mismo de mis viajes. ¿Cómo tratar con esa multitud? La respuesta existía sólo en fragmentos, de los que había captado atisbos en Mongolia, en la isla de Basilan del sur de Filipinas, en la isla keniana de Lamu y en otros lugares, pues cuando el imperialismo era más manifiesto, como sucedía en Irak, también era más vulnerable y asediado.

A decir verdad, el Irak de 2003 y el de 2004 tuvo menos de reproducción de Vietnam que del Motín Indio contra los británicos en 1857 y 1858, cuando los orientistas y otros pragmáticos de la estructura de poder británica, que querían dejar la India tradicional como estaba, perdieron la partida ante los reformistas evangélicos y utilitarios que pretendían modernizar y cristianizar el país... para asemejarlo más a Inglaterra. Sin embargo, esos intentos de llevar los frutos de la civilización occidental al subcontinente indio fueron acogidos con una violenta revuelta contra la autoridad imperial. Delhi, Lucknow y otras ciudades indias fueron asediadas y capturadas antes de que las reconquistaran las fuerzas coloniales.^[26] Aun así, la debacle no marcó el fin del Imperio británico, que siguió adelante e incluso se amplió durante otros cien años. En lugar de eso, señaló la transición de un imperio *ad hoc* propulsado por un ansia desahogada y evangélica de imponer sus valores a un

sistema más tranquilo y pragmático construido sobre el comercio internacional y la tecnología.

La lección estaba clara: cuanto más sutil y cauta fuera la aplicación del poder, mayor sería el impacto sostenido de Estados Unidos. El país podía ejercer el dominio sobre el mundo sólo con discreción, lejos del candelerero, por así decir. El foco de los medios de comunicación en Faluya, tras mi partida de allí, fue clave para la decisión —tomada en las más altas esferas del Gobierno estadounidense— de declarar un alto el fuego que terminaría el asalto de los Marines. Eso sucedió en el preciso instante en que los Marines, reforzados por la llegada de un batallón entero nuevo, quizás estuvieran a punto de derrotar a los insurgentes.

A ciencia cierta, la decisión de asediar Faluya para luego retirarse cuando la victoria estaba al alcance de la mano demostró tanto la irresponsabilidad como la incoherencia de la Administración Bush. Si bien puede sostenerse tanto el lanzamiento de un asalto de los Marines con todas las de la ley como la continuación de la política previa de ofensivas quirúrgicas puntuales, lo que no puede defenderse es lanzar un asalto a plena escala sólo para tirarlo atrás por culpa de unas presiones políticas que eran fáciles de prever de buen principio.^[27] Sin embargo, en términos históricos más amplios, el drama de Faluya demostró también la debilidad de los estados-nación ante las nuevas e irresistibles fuerzas de unos medios de comunicación globales. Pongamos por caso a Al Yazira, la cadena independiente con sede en Qatar cuya caracterización de los combates agudizó la presión política sobre la Casa Blanca para que detuviera la ofensiva. Al Yazira era en sí misma un ejemplo de la misma libertad política que Estados Unidos pretendía fomentar en el mundo árabe. Cuanto más éxito tuviéramos en nuestra búsqueda de unas sociedades abiertas, más pretenderían esas sociedades abiertas limitarnos y, en consecuencia, más discreto y solapado debería ser nuestro comportamiento militar.

El Imperio estadounidense de principios del siglo XXI dependía de un tejido de elementos intangibles que estaba amenazado, más que reforzado, por el ejercicio desnudo del poder.^[28] O, como me había dicho el coronel del Ejército Tom Wilhelm en Mongolia, un imperio de relaciones entre bastidores era el único que resultaba ya posible.

Dejé la fábrica de refrescos de Faluya en el mismo momento en que se anunciaba el alto el fuego y empezaban a llegar más periodistas.

Desde St. Mere me colé a medianoche en un helicóptero C-46 Sea Knight con destino a una base aérea más al oeste, sólo para descubrir que los vuelos militares desde allí a Kuwait se habían interrumpido semanas antes. Había poca comida y sólo un camastro sucio sobre el suelo de cemento donde dormir. Veinticuatro horas más tarde, encontré sitio en otro helicóptero dirigido a otra base situada más adentro del desierto occidental iraquí, donde un C-130 de las Fuerzas Aéreas con destino a Kuwait debía hacer escala en el transcurso del día siguiente. Pasé la noche en una tienda de campaña abierta. Hacía un frío helador y arreciaba una tormenta de arena. El avión de las Fuerzas Aéreas no se presentó. Sin embargo, aterrizó un avión de carga civil, de camino a Sharia en los Emiratos Árabes Unidos. Era un Antonov con tripulación soviética que accedió a llevarme. Fumaban más aún que los marines, pero el té fuerte, el pan negro y las salchichas que me ofrecieron me supieron a gloria después de semanas de raciones preparadas y Gatorade. Una de las compuertas no llegó a cerrarse herméticamente, y la taparon con trapos grasientos. «No problema», dijo restándole importancia uno de los rusos mientras el avión despegaba.

El avión aterrizó en el extremo más lejano del aeropuerto de Sharia, reservado para aeronaves de carga. Me despedí de la tripulación y me encaminé a oscuras hacia la terminal de llegadas civiles. Hacía tiempo que no me bañaba como Dios manda, y llevaba la ropa y la mochila cubiertas de polvo. De repente, me vi rodeado de luces intensas y una bulliciosa multitud de prósperos europeos de vacaciones, vestidos con ropa de marca y oliendo a perfume y colonia caros. Fue un trayecto en taxi de media hora hasta un hotel de lujo de Dubai. En el vestíbulo, de camino a mi habitación, reparé en un quiosco. Todas las portadas trataban de Faluya. Me sentía como una persona en pleno centro de un escándalo sobre el que todo el mundo leía, en el que hasta los relatos más precisos y equilibrados carecían de relación con lo que yo había experimentado en realidad y los marines con los que lo había experimentado. Sentí una profunda alienación. Después de comer, ducharme y limpiar mi mochila, no tenía ganas de hablar con nadie. Lo único que quería hacer era escribir.

Todavía me quedaba mucho por ver. Lugares como Indonesia, Corea e incluso una zona de mando o dos todavía me llamaban, por no hablar de otros servicios armados. Mi travesía no había hecho más que empezar. Recuerdo lo que me dijo uno de los generales de Marines llegados de Washington antes de partir de Faluya:

«Vaya a casa y descansa unas semanas en el mundo de los cagaderos de porcelana. Luego vuelva a por más.»

Epílogo

EL CONTINENTE INTERIOR

En las noches de finales de invierno un animado grupo de jóvenes hombres y mujeres se reúnen alrededor de las mesas del High Noon Saloon and Brewery de Leavenworth, Kansas, para cobijarse de la nevisca y el azote del viento de la pradera. Boinas verdes, FAO del Ejército (oficiales de zona extranjera) y otros que cursan su año o dos obligatorios de estudio en el cercano Fort Leavenworth charlan en voz alta por encima de la música del karaoke de la sala contigua. Intercambian anécdotas sobre intrépidos turistas franceses en Camboya, tensiones en la frontera saudí-qatarí, la rebelión maoísta en Nepal, las misiones de adiestramiento que podrían surgir un día en Libia, sobre ponerse enfermo en Afganistán, mascar *gat* en Somalia y los infames inviernos coreanos, peores que los de Kansas. Recuerdo una joven pareja casada, los dos comandantes del Ejército, él graduado de la Ciudadela y ella de West Point, los dos de familias con tradición castrense; la madre de ella había sido enfermera en Vietnam. Iban a mudarse al Mando Europeo en Stuttgart, me dijeron. Podían ayudarme a organizar viajes en su AOR, que incluía los países de la sabana africana.

Las calles de fuera, flanqueadas por almacenes de ladrillo, reciben su nombre de las tribus de indios norteamericanos con las que el Ejército de Estados Unidos negoció treguas: cheyenne, pawnee, seneca, dakota, choctaw... Doscientos años antes Lewis y Clark acamparon por allí cerca. Desde allí partieron los primeros colonos blancos hacia territorio indio. Fort Leavenworth, donde la pradera de hierba alta se encuentra con la vegetación corta de las Grandes Llanuras, fue el punto de partida del Destino Manifiesto.

Sin embargo, nadie del High Noon Saloon habla sobre si «¿somos un imperio o no?». La gente, en cambio, conversa sobre qué ejércitos indígenas son mejores que otros, qué grado de éxito han conseguido las misiones de adiestramiento de los Marines en el Cáucaso, de las tensiones entre el Ejército de Tierra y las Fuerzas Aéreas en el Asia oriental, etc.

Allí, como en Fort Bragg, Camp Lejeune y Camp Pendieron, donde la gente lleva uniforme de combate en lugar de la muda de gala, la charla versa sobre la aplicación, y no la conceptualización. Allí uno descubre lo que

sucede de verdad en el mundo, adónde debería encaminarse un viajero a continuación y quién podría ayudarlo a llegar allí. Allí, en el continente interior, el oeste de Irak parece más cercano que el oeste de Kansas durante las guerras indias.

Nota del autor y agradecimientos

Éste es el primer volumen de una serie de libros sobre mis viajes con las Fuerzas Armadas estadounidenses. Menos de una cuarta parte del material contenido en estas páginas ha salido publicado en la revista *The Atlantic Monthly*, en ningún caso más de la mitad de cualquiera de los capítulos.

Mi contacto con el Ejército de Estados Unidos empezó a principios de la década de 1990 en la Escuela de Estudios Militares Avanzados de Fort Leavenworth, Kansas. Acudí allí por sugerencia del coronel del Ejército de Tierra (en la actualidad teniente general) Jim Dubik, el coronel (en la actualidad teniente coronel retirado) Randy House y el jefe del Estado Mayor del Ejército de Tierra Gordon Sullivan. En Fort Leavenworth trabé amistad con el profesor Robert Berlin. No pasaba un año en que no volviera allí. Los contactos que establecí en Fort Leavenworth con el tiempo me conducirían a este proyecto.

He tenido suerte con mis relaciones a largo plazo, sin las que esta empresa no habría sido posible. Los agentes literarios Carl D. Brandt y Marianne Merota me han acompañado desde el germinar de este proyecto, como han hecho en todos los demás desde hace diecisiete años. Random House ha sido la editorial en cartón de los últimos siete de mis once libros. Siempre le estaré agradecido a Jasón Epstein por iniciar esta asociación, como le estaré reconocido a William Whitworth por incorporarme a *The Atlantic Monthly* en 1985.

Joy de Menil, mi editora de siempre en Random House, y Ann Godoff dieron un generoso espaldarazo a esta idea en sus comienzos. Después tuve la inmensa suerte de caer en manos de Kate Medina y Gina Centrello. Kate no paró de animarme en ningún momento. Me ayudó a dar forma al manuscrito

sin inmiscuirse en él, con lo que me permitió una tranquilidad de espíritu como no la he disfrutado con ningún editor mientras escribía un libro. Charlotte Gross realizó un concienzudo trabajo de corrección. También agradezco el consejo y la ayuda de Frankie Jones, Jonathan Kart, Danielle Posen y Robin Rolewicz de Random House.

Cullen Murphy, de *The Atlantic Monthly*, lleva veinte años publicando mis artículos de prensa. Me ha orientado y asesorado en todos los libros que he escrito. Fueron Cullen y el difunto Michael Kelly, muerto mientras cubría la guerra de Irak en 2003, quienes me encargaron la serie de artículos que originó este primer volumen de libros sobre el Ejército. En *The Atlantic*, el trabajo de archivo de Ivonne Rolzhausen ha sido indispensable. También he recibido ayuda de Toby Lester, Emerson Hilton y Sue Parilla.

Las largas temporadas de viaje devoran dinero de modos directos e indirectos. Las fundaciones de Smith Richardson y John M. Olin ofrecieron generosas cantidades de él, como han hecho para proyectos anteriores desde 1986. Doy las gracias a su personal, en especial a Nadia Shadlow y James Piereson, que nunca cejaron en sus empeños de conseguirme más fondos. El Foreign Policy Research Institute (FPRI) de Filadelfia también me concedió una subvención, sin exigirme casi nada a cambio. Mi relación con el FPRI y sus directores, Harvey Sicherman y Alan Luxenberg, también ha sido larga y fructífera. Dentro del FPRI, doy las gracias a Michael Noonan por sus conocimientos militares y demás ayuda.

Aunque mi agente, Carl Brandt, fue el primero en darme la idea de un libro sobre «viajes con las Fuerzas Armadas», fue el teniente coronel del Ejército de Tierra Ralph Peters (retirado) quien me puso en marcha. Ralph irrumpió una mañana en mi habitación de Fort Meyer, Virginia, y dijo: «Esto es lo que tendrías que hacer, y aquí tienes cómo deberías hacerlo.»

Sin dejarse interrumpir, Ralph pasó a perfilar una estructura editorial que organizaría mi trabajo en los años siguientes. Si bien Ralph es conocido para los lectores de las páginas de opinión y la audiencia de los debates televisivos por sus ideas firmes y enjundiosas, son sus facultades literarias las que yo siempre he admirado más.

James P. Thomas, vicesubsecretario de Defensa para Recursos y Planes, es el tipo de joven funcionario del que pueden enorgullecerse los contribuyentes: modesto, excepcionalmente analítico, temperamentamente imparcial, supremamente pragmático y especialmente útil en las primeras etapas de este volumen. Cualquier Administración, republicana o demócrata, saldría perdiendo sin él. Como me dijo en una ocasión el propio Jim —sólo

medio en broma—, al haber trabajado tanto con la Administración Clinton como con la de Bush hijo: «Voy con el edificio, como los muebles.»

El general de división Geoffrey C. Lambert, al mando de las Fuerzas Especiales del Ejército (Aerotransportadas), confió en mí sin disponer de garantías por mi parte, y echó abajo barreras burocráticas para llevarme a muchos lugares de todo el mundo. Fue una auténtica bendición. Lo mismo puede decirse del general de división James N. Mattis, al mando de la 1.^a División de Marines. Si Homero viviera hoy en día, escribiría odas sobre él.

Los comandantes del Ejército Rob Gowan y Cynthia Teramae, además del capitán de Marines Dan McSweeney, no estuvieron allí para compartir mis experiencias, pero ninguno de los tres reparó en esfuerzos para llevarme al extranjero y fue una delicia trabajar con ellos en el proceso. Debo darles las gracias a Cynthia y su marido, el oficial técnico jefe del Ejército Jerry Teramae, por unos días memorables en Honolulu. Mientras escribo esto, el comandante de Marines Tim Keefe y el general de división del Ejército Karl Eikenberry se están dejando la piel en el intento de organizarme viajes al África saheliana y las bases militares del Pacífico para los primeros capítulos del volumen dos de esta serie. Doy las gracias al comandante del Ejército Don Bridgers por haber sido una mano invisible de cara a facilitar mi visita a Filipinas, con miras a explorar una operación en cuyo diseño él desempeñó un papel significativo.

Como recibí tanta ayuda de tantos oficiales y machacas del 1.^{er} Batallón del 5.^o Regimiento de Marines, me resulta sencillamente imposible mencionar a algunos sin hacerle un feo a los demás o dejar constancia de todos los nombres del 1/5. En consecuencia, le doy las gracias a todo el colectivo, en especial a los Renegados. Ha sido uno de los mayores honores de mi vida compartir sus tribulaciones en Irak.

En verdad, rara vez he disfrutado tan a fondo de la compañía de un grupo de personas como con los estadounidenses uniformados. Me cubrieron de atenciones grandes y pequeñas: una manta o saco de dormir extra, el último asiento en un C-130, una linterna, un vaso de vodka escondido bajo el suelo cuando el reglamento lo prohibía. Muchos de los nombres que figuran abajo los asocio a recuerdos en el extranjero que me han enriquecido o a la ayuda logística y burocrática en Estados Unidos. Sus rangos son los que tenían en el momento en que los conocí. No he incluido los nombres de quienes salen mencionados más que de pasada en el libro:

Teniente coronel del Ejército Mark Beattie, teniente coronel del Ejército Curtis Boyd, general de división del Ejército Jerry Boykin, sargento primero de Marines Donald Brazeal, coronel de Marines Brooks Brewington, general del Ejército Doug Brown, sargento de segunda clase de Marines Matthew Butler, comandante del Ejército Roger Carstens, teniente coronel del Ejército Rodney Davis, coronel de Marines Stephen Davis, general de división de las Fuerzas Aéreas David Deptula, coronel del Ejército Peter J. Dillon, sargento maestro de las Fuerzas Aéreas Carlos Dueñas Jr., comandante del Ejército Fred Dummar, comandante del Ejército Mitchell Edgar, sargento del Ejército Eric José Estrada, coronel del Ejército Stan Florer, sargento de primera clase del Ejército Jim Gentry, sargento comandante del Ejército Steven Gregurek, coronel del Ejército Timothy Heinemann, coronel del Ejército Kevin Higgins, teniente general de Marines Jan Huly, teniente coronel del Ejército Ferdinand Irizarry, cabo del Ejército Dan Johnston, sargento maestro del Ejército Doug Kealoha, teniente de Marines Eric Knapp, general de división del Ejército Stanley McChrystal, teniente coronel del Ejército Thor McNevin, teniente coronel del Ejército Dave Maxwell, comandante de las Fuerzas Aéreas Todd Miller, teniente coronel del Ejército Sean Mulholland, teniente coronel del Ejército John Murphy, teniente coronel del Ejército Kevin Murphy, comandante del Ejército Trip Narrow, general de brigada de Marines Robert Neller, capitán de Marines David Nevers, vicealmirante de la Marina Eric Olson, oficial técnico jefe del Ejército Keith Pang, comandante del Ejército Rick Reese, subteniente de las Fuerzas Aéreas Eric Saks, teniente de las Fuerzas Aéreas Anna Siegel, teniente coronel de Marines M. A. Singleton, oficial técnico jefe del Ejército Mike Stewart, coronel del Ejército Sam Taylor III, comandante del Ejército Paul Warren y sargento mayor del Ejército Jeff Wright.

He recibido ayuda adicional de Marshall Adair, Tiffany Bartish, Anthony Dolan, Randy Gangle, Kathy Gannon, Georje Jacob, Chef Justice, Andrew Krepinevich, Chuck Nelson, Robert A. Putz Jr., el embajador Francis Ricciardone, Mike Vickers, Peter Willems y Robert Work.

Mi ayudante, Elizabeth Lockyer, ha organizado mi vida laboral en tal medida que —hasta cierto punto— se ha convertido en un segundo «yo», lo que me ha permitido viajar durante meses sin preocuparme por que se acumularan los mensajes y el correo, por lo que me ha concedido tanta

libertad como tenía hace décadas, cuando el teléfono rara vez sonaba y no existían faxes ni e-mail.

Mi esposa, Maria Cabral, y mi hijo, Michael, han soportado durante veinte años mis largas ausencias, a la vez que me proporcionaban una sensación de amor y estabilidad por la que siento auténtico agradecimiento.

Glosario

A-10 Thunderbolt: versátil aeronave de ataque a tierra de las Fuerzas Aéreas estadounidenses, apodada «jabalí verrugoso» (*Warthog*). Magníficamente dotado para la supervivencia, se utiliza para ofrecer apoyo aéreo cercano.

AC-130 Spectre: aeronave con armamento pesado de las Fuerzas Aéreas estadounidenses, derivada a partir de un avión de carga C-130, que se utiliza para proteger a fuerzas terrestres y para operaciones de limpieza. Turbopropulsado, puede permanecer en el aire durante horas pero resulta vulnerable porque es lento y vuela a baja altitud. Cabría imaginárselo como un tanque volador.

ACF: *anticoalition forces*. Fuerzas anticoalición en Afganistán e Irak.

ACM: *anticoalition militia*. Milicia anticoalición en Afganistán.

ACOG: *advanced combat optical gunsight*. Mira óptica de combate avanzada. Aporta precisión al apuntar con cualquier luz.

ACV: *armored combat vehicle*. Vehículo de combate blindado. Vehículo militar cerrado y con cañón que se desplaza sobre orugas o neumáticos con tracción a las cuatro ruedas.

afgano-árabe: veterano árabe de la guerra afgana contra la Unión Soviética en la década de 1980.

AH-64 Apache: el helicóptero de ataque primario del Ejército estadounidense, con motores gemelos, cuatro aspas y alta tecnología; puede realizar múltiples misiones con cualquier tiempo atmosférico, de día o de noche.

AK-47: rifle de asalto ruso ligero y compacto que dispara proyectiles de 7,62 mm. Uno de los primeros rifles de asalto (1947), es fiable, además de fácil de usar y cuidar estando en campaña. También llamado Kalashnikov, por su diseñador.

Alí Babás: término acuñado por los soldados estadounidenses para referirse a saqueadores, terroristas y demás oponentes.

AMCIT: *American citizen*. Ciudadano estadounidense.

AMF: *Afghan militia forces*. Fuerzas milicianas afganas (tribales).

ANA: *Afghan National Army*. Ejército Nacional Afgano.

AOB: base operacional adelantada. En Operaciones Especiales, una pequeña base temporal dentro de otro país que se utiliza para dirigir, controlar y/o apoyar operaciones tácticas o de adiestramiento. Subordinada por lo general a una base principal o de operaciones avanzadas.

AOR: *area of responsibility*. Zona de responsabilidad. Zona geográfica sobre la que tiene autoridad una unidad militar.

AVR: *active vehicle restraint*. Restricción activa para vehículos. Barrera retráctil en las entradas y salidas capaz de aguantar el impacto de un coche. También conocida como barrera Delta.

banca: pequeña embarcación con el casco de madera del océano Pacífico, en especial Filipinas, que suele ser una piragua con motor diésel y aparejo de bambú.

barong tagalog: camisa de vestir masculina, ancha, ligera y de manga larga propia de Filipinas, dotada a menudo de cuello y vueltas bordados, que se lleva con los faldones por fuera.

barrera Delta: véase AVR.

base de fuego: enclave protegido que suele ser remoto y aislado.

BDU: *battle dress utility*. Uniforme de combate. Uniforme de camuflaje, verde para el trópico y color tabaco para el desierto.

Beretta: pistola semiautomática ligera de 9 mm que ha sido el arma corta reglamentaria del Ejército estadounidense desde 1983.

BIAP: Aeropuerto Internacional de Bagdad.

botiquín M-3: botiquín triple portátil.

bravo: armas.

burka: prenda amplia que cubre todo el cuerpo, con agujeros de malla para los ojos, que llevan en público algunas mujeres musulmanas tradicionales.

BVA: blanco de valor alto.

BVB: blanco de valor bajo.

BVM: blanco de valor medio.

C-130: aeronave cuatrimotor de transporte de carga y tropa de las Fuerzas Aéreas estadounidenses que puede hacer lanzamientos con paracaídas sobre una zona de combate.

C-4: explosivo plástico muy potente que es fácil de esconder y difícil de detectar.

CAFGU: *Citizen Armed Forces Geographical Units*. Unidades Geográficas de Fuerzas Armadas Ciudadanas. Fuerza paramilitar filipina.

camión «tintineante» Bedford: camión con tracción a las cuatro ruedas diseñado para terreno abrupto, por lo general adornado con vistosas pegatinas y campanillas y pintado de colores chillones.

CAS: *close air support*. Apoyo aéreo cercano.

CAT: *civil affairs team*. Equipo de asuntos civiles. Responsable de desarrollar relaciones entre las Fuerzas Armadas estadounidenses y la autoridad civil en el país donde sirve. Un CAT ofrece ayuda humanitaria: construye carreteras, alcantarillas y escuelas, organiza clínicas de campaña, etc.

CENTCOM: Mando Central.

cestas HESCO: grandes cestas de alambrada llenas de sacos terreros para crear barreras.

CG: *commanding general*. General al mando (Ejército de Tierra estadounidense).

CGSC: *Command and General Staff College*. Escuela de Mando y Estado Mayor General del Ejército de Estados Unidos, Fort Leavenworth, Kansas.

CJSOTF: *Combined Joint Special Operations Task Forcé*. Fuerza de Tarea Conjunta Combinada de Operaciones Especiales. Fuerza de tarea compuesta por fuerzas de Operaciones Especiales de Estados Unidos y otro país o países.

CJTF-180: *Combined Joint Task Forcé 180*. Fuerza de Tarea Conjunta Combinada 180. Alianza de treinta y tres países encabezada por Estados Unidos en Afganistán, responsable de la seguridad fuera de Kabul.

CJTF-HOA: *Combined Joint Task Force-Horn of Africa*. Fuerza de Tarea Conjunta Combinada-Cuerno de África.

COLAR: *Colombian Army*. Ejército colombiano.

comandante de hierro: comandante u otro oficial de grado medio, con frecuencia el motor de las Fuerzas Armadas estadounidenses.

comms: comunicaciones.

con-op: *concept of operation*. Concepto de operación. Plan escrito para un ataque militar.

CSS: *combat Service support*. Apoyo de servicio de combate. Apoyo de fuego y asistencia operacional a unidades de combate.

CH-47 Chinook: helicóptero de carga y transporte de tropas del Ejército de Estados Unidos.

Charlie: ingeniero.

DA: *direct action*. Acción directa, es decir, combate.

delta: médico de las Fuerzas Especiales del Ejército de Tierra estadounidense.

delta 18: médico de las Fuerzas Especiales del Ejército de Tierra estadounidense.

deshmal: pañuelo tradicional afgano.

DMZ: *demilitarized zone*. Zona desmilitarizada.

DOD: Departamento de Defensa estadounidense.

eco: comunicaciones.

equipo A: un equipo de doce hombres de las Fuerzas Especiales del Ejército de Tierra que opera en una zona remota y a menudo hostil con escasa o ninguna supervisión externa. También conocido como ODA (*Operational Detachment Alpha*, «Destacamento Operacional Alfa»).

equipo B: mando y control de un equipo A de Operaciones Especiales. También conocido como ODB (*Operational Detachment Bravo*, «Destacamento Operacional Bravo»).

EUCOM: Mando Europeo.

exfil: exfiltración.

FEC: fantasía ecuestre-canina.

FMFM 6-5: *Fleet-Marine Forces Manual 6-5*. Manual 6-5 de las fuerzas de la flota y los Marines. Se concentra en las operaciones a nivel de escuadra. También conocido como «la Biblia del machaca».

FOB: *forward operating or operations base*. Base de operaciones avanzadas. En Operaciones Especiales, base establecida en un territorio amigo para

extender el mando y el control de las comunicaciones, o para ofrecer apoyo para adiestramiento y operaciones tácticas.

foxtrot: información.

freek: frecuencia (de radio).

gat: arbusto cultivado en África y Oriente Medio por sus capullos y hojas, que se mascan como estimulante. También conocido como *jat*.

ger: tienda de campaña mongola circular, abovedada y de fieltro. También conocida como *yurt*.

GMV: *ground mobility vehicle*: Vehículo de movilidad terrestre.

GPS: *global positioning system*. Sistema de posicionamiento global. Sistema de navegación que utiliza señales de satélite para fijar la ubicación de un receptor de radio.

GWOT: *Global War on Terrorism*. Guerra global contra el terrorismo.

bajis: argot militar para referirse a afganos e iraquíes que puede utilizarse como término afectuoso o peyorativo, según el contexto.

HALO: *high altitude, low opening*. Gran altitud, apertura baja. Capacidad de saltar desde una gran altura y no abrir el paracaídas hasta llegar a una baja.

HIG: Hezb-i-Islami Gulbuddin. Partido de facción islámica dirigido por Gulbuddin Hekmatiar.

hora Zulú: huso horario militar, numerado en horas que van de uno a veinticuatro y se expresan con cuatro dígitos: por ejemplo, las 2300 son las 11 de la noche. Equivale a la hora de Greenwich.

Humvee: vehículo todoterreno multiuso del Ejército de Tierra estadounidense.

I MEF: Primera Fuerza Expedicionaria de Marines.

ICDC: Cuerpo Iraquí de Defensa Civil.

ICOM: *integrated Communications*. Comunicaciones integradas; radio intraescuadra.

indigs: tropas indígenas de un país dado.

intel: información de inteligencia.

IO: *Information operations*. Operaciones de información. Incluye lanzamiento de panfletos, pegado de carteles, emisiones de radio.

ISAF: *International Security Assistance Force*. Fuerza Internacional de Asistencia en Seguridad. Fuerza de pacificación dirigida por la OTAN en Afganistán, responsable de Kabul.

jeepney: en Filipinas, *jeep* convertido en autobús.

JMC: *joint military command*. Mando militar conjunto.

JSOTF: *Joint Special Operations Task Force*. Fuerza de Tarea Conjunta de Operaciones Especiales.

JSTAFF: *Joint Staff*. Estado Mayor Conjunto del Pentágono.

JTF: *joint task force*. Fuerza de tarea conjunta.

Kalashnikov: véase AK-47.

Kevlar: fibra resistente y ligera que se utiliza para equipo de protección, como los cascos. Es flexible y cómoda.

M-4: rifle de asalto ligero y compacto de 5,56 mm que utilizan algunas unidades estadounidenses del Ejército de Tierra y Operaciones Especiales. Puede usarse a corto alcance.

M-16: rifle de asalto de 5,56 mm del Ejército de Tierra estadounidense, ligero y fácil de utilizar.

M1A1 Abrams: principal tanque de batalla del Ejército de Tierra estadounidense. Ofrece potencia de fuego móvil para divisiones blindadas. También utilizado por los Marines.

M-203: lanzagranadas de 40 mm utilizado con los rifles de la serie M-16.

M-249: ametralladora «Minimi» compacta de 5,56 mm utilizada por el Ejército de Tierra y los Marines estadounidenses, que es lo bastante ligera para que la transporte un solo hombre y puede disparar durante largos periodos de tiempo.

MAGTF: *Marine Air-Ground Task Force*. Fuerza de Tarea Marine Aire-Tierra. Autosuficiente, contiene componentes de combate terrestre, aviación, apoyo y mando.

MEB: *Marine Expeditionary Brigade*. Brigada Expedicionaria Marine.

MEDCAP: *medical civic action program*. Programa médico de acción cívica. Atención médica gratuita para los habitantes de la zona donde se organiza.

medivac: transportar a los heridos o enfermos para su atención médica, por lo general en helicóptero.

MEF: *Marine Expeditionary Force*. Fuerza Expedicionaria de Marines.

MEU: *Marine Expeditionary Unit*. Unidad Expedicionaria de Marines.

mina Claymore: mina antipersona que se coloca a ras de suelo y está diseñada para disparar bolas de metal (metralla) en una dirección prefijada. Ofrece protección contra emboscadas, asaltos e infiltraciones.

MOOM: Mirar, Oler, Oír, Mudos.

MOPP: *mission-oriented protective posture*. Sistema flexible de protección contra contaminación nuclear, biológica y química.

MOUT: *military operations in urban terrain*. Operaciones militares en terreno urbano.

MRE: *meal ready to eat*. Ración lista para consumo.

NAVISTAR: *Navigation Starting Point*. Punto de partida de navegación. Enorme instalación militar estadounidense de combustible y

mantenimiento en la frontera entre Irak y Kuwait.

NOD: *night optical device*. Dispositivo óptico nocturno.

NORTHCOM: Mando Norte.

ODA: Destacamento Operacional Alfa. Véase equipo A.

ODB: Destacamento Operacional Bravo. Véase equipo B.

OIF-I: Operación Libertad para Irak-I. Invasión militar estadounidense de Irak en la primavera de 2003, caracterizada por el uso de fuerza militar convencional.

ONG: Organización no gubernamental.

op: operación militar.

OSS: *Office of Strategic Services*. Oficina de Servicios Estratégicos. Agencia de espionaje estadounidense de 1942 a 1945, antepasada de la CIA.

PACOM: Mando del Pacífico.

pakob: casquete de lana de borrego redondo y plano que llevan los miembros de las tribus del Hindú Kush y la región fronteriza entre Afganistán y Pakistán.

paqui: paquistaní.

Peltor: auriculares que apagan el sonido de las armas de fuego pero no el de las voces en el campo de tiro.

pistola Makarov: arma corta reglamentaria de 9 mm del Ejército soviético durante la guerra fría que es compacta y fácil de usar y cuidar.

PKM: ametralladora multiuso rusa de 7,62 mm.

POG: *person other than a grunt*. Persona que no es un machaca, es decir, algún oficial de nivel de regimiento, división y fuerza expedicionaria. Leído en ocasiones como «pogue».

POS: posición de apoyo temporal en una zona de combate.

Predator: pequeña aeronave de reconocimiento no tripulada que se maneja por control remoto y puede permanecer en el aire hasta veinticuatro horas. Se la ha armado con misiles antitanque guiados por láser para asesinar a individuos seleccionados como blanco.

PRT: *provincial reconstruction team*. Equipo provincial de reconstrucción. Compuesto por diferentes unidades militares y departamentos del Gobierno, es responsable de las actividades relacionadas con la construcción de naciones.

psy-ops: operaciones psicológicas.

PUC: *person under control*. Persona bajo control; detenido en la guerra contra el terrorismo.

puente Bailey: puente hecho de paneles portátiles, intercambiables y prefabricados de acero fácil y rápido de montar por unidades de ingenieros militares.

RCT: *regimental combat team*. Equipo de combate de regimiento.

REMF: *rear-echelon motherfucker*. Hijo de puta de la retaguardia. Acrónimo de la Segunda Guerra Mundial.

RoE: *rules of engagement*. Reglas de enfrentamiento.

RPG: *rocket-propelled grenade*. Granada de propulsión a cohete.

SASO: acrónimo de los Marines para las operaciones de estabilidad y seguridad (*stability and security operations*). «ganarse corazones y mentes» y «construcción de naciones».

SEAL: equipo de comandos de la Marina estadounidense (SEAL quiere decir «foca» y es acrónimo de *sea, air, land*, «mar, aire, tierra»).

SecDef: secretario de Defensa.

SF: Fuerzas Especiales. Rama altamente adiestrada del Ejército de Tierra estadounidense especializada en guerra no convencional. Popularmente conocidos como boinas verdes, aunque ellos no se refieren a sí mismos de ese modo con frecuencia.

shalwar kameer: pantalones parecidos a los de un pijama (*shahvarf* ceñidos a la cintura y los tobillos, que llevan debajo de una túnica larga y suelta *kameez* los hombres y mujeres pastunes).

Sim Sit: situación simulada.

SOCOM: Mando de Operaciones Especiales.

SOCPAC: Mando de Operaciones Especiales, Pacífico.

SOF: *special operations forces*. Fuerzas de Operaciones Especiales.

SOP: *standard operating procedure*. Procedimiento operativo estándar.

SOUTHCOM: Mando Sur.

SPETSNAZ: Fuerzas Especiales rusas.

SSE: *sensitive site exploration*. Exploración sensible de enclave. Registro lento y concienzudo de un lugar.

terp: intérprete.

TOC: *tactical operations Center*. Centro de operaciones tácticas. Puesto de mando donde personal general y especial dirige operaciones de apoyo.

trishaw: en Asia, vehículo ligero de tres ruedas con tracción a pedales que se usa para transportar pasajeros o mercancías.

UH-69 Black Hawk: helicóptero primario de línea del frente del Ejército de Tierra de Estados Unidos, que se utiliza para asaltos aéreos, transporte de carga y tropa, guerra electrónica y evacuación médica. Sucesor del UH-1 Huey.

UHF: *ultra-high frequency*. Frecuencia (de radio) ultraalta.

UH-ID Huey: helicóptero de ataque y transpone del Ejército de Tierra estadounidense utilizado en grandes cantidades durante la guerra de Vietnam.

UH-IN Huey: helicóptero cañonero del Ejército de Tierra y los Marines estadounidenses.

USAID: *United States Agency for International Development.* Agencia Estadounidense para el Desarrollo Internacional.

UW: *unconventional warfare.* Guerra no convencional.

wadi: en las regiones áridas del sudoeste asiático y África del norte, cauce de un río que permanece seco salvo en la estación de las lluvias.

yambia: daga de doble filo y muy adornada con la hoja curva que llevan al cinto los varones yemeníes.

yihad: guerra santa islámica.

Zodiac: bote inflable.

zulú 18: sargento de equipo de las Fuerzas Especiales estadounidenses responsable de su grupo. Tiene el rango de «sargento maestro».



ROBERT D. KAPLAN (Nueva York, 1952) es periodista, analista geopolítico, viajero y escritor. Redactor y colaborador habitual en prensa especializada y otros medios, ha trabajado como corresponsal en diversos países durante más de dos décadas, ha sido profesor de Seguridad Nacional en la Academia Naval de Annapolis y miembro del consejo asesor del Departamento de Defensa estadounidense. Gracias a sus ensayos sobre relaciones internacionales y el poder en Estados Unidos, la revista *Foreign Policy* lo ha incluido en la lista de los «Top 100 Global Thinkers» en dos ocasiones. Entre sus obras destacan *Fantasma balcánico*, *La anarquía que viene* y *El retorno de la antigüedad*, así como su fundamental *La venganza de la geografía*.

Notas

[a1] El Departamento de Utah incluía zonas de los actuales Colorado y Nevada; el Departamento de California englobaba Arizona; Oregón incorporaba a Washington e Idaho, y el Oeste, la mayor parte de las Grandes Llanuras centrales y septentrionales. <<

[a2] El término «profesionales discretos» fue acuñado por el comandante de las Fuerzas Especiales del Ejército de Tierra, el general de división Leroy Suddath, en la década de 1980. <<

[a3] Para una crónica nostálgica en primera persona de las operaciones indias en las Grandes Llanuras entre las guerras Mexicana y civil, véase Percival G. Lowe: *Five Years a Dragoon ('49 to '54)*; 1906; reedición Norman, University of Oklahoma Press, 1965. <<

[a4] «La carga del hombre blanco» fue un poema escrito por Kipling para instar a Estados Unidos a que intervinieran en Filipinas en 1899. Se trata en esencia de un poema idealista, aunque a menudo se lo haya citado fuera de contexto. <<

[a5] Véase la lacónica descripción que hizo N. Scott Momaday del ideal guerrero en *Edward S. Curtís and the North American Indian*, Simón & Schuster, Nueva York, 2000; p. 10. Momaday no se refería a la obra de Remington, sino a la del fotógrafo Curtís. Es un hecho anecdótico pero interesante el que los miembros de la 101 División Aerotransportada, al prepararse para su lanzamiento en paracaídas del Día D, se raparan al estilo de los mohawks y se aplicaran pinturas de guerra en la cara (Museo de Operaciones Especiales Aerotransportadas, Fayetteville, Carolina del Norte). <<

[a6] El historiador británico Niall Ferguson, en una referencia a la posición de Estados Unidos en el mundo en los albores del siglo XXI, lo expresa de otra manera: «Es posible que la tecnología del dominio en ultramar haya cambiado; puede que los acorazados hayan dado paso a los F-15. Sin embargo, guste o no y lo niegue quien lo niegue, el imperio es una realidad tan presente hoy en día como lo fue a lo largo de los trescientos años en los que Gran Bretaña dominó, y construyó, el mundo moderno.» Niall Ferguson: *Empire: The Rise and Demise of the British World Order and the Lessons for Global Power*, Basic Books, Nueva York, 2003; p. 370. <<

[1] Véase Utey, Robert M.: *Frontiersmen in Blue: The United States Army and the Indian, 1848-1865*, 1967; reimpression University of Nebraska Press, Lincoln, 1981; p. 5. <<

[2] Clark, Wesley K.: *Waging Modern War: Bosnia, Kosovo, and the Future of Conflict*; Public Affairs, Nueva York, 2001; p. 86. Otrosí, el término «cabo estratégico» fue acuñado por el general de Marines Charles Krulak en 1999.
<<

[3] Gruen, Eric S.: *The Hellenistic World and the Coming of Rome*; University of California Press, Berkeley, 1984; p. 7. Gruen comenta un ensayo de Paul Veyne sobre el imperialismo romano. Morris, James (ahora Jan): *Farewell the Trumpets: An Imperial Retreat*; Harcourt Brace, Nueva York, 1978; p. 91. <<

[4] Gruen: *Hellenistic World and the Coming of Rome*; pp. 286-287. <<

[5] Hutchins, Francis G: *The Illusion of Permanence: British Imperialism in India*; Princeton University Press, Princeton NJ, 1967; p. 196. <<

[6] De Voto, Bernard: *The Course of Empire*; 1952; reimpresión American Heritage, Nueva York, 1980; p. 228. <<

[7] *Ibid.* De Voto, Bernard: *The Course of Empire*; 1952; reimpresión American Heritage, Nueva York, 1980; p.228. TEXTO_ADICIONAL: p. 266. <<

[8] Utley, Robert M.: *Frontier Regulars: The United States Army and the Indian, 1866-1891*; University of Nebraska Press, Lincoln, 1973; p. 172. <<

[9] International Institute for Strategic Studies (Londres): *U.S. News & World Report*; 6 de octubre, 2003; y Victoria Thompson, investigadora asociada, Council on Foreign Relations, en Boot, Max: «Bush Funding Request Would Keep Iraq on Recovery Road»; *USA Today*, 29 de septiembre, 2003. <<

[10] Farwell, Byron: *Mr. Kipling's Army: All the Queen's Men*; Norton, Nueva York, 1981; p. 115. Cohen, Eliot A.: «Why the Gap Matters»; *The National Interest*, otoño, 2000. <<

[11] Keegan, John: *Six Armies in Normandy: From D-Day to the Liberation of Paris*; Viking Penguin, Nueva York, 1982; p.24 (*Seis ejércitos en Normandía*; Ejército de Tierra, Estado Mayor, Servicio de Publicaciones, Madrid, 1990). Kaplan, Robert D.: «Fort Leavenworth and the Eclipse of Nationhood»; *The Atlantic Monthly*, septiembre, 1996, p. 86. Keegan, John: *Fields of Battle: The Wars for North America*, Knopf, Nueva York, 1996; capítulo 5, «Forts on the Plains». <<

[12] *Ibid.* Keegan, John: *Six Armies in Normandy: From D-Day to the Liberation of Paris*; Viking Penguin, Nueva York, 1982; p. 24 (*Seis ejércitos en Normandía*; Ejército de Tierra, Estado Mayor, Servicio de Publicaciones, Madrid, 1990). Kaplan, Robert D.: «Fort Leavenworth and the Eclipse of Nationhood»; *The Atlantic Monthly*, septiembre, 1996, p. 86. Keegan, John: *Fields of Battle: The Wars for North America*, Knopf, Nueva York, 1996; capítulo 5, «Forts on the Plains». TEXTO_ADICIONAL: p.270. <<

[13] Churchill, Winston S.: *The Story of the Malakand Field Force: An Episode of Frontier War*, 1898; reimpresión Barnes & Noble, Nueva York, 1993; p. 3. <<

[14] Citado en Utley, Robert M. y Wilcomb E. Washburn: *The Indian Wars*, American Heritage, Nueva York, 1977; p. 165. <<

[15] Dippie, Brian W: *The Frederic Remington Art Museum Collection*, Frederic Remington Art Museum, Ogdensburg (NY), 2001; p. 13. <<

[16] *Ibid.* Dippie, Brian W: *The Frederic Remington Art Museum Collection*, Frederic Remington Art Museum, Ogdensburg (NY), 2001; p. 13. <<

[17] De Voto: *Course of Empire*, p. 266. <<

[18] Howard, Michael: *La invención de la paz: reflexiones sobre la guerra y el orden*, Salvat, Barcelona, 2001. <<

[19] Howard, Michael: *The Invention of Peace: Reflections on War and International Order*, Yale University Press, New Haven (CT), 2000; p. 8 (*La invención de la paz: reflexiones sobre la guerra y el orden*, Salvat, Barcelona, 2001). <<

[20] *Ibid.* Howard, Michael: *The Invention of Peace: Reflections on War and International Order*, Yale University Press, New Haven (CT), 2000; p. 8 (*La invención de la paz: reflexiones sobre la guerra y el orden*, Salvat, Barcelona, 2001). TEXTO_ADICIONAL: pp. 28-29. <<

[21] Hinderaker, Eric: *Elusive Empires: Constructing Colonialism in the Ohio Valley, 1673-1800*, Cambridge University Press, Nueva York, 1997; p. XI. Véase también Anderson, Fred: *Crucible of War: The Seven Years' War and the Fate of Empire in British North America, 1734-1766*, Knopf, Nueva York, 2000; p. XXI. <<

[22] Norwich, John Julius: *A History of Venice*; Vintage, Nueva York, 1982; pp. 282-283,508,594 (*Historia de Venecia*; Al-Andalus y el Mediterráneo, Granada, 2003). <<

[23] Work, Robert, Center for Strategic and Budgetary Assessments, informe sobre las bases estadounidenses en el extranjero, Washington, D. C., 19 de junio, 2003. Este pasaje se basa en su análisis. <<

[24] *Ibid.* Work, Robert, Center for Strategic and Budgetary Assessments, informe sobre las bases estadounidenses en el extranjero, Washington, D. C., 19 de junio, 2003. Este pasaje se basa en su análisis. <<

[a1] Estimaciones del Banco Mundial. <<

[a2] Para una crónica con pelos y señales de la incompetencia militar de la ONU en Sierra Leona, véase Damien Lewis: *Operation Certain Death*; Century, Londres, 2004. <<

[1] Geniesse, Jane Fletcher: *Passionate Nomad: The Life of Freya Stark*; Random House, Nueva York, 1999; pp. 167-169 (*La nómada apasionada: la historia de Freya Stark, la última gran viajera*; Planeta, Barcelona, 2001). Ruthven, Malise: *Freya Stark in Southern Arabia*; Garnet, Reading (Reino Unido), 1995; p. 19. Stark, Freya: *The Southern Gates of Arabia: A Journey in the Hadramaut*; Murray, Londres, 1936. Véanse sus agradecimientos. <<

[2] Churchill, Winston S.: *The Story of the Malakand Field Force: An Episode of Frontier War*, 1898; reimpresión Barnes & Noble, Nueva York, 1993; p. 103. <<

[3] Véase mi crónica «Supremacy by Stealth», *The Atlantic Monthly*, julio/agosto 2003. <<

[4] *The Economist: World in Figures*, 2001. <<

[5] Stark, Freya: *The Southern Gates of Arabia*; Modern Library, Nueva York, 2001; p. 6. <<

[6] Jenner, Michael: *Yemen Rediscovered*; Longman, Londres, 1983; p. 56. <<

[7] Morris, James (ahora Jan): *Farewell the Trumpets: An Imperial Retreat*; Harcourt Brace, Nueva York, 1978; p. 317; Ruthven: *Freya Stark in Southern Arabia*; p. 9. <<

[8] Ruthven: *Freya Stark in Southern Arabia*; p. 9. <<

[9] Ricklefs, M. C.: *A History of Modern Indonesia Since c. 1200*; Stanford University Press, Stanford (CA), 1981; p. 89. <<

[10] Yourcenar, Marguerite: *Memoirs of Hadrian*; 1951; reedición Noonday, Nueva York, 1990; p. 109 {*Memorias de Adriano*; Edhasa, Barcelona, 2005).
<<

[a1] En la comunidad de Operaciones Especiales no servían mujeres. <<

[a2] Véase Richard H. Shultz Jr.: *The Secret War Against Hanoi: The Untold Story of Spies, Saboteurs and Covert Warriors in North Vietnam*; HarperCollins, Nueva York, 1999; nota a pie de página 6, para un lúcido análisis de los problemas de la guerra no convencional en Vietnam y del atractivo que Kennedy veía en ella. <<

[a3] México lo cubre el Mando Norte. <<

[a4] El SOUTHCOM aportó un Equipo de Adiestramiento Móvil de quince hombres de las Fuerzas Especiales para instruir a un batallón de tropas de asalto bolivianas que mató a Guevara. Guevara albergaba la esperanza de que Estados Unidos respondiera con una intervención gringa masiva; en realidad, la respuesta de Washington fue mesurada. La compañía de Guevara cometió el error adicional de intentar reclutar indios nativos bolivianos cuyos idiomas quechua y aimara no hablaban. Véase John D. Waghelstein: «Ruminations of a Pachyderm or What I Learned in the Counter-Insurgency Business»; *Small Wars and Insurgencia*; Winter, Londres, 1944; p. 362. <<

[a5] La operación de las Fuerzas Especiales en El Salvador no fue sin duda un éxito absoluto, como tampoco muchos aspectos de la guerra de Vietnam supusieron un fracaso. Además, el límite impuesto por el Congreso de 55 instructores de las SF a la vez —reflejo del síndrome de Vietnam— no siempre se respetó; en realidad, la cifra real sobre el terreno a menudo fue superior. Aun así, se trataba de un número sumamente pequeño. El enfoque que Estados Unidos aplicó en El Salvador demostró que, por mucha ayuda que se conceda a un aliado apurado en una guerra pequeña, a la larga la asistencia militar y humanitaria debe contenerse dentro de unos límites razonablemente estrictos, de tal modo que siga siendo el aliado quien la gane o la pierda. <<

[a6] Por motivos diplomáticos, resultaba políticamente inaceptable que el SOUTHCOM dispusiera de una base de operaciones avanzadas en el interior de Colombia. En consecuencia, se trataba técnicamente del cuartel general de un batallón y no de un FOB, aunque así era como todo el mundo lo llamaba. <<

[a7] Douglas Porch, profesor de estrategia del Colegio Naval de Guerra, en su prólogo de 1996 a Coronel C. E. Callwell: *Small Wars: Their Principles and Practice*; 1896, reimpresión de University of Nebraska Press, Lincoln, observa que un rasgo clave del imperialismo es el uso de ejércitos de países anfitriones o «clientes» en lugar del propio. <<

[a8] Según el *The Economist*, «cuanto más tradicionalista es una región, más posibilidades tiene de enviar a sus jóvenes al Ejército. El sur a grandes rasgos republicano y favorable a las armas aporta muchos más soldados que el nordeste demócrata, tanto en términos absolutos como en porcentajes de población. Es ocho veces más probable que un tejano vaya de uniforme que un neoyorquino». 22 de marzo de 2003, p. 28. <<

[a9] A. J. Simons: *The Company They Keep: Life Inside the U.S. Army Special Forces*; Free Press, Nueva York, 1997; pp. 189-190. El autor escribe que algunas familias de suboficiales viven en remolques y en invierno sólo encienden la calefacción por la noche. «Otros se calentaban con madera que cortaban ellos mismos.» <<

[a10] Aunque los acontecimientos lo hayan dejado desfasado, cuatro tenientes coroneles del Ejército elaboraron un incisivo análisis sobre lo que tuvo éxito en El Salvador y lo que no; Bacevich A. J., James D. Hallums, Richard H. White y Thomas F. Young: *American Military Policy in Small Wars: The Case of El Salvador*, Pergamon-Brassey's, Washington, 1988; véase la página 25 para lo relativo al descenso de asesinatos políticos. Los medios de comunicación y el Departamento de Estado, a ojos de muchos agentes de las Fuerzas Especiales a los que entrevisté, exigen una ausencia absoluta de violaciones de derechos humanos, de tal modo que un solo incidente puede deslegitimar el esfuerzo entero de muchos años. De acuerdo con las Fuerzas Especiales, se trata de un rasero irrazonablemente alto que se contradice con el enfoque gradualista adoptado por los medios de comunicación y el Departamento de Estado al respecto de la implantación de la democracia y el libre mercado. <<

[a11] Véase el perspicaz comentario de David Brook sobre el reducido sentido individualista en la parte de Estados Unidos que votó a George Bush en las elecciones de 2000: «One Nation, Slightly Divisible», *The Atlantic Monthly*, diciembre de 2001, p. 63. <<

[a12] «Humvee» es, en realidad, otro acrónimo: *high mobility multi-wheeled vehicle*, «vehículo multirruedas de alta movilidad». <<

[a13] Éste es uno de los temas de *The Secret War Against Hanoi*, de Shultz. <<

[1] El general Shachnow más tarde publicaría su autobiografía, con Jann Robbins: *Hope and Honor*; Doherty, Nueva York, 2004. <<

[2] Livio, Tito: *History of Rome*; Loeb Classical Library, Cambridge (MA), 1938; 42.34 *Historia de Roma desde su fundación*; Gredos, Madrid. <<

[3] Simons, A. J.: *The Company They Keep: Life Inside the U.S. Army Special Forces*; Free Press, Nueva York, 1997; p. 29. <<

[4] Bank, Aaron (coronel): *From OSS to Green Berets: The Birth of Special Forces*; Simon & Schuster, Nueva York, 1986; pp. 25, 74. <<

[5] Priest, Dana: *The Mission: Waging War and Keeping Peace with America's Military*; Norton, Nueva York, 2003; p. 135. <<

[6] *Public Papers of the Presidents of the United States*; U.S. Government Printing Office, Washington, D.C., 1962; p. 453. Citado en Shultz Jr., Richard H.: *The Secret War Against Hanoi: The Untold Story of Spies, Saboteurs, and Covert Warriors in North Vietnam*; HarperCollins, Nueva York, 1999; p. 270.
<<

[7] Simons: *The Company They Keep*; p. 215. <<

[8] Bacevich, A. J., James D. Hallums, Richard H. White y Thomas F. Young: *American Military Policy in Small Wars: The Case of El Salvador*; Pergamon-Brassey's, Washington, D.C., 1988; p. 16. <<

[9] Rosen, Stephen Peter: «An Empire, If You Can Keep It»; *National Interest*, primavera, 2003; Luttwak, Edward: *The Grand Strategy of the Roman Empire: From the First Century A.D. to the Third*; Johns Hopkins University Press, Baltimore, 1976. <<

[10] Asmus, Barry: *The Best Is Yet to Come*; Ameripress, Atlanta, 2001; p. 97.

<<

[11] Bacevich et al.: *American Military Police in Small Wars*; p. 25. <<

[12] Safford, Frank y Marco Palacios: *Colombia: Fragmented Land, Divided Society*; Oxford University Press, Nueva York, 2002; p. 360. <<

[13] Núñez, Joseph R. (coronel): *Fighting the Hobbesian Trinity in Colombia: A New Strategy for Peace*; U.S. Army War College, Carlisle (PA), 2001; p. 31. <<

[14] United States Army Infantry School, Fort Benning, Georgia: *Ranger Handbook*, julio de 1992, pp. 6-31,6-35. <<

[15] van Creveld, Martin: *The Art of War: War and Military Thought*; Cassell, Londres, 2000; p. 25. <<

[16] *Journal of Special Warfare*, octubre, 1993. <<

[17] Conrad, Joseph: *Nostromo: A Tale of the Seaboard*; 1904; reedición Penguin, Middlesex (Reino Unido), 1963; p.195 (*Nostromo: relato del litoral*; Alianza, Madrid, 2004). <<

[18] Safford y Palacios: *Colombia*; p. 7. <<

[19] *Ibid.* Safford y Palacios: *Colombia*; p. 7. TEXTO_ADICIONAL: p, 278.
<<

[20] Guillermprieto, Alma: *Looking for History: Dispatches from Latin America*; Pantheon, Nueva York, 2001; p. 52. <<

[21] Bowden, Mark: *Killing Pablo*; Atlantic Monthly Press, Nueva York, 2001; p. 11 (*Matara Pablo Escobar*, RBA, Barcelona, 2001). <<

[22] Stewart, Richard W. (historiador del USASOC): «Special Forces in El Salvador, 1980-1992: A Synopsis»; John F. Kennedy Special Warfare Center and School, Fort Bragg, Carolina del Norte, p. 5. <<

[23] «El Salvador: Military Assistance Has Helped Counter but Not Overcome the Insurgency; Report to the Honorable Edward M. Kennedy, U.S. Senate»; General Accounting Office, Washington, D.C., 23 de abril, 1991; pp. 3,4,26,21. <<

[24] Ambrose, Stephen E.: *Band of Brothers: E Company, 506th Regiment, 101st Airborne from Normandy to Eagle's Nest*; Simon & Schuster, Nueva York, 1992 (*Hermanos de sangre: desde Normandía hasta el nido del águila de Hitler*, Salvat, Barcelona, 2002). <<

[25] Strategic Forecasting LLC: «Colombia: Growing Crisis in Africa?»; 30 de enero, 2003. <<

[26] «Security in Venezuela: A Lack of Clarity on Terror»; *The Economist*, 22 de marzo, 2003. <<

[27] Robinson, Linda: «Terror Close to Home: In Oil-Rich Venezuela, a Volatile Leader Befriends Bad Actors from the Midleat, Colombia and Cuba», *U.S. News & World Report*, 6 de octubre, 2003. <<

[28] *Ranger Handbook*, sección 5-11. <<

[29] *Ibid. Ranger Handbook*, sección 5-11. TEXTO_ADICIONAL: secciones 6-19,6-20. <<

[a1] Entre ellos se contaba mi colega del *The Atlantic Monthly*, Michael Kelly, que dio su vida por la causa. Empotrado en el 3.º de Infantería, murió el 3 de abril de 2003 a las afueras de Bagdad. <<

[a2] [a23]El SRAG, o síndrome respiratorio agudo grave, sembró el pánico en Asia durante la primavera de 2003. El Centro para el Control y Prevención de Enfermedades de Atlanta dijo que las máscaras ofrecían apenas una contribución mínima, pero aun así las autoridades mongolas insistieron en que todo el mundo las llevara. <<

[a3] Las boinas negras fueron introducidas por el entonces jefe del Estado Mayor del Ejército, Eric Shinseki. <<

[a4] Al final, la predicción se demostró correcta en el caso de la operación Libertad para Irak, pero no para la insurgencia que la siguió. <<

[a5] Según las informaciones, en 2003 la composición étnica de la ciudad siberiana de Chita, al nordeste de Mongolia, era china en un 40 por ciento. <<

[a6] Al término del mando de Zinni lo sucedió el general del Ejército de Tierra Tommy Franks. <<

[a7] Con todo, hay que decir que Fleming no era manco en lo tocante a la caza. Gran parte de lo que comió en su travesía a través de China lo había abatido él mismo. Su trágica muerte sobrevendría en un accidente de caza en Escocia, a la edad de sesenta y cuatro años. <<

[1] La principal fuente de trasfondo histórico para este capítulo es Grousset, René: *The Empire of the Steppes: A History of Central Asia*, 1939; reedición Rutgers University Press, New Brunswick (NJ), 1970 (*El imperio de las estepas: Atila, Gengis Kan, Tamerlan*; Edaf, Madrid, 1991). <<

[2] Batbayar, B. (Baabar): *History of Mongolia*; University of Cambridge, Mongolia and Inner Asia Studies Unit, Cambridge (Reino Unido), 1999; p. 8.
<<

[3] Grousset: *Empire of the Steppes*; p. XXIX. <<

[4] *Ibid.* Grousset: *Empire of the Steppes*; p. XXIX. <<

[5] *Ibid.* Grousset: *Empire of the Steppes*; p. XXIX. TEXTO_ADICIONAL:
p. XXIV. <<

[6] Batbayar: *History of Mongolia*; p. 29. <<

[7] Gibbon, Edward: *The Decline and Fall of the Roman Empire* vol 6., 1776-88; Knopf, Nueva York, 1994; cap.64, parte 3 (*Historia de la decadencia y ruina del Imperio romano*, vol. 6; Turner, Madrid, 1984). <<

[8] Grousset: *Empire of the Steppes*; p. 225. <<

[9] Moorhouse, Geoffrey: *On the Other Side: A Journey Through Soviet Central Asia*; Henry Holt, Nueva York, 1990; también mencionado en mi libro *Eastward to Tartary: Travels in the Balkans, the Middle East, and the Caucasus*; Random House, Nueva York, 2000. <<

[10] Gibbon: *Decline and Fall of the Roman Empire*, vol. 6, cap. 64. <<

[11] *Ibid.* Gibbon: *Decline and Fall of the Roman Empire*, vol. 6, cap. 64.
TEXTO_ADICIONAL: parted. <<

[12] Batbayar: *History of Mongolia*; p. 32. <<

[13] Grousset: *Empire of the Steppes*; pp. 256-257. <<

[14] Gibbon: *Decline and Fall of the Roman Empire*; vol. 6, cap. 64, parte 4.
<<

[15] Grousset: *Empire of the Steppes*; p. 280. <<

[16] Presentación de 1995 de David Lattimore a Lattimore, Owen: *The Desert Road to Turkestan*; Little, Brown, Boston, 1929. <<

[17] Lattimore, Owen: *Studies in Frontier History: Collected Papers, 1928-1958*; Oxford University Press, Londres, 1962; p. 14. <<

[18] Véanse los capítulos sobre el Barón Loco, y la bibliografía, en Hopkirk, Peter: *Setting the East Ablaze: Lenin's Dream of an Empire in Asia*; Murray, Londres, 1984. También Maclean, Fitzroy: *To the Back and Beyond*; Little, Brown, Boston, 1975, y Gallenkamp, Charles: *Dragon Hunter: Roy Chapman Andrews and the Central Asiatic Expeditions*; Viking Penguin, Nueva York, 2001; pp. 123-124 (*El cazador del desierto*; Mondadori, Barcelona, 2002). <<

[19] Hopkirk: *Setting the East Ablaze*; Kodansha, Nueva York, 1995; p. 137.

<<

[20] Véase la biografía de Gallenkamp, *El cazador del desierto*. <<

[21] Farwell, Byron: *The Gurkhas*; Norton, Nueva York, 1990; pp. 12,51. <<

[22] Chapman Andrews, Roy: *Across Mongolian Plains: A Naturalist's Account of China's Great Northwest*; Fredonia, Amsterdam (Raíces Bajos), 2001; pp. 62-63. <<

[23] Tuchman, Barbara W.: *Stilwell and the American Experience in China, 1911-1945*; Macmillan, Nueva York, 1970; p. 185. Además, Stilwell no fue el único que hizo esa observación. Lo mismo dijo Owen Lattimore en la primera página de *Nomads and Commissars: Mongolia Revisited*; Oxford University Press, Nueva York, 1962. <<

[24] Fleming, Peter: *News from Tartary: A Journey from Peking to Kashmir*; 1936; reimpresión Northwestern University Press, Evanston (IL), 1999; p. 18 (*Noticias de Tartaria: viaje desde Pekín hasta Cachemira*; Península, Barcelona, 1999). <<

[25] Gallenkamp: *Dragon Hunter*, p. 141. <<

[26] Chapman Andrews: *Across Mongolian Plains*; p. 5. <<

[27] *Ibid.* Chapman Andrews: *Across Mongolian Plains*; p. 5.
TEXTO_ADICIONAL: p. 8. <<

[28] Lattimore: *The Desert Road to Turkestan*; p. 101. <<

[29] Tuchman: *Stilwell and the American Experience in China*; pp. 88-89. <<

[30] Fleming: *News from Tartary*; p. 252. <<

[31] Rashid, Ahmed: *Jihad: The Rise of Militant Islam in Central Asia*; Yale University Press, New Haven (CT), 2002; p. 95 (*Yihad: el auge del islamismo en Asia central*; Peninsula, Barcelona, 2002). <<

[32] Además de Rashid, véase Akiner, Shirin: *Tajikistan: Disintegration or Reconciliation?*; Royal Institute of International Affairs, Londres, 2001. <<

[33] Lattimore: *The Desert Road to Turkestan*; p. 149. <<

[34] Chapman Andrews: *Across Mongolian Plains*; p. 186. <<

[35] Polo, Marco: *The Travels of Marco Polo*; Library Publications, Nueva York; p. 57 (*Viajes*; Espasa-Calpe, Pozuelo de Alarcón, 2003). <<

[36] Lattimore: *Nomads and Commissars*; p. 16. <<

[a1] El general de división de marines Holland McTyeire (*Howling Mad*, «Loco de Atar») Smith es el padre del adiestramiento anfibio de las Fuerzas Armadas estadounidenses. Antes de que estallara la Segunda Guerra Mundial, el general oriundo de Alabama previó la necesidad de que los soldados y marines de su país desembarcaran en playas enemigas bajo fuego hostil. Véase Sherrod, Robert: *Tarawa: The Story of a Battle*; Duell, Sloan and Pearce, Nueva York, 1944; pp. 133-134. <<

[a2] Desde luego, el nordeste posee instalaciones militares: la base de las Fuerzas Aéreas de Hanscom en Portsmouth, New Hampshire; el Soldier Systems Center de Natick, Massachusetts; la Academia Militar de West Point, Nueva York; la Escuela de la Marina de Guerra de Newport, Rhode Island, etc. Pese a ello, no existe instalación militar en el nordeste que sirva de hogar para millares de soldados uniformados y sus familias, y ninguna ha generado una comunidad de ex soldados retirados, como ha sucedido con las bases del interior y el sur. <<

[a3] El secretario de Defensa Donald Rumsfeld consideraba irrelevante ese desequilibrio, con el argumento de que las tropas, dondequiera que estuviesen, le pertenecían a él y al presidente, que las desplazaban como creyeran más oportuno. Sin embargo, fuera de Washington, resultaba pasmosa la actitud de propiedad exclusiva con la que los diferentes mandos de zona se referían a sus tropas. Además, la tesis de Rumsfeld presuponía un secretario de Defensa poderoso, además de un presidente volcado en todo momento en asuntos militares. Como demostraron los años 90, un secretario de Defensa menos enérgico sumado a un presidente distraído permitían que algunos comandantes de zona se convirtieran en barones dentro de sus teatros de operaciones. <<

[a4] Aunque la península de Corea recaía técnicamente bajo su propio mando separado del PACOM, era la pieza central de cualquier estrategia regional. <<

[a5] También era testimonio de que bajo el dominio de los españoles la administración de Filipinas a menudo se subcontractaba a mexicanos. <<

[a6] De hecho, una naviera china era la titular del contrato para gestionar los puertos de ambos lados del canal de Panamá. <<

[a7] El ministro de Exteriores Ople murió pocos meses después de que lo conociera. <<

[a8] SEAL: *Sea, Air, and Land* («Mar, Aire y Tierra»), el equivalente en la Marina a la Fuerza Delta. SAS: Special Air Service («Servicio Aéreo Especial»), un equipo de comandos de elite. <<

[a9] Ramón Magsaysay fue ministro filipino de Defensa Nacional y más tarde presidente del país. A principios de la década de 1950, con la ayuda de un programa estadounidense de acción encubierta, organizó una fructífera campaña de contrainsurgencia contra la guerrilla comunista Huk en Luzón.
<<

[a10] Más adelante las Fuerzas Armadas filipinas localizaron a Al Ghazi y lo mataron. <<

[1] McAllister Linn, Brian: *Guardians of Empire: The U.S. Army and the Pacific, 1902-1940*; University of North Carolina Press, Chapel Hill, 1997; pp. 51,65, 68, 73, 115, 185,248,253. <<

[2] Jones, James: *From Here to Eternity*, 1951; reimpresión Delta, Nueva York, 1998; pp. 15-17,492 {*De aquí a la eternidad*; Plaza & Janés, Barcelona, 1992). <<

[3] GlobalSecurity.org, reimpreso en *The Atlantic Monthly*, julio/agosto, 2003.
<<

[4] Boot, Max: *The Savage Wars of Peace: Small Wars and the Rise of American Power*, Basic Books, Nueva York, 2002; p. 55. Este libro ofrece el mejor compendio de la expansión imperialista por parte de Estados Unidos en pequeños conflictos ante todo marítimos, además de una muy necesaria revisión sobre las guerras de Filipinas y Vietnam. <<

[5] *Ibid.* Boot, Max: *The Savage Wars of Peace: Small Wars and the Rise of American Power*, Basic Books, Nueva York, 2002; p. 55. Este libro ofrece el mejor compendio de la expansión imperialista por parte de Estados Unidos en pequeños conflictos ante todo marítimos, además de una muy necesaria revisión sobre las guerras de Filipinas y Vietnam. TEXTO_ADICIONAL: caps. 2, 3. <<

[6] Karnow, Stanley: *In Our Image: America's Empire in the Philippines*; Random House, Nueva York, 1989. <<

[7] McAllister Linn, Brian: *The U.S. Army and Counter-Insurgency in the Philippine War, 1899-1902*; The University of North Carolina Press, Chapel Hill, 1989; p. 27. Welch, Richard C.: *Response to Imperialism: The United States and the Philippine-American War, 1899-1902*; University of North Carolina Press, Chapel Hill, 1979; pp. 133-147. <<

[8] Boot: *Savage Wars of Peace*; p. 128. <<

[9] Tan, Samuel K.: *The Filipino-American War, 1899-1913*; University of the Philippines Press, Quezon, 2002; p. 248. <<

[10] Para lo relativo a los detalles de la guerra, me he basado mucho en Linn: *The U.S. Army and Counter-Insurgency in the Philippine War*, además de en Boot, Karnow y otras fuentes. <<

[11] Taft Papers, serie 21, carta fechada el 14 de julio, 1900; Linn: *The U.S. Army and Counter-Insurgency in the Philippine War*, p. 22. <<

[12] Linn: *The U.S. Army and Counter-Insurgency in the Philippine War*, p. 46. <<

[13] *Ibid.* Linn: *The U.S. Army and Counter-Insurgency in the Philippine War*, p. 46. TEXTO_ADICIONAL: p. 57. <<

[14] *Ibid.* Linn: *The U.S. Army and Counter-Insurgency in the Philippine War*, p. 46. TEXTO_ADICIONAL: p. 7 h. <<

[15] *Ibid.* Linn: *The U.S. Army and Counter-Insurgency in the Philippine War*, p. 46. TEXTO_ADICIONAL: p. 5. <<

[16] *Ibid.* Linn: *The U.S. Army and Counter-Insurgency in the Philippine War*, p. 46. TEXTO_ADICIONAL: p. 170. <<

[17] Boot: *Savage Wars of Peace*; p. 125. <<

[18] Karnow: *In Our Image*; p. 197. <<

[19] Boot: *Savage Wars of Peace*; p. 127. <<

[20] Karnow: *In Our Image*; p. 197. <<

[21] Tan: *The Filipino-American War*, p. 256. <<

[22] *Ibid.* Tan: *The Filipino-American War*, p. 256. <<

[23] Fallows, James: «A Damaged Culture», *The Atlantic Monthly*, noviembre, 1987, pp. 49-58. <<

[24] Karnow: *In Our Image*; p. 14. <<

[25] McKenna, Thomas: *Muslim Rulers and Rebels: Everyday Politics and Armed Separatism in the Southern Philippines*; University of California Press, Berkeley, 1998; pp. 80-81. <<

[26] *Ibid.* McKenna, Thomas: *Muslim Rulers and Rebels: Everyday Politics and Armed Separatism in the Southern Philippines*; University of California Press, Berkeley, 1998; pp. 80-81. TEXTO_ADICIONAL: p. 85. Véase también Tan: *The Filipino-American War*, pp. 192, 200. <<

[27] Linn: *Guardians of Empire*; pp. 35-36. <<

[28] Tan: *The Filipino-American War*, p. 177. <<

[29] McKenna: *Muslim Rulers and Rebels*; pp. 43, 44, 104,112, 143, 144. <<

[30] Bonner, Raymond: «Philippine Camps Are Training Al Qaeda's Allies, Officials Say», *The New York Times*, 31 de mayo, 2003. <<

[31] Véase Ressa, Maria A.: *Seeds of Terror: An Eyewitness Account of Al-Qaeda's Newest Center of Operations in Southeast Asia*; Free Press, Nueva York, 2003. <<

[32] Priest, Dana: *The Mission: Waging War and Keeping Peace with America's Military*, Norton, Nueva York, 2003; p. 367. <<

[33] Bacevich, A. J., James D. Hallums, Richard H. White y Thomas F. Young: *American Military Policy in Small Wars: The Case of El Salvador*, Pergamon-Brassey's, Washington, D.C., 1988; p. 40. <<

[34] Karnow: *In Our Image*; p. 302. <<

[35] Jones: *From Here to Eternity*, p. 171. <<

[36] Farwell, Byron: *Armies of the Raj: From the Great Indian Mutiny to Independence: 1858-1947*; Norton, Nueva York, 1989; pp. 59-60. <<

[37] Ferguson, Niall: *Empire: The Rise and Demise of the British World Order and the Lessons for Global Power*, Basic Books, Nueva York, 2003; p. 136.
<<

[38] Farwell, Byron: *Mr. Kipling's Army: All the Queen's Men*; Norton, Nueva York, 1981; p. 209. <<

[a1] La comparación entre el islam extremista y la ideología monolítica del comunismo soviético la expuso Bernard-Henri Levy en *¿Quién mató a Daniel Pearl?* (Tusquets, Barcelona, 2003). <<

[a2] La Fuerza de Tarea Conjunta de Despliegue Rápido fue específicamente fomentada por el asesor de seguridad nacional del presidente Carter, el «halcón» Zbigniew Brzezinski. Véase Michael R. Gordon y el general Bernard E. Trainor: *The General's War: The Inside Story of the Conflict in the Gula*, Little, Brown, Boston, 1995; p. 43. <<

[a3] William Cohén ocupó más adelante el cargo de secretario de Defensa en la segunda Administración del presidente Bill Clinton. <<

[a4] En 2003 ascendía a 5000 millones de dólares de un presupuesto total de Defensa de 364 700 millones, es decir el 1,8 por ciento. Cerca de un tercio de esos 5000 millones iba destinado a salarios. <<

[a5] La *burka* es una túnica amplia de cuerpo entero con una ranura velada para los ojos que las musulmanas devotas llevan en Afganistán y Pakistán. <<

[a6] El apoyo aéreo cercano, durante la operación Libertad Duradera de otoño de 2001, lo protagonizaron los cañoneros AC-130 Spectre, de tecnología mucho más avanzada, que eran aviones de carga convertidos. <<

[a7] En el incidente también resultaron muertos el sargento Brian Cody Prosser, de California, y el sargento de equipo, sargento maestro Jefferson Davis, de Tennessee. El libro de Robin Moore *The Hunt for Bin Laden: Task Forcé Dagger* (Random House, Nueva York, 2003) llena una laguna significativa en la cobertura de la guerra al detallar eso y mucho más. <<

[a8] El sector de Bagram donde estaba ubicada la JSOTF se llamaba «Camp Vanee», en honor del sargento de primera clase Gene Arden Vanee, un soldado de la Guardia Nacional de Virginia occidental muerto en la zona fronteriza entre Afganistán y Pakistán en mayo de 2002. <<

[a9] Véase Prólogo, p. 10. <<

[a10] *The Economist*, 22 de marzo de 2003, p. 28. (véase también nota en el capítulo 2, p. 56). En realidad, esa cifra estaba hinchada porque las leyes tributarias fomentaban que muchos soldados se declarasen residentes en esos dos estados. La verdad es que muchos más provenían de otros estados del Viejo Sur y menos de Texas y Florida. <<

[a11] En la historia del imperialismo moderno no era un fenómeno inusual. En los albores del siglo XX en el desierto del Sahara, el Ejército francés consideró necesaria una transición de «la infantería sedentaria a unas tropas móviles montadas en camello». Douglas Porch: *The Conquest of the Sahara*, Knopf, Nueva York, 1984; p. 251. <<

[a12] Los dirigentes afganos prosoviéticos Nur Mohammed Taraki, Hafizulá Amin y Nayibulá, y los cabecillas muyahidines antisoviéticos radicales Gulbuddin Hekmatiar y Rasul Sayaf eran todos guilzais, lo que llevó a un experto a señalar que en el tramo final del siglo XX el poder en Afganistán había pasado de los pastunes durrani a los guilzais. Véase Adamec, Ludwig W.: *Historical Dictionary of Afghanistan*; Scarecrow, Londres, 1997; pp. 123-124. <<

[a13] Johnston era uno de los pocos guardias nacionales del 19.º Grupo de Gardez. Como ese grupo tenía la base en Utah, sus filas estaban llenas de gente del oeste. <<

[a14] *Maulvi* es un término honorífico pastún para señalar a un imán o personaje religioso respetado. <<

[a15] Los hazara son un pueblo de origen mongol que vive en las montañas del Afganistán central y fue convertido al chiísmo hace varios siglos por los dirigentes safávidas de Irán. <<

[a16] Varias semanas después, las Fuerzas Especiales por fin obtuvieron permiso para un asalto directo al complejo de Jalani. Como formaba parte de una ofensiva más grande y convencional, quizá Jalani recibiera un chivatazo de antemano y no se lo encontró en el recinto. Los datos recabados por las Fuerzas Especiales indicaban que dentro no había no combatientes, pero sí una ametralladora pesada capaz de destruir los helicópteros estadounidenses que participaban en la misión. Trágicamente, la información era incorrecta: dentro del complejo se encontraba un grupo de niños que resultaron muertos en el ataque. Gracias a esa ofensiva, muchas personas de la zona empezaron a entregar sus alijos de armas para que las destruyeran. Entre los artículos recuperados se encontraron cinco misiles tierra-aire portátiles SA-7 completos y funcionales. <<

[a17] El término árabe, más habitual, es *qanat*. <<

[a18] En el momento de su muerte, Sweeney era candidato al ascenso a sargento de primera clase. <<

[a19] El sargento Sadler, un médico delta 18 en Vietnam, también compuso una canción, *Spit and Polish*, que se mofaba de los REMF a quien sólo importaba la apariencia de un soldado. <<

[1] Gordon, Michael R. y general Bernard E. Trainor: *The Generals' War: The Inside Story of the Conflict in the Gulf*, Little, Brown, Boston, 1995; p. XV.
<<

[2] Murray, Williamson y general de división Robert H. Scales Jr.: *The Iraq War: A Military History*, Harvard University Press, Cambridge (MA), 2003; p. 248. <<

[3] Waldman, Amy y Dexter Filkins: «Two U.S. Fronts: Quick Wars but Bloody Peace», *The New York Times*, 19 de septiembre, 2003. <<

[4] Boot, Max: *The Savage Wars of Peace: Small Wars and the Rise of American Power*, Basic Books, Nueva York, 2002; p. 293. <<

[5] Maxwell, David (teniente coronel), documento sin publicar del 1.er Grupo de las Fuerzas Especiales: «How to Fight Counter-Insurgency». <<

[6] Kaplan, Robert D.: «The Lawless Frontier: The Tribal Lands of the Afghanistan-Pakistan Border Reveal the Future of Conflict in the Subcontinent, Along with the Dark Side of Globalization»; *The Atlantic Monthly*, septiembre, 2000. <<

[7] Este párrafo y los siguientes se basan en gran medida en mi «Lawless Frontier» y mi libro sobre Afganistán y Pakistán, *Soldiers of God*; Houghton Mifflin, Boston, 1990. Véase la bibliografía de *Soldiers of God* para más información. <<

[8] Caroe, Olaf: *The Pathans, 550 B.C.-A.D. 1957*; Macmillan, Londres, 1958; p. 255. <<

[9] Kaplan: «Lawless Frontier». <<

[10] Moore, Robin: *The Hunt for Bin Laden: Task Force Dagger*, Random House, Nueva York, 2003; p. 5. <<

[11] *Ibid.* Moore, Robin: *The Hunt for Bin Laden: Task Force Dagger*, Random House, Nueva York, 2003; p. 5. TEXTO_ADICIONAL: p. 20Q. <<

[12] Cash, W. J.: *The Mind of the South*; 1941, reimpresión Vintage, Nueva York, 1991; pp. 31-34,38,43-44, 121-122. <<

[13] Dupree, Louis: *Afghanistan*; Princeton University Press, Princeton (NJ), 1973,1980; pp. 248-249. <<

[14] Callwell, C.E.: *Small Wars: Their Principles and Practice*; 1986, reimpresión University of Nebraska Press, Lincoln, 1996; p. 44. <<

[15] Kaplan: *Soldiers of God*; p. 30. <<

[16] Cash: *Mind of the South*; p. 56. <<

[17] *Ibid.* Cash: *Mind of the South*; p. 56. TEXTO_ADICIONAL: p. 57. <<

[18] Farwell, Byron: *Armies of the Raj: From the Great Indian Mutiny to Independence, 1858-1947*; Norton, Nueva York, 1989; pp. 68, 197-198. <<

[19] Hutchins, Francis G.: *The Illusion of Permanence: British Imperialism in India*; Princeton University Press, Princeton (NJ), 1967; p. 3. <<

[20] *Ibid.* Hutchins, Francis G.: *The Illusion of Permanence: British Imperialism in India*; Princeton University Press, Princeton (NJ), 1967; p. 3.
<<

[21] Farwell: *Armies of the Raj*; p. 192. <<

[22] Churchill, Winston S.: *The Story of the Malakand Field Force: An Episode of Frontier War*; 1848, reimpresión Barnes & Noble, Nueva York, 1993; pp. 203-204. <<

[23] *Ibid.* Churchill, Winston S.: *The Story of the Malakand Field Force: An Episode of Frontier War*; 1848, reimpresión Barnes & Noble, Nueva York, 1993; pp. 203-204. TEXTO_ADICIONAL: p. 104. <<

[24] *Ibid.* Churchill, Winston S.: *The Story of the Malakand Field Force: An Episode of Frontier War*; 1848, reimpresión Barnes & Noble, Nueva York, 1993; pp. 203-204. TEXTO_ADICIONAL: pp. 214-215. <<

[25] Véase Warren, Alan: *Waziristan: The Faqir of Ipi and the Indian Army: The North West Frontier Revolt of 1936-1937*; Oxford University Press, Karachi (Pakistán), 2000. <<

[26] Call well, *Small Wars*; pp. 84,115,133,136,207. <<

[a1] Como es obvio, los corresponsales de guerra —una pequeña parte de los medios— eran la excepción a esa regla. <<

[a2] Nueva Inglaterra en sentido extenso significa Nueva Inglaterra en sí más regiones del país como el Medio Oeste septentrional y sectores de la costa pacífica noroccidental que habían sido colonizados por gente de Nueva Inglaterra. Véase Michael Lind: *Vietnam: The Necessary War: A Reinterpretation of America's Most Disastrous Military Conflict*, Free Press, Nueva York, 1999. El capítulo 4 ofrece una penetrante exégesis, basada en datos estadísticos, de las divisiones religiosas, étnicas y regionales acerca de Vietnam y otras guerras estadounidenses. Si se desea un análisis más general pero no menos profundo de las discrepancias entre el Sur y el Norte en lo concerniente a asuntos militares, véase el clásico de mediados del siglo XX de Samuel P. Huntington *The Soldier and the State: The Theory and Politics of Civil-Military Relations* (Harvard University Press, Cambridge, Massachusetts, 1957), pp. 211-221. <<

[a3] Casi un año después, un estudio del Annenberg Public Policy Center concluyó que el 51 por ciento de los militares consideraba apropiado mostrar los ataúdes de soldados envueltos en la bandera: un porcentaje mucho menor, sospecho, que el de civiles de Nueva Inglaterra. Cabe destacar también que las comunidades de las Fuerzas Especiales y la Infantería de Marina tienden a ser más conservadoras que otras ramas de las Fuerzas Armadas. <<

[a4] Esa idea no era mía en exclusiva, sino que tenía su origen en los comentarios realizados por el general Geoff Lambert, ex comandante de todos los boinas verdes antes de asumir el mando del John E Kennedy Special Warfare Center. <<

[a5] La Guardia Costera era responsabilidad del flamante Departamento de Seguridad Nacional. <<

[1] Entre otros artículos, véase Greenway, H.D.S.: «Embedded with Their Satphones», *New York Times Book Review*, 23 de noviembre, 2003. <<

[2] Véase, por ejemplo, mi crítica sobre la estrategia del Ejército: «Think Global, Fight Local: Our Force Is No Longer Ligth and Lethal in Afghanistan», *The Wall Street Journal*, 19 de diciembre, 2003. <<

[3] Citado en la introducción de James Tobin a Ferrari, Michelle, ed.: *Reporting America at War: An Oral History*, Hyperion, Nueva York, 2003.
<<

[4] Lind, Michael: *Vietnam: The Necessary War: A Reinterpretation of America's Most Drastic Military Conflict*; Free Press, Nueva York, 1999; p. 115. Véase también las notas a pie de página de Lind. <<

[5] Mis experiencias en Afganistán por lo general concordaban con las de Lawrence Kaplan (ningún parentesco) en su artículo «Willpower», *The New Republic*, 8 de septiembre, 2003. <<

[6] Ricks, Thomas E.: *Making the Corps*; Touchstone, Nueva York, 1997;
p. 19. <<

[7] *Ibid.* Ricks, Thomas E.: *Making the Corps*; Touchstone, Nueva York, 1997; p. 19. <<

[8] *Ibid.* Ricks, Thomas E.: *Making the Corps*; Touchstone, Nueva York, 1997; p. 19. TEXTO_ADICIONAL: p. 64. <<

[9] Boot, Max: *The Savage Wars of Peace: Small Wars and the Rise of American Power*, Basic Books, Nueva York, 2002; p. 334. <<

[10] *Small War Manual: United States Marine Corps, 1940*; 1940, reimpresión Sunflower University Press, Manhattan (KS), 1996. <<

[11] Todas estas citas están tomadas del *Small Wars Manual*, secciones 1-6,1-7,1-8,6-1,6-2 y 6-20. <<

[a1] Se trataba de una útil simplificación. Así, por ejemplo, si bien una compañía tenía tres pelotones «titulares», a menudo existía un cuarto pelotón «de armas». Además, los equipos de fuego contaban con cuatro hombres casi tantas veces como con tres. <<

[a2] Los pelotones del Cuerpo de Marines, como los equipos A de las Fuerzas Especiales, divergían en tamaño. Con sus meros veintinueve marines, ése era un pelotón pequeño. <<

[a3] MOPP: postura de protección orientada a la misión; equipo para ataques químicos y biológicos. <<

[a4] En los encuentros de retirados, marines que se conocían de toda la vida seguían utilizando el rango para dirigirse entre ellos. <<

[a5] El sargento de armas también era el último grado del Cuerpo de Marines antes de que la estructura de mando de los suboficiales se ramificara: hacia el sargento mayor, con funciones de liderazgo, o el sargento maestro, con atribuciones técnicas. <<

[a6] El *Manual del ranger* era el libro de instrucciones para tareas individuales; su equivalente era la *Guía para marines*. El *FMFM 6-5* se concentraba en las operaciones con respecto a escuadra. <<

[a7] Esa mala reputación era en cierta medida innecesaria, porque la delincuencia estaba limitada ante todo a Nairobi. <<

[1] El trasfondo histórico y geográfico de estos párrafos está adaptado de un libro mío anterior: *Surrender or Starve: Travels in Ethiopia, Sudan, Somalia, and Eritrea*; Westview Press, Boulder (CO), 1988; reimpresión Vintage, Nueva York, 2003. <<

[2] Levine, Donald N.: *Wax and Gold: Tradition and Innovation in Ethiopian Culture*; University of Chicago Press, Chicago, 1965; p. 5. <<

[3] Kaplan, Robert D.: *Warrior Politics: Why Leadership Demands a Pagan Ethos*; Random House, Nueva York, 2001; p.116. En el capítulo 9, profundizo más en los motivos, tanto tecnológicos como históricos, que juntaban a las cadenas de mando civil y militar. <<

[4] Véase Hammer, Joshua: «Keeping the Faith», *The New Republic Online*, 2 de febrero, 2004. <<

[5] Levine: *Wax and Gold*; p. 13. <<

[6] *Ibid.* Levine: *Wax and Gold*; p. 13. TEXTO_ADICIONAL: pp. 5,17,250-251. <<

[7] *Ibid.* Levine: *Wax and Gold*; p. 13. TEXTO_ADICIONAL: pp. IX, 82,174,242,251-252,284. <<

[8] *Ibid.* Levine: *Wax and Gold*; p. 13. TEXTO_ADICIONAL: p. 76. <<

[a1] Mientras que el general de división Mattis, de dos estrellas, comandaba el elemento de combate terrestre de la I MEF, la MEF en sí estaba al mando del teniente general James T. Conway, de tres estrellas. <<

[a2] Los Marines eran una fuerza naval; los médicos de cada pelotón no eran marines sino «asistentes técnicos de la Marina», de ahí la referencia a los marineros. <<

[a3] El teniente coronel Griffith también fue galardonado con la Cruz Naval en Guadalcanal en septiembre de 1942 por su «extremo heroísmo». <<

[a4] Michael Gordon, *The New York Times*, 12 de diciembre, 2003. Gordon añade: «En la zona de Faluya, la 82.a División Aerotransportada del Ejército había sido sustituida por el 3.^{er} Regimiento de Caballería Blindada, que a su vez fue reemplazado por la 2.^a Brigada del 3.^o de Infantería, que se la devolvió al 3.^o de Caballería Blindada hasta que volvió de nuevo a la 82.^a Aerotransportada.» <<

[a5] En el momento de entregar este libro a imprenta, el artillero Bednarcik —regresado a Irak por tercera vez en la primavera de 2005— estaba gravemente herido y recuperándose en el hospital naval de Bethesda. <<

[a6] El tamaño del estado indicaba el tamaño de las diversas barricadas de cemento, donde Jersey era el más pequeño y Alaska el más grande. <<

[a7] Senador Barry Goldwater, republicano, de Arizona; diputado Bill Nickols, demócrata, de Alabama. <<

[a8] La situación era más complicada, sin embargo. Sadam, al enrolar a una cifra significativa de personas en el Ejército y contratar a muchas para sus proyectos de obras públicas, debilitó a los jeques tradicionales a la vez que los institucionalizaba. Véase Graham, Patrick: «Beyond Fallujah: A Year with the Iraqi Resistance», *Harpers*, junio de 2004. <<

[a9] Al parecer, el término «Alí Baba» lo acuñaron los soldados estadounidenses que precedieron a los marines en la zona, y los niños lo hicieron suyo. Véase Graham: «Beyond Fallujah.» <<

[a10] Varias semanas después, tras asaltar varios sectores de Faluya, la Compañía Bravo y otros elementos del 1/5 regresaron a Karma. Vivieron en la comunidad, realizaron patrullas regulares, hablaron con la gente, reunieron información y efectuaron algunos progresos hacia la recuperación de la ciudad. <<

[a11] Las Fuerzas Especiales del Ejército de Tierra llamaban NOD («dispositivos ópticos nocturnos») a los prismáticos de visión nocturna. <<

[a12] El Taller Uno era Administración, el Taller Dos Información, el Taller Cuatro Logística, etc. Todos estaban dirigidos por tenientes, salvo el Tres, que estaba al mando de un mayor, lo que reflejaba la preeminencia de Operaciones. <<

[a13] Newark pronunciado con acento en la «a», para distinguirla de Newark, Nueva Jersey. <<

[a14] Por cierto, una de las mejores exposiciones del fenómeno caciquil puede encontrarse en el clásico de 1972 de Bing West sobre Vietnam, *The Village* (Pocket Books, Nueva York, pp. 328-329): «En el distrito de Dai Loe [...] una noche de principios de noviembre el Vietcong había arrasado varias aldeas con esmero y salvajismo de asaltadores apaches, a pesar de la cercanía de un batallón de Marines. A resultas del miedo que insuflaron con ese acto, los lugareños más adelante rehusaron incluso la asistencia médica de los estadounidenses para sus heridas. Un general opinaba que el trastorno demostraba su tesis de que la gente iba con el ganador: el incidente de Dai Loe se había producido porque no se había proporcionado seguridad a las personas. “Dales seguridad —dijo— y ellos te darán información y cooperación.”» <<

[a15] La información preliminar proporcionada a los Marines en ese momento indicaba que quizás hubiera en Faluya algunos individuos que habían combatido en los lugares que Byrne mencionó. <<

[a16] El bosque de Belleau fue donde los alemanes dieron a los marines su notorio apodo, *Teufel-Hunden* (perros del Demonio). <<

[a17] A eso hay que sumar las docenas de soldados muertos y los más de 500 heridos. <<

[a18] Los artículos sobre My Lai no aparecieron hasta que las revelaciones empezaron a salir a la luz, a finales de 1969. <<

[a19] El AC-130 en particular es un magnífico activo, un avión de carga y de ataque diseñado para sobrevolar durante horas seguidas el campo de batalla transportando millares de kilos de munición para sus cañones de 25 y 40 mm. Como puede permanecer en el aire durante horas, su tripulación llega a entender el espacio de batalla, hablar con los controladores aéreos avanzados con base en tierra e implicarse de manera íntima en el combate. La Gran Fuerza Aérea no es la mayor admiradora de este avión, más bien anticuado, pero la contrainsurgencia a la vieja usanza forma parte del futuro militar estadounidense. En consecuencia, el AC-130 seguirá demostrándose más útil que algunos de los reactores de alta tecnología y demás juguetes del arsenal de las Fuerzas Aéreas. <<

[a20] Callwell, C. E.: *Small Wars: Their Principles and Practice* 1896; reedición de University of Nebraska Press, Lincoln, 1996; pp. 52-54. El hecho de que el Ejército estadounidense tuviera que adaptarse a esas frustraciones de la contrainsurgencia no deja de ser irónico, dado que la guerra de guerrillas no convencional había formado parte de la tradición militar norteamericana desde la guerra de los Siete Años a mediados del siglo XVIII. En las estribaciones occidentales de los Apalaches, los colonos ingleses organizaron unidades de infantería ligera, cazadores y batidores, a menudo pequeñas y ágiles, que trabajaron con los auxiliares indios contra los franceses y sus tribus aliadas. Esa tradición no murió, pues la propia Revolución estadounidense, por no hablar de las muchas guerras pequeñas que la siguieron, vio cómo el Ejército estadounidense combatía en el papel tanto de insurgente como de contrainsurgente. Fueron sólo las dos guerras mundiales, con su énfasis en los movimientos masivos de infantería, las que difuminaron por fin ese legado de vital utilidad y obligaron a su doloroso reaprendizaje en lugares como Afganistán e Irak. Véase Anderson, Fred: *Crucible of War: The Seven Years' War and the Fate of Empire in British North America, 1754-1766*; Knopf, Nueva York, 2000; p. 411. <<

[a21] Véase el ensayo de James Fallows de 1975 en *The Washington Monthly* «What Did You Do in the Class War, Daddy?». Describe un autobús lleno de llamados a filas de Harvard en el Astillero de Boston, armados con justificantes médicos meticulosamente manipulados para demostrar su inaptitud para el servicio, mientras que otro autobús de chavales de clase obrera procedentes de Chelsea atravesaron en un suspiro el proceso de reclutamiento. Véase también Beinart, Peter: «Two Countries», *The New Republic Online*, 5 de mayo, 2004. También está el artículo del profesor de Swarthmore James Kurth, «The Late American Nation» (*The National Interest*, otoño de 2004). Explica que la economía global empezó a producir elites empresariales y culturales a principios del siglo XX, pero fue detenida en seco por la Primera Guerra Mundial, una depresión económica a escala mundial y la Segunda Guerra Mundial. Hacia la década de 1960, sin embargo, ese proceso globalizador reemprendió la marcha, con el renacimiento de las identidades transnacionales. La revuelta juvenil de los 60 fue una consecuencia parcial de ese fenómeno. <<

[1] West, Bing y general de división Ray L. Smith (USMC retirado): *The March Up: Taking Baghdad with the 1st Marine Division*; Bantam, Nueva York, 2003; pp. 2,3,18; Jenofonte: *Anábasis*; Cátedra, Madrid, 2004. <<

[2] Gordon, Michael R.: «Marines Plan to Use Velvet Glove More Than Iron Fist»; *The New York Times*, 12 de diciembre, 2003. <<

[3] El trasfondo biográfico sobre Chesty Puller se ha extraído de Boot, Max: *The Savage Wars of Peace: Small Wars and the Rise of American Power*, Basic Books, Nueva York, 2002; pp. 244-248. <<

[4] Mateo 6:9-13. <<

[5] Roux, Georges: *Ancient Iraq*; Allen & Unwin, Londres, 1964; Penguin, Hardmonworth (Reino Unido), 1982; las citas se corresponden a la edición de Penguin *Mesopotamia: historia política, económica y cultural*; Akal, Tres Cantos, 2002. Los siguientes párrafos de trasfondo histórico están extraídos de mi libro *The Arabists: The Romance of an American Elite*; Free Press, Nueva York, 1993. <<

[6] Roux: *Ancient Iraq*; pp. 23, 27, 35. <<

[7] Byron, Robert: *The Road to Oxiana*; 1937; reimpresión Picador, Londres, 1981; p. 46 *Viaje a Oxiana*; Península, Barcelona, 2001. <<

[8] Roux: *Ancient Iraq*; pp. 24-25. <<

[9] Stark, Freya: *Islam To-day*; ed. A.J. Arberry y Rom Landau; Faber & Faber, Londres, 1943. <<

[10] Roux: *Ancient Iraq*; p. 136. <<

[11] *Ibid.* Roux: *Ancient Iraq*; p. 136. TEXTO_ADICIONAL: p. 20. <<

[12] Véanse los diversos ensayos sobre el tribalismo iraquí en Jabar, Faleh H. y Hosham Dawod, eds.: *Tribes and Power: Nationalism and Ethnicity in the Middle East*; Saqi, Londres, 2003; pp. 8,82,90,113-114,138,283. <<

[13] Véase, en particular, Ketchum, Richard M.: *Saratoga: Turning Point of America's Revolutionary War*; Henry Holt, Nueva York, 1997; p. XII; Wilson, Edmund: *Patriotic Gore: Studies in the Literature of the American Civil War*, 1962; reimpresión Norton, Nueva York, 1994; pp. 92-97; y Sherrod, Robert: *Tarawa: The Story of a Battle*; Duell, Sloan and Pearce, Nueva York, 1944, fotografía encartada. <<

[14] Wittfogel, Karl A.: *Oriental Despotism: A Comparative Study of Total Power*, Yale University Press, New Haven (CT), 1964; p. 1. <<

[15] Farwell, Byron: *Mr. Kipling's Army: All the Queen's Men*; Norton, Nueva York, 1981; pp. 79-80. <<

[16] Véase Nolan, Keith William: *Battle for Hue: Tet 1968*; Presidio, Novato (CA), 1983; pp. IX, 181—185; Hanson, Victor Davis: *Carnage and Culture: Landmark Battles in the Rise of Western Power*, Doubleday, Nueva York, 2001; pp. 394—398 (*Matanza y cultura: batallas decisivas en el auge de la dominación occidental*; Turner, Madrid, 2004). <<

[17] Nolan: *Battle for Hue*; pp. 29, 82, 143, 164; Hanson: *Carnage and Culture*; p. 395. <<

[18] Nolan: *Battle for Hue*; p. 167. <<

[19] Para una descripción de los francotiradores de los Marines y su equipo, véase Swofford, Anthony: *Jarhead: A Marine's Chronicle of the Gulf War and Other Battles*; Scribner, Nueva York, 2003; esp. pp. 54-58, 121-122, 135-136. <<

[20] Véase Roy, Olivier: *The Failure of Political Islam*; trad. del francés al inglés; Harvard University Press, Cambridge (MA), 1994; pp. 75,80, 82, 84,195,196. <<

[21] Véase Hanson: *Carnage and culture*. <<

[22] Véase Utley, Robert M.: *Frontier Regulars: The United States Army and the Indian, 1866-1891*; University of Nebraska Press, Lincoln, 1973; pp. 51, 59. <<

[23] *Ibid.* Véase Utley, Robert M.: *Frontier Regulars: The United States Army and the Indian, 1866-1891*; University of Nebraska Press, Lincoln, 1973; pp. 51, 59. TEXTO_ADICIONAL: p. 271. <<

[24] *Ibid.* Véase Utley, Robert M.: *Frontier Regulars: The United States Army and the Indian, 1866-1891*; University of Nebraska Press, Lincoln, 1973; pp. 51, 59. TEXTO_ADICIONAL: pp. 49,289,291. <<

[25] Lawrence, T. E.: *Seven Pillars of Wisdom: A Triumph*; 1935; reimpresión Penguin, Harmondsworth (Reino Unido), 1977; p. 360 (*Los siete pilares de la sabiduría*; Júcar, Gijón, 1986). <<

[26] Véase Hutchins, Francis G.: *The Illusion of Permanence: British Imperialism in India*; Princeton University Press, Princeton (NJ), 1967; pp. 197-197; y Ferguson, Niall: *Empire: The Rise and Demise of the British World Order and the Lessons for Global Power*, Basic Books, Nueva York, 2003; pp. 137-138, 151-153. <<

[27] Véase la crítica a la Administración del propio teniente general Conway, que apareció varios meses después, como informó Rajiv Chandrasekan en «Key General Criticizes April Attack on Fallujah: Abrupt Withdrawal Called Vacillation», *The Washington Post*, 13 de septiembre, 2004. <<

[28] Véanse las brillantes cavilaciones de Fred Anderson sobre el control imperial en *Crucible of War: The Seven Years' War and the Fate of Empire in British North America, 1754-1766*; Knopf, Nueva York, 2000; pp. 741-742.
<<

GRUÑIDOS IMPERIALES

El imperialismo norteamericano sobre el terreno



Por el autor de *Fantasmas balcánicos*

**ROBERT D.
KAPLAN**

Lectulandia